

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Filosóficas-Facultad de Filosofía y
Letras

Doctorado en Filosofía de la Ciencia

Autor:

López Hernández, Haydeé

Asesor:

Cházaro García, Laura

“En busca del alma nacional: La construcción de la “cultura madre” en los estudios arqueológicos en México (1867-1942)”

2010



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

***En busca del alma nacional.
La construcción de la “cultura madre” en los estudios
arqueológicos en México
(1867-1942)***



A la amorosa Rocío

*A Fernando,
por cada descubrimiento compartido*

Yo sueño –le decía yo a usted- en emprender una serie de ensayos que habían de desarrollarse bajo esta divisa <En busca del alma nacional>. La <Visión de Anáhuac> puede considerarse como un primer capítulo de esta obra, en que yo procuraría interpretar y extraer la moraleja de nuestra terrible fábula histórica; buscar el pulso de la patria en todos los monumentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado; pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual; descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y monumentos. Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo, cuando logra electrizarse hacia un polo, bien sea real o imaginario, porque de lo uno y lo otro está tramada la vida. La creación no es un juego ocioso.

***Carta de Alfonso Reyes a Antonio Mediz Bolio (1922),
La tierra del faisán y del venado, p. 10.***

... con el paso del tiempo, nuestras representaciones se hacen realidad en el sentido de que compiten con, se insinúan en y finalmente sustituyen por completo los recuerdos de primera mano que la gente tiene de acontecimientos vividos. [...] los historiadores se imponen al pasado de modo tan eficaz –pero también tan asfixiante- como el modo con que los Estados se imponen a los territorios que tratan de controlar. Hacemos legible el pasado, pero al hacerlo lo encerramos en una cárcel de la que no es posible fugarse ni ser rescatado y que no admite apelación.

John Lewis Gaddis, El paisaje de la historia, p. 177.

Agradecimientos

Las ideas que presento aquí me acompañaron durante más de tres años en cada paso recorrido. O quizás durante un poco más, pues el menester de pensar sobre la arqueología, la ciencia y sus demonios, y el siglo XX y su idea de nación, se convirtió en un vicio desde hace ya varios años. En el largo camino, que ahora, en la escritura final de estas líneas se antoja sumamente efímero, me respaldaron y ayudaron muchas personas e instituciones, con quienes estoy en deuda.

Mi *alma mater*, la Universidad Nacional Autónoma de México, me dio la invaluable oportunidad de acogerme desde hace ya mucho tiempo. Abrió sus puertas nuevamente para mí, las del Instituto de Investigaciones Filosóficas, para realizar los estudios de maestría primero, y luego los de doctorado. Mi profundo agradecimiento para esta institución.

Como arqueóloga de formación, mi ingreso al Postgrado en Filosofía de la Ciencia del Instituto de Investigaciones Filosóficas, fue un verdadero reto y, a la vez, una gran oportunidad. Desde la Coordinación del Programa, el Dr. Carlos López, la Dra. Atocha Aliseda, el Dr. León Olivé y el Dr. Jorge Linares hicieron mi travesía más sencilla y amable. Asimismo, Noemí Vidal y Elizabeth Ojeda siempre tuvieron una atenta sonrisa, la charla en los labios y una rápida respuesta para todos mis engorrosos problemas administrativos.

Mis estudios en este Instituto y la elaboración de este trabajo fueron posibles gracias al apoyo económico de diversas instituciones. La Dirección General de Estudios de Posgrado, por medio de su Programa de Becas para Estudios de Posgrado, me brindó una beca para la realización de los estudios entre 2006 y 2009. Debo también a esta institución el apoyo para viajar hasta las lejanas tierras de Tabasco y Veracruz, y volver a ver las majestuosas antigüedades que guardan celosamente aquellos poblados. En la realización de mi trabajo también fue de gran ayuda la beca otorgada por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, por medio de su programa de Becas para Estudiantes Distinguidos 2008. En la redacción final del escrito, por último, me apoyó el Proyecto CONACYT con número de referencia 82818, titulado “El portal mexicano de conocimientos tradicionales: Un desafío para los temas de la propiedad intelectual, la diversidad cultural y la justicia social”.

En la articulación de este trabajo, la ayuda y el consejo de mis lectores y tutora fueron sumamente valiosos, aún cuando, evidentemente, todo lo que presento aquí, incluidos los errores, son de mi completa autoría. Desde sus propias disciplinas, cada uno de ellos me invitó, con paciencia y generosidad, a enriquecer mi mirada.

En la tarea de repensar y cuestionarme mis ideas y prejuicios, las siempre críticas lecturas de la Dra. Laura Cházaro constituyeron un verdadero acicate. Sus recomendaciones sobre la exhibición, la narrativa, las prácticas y los objetos de la ciencia fueron elementos fundamentales para reforzar esta investigación. Asimismo, su insistencia sobre salir del universo de la arqueología para pensar en un contexto de problemas más amplio, que concerniera a la historia de la ciencia en general, fue de suma ayuda.

En la primera etapa de redacción de este trabajo, los cuestionamientos de la Dra. Rosa Brambila y su larga experiencia como arqueóloga, constituyeron verdaderos retos para mi intelecto. Su mirada, desde mi campo inicial de formación –la arqueología– fue siempre una invitación constante para ejercer una crítica justa, desde el pleno conocimiento de la disciplina, su gremio, su historia y cuestionamientos.

Las aportaciones del Dr. Ambrosio Velasco Gómez, de la Dra. Gloria Villegas Moreno y del Dr. Renato González Mello fueron fundamentales para reflexionar durante la última etapa de redacción. Pensar y centrar mi estudio de caso sin perder de vista su importancia para los cuestionamientos de la filosofía y la historia de la ciencia, fue un llamado fundamental y justo del Dr. Ambrosio que no sé si he alcanzado a satisfacer. Regresar y releer a los clásicos como Neurath y Kuhn volvió mi mirada a su propio origen, al problema que implica la reflexión sobre la ciencia. Los consejos y el apoyo del Dr. Ambrosio, además, fueron fundamentales para terminar este largo proceso.

Las clases de la Dra. Villegas en la Facultad de Filosofía y Letras que cursara hace ya varios años, constituyeron un refrescante aliento para mis inquietudes. También lo fueron las observaciones de la Dra. Gloria Villegas al primer borrador de esta investigación. Pensar sobre los intelectuales y el mundo de la posrevolución y el Estado fueron fundamentales para darle un cuerpo social a mi investigación y poder insertarla en un contexto nacional, histórico.

Las siempre inquietantes reflexiones del Dr. González Mello, en la última etapa de este trabajo, renovaron mi interés para seguir indagando en un tema que, a casi cuatro años de investigación, me parecía agotado. Reflexionar sobre las relaciones entre la arqueología, el arte, el poder y la masonería, y el gran cúmulo de datos y fuentes que generosamente me brindó el Dr. Gonzalez, me dio la certeza de que el punto final de este escrito puede ser un nuevo comienzo.

Especialmente, estoy en deuda con el Mtro. Rafael Guevara Fefer. Su entusiasmo gozoso por el tema me aligeró en mucho el recorrido tortuoso de la escritura en solitario. Además de facilitarme fuentes tan diversas como las *Memorias de la Mesa Olmeca* de 2005, la Revista *Educación Nacional* de la década de los años cuarenta o los escritos de los más connotados historiadores, sus reflexiones sobre la ciencia y su historia, los intelectuales, el

centro y la periferia, y otros tópicos, enriquecieron en mucho mis puntos de vista. Sus charlas fueron siempre una actividad estimulante, a la vez que reconfortante; mientras que su amistad, comprensión y generosidad fueron esenciales para concluir este trabajo. Gracias.

La consulta de las fuentes sin duda fue una tarea más ligera gracias a la ayuda del personal de varios repositorios. La Lic. Alicia Cervantes y su equipo de trabajo me facilitaron la consulta y reproducción de los expedientes personales de Alfonso Caso en los Fondos Documentales “Alfonso Caso” de la Biblioteca “Juan Comas” del Instituto de Investigaciones Antropológicas, de la Universidad Nacional Autónoma de México. En este mismo Instituto, la confianza brindada por el Dr. Carlos Serrano, me permitió husmear entre las bodegas para rastrear, desempolvar y leer los restos del aún no consolidado Archivo Histórico de la Sociedad Mexicana de Antropología.

La siempre entusiasta ayuda de José Ramírez Ramírez, del Archivo Técnico de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia fue fundamental para lidiar con la lectura y la reproducción de los numerosos expedientes de las exploraciones de Matthew Stirling por las tierras del Golfo. Los recuerdos y el amor de Don Pepe por la arqueología y su historia constituyen, sin duda, un espléndido repositorio viviente.

Gracias también al personal del Archivo General de la Nación; del Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología; del Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública; del Archivo de Concentración del Instituto Nacional de Antropología e Historia; del Fondo Antiguo y Colecciones Especiales de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional Autónoma de México; y del Sistema Nacional de Fototecas.

Asimismo, agradezco la gentileza del personal de la Biblioteca “Eduardo García Máynez” del Instituto de Investigaciones Filosóficas, quien siempre tuvo la mejor disposición para llevar a mis manos los volúmenes más extraños y jamás vistos en ese Instituto. El personal de la Biblioteca “Juan Comas” del Instituto de Investigaciones Antropológicas también fue sumamente generoso conmigo, así como el de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional Autónoma de México; el de la Biblioteca “Samuel Ramos” de la Facultad de Filosofía y Letras; y el de la Biblioteca Nacional. En esta última, el amistoso apoyo de Mónica Ornelas y Erika Ruiz fue muy valioso para la reproducción fotográfica de los volúmenes del *National Geographic Magazine*.

En mis viajes por la Costa del Golfo, sus ruinas y museos, también recibí la atención y disposición de los custodios de la zona Arqueológica de La Venta y su Museo de Sitio, del Museo Tuxteco de Santiago Tuxtla, del Museo de Tres Zapotes, del Museo Arqueológico de San Andrés, del Parque Arqueológico La Venta, y del Museo Antropológico de Xalapa.

Mi agradecimiento también para Mario Mendoza, quien con sus talentosas manos y un poco de barro, recreó para mí al vigilante *Juchimán*. En otro sentido, las cordiales y amenas charlas de la Sra. María Teresa Guizar me regalaron otra imagen de Alfonso Caso, figura sumamente polémica en la arqueología mexicana. Las experiencias de vida y de trabajo de la Sra. Guizar al lado de Don Alfonso en el ya desaparecido Instituto Nacional Indigenista, me ayudaron a cuestionar mi soberbia y a reconocer la profunda atracción y admiración que este personaje me produce.

Finalmente, en el otro ámbito, en el que sostiene a este tipo de trabajos, gracias a todos los amigos. En el café Moelis, en el de Cuicuilco o en el Centro Cultural; en Tizayuca, Tlalpan o Huichapan, su compañía y charla siempre refrescaron mi espíritu. Y, sobre todo, gracias a Rita por su noble compañía en todo momento, en cada línea escrita; y al inmenso amor de Rocío y Fernando, a quienes dedico este escrito.

Índice

Agradecimientos.....	XIII
De lo que narro en este texto.....	XVII
Capítulo I. El origen americano y la historia nacional.....	1
1. La liga universal.....	2
Migraciones africanas y la Cabeza de Hueyapan.....	2
La antigüedad del hombre americano.....	14
Contactos asiáticos.....	21
2. Las rutas migratorias americanas.....	27
Migraciones norteñas.....	28
Migraciones sureñas.....	33
3. La escritura de la historia en el siglo XIX.....	42
El panorama institucional y académico.....	43
La historia nacional en los glifos.....	57
El sentido de la historia.....	64
Capítulo II. Entre la historia patria y un nuevo origen.....	73
1. Manuel Gamio y su equipo.....	75
De civilizados a indígenas.....	76
La definición de los arcaicos.....	82
La exploración de los grandes centros de civilización.....	89
La evolución de los monumentos.....	94
La evolución de los tiestos.....	98
2. Alfonso Caso y los nuevos espacios de decisión.....	104
Primeros años y tropiezos.....	106
Nuevos rumbos.....	111
El gran acierto.....	118
El Instituto Nacional de Antropología e Historia.....	126
La Revista Mexicana de Estudios Históricos y la Sociedad Mexicana de Antropología.....	132
Capítulo III. El origen mexicano.....	141
1. La civilización en el Altiplano.....	142
La definición de la Tollan.....	143
Otras definiciones.....	156
2. Corredores de civilización: entre el Centro Norte y la costa del Sur.....	163
Los “ulmecas” de Sahagún.....	164
El puente a la zona maya: los Tuxtlas.....	167
3. Las expectativas del Norte: Matthew Stirling en la Costa del Golfo.....	179
El vínculo con la zona maya: la Estela “C”.....	179
Nuevos tesoros: jades, tumbas y estelas.....	187
4. La “cultura madre”: el origen civilizatorio mexicano.....	195
Definiciones en el Segunda Mesa Redonda.....	196

El estilo de la “cultura madre”	202
Capítulo IV. Itinerarios: los significados de la “cultura madre”	215
1. Exhibir.....	216
Lo universal.....	216
El arte.....	226
Lo local.....	237
2. Mirar.....	246
Lo humano y lo primitivo.....	246
Testimonios y viajes.....	253
Lo exótico, lo indígena.....	260
3. Narrar.....	267
Las grandes historias.....	268
El problema olmeca.....	278
Consideraciones finales.....	285
Bibliografía citada.....	289
Anexo I. Fotografías, dibujos y grabados.....	309
Anexo II. Mapas y croquis.....	359
Anexo III. Cuadros y tablas.....	367
Anexo IV. Documentos.....	379

De lo que narro en este escrito

¿Cómo se construyó en México lo olmeca como la “cultura madre”? y ¿cuáles fueron las implicaciones de su creación en la consolidación de la disciplina arqueológica y la narrativa histórica a mediados del siglo XX? Estas son las preguntas que, en general, guían esta investigación.¹

La cultura olmeca, como “cultura madre”, fue definida por la comunidad de arqueólogos mexicanos durante la Segunda Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología en 1942. Esta reunión fue la continuación de un proyecto, encabezado por Alfonso Caso, que pretendía establecer puntos de acuerdo entre los investigadores abocados a la escritura del pasado prehispánico. El objetivo era limar cualquier aspereza, formular una historia sin discrepancias, desde y para México, hacer de la arqueología una “ciencia” de certezas. El proyecto fue sumamente exitoso y la “cultura madre” se conserva hasta el día de hoy como una categoría fundamental de la práctica arqueológica y de la historia nacional.²

La historia que narro aquí parte de este suceso, y se pregunta sobre los procesos que hicieron posibles la definición de una categoría que respondió a tales ambiciones. Sin embargo, este relato no se basa de manera exclusiva en el momento en que tal categoría se definió, sino que rastrea las décadas previas a su formulación. La “cultura madre” no es hija exclusiva de 1942, aún cuando haya sido éste el año en el que se propuso. Esta categoría tan sólo es una de las respuestas más recientes que se ha brindado a las interrogantes sobre el origen de la civilización de las sociedades prehispánicas. Su definición hunde sus raíces en las inquietudes de la modernidad y, en concreto, en la reconfiguración, el cuestionamiento y la forja de las nacionalidades de entre guerras del siglo pasado. Estos años fueron el escenario de diversos cambios: el surgimiento de nuevas instituciones; la aparición de rostros que sustituyeron a las generaciones previas; y la reformulación de las viejas preguntas sobre el origen (del hombre y de la civilización) basadas en un nuevo anhelo que pretendía reconstruir la historia prehispánica decimonónica. La “cultura madre” fue el punto en el que se anudaron, al final, estos tres aspectos.

¹ En este texto introductorio usaré de manera indistinta los términos “cultura madre”, “olmeca” y “cultura de La Venta”. Estoy consciente de que cada uno de éstos tiene significados diferentes a lo largo de la historia. Sin embargo, éstos no son relevantes para los fines de este texto. En el cuerpo de la investigación he hecho los acotamientos necesarios al respecto.

² No pretendo sugerir que no existan debates al respecto. Lo “olmeca” constituye un punto de discusión constante entre los especialistas y algunos de éstos sugieren que los restos del Golfo no constituyen un único origen para los desarrollos posteriores. No obstante, en general, existe un consenso sobre el tema. Un ejemplo representativo del estado de la cuestión sobre el tema olmeca, en Uriarte, María Teresa y Rebeca González Lauck (eds.), *Olmeca. Balance y perspectivas. Memoria de la Primera Mesa Redonda*, 2 tomos, IIE-UNAM/CONACULTA-INAH/Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo-Universidad Grigham Young, México, 2008. Agradezo la gentileza del Mtro. Rafael Guevara, quien me facilitó este material.

Por otro lado esta categoría se encuentra vinculada muy de cerca, como una derivación, a la pregunta sobre origen del hombre en el continente, vieja inquietud que nos acompaña desde el siglo XVI.³ Durante el siglo XIX se trató de resolver esta interrogante con diversas teorías que relacionaban la presencia del hombre americano con Europa, apelando a migraciones trasatlánticas. Los restos de la Costa del Golfo, bajo estas premisas, eran la prueba de la presencia negra en el continente ocasionada por migraciones provenientes de África.

Estas inquietudes a la vuelta del siglo, sin embargo, perdieron peso de manera paulatina y fueron sustituidas por el interés sobre el origen de la civilización, con lo que los objetos de la Costa del Golfo se (re)significaron. La “cultura madre”, en este sentido, representa una de las aristas más recientes de aquella última discusión. A la postre, también se convirtió en una de las propuestas que ha gozado de mayor aceptación al interior de la comunidad arqueológica y que ha dejado una impronta profunda en la imagen identitaria del mexicano.⁴ Al mismo tiempo, y paradójicamente, lo olmeca es quizás uno de los temas que ha cimbrado con mayor profundidad las certezas de la construcción de las narrativas sobre la otredad.

El proceso de construcción de lo olmeca da cuenta de una parte fundamental de la escritura moderna del pasado prehispánico, y también muestra algunas de las facetas de la consolidación de la arqueología como disciplina, y de su separación de la historia y la antropología. Su liga indisoluble con el poder político e ideológico, hacen de este tema un lugar privilegiado para observar la construcción social del conocimiento. Alrededor de este concepto se encuentran entremezcladas numerosas vetas de investigación inmersas en el contexto de la construcción del saber social, así como en el ambiente político y académico de las últimas décadas del siglo XIX y de la primera mitad de la centuria siguiente. Las líneas que siguen a continuación tienen el objetivo de aclarar y delimitar cuáles son los caminos por los que incursiona esta investigación.

Mi pregunta surge, concretamente, del momento durante el cual la comunidad arqueológica definió durante la Segunda Mesa Redonda convocada por la Sociedad Mexicana de Antropología, en 1942, el concepto de la cultura madre en México para definir a los restos provenientes de la Costa del Golfo, en Tabasco y Veracruz. Tales momentos

³ La ubicación histórica de las poblaciones americanas ha sido un tema por demás debatido desde el siglo XVI y ha merecido interesantes análisis. Cf. p. ej. O’Gorman, Edmundo, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*, Col. Lecturas Mexicanas N° 63, FCE, México, 1984; Díaz Perera, Miguel Ángel, *De viajeros y coleccionistas de antigüedades. Frédéric Waldeck en México. Historia, origen y naturaleza del hombre americano en los albores de la modernidad*, disertación doctoral en Historia, Centro de Estudios Históricos-El Colegio de Michoacán, AC, México, 2008. En este texto no abarcaré con tal profundidad los antecedentes del problema. Únicamente me interesa resaltar el sentido del “origen” en los discursos posteriores a la segunda mitad del siglo XIX, ubicados en el sentido moderno de la historia, y relacionados con los hallazgos de la costa del Golfo mexicano.

⁴ Aún en la actualidad, los libros de texto de educación básica incluyen a la cultura olmeca como el primer desarrollo cultural de importancia, luego de los grupos nómadas que poblaron el continente.

corresponden al proceso de institucionalización nacional del proyecto posrevolucionario vencedor, encabezado por el General Lázaro Cárdenas y los gobiernos posteriores. Los diversos planes educativos que transcurrieron desde las revueltas armadas mantuvieron una coincidencia en el persistente empeño de la (re)creación del imaginario nacional pasado y presente que, finalmente se concretaron, de manera institucional, en el cardenismo. En tal tónica, la disciplina arqueológica alcanzó su institucionalización definitiva (conservada hasta el día de hoy) en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), creado a finales de 1938. A la vez, a mediados de la década de los años treinta se comenzaron a generar los primeros cuadros de profesionales en lo que posteriormente se convertiría en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Con estos dos sucesos, se concretaron los anhelos de profesionalización que habían acariciado los primeros estudiosos desde finales del siglo XIX y, también se puso punto final a las diferencias institucionales que acaecían desde aquellos años -al menos en el espacio formal- por medio de la centralización que supuso el INAH.

Allende a la diversidad de actores y proyectos que caracteriza este momento, es posible observar cierta coincidencia temática entre los miembros de la comunidad de investigadores. Desde diferentes metodologías e, incluso, teorías, los estudiosos de entonces se avocaron a la localización del “centro”/“origen” de lo prehispánico, y sus relaciones en el tiempo-espacio hasta el momento de la Conquista.

Algunos de ellos, pretendieron alcanzar consensos y parámetros en el ejercicio de la práctica, pero sobre todo, como trato de mostrar en esta investigación, buscaron homogeneizar y regular la narrativa que estaban forjando (la historia prehispánica). Existía un claro interés por acotar el contenido de la agenda de investigación para hacer escuela por un lado y, por el otro, para establecer una clara demarcación de la disciplina. La definición de la “cultura madre” no constituyó el único concepto elaborado para tales fines por la comunidad arqueológica de aquellos tiempos. Durante las décadas de los años treinta y cuarenta del siglo pasado, se concretaron gran parte de los elementos conceptuales que delimitarían la historia del mundo prehispánico, así como las estrategias de investigación que formarían el núcleo de la disciplina arqueológica.

De tal suerte, 1942, año en que se definió la “cultura olmeca”, no representa de ninguna manera el origen de la concreción institucional para la arqueología. Tampoco supone el inicio de la práctica científica. Este año, empero, es un punto de inflexión para analizar la disciplina, sus prácticas de trabajo, y la comunidad académica y sus relaciones; y, a la vez, un espacio para reflexionar sobre la (re)construcción de la narrativa sobre el pasado prehispánico.

Es pertinente mencionar que hubiera sido posible abordar este tema desde, al menos, dos ángulos: indagar el añejo debate sobre la existencia y ubicación de los “ulmecas” referidos

por Fray Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de la Nueva España*; o bien, seguir el rastro de (re)significaciones constantes de las piezas arqueológicas. Fue el segundo de estos dos caminos el que seguí, posando la mirada en las grandes esculturas. Mi narración comienza en el año de 1867 cuando fue publicado el primer ensayo sobre la Cabeza Monumental de Hueyapan,⁵ y culmina en 1942, con la celebración de la Segunda Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Arqueología en 1942, y algunas otras reflexiones que exceden estas fechas pero que resultan importantes para el tema.⁶

La elección de este tema no tuvo el interés de generar una descripción cronológica que diera cuenta de la acumulación del conocimiento, utilizando un ejemplo que, por demás, ha sido exhaustivamente descrito por otros autores.⁷ La construcción de esta categoría (la “cultura madre”) es únicamente el eje conductor que utilicé para discutir dos elementos que me interesan sobre el devenir de la arqueología durante la primera mitad del siglo XX, como un estudio de caso que puede mostrar aristas de interés en la discusión de algunas temáticas cruciales de la historia de la ciencia alrededor de la construcción e identidad de las disciplinas sociales, y de la del pasado y su escritura.

En primer lugar, exploré los procesos de consolidación y/o cambio de las prácticas académicas y sociales que dieron cabida a la definición de la “cultura madre”.⁸ ¿Cuáles son los mecanismos por medio de los que una comunidad de investigadores construye un consenso sobre un tema de interés?, ¿cuáles son las repercusiones de ese consenso en la

⁵ Las piezas arqueológicas debieron ser conocidas por los lugareños de todas las épocas y, sin duda, éstos debieron asignarles significados diversos y muy distintos de los que la comunidad de historiadores y arqueólogos de los siglos XIX y XX construyeron. Sin embargo, este trabajo no aborda este aspecto.

⁶ El otro camino señalado (sobre lo “olmeca”) hubiera requerido rastrear minuciosamente las propuestas sobre la civilización “olmeca” que desencadenó la referencia hecha por Sahagún. Muchos estudiosos relacionaron a este pueblo con las migraciones norteñas nahuas y con la estirpe de este pueblo, en particular, su relación con la fundación de la mítica Tollan, y la ocupación de Cholula y Teotihuacán. Por el contrario, la elección que realicé se encuentra más vinculada con las propuestas sobre las migraciones intercontinentales y la zona maya, por lo que únicamente abordé de manera extensa estas últimas propuestas.

⁷ Si bien cada uno de los estudiosos que se han avocados al estudio arqueológico del área olmeca han hecho una descripción del desarrollo de las investigaciones en este campo, son los escritos de Beatriz De la Fuente (*Los hombres de piedra. Escultura olmeca*, UNAM, México, 1984) y Olaf Jaime Riverón (*Análisis de las investigaciones arqueológicas en torno a los olmecas: sus posiciones teóricas, metodologías y técnicas desde una perspectiva externalista de la historia de la ciencia*, Tesis de licenciatura en Arqueología, ENAH-INAH, México, 2000) los que están dedicados al análisis de la construcción del concepto como tal, la primera desde la historia del arte y, el segundo desde una perspectiva externalista de la filosofía e historia de la ciencia. También el estudio de Rosemary D. Lyon (*(Re)discovering the olmec: National Geographic Society-Smithsonian Institution archaeological expeditions to Veracruz/Tabasco, 1939-1946*, tesis para optar por el grado de Master of Art in Anthropology, American University, Washington, 1997) abona a esta discusión al adentrarse en el contexto académico de la comunidad de arqueólogos de Estados Unidos que inició las exploraciones en Veracruz y Tabasco a finales de la década de los años treinta del siglo XX.

⁸ Ya hace varios años que Thomas Kuhn introdujera el “consenso” como un criterio de demarcación entre las ciencias naturales y las sociales (“Las ciencias naturales y humanas”, en *Revista Acta Sociológica* (versión electrónica), N° 19, enero-abril, 1997). El caso mostrado aquí podría representar un ejemplo contrario a dicha tesis, al mostrar la ocurrencia de “consensos” al interior de las ciencias sociales. Al mismo tiempo, el caso de la “cultura madre” abona a la complejidad que suponen tales mecanismos al interior de las prácticas científicas pues, a la vez que representan soluciones y, en este sentido, contribuyen a la consolidación de los campos epistémicos, también son el germen de nuevas inquietudes y problemáticas que difícilmente pueden solventarse.

definición de sus prácticas y discursos?, ¿cuáles para la (re)configuración de la disciplina? Lo olmeca, en segundo lugar, transformó el discurso histórico sobre el México prehispánico (del siglo XIX) al establecer un origen único para todos los desarrollos posteriores. ¿Existen cambios cualitativos entre el discurso generado sobre este tema durante el siglo XIX y el XX?, ¿cómo se configuraron estas modificaciones?, ¿cuál es el papel de este nuevo discurso en el marco de la ideología nacional de la posrevolución?

* * *

Antes de entrar de lleno en las propuestas que desarrollaré en esta investigación, me parece pertinente aclarar algunos puntos de mi postura historiográfica y, también, de mi propio acercamiento a esta temática en particular y, en general, al de la historia de la disciplina arqueológica.

Como arqueóloga de formación, la historia de esta disciplina resulta para mí un tema cercano e, incluso, fundamental para la comprensión de la práctica de investigación cotidiana. Arriba sugerí que mi acercamiento a la reflexión histórica no está dirigido a la búsqueda de un origen o bien, al descubrimiento de lecciones o leyes que muestren un camino de progreso para la disciplina. La escritura de la historia, me parece, se encuentra vinculada con un ejercicio autorreflexivo que permite ventilar las inquietudes cotidianas en las escenas del pasado. Como señalara Michel De Certeau:

Fundada, pues, en el rompimiento entre un pasado, que es su objeto, y un presente, que es el lugar de su práctica, la historia no cesa de encontrar al presente en su objeto y al pasado en sus prácticas. Está poseída por la extrañeza de lo que busca, e impone su ley a las regiones lejanas que conquista y cree darles vida.⁹

Se encuentra aquí el problema de la veracidad histórica, tema que concierne, no sólo a la historia de la arqueología sino a todo el conjunto de disciplinas sociales y a mi propia escritura. Aún cuando coincido plenamente con las reflexiones sobre la naturaleza ficticia de la escritura de la historia, difiero de la postura extrema que equipara la naturaleza del relato histórico con el mítico.¹⁰ Me parece que la historia es una práctica circunscrita a la actividad científica social y, por tanto, con reglas, controles y criterios de prueba que aspiran a una validez universal que, además, debe estar siempre abierta al ejercicio

⁹ De Certeau, Michel, *La escritura de la historia*, Trad. Jorge López Moctezuma, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México, 1999, p. 52.

¹⁰ Tales reflexiones fueron puestas en el debate histórico a partir del trabajo de Hyden White (*Metahistory*) en la década de los años setenta. Cf. la traducción al español en White, *Metahistoria. La imaginación histórica de la Europa del siglo XIX*, Trad. Stella Mastrangelo, FCE, México, 1992. John Lewis Gaddis (*El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, Trad. Marco Aurelio Galmarini, Col. Argumentos, Anagrama, Barcelona, 2002) ofrece una discusión sumamente interesante sobre la metodología del quehacer histórico y su fundamentación científica. Para este autor, las inquietudes de la historia se encuentran más cercanas a las disciplinas tradicionalmente consideradas "duras", que a las ciencias sociales, como la antropología o la sociología (cf. en particular, cap. 5).

hermenéutico y de autocrítica.¹¹ En este sentido, las reflexiones de Paul Ricoeur sobre la (re)elaboración de la memoria en la modernidad y sobre los sesgos de su escritura, constituirán puntos de anclaje para la discusión.¹²

La búsqueda que emprendo, en este sentido, responde a las inquietudes de mi propio espacio.¹³ Con la pregunta sobre la construcción de la “cultura madre” pretendo destacar el contenido social de las prácticas o herramientas que consolidaron a la disciplina arqueológica como tal. Aún cuando generalmente se ha concebido a la ciencia como un sistema de proposiciones que develan y explican la naturaleza de la realidad, probadas, justificadas y puestas a prueba a través de una metodología rigurosa, regidas únicamente por valores epistémicos (como objetividad, coherencia, precisión, sistematización, generalización, predicción, etc.), me inclino a posiciones menos ortodoxas y retomo algunas de las preguntas que, desde el campo de los estudios sobre ciencia, se han realizado en torno a la construcción del conocimiento. Como refiere Ambrosio Velasco, en las últimas décadas varios autores han enfatizado que la objetividad y la racionalidad científicas no se basan de manera exclusiva en una metodología rigurosa, sino que por el contrario, la naturaleza misma de la racionalidad científica está atravesada por consideraciones morales, políticas y sociales, posición que, desde principios del siglo XX, había sido sostenida por autores como Pierre Duhem y Otto Neurath.¹⁴

¹¹ Gizburg, Carlo, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología de la historia*, Gedisa, Barcelona, 1999; De Certeau, *La escritura...*, *op cit*. Como parte de esta reflexividad, y desde una posición similar, Gaddis (*El paisaje de la historia...*, *op cit*, p. 192-193) considera que el fin último del quehacer del historiador es la enseñanza. “Lo que se espera de ese aprendizaje es un presente y un futuro en los que el pasado permanezca con toda su gracia [...]. Con esto me refiero a una sociedad preparada para respetar el pasado haciéndolo responsable, una sociedad menos propicia al desarraigo que al reajuste, una sociedad que evalúa el sentido moral por encima de la insensibilidad moral.”

¹² Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, FCE, México, 2004.

¹³ En este sentido, la propuesta sociológica de Pierre Bourdieu resulta sumamente sugerente. El análisis de la práctica social en la ciencia, en términos de este autor, debe convertirse en el ejercicio de una reflexión autocrítica que permita el diálogo constante con el presente y los prejuicios desde los que se parten. La circularidad hermenéutica que sugiere esta mirada, aspira no sólo a la intención de comprender al otro (pasado) desde su propio horizonte, sino al (re)conocimiento y observación de lo propio.

¹⁴ Velasco, Ambrosio, “Toward a political philosophy of science”, *Philosophy Today*, Vol. 48, N° 5/5, Suplemento, 2004, pp. 116-121. La propuesta de Neurath en “The lost wanderers of Descartes and the auxiliary motives”, *Philosophical papers 1913-1946*, D. Reidel Publishing Company, 1983, p. 1-12.

Estas preocupaciones y su rechazo a la tradición cartesiana también han sido recuperadas por algunas otras propuestas recientes, sin apelar directamente a la propuesta de Neurath. Por ejemplo, Jan Golinski (*Making natural knowledge. Constructivism and the history of science*, Cambridge University Press, 1998), partiendo de las principales preguntas del constructivismo, enfatiza la importancia de considerar el elemento humano y su constante (re)formulación (de sí mismo y su entorno). Critica el énfasis en el laboratorio y los elementos técnicos de los estudios constructivistas hechos por Latour, Collins y Hackins, y propone retomar los postulados de Michel de Foucault sobre las relaciones y mecanismos de poder y la construcción disciplinar e institucional de las localidades, es decir, como espacios de recreación humana. Coincido plenamente con este autor en su interés por observar el conocimiento como la (re)creación constante de elementos humanos, sobre todo, ante las posturas que han enfatizado la exclusividad de los aspectos tecnológicos.

Por otro lado, el autor recupera (en *op cit*, Cap. 2 “Identity and discipline”) el problema de la universalidad del conocimiento frente a las localidades, considerando el peso que ha tenido el presupuesto del *ethos* mertoniano en los estudios sobre ciencia. Al respecto también considera que es un error observar las instituciones (lo local) como entidades inmutables que únicamente pueden dirigir las prácticas científicas. Por el contrario, Golinsky opina que también las

Las propuestas de Pierre Bourdieu y Michel Foucault sobre las relaciones de poder en las comunidades científicas, en este sentido, resultan de sumo interés, sobre todo considerando que, en esta investigación, forma parte de mi interés observar a la comunidad arqueológica y sus relaciones sociales.¹⁵ Como parte de la intelectualidad del momento, la arqueología apelaba por la institucionalización del presente en las disciplinas y sus instituciones; y aspiraba a detentar el conocimiento sobre el pasado y la creación del imaginario social. Algunos autores aseguran que esta disciplina se basa en una organización de tipo jerárquico y caciquil que constituye una tradición de trabajo que frena la investigación e, incluso, la sana convivencia entre investigadores.¹⁶ Si bien se ha propuesto que tales mecanismos de poder tuvieron su origen desde el nacimiento de la disciplina como tal, me parece que el análisis de las relaciones académicas durante el periodo aquí tratado, arrojará luz sobre la complejidad que entrañan los mecanismos de sociabilización de la comunidad académica.

Es pertinente aclarar que no tengo la pretensión de hacer del tema abordado un ejemplo de caso que rectifique o apoye las propuestas de Foucault y Bourdieu. Los modelos de estos autores no abordan el caso mexicano y, por ello, podrían diferir en sumo grado del caso aquí expuesto.¹⁷ Por otro lado, sería un abuso inferir una generalización a partir del simple análisis de un contexto específico como éste. Aún cuando retomo algunas de tales propuestas, éstas únicamente constituyen puntos de apoyo para reflexionar y cuestionar la

instituciones son (re)creables por los elementos humanos de manera constante en un proceso de ida y vuelta. Sin embargo, el autor no aborda las problemáticas que suponen los factores de cambio y/o permanencia.

Autores como Niklas Luhmann (*La ciencia de la sociedad*, Anthropos-Universidad Iberoamericana-Iteso, México, 1996), por ejemplo, han tratado de resolver este dilema del cambio (compartido por toda la tradición científica de la modernidad) desde las teorías de la complejidad, proponiendo observar los campos científicos (incluidos elementos humanos) como sistemas autopoieticos, postura que, sin embargo, diluye la actuación del individuo frente al grupo o sistema. En esta propuesta, el autor retoma los postulados de los biólogos y filósofos chilenos Francisco Javier Varela (1946-2001) y Humberto Maturana (1928-) sobre la autopoiesis, que puede definirse como la organización de los sistemas vivos entendidas como redes cerradas de autoproducción de los componentes que las constituyen.

¹⁵ Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Prólogo de Alicia B. Gutiérrez, Ed. Eudeba, Argentina, 1999; Foucault, Michel, *La arqueología del saber*, Siglo XXI Editores, México, 2001.

¹⁶ Rustch (*Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, INAH/IIA-UNAM, México, 2007) ha mostrado las tradiciones de poder (político y académico) sostenidas por los antropólogos desde el porfiriato. Por su parte, Luis Vázquez ha analizado el origen del uso de retórica militar en el trabajo arqueológico, así como la estructura jerárquica de organización y la actitud caciquil de muchos investigadores. Cf. Vázquez, "Hobbes en la metáfora del arqueólogo enemigo", Ana María Crespo, Carlos Viramontes e Ignacio Rodríguez (comps.), *Arqueología, realidades, imaginaciones. Un recuento de la arqueología por quienes la practican*, Colección Debate Académico N° 1, Delegación D-II-IA-1, Sección del SNTE, Académicos del INAH, México, 1996, pp. 31-46; y Vázquez, *El leviatán arqueológico. Antropología de una tradición en México*, segunda edición, CIESAS-Porrúa, México, 2003.

¹⁷ Generalmente estas propuestas están basadas en estudios de caso de las llamadas potencias o centros científicos. Al respecto, también se encuentra vinculada la polémica sobre el papel de los centros periféricos (de dependencia, imitación, subordinación, etc.) con relación al centro. En este tipo de trabajos, México ha sido considerado como parte de la periferia. Aún cuando tampoco es este el punto central de la investigación, me parece importante destacar que considero que los centros de poder del conocimiento son sumamente dinámicos en tiempo y espacio y que, como mostraré a lo largo del trabajo, la actividad arqueológica mexicana constituyó un centro importante en el periodo aquí analizado y no una periferia. Una reflexión sobre la problemática que entrañan estas relaciones en general, en López Beltrán, Carlos, "Ciencia en los márgenes: una reconstrucción de la asimetría centro-periferia", en Mechthild Rustch y Carlos Serrano, *Ciencia en los márgenes. Ensayos de historia de las ciencias en México*, UNAM, México, pp. 19-32.

consolidación de la disciplina arqueológica, y de la comunidad científica y disciplinaria, y la elaboración y recreación de “conceptos” (“ideas”, “herramientas epistémicas”) y “prácticas” (“formas de trabajo”, “quehacer disciplinario”, etc.). Es decir, serán cuestionamientos básicos para (re)definir a lo largo de esta investigación, y no puntos de arranque.

Como sugerí arriba, el tema aquí propuesto está acotado a la localidad mexicana: me pregunto sobre la escritura del pasado prehispánico y su historicidad como parte del pensamiento moderno.¹⁸ En este sentido, cabe aclarar que considero que para estos momentos el ejercicio arqueológico es una parte de la disciplina histórica, aún cuando posteriormente este vínculo va a ser negado para mitificar un fundamento antropológico. A lo largo de la investigación respetaré, sin embargo, la consideración que cada personaje tenga al respecto, pues éste era un punto en el que no existía un criterio homogéneo.¹⁹

Por otro lado, me preguntaré por la comunidad de intelectuales (a veces políticos) que dieron forma a este proyecto. Tales aspectos están plenamente involucrados con el problema de la universalidad en, al menos, tres puntos: arqueología, nación y modernidad. Los tres son elementos que están siendo orquestados por los estados modernos desde el siglo XIX y será menester considerarlos como tales. El contexto mexicano, sostendré, es parte de la universalidad en ese sentido, aún cuando, conforme se acerque al final de la primera mitad del siglo XX, tenderá hacia una particularidad más pronunciada que, sin embargo, no abandona la universalidad. Sin embargo, no serán estos los puntos de reflexión centrales para este trabajo, ni será el “caso mexicano” un ejemplo para la puesta en escena mundial.²⁰

Me parece que para los alcances y propósitos de este trabajo, es una postura histórica, que atiende y resalte la particularidad del contexto (sin perder de vista la universalidad), la que puede arrojar mayores elementos de comprensión en el tema propuesto. Sin duda, en este punto muestro la influencia que han ejercido en mí varias de las recientes posturas históricas que destacan el interés por observar detalladamente espacios, actores y relaciones que, desde la historia política tradicional, no son relevantes.²¹

¹⁸ Son pocos los análisis que se han realizado de este tipo sobre la arqueología. Cf. p. ej. Vázquez y Rutsch, “México en la imagen de la ciencia y las teorías de la historia cultural alemana”, *Ludus Vitalis. Revista de filosofía de las ciencias de la vida*, Vol. V, N° 8, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano/SEP-UAM Iztapalapa-Universidad Illes Balears, México, 1997, pp. 115-178; Brambila Paz, Rosa, “La difusión del conocimiento, la Sociedad Mexicana de Antropología y la zona arqueológica de Teotihuacán”, Volumen Conmemorativo de la SMA, en prensa.

¹⁹ No sugiero aquí la existencia de campos disciplinares cerrados. Sin duda, cada uno de las disciplinas científicas aquí enunciadas (arqueología, antropología, historia) constituyen espacios con fronteras sumamente laxas. Tales disciplinas compartieron metodologías, teorías, preguntas y prácticas en general, de forma sumamente dinámica, y pese a que la época marcaba una fuerte tendencia hacia la profesionalización y autonomía de cada uno de estos saberes.

²⁰ Un estudio de este tipo, necesariamente requeriría de un análisis comparativo entre dos o más comunidades científicas. Aún cuando en esta investigación haré referencia a los importantes trabajos hechos por algunos estudiosos de Estados Unidos, el acento discursivo no estará en ellos, sino en la comunidad mexicana.

²¹ Me refiero, por ejemplo a la *Microhistoria Italiana* y la *New Cultural History*. Aún cuando en esta investigación se analizará una construcción teórica, proveniente de la academia, no es de mi interés establecer una historia conceptual o

Antes de concluir este apartado, quisiera hacer una aclaración pertinente sobre mi horizonte personal en este análisis: no soy olmecóloga. De hecho, nunca he realizado trabajo de campo en la zona olmeca y este escrito no aspira a convertirse en la cuña que me abra tales espacios de investigación. Tampoco se encuentra entre mis pretensiones emitir un juicio y/o una alternativa explicativa al “problema olmeca. Este trabajo no es de ninguna manera un estudio arqueológico.

Esperando el recelo que tales confesiones puedan provocar en un lector del gremio, he de agregar que, si bien he realizado diversos trabajos de investigación arqueológica, mi interés está basado primordialmente en el análisis histórico de la modernidad y del sector intelectual de los siglos XIX y XX. Tal “desvío” de mi formación profesional tuvo cabida hace ya varios años, cuando inicié los periplos de narrar la historia de la arqueología. Primero, tuve la intención de hacer un recuento de los primeros años de la disciplina, con la ingenua suposición interior de que por este camino podría adentrarme en los resquicios teóricos de una práctica que no me atrevía a realizar.

El repaso histórico, he de mencionar, no me sirvió para lo que yo esperaba. Las preguntas, lejos de resolverse, se fueron incrementando al integrar nuevos componentes, ahora de la reflexión filosófica y sociológica. Como era de esperarse, fue la práctica misma en el campo la que me guió en el camino de la investigación arqueológica, en la construcción sobre el pasado prehispánico y su reflexión. Mancharme las manos y las botas (como algunos gustan decir), pero sobre todo, intrigarme ante el “desesperante mutismo” de las culturas precolombinas es para mí, una actividad sencillamente excitante.²² Detrás de esta fascinación, sin duda alguna, se encuentra el dulce sabor del hallazgo de lo desconocido que tanto halaga al ego; ese espíritu de viajero decimonónico que tanto tememos confesar.

Sin embargo, el mundo prehispánico se encuentra muy lejos de mi horizonte emocional y no encuentro resonancia en ese pasado. Los siglos XIX y XX, por el contrario, me reflejan. Soy hija de su modernidad y, también (para bien o para mal), de su idea de nación. Y, pese al final de ciclo que varios auguran, me uno a las voces que pretenden cuestionarla y entenderla. Quizás en ello radique el magnetismo que este tema tiene sobre mí.

de las ideas. Me inclino, por el contrario, por un acercamiento a otro tipo de posturas que incluyan la relevancia y multiplicidad de factores humanos y sociales que intervienen en los procesos de construcción del pensamiento, en este caso, el arqueológico. Cf. p. ej. Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Océano, México, 1997; y *Mitos, emblemas, indicios...*, *op cit*; Chartier *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, Departamento de Historia-Universidad Iberoamericana, México, 2005; *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Gedisa, Barcelona, 2005a; y *La historia o la lectura del tiempo*, Gedisa, Barcelona, 2007. Algunas reflexiones sumamente interesantes sobre la (re)integración del campo antropológico y el histórico (sugerido por la *New Cultural History*) y las “nuevas” interrogantes en la historia de la intelectualidad mexicana, en Tenorio, *Argucias de la historia. Siglo XIX, cultura y “América Latina”*, Col. Inicios de las Ciencias Sociales, Paidós, México, 1999.

²² La frase fue tomada de Sierra (*Evolución política del pueblo mexicano*, prólogo y cronología Abelardo Villegas, Biblioteca Ayacucho, 2ª edición, España, 1985, p. 8), quien se lamentaba de la ausencia de un Champollion que pudiera descifrar la piedra roseta de la zona maya y, con ello, resolviera el “desesperante mutismo” de ese pasado.

La arqueología, como disciplina profesional, también nace de la modernidad decimonónica y sus aspiraciones, y se concreta en el proyecto posrevolucionario del siglo XX. Es hija de ambas centurias. Alrededor de la construcción de los olmecas como “cultura madre”, no sólo se encuentran entrelazadas la consolidación de la disciplina, sus prácticas y comunidad científica, sino también la del espacio que forja la vida institucional de la posrevolución, que sienta las bases de su intelectualidad y su ejercicio, y que marca buena parte de sus senderos sociales, ideológicos y políticos. En la historia de la construcción de los olmecas, se encuentra a la vez, entrelazada, la historia de la arqueología y la de la idea de la nación posrevolucionaria.

Estoy entre dos aguas, es cierto. Ello pone en relieve la ya vieja polémica sobre el mejor espacio desde el cual se debe emprender una historia disciplinar: ¿desde la disciplina a historiar o desde fuera (otro campo del conocimiento)?²³ Al respecto me inclino por una posición intermedia. Abordar la historia de cualquier disciplina requiere del conocimiento profundo de aquélla: tanto de su pasado, mitos y genealogías, como de su quehacer cotidiano, polémicas y expectativas. Pero, además, se requiere el uso y saber (igualmente consciente y minucioso) de las herramientas teóricas y metodológicas del campo desde el cual se pretende enfocar el análisis, ya sea histórico, filosófico o sociológico.

No soy historiadora, filósofa ni socióloga. A veces soy arqueóloga. Sin embargo, he encontrado un punto de unión en todas estas disciplinas y, espero que éste no resulte una vana consideración personal. Confío en que, por el contrario, el tema aquí presentado pueda aportar elementos de interés tanto para la reflexión de la arqueología, su práctica y discursos, como para la historia de la intelectualidad mexicana y la recreación del imaginario nacional del siglo XX. El lector será quien, finalmente, juzgue el atino de tal pretensión.

* * *

Lo olmeca es quizás, uno de los conceptos más arraigados en la arqueología actual. Fue en 1942 cuando se definió a esta cultura como la madre del resto de las manifestaciones del México prehispánico, y actualmente se considera como el origen de la civilización de

²³ Por ejemplo, José Llobera (*Hacia una historia de las ciencias sociales. El caso del materialismo histórico*, Ed. Anagrama, España, 1980) planteaba, desde la década de los años ochenta del siglo pasado, el problema de realizar una historia de las disciplinas sociales: ¿es ésta una actividad exclusiva de los investigadores cuando, por cuestiones de edad, ya no pueden emprender el trabajo de campo? El autor considera que ésta es la postura predominante en el campo antropológico, en el que abundan las historias de la disciplina como relatos de vida y anecdóticos. Sin embargo, considera que no es la mejor postura para emprender tal empresa, debido a que, en general, tales trabajos presentan una escritura subjetiva que tiende a mostrar la genealogía exitosa del propio escritor (historia *whig*). Al respecto me parece que, si bien esto aplica para muchas de las historias más reconocidas (al menos en el campo arqueológico), la construcción de genealogías apologéticas no es materia exclusiva de quienes escriben al final de su vida. El problema que Llobera identifica con la “subjetividad”, tiene matices mucho más complejos que atañen a la escritura de la historia.

Mesoamérica.²⁴ Con esta definición se estableció la existencia de un solo centro de civilización para el pasado prehispánico, y un solo discurso histórico para la disciplina, lo que transformó de manera radical el contenido de la historia patria decimonónica. La relevancia de tal suceso se conserva en la práctica y en el discurso histórico de la disciplina hasta la fecha. El sentido de origen de esta definición prácticamente no han sido modificado, y los restos de Tabasco y Veracruz siguen considerándose la “cultura madre”.²⁵

Pese a que la definición de este concepto no marca el inicio de la arqueología en el país, ni es el concepto más relevante para la disciplina en la actualidad, su definición ha motivado al menos tres interpretaciones que lo relacionan, de una u otra manera, con la conformación de la disciplina arqueológica. La primera de ellas lo considera un “descubrimiento” (uno de los mayores en la historia de la arqueología), el fruto esperado del desarrollo científico alcanzado por la disciplina arqueológica, y uno de los legados conceptuales de Alfonso Caso. Existen también otras opiniones menos favorables que atribuyen la definición de la cultura madre al autoritarismo de este personaje en la dirección y administración de la arqueología.²⁶ Algunos otros coinciden en atribuir la definición del concepto al genio creador del pintor Miguel Covarrubias, aunque este es un criterio que proviene, principalmente, de las biografías y homenajes hechos a este autor con un sentido hagiográfico.²⁷ Y, finalmente, también existen trabajos que resaltan el papel de los

²⁴ Mesoamérica (otro de los conceptos fundamentales para la arqueología), definida por el alemán Paul Kirchhoff (*Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y características culturales*, Suplemento de la Revista Tlatoani, ENAH, México, s/f), se refiere a una superárea cultural cuyos límites geográficos se encuentran comprendidos entre el Río Lerma y el Soconusco, que comparte cierto número de rasgos. Su definición es ligeramente posterior a la de los olmecas (1943). Aunque Kirchhoff definió este concepto y sus límites para el siglo XVI, éste ha sido extendido hacia el resto del espectro temporal y ha sido integrado firmemente en el discurso y prácticas posteriores. Algunas reflexiones críticas al respecto en *Dimensión Antropológica*, Año 7, Vol. 19, mayo-agosto, 2000.

²⁵ Cabe aclarar, sin embargo, que el concepto se ha (re)definido en numerosas ocasiones, aspecto que detallaré brevemente en el último capítulo de este trabajo. Pese a las diferencias existentes en tales posturas, sin embargo, es posible identificar al menos dos coincidencias: el llamado “Estilo de La Venta” definido en 1942, ha sido asociado de manera directa con un grupo cultural; y continúa siendo el origen que explica y unifica la mayor parte de los desarrollos posteriores. Un panorama general de las posiciones más relevantes, en González Lauck, Rebeca, “La zona del Golfo en el Preclásico: la etapa olmeca”, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, *Historia antigua de México*, Vol. I El México Antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte preclásico, segunda edición, INAH/Coordinación de Humanidades-UNAM/Ed. Porrúa, México, 2000, pp. 363-406.

²⁶ El trabajo de Jaime Riverón (*Análisis de las investigaciones arqueológicas...*, *op cit*) es uno de los más recientes y abundantes sobre la construcción de este concepto y, aunque, el autor pretende manejar un abordaje externalista de la ciencia, su postura es sumamente laudatoria y acrítica hacia el éxito de lo que denomina la “escuela mexicana de arqueología”. Por su parte Ignacio Bernal (*Historia de la arqueología en México*, Ed. Porrúa, México, 1992) es uno de los autores que más rescata la figura e importancia de Caso en la institucionalización de la práctica arqueológica. Armillas (Durand, Jorge y Luis Vázquez (comps.), *Caminos de la antropología. Entrevistas a cinco antropólogos*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional Indigenista, México, 1990, p. 42) es, por el contrario, uno de los que critican fuertemente el autoritarismo de este personaje.

²⁷ Existen numerosas reseñas sobre este personaje. De entre ellas, son las realizadas por personas ajenas al medio arqueológico, las que relacionan su nombre con el llamado “descubrimiento olmeca”. Cf. p. ej. la extensa biografía realizada por Adriana Williams (*Covarrubias*, Trad. Julio Colón Gómez, FCE, México, 1999) o las entrevistas realizadas por la periodista Elena Poniatowska (*Miguel Covarrubias. Vida y mundos*, Ed. Era, México, 2004) a diversas personalidades que tuvieron una cercana convivencia con el pintor.

arqueólogos estadounidenses, sobre todo, por su participación en la exploración de los sitios de Tres Zapotes y La Venta.²⁸

El primer sentido señalado es el que me interesa destacar en lo que sigue. Quizás sea el trabajo escrito por el arqueólogo Ignacio Bernal el primero que insertó este suceso como parte importante del desarrollo de la arqueología en el país.²⁹ En 1979, siendo director del INAH por segunda vez, Bernal escribió *La historia de la arqueología en México*. En este libro, el autor consideraba que el desarrollo de la disciplina arqueológica arrancó desde el siglo XVI (como antecedente), y siguió por las etapas de la Colonia, el México Independiente y, finalmente el siglo XX, cuando alcanzó su plena científicidad y modernidad.

Bernal consideraba que fue entonces cuando se alcanzaron las periodizaciones correctas y, por tanto, la ubicación secuencial de las culturas del pasado prehispánico. Tal avance moderno se alcanzó gracias a que los restos materiales pudieron ubicarse estratigráficamente y a que, además, se emprendió la lectura iconográfica de los restos que presentaban escritura.³⁰ Por medio de ambas estrategias de trabajo se dibujó un cuadro cronológico confiable que, “si no es la finalidad última de la ciencia, sí es un requisito indispensable para futuros avances”. Así, la lectura de las fuentes (práctica *amateur* para el autor) fue suplantada por las estrategias de investigación de campo, en particular, por la excavación. Ello dio cabida, en el periodo siguiente (el que Bernal estaba viviendo cuando escribió el libro), al desarrollo de nuevas preguntas de investigación que trascendieron el nivel descriptivo y alcanzaron la explicación.

Si bien el autor describe de manera breve la mayor parte de los trabajos hechos en este periodo moderno, destaca tres que, a su juicio, son los que mejor ejemplifican la científicidad alcanzada: los hechos para definir el periodo arcaico (el más antiguo) en el Valle de México; los dirigidos por su mentor Alfonso Caso en Monte Albán, Oaxaca; y, finalmente, el “descubrimiento olmeca”.³¹

La propuesta de Bernal resulta sumamente interesante sobre todo si consideramos la permanencia de la definición de lo olmeca hasta nuestros días. Sin embargo me parece que el autor descuidó ciertos elementos interesantes en su análisis al centrar su objetivo en ubicar y definir el “origen” de la disciplina. Sin declararlo, Bernal asumió y siguió la cronología y las ambiciones de la historia política posrevolucionaria. La línea de desarrollo

²⁸ Principalmente el trabajo de Lyon, *(Re)discovering the olmec...*, *op cit.*

²⁹ En este sentido también están escritos la mayoría de los estudios sobre el área olmeca que presentan, a manera de antecedentes, un resumen de los trabajos previos hechos hasta la fecha.

³⁰ La ubicación estratigráfica se refiere a la ubicación de los materiales arqueológicos de acuerdo a su posición en los estratos de la tierra, en la que se supone que el estrato más profundo es el de mayor antigüedad, mientras que los más superficiales son más recientes.

³¹ Bernal, *La historia de la arqueología...*, *op cit.*, cap. VIII. Como mostraré adelante (caps. II y III), los tres temas referidos por Bernal (lo arcaico, Monte Albán y lo olmeca) se encontraban profundamente vinculados con el problema del origen de la civilización.

que planteó partía de observar el porfiriato como una etapa de oscurantismo en el pensamiento científico y, a la revolución, como el origen del pensamiento moderno, científico, razonado, y de progreso en el país.

En el contexto de las ideas sobre el conocimiento, esta historia responde al ideal de cuantificación, precisión y explicación deductiva del conocimiento puesto en boga -al menos para las disciplinas sociales- en la década de los años sesenta. Quizás éste fue el estándar que Bernal aspiraba alcanzar para la disciplina que, por un lado estaba practicando y, por el otro, historiando. Por otro lado, en la historia de la arqueología, tal explicación responde a la construcción de la genealogía de los estudios mesoamericanos en las instituciones mexicanas. El autor fue uno de los fundadores de esas instituciones, las mismas que hoy nos acompañan y, en su relato justifica su quehacer, proyectos y trayectoria, creando su propia genealogía al lado del desarrollo de la disciplina. Casi como una metáfora, en su narrativa, el origen de la disciplina como ciencia (en el que él colaboró) se encuentra directamente relacionado con el momento en que ésta logró definir el origen de la civilización mesoamericana –la cultura madre.

La historia internalista narrada por Bernal, es en buena medida cuestionada por el trabajo de Olaf Jaime Riverón (2000). Este autor trae al campo de la historia de la arqueología la discusión sobre el externalismo vs internalismo de la ciencia. Se propone hacer un análisis comparativo de las investigaciones sobre lo olmeca y los sucesos sociales que han influido en ésta, con la finalidad de realizar una apología de los trabajos de la llamada “arqueología tradicional” que, desde hace varias décadas, ha sido injustamente criticada por diversas posturas teóricas en arqueología.³²

Pese a que las intenciones del autor son las de hacer una historia de corte externalista (como el título del trabajo lo indica), no logra abandonar la certeza de que es el carácter epistémico de la disciplina el que explica su desarrollo, aún cuando éste se vea influido por el medio social. Así, Jaime Riverón intenta mostrar que los factores externos de la disciplina (el contexto socio-político) han sido determinantes en el desarrollo y los cambios en las investigaciones hechas en el área olmeca; que las posiciones teóricas de las comunidades académicas se han encontrado en constante lucha por tratar de explicar mejor el registro arqueológico; que es el contexto histórico el que determina la postura teórica ganadora; y que la arqueología olmeca muestra una línea progresiva, pero discontinua, debido a que “abunda la serendipia”. Desde esta posición, el autor considera que las investigaciones olmecas se han desarrollado, pese a las condiciones externas (sociales y políticas) que los limitan, y bajo el prejuicio sobre las tierras bajas de la escuela norteamericana.

³² El autor, sin embargo, se limita a enunciar las “descalificaciones” que, a su juicio, ha hecho indiscriminadamente la corriente de la Nueva Arqueología.

El autor considera que la “arqueología tradicional” o “historia cultural”, ha sido la escuela mexicana que se ha enfrentado en diversas ocasiones a las influencias teóricas extranjeras que, de manera oculta, pero persistente, intentan arrebatarle su esencia.³³ Esta apreciación -de considerar que en México ha existido una sola escuela de pensamiento- constituye una limitante para el análisis. Pese a las evidentes diferencias presentes en los planteamientos de los actores del periodo -como José M. Melgar, Alfonso Caso y Miguel Covarrubias- Jaime Riverón los presenta como integrantes de una misma escuela, como si sus trabajos y proyectos constituyesen los eslabones de una cadena de conocimiento progresivo que llega hasta la actualidad. Se manifiesta así, el anhelo del autor por bosquejar la historia verdadera sobre el conocimiento válido, con lo que homogeniza el proceso y lima todas sus posibles aristas. Por otro lado, Jaime Riverón toma partido por una ciencia que a su juicio es y debe ser aséptica ante las condiciones sociales del medio. Así, los actores se tornan sujetos sin ambiciones -que no sean las de carácter científico- que están a la merced del entorno social.

Otro es el sentido brindado por la historiadora Beatriz de la Fuente, quien, desde la historia del arte, considera que la relevancia del “descubrimiento” de lo olmeca adquiere relevancia por ser la definición de un estilo de arte. Ella menciona que:

[...] me interesa el surgimiento de este concepto, la *idea de lo olmeca*, porque la conciencia del existir de una cultura diferente, distante de las otras conocidas, se formó precisamente por las relaciones de semejanza en la apariencia de algunas obras de arte que, eventualmente, se llamaron olmecas. [...] En un principio, algunos estudiosos e interesados en el mundo indígena antiguo, notaron la presencia de rasgos constantes en piezas que se encontraban en museos de diferentes partes del mundo, y de cuya procedencia nada se sabía; más tarde vinieron los descubrimientos casuales y las excavaciones y, finalmente, los estudios orientados hacia una síntesis cultural. No creo exagerado decir que, apoyándose en un estilo artístico, se inventó una cultura; en cierto momento, cuando las investigaciones eran realizadas con espíritu romántico, las más de las veces sin métodos científicos, se creó el *mito olmeca*.³⁴

De la Fuente es una de las autoras que se suma al estudio detallado de las piezas que han sido agrupadas como pertenecientes al estilo olmeca. Pese al reconocimiento que hace sobre la construcción de un mito en torno a la definición de la cultura olmeca, su análisis no se adentra en la reflexión sobre las herramientas conceptuales provenientes de la historia del arte (estilo, p. ej.). Considero aquí válida la crítica que ha realizado Claudia Ovando Shelley respecto a la paradoja que se encuentra en el seno de la historia del arte, al querer

³³ Aquí el autor retoma la propuesta de Manuel Gándara (*La arqueología oficial mexicana. Causas y efectos*, Colección Divulgación, INAH, 1992) sobre la llamada “arqueología oficial mexicana”.

³⁴ De la Fuente, *Los hombres de piedra...*, *op cit*, p. 13. Subrayados en el original.

juzgar los restos prehispánicos a partir de una supuesta empatía con la otredad cuando utiliza el concepto moderno y occidental de “arte”.³⁵

Finalmente, cabe destacar un trabajo más que escapa al grupo de investigaciones que enuncié arriba. Me refiero al trabajo realizado por Rosemary Durkin Lyon.³⁶ Su análisis, de corte histórico, se ocupa del periodo durante el cual se realizaron las exploraciones en Veracruz y Tabasco por el equipo de la *Smithsonian Institution* (1939-1946). Para este corte temporal, quizás éste sea el trabajo más completo realizado hasta ahora, pues la autora basa su investigación en el análisis de fuentes primarias de archivo (reportes de investigación, correspondencia institucional norteamericana) y publicaciones. A partir del cotejo de esta información, Lyon esclarece cada uno de los objetivos, perspectivas y alcances de los investigadores que trabajaron en este proyecto.

De esta manera la autora logra esclarecer algunos de los puntos de convergencia académica de los exploradores del *Smithsonian*, como el haber sido egresados de Berkeley y, por ende (y de acuerdo a su criterio), ser parte de la escuela cultural norteamericana. A ello atribuye el interés, sobre todo de Matthew Stirling, por definir cronológica y culturalmente sus hallazgos y ubicarlos en relación con el resto de las manifestaciones de la Costa del Golfo y la zona maya. También explica el interés del equipo del *Smithsonian* por realizar secuencias culturales que, como bien apunta, no siempre derivaron de las secuencias estratigráficas.

Lyon también se ocupa de destacar las divergencias de carácter personal y académico que pueden observarse, tanto en el transcurso de las exploraciones, como en la presentación de los resultados. Con ello, abona a la discusión sobre la heterogeneidad de la llamada “escuela hitórico-cultural”, tema que, cabe destacar, es poco frecuente en la historia de la arqueología.³⁷

³⁵ Ovando Shelley, Claudia, “Arte precolombino: entre la belleza y la monstruosidad”, en Evelia Trejo y Álvaro Matute (eds.), *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas*, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 2005, pp. 145-159. El análisis de la autora se refiere a la obra de Salvador Toscano. Cabría resaltar que este mismo sentido paradójico se encuentra también en la disciplina arqueológica al haber definido la cultura olmeca a partir de la categoría de “civilización”.

³⁶ *(Re)discovering the olmec... op cit.*

³⁷ La historia-cultural es una teoría antropológica y arqueológica que considera a la cultura como un cuerpo de ideas, valores y creencias que comparten los miembros de un grupo humano. Los restos materiales son producto de este conjunto de ideas y, por tanto, manifiestan la cultura. Ésta se difunde hacia el exterior del grupo, en el tiempo y en el espacio, y sus cambios se encuentran en relación proporcional a la cercanía del foco central. Una crítica a esta teoría sumamente interesante, en Flannery, Kent, “Culture History v. Cultural Process: A debate in American Archaeology”, en Mark Leone (ed.), *Contemporary Archaeology. A guide to theory and contributions*, Southern Illinois University Press, Estados Unidos, 1977, pp. 102-107 (artículo reimpresso de *Scientific American*, vol. 217, N° 2, Agosto, 1967).

De acuerdo a Bruce Trigger (*Historia del pensamiento arqueológico*, Trad. Isabel García Trócoli, Ed. Crítica, Barcelona, 1992, cap. 5) esta propuesta se encuentra muy vinculada con el interés de fundamentación ideológica de los estados nación del siglo XX, así como con el difusionismo alemán, en particular, el de Friedrich Ratzel. En América, además, “este enfoque se correspondía con la concepción histórico particularista, liderada por Franz Boas, que veía las culturas no como istemas integrados sino como colecciones de características individuales que habían coincidido como resultado de casualidades históricas” (p. 181).

Sin embargo, al restringir su mirada a los actores y fuentes norteamericanos, Lyon únicamente observa en México el espacio en el que se desarrolló la trama, y a los actores mexicanos como personajes secundarios. Es por ello que señala que:

Los sucesos políticos y sociales en México tuvieron un papel importante en la determinación del tipo de preguntas que los arqueólogos se hicieron y la forma como entendieron las respuestas que recibieron. Las expediciones de *National Geographic-Smithsonian* tuvieron lugar en el momento en el cual México experimentaba un renovado interés en sus raíces y en el papel que los indígenas tuvieron en el desarrollo de la cultura mexicana. Alfonso Caso, director del INAH, y otros prominentes mexicanos (particularmente Miguel Covarrubias) propusieron la idea de que lo olmeca representaba la “cultura madre” de América Media, la cultura que, en cierta medida, dio a luz a las tradiciones culturales posteriores. Caso y Covarrubias establecieron este punto de vista con gran vigor y con considerable éxito en la Mesa Redonda de 1942 en Tuxtla Gutiérrez. Ambos personajes eran altamente apreciados por Stirling, y su posición, sin duda, reforzó e influyó en la voluntad de los arqueólogos de la *National Geographic-Smithsonian* a adoptar algunas de sus ideas.³⁸

Allende al centralismo de su mirada, cabe resaltar que Lyon apunta, sin explorarlo, un elemento que me parece crucial para comprender parte del significado que reviste la creación de la “cultura madre”: la situación política-cultural del país y su proyecto indigenista. Éste, pese a su importancia, es un tema que no ha sido detallado por la historiografía de la arqueología en general y que, me parece, podría extender el horizonte de comprensión de este periodo.

En general, las interpretaciones expuestas arriba albergan la intención de utilizar la historia como una herramienta para construir una genealogía y una tradición de la arqueología. Pese a sus diferencias, éstas comparten la noción de la historia *whig* de la arqueología, desde la cual, la construcción de la cultura olmeca aparece como un concepto fundacional: éste es considerado como un acierto de verdad para el conocimiento (arqueológico o de historia del arte), y se ubica como uno de los parteaguas que separó la actividad *amateur* de la científica.

Tales interpretaciones implican, a la vez, que la construcción de una categoría (considerada epistémicamente válida en el presente) es capaz de servir como elemento fundacional del

³⁸ Lyon, *(Re)discovering the olmec... op cit*, p. 113. Traducción propia. “Political and social currents in Mexico also placed a role in determining the kind of questions which the archaeologists asked and the way that they understood the answers that they received. The National Geographic-Smithsonian expeditions took place at a time when Mexico was experiencing renewed interest in its roots and in the role that indigenous people had played in the development of Mexican culture. Alfonso Caso, director of INAH, and other prominent Mexicans (particularly the artist Miguel Covarrubias) were proponents of the view that the Olmec represented the “mother culture” of Middle America, the culture which to some extent gave birth to later cultural traditions. Caso and Covarrubias put this view forward with great vigor and with considerable success at the 1942 Roundtable in Tuxtla Gutierrez. Both men were highly regarded by Stirling, and their position undoubtedly reinforced and influenced the National Geographic-Smithsonian archaeologists’ willingness to embrace some of their ideas.”

ejercicio de una disciplina formal o científica. Me parece que en este discurso, el orden de las ideas se presenta independiente al de la historicidad del proceso, y la verdad se enarbola como el único fin posible para el conocimiento. Por otro lado, subyace en este discurso un sentido de origen, progreso, linealidad, destino y finitud de la actividad social (en este caso, científica), que restringe la diversidad de agentes sociales, la historicidad y variabilidad del proceso, y la capacidad de acción de los sujetos (individual o grupal).

Es cierto que la construcción de la “cultura madre” evidencia un cambio en la disciplina arqueológica. Indudablemente existe un abismo entre las primeras interpretaciones sobre los objetos de la costa del Golfo, y las que definieron a la “cultura madre”. Desde mi particular mirada, sin embargo, establecer si ésta última categoría involucra un avance válido o verdadero en el terreno epistémico, no es un tema que pueda enfrentarse desde un estudio histórico y/o sociológico del conocimiento.

Me parece que las transformaciones que evidencian la aparición de esta categoría que sí pueden observarse desde una perspectiva histórica (como el caso de esta investigación), se encuentran en el orden de las prácticas académicas y en el de las relaciones sociales que mantenía la comunidad arqueológica, mismas que, a la postre, fincarían el ejercicio profesional de la disciplina. En este sentido, la construcción de lo olmeca en el periodo que narraré, será un ejemplo para destacar el cómo y el por qué, una comunidad académica define y decide un punto de acuerdo (en torno al problema mayor del origen de la civilización) acorde a sus propias estructuras jerárquicas de organización y, cómo ello se entrelaza con la institucionalización y profesionalización de la disciplina como campo autónomo.

Desde este punto de partida, apelo el ejercicio de historiar como un espacio de anclaje para reflexionar sobre los diversos elementos que se encuentran involucrados en la consolidación de las prácticas profesionales, y sus componentes sociales y políticos. Sin duda, son diversos los elementos que podrían explorarse. En esta investigación, sin embargo, me limitaré sólo a dos aspectos que son de mi interés: la transformación de la narrativa de la historia prehispánica moderna, y la consolidación de la comunidad arqueológica en el siglo XX. En ambos casos, tomaré como referencia la llamada tradición decimonónica, con la intención de resaltar las continuidades y rupturas que ésta presenta en relación a los años de la posrevolución. Ambos temas contienen varias aristas que a continuación desarrollaré, adelantando con ello, algunas ideas que sostendré a lo largo de la investigación.

La transformación en la percepción del dato (histórico) y de la categoría de verdad, resultan temas capitales para el tema aquí tratado. La lectura de las fuentes había sido una de las estrategias básicas para los estudiosos desde el siglo XIX, y lo seguía siendo, incluso, para algunos de los investigadores que participaron en las mesas organizadas por la Sociedad

Mexicana de Antropología. En éstas últimas se presentaron diferentes abordajes para la identificación y el devenir de los olmecas, entre los que destacan: la tradición de análisis de las fuentes del siglo XIX; la lectura iconográfica de las piezas escultóricas; y el estudio de otros materiales obtenidos por excavación.

Algunos autores consideran que tales posturas de investigación se confrontaron durante la celebración de la Mesa Redonda y que, de este enfrentamiento, resultó ganadora la investigación de campo frente a la lectura de las fuentes, misma que fue abandonada como práctica de la arqueología.³⁹ Sin embargo, después de tal reunión, la lectura de las fuentes y los glifos siguió siendo una práctica importante para la investigación del pasado prehispánico. Autores como Federico Navarrete y Miguel Pastrana consideran que fue durante estos años cuando se inició el ejercicio crítico del dato escrito y se reflexionó en torno a su subjetividad, gracias a la participación de Alfonso Caso.⁴⁰

Coincidió parcialmente con estos autores al considerar que tales prácticas no cayeron en desuso en la práctica arqueológica. No obstante, difiere del juicio que considera que los investigadores previos a Caso no tuvieron un ejercicio histórico serio con sus fuentes.⁴¹ Es cierto que, si partimos de las consideraciones recientes sobre la otredad y el sujeto, tales reflexiones no se encontraron presentes en ninguno de los trabajos sobre el México prehispánico de fines del siglo XIX o principios del XX. Sin embargo, ello no implica que los estudiosos de entonces creyeran ciegamente en la veracidad del dato escrito sin

³⁹ Son varios los autores que consideran que durante las primeras décadas del siglo XX se abandonó la práctica de la lectura de fuentes, y que, además, consideran que ésta tenía un carácter "amateur". Aunado a ello consideran que este abandono dio inicio a la actividad arqueológica profesional (que algunos juzgan también científica). Cf. p. ej. Bernal, *Historia de la arqueología, op cit*; Lameiras, "La antropología en México: panorama de su desarrollo en lo que va del siglo", *Ciencias sociales en México*, El Colegio de México, México, 1979, pp. 109-180; Brambila y De Gortari, "Los Anales del Museo Nacional", en Mechthild Rutsch y Mette Wachter (coords.), *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*, Colección Científica 467, INAH, México, 2004, pp. 243-274; Matos, *Las piedras negadas. De la Coatlicue al Templo Mayor*, CNCA, México, 1998.

⁴⁰ En este texto Navarrete ("La historia y la antropología: tras las huellas de los hombres-dioses", en Evelia Trejo y Álvaro Matute (eds.), *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta Lecturas*, IIH-UNAM, México, 2005, pp. 403-418) hace un breve análisis de la postura historiográfica de Alfredo López Austin sumándose en gran medida a la misma. Por su parte, Pastrana ("Un prólogo a la historia antigua de la Mixteca", en Evelia Trejo y Álvaro Matute (eds.), *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta Lecturas*, IIH-UNAM, México, 2005, pp. 465-480) hace lo propio con los trabajos de Alfonso Caso y postula que fue éste quien impulsó el análisis objetivo de las fuentes. Pese a la distancia entre los personajes que aborda cada autor (López Austin y Caso), el tema se encuentra ligado por una especie de genealogía de la historiografía de fuentes para el estudio del México prehispánico, ya que los autores proponen que fue Alfonso Caso quien propuso la categorización histórica de esta forma de trabajo, y que ésta fue retomada y reformulada, años después, por López Austin.

⁴¹ Guy Rozat es otro de los autores que comparten con Pastrana y Navarrete tales juicios. Rozat ("Las representaciones del Indio, una retórica de la alteridad", *Debate feminista*, año 7, vol. 13, abril de 1996, pp. 40-66; y "Pensar derroteros historiográficos", en Gumersindo Vera, José Pantoja, Rubén Espinoza y Guy Rozat (coord.), *Memorias del Coloquio Los historiadores y la historia para el siglo XXI*, ENAH, México, 2006, pp. 147-166), incluso con mayor énfasis, destaca que en general, la historia prehispánica carece de una reflexión sobre la subjetividad del discurso histórico y el análisis de fuentes desde el siglo XIX. Sin duda, los trabajos de Rozat resultan inquietantes e invitan a la reflexión profunda de temas poco abordados y es de destacarse su aporte sobre el tema de la laicización de la historia moderna en México. Sin embargo, me parece que uno de los problemas de su ejercicio crítico es la generalización, ya que restringió su análisis a las obras de los personajes y las tendencias más reconocidos, sobre todo, de las últimas décadas (como Miguel León Portilla y su escuela), sin considerar la gran diversidad de opiniones de los estudiosos, desde el siglo XIX y hasta la actualidad.

discernimiento alguno. No todos los datos o todas las fuentes tenían el mismo peso de validez frente a los ojos de los investigadores. Había crítica, de fuentes y de autores, pero ésta no se encontraba basada en los mismos criterios (epistémicos, políticos, éticos y morales) que adquirieron relevancia en la segunda mitad del siglo XX. Como señala Álvaro Matute, en la actualidad existe un profundo menosprecio hacia los positivistas de entonces, sobre todo, basado en la confusión de esta escuela con los afanes empiristas de la tradición diplomática (previa) que buscaba afanosamente el acento documental. Es la segunda postura (la diplomática) la que rehusaba los “vuelos del reino de las ideas”, mientras que “Los verdaderos u originales positivistas nunca se quedaban en los hechos, sino que, como asienta Porfirio Parra, pensaban que la historia era una ciencia que debía poner ‘en relieve la relación de causa a efecto, que comprueba la ley de causalidad que asciende de los hechos a la ley, al mismo tiempo que ilustrada por la ley interpreta los hechos’. El verdadero canon positivista era éste”.⁴²

Por otro lado, los cambios sociales y políticos sucedidos entre las dos guerras mundiales ocasionaron diversas preocupaciones en torno a la narrativa histórica y a la representación de la imagen, tanto en el arte y la literatura, como en la historia.⁴³ Estas primeras décadas del siglo XX también dieron cabida al nacimiento de la antropología y, con ello, al de la noción de cultura.⁴⁴ En este contexto, cabría cuestionar de manera más precisa cómo influyeron tales transformaciones en la escritura del pasado prehispánico de México, si existió algún cambio en la percepción y construcción de los datos, y si ello implicó modificaciones en las prácticas académicas.

La atomización del campo de lo social es otro aspecto involucrado en el tema de los cambios sucedidos en la narrativa histórica. En buena medida, se ha ubicado en las primeras décadas del siglo XX –incluyendo el ejemplo olmeca en el proceso- uno de los pasos decisivos en la arqueología para lograr su separación de la historia y la antropología, y su autonomía como disciplina.⁴⁵ Durante estos años la comunidad arqueológica albergó la intención de delimitar formalmente a la disciplina arqueológica, pero, como sostendré en este trabajo, para ello no se usó un criterio metodológico. Tal ruptura sólo se estableció en el espacio formal, tomando como base un criterio temático (del contenido del espectro histórico, o del pasado) para establecer las fronteras con respecto al resto de los saberes que, de una u otra manera, abordaban los temas del pasado prehispánico, como la historia

⁴² Matute en “La historiografía positivista y su herencia”, en Conrado Hernández (coord.), *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*, El Colegio de Michoacán-UNAM, México, 2003, pp. 33-4.

⁴³ Un estudio al respecto sobre los historiadores de Estados Unidos, en Novick, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, 2 tomos, Colección itinerarios, Instituto Mora, México, 1997. Véase también las reflexiones de James Clifford sobre las transformaciones que implicó el arribo de la antropología cultural. Cf. Clifford, *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Trad. Carlos Reynoso, Gedisa, Barcelona, 1995.

⁴⁴ Un análisis sobre la noción de modernidad en la historia, en Tenorio, *Argucias de la historia...*, op cit.

⁴⁵ Cf. p. ej. Brambila y De Gortari Rebeca de Gortari, “Los Anales del Museo Nacional” ..., op cit.

y la etnología (o antropología).⁴⁶ Esta separación no implicó una ruptura tajante con las formas de trabajo de la historia antigua presente en el siglo XIX. Si bien es cierto que existieron y se usaron nuevas estrategias metodológicas (como la estratigrafía) que implicaron la (re)definición de los datos, éstas no substituyeron la tradición previa.

Esta separación no puede observarse como un hecho inmediato, sino que es un largo proceso que ocurre durante las primeras décadas del siglo XX. Con el surgimiento de las nociones de “raza” y “cultura” el espectro de lo social fue ampliándose y, a su vez, fragmentándose en diversas disciplinas.⁴⁷ Es en este sentido que el tema del “origen” y su culminación en la definición de la “cultura madre”, podría resultar una guía útil para cuestionarse sobre la conformación de la arqueología como disciplina autónoma y las implicaciones que esta independencia ocasionaron en su práctica y discurso. Ello permitiría observar la delimitación del campo arqueológico (en relación con el resto de las disciplinas sociales), no sólo en los aspectos metodológicos, sino en relación a los contenidos teóricos y en la definición de la agenda de investigación y el objeto de estudio (el mundo prehispánico, su origen, desarrollo y valoración histórica e ideológica).

En este sentido propongo que, por un lado, existió una clara continuidad de la tradición evolucionista de la historia decimonónica. Por el otro, aún cuando a lo largo de la primera mitad del siglo XX se insistió en la intención de establecer una liga entre la disciplina y el campo antropológico, ésta no fue el resultado de una reflexión/discusión teórica. Pese al uso de conceptos derivados de la antropología (*cultura* es el más evidente), la liga teórica con ésta no se estableció y los préstamos conceptuales tomados de tal disciplina no se integraron al campo epistémico de la arqueología.

En todo este proceso también se encuentra presente el tema de la consolidación de la comunidad arqueológica en la posrevolución. Sostengo que, si bien en este lapso se alcanzó la institucionalización y profesionalización de la disciplina, estos procesos (de por sí complejos), estuvieron acompañados la consolidación de una comunidad académica que dio vida a los espacios formales de reunión, creación y discusión, y que gestó y consolidó herramientas teóricas, discursivas y metodológicas necesarias en un campo de estudio autónomo. Estos “mecanismos” cotidianos del quehacer de la disciplina no dependieron de manera directa de las pautas brindadas por la institucionalización y/o profesionalización.

En otro sentido, resulta casi evidente que la noción de origen que subyace al concepto de la cultura madre, tiene un fuerte peso ideológico y político. De hecho, continuamente y en

⁴⁶ Una interpretación similar, aunque con un carácter más evolucionista, es asumida por Bernal (*La historia de la arqueología...*, *op cit*, caps. VII y VIII), quien, como señalé arriba, considera que este suceso responde a que durante la primera mitad del siglo XX se consolidó “el triunfo de los tepalcates” con el uso de las tipologías cerámicas y el registro estratigráfico por encima del “pensamiento positivista” y de la lectura de fuentes.

⁴⁷ Este es uno de los temas que preocupan, por ejemplo, a Tenorio (*Argucias de la historia...*, *op cit*) al respecto del pensamiento histórico moderno y su reflexión.

general la arqueología ha sido definida como una disciplina que sigue a pie de juntillas el dictado y los intereses del Estado, aunque no existen análisis puntuales al respecto.⁴⁸

A partir de la década de los años veinte, los gobiernos de la posrevolución dedicaron gran parte de sus esfuerzos a fundamentar su presencia histórica y a consolidar las instituciones del país.⁴⁹ La arqueología fue un producto de este proyecto y es probable que ninguno de los estudiosos de la época haya sido ajeno a tales consideraciones (para bien o para mal). Tanto la creación de la Escuela de Antropología como la del INAH, corresponden al mandato de Lázaro Cárdenas, quizás uno de los gobiernos en los que la institucionalización del proyecto nacionalista fue más contundente. La definición de la cultura olmeca también respondió a este espíritu nacionalista y centralista.

Por otro lado, la organización del poder político mexicano sin duda ha estado revestida de características sociológicas interesantes. Se ha sugerido que la estructura de compadrazgo prevaleciente en los círculos políticos, también alcanza al sector intelectual, pues éste último constituye una de las principales bases para el reclutamiento de políticos. Si bien esta consideración se basa en el análisis de la clase política y no de la intelectual, sus apreciaciones podrían resultar muy sugerentes para el caso concreto de la arqueología, disciplina que ha mantenido estrechos vínculos con los proyectos políticos y sus ideologías.⁵⁰

En el periodo aquí mostrado podrá observarse el cambio generacional al interior de la disciplina: la suplantación de la comunidad porfiriana por la posrevolucionaria y, de ésta, por la elite de los años de la revolución institucionalizada. Más allá de las transformaciones ocurridas en las herencias teórico/académicas, esos cambios mostrarán los reacomodos en los puestos de jerarquía (política y académica) de los personajes. Además de la liga de esta disciplina con el Estado gracias al proyecto de la construcción identitaria nacional, también

⁴⁸ Algunos trabajos que sostienen la existencia de este vínculo en Vázquez, "Historia y constitución profesional de la arqueología mexicana (1884-1940)", María Teresa Cabrero G. (comp.), *II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*, IIA-UNAM, México, 1993, pp. 36-77.; Rettig, *Los planes de estudio de arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y sus transformaciones (1964-2006): una reflexión sobre la nueva propuesta curricular*, tesis de Maestría en Filosofía de la Ciencia, FFyL-UNAM, México, 2008; y Rodríguez, "Recursos ideológicos del estado mexicano: el caso de la arqueología", en Mechthild Rutsch, *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión*, Plaza y Valdéz-Instituto Nacional Indigenista, México, 1996, pp. 83-103.

⁴⁹ Cf. p. ej. Benjamín, *La revolución mexicana. Memoria, mito e historia*, Trad. María Elena Madrigal Rodríguez, Ed. Taurus, México, 2003. En otro nivel de discusión, Octavio Paz caracteriza esta particularidad del Estado mexicano como la presencia del "ogro filantrópico" ("El ogro filantrópico", *Obras completas*, Vol. 8. El peregrino en su patria. Historia y política en México, FCE, México, 2006, pp. 336-350). Niklas Luhmann (*La ciencia de la sociedad...*, op cit), por otra parte, sugiere que los campos científicos en México no se han consolidado como tales debido al peso monopólico y centralizado del poder estatal posrevolucionario. Las reflexiones de este autor, sin embargo, parten de la existencia de campos autopoieticos, lo que diluye la capacidad de acción de los individuos en los procesos sociales.

⁵⁰ Retomo esta propuesta de Roderic Camp (*Los intelectuales y el Estados en el México del siglo XX*, FCE, México, 1995). El tema, posteriormente, fue retomado y discutido extensamente por diversos historiadores mexicanos y estadounidenses. Cf. Camp, Charles A. Hale y Josefina Zoraida Vázquez (eds.), *Los intelectuales y el poder en México*, El Colegio de México/UCLA Latin American Center Publications-University of California, México, 1991.

se observará la presencia de actores que resaltaron tanto en la esfera académica como en la política. Alfonso Caso fue uno de estos personajes, y como podrá verse en esta investigación su presencia y liderazgo marcó la pauta en varias de las decisiones que tomó la comunidad arqueológica de entonces.

Finalmente, he de aclarar que, si bien éste es un tema que resulta idóneo para observar las relaciones entre el campo arqueológico y antropológico con el artístico, estos vínculos no fueron explorados en la investigación. La decisión de excluir un análisis que podría resultar de importancia capital para el tema, estuvo basada en un criterio de delimitación, pues adentrarse en la compleja relación entre el arte y la arqueología, implicaría una investigación en sí misma.

En un tema en el que la figura de Miguel Covarrubias ha dominado las narrativas, me propuse escudriñar los espacios en los que este personaje no era visible, convencida de que en ellos también encontraría elementos de importancia para observar la historia. Es por ello que centré la mirada en los estudios y actores del campo arqueológico e histórico y, desde este punto intenté desentrañar los significados que les fueron asignados a las piezas de la costa del Golfo. Propongo así que la definición de lo olmeca no fue el resultado de una cadena progresiva y acumulativa de descubrimientos. Por el contrario, la “cultura madre” es una de las últimas facetas que adquirió el problema del origen y la civilización de las sociedades prehispánicas. Éste último se encuentra presente desde el siglo XIX (considerando el pensamiento moderno) y, a lo largo de la primera mitad de la siguiente centuria, sufrirá profundas transformaciones, que (re)significarán a los objetos arqueológicos y, por tanto, la historia prehispánica. Tales modificaciones en el significado de los objetos y la historia, transitaron de considerar piezas sin valor museístico, relacionadas con un posible origen/contacto transoceánico y con la raza negra; a datos sujetos de interpretación y valoración histórica (es decir, temporal y cultural), evidencia de la “cultura madre” de México, y piezas de valor artístico (a nivel internacional, incluso) que podían ser mostradas como “lecciones de historia patria”.

* * *

Para abordar y narrar esta investigación, observé la temática desde tres aristas: el escenario institucional y los actores que dieron cabida a las interpretaciones sobre el origen, y sus formas de relacionarse como comunidad y generación; las discusiones en torno a la idea del origen del hombre y la civilización; y, finalmente el significado ideológico-político de la “cultura madre”. El primero de ellos constituye un marco general para ubicar al lector en el escenario que dio cabida al desarrollo de la problemática general de la que habla este texto; mientras que los restantes apelan a dos de los significados que se atribuyeron a lo olmeca en 1942 y que se mantienen vivos hoy.

Narro en el Capítulo I (*El origen americano y la historia nacional*) las interpretaciones que suscitaron los restos de la Costa del Golfo durante el siglo XIX. Presento las principales propuestas que relacionaron las piezas con la presencia negra en el continente para sostener la validez de los postulados monogenéticos, así como el origen occidental de las poblaciones americanas. En estas discusiones también se observa cierto sentido nacionalista, al querer fundamentar la mayor antigüedad del origen tanto en el norte como en el sur del continente. Doy cuenta de estas investigaciones aún cuando ninguna de éstas relacionó tales piezas con la “cultura madre”, sino con el problema del origen americano. Con ello pretendo hacer hincapié en la (re)valoración de los objetos de acuerdo a los intereses y presupuestos teóricos de la comunidad y, también, al cambio que significó el siglo XX, sus valores e intereses en plena modernidad nacional. También brindo el contexto institucional en el que se desarrollaron estas propuestas, así como el sentido de la narrativa histórica en el que se fundamentaron.

El siglo XX muestra un rompimiento abrupto con las teorías sobre el origen americano del siglo anterior. En el Capítulo II (*Entre la historia patria y un nuevo origen*) muestro el escenario institucional que fue promovido por dos de los personajes más relevantes de este periodo: Manuel Gamio y Alfonso Caso. Ello brindará un marco general que servirá para ubicar al lector en el escenario que dio cabida al desarrollo de la problemática general de la que habla este texto, pues si bien la institucionalización no definió mecánicamente la consolidación de la agenda teórica y conceptual de la disciplina, sí es un elemento fundamental para entender su desarrollo.

Brindo también un bosquejo sobre los actores que dieron vida a estos cambios, y sus formas de relacionarse como comunidad y generación; y las discusiones generales en torno a la idea del origen y la civilización. Sitios que hoy no tienen una relación siquiera directa con el tema olmeca, harán su aparición aquí. Las exploraciones de la Cuenca de México, las realizadas en Monte Albán, la Huasteca, o Cholula, estuvieron fuertemente vinculadas con el problema del origen, y dieron los elementos necesarios para las discusiones que definirían años más tarde a la cultura madre en Tabasco.

Asimismo, en este apartado muestro los espacios de discusión formales e informales que acompañaron este largo proceso y que, sobre todo, congregaron a la comunidad de estudiosos en torno a problemáticas e intereses comunes, entre los que tuvo su origen la Sociedad Mexicana de Antropología, proyecto liderado por Alfonso Caso. Finalmente muestro la sucesión (desde el siglo XIX) de dos generaciones (la revolucionaria y la institucional), claramente diferenciables que se acomodaron en las estructuras jerárquicas de la disciplina y que influenciaron en la participación de ciertos actores y en el apoyo de determinados proyectos y escuelas, entre los que se encuentra el de la definición de lo olmeca.

En el Capítulo III (*El origen mexicano*) muestro las principales interpretaciones sobre el problema del origen de la civilización. No abordaré todas los estudios que existieron, sino que únicamente me limitaré al desarrollo de los que estuvieron relacionados con la discusión sobre la “cultura madre” en la Costa del Golfo y el Altiplano. También abordaré aquí cómo se desarrollaron las exploraciones en la Costa y la forma en que se llevaron a cabo las discusiones que definirían a la “cultura madre” en 1942.

Finalmente, en el Capítulo IV (*Itinerarios: los significados de la cultura madre*) presento algunas reflexiones generales. Si bien concluyo la narración sobre la construcción de la “cultura madre” en el capítulo anterior, he dedicado las últimas líneas de este escrito al desarrollo de algunas de las ideas y preguntas que subyacen en toda la investigación. La constante resignificación de las antigüedades de la Costa se expresa también en las salas de exhibición de los museos locales y nacionales. Aquí, los objetos también adquirieron importancia (aunque tardía) como nuevos objetos del conocimiento, de la ciencia, y como tales fueron representados, medidos, descritos y exhibidos. Ante las miradas de extranjeros y nacionales, las mismas piezas se tornaron la imagen de la raza negra y el puente al Viejo Continente; la del prehispánico y el origen autóctono; la de lo indio y la mexicanidad; la de lo natural y el arte; la de lo exótico y la otredad. En diversos escenarios, a la vez, las antigüedades sirvieron para mostrar el origen nacional, el genio del espíritu artístico de la humanidad, y el orgullo de chauvinista de las localidades. Como si fueran eslabones, las piezas de la Costa del Golfo, sostuvieron y formaron diferentes cadenas de historias cobijadas por el proyecto de la revolución institucionalizada y de la efervecencia de los nacionalismos autóctonos de entre guerras. Sin duda, estas últimas líneas son sólo bocetos, preguntas inacabadas y respuestas inconclusas. Sin embargo, no quise dejarlas en el tintero y las presento aquí como una invitación para seguir pensando acerca de nuestras construcciones sobre la otredad.

Capítulo I

El origen americano y la historia nacional

Antes de que fuera definida la “cultura madre”, durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, las esculturas de la Costa del Golfo no tuvieron ningún papel protagónico en la historia prehispánica y nacional. Aún cuando Fray Bernardino de Sahagún había mencionado que en este sitio habían vivido los “ulmecas”, los grandes civilizadores de los pueblos del Altiplano, nadie había relacionado tal nombre con las cabezas colosales y las hachas de jade. Tampoco habían establecido ningún vínculo entre la existencia de este pueblo y el culto al jaguar o una civilización primigenia. Estas fueron asociaciones que se hicieron a finales de la primera mitad del siglo XX.

Previo a esto, el punto de interés de la historia patria se encontraba inmerso entre el universalismo occidental y la construcción de los estados nación, con dos preguntas fundamentales: ¿cuál había sido el origen del hombre americano? y ¿cuál era el estado evolutivo de los pueblos de este continente antes de la llegada de los españoles? Los estudiosos buscaban afanosamente descifrar las ruinas del Altiplano con la esperanza de ubicar a la gran *Tollan*, y de explorar los majestuosos sitios de la zona maya para localizar el rastro de *Votan*. También intentaban aclarar cuál había sido el vínculo previo, el original, de estos pueblos con los del otro lado del océano.

Pese a la distancia entre estos dos momentos de la construcción de la historia prehispánica, ambos se encuentran entrelazados. Para narrar la forma en que ocurrió la definición de la “cultura madre” como germen de la civilización mesoamericana, es necesario mirar el momento previo, cuando los objetos de esta cultura no eran considerados ni civilización ni origen mexicano, y la arqueología no era una disciplina como hoy la conocemos. Estos tiempos tienen mucho que decir sobre las décadas de la siguiente centuria, porque las preocupaciones por entender y encontrar el origen del hombre y las civilizaciones del México prehispánico fueron sistematizadas en el siglo XIX. Aquí se comenzaron a construir los objetos del panteón histórico prehispánico y sus discursos, y los estudiosos gestaron formas de trabajo que se mantuvieron vigentes hasta la vuelta del siglo, cuando los objetos adquirieron nuevos significados.

Las líneas de este capítulo tienen la intención de adentrarse en las interpretaciones del siglo XIX con la finalidad de bosquejar una antesala que brinde cierta profundidad histórica a la temática de este estudio. Abordaré tanto los estudios sobre los objetos de la Costa del Golfo y su vínculo con la pregunta sobre el origen americano, así como el contexto

institucional e ideológico en el que éstos tuvieron cabida. También hablaré sobre la construcción de la narrativa histórica que subyace en cada una de estas interpretaciones y sobre prácticas del quehacer de construcción del pasado.

Dicen que los que hacemos historia tendemos, en una actitud obsesiva, a buscar al infinito el antecedente de nuestros temas de estudio. Sin embargo, espero que el recorrido decimonónico que le propongo al lector sea pertinente. Siguiendo a Tenorio Trillo,¹ me parece cierto que el siglo XIX es un axioma indispensable para pensar lo contemporáneo. Más que un simple antecedente, el XIX es la idea fundadora, fija e inapelable que fundamenta nuestras concepciones de progreso, civilización, raza, cultura, ciencia e historia, nuestro siglo XX. El reto se encuentra en volver la mirada y centrarla en sus discontinuidades para escapar, en lo posible, de la fijeza de nuestras propias concepciones.

1. La liga universal

El origen del hombre americano había constituido, desde el siglo XVI, un tema de gran importancia filosófica y teológica. Para el siglo XIX el problema no se había resuelto y se entrelazó con el que suponía el nacimiento de los estados nación y de su idea de modernidad y ciencia. La historia en México, en este contexto, mantenía una profunda preocupación por el rescate de las grandes civilizaciones americanas, como la maya o la tolteca, para fincar el orgullo nacional y mestizo del país independiente. Pero también se encontraba ante la encrucijada de responder sobre el “origen” antiguo o primigenio de esos mismos pueblos. Los autores vacilaban entre las posturas monogenéticas y las poligenéticas, con la esperanza de dotar a las poblaciones americanas de una genealogía antigua, pero sin perder el lazo con Occidente, la divinidad cristiana y la historia bíblica.

En este contexto, las migraciones trasatlánticas fueron una explicación recurrente para trazar un puente con el otro lado del Océano, que buscaba afanosamente las similitudes con las poblaciones antiguas griegas, asirias, chinas e, incluso, negras. Las “antigüedades” americanas constituyeron así, pruebas fidedignas para comprobar un origen común y, también para asegurar el destino de progreso universal para la naciente nación.

Migraciones africanas y la Cabeza de Hueyapan

A legua y media de una hacienda de caña, en la falda Poniente de la sierra de San Martín, en el poblado de Hueyapan, cerca de San Andrés Tuxtla, en Veracruz, unos trabajadores encontraron una cabeza gigantesca. (Ver Ilustración 1, *Anexo II*) Estaban haciendo la roza para la siembra del maíz, y al arar la tierra se asomó, como el fondo de una gran paila boca abajo, una enorme roca. Dieron aviso a su patrón y, por órdenes de éste, comenzaron a

¹ Tenorio Trillo, *Argucias de la historia. Siglo XIX, cultura y “América Latina”*, Col. Inicios de las Ciencias Sociales, Paidós, México, 1999.

descubrirlo: era una cabeza gigantesca de basalto, pero era tan grande (dos varas de alto) y pesada que no pudieron desenterrarla por completo.

Algunos años después, José María Melgar y Serrano, buen coleccionista y amante de las crónicas sobre los indios, se encontraba en San Andrés, cuando tuvo noticias del hallazgo en la hacienda. Corría el año de 1862.

[...] Llegué a la expresada hacienda, y supliqué al dueño de ella que me llevara a verla; fuimos, y quedé sorprendido: como obra de arte, es sin exageración una magnífica escultura, como se puede juzgar por la fotografía que se acompaña; pero lo que más me impresionó fue el tipo etiópico que representa; reflexioné que indudablemente había habido negros en este país, y esto había sido en los primeros tiempos del mundo: aquella cabeza no solo era importante para la arqueología mexicana, sino también para la del mundo en general, pues ponía en evidencia un hecho cuyas consecuencias lo eran.²

El entusiasmo de Melgar no era gratuito. La escultura de basalto alcanza una altura de 1.47m, 5.49m de circunferencia y un peso de 7.8 toneladas.³ (Ver Ilustración 1, Anexo I) Si bien actualmente esta pieza es la de menor tamaño entre todas las cabezas halladas, para estas fechas era el único ejemplar descubierto. Por otro lado, los rasgos físicos que presenta también fueron causa de asombro: la redondez del rostro, el grosor de los labios, los ojos oblicuos y las mejillas mofletudas eran muy similares a los de la raza negra. Al menos así lo pensó Melgar, quien dio a conocer sus elucubraciones en el *Semanario Ilustrado* de 1868, bajo el título de “Antigüedades mexicanas” y, al año siguiente, en el *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana*.⁴

El nombre de Melgar se ha conservado en la historia de la disciplina arqueológica por tal hallazgo, pero no se han consignado sus datos biográficos, por lo que ignoro su formación o profesión. Por lo que él mismo confiesa en sus artículos, es factible suponer que era un coleccionista dedicado que no reparaba en viajes o gastos para conseguir buenas piezas, y que fue cercano al núcleo intelectual y político liberal de la época, lo que le permitió la publicación de sus hallazgos y disertaciones.

² Melgar y Serrano, José María, “Antigüedades mexicanas”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, segunda época, tomo I, Imprenta del Gobierno en Palacio a cargo de José María Sandoval, México, 1869, p. 292.

³ Los detalles técnicos y descriptivos en Casellas Cañellas, *El contexto arqueológico de la cabeza colosal olmeca número 7 de San Lorenzo, Veracruz, México*, Tesis doctoral, Departamento de Prehistoria/Facultad de Letras/Universidad Autónoma de Barcelona, España, 2004, p. 163ss.

⁴ Ésta fue la primera pieza dada a conocer al público letrado e interesado en los temas de historia prehispánica, de la que se tiene registro. Cabe señalar, que en su estudio sobre la historia de las investigaciones olmecas, Jaime Riverón (*Análisis de las investigaciones arqueológicas en torno a los olmecas: sus posiciones teóricas, metodologías y técnicas desde una perspectiva externalista de la historia de la ciencia*, Tesis de licenciatura en Arqueología, ENAH-INAH, México, 2000) considera como primer antecedente las piezas que fueron “localizadas” y reutilizadas, en diversos rituales de enterramiento, durante la época prehispánica. Sin embargo, tal aseveración me parece un exceso de interpretación del contexto arqueológico y de los estudios sobre historia de la ciencia.

En sus artículos sobre la cabeza confesaba que, hasta ese momento, nunca había escuchado sobre la existencia del negro en el continente. No obstante, tras el hallazgo se puso a investigar al respecto y no tardó en localizar el texto *Idea de una nueva historia de América Septentrional* (1746), de Lorenzo Boturini, en el que se hacía mención del trabajo de D. Francisco Núñez Vega, obispo de Ciudad Real, de Chiapa y Soconusco.⁵ Éste último, a finales del siglo XVII, había recopilado algunos calendarios y un cuadernillo “antiquísimo” en el idioma de los indios en el que se hacía referencia a siete negritos (correspondientes a los días de la semana) utilizados para hacer adivinaciones y pronósticos.

Boturini consideraba que la historia del obispo desarrollaba la épica de *Votan*, antecesor mítico de los mayas, gran guerrero y fundador de pueblos, quien fue el primer enviado por dios para poblar las tierras de América y quien pudo ver la Torre de Babel, aquél lugar en el que se dio a cada pueblo una lengua diferente. *Votan* estaba presente como uno de los cuatro elementos básicos del calendario encontrado por el obispo y tal calendario conservaba el mismo orden, estructura y función que el calendario nahua, pero sustituía con voces mayas los nombres nahuas de los cuatro elementos (*tecpatl*, *calli*, *tochitl* y *acatl*) y de la veintena de los días.⁶

Melgar pensaba que, además de los datos sobre *Votan*, el obispo había aportado pruebas sobre la existencia de los negros cuando refería que:

[...] tienen los indios gran miedo al negro, porque les dura la memoria de uno de sus primitivos ascendientes de color etiópico que fue gran guerrador y cruelísimo, que los de Ochuc y de otros pueblos de los llanos veneraban mucho, al que llaman Yalahau, que quiere decir negro principal ó señor de los negros.⁷

Sin embargo, Melgar no confió de manera inmediata en las opiniones del obispo. Antes se dio a la tarea de cotejar esta información con los estudios de otros sabios. Revisó los escritos de Alexander von Humboldt, y se asombró de que este estudioso, conociendo los escritos de Boturini, no hubiera hecho mención sobre tales pasajes. Asimismo, leyó con cuidado la obra de Manuel Orozco y Berra, en particular, la “Cronología” del apéndice al

⁵ Lorenzo Boturini, nacido en Lombardía, visitó Nueva España gracias a las gestiones de la condesa de Santibáñez a quien conoció en Madrid. Durante su estancia se interesó por la aparición de la Virgen de Guadalupe y, posteriormente, por la historia de las antigüedades. Esto lo motivó a coleccionar cerca de 500 documentos en diversos puntos del territorio. Sin embargo, en 1743, las autoridades virreinales le decomisaron su colección y lo enviaron a España preso y bajo custodia. Si bien los cargos en su contra le fueron retirados, nunca logró recuperar sus documentos, por lo que escribió su *Idea de una nueva historia general de la América septentrional* desde su residencia en Madrid y gracias a su excelente memoria. De acuerdo a Benjamin Keen (*La imagen azteca en el pensamiento occidental*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, pp. 236ss), Boturini en su trabajo se sumaba a la propuesta de Giambattista Vico sobre las edades del hombre en la historia, manifiestas en su *Nuova Scienza*.

⁶ Estos aspectos, resaltados por Boturini, fueron constantes de la narrativa histórica sobre los prehispánicos durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX. Por un lado, *Votan* fue considerado un personaje civilizador y misionero, análogo a la figura de *Quetzalcóatl* e, incluso, a algunos actores de la épica clásica europea (como Humboldt pensaba); y, por el otro, se hicieron equivalencias entre los calendarios hallados en la zona del sureste y los del altiplano (nahua).

⁷ Melgar, “Antigüedades mexicanas” ..., *op cit*, p. 294.

Diccionario universal de historia y de geografía (1855), en la que el historiador hacía referencia a las opiniones del obispo Nuñez Vega sobre el “señor de los negros”. Orozco pensaba que *Yalahau*:

[...] haya tomado la denominación de señor de negros por el nombre del pueblo mas bien que de la condición de sus súbditos, porque Chic en lengua maya es carbon, y todo el mundo sabe que es de color negro, y como era el señor de los chuques, traduciendo el nombre del pueblo lo llamarían señor de los carbones y de los negros, por una mala aplicación de dicha palabra.⁸

Melgar pensaba que la opinión de Orozco no tenía fundamento alguno. Él mismo aseguraba que los chuques tuvieron “primitivos ascendientes de color etiópico”, por lo que era más plausible considerar que el “señor de los negros” tomara su nombre del pueblo, llamado así por su semejanza física con el color del carbón.

Además de estos detalles, el coleccionista pensaba que, en general, ninguna de las reflexiones de estos estudiosos era correcta, porque no consideraban la existencia real de la población negra en el continente. Aún cuando ambos sabios tenían las piezas necesarias para armar el rompecabezas, no consiguieron hacerlo, y ahora él se ocuparía de ello. En los relatos del obispo Núñez estaban los datos necesarios: los nombres mayas de la veintena del calendario que tenía en su poder mantenían una relación de semejanza con algunas palabras hebreas. Esta misma relación, consideraba Melgar, la había observado ya M. de Lesseps, director de la compañía del canal de Suez, en su conferencia de la Exposición de Paris en el Campo Marte en 1867. En ésta, Lesseps brindó una nueva prueba de que los habitantes de América, en épocas muy lejanas, tuvieron comunicaciones con África. La relación observada con el hebreo también se mostraba claramente en el nombre del “señor de los negros”:

Según el citado cuadernillo, al gran señor de negros le llamaban *Yalahau*; como la tradición no conserva mas que el sonido de las palabras [porque el cuadernillo en cuestión está perdido], hay una cosa singular; en hebreo para alabar a Dios se dice: *halelu jah*, *Alabado seas, Señor*. Anteponiendo el Señor al *Alabado seas*, es *jah halelu*, y suponiendo corrompidas las voces ó palabras, dá el sonido *ya la hau*: *jah* en hebreo es abreviatura de *Jehová*.⁹

La presencia negra en América, de esta manera, también estaba apoyada por la tradición bíblica, en la que el hebreo era el idioma del pueblo de Dios, y si el nombre de *Jehová* se encontraba desde entonces, no podía haber duda alguna de la existencia de un origen común y muy antiguo entre ambos continentes. Ante estas pruebas Melgar ya no tenía dudas: la población negra era un hecho irrefutable y así lo demostraba, tanto la cabeza

⁸ Orozco citado por Melgar y Serrano, en “*Antigüedades mexicanas*” ..., *op cit*, p. 295.

⁹ Melgar y Serrano, “*Antigüedades mexicanas*” ..., *op cit*, p. 295.

encontrada en Hueyapan, como las relaciones lingüísticas señaladas arriba. No obstante, el autor reconocía las limitaciones de sus estudios:

He concluido, y al dar á luz la fotografía de la citada cabeza y la relación y observaciones que anteceden, me guardo muy bien de afirmar nada; no soy mas que aficionado; creo hacer un servicio á los hombres de ciencia ministrándoles estas noticias: á ellos toca investigarlas si las creen de importancia.¹⁰

Pese a estas muestras de modestia, es muy posible que Melgar estuviese convencido de sus interpretaciones. Como señalé arriba, su artículo en el *Boletín de la Sociedad de Geografía* fue la reproducción del que presentó dos años atrás en el *Semanario Ilustrado*. En 1871 volvió a publicar la mayor parte del escrito en el mismo *Boletín*. La nueva versión presentaba ligeras modificaciones que no llegaban a alterar lo dicho antes y agregaba nuevos estudios que enfatizaban la historia de *Votan* y la de Palenque y, lejos de modificar sus elucubraciones previas, las reafirmaba y consolidaba. Melgar presentó aquí dos fotografías de piezas de su colección (Ver Ilustraciones 2 y 3, *Anexo I*) que, según describe son ídolos:

[...] uno de tipo etiópico mas marcado, y otro de mas mérito, pues es el Sátiro, o el hombre primitivo; á mi juicio es la imagen de los Quinames ó gigantes, que los primeros inmigrantes encontraron poblando este pais.¹¹

Melgar pensaba que los errores que cometieron tanto Orozco como Boturini -al no haber considerado la presencia negra en el continente- eran comprensibles: ninguno de estos autores había visto antigüedades que constataran los relatos del obispo, como la que ahora Melgar presentaba en su estudio. A Boturini, por otro lado, lo excusaba el hecho de que, en los años en los que escribió su obra, no podía tener conocimiento de lo que sólo hasta fechas recientes habían dado a conocer los estudios geológicos: que el continente había sufrido diversos cambios climáticos por el enfriamiento paulatino del globo y, que “en la parte que ocupamos hoy hubo una época en que no pudo existir mas que el negro como animal del clima”.¹²

Pese a sus extensos textos y a las pruebas aportadas, al parecer, las interpretaciones de Melgar no lograron interesar a sus contemporáneos. Aun cuando ello se ha explicado al considerar que Melgar era un aficionado sin bases científicas, Jaime Riverón aporta datos sumamente interesantes para comprender a este personaje.¹³ Al parecer, aquél era un

¹⁰ Melgar y Serrano, “Antigüedades mexicanas”..., *op cit*, p. 297.

¹¹ Melgar y Serrano, José María, “Estudio sobre la antigüedad y el origen de la cabeza colosal de tipo etiopito que existen en Hueyapam, del Canton de los Tuxtles, por el C. José M. Melgar”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, segunda época, tomo III, Imprenta del Gobierno en Palacio a cargo de José María Sandoval, México, 1871, pp. 104.

¹² Melgar y Serrano, “Antigüedades mexicanas”..., *op cit*, p. 296.

¹³ Jaime Riverón, *Análisis de las investigaciones arqueológicas...*, *op cit*, p. 38-41.

coleccionista autodidacta, que tenía una valiosa biblioteca con títulos en francés y alemán, y que simpatizaba con el difusionismo de M. de Lesseps.

Además era un liberal que siguió y sirvió al gobierno juarista. Estaba casado con la hija de Ángel Lascuráin, liberal integrante de la Junta Constituyente formada en Xalapa en 1855 para destituir a las autoridades estatales y municipales tras la salida de Santa Ana del país. Lascuráin era un rico comerciante, propietario de la Hacienda de Villa Rica, conocida como Las Tortugas. Gracias a este vínculo familiar, en 1858 Melgar formó parte de los capitulares de la ciudad y del puerto de Veracruz. Es muy posible que se encontrara en este puesto cuando tuvo noticias de la Cabeza de Hueyapan. Sin embargo, debido a la intervención Francesa, no pudo dar a conocer su “descubrimiento” sino hasta varios años después.

Fue hasta el viernes 27 de noviembre de 1868 que *El Semanario Ilustrado* dio cabida a su texto, gracias a que el editorialista era un buen amigo de Melgar: Ignacio Ramírez. El hallazgo de la escultura impresionó tanto a aquél que en el editorial de ese viernes “El Nigromante” escribió sobre la necesidad de crear un instituto federal encargado de proteger e investigar el patrimonio cultural, pues consideraba que las acciones de la Sociedad de Geografía y Estadística y del Museo Nacional, no eran suficientes para ello, y que los particulares no podían costear el monto necesario para las exploraciones e investigaciones que se requerían.

La propuesta no se llevó a cabo, pero gracias a las gestiones del *Semanario*, el texto de Melgar fue publicado al año siguiente en el *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística*. A este texto le siguieron el de 1871 sobre el mismo tema y que posteriormente fue publicado en una revista alemana. Al año siguiente también llevó a la prensa el libro *Examen comparativo entre los signos simbólicos de las teogonías y cosmogonías antiguas y los que existen en los manuscritos mexicanos publicados por Kingsborough y los altos relieves de una pared de Chichén Itzá*.

Asimismo, según él mismo relata, ante la buena acogida de sus textos sobre la cabeza de Hueyapan, en 1873 publicó un nuevo escrito que ahondaba en las cosmogonías y teogonías de los primeros pobladores.¹⁴ Entre sus nuevos hallazgos, presentaba un códice, al parecer maya, que recién había publicado el Sr. Miró en Madrid.¹⁵ En éste, de acuerdo a Melgar, se narraba de forma vívida la manera en que la Atlántida se había perdido entre las profundidades del océano. Además, brindaba varias descripciones de relatos antiguos de

¹⁴ Melgar y Serrano, J. M., *Juicio sobre lo que sirvió de base a las primeras teogonías. Traducción del manuscrito mayo perteneciente al Señor Miró. Observaciones sobre algunos otros datos encontrados en los monumentos y manuscritos mejicanos, que prueban las comunicaciones antiquísimas que existieron entre el viejo y nuevo mundo*, Imprenta de R. de Zayas, Veracruz, México, 1873, versión electrónica en <http://www.archive.org>, consultada el 19 de junio de 2009.

¹⁵ Melgar y Serrano, J. M., *Juicio sobre lo que sirvió de base a las primeras teogonías...*, op cit.

Asia y del *Popol Vuh*.¹⁶ Consideraba que en todos estos era posible observar una historia similar, la de seres perversos y salvajes que vivieron antes del hombre actual, y que, en los relatos era usada y mitificada para narrar los primeros tiempos de la tierra, cuando las fuerzas de la naturaleza desbordaban el orden que sólo hoy conocemos. La similitud entre los relatos de una y otra parte del mundo, también constituía para Melgar, una prueba de la comunicación entre los llamados nuevo y viejo continentes.

Con esto, incursionaba en otro de los debates de la época: el del origen del hombre en el continente. Melgar esperaba que América brindase respuestas a la “infancia de la humanidad”, entendida como un periodo de desarrollo compartido por todos los hombres, pero pensaba que, en general, el eurocentrismo dominante únicamente se interesaba por la historia antigua americana para demostrar las fases evolutivas más tempranas del hombre. Por otro lado, consideraba que, si bien sus artículos habían tenido buena acogida, sus propuestas no habían sido atendidas como él lo hubiera deseado porque, en general, había un desconocimiento entre sus contemporáneos acerca de los últimos descubrimientos geológicos de la época; y porque las sociedades científicas de Europa y Estados Unidos miraban con desprecio la historia antigua de México sin ver la verdadera importancia de ésta.

Estos juicios eran correctos sólo hasta cierto punto, pues en realidad, tanto los estudios geológicos como el interés por las antigüedades americanas fueron en un vertiginoso aumento en todo el mundo letrado occidental durante toda la segunda mitad del siglo XIX, y el pasado de América pronto se convirtió en un centro de atención por varias de las nacientes comunidades europeas y la estadounidense, para las que América y México eran piezas fundamentales para explicar el desarrollo de la historia, aunque no su origen.¹⁷

Jaime Riverón, al respecto, sugiere que las posturas de Melgar no tuvieron continuidad debido a que carecían de fundamentos coherentes:

Su posición teórica amalgamó la ortodoxia católica, el positivismo y el nacionalismo. A través de su método sociológico intentó descubrir las raíces naturales y materiales de todos los fenómenos históricos y explicaba los comportamientos y las ideas como producto de una etapa determinada de la evolución social.¹⁸

En general, es cierto que Melgar retomó diversas fuentes teóricas para fundamentar sus escritos. En su texto sobre las cosmogonías, publicado en 1873, Melgar brindó elementos importantes para comprender su postura. Señalaba que, para entender el curso de las ideas del hombre era necesario remontarse su origen. Pero a la vez, éste no podía ser entendido,

¹⁶ Menciona por ejemplo, los estudios de Court Gebelin (*Historia de la guerra de los gigantes*) y los del Conde Gobineau (*La historia de los persas*).

¹⁷ Cabe recordar, por ejemplo, que a dos años de la publicación de Melgar se llevaría a cabo la primera reunión del Congreso Internacional de Americanistas, en Nancy, y en éste, México tendría un papel fundamental.

¹⁸ Jaime Riverón, *Análisis de las investigaciones arqueológicas...*, op cit, p. 41.

sin antes aceptar que el fin último de la naturaleza era embellecerse y perfeccionarse, física y moralmente, a lo largo del tiempo. Si bien Melgar, reconocía que la maldad existía desde el momento mismo de la creación, también consideraba que la humanidad progresaba tendenciosamente hacia el bien. Es por ello que, con plena seguridad, sentenciaba que:

[...] los males que hoy la afligen, son menores que los que sufrió antes: la instrucción es el gran antídoto para ellos.

Partiendo de esta base diré que mi creencia es que toda la naturaleza está ligada entre sí, y que desde el reino mineral al vegetal y de este hasta el animal, hay una cadena continua de progreso ascendente hacia el embellecimiento y perfectibilidad.¹⁹

Este era su precepto básico para entender el progreso de la humanidad: el hombre transitaba de las formas simples y salvajes, a las complejas, civilizadas y bellas. Si bien aquí se aprecia el sentido religioso de la creación, así como el del binomio maldad-bondad, también están presentes los nuevos preceptos teóricos de la evolución de las especies, y un cierto matiz positivista que no era ajeno a sus contemporáneos.

Sin embargo, este aparente eclecticismo en su pensamiento -que Riverón denomina como una amalgama entre la ortodoxia católica, el positivismo y el nacionalismo- bien podría extenderse a la mayor parte de los liberales de entonces que se dedicaron a escribir sobre la historia patria. Todos ellos eran nacionalistas y por ello tenían interés en la escritura de la historia como programa político y educativo; todos eran además católicos aunque considerasen que la religión no tenía cabida en la legislación y el Estado; todos, además, estaban insertos en el proyecto de laicización de la historia, pero conservaban varios de los criterios y juicios de la tradición cristiana; y, finalmente, todos se consideraban positivistas.²⁰

En este sentido, Melgar no estaba cayendo en invenciones o desvaríos personales en sus escritos. De hecho, el *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística*, era una de las revistas más reconocidas de la época con prestigio internacional, fruto de las primeras organizaciones científicas del país, y ello debió de brindar cierta credibilidad a sus escritos

¹⁹ Melgar y Serrano, J. M., *Juicio sobre lo que sirvió de base a las primeras teogonías. Traducción del manuscrito mayo perteneciente al Señor Miró. Observaciones sobre algunos otros datos encontrados en los monumentos y manuscritos mejicanos, que prueban las comunicaciones antiquísimas que existieron entre el viejo y nuevo mundo*, Imprenta de R. de Zayas, Veracruz, México, 1873, p. 2.

²⁰ Sobre el proceso de laicización de la historia, cf. Rozat Dupeyrón, Guy, *Los orígenes de la nación. Pasado indígena e historia nacional*, Universidad Iberoamericana, México, 2001; Díaz Perera, Miguel Ángel, *De viajeros y coleccionistas de antigüedades. Frédéric Waldeck en México. Historia, origen y naturaleza del hombre americano en los albores de la modernidad*, disertación doctoral en Historia, Centro de Estudios Históricos-El Colegio de Michoacán, AC, México, 2008. Acerca del positivismo y el papel de la religión católica en la ideología liberal, cf. Matute, Álvaro, "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", *Estudios historiográficos*, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, México, 1997, pp. 25-70; "La historiografía positivista y su herencia", en Conrado Hernández (coord.), *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*, El Colegio de Michoacán-UNAM, México, 2003, pp. 33-46.

publicados en este medio.²¹ El estudio de Melgar se basaba en textos reconocidos de la época y sus interpretaciones eran compartidas por algunos historiadores del momento quienes veían en la leyenda de *Votan* la mejor explicación histórica para la zona maya y, en la Atlántida, la respuesta a los contactos interoceánicos con África. De esta forma, si bien estas narrativas pertenecían a una tradición de pensamiento que estaba siendo sustituida de manera paulatina por un nuevo discurso proveniente de las nacientes disciplinas antropológicas, el imperio de los valores de la ciencia y la modernidad sólo se consolidó hasta el siglo XX.

Es posible que las propuestas de Melgar no tuvieran el impacto que él deseaba entre sus contemporáneos mexicanos, debido a su atrevimiento. Si bien la aparente mezcla de valores (bíblicos-científicos) que enuncia, en mayor o menor medida, podían ser compartidos por sus contemporáneos, el sentido histórico-nacionalista de sus propuestas no lo era. Para él, si bien Palenque era el punto de origen, éste había tenido influencias, desde tiempos remotos con los fenicios, egipcios, caldeos y persas:

En mi estudio sobre la cabeza de Hueyapan, asenté, que opinaba que en esta parte de nuestro país, hubo comunicaciones con los fenicios que atravesaban el atlántico, y con los Escandinavos por la Islandia; que los primeros, fueron los que trajeron los negros, y fundaron á Palenque, cuyo verdadero nombre era Nascham[...] que la existencia de los fenicios, y fundación de Palenque por ellos, lo prueba, la medalla encontrada por Dupaix en aquellos lugares, la cual publico Kinsborough y expliqué yo en dicho estudio, y el alfa y omega de dichos pueblos que están en el primer tomo de dicha obra en los manuscritos de Oxford, como igualmente los tipos de los ídolos que agregué a él.²²

Si estas propuestas no eran tomadas en consideración por las academias eurocentristas, tampoco resultaban atractivas para el ego nacional mexicano. Melgar, al usar los textos del Obispo de Chiapa y Soconusco, estaba retomando la historia sobre *Votan*, el personaje que llevó la civilización y las artes al Sureste, homólogo de *Quetzalcóatl*. Los diversos exploradores que visitaron la ciudad de Palenque desde finales del siglo XVIII la consideraron como el origen de la civilización prehispánica, y plantearon la posibilidad de que éste fuese el lugar desde el cual se diseminó la civilización hacia el Altiplano. Estas propuestas fueron contrapuestas por aquellas que proponían a la mítica *Tollan* como el centro civilizador.

De los estudiosos mexicanos, Ramón Mena Issassi (1874-1957) fue uno de los pocos que se sumó a la propuesta sobre la existencia de los negros en América, aunado a su interés por relacionar las culturas de América con Asia. El profesor del Museo Nacional dedicó buena

²¹ Un análisis de esta publicación en Azuela Bernal, Luz Fernanda, *Tres sociedades científicas en el Porfiriato. Las disciplinas, las instituciones y las relaciones entre ciencia y poder*, Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología-Universidad Tecnológica de Nezahualcóyotl-Instituto de Geografía UNAM, México, 1996; y "La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la Geografía y la construcción del país en el siglo XIX", *Investigaciones Geográficas. Boletín del Instituto de Geografía*, N 52, UNAM, México, 2003, pp. 153-166.

²² Melgar y Serrano, J. M., *Juicio sobre lo que sirvió de base a las primeras teogonías...*, *op cit*, p. 11.

parte de su carrera al análisis de los contactos interoceánicos. Nacido en Córdoba, Veracruz, Mena se tituló como abogado en 1898 y es posible que, posteriormente, fuera subteniente de infantería además de profesor de historia en nivel primaria. Ingresó al Museo Nacional, por recomendación del licenciado Genaro García (1867-1920), como profesor del Departamento de Arqueología. (Ver Ilustración 4, *Anexo I*)

Cabe recordar que durante los años fiscales de 1913 y 1914 la Inspección de Monumentos (al estar adscrita al Museo Nacional) contó con cuatro inspectores, y a partir de 1914 y 1915 con un inspector en jefe, Manuel Gamio, además de cuatro inspectores y conservadores. Con esta reestructuración administrativa, Mena dejó el Museo y se integró como inspector en 1915, y tres años después volvió a su nombramiento anterior, como profesor conservador del Departamento de Arqueología en el Museo.²³ En este puesto se mantuvo todo el resto de su carrera hasta finales de la década de los años treinta, cuando salió de manera deshonrosa ante las acusaciones por destrucción del patrimonio imputadas por el licenciado Alfonso Caso.

En 1916, aún siendo inspector de monumentos, recorrió algunas poblaciones de Tabasco. De su recorrido, informó a sus superiores que:

[...] durante mi reciente viaje al Estado de Tabasco, visité lugares y recogí datos de gran interés, a lo que entiendo, para la Arqueología nacional y los que paso a exponer en seguida:

[...] En la parte occidental de Huimanguillo, sobre el Río Mexcalapa, está el pueblo de Blasillo que pertenece a la Cabecera de Huimanguillo; en aquél pueblo existen unos monolitos colosales, de Conglomerado Andesítico, notables por el tipo negroide que presentan antropológicamente y por la manera maya de prolongar el frontal a manera de mitra.²⁴

Se encontraba muy cerca del sitio actual de La Venta, pero es muy posible que no haya seguido su recorrido hasta este lugar. En su reporte, el profesor Mena incluyó el dibujo de una de las piezas que identificó con estas características (Ver Ilustración 67, *Anexo I*) Las piezas fueron trasladadas al Instituto Juárez, en San Juan Bautista (actualmente Villa Hermosa). Además, observó una escultura que presentaba “cuatro caras de un tipo fino con reminiscencias mayas y nahoas”. (Ver Ilustración 68, *Anexo I*) Esta pieza también fue trasladada al Instituto Juárez, y Mena recomendaba que, debido a que era la primera vez que se localizaba un ejemplar de roca de estas características, y al “interés que ofrece a la ciencia”, esta pieza debía ser trasladada al Museo Nacional para su estudio y exhibición. A la vez, se propuso para realizar una exploración arqueológica en Huimanguillo, con la finalidad de estudiar el resto de las piezas que, por su peso y tamaño, no pudieron trasladarse a Villahermosa.

²³ Rutsch, Mechthild, *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, INAH/IIA-UNAM, México, 2007, p. 140ss.

²⁴ ATA, tomo CVI, exp. 825, snf.

También vistió El Tortuguero, al sur del estado, y en este lugar localizó unas ruinas que se encontraban comunicadas, por medio de dos amplias calzadas, a Palenque. Por ello, Mena consideraba que estas ruinas debía tener una gran importancia, por lo que también propuso una exploración en el lugar. Consideraba que “[s]eguramente, el Estado de Tabasco está virgen en asuntos arqueológicos y por lo expuesto, se ve la importancia que tiene”.²⁵

Sin embargo, su propuesta no tuvo resultados positivos, ni para el traslado de las piezas a la capital, ni para las exploraciones en Tabasco. Es posible que el traslado no se haya realizado por el coste técnico y presupuestal que las labores implicaban. También es de suponerse que los intereses de la Inspección y, sobre todo, del inspector en jefe, Manuel Gamio, no estaban relacionados con identificar posibles contactos entre las culturas prehispánicas y África, sino con la ubicación del desarrollo evolutivo de las civilizaciones autóctonas. A ello regresaré en el capítulo siguiente.

De hecho, pareciera que el desinterés por la pieza fue generalizado en el ambiente mexicano. La cabeza fue donada al Museo Nacional por el señor Pedro Mimendi desde 1897, pero la pieza, aunque se intentó sacar del lugar, nunca llegó al Museo Nacional.²⁶ Resalta el poco interés que los estudiosos mostraron por estas piezas en particular, pues desde finales del siglo XIX se habían trasladado esculturas al Museo Nacional sin importar la lejanía, la dificultad técnica, el personal requerido o el presupuesto de las labores. Por ejemplo, la llamada Piedra del Sol fue transportada de la fachada de la catedral al Museo en 1885; la estatua del “caudillo” Chac Mol se llevó a la capital en 1877; y también el “monolito de Teotihuacán” (en 1889) y el tablero de la Cruz de Palenque (en 1903).²⁷

Aunque sería posible considerar que los tiempos de guerra en el país hacían difícil la situación económica para el pago de tales actividades, en realidad, los presupuestos de las dependencias encargadas se mantuvieron estables durante este periodo.²⁸ Me parece que, la razón por la cual estas piezas no fueron trasladadas, radicaba en cierto favoritismo existente en la formación de colecciones del Museo Nacional, que propiciaba mayor interés por las piezas consideradas de culturas más civilizadas, como la maya o azteca. De hecho, en

²⁵ ATA, tomo CVI, exp. 825, snf.

²⁶ AHMNA, Vol. 570, e. 15, fs. 61-63.

²⁷ AGN, SIPBA, c. 165, e. 47, fs. 1-2; c. 165, e. 12, f. 1; c. 165, e. 72; y c. 167bis, e. 56. Además de las complicaciones técnicas para efectuar el traslado de las piezas, el costo económico debió ser una limitante a considerar, sobre todo, en el traslado de piezas de la provincia debido a la falta de comunicaciones. Por ejemplo, el inspector de monumentos de Chiapas, Benito Lacroix, calculaba que el traslado del Tablero de la Cruz desde las ruinas de Palenque hasta Monte Cristo, en Tabasco, costaría \$3425.00, lo que significaba para esta fecha (1903) poco más de la mitad del salario anual del inspector general de monumentos o bien, el 69% del salario anual del director del Museo Nacional. En este cálculo no se consideró el traslado en vapor desde Monte Cristo y, después, por tierra hasta la capital, lo que seguramente elevaría considerablemente el monto señalado.

²⁸ López Hernández, Haydeé, *La arqueología mexicana en un periodo de transición. 1917-1938*, tesis de licenciatura en arqueología, ENAH-INAH, México, 2003, p. 4.

la Sala de Monolitos existían 147 piezas en 1882, y 14 años después alcanzó las 350 antigüedades, la mayor parte de las cuales pertenecían a las culturas azteca y maya.²⁹

Por el contrario, las piezas que en el siglo XIX fueron consideradas como evidencia de la raza negra en el continente no adquirieron relevancia para su exhibición y custodia en el Museo Nacional, el centro en el que “la historia era palpable para los sentidos”.³⁰ La identificación de estos objetos con el continente africano los tornaron poco atractivos para su investigación. Ello explicaría que, teniendo la posibilidad de hacer más hallazgos de esculturas colosales de esta zona, no fuera emprendida ninguna exploración en el área, y que no existiera preocupación por la ubicación cultural y/o cronológica precisas de las ya encontradas, más allá de considerarlas antigüedades de tiempos remotos.

En este contexto, resulta comprensible que no hubiese más adeptos a las propuestas de Melgar por aquéllos años. Es posible que algunos estudiosos hubiesen apoyado tales propuestas si Melgar no hubiera incluido a los negros en el relato sobre Palenque. Vincular a esta ciudad del sureste con los negros, equivalía a manchar la genealogía trazada para el pasado glorioso de los pueblos prehispánicos y, por tanto, no podía resultar atractiva para los estudiosos de la época, aún cuando ello garantizara un origen universal común para el hombre americano. Si bien existieron varios estudios que propusieron vínculos antiguos con el otro lado del océano, fueron propuestas que, a la larga, cayeron en el olvido e, incluso, en el descrédito, como fue el caso de Ramón Mena.

Por otro lado, me parece posible que la tesis de Carlos Navarrete sea correcta, cuando sugiere que la región del sureste tuvo un interés particular en los estudios sobre las antigüedades para brindar un apoyo ideológico a los movimientos de independencia de la región, en contraposición al centro político del país recién independizado que enarbolaba a la *Tollan* como el origen de la civilización.³¹

En este mismo sentido, se podrían interpretar las propuestas de “El Nigromante” sobre la consolidación de sociedades que hicieran el trabajo que ya correspondía a otras entidades centrales, pero que no se cumplía a cabalidad. El centralismo político de esta época, de hecho, estaba extendido no sólo en las instituciones encargadas en materia de las antigüedades, sino en los estudios que se realizaban en el país. Me parece posible que a ello se debiera, en buena medida, la poca atención que recibió la propuesta de Melgar. Como

²⁹ Rutsch, *Entre el campo y el gabinete...*, op cit, p. 52-3.

³⁰ Así se refería Alfredo Chavero al Museo Nacional.

³¹ La importancia ideológica de estas posturas ha trascendido, incluso, a la historia de la arqueología mexicana, en la que ha llegado a discutir acaloradamente sobre cuál fue la primera exploración de carácter “científico”, si las realizadas por Ordoñez en Palenque, o el estudio de León y Gama en el Centro de México. Cf. Navarrete, Carlos, *Palenque, 1784: el inicio de la aventura arqueológica maya*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM, México, 2000; Matos Moctezuma, Eduardo, *Las piedras negadas. De la Coatlicue al Templo Mayor*, CNCA, México, 1998; y *Los comienzos de la arqueología mexicana. En respuesta a Carlos Navarrete*, El Colegio Nacional, México, 2002.

mostraré adelante, incluso durante las primeras décadas del siglo XX los investigadores mexicanos centraron su atención en los sitios del Altiplano, dejando el estudio de la zona del sureste a los investigadores de Estados Unidos, quienes tenían sus propios intereses nacionalistas al respecto. Sin embargo y a la larga, la polémica entre los dos posibles centros de la civilización fue un tema candente que no se resolvió sino hasta mediados del siglo XX, en gran medida gracias a la definición de la “cultura madre”.

La antigüedad del hombre americano

Las propuestas de Melgar sobre las migraciones trasatlánticas no se encontraban fuera de lugar. Desde el siglo XVI el origen de las poblaciones americanas constituyeron un problema filosófico que, para el siglo XIX se tornó de capital importancia para el programa de la ciencia moderna (histórica y natural o antropológica). La ideología nacionalista, basada en el universalismo decimonónico, hacia obligada la búsqueda de una liga con el resto del mundo y la demostración de la antigüedad del hombre en el continente.

En general, los estudiosos buscaron afanosamente relacionar a los pueblos prehispánicos con los del otro lado del océano y, en particular, con las culturas de oriente y Egipto. José Fernando Ramírez (1804-1871), por ejemplo, se había avocado a la comparación de piezas antiguas prehispánicas con las que había observado en los museos europeos, aunque nunca estableció relaciones culturales directas entre los dos hemisferios. En 1854 publicó, como parte de la obra *México y sus alrededores*, su descripción de las *Antigüedades mexicanas conservadas en el Museo Nacional de México*. En este breve texto, Ramírez señaló que la figura marcada con el número 2 del catálogo:

[...] presenta una grande semejanza, en cuanto a la postura, con algunas estatuas egipcias, que se ven en los principales museos de Europa. En el primer piso del justamente celebrado de Turín, existen cinco estatuas de idéntico carácter [...]. El museo del Louvre en París, contiene igualmente en la galería de antigüedades egipcias, seis estatuas del propio carácter y con las mismas diferencias observadas en las de Turín. El rico y grandioso Museo de Londres posee varias [...].³²

Las piezas referidas por Ramírez habían sido expuestas al mundo científico desde hacía varias décadas. Quizás el estudioso mexicano, al establecer rasgos en común entre las piezas procedentes del otro lado del océano y las del territorio mexicano, estaba buscando un asidero fidedigno para comenzar a bosquejar la línea de evolución de la historia prehispánica: si ya se tenía conocimiento sobre la antigüedad de aquéllas piezas y éstas tenían relación o similitudes con las de América, ello podría ayudar a ubicar en el tiempo el pasado prehispánico. Pero la razón de mayor peso para establecer estos vínculos se basaba en la consideración de que aquellas culturas constituían el centro original del mundo

³² Ramírez José Fernando, *Obras históricas*, T. I Época prehispánica, Col. Nueva Biblioteca Mexicana, UNAM, México, 2001, p. 136-137.

civilizado occidental y, en este sentido, su referencia era prioritaria para integrar el pasado mexicano al cuadro universal de la evolución y el progreso.³³

Algunos estudiosos consideraban que América tenía el mismo abolengo cultural que Europa, debido a que la presencia del hombre en el continente se remontaba al mismo periodo en el que éste surgió al otro lado del océano. Su antigüedad (calculada en 3000 años) quedaba atestiguada por un hueso labrado que fue encontrado en los trabajos de drenaje en Tequixquiac en 1870. Mientras se realizaban obras para el desagüe del Valle de México, los ingenieros de obra localizaron en un mismo yacimiento huesos de elefante, de mastodonte y de otros animales postterciarios, y un hueso sacro de llama fósil que tenía evidencia de trabajo humano. Éste último había sido tallado para darle la forma de una cabeza porcina o de algún animal similar. Los ingenieros dieron estos restos a Alfredo Chavero y, éste a su vez, los entregó a Manuel Orozco y Berra, quien finalmente se los dio para su estudio al profesor de paleontología del Museo Nacional, Mariano Bárcena (1842-1899). Fue éste último quien hizo la estimación de la edad del hueso:

Para desempeñar esta comisión estudié la naturaleza y forma de las entalladuras, y tomé informes pormenorizados sobre el hallazgo, siendo informado por algunas personas, y en especial por el ingeniero D. Miguel Iglesias, que el hueso en cuestión había sido encontrado en el mismo yacimiento que los elefantes y demás animales fósiles.³⁴

³³ Bruce Trigger (*Historia del Pensamiento arqueológico*, Ed. Crítica, Barcelona, 1992, p. 156ss) considera que el término cultura comenzó a utilizarse en Alemania a partir del siglo XVIII para designar las costumbres de sociedades individuales con formas de vida campesinas y tribales que evolucionaban de forma muy lenta en relación a la civilización de los centros urbanos, mientras que en el resto de Europa se utilizaba para designar el progreso humano y la ilustración (el cultivo de uno mismo). El mismo autor señala, sin embargo, que fue hasta 1871 con la publicación de E. B. Taylor, *Primitive culture*, cuando se confirió a la palabra de su significado clásico: “un todo complejo que incluye los conocimientos, las creencias, el arte, la moral, las leyes, las costumbres y otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad.” Esta categoría, al parecer, fue impulsada por Ratzel, junto con el difusionismo, mientras que se abandonaba la visión globalizadora y se daba paso a la observación de pueblos específicos que transmitían su forma de vida de generación en generación. Trigger también señala que el hecho de llamar “culturas” o “civilizaciones” al conjunto de material arqueológico temporalmente restringido, y de identificarlo con los restos de diversos grupos étnicos, se produjo de manera independiente por diversos arqueólogos, si bien, el uso sistemático de esta interpretación sólo aparece formalizado hasta la publicación de Gustav Kossinna, *Die Herkunft der Germanen*, en 1911.

A diferencia de lo que Trigger propone, algunos autores han relacionado en México el uso de “cultura” con la tradición cultural alemana y, el de “civilización” y/o “raza” con el evolucionismo. Sin embargo, me parece que ésta no es una relación exclusiva. Los estudiosos mexicanos tratados en esta investigación usaron indistintamente los términos “cultura” y “pueblo” y “raza”, para denominar pueblos prehispánicos específicos. El uso de estas categorías no implicaba la filiación teórica del autor a una corriente u otra. Por el contrario, generalmente tales términos designaban grupos de artefactos definidos estilísticamente y geográficamente, y relacionados con grupos étnicos específicos. A lo largo de este texto, respetaré el uso que cada autor hace de tales términos, aclarando cuando éste se aleje del significado acotado aquí y tenga alguna relación teórica específica.

Por otro lado, también es importante aclarar que, en muchos casos los autores usaron “antropología” y no “arqueología” para referirse a los estudios, sobre todo, de las poblaciones primitivas. En estos casos es necesario considerar que el término no alude a la antropología cultural que derivó de las propuestas de Bronislaw Malinowsky y Franz Boas, si no a una práctica heredada de los estudios naturalistas, que sólo más tarde se designó como una especialidad independiente: la “antropología física”. En este caso, también respetaré el uso de cada autor.

³⁴ Bárcena, Mariano, “El hombre prehistórico en México”, *Actas de la XI Reunión del Congreso Internacional de Americanistas, México, 1895*, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, p. 74, consulta electrónica en <http://www.archive.org/details/proceedingsinter1895inte> el día 24 de junio de 2009.

A partir de sus estudios, Bárcena consideró que el “hueso de Tequixquiac” pertenecía al mismo periodo del yacimiento, lo que significaba que el hallazgo relacionaba de manera directa la presencia del hombre con la fauna colosal en el postterciario. Por otro lado, la talla de la pieza mostraba una habilidad técnica, y quizás religiosa, por lo que ponía en evidencia la antigüedad y desarrollo de sus creadores.

El estudio de Bárcena fue publicado en la *Revista Científica Mexicana* y en *La Naturaleza*, desde la década de 1870; y también lo dio a conocer a los asistentes al Congreso Internacional de Americanistas reunido en la Ciudad de México en 1895. En esta última ocasión, además, Bárcena dio a conocer cuatro “descubrimientos” más que atestiguaban la antigüedad del hombre americano. Los vestigios los había encontrado en el Peñón, Valle de México; en la Calera, Jalisco; en las grutas de Cacahuamilpa, Guerrero; y en el Pedregal de San Ángel.

Mientras rompían las formaciones silicíferas que rodean al Peñón de los Baños, se encontraron restos de huesos humanos que le fueron regalados a Bárcena para su estudio. Él acudió al lugar y logró rescatar algunas costillas adicionales a los restos del cráneo que ya le habían sido proporcionados. Una vez analizado el yacimiento del cual procedían los restos, Bárcena considero que éstos últimos pertenecían a un hombre prehistórico, es decir, del Cuaternario.

En el resto de los lugares también se encontraron restos de actividad humana. En los trabajos de extracción de las canteras de Copilco, durante varios años se habían encontrado fragmentos de piezas cerámicas bajo las masas de basalto, lo que demostraba que la existencia del hombre en el Valle de México era previa a las erupciones volcánicas que se consideraban antiguas. En Cacahuamilpa, debajo de la capa formada por las duras estalactitas, se encontraron fragmentos de trastos sin adornos y de burda manufactura, lo que demostraba que eran restos previos a los comúnmente encontrados en los túmulos indígenas. Y, en la Calera, finalmente, en un macizo de caliza se localizaron restos de huesos de ciervos con talladuras verticales y escalonadas que se encontraban recubiertas de una capa calcárea opaca, como la que previamente se había observado en restos similares, tallados con sílex, en las cavernas de Europa. De éstos, el profesor dictaminó que se trataban de restos del Cuaternario, contemporáneos a los del Peñón.

Bárcena consideraba que:

[...] esos datos me inducen a creer que la existencia de la especie humana, en este país, se halla demostrada desde el cuaternario, y probablemente en sus pisos superiores ó más recientes, y que desde entonces, este hombre americano manifestaba muy marcadas inclinaciones á las artes, procurando imitar los modelos naturales que tenía a la vista y transmitiendo esas mismas tendencias á las razas que le sucedieron y que llegaron al

perfeccionamiento del arte como lo demuestran sus esculturas y las construcciones que testifican su cultura en Tula, Teotihuacán, Xochitepec, Mitla y Palenque.³⁵

Estos hallazgos y, sobre todo, la difusión que alcanzaron los estudios de Bárcena no eran gratuitos o simples datos curiosos, sino que constituían herramientas sumamente relevantes para la construcción de la historia prehispánica. Asumir tales presunciones implicaba aceptar que el hombre americano era tan antiguo como el europeo y, además, que había alcanzado un desarrollo técnico o cultural cuando menos similar al observado en las culturas antiguas de Europa.

Años después, en *México a través de los siglos*, Vicente Riva Palacio utilizó la información reportada por Bárcena sobre estos hallazgos para dar pie a otra discusión que, de cierta manera, se encontraba relacionada al origen del hombre. Riva consideraba que los restos del hombre prehistórico en Copilco comprobaban que la raza indígena no había tenido mezcla alguna desde tiempos muy remotos. Al analizar los esqueletos había observado que su dentadura presentaba la sustitución del canino por un molar, y la ausencia de molares posteriores. Estas características eran iguales a las observadas en las poblaciones indígenas entonces actuales, y contrarias a los especímenes primitivos localizados en Europa. Además, las razas indígenas carecían de vello y barba, lo que también constituía un grado evolutivo superior al observado en el Viejo Mundo. De ello se desprendía que:

[...] las razas americanas son autóctonas y en un grado de progreso superior al de las otras razas, pues si por progreso debe entenderse la acumulación de caracteres que en un organismo son útiles y necesarios para sostener la lucha por la existencia, y la desaparición más o menos completa de los inútiles y perjudiciales poseídos por anteriores generaciones, es indudable que los indios estaban en una evolución más avanzada [...].³⁶

La importancia de este tema era mundial. Como señala Juan Comas, fueron los miembros de la *Société Américaine de France* quienes llevaron a cabo la idea de fundar un Congreso de Americanistas.³⁷ Se reunieron en Nancy, con la intención de propiciar los estudios sobre América y de reunir a todos los interesados en tales investigaciones. En esta primera reunión, además de la exhibición de los objetos prehispánicos provenientes de México y otras partes del continente, se presentaron varias ponencias que versaban sobre los contactos entre América y el Viejo Mundo.³⁸

³⁵ Bárcena, Mariano, "El hombre prehistórico en México"..., *op cit*, p. 78.

³⁶ Riva Palacio, Vicente, "Capítulo II. Estado de la colonia al terminarse el siglo XVI. Las razas indígenas", *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, Tomo IV, edición facsimilar, Editorial Cumbre, México, 1981 [1889], p. 20. De acuerdo a Roberto Moreno (*La polémica del darwinismo en México, siglo XIX*, UNAM, México, 1989, p. 35-7), las apreciaciones de Riva son una "novedosa aplicación" de la teoría de Darwin que, sin embargo, fue muy criticada por personajes como Justo Sierra.

³⁷ Comas, Juan, *Cien años de Congresos Internacionales de Americanistas*, IIH/IIA-UNAM, México, p. 13.

³⁸ En el artículo primero de los Estatutos de Fundación del Congreso, se lee lo siguiente: "Le Congrès international des Américanistes a pour object de contribuer au progres des études athnographiques, lingguistiques et historiques relatives

Desde las primeras reuniones de este congreso el cuestionamiento sobre los orígenes ocupó un lugar especial. De acuerdo al recuento de Comas, hasta 1949 se presentaron poco más de 100 ponencias sobre este tema, de las cuales más del 50% ocurrieron antes de 1900.³⁹ Entre estos autores, sin embargo, fueron pocos los mexicanos que presentaron sus puntos de vista. La excepción la constituyó el Congreso celebrado en la Ciudad de México, en donde el tema sobre el origen de América fue obligado, al ser la primera sede concedida por el Congreso a un país americano.⁴⁰

En la segunda sesión inaugural del XI Congreso, por la tarde del martes 15 de octubre, el Ministro de Justicia y a la sazón Presidente efectivo del Congreso, Joaquín Baranda, daba la bienvenida a los americanistas, y los convidaba a interrogar, tocar y ver a la América, para “resucitar a las generaciones del pasado y obligarlas á revelar los inexcrutables secretos de su existencia”:

Investigaréis si la época de la piedra bruta se separó de la de la piedra pulimentada ó se confundió con ella y si el hierro fue o no conocido, y os acercaréis en fin, á la solución del problema científico de la unidad de la especie humana, en el caso de que á comprobar se llegara que las civilizaciones primitivas del Nuevo Mundo son semejantes á las del Antiguo; que las razas que poblaron ambos tienen los mismos caracteres antropológicos; que los signos de nuestros códices pueden descifrarse por la clase de los jeroglíficos egipcios, y que las pirámides de Cholula, Papantla y de Xochicalco, en las que se *distinguen grandes bajos relieves de hombres, animales, símbolos y dibujos ejecutados con primor*, son parecidas á aquellas pirámides desde las que cuarenta siglos contemplaron á los soldados victoriosos de Napoleón el Grande.⁴¹

El tema sobre el lugar universal del hombre americano, sin duda, no estaba resuelto. Como refería uno de los congresistas, el doctor José Ramírez, representante del Instituto Médico Nacional, para estas fechas aún existía una fuerte controversia entre las posturas monogenistas y las poligenistas. En su presentación, Ramírez apoyaba sin lugar a dudas la

aux deux Amériques, spécialement por les temps antérieurs á Christophe Colomb, et de mettre en rapport les personnes qui s'intéressent á ces études.” *Congrés International des Américanistes, Compte-rendu de la Première Session, Nancy-1875*, T. I, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, p. 7. Consulta realizada electrónicamente en <http://www.archive.org>, el día 22 de junio de 2009.

Los mexicanos estuvieron muy interesados con estas discusiones desde esta primera reunión, en la que ya aparecen como miembros: Ramón Alcaráz, Alfredo Bablot Mariano Bareona, Eugenio Boban, Callendreau, Alfredo Chavero, Antonio García Cubas, Telésforo García, Lafragua, Joaquín García Icazbalceta, Enrique Manfred, Gumesindo Mendoza, Manuel Orozco y Berra, Cristóbal Ortiz, Francisco Pimentel, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Santiago Ramírez, Jesús Sánchez, Sebastián Segura y Manuel Villada. *Congrés International des Américanistes, Compte-rendu de la Première Session, Nancy-1875*, T. II, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, p. 373-4. Consulta electrónica en <http://www.archive.org>, el día 22 de junio de 2009.

³⁹ El autor ofrece la lista de las ponencias referentes a “orígenes, paleontología, geología”, ofreciendo adicionalmente algunas líneas sobre su contenido, en Comas, Juan, *Cien años de Congresos...*, *op cit*, pp. 141-152. Los congresos con mayor número de ponencias sobre este tema son el I° (14 ponencias), II° (9), III° (11), IV° (10) y XI° (8).

⁴⁰ Las sedes previas habían sido, en orden de ocurrencia: Nancy, Luxemburgo, Bruselas, Madrid, Copenhague, Turín, Berlín, París, Huelva y Estocolmo.

⁴¹ Baranda, Joaquín, “Discurso inaugural”, *Actas de la XI Reunión del Congreso Internacional de Americanistas, México, 1895*, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, pp. 32-33, consultado en <http://www.archive.org/details/proceedingsinter1895inte> el día 24 de junio de 2009. Subrayado en el original.

primera de éstas, al asegurar que no se había podido comprobar aún la filogenia del hombre americano tomando como base una raíz racial europea. Además, señalaba, no había ningún parentesco vegetal o animal entre ambos continentes que pudiera aportar pruebas sobre posibles migraciones humanas. Así, terminaba aseverando que:

[...] lo que se ha encontrado en la América por los españoles, es exclusivamente americano. Tierras, plantas, animales, hombres, los restos de otra flora y de otra fauna, y las artes, y las ciencias, y las costumbres, y las instituciones; nada de esto nos ha sido mandado por la naturaleza entre el cargamento de un junco chino, ó de una galera de Cartago. Abandonemos de una vez la región de las quimeras.⁴²

Pese al entusiasmo y confianza del doctor Ramírez, otros varios congresistas apoyaron la tesis contraria, la de los contactos interoceánicos. Al respecto, Juan Comas, ha señalado que

⁴² Ramírez, José, "Las leyes biológicas permiten asegurar que las razas primitivas de América son Autóctonas", *Actas de la XI Reunión del Congreso Internacional de Americanistas, México, 1895*, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, pp. 363, consultado electrónica en <http://www.archive.org/details/proceedingsinter1895inte> el día 24 de junio de 2009.

Frida Gorbach, en su estudio sobre la colección de teratología del Museo Nacional (*El monstruo, objeto imposible. Un estudio sobre teratología mexicana, siglo XIX*, Itaca-UAM Xochimilco, México, 2008, segunda parte), considera que la intención de Rodríguez era la de negar el origen teratológico de las razas de América. Sin embargo, en este artículo, Rodríguez no parte del discurso médico y teratológico, sino que argumenta la imposibilidad de la existencia de migraciones humanas desde Europa, pues de haber existido éstas, tendría que haber similitud de especies animales y vegetales a ambos lados del océano.

El debate sobre el origen teratológico de las razas, se basaba en la consideración de que algunos de los cambios observados en los organismos (vegetales y animales) se daban a partir de "adaptaciones monstruosas" o "por salto brusco" (*segunda ley de la adaptación*). Algunos autores, como el propio Ramírez, pensaban que este tipo de adaptaciones podrían derivar en la formación de nuevas razas, si es que los individuos que las presentaban transmitían este cambio a su descendencia ocasionando con ello un mecanismo de involución de la especie. Por el contrario, otros autores negaban tal posibilidad. Cabe aclarar que, de acuerdo al discurso médico, en casos extremos, las adaptaciones de este tipo podrían provocar individuos monstruosos, es decir, seres con graves modificaciones anatómicas y fisiológicas inviables para la reproducción y transmisión de sus características. (Ramírez, José, "Origen teratológico de las variedades, razas y especies", en Roberto Moreno, *La polémica del darwinismo en México, siglo XIX*, UNAM, México, 1989, pp. 214-225). Fue en este contexto en el que, como señala Roger Bartra (*El salvaje artificial*, UNAM-Ediciones Era, México, 1997, pp. 206ss), tuvieron éxito los *freak shows*, en los que era común exhibir microcéfalos como "eslabones perdidos" o especímenes de culturas o razas extintas (como fue el caso de Máximo y Bartola).

Para Gorbach, estas consideraciones fueron trasladadas al debate sobre el origen de las razas americanas, provocando una disyuntiva entre los autores mexicanos, pues en su opinión, el reconocer que las razas de América eran autóctonas era abrir la puerta a la posibilidad de un origen monstruoso.

Sin embargo, la autora sustituye sistemáticamente hasta confundir el "origen teratológico de las razas" con la palabra "monstruo", aún cuando estas categorías no tenían la misma implicación discursiva. Mientras que el segundo alude a un ser anormal e inviable, el primero implica un rasgo de adaptación, es decir, de evolución (o involución), que además no era el único dentro de las llamadas *leyes de adaptación*.

Por otro lado, Gorbach mezcla dos discusiones que, sin bien eran cercanas, no estaban forzosamente implicadas. Por un lado se encontraba el problema sobre el origen del "hombre prehistórico" y, por el otro, el debate sobre las razas. Al menos los autores aquí revisados intentaron argumentar a favor de la existencia de restos humanos tan antiguos como los hallados en Europa y con rastros de civilización (como artefactos tallados o piezas cerámicas). Éste fue el caso de los estudios de Bárcena (sobre el hombre prehistórico, arriba citado) y del propio Rodríguez, por ejemplo.

Como he argumentado a lo largo de este capítulo, la mayor parte de los autores se inclinaba a la posibilidad de que hubieran existido contactos migratorios entre las poblaciones asiáticas y africanas con las americanas. La discusión entonces, no se centraba en los argumentos del discurso médico sobre el posible origen teratológico de las razas, sino en el nivel de evolución (social y natural) de cada grupo. Es en este sentido, por ejemplo, que Riva Palacio trata de argumentar sobre la superioridad evolutiva de las "razas indígenas", y que el resto de los autores aluden al grado de "civilización" alcanzado por las razas americanas. Después de todo, si era cierto que las "adaptaciones monstruosas" podían haber propiciado la diferenciación racial, esto era una ley natural que incluía a todas las razas del mundo y no sólo a las americanas, entonces ¿por qué esto tendría que preocupar al ego nacionalista de los sabios mexicanos?

en estas primeras reuniones se puede observar “[...] que los estudiosos del Nuevo Mundo orientaban su preocupación hacia elucubraciones e hipótesis más o menos fantásticas e infundadas acerca de los orígenes, las interrelaciones con el Viejo Mundo, etcétera”.⁴³ No obstante, para algunos de los miembros del Congreso, éstas no eran elucubraciones sin fundamento.

Sin duda, la vieja tradición cristiana aún se mantenía presente en la postura de algunos de los congresistas, por ejemplo, al sostener la idea de que los pueblos americanos eran parte de las diez tribus perdidas de Israel.⁴⁴ Sin embargo, al lado de estas posturas también se presentaron argumentos que hundían su convicción en otro tipo de pensamiento para coincidir, finalmente, en la existencia de contactos asiáticos o africanos. Por ejemplo, el licenciado Conrado Pérez de Aranda sostuvo que, para evaluar los posibles contactos entre los dos hemisferios, no era suficiente realizar comparaciones aisladas, así éstas fueran de etnografía comparada, arqueológicas, paleográficas y cronológicas, o sobre religiones y costumbres.⁴⁵ Para el licenciado, todos estos tipos de estudios sólo podían aportar elementos de comprobación que, sin embargo, tendrían que estar fundamentados en los estudios de la geografía física.

Por medio de estos estudios, proponía, era posible establecer las vías de comunicación con mejores posibilidades entre ambos hemisferios: la del estrecho de Bering (corriente septentrional); la corriente Ecuatorial Atlántica; y la del Pacífico. De todas ellas, únicamente las dos primeras podrían haber facilitado la migración de poblaciones enteras por la cercanía de los macizos continentales y por la facilidad de navegación que ofrecen tales corrientes. La posibilidad del uso de estas rutas, además, quedaba comprobada al observar que la raza americana presentaba el tipo mongólico, como un subtipo de la asiática, que sólo en menor medida se mezcló con las migraciones aisladas provenientes de África Central y Oceanía, así como por el carácter monosilábico de las lenguas, presumiblemente, más antiguas en el continente: la maya y la otomí.

⁴³ Comas, Juan, *Cien años de Congresos...*, op cit, p. 15.

⁴⁴ Esta fue la propuesta de Alejandro Ruiz Olavarrieta, basado en la reimpresión de un antiguo manuscrito atribuido a Manasés y, de acuerdo al autor, en consonancia con obras de estudiosos de Estados Unidos y del mismo Kinsbourg. Cf. Ruiz Olavarrieta, “Disertación sobre el origen de los pobladores de América”, *Actas de la XI Reunión del Congreso Internacional de Americanistas, México, 1895*, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, pp. 278-287, consultado en <http://www.archive.org/details/proceedingsinter1895inte> el día 24 de junio de 2009.

Por otro lado, cabe destacar que la observación de Comas sobre las “elucubraciones fantásticas” fue retomada de una reseña que hiciera Paul Rivet en 1949, durante el XXIX Congreso de Americanistas. Rivet había sido uno de los principales impulsores de la teoría del contacto entre los dos hemisferios a través del Estrecho de Bering y, por tanto, de la relativa “juventud” del hombre americano, postura que era plenamente aceptada por toda la comunidad científica para mediados del siglo XX.

⁴⁵ Pérez de Aranda, Conrado, “Inmigraciones a la América en general y cuáles hayan llegado al actual territorio mexicano”, *Actas de la XI Reunión del Congreso Internacional de Americanistas, México, 1895*, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, pp. 324-356, consulta electrónica en <http://www.archive.org/details/proceedingsinter1895inte> el día 24 de junio de 2009.

En este mismo tenor, en el Congreso se presentaron algunos trabajos que sugerían migraciones de budistas de Asia al continente americano antes de la llegada de los españoles. Al respecto de estas últimas propuestas, el entonces director del Museo Nacional y fundador de los *Anales*, Gumesindo Mendoza, creía que no era posible descartar la posibilidad de migraciones desde Asia al continente, sobre todo si se tomaban en cuenta las corrientes interoceánicas que corren desde las islas Borneo, las Malucas y las Filipinas hacia este lado del globo. Éstas eran capaces de arrastrar maderos de alcanfor y canela y, por tanto, también pudieron favorecer la navegación de naves chinas y japonesas.

El director aportaba pruebas que avalaban su postura. En 1867, Cristóbal Palacio, jefe político del distrito de Tepeji, hizo una excavación en uno de los *teteles* de Teotihuacán y encontró restos humanos, una gran estatua con un collar y algunos objetos de barro. Le regaló el ídolo a Sánchez Solís, director del Instituto Literario de Toluca, y éste, a su vez, se lo mostró a Mendoza, quien al observarlo no dudó en relacionarlo con la “fisonomía de un chino”. Por esas mismas fechas, también su amigo Díaz Leal le mostró una escultura que identificó con las características físicas japonesas, por lo que concluía que “[...] si no vinieron los misioneros budistas a este país como unos propagadores de su fé, sí vinieron tanto ellos como los japoneses, desde épocas muy remotas”.⁴⁶

Como sugiere Rafael Guevara, Mendoza pretendía justificar la existencia de un mismo germen de civilización y progreso tanto en los pueblos de América como de Europa.⁴⁷ En este sentido y al contrario del rechazo hacia las posturas que pretendían vincular la evolución de las culturas prehispánicas con África como lo hizo Melgar, las migraciones asiáticas no resultaban tan problemáticas para el ego nacional, pues justificaban un mismo origen civilizado tanto para los pueblos europeos como para los americanos. A la postre, sin embargo, tanto las posturas que vincularon el pasado remoto con África, así como las que lo hicieron con Asia, fueron desechadas por completo, cuando el universalismo decimonónico dejó paso al nacionalismo posrevolucionario quien centró su mirada en sí mismo.⁴⁸

Contactos asiáticos

Cuando Alexander von Humboldt viajó por las tierras americanas encontró algunas antigüedades que se llevó consigo, de regreso a Europa. Jaime Riverón señala que el viajero describió una de estas antigüedades, definida como un hacha azteca (“hacha Humboldt”), y que la depositó en el Gabinete del Rey de Prusia en Berlín. El estudio de la pieza incluyó la

⁴⁶ Mendoza, Gumesindo, “Ídolo azteca de tipo japonés”, *Anales del Museo Nacional*, 1ª época, Tomo I, México, 1877, pp. 91; “Ídolo azteca de tipo chino”, *Anales del Museo Nacional*, 1ª época, Tomo I, 1877b, p. 42.

⁴⁷ Guevara Fefer, Rafael, “La danza de las disciplinas. El Museo Nacional a través de los trabajos y los días de Gumesindo Mendoza”, en Mechthild Rutsch y Mette Wachter (coords.), *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*, Colección Científica 467, INAH, México, 2004, p. 153.

⁴⁸ Tales propuestas tuvieron cierta continuidad en el siglo XX con personajes como Ramón Mena y el pintor Miguel Covarrubias.

identificación del tipo de roca, semejante al jade de Saussure, tarea en la que fue ayudado por el profesor Andrés Manuel del Río de la Escuela de Minas en México, quien le facilitó ejemplares de este mineral. Sin embargo, Humboldt no localizó ningún yacimiento de este tipo de rocas en su viaje por América. Su estudio se limitó a comparar las antigüedades con las piezas rituales usadas en los Mares del Sur, y a aventurar que el valor de estas rocas entre los prehispánicos debía de ser análogo al de bronce entre los griegos y romanos.⁴⁹

En América, Alfredo Chavero también llegó a describir, aunque de manera general, una pieza parecida y, al tiempo, otra llegó a manos de George Kunz, un experto gemólogo estadounidense de la época. Nacido el 29 de septiembre de 1856 en la Ciudad de Nueva York, Kunz se interesó por las rocas desde temprana edad y se dedicó a su estudio. A los 23 años ascendió como vice-presidente de la *Tiffany and Company* y, con el correr del tiempo, se hizo merecedor de numerosos reconocimientos de varias asociaciones científicas de la época. A lo largo de su trayectoria realizó varios viajes para tener un contacto directo con los yacimientos de su interés y hacer los estudios correspondientes. (Ver Ilustración 5, *Anexo I*)

Fue miembro de diversas organizaciones, entre ellas, de *The American Fol-klore Society*.⁵⁰ Ésta tenía la finalidad de realizar investigaciones sobre la religión primitiva, las tradiciones, los ritos y las costumbres de las razas aborígenes, antes de que el embate y los cambios de la civilización de occidente acabaran con todo rastro de éstas e impidiera conocer el desarrollo de la inteligencia humana.⁵¹ Durante la segunda reunión anual de esta asociación, Kunz presentó, en noviembre de 1890, una exhibición de gemas que mostraban una conexión interesante con el folklore. Bajo el título “Exhibition of gems used as amulets, etc.”, la descripción de estas piezas fue publicada en 1891, en el volumen IV de *The Journal of American Folklore*. En ésta describió un hacha procedente de Oaxaca, México, que era la más grande conocida hasta entonces: tenía un peso de 229.3 onzas troy.⁵² (Ver Ilustraciones 8 y 9, *Anexo I*)

Quizás fue por medio de este artículo que la pieza fue conocida en el mundo interesado en las antigüedades americanas. Kunz era un especialista en la materia que, además de sus numerosas publicaciones, se encargó de mostrar al mundo letrado de entonces, todos sus hallazgos en varias de las exposiciones mundiales. Estuvo a cargo del departamento de

⁴⁹ Jaime Riverón, *Análisis de las investigaciones arqueológicas...*, p. 30-32.

⁵⁰ Fue miembro de la *Mineralogical Society of America*, la *Geological Society of Science*, la *New York Academy of Sciences*, el *New Yorker Mineralogical Club*, el *New Yorker Bird and Tree Club*, la *American Scenic and Historic Preservation Society*, la *American Chemical Society*, el *American Institute of Mining and Metallurgical Engineers*, la *Société de Chimie Industrielle de France*, la *Century Association*, el *City History Club* y del *Pilgrims of the United States*. Cf. Keer, Paul F., “Memorial of George Kunz”, *The American Mineralogist*, Vol. 18, N° 3, marzo, 1933, p. 93.

⁵¹ Boas, Franz *et al*, “Second annual meeting of The American Folk-lore Society”, *The Journal of American Folk-lore*, Vol. IV, N° 12, enero-marzo, 1891, p. 2.

⁵² Kunz, “Exhibition of gems used as amulets” ..., *op cit*, p. 30.

Minas en la Exposición de París de 1889, en la de Kimberley, Sudáfrica en 1892, y en la de Chicago en 1893. Además, fue nombrado agente honorario especial en el Departamento de Minas en la Exposición de Atlanta de 1895, y en la de Omaha de 1898. También sirvió como agente especial para el *U.S. Geological Survey* de 1883 a 1909, y fue curador-investigador de gemas y piedras preciosas del *Museum of Natural History*.⁵³

Además, el mismo año del segundo congreso de *The American Folk-lore Society*, Kunz publicó *Gems and Precious Stones of North America*, libro en el que hizo una descripción de las piezas de piedra verde localizadas en esta región del mundo. En la obra polemizaba abiertamente con el profesor Heinrich Fischer, quien años atrás había propuesto que los minerales sólo procedían de Asia, y que las piezas localizadas en América y Europa, eran el resultado de contactos e intercambios entre los pueblos. Kunz, por el contrario, consideraba que sí existían yacimientos en América, basándose en su propia experiencia y en los estudios previamente realizados por George Merrill.⁵⁴

Aunque en esta publicación no aparecen las imágenes de las piezas, Kunz hizo una descripción más detallada del hacha de la que presentó en *The Journal of American Folklore*: era una pieza de 272mm de largo, 153mm de ancho y 118mm de grosor; el ancho a la altura de las orejas era de 153mm y 82mm en el extremo distal; la altura de la cabeza al cuello de 158mm, y de la barba a los pies 115mm, y las piernas 50mm. También la describió como una figura humana grotesca, y la relacionó con el Hacha Humboldt y la Placa Leyden, así como con la que poco atrás había descrito Alfredo Chavero en *México a través de los siglos*.

Aunque Jaime Riverón considera que la identificación de estas piezas muestra que “se tenía una idea de un complejo que compartía ciertas semejanzas en estilo y tipo de roca en la que se elaboraban los objetos”, me parece que los investigadores de entonces no pretendían establecer relaciones en este sentido.⁵⁵ Si bien autores como Chavero habían destacado la semejanza de estos objetos con la Cabeza de Hueyapan y, por tanto, las relaciones con la raza negra, Kunz había establecido que la pieza presentaba un rostro humano de “rasgos grotescos” y, además, descartaba la posibilidad de establecer relaciones interoceánicas con base en esta pieza u otras similares. En el fondo, no se encontraba a debate si las piezas pertenecían o no a un “complejo” como lo interpreta Jaime Riverón, pues ésta es una categoría posterior en la jerga arqueológica (surgida en la mitad del siglo XX) que intenta designar a grupos étnicos a partir de restos arqueológicos con características estilísticas similares. Por el contrario, el interés de los investigadores estaba centrado en establecer si era posible o no ubicar contactos interoceánicos entre ambos lados del mundo, con piezas de clara ubicación geográfica (como en el caso de los yacimientos geológicos de la piedra

⁵³ Keer, “Memorial of George Kunz”, *op cit*, pp. 91-94.

⁵⁴ Jaime Riverón, *Análisis de las investigaciones arqueológicas...*, *op cit*, p. 42-6.

⁵⁵ Jaime Riverón, *Análisis de las investigaciones arqueológicas...*, *op cit*, p. 45.

verde) y con posibilidad de relacionarse con el folklore de los pueblos primitivos de entonces.

Los parámetros de clasificación de las piezas, de hecho, eran sumamente diferentes a los que actualmente se realizan, y la forma general de las piezas era un elemento útil para establecer comparaciones. En 1900, Marshall Howard Saville (1867-1935) relacionó estas piezas, no por su materia prima o representación iconográfica, sino por la forma de la herramienta, es decir, por ser hachas votivas. En 1915 publicó un estudio sobre la distribución de hachas en América, agrupándolas de acuerdo a su región de origen y haciendo una descripción de sus características similares. Describió grupos de hachas provenientes del sureste de Estados Unidos, las Antillas, Colombia, Nicaragua y Honduras. La intención original de este estudio, de acuerdo a su autor, era la de establecer relaciones culturales de esa parte del continente:

Quando nuestra atención se fijó en la distribución de este tipo hacha, creímos con el Dr. Hammy que sería posible seguir la línea de distribución y ‘establecer los hitos de la ruta seguida por una antigua raza en tiempos lejanos desde el continente (América del Sur) a la isla antillana’. En vista de los diferentes tipos de hachas monolíticas, y de las grandes lagunas existentes para establecer una posible ruta migratoria en tierra y agua, donde éstas no se han encontrado, nos vemos obligados a abandonar tal teoría por resultar insostenible y a dejar el tema inconcluso hasta que no conozcamos más de la arqueología de las Antillas, del norte de América del Sur, y del Caribe y la costa de América Central.⁵⁶

Pocos años después, Saville retomó el tema de las hachas, pero esta vez se enfocó a las de procedencia del territorio mexicano. Como asistente de curador del *American Museum* y profesor de la Universidad de Columbia, Saville había tenido oportunidad de hacer expediciones en Copán, Honduras y Yucatán y es posible que durante estos viajes pudiera tener un mayor acercamiento a los restos de la costa veracruzana en México. (Ver Ilustración 6, *Anexo I*)

Tales trabajos le permitieron conocer una amplia variedad de piezas procedentes de diferentes lugares. En 1928 presentó un estudio en el que describía cinco hachas localizadas en varios puntos de México y que se encontraban resguardadas en diversas colecciones: la hacha descrita antes por Kunz; una que guardaba el *British Museum*; la referida por Chavero, presumiblemente procedente de Veracruz; la de la colección *Dorenberg* en el

⁵⁶ Saville, Marshall, “Monolithic axes and their distribution in Ancient America”, *Contributions from the Museum of the American Indian*, Vol. II, Museum of the American Indian, New York, 1915-16, p. 13. Traducción propia. “When our attention was first drawn to the distribution of this form axe, we believed with Dr. Hammy that it might be possible to follow the line of distribution and “attempt to establish the landmarks of some route followed from the continent (South America) to the Antillean island in far-distant times by an ancient race”. In view of the widely different types of monolithic axes, and the great gaps in a possible land and water migration route where they are not found, we feel forced to abandon this theory as untenable and to leave the matter undetermined until we know more of the archaeology of the Antilles, northern South America, and the Caribbean coast of Central America”.

American Museum of Natural History, quizás procedente de Puebla o Tlaxcala; y la del *Peabody Museum*.⁵⁷

A diferencia de los autores anteriores, Saville destacó los rasgos estilísticos que estas piezas tenían en común además de su manufactura en jade: tenían los ojos almendrados, los dientes caninos prominentes, el labio superior grueso y la nariz pequeña y chata. La cabeza ocupaba más de la mitad de la pieza, mientras que el cuerpo tenía los brazos extendidos sobre el pecho, y las manos juntas, una arriba de la otra, sosteniendo un cuchillo de piedra. La parte inferior de las piezas era como un hacha común, y no mostraba el trazo de los pies o las piernas. Además, todas estas piezas eran la representación de una máscara de tigre.

En este estudio Saville, además, relaciona las hachas con otras esculturas en las que encuentra los mismos rasgos estilísticos. El ídolo de San Martín Pajapan, antes reportado por Frans Blom; un ídolo de piedra verde de la colección particular de Hermann Beyer; uno procedente de la Mixteca y puesto a la venta en París; dos piezas de jadeíta, una de ellas resguardada en el Museo Nacional de México; y la escultura de una cabeza encontrada en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, y llevada al *Ethnographical Museum* en Berlín por el matrimonio Seler. Todas estas piezas tenían alguno o varios de los rasgos identificados en las hachas de jade. (Ver Ilustraciones 10, 11, 12, 13, 14 y 15, *Anexo I*)

En una segunda parte de este mismo artículo, publicado al año siguiente, Saville agregó a su análisis la descripción de tres piezas más procedentes del Museo Nacional de México y del *United States National Museum* de Washington.⁵⁸ Su análisis le sirvió para destacar una característica más que las piezas compartían: la hendidura en forma de “V” en el centro de la cabeza o máscara.

Diversos autores consideran que esta clasificación fue la primera asociación que se hizo entre las cabezas colosales localizadas en la Costa del Golfo, las hachas y los rasgos del jaguar, como un antecedente que anunciaba la definición de la “cultura madre”.⁵⁹ Por ejemplo, para Jaime Riverón, fue la experiencia de Saville en el campo museístico de Estados Unidos, al lado Frederick W. Putnam (1839-1915), la que le brindó la experiencia suficiente para poder asociar las hachas con los rasgos de aquel felino:

⁵⁷ Saville, Marshall, “Votives axes from Ancient Mexico”, *Indian Notes*, Vol. VI, N° 3, pp. 266-299.

⁵⁸ Saville, Marshall, “Votives axes from Ancient Mexico II”, *Indian Notes*, Vol. VI, N° 4, octubre, 1929, pp. 335-342. Las fotografías de las piezas del Museo Nacional le fueron proporcionadas por el entonces estudiante Alfonso Caso, y entre éstas se encontraba la pieza que previamente había sido incluida como “Máscara de tigre” en el Catálogo de Mena. La imagen procedente del *United States National Museum*, le fue obsequiada por el Dr. Walter Hough.

⁵⁹ P. ej. Pohorilenko, Anatole, “Cultura y estilo en el arte olmeca: ¿un estilo, muchas culturas?”, en Uriarte, María Teresa y Rebeca González Lauck (eds.), *Olmeca. Balance y perspectivas. Memoria de la Primera Mesa Redonda*, 2 tomos, IIE-UNAM/CONACULTA-INAH/Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo-Universidad Grigham Young, México, 2008, pp. 65-88; González Lauck, Rebeca, “La zona del Golfo en el Preclásico: la etapa olmeca”, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, *Historia antigua de México*, Vol. I El México Antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte preclásico, segunda edición, INAH/Coordinación de Humanidades-UNAM/Ed. Porrúa, México, 2000, pp. 363-406; Jaime Riverón, *Análisis de las investigaciones arqueológicas...*, op cit.

Saville, con la aguda memoria visual que desarrolló, con el constante manejo de materiales provenientes de todo el continente americano y sus visitas a colecciones europeas, al comparar el hacha del Museo Británico, el hacha de Chavero y el hacha Kunz hizo notar que esta última representaba una máscara de jaguar y que los tres objetos mostraban un estilo artístico desconocido y diferente. [...] Desde entonces se asoció a lo olmeca con el jaguar. [...] Saville, en los siguientes años no olvidó a este tipo de artefactos suntuarios y siguió trabajando para la definición del estilo artístico olmeca.⁶⁰

Sin embargo, la asociación establecida por Saville no pretendía alcanzar la identificación de una cultura arqueológica particular, aunque ciertamente destacó que las piezas provenían de un área geográfica determinada. En un intento por ubicar cronológica y culturalmente las piezas con lo previamente conocido, presentó todo un mosaico de varias relaciones que no acertaron a cuajar en una postura clara. Pensaba que la procedencia de las hachas, cercana a la región de los Tuxtlas, permitía relacionarlas con la cultura olmeca (descrita por Sahagún); que de esta zona también provenía la Estatuilla de los Tuxtlas, pieza que mostraba la fecha calendárica maya más antigua conocida hasta ese momento, lo que a la vez podría relacionar los objetos con la cultura maya y con las cabecitas de barro identificadas en Teotihuacán y procedentes del periodo arcaico, es decir, el más antiguo del Valle de México.

El objetivo primordial del estudio de Saville no era la identificación de un grupo cultural, sino la ubicación del origen de un culto antiguo. El estudioso pensaba que las hachas, al ser representaciones de una máscara de tigre, seguramente estaban relacionadas con *Tezcatlipoca*, el dios nahua. Así lo mostraba, por ejemplo, la escultura que desde principios de siglo había sido localizada debajo del patio del edificio de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, área en la debía haber estado el templo dedicado a esta deidad. (Ver Ilustración 16, *Anexo I*) La pieza representaba un tigre que guardaba celosamente en su lomo, a manera de recipiente, los corazones palpitantes de los sacrificados. Así también lo confirmaban algunas fuentes (*La historia de los mexicanos por sus pinturas*, las relaciones de Sahagún), en las que se señalaba que *Tezcatlipoca*, además de estar ligado con el tigre y los sacrificios, tenía un vínculo especial con los truenos y relámpagos.

Esta asociación podía establecer un vínculo entre el dios maya-quiché *Hurakán*, descrito en el *Popol Vuh* y, adicionalmente, desmentir aquellos estudios que postulaban que las creencias mitológicas basadas en los rayos y truenos habían sido llevadas al continente americano por los españoles y portugueses, tras la conquista. Por el contrario, Saville aseguraba que:

Los datos que hemos presentado sobre las hachas votivas, y el hecho de que había otra práctica en el altiplano mexicano, probablemente procedente del estado de Guerrero, parecen ser suficientes para establecer la existencia de las mismas creencias primitivas del

⁶⁰ Jaime Riverón, *Análisis de las investigaciones arqueológicas...*, *op cit*, p. 50.

origen divino de las hachas celtas en relación con los truenos y relámpagos. El tipo de hachas de Guerrero es celta (hachas sin ranuras) con caras, de las que se han encontrado varios cientos.⁶¹

Aunque algunos autores han tomado el análisis de Saville como el punto de arranque para la definición de la llamada cultura olmeca y su relación con los rasgos del jaguar, lo cierto es que nada estaba más alejado de las intenciones del curador. De hecho, en general, ninguno de los estudiosos mexicanos o extranjeros relacionaron las piezas, de jade o basalto, con una posible cultura madre y originaria, aunque cabe destacar, los investigadores estadounidenses mantuvieron un constante interés por la Costa del Golfo.

La consideración sobre estas piezas, no obstante, sólo se modificó cuando se iniciaron las exploraciones en Tabasco a finales de la década de los años treinta del siglo XX, y las piezas se consideraron como evidencia de una nueva cultura. En tanto, todos los objetos conocidos no fueron relacionados entre sí, tomando en cuenta las similitudes presentes en sus características físicas, materia prima o procedencia para relacionarlas con un pueblo en particular. Esto sería tarea de una generación posterior.

2. Las rutas migratorias americanas

Además de considerar las migraciones intercontinentales, los estudiosos del pasado antiguo pretendían trazar las rutas que siguió el hombre al interior del continente americano. De acuerdo a las crónicas, los estudiosos planteaban que las dos grandes civilizaciones que ocuparon el territorio actualmente mexicano, la tolteca y la maya-quiché, discurrieron por varios puntos llevando consigo la difusión de sus artes.

La primera había recorrido un largo camino desde el norte americano, hasta finalmente establecerse en el Altiplano mexicano. Una vez aquí, la raza se mezcló con los “ulmecas”, convirtiéndose en el mayor desarrollo de civilización prehispánica. La segunda, la maya, se había extendido hasta Centroamérica y, a la vez, había viajado hacia el norte sin que su civilización prosperara en esas tierras de clima agreste.

Sin embargo, el pasado prehispánico estaba en disputa por las nuevas nacionalidades del continente. Tanto al norte como al sur, los investigadores pretendieron revestir el pasado con los ropajes de sus respectivas historias originales, sobre todo, con la aspiración explícita de incluir en sus imaginarios genealógicos a una de las más grandes civilizaciones reconocidas en América: los mayas. Entre un extremo y otro del continente, los restos de la costa del Golfo se encontraron a medio camino de esta demarcación imaginaria del pasado.

⁶¹ Saville, “Votive axes from Ancient Mexico”..., *op cit*, p. 296. “The material we have brought forward about votive axes, and the fact that there was another practised, namely in the Mexican highlands, probably emanating in the State of Guerrero, would seem to be sufficient to establish the same primitive beliefs of the heavenly origin of celts in connection with thunder and lightning. The Guerrero type of axes are *celts* (i.e. axes without grooves) with faces on them, of which many hundreds have been found”. Traducción propia.

Migraciones norteañas

Insertos en el fuerte racismo de la sociedad del siglo XIX, los estudiosos de Estados Unidos pretendían establecer un claro límite entre las poblaciones de indios en las reservas (en particular las pieles rojas) y los antiguos pobladores de las mismas tierras. Este interés se encontraba claramente inserto en la herencia del pensamiento de Las Luces y, por supuesto, en la clasificación de las razas, según la cual, los blancos constituían la raza superior por antonomasia, mientras que los indios y los negros eran poblaciones menos desarrolladas.

Bajo estas concepciones, desde principios del siglo XIX se publicaron los primeros estudios sobre los llamados *mound builders*, restos de terraplenes precoloniales distribuidos por la región del Mississippi, que los estudiosos de Estados Unidos relacionaban con el origen de las grandes civilizaciones de la zona maya.⁶² Sin embargo, hasta la primera mitad del siglo aún no se había hecho un estudio extenso de estos restos en un sitio específico. Fue pocos años antes de la Guerra Civil en este país cuando se inició el proyecto en Chillicothe, Ohio, estudio que mereció un gran reconocimiento mundial.

En 1845 se fusionaron los intereses de Ephraim George Squier (1821-1888) y Edwin Hamilton Davis (1811-1888) en las antiguas poblaciones de Ohio.⁶³ El primero era hijo de una rica familia metodista, y si bien estudió ingeniería civil nunca pudo ejercer su profesión debido a la falta de empleo ocasionada por la crisis de 1837, por lo que se enfocó a dar clases durante algunos años. El segundo, dedicó su vida a la práctica médica. Vivía en Ohio y tuvo oportunidad de participar en la construcción del Milford de Chillicothe, misma que aprovechó para explorar algunos de los *mounds* y para iniciar su colección de piezas antiguas. Fue en este poblado en donde conoció a Squier. Éste, tras abandonar la docencia, había aceptado una invitación para colaborar como periodista en la *Scioto Gazette*. Por estas fechas también había iniciado estudios sobre los *mounds* por cuenta propia.

La compatibilidad de intereses los reunió en la intención de emprender un amplio estudio en los alrededores del poblado, para lo que consiguieron el apoyo de la *American Ethnology Society*. De inmediato iniciaron los trabajos de exploración de diversos montículos y el registro meticuloso de cada estructura y hallazgo. Para 1847 consiguieron terminar las excavaciones y se dieron a la tarea de escribir la obra y, una vez concluida ésta, la recién fundada *Smithsonian Institution* se interesó en su publicación.

⁶² La denominación de *mound builders* corresponde a esta época, y hace referencia a los constructores de los montículos de tierra (mogotes) que ocupan esta porción del territorio. Si bien el nombre únicamente es una alusión genérica, se utilizó para designar a la raza constructora de estas elevaciones artificiales.

⁶³ Meltzer, David, "Introduction: Ephraim Squier, Edwin Davis, and the making of an American Archaeological classic", en Squier, Ephraim y Edwin Davis, *Ancient monuments of the Mississippi Valley*, edición facsimilar de la edición original de 1848, Smithsonian Classics of Anthropology, Smithsonian Institution, Washington, 1998.

Esta institución, fundada por James Smithson, fue aprobada por el Gobierno de Estados Unidos el 10 de agosto de 1846 con el nombre de *Smithsonian Institution, for the increase and difussion of knowledge among men*.⁶⁴ Tenía como objetivo básico incrementar el conocimiento con nuevas verdades y descubrimientos en la ciencia y el conocimiento en general, dentro de los ámbitos del campo físico (astronomía, filosofía natural, química y meteorología); de la moral y la política (etnología, historia, filología comparada y antigüedades, política económica, y filosofía moral y política); y de la literatura y el arte (literatura moderna, artes y su aplicación, bibliografía, y noticias sobre personajes distinguidos). También se proponía realizar la difusión de estos conocimientos por medio de la fundación de un museo, una biblioteca, una galería de arte y exposiciones diversas, así como con la publicación de traducciones de obras de interés y de nuevos estudios dirigidos por la *Smithsonian*.

En este último sentido fue que se pretendía iniciar una colección llamada “Smithsonian Contributions to Knowledge”, con obras de gran interés científico. La obra escrita por Davis y Squier fue el primer título de esta colección, gracias a las gestiones de Joseph Henry, secretario de la institución. Llevó por título *Ancient monuments of the Mississippi Valley* y se tiraron 1000 ejemplares que comenzaron a circular en septiembre de 1848, con una gran acogida en el mundo interesado en las antigüedades.⁶⁵

La obra, como señalaban sus autores, pretendía responder:

[...] si estos monumentos eran capaces de reflejar toda la luz sobre las grandes preguntas arqueológicas relacionadas con la historia primitiva del continente americano, el origen, las migraciones y la primera raza de América [...].⁶⁶

Estas interrogantes, señalan Squier y Davis, no habían sido tratadas de manera exhaustiva, debido a que no se habían hecho investigaciones directas sobre el terreno. Y eso era lo que ellos ofrecían a los lectores. En la publicación, brindaron la descripción puntal (escrita y gráfica) de aproximadamente 150 *mounds* y 100 *earthworks* y el análisis de la colección de piezas resultado de las exploraciones (de metal, piedra y cerámica), de los petroglifos localizados, así como del único cráneo que lograron encontrar.⁶⁷

Las construcciones mostraron diversas diferencias, sobre todo en sus formas arquitectónicas (geométricas y zoológicas), pero en general, todos los restos, de acuerdo a los autores, mostraban la homogeneidad en las costumbres, la religión y los hábitos, lo que

⁶⁴ Squier y Davis, *Ancient monuments...*, *op cit*, p. III-X.

⁶⁵ De acuerdo a Meltzer (en Squier y Davis, *Ancient monuments...*, *op cit*, p. 52), Alexander von Humboldt consideró la obra como la mayor contribución hecha en la arqueología y etnología de América.

⁶⁶ *Ibidem*, p. XXXIV. “[...] if these monuments were capable of reflecting any certain light upon the grand archaeological questions connected with the primitive history of the American Continent, the origin, migrations and early of the American race [...]”. Traducción propia.

⁶⁷ Squier y Davis hicieron una clasificación de los restos arquitectónicos, considerando *mounds* a los terraplenes y *earthworks* a los elementos arquitectónicos asentados en aquéllos (como murallas, muros, pirámides, etc.).

confirmaba que la raza constructora de los *mounds* había sido una sola. Consideraban que esta raza había sido, al igual que las del Medioevo europeo, sedentaria y agricultora. Su ubicación, al margen de los afluentes de agua, lo confirmaba, pues los valles fértiles permitían el desarrollo de estos pueblos con una subsistencia permanente. Además, el número y grandeza de las construcciones no hubiera podido alcanzarse por una sociedad menos evolucionada. Para construir tales obras fue necesaria una población numerosa, grupos especializados en el comercio y la manufactura de bienes, esclavos, una religión estructurada, sistemas de defensa y, por supuesto, la agricultura como sistema básico.

Los *mounds builders*, de acuerdo a Squier y Davis, debieron ser una sociedad semi-civilizada y, por tanto, diferente a la de los indios contemporáneos. Éstos últimos, de hecho, no reconocían los restos como herencia de sus antepasados y no sabían nada acerca de sus constructores o significado. Además, los autores pensaban que esta posición encontraba sustento en las opiniones de Gallatin. Acerca del *mound* localizado en Grave, este autor consideraba que:

[...] esto no sólo indica una densa población agrícola, sino un estado social esencialmente diferente de la moderna raza de los indios al norte del trópico. No hay, y no hubo en el siglo XVI, una única tribu de indios (al norte de la semi-las naciones civilizadas) entre el Atlántico y el Pacífico, que tuviera medios suficientes de subsistencia que le permitieran aplicar el trabajo improductivo necesario para ese propósito [la agricultura], ni hubo una situación social que obligara que el trabajo de la gente se aplicara a ello.⁶⁸

Gallatin era uno de los principales promotores de la teoría monogenética en Estados Unidos. Apoyado en sus estudios filológicos, consideraba que las lenguas de las tribus americanas (semi-civilizadas) eran iguales, estructuralmente, a las de las poblaciones de África y Asia. Todas éstas eran aglutinantes, y para Gallatin, ello significaba que aún no habían alcanzado la posibilidad de abstraer términos y, por tanto, eran menos evolucionadas que el resto. Además consideraba que si bien la agricultura tuvo su origen en diversos puntos del planeta, como América por ejemplo, ello no eliminaba el origen común de las razas ya demostrado bíblicamente. La diferencia física entre éstas, así como sus distintos estados evolutivos, podían explicarse por los efectos del medio en su desarrollo; y su distribución en el planeta, por medio de las migraciones de las poblaciones. Gallatin suponía que el origen de la agricultura, estadio necesario para gestar una civilización, había tenido cabida en la costa del Golfo de México y que, por tanto, los *mound builders* eran el resultado de una migración ocurrida de sur a norte en el continente.

⁶⁸ Gallatin citado en Squier y Davis, *Ancient monuments...*, *op cit*, p. 302. “[...] it indicate no only a dense agricultural population, but also state of society essentially different from that of the modern race of Indians north of the tropic. There is not, and there was not in the sixteenth century, a single tribe of Indians (north of the semi-civilized nations) between the Atlantic and the Pacific, wich had means of subsistence sufficient to enable to apply, for such purpose, the unproductive labor necessary for the work; nor was there any such a social state as to compel the labor of the people to be thus applied”. Traducción propia.

Sobre el origen único de las razas, Squier y Davis no asumieron ninguna postura. Por el contrario, en su estudio también presentaron las opiniones de Morton, uno de los principales promotores de la teoría contraria: el poligenismo. Desde el inicio de las exploraciones, Squier le pidió su colaboración en los trabajos. Morton aceptó gustoso, pues ello le brindaba la oportunidad de estudiar los restos humanos que se localizaran (sobre todo cráneos) y, con ello, abonar a su postura teórica. Morton estaba convencido de la superioridad de la raza blanca por encima de la negra y de la india, y basaba su certeza en los datos arrojados por los estudios de craneometría. Consideraba que únicamente habían existido dos razas en el continente: la de los toltecas y la del resto de los indios bárbaros. La primera era la que, por medio de migraciones desde el norte, se había extendido por todo el sur de América. Ello explicaba, de acuerdo a su criterio, las semejanzas de los *mounds* con el resto de los sitios del continente y, a la vez, convertía a los toltecas del centro de México, en los descendientes de aquéllos.

Squier y Davis, en *Ancient monuments of Mississippi Valley*, también se afiliaron a estas consideraciones, cuando aseguraron que:

[...] nos atrevemos a sugerir que los hechos recogidos hasta la fecha apuntan a una relación más o menos íntima entre la raza de los *mounds* y las naciones semi civilizadas asentadas entre las sierras de México y las llanuras de América Central y Perú, que levantaron las imponentes estructuras que a partir de su número, magnitud, importancia y misterio, confirieron a la parte central del continente un interés no menos absorbente que el del valle del Nilo.⁶⁹

Aún cuando ambos aceptaban las semejanzas de los *mound builders* con otros pueblos del sur del continente, no se sumaron a la polémica sobre el origen único o múltiple de Gallatin o Morton (monogenista o poligenista), y tampoco quisieron aventurar su postura frente al sentido de la migración de la que provenían, o que generaban, los *mound builders*.

Sin embargo, durante las siguientes décadas el tema sobre las rutas migratorias y las razas originarias del continente americano, constituyó uno de los más grandes asideros para los siguientes historiadores de Estados Unidos. Como señala Juan Ortega y Medina, al menos desde la segunda mitad del siglo XIX, Estados Unidos mostró sus intereses nacionalistas y expansionistas hacia las tierras americanas pero, sobre todo, hacia su pasado.⁷⁰ Extendiendo hacia el ámbito arqueológico el Destino Manifiesto y la Doctrina Monroe, los

⁶⁹ *Ibidem*, p. 301. “[...] we may venture to suggest that the facts thus far collected point to a connection more or less intimate between to the race of the mounds and the semi-civilized nations which formerly had their seats among the sierras of Mexico, upon plains of Central America and Peru, and who erected the imposing structures which from their number, vastness, and mysterious significance, invest the central portions of the continent with an interest not less absorbing than that which attaches to the valley of the Nile.” Traducción propia.

⁷⁰ Ortega y Medina, Juan, “Las culturas prehispánicas en la historiografía anglosajona”, en Álvaro Matute (ed.), *Historiografía española y norteamericana sobre México*, UNAM, México, 1992, pp. 145-159.

estudiosos rechazaron todas aquellas posturas que sostenían el estado salvaje o bárbaro de las poblaciones americanas y también defendieron su originalidad.

Y es que, pese a proyectar un futuro próspero, los Estados Unidos no tenían raíces históricas en las tierras americanas:

Se veía, permítaseme la comparación, como el hombre del que se cuenta perdió su sombra; de aquí los esfuerzos sobrehumanos, por adquirir una nueva. ¿Dónde hallar un elemento idóneo con el que compensar el pecado original de americanidad insuficiente? ¿Cómo curarse de los achaques ocasionados por el vacío histórico?⁷¹

En este sentido, los *mound builders* constituían un asidero imaginario ideal. Como había demostrado ya el trabajo de Squier y Davis, no era posible establecer un nexo con las tribus sobrevivientes en las reservaciones indias. Éstas estaban degeneradas completamente y no guardaron ningún resquicio de la semicivilización de sus ancestros. Pero en el continente americano, de acuerdo a todas las fuentes disponibles, habían existido dos grandes civilizaciones: la tolteca y la maya. Y ambas, en ciertos puntos de su historia de migraciones, habían estado en las tierras del norte, en el actual Estados Unidos. Los puntos de las corrientes migratorias habían sido descritos por varios autores aún cuando no hubiera un acuerdo total al respecto. A grandes rasgos, se sabía que los toltecas llegaron desde un punto en el norte del continente, hasta establecerse en el Altiplano; mientras que la zona maya estuvo relacionada con toda la Costa del Golfo y hasta el Mississippi, la zona de los *mound builders*.

No obstante, la raza nahua había sido sumamente criticada por sus características de barbarie. Ríos de tinta corrieron para describir las terribles prácticas de sacrificios humanos y la falta de tecnología que caracterizaron a esas tribus bárbaras, y el mismo Lewis Morgan había ubicado a este pueblo, así como a todos los americanos, en el estadio de la barbarie media.⁷²

Estas apreciaciones, sin embargo, no alcanzaron a la raza del sur, a la maya. Sobre todo, en la segunda mitad del siglo XIX, los historiadores vieron en los restos del sureste mexicano a una gran civilización. Sus esculturas, incluso, se equipararon a las del arte romano, y sus

⁷¹ *Ibidem*, pp. 118-119.

⁷² Lewis Henry Morgan (1818-1881) había propuesto tres grandes “períodos étnicos” en la historia humana: salvajismo, barbarie y civilización. A su vez, éstos se subdividían en subperíodos que podían caracterizarse como sigue: Salvajismo inferior: subsistencia de frutos y nueces; Salvajismo medio: pesca y fuego; Salvajismo superior: arco y flecha; Barbarie inferior: cerámica; Barbarie media: domesticación de animales (en el Viejo Mundo), cultivo de maíz, riego, arquitectura de adobe y piedra (en el Nuevo Mundo); Barbarie superior: instrumentos de hierro; y Civilización: alfabeto fonético y escritura. Cf. Harris, Marvin *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, Siglo XXI Editores, México, 1979, p. 156ss.

pirámides, a las de Egipto.⁷³ Así pues, era la raza del sur la única que podía llenar el vacío histórico de los Estados Unidos.

Migraciones sureñas

Uno de los pocos estudiosos mexicanos que ahondó sobre las migraciones de los *mound builders* fue Alfredo Chavero. Nacido en la nochebuena de 1841, Chavero fue un reconocido historiador y dramaturgo de la segunda mitad del siglo XIX. Estudió en el Colegio de San Juan de Letrán y, posteriormente, realizó la carrera de leyes obteniendo el título como abogado a los 20 años. Fue un juarista apasionado y siguió al presidente Benito Juárez en su retirada hacia el norte durante la Intervención Francesa. Gracias a ello obtuvo diversos cargos públicos desde la década de los años sesenta: en 1862 fue diputado y a partir de 1867 ocupó los cargos de magistrado, síndico del ayuntamiento, diputado y gobernador del Distrito Federal. Al no coincidir con Lerdo de Tejada, salió del país y radicó por un tiempo en Europa, mientras aquél estuvo en la presidencia. Con la llegada de Porfirio Díaz al poder, Chavero regresó al país y recuperó su buena posición política, ocupando el cargo de oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores. (Ver Ilustración 7, Anexo I)

A la par de su carrera política, y como la mayor parte de sus contemporáneos, Chavero fue miembro de varias sociedades científicas y literarias, como la Sociedad de Geografía y Estadística, la Academia Mexicana de la Lengua, la de Jurisprudencia y Legislación, la Sociedad de Americanistas de París, y del Congreso de Artes y Ciencias de Tokio. Sus obras teatrales fueron famosas y reconocidas en su tiempo y, buena parte de éstas tuvieron como inspiración la época prehispánica. Éstas le han merecido el calificativo de “romántico nacionalista”.⁷⁴

Chavero también fue un conspicuo estudioso de la historia. Al final de su vida, ocupó la subdirección del Museo Nacional por un corto periodo (entre diciembre de 1902 y marzo de 1903) y fue uno de los fundadores de los *Anales del Museo Nacional* (junto con Gumesindo Mendoza -1829-1886- y Jesús Sánchez) y un asiduo colaborador de esta revista desde su primer número (1877) hasta 1906, año de su muerte. En esta publicación escribió un total de 24 artículos que versaron sobre la piedra del Sol (interpretación que fue muy criticada en la época), los dioses de los antiguos mexicanos y el calendario de Palenque, así como sobre la vida y obra de algunos sabios reconocidos en su tiempo como Sigüenza y Góngora,

⁷³ De acuerdo a Ortiz Monasterio (“Las culturas prehispánicas ...”, *op cit*) esta apreciación cambió en gran medida debido a los trabajos de John L. Stephens sobre la zona del sureste y, en particular por las apreciaciones que hizo sobre el “arte” de la cultura maya. En el último capítulo de este trabajo volveré a ello.

⁷⁴ Los datos biográficos en Saville, Marshall, “Alfredo Chavero”, *American Anthropologist*, New Series, Vol. 8, 1906, New York, 1906, pp. 700-703; Ortiz Monasterio, José, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, FCE-Instituto Mora, México, 2004, p. 225ss; Almanza Montañez, Rosa Evelia, *Alfredo Chavero y su idea de nacionalismo en la obra México a través de los siglos, tesis de licenciatura en Historia*, FFyL-UNAM, México, 2002; *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, Ed. Porrúa, México, 1995, p. 733.

Boturini, Fray Juan Agustín Morfi, Fray Manuel Vega, el padre Acosta, Veytia y el padre Tovar.

Quizás el trabajo histórico más reconocido de este historiador sea su participación en la obra monumental dirigida por su amigo Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, en la que escribió la parte correspondiente a la historia prehispánica en 20 meses, según sus propios cálculos. Estos estudios, a diferencia de sus trabajos teatrales, le han merecido varias críticas que lo acusan de ser un personaje con excesiva imaginación y poca pertinencia en sus estudios, que presenta una gran cantidad de alteraciones en sus interpretaciones.⁷⁵

Como miembro de la Sociedad de Geografía y estudioso interesado en el pasado prehispánico, Chavero seguramente conoció los artículos publicados por Melgar y, de hecho, sin mencionarlo, se adhirió a parte de su interpretación sobre la cabeza de Hueyapan e incluyó el grabado de la pieza en *México a través de los siglos*. En esta obra, Chavero hizo un recorrido (algo tortuoso para el lector actual) por los pueblos prehispánicos desde los tiempos remotos y hasta el desarrollo de la cultura mexicana, cúspide del desarrollo civilizatorio de los pueblos para el autor.

Es en las primeras etapas de esta historia (“tiempos prehistóricos”) en donde inserta a la raza negra. A este respecto, Chavero coincidía con las opiniones del profesor Bárcena sobre la antigüedad del “hueso de Tequixquiac” referidas arriba, pero creía que ésta no podía explicarse por las pretendidas migraciones a través del estrecho de Bering o de las tribus judías que otros autores sostenían. Por el contrario, pensaba que en aquellos tiempos el continente americano se encontraba unido a los demás por Nueva Zelanda y Oceanía, y por la Atlántida. Una prueba contundente del puente oriental era la presencia de la raza negra en América, atestiguada por las cabecitas de barro con nariz abultada y chata y de labios salientes (rasgos indiscutiblemente característicos de la raza negra) que fueron encontradas en Teotihuacán, así como por la cabeza colosal de Hueyapan que presentaba un tipo “claramente etíopico” y un tocado especial e incisión cuneiforme en la frente que recordaba algún signo sagrado de Asia.⁷⁶ Cabe destacar que al igual que Melgar, en estas aseveraciones Chavero presupone una iconografía naturalista en la cabeza, resaltando los rasgos anatómicos de la pieza y descartando toda posibilidad de que éstas tuvieran un carácter simbólico.

⁷⁵ En el trabajo de Ortiz Monasterio (*México eternamente...*, *op cit*, p. 233) pueden leerse varias de las críticas que ha suscitado la obra de Chavero, incluida la de este autor que no atina a condescender o rechazar la historia de Chavero. Abajo volveré a ello.

⁷⁶ Chavero, Alfredo, “Primera época. Historia antigua”, en Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, Tomo I, edición facsimilar, Editorial Cumbre, México, 1981 [1889], p. 63.

Nótese que esta asociación entre las piezas de la costa del Golfo y las teotihuacanas es la misma que retomaría Marshall Saville, aunque para éste último los rasgos no son “etíopicos”, sino “de tigre”. *Cf. supra*.

Para el momento en que Chavero escribía esto, George Kunz estaba por publicar los datos referentes al hacha de jade que se había localizado en Oaxaca, y sobre la que varias décadas atrás había sido colectada y llevada a Europa por Alexander von Humboldt.⁷⁷ Chavero, a su vez, presentaba en su estudio el grabado de un hacha que posiblemente provenía de Veracruz. (Ver Ilustración 8, *Anexo I*) Pensaba que esta pieza tenía los mismos rasgos que la cabeza de Hueyapan y que el hacha encontrada por Humboldt, y que esto elevaba las pruebas sobre la presencia de los negros en el continente.

Como un solo dato, por preciso que sea, es siempre sospechoso, debemos congratularnos del segundo hallazgo, que es una grandísima hacha de granito, encontrada también en la costa de Veracruz. La parte superior del hacha es una cabeza de hombre parecida á la de Hueyapan; el tocado es semejante; en la parte posterior tiene la incisión cuneiforme; pero el tipo negro es más marcado, más claro lo chato de la nariz y más pronunciado los salientes belfos.⁷⁸

Además, Chavero recalca que aún existían diversas poblaciones negras en el continente -con una gran desmemoria de la historia del Virreinato-, lo que atestiguaba la presencia de éstas desde tiempos remotos. Estas pruebas eran suficientes para que el autor considerara que, en época muy lejana, cuando todavía estaban unidos los continentes, incluso antes de la existencia de los otomíes, la raza negra ocupó las tierras americanas y trajo sus propias ideas religiosas y cultos, y que éstas fueron fundamentales para una de las civilizaciones más grandes que ocuparon el territorio: la raza del sur.

El Capítulo IX del “Libro Primero” de la misma obra (*México a través de los siglos*), estuvo dedicado a ésta última civilización, la que habitó las fértiles y ricas tierras del Usumacinta. Al igual que sus contemporáneos estadounidenses, Chavero pensaba que este pueblo era “sorprendente”. A decir de las crónicas y las leyendas, llegaron por mar a la costa de Yucatán y, seguramente, en la búsqueda de tierras mejores siguieron a la Laguna de Términos y luego al Usumacinta, dejando un anclaje con *Zamná*, su primer jefe. Siguieron hasta Catasasá y, posteriormente, a Palenque. Eran el pueblo de *Na-chan*, los de la ciudad de culebras.

Aún cuando en muchas ocasiones la lengua monosilábica del sur hubiera sido confundida con los desarrollos nahuas, no tenía ninguna relación con aquélla. La confusión provenía de los diversos puntos de mezcla que existieron entre las dos razas, pero tales fusiones ocurrieron en tiempos posteriores a las migraciones que les dieron origen. Tan independientes habían sido estos dos pueblos que, incluso, al parecer de Chavero, tenían diferentes grados de evolución. Mientras que la nahua “pertenece a la [época] de la piedra

⁷⁷ Kunz, “Exhibition of gems used as amulets”, *op cit*; Jaime Riverón, *Análisis de las investigaciones arqueológicas...*, *op cit*, p. 42ss.

⁷⁸ Chavero, “Primera época. Historia antigua” ..., *op cit*, p. 63-4.

sin pulir, y apenas ya á su fin comienza á usar de la pulida; aquélla [la del sur] se nos presenta desde luego con sus construcciones de piedra labrada y usando el cobre”.⁷⁹

El maya era del todo diferente al nahoá, incluso en sus características físicas: braquicéfalo, de pómulos salientes, frente ancha y mirada audaz, a la vez que erguido y de porte altivo. También su vestido era diferente e, incluso, mostraba mayor gusto al usar calzón y *maxtli* y así como mitra, en el caso de los sacerdotes. Todos estos adornos:

[...] manifiestan mayor gusto, mayor cultura, más adelanto. Basta para comprender esto comparar los relieves de Palenque con las estatuas de los dioses de los pueblos de procedencia nahoá. Inferiores, y mucho, á éstos en los trabajos de alfarería, se distinguen los mayas por el uso de la piedra pulida que labraban á perfección, por sus artefactos de oro y cobre y porque los primeros aprovechan las piedras preciosas duras como la esmeralda y el cristal de roca.⁸⁰

Sus ritos, religión y escritura también eran diferentes. Adoraban a los animales y tenían cultos fastuosos que dejaron como muestra los relieves e inscripciones (escritura calculeiforme) en sus edificios. A sus muertos, en lugar de incinerarlos, los enterraban en túmulos o bajo piedras mortuorias, o bien, los momificaban. Sus construcciones eran muy superiores a las nahoás. En lugar del adobe y las vigas en el techo, usaban piedras pulidas y la bóveda triangular; y, en vez de hacerlas construcciones cerradas como defensa, levantaron terraplenes (*kús*) y, sobre éstos, grandes pirámides.

Esta diferencia en el grado tecnológico era explicable por el origen de la raza del sur: la inmigración de una colonia civilizadora, en varias oleadas, y en tiempos posteriores a la separación de los continentes. Si bien algunos autores habían sostenido una ascendencia celta para explicar el origen de esta raza, Chavero consideraba que ésta no era posible pues el lenguaje celta era de flexión, distinto al maya. Sin embargo, concedía que había fuertes similitudes con Asia, como el uso de la mitra y el calzón, y las pirámides. Ello, sin lugar a dudas, refería un “germen común” pero no una descendencia directa.

Nosotros nos explicamos el fenómeno etnográfico de la siguiente manera: con anterioridad á la época en que bajaron los aryas al Asia central, ó acaso empujada por ellos, emigró una raza anterior al occidente, y al pasar por el África dejó en las riberas del Nilo los mismos gérmenes que trajo á las del Usumacinta: extendiéndose después por Europa, dejando como marca de su camino innumerables túmulos y piedras votivas. En Europa las muchas inmigraciones posteriores borraron casi sus huellas; en el Egipto persistieron algunas de sus costumbres, á pesar de los elementos extraños que recibió después, y en la región meridional de nuestro territorio tuvo su completo desarrollo.⁸¹

Así pues, el mismo germen había desarrollado civilizaciones distintas en medios geográficos diferentes: en el Nilo las pirámides de Egipto y los restos momificados de diversos animales;

⁷⁹ Chavero, “Capítulo IX. Primera época. Historia antigua”..., *op cit*, p. 159.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 161.

⁸¹ *Ibidem*, p. 161-70.

y, en el Usumacinta las pirámides y los *kús*. Sin embargo, estas migraciones no eran budistas como antes había referido Humboldt y como se había propuesto en el Congreso de Americanistas celebrado en Nancy. Si bien se había llegado a considerar que las cruces y barros de Palenque eran búdicos, una revisión puntual de los restos desmentía tales aseveraciones. De hecho, la peregrinación budista tuvo ocasión 500 o 1000 años antes de nuestra era y, de haber llegado al continente americano, el trabajo en hierro, la escritura asiática y la numeración decimal hubiera llegado también. Chavero aducía que ninguno de estos elementos ocurrieron en las tierras del sureste, por lo que no quedaba más que afirmar que la migración del Usumacinta antecedió con muchos siglos al budismo.

Para el historiador este grupo de origen fue el que trajo consigo el conocimiento del uso del cobre, lo que propició que las poblaciones pasaran de la edad de la piedra pulida a la del uso de aquél mineral, sin pasar por el bronce. Esto demostraba que, en este continente, los desarrollos no tuvieron la misma secuencia que en el Viejo Mundo. El uso del cobre se extendió a todo el continente, siendo uno de los caracteres distintivos de estas civilizaciones.

En todo el trayecto recorrido desde el Viejo Continente, los migrantes fueron encabezados por *Votan*, su gran civilizador. Y aún cuando Chavero advierte que más que un ser real, *Votan* es la “personificación de la raza”, lo describe como un sacerdote negro que trajo, desde Libia, la nueva civilización y los nuevos cultos a las tierras del Usumacinta. Para Chavero, “[e]sto nos explicaría esos dioses de semblante etiópico con el singular signo cuneiforme, como la cabeza de Hueyapan y el hacha gigantesca. Nos daría también razón de por qué á los dioses se les untaba ulli y los sacerdotes se pintaban de negro [...]”.⁸² Y esto también explica por qué, para el autor, la propuesta de Melgar era correcta.

Chavero consideraba que, una vez asentados en el Usumacinta y mezclados con los pueblos autóctonos, la raza del sur migró hacia el norte y hacia el sur del continente, llevando consigo su civilización y conocimientos. De acuerdo a las leyendas que hablaban sobre *Votan*, se sabía que este personaje había hecho varios viajes a lo largo del continente. Hacia el sur (tomando como punto de inicio Palenque), *Votan* había alcanzado las tierras centroamericanas y hasta las de América Meridional. Hacia el norte, por el contrario, esta raza tuvo “tres caminos naturales”: el primero entre la costa pacífica y la Sierra Madre; el segundo siguiendo la meseta central; y, finalmente, el tercero, a través de la costa del Golfo.

Ésta última era la migración más temprana a juicio del historiador, debido a que el clima de las tierras de la costa era “el más adecuado á su manera de vivir”. La prueba de ello, la constituía la afinidad de lenguaje de la región, pues sobre la costa del Golfo predominaba el

⁸² *Ibidem*, p. 163.

huasteco, lengua que, además, tenía una clara relación con el maya-quiché, lo que constituía una evidencia de la influencia de estos pueblos.

También la construcción de terraplenes y túmulos a lo largo de la costa eran una prueba de la migración de la raza del sur. Los sitios de Calchualco, Centla, Tlacotepec, Palmillas, Tenampa, Tlapala, Poxtla y Comoquitla eran lugares fortificados pertenecientes a la raza del sur. Más al norte, luego de Misantla, y en todas estas construcciones podía admirarse que:

[...] aquellos pueblos habían llegado al mayor grado de progreso de la civilización del sur á que pertenecían, y revelan estrecho parentesco en los planos de las ciudades y en la construcción de los edificios con las prodigiosas ruinas de Palenque y de la península maya [...]⁸³

Pero, más al norte aún, se encontraba Papantla, “la manifestación más poderosa del genio arquitectónico de la raza”. Se refería a la pirámide que posteriormente se denominaría de Los Nichos, en El Tajín. De acuerdo a Chavero, este era edificio del momento en el que la civilización nahoa se había internado en el sur.

Siguiendo la migración sobre la costa hacia el norte se observaba Tusápan, Tuxpan, Metlatoyúcan, y, desde Soto la Marina y hasta Jesús María, se ubican la construcción de terramares sobre toda la costa. Hasta este punto:

[...] hemos examinado ciudades de la civilización del sur que alcanzaron su mayor grado de progreso; pero desde ahora nos vamos á encontrar con la raza del sur extendiéndose en su primer estado, sin influencias extrañas y con las costumbres de la época semilacustre. Así es que para conocer cuál fue la civilización del sur en sus primeros tiempos, siguiendo los terraplenes de las lagunas hasta llegar á Gálveston, vamos a penetrar en la región de los *mounds*, en los Estados Unidos.⁸⁴

Se trataba de construcciones de tierra sobre extensas plataformas localizadas en la región del Mississippi y Ohio y hasta la región de Los Lagos. Mencionaba el historiador que eran terraplenes que, posiblemente, fueron construidos como una defensa en contra de las inundaciones de los ríos o la marea alta y que, posteriormente, se complejizaron para servir de atrincheramientos y baluartes hasta consolidar grandes fortalezas. Si bien Chavero reconocía que existían construcciones de muy diversa forma que, por su estilo arquitectónico podrían acusar a diferentes pueblos constructores, enfatizaba que todas éstas:

[...] llevan en sí la marca de haber sido construidos por la misma raza; están formados sobre un plan general idéntico, y cuando se hacen exploraciones en ellos se encuentran los mismos idolillos, los mismos trastos, las mismas armas y los mismos adornos, atestiguando que una sola raza llegó antiguamente esos extensos valles.⁸⁵

⁸³ *Ibidem*, p. 169.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 172.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 181.

La postura de Chavero no estaba basada en exploraciones directas sobre el terreno. Es muy posible que para realizar este estudio haya consultado a los principales autores de Estados Unidos. El historiador mexicano consideraba que, pese a las diferencias de los tipos de construcciones:

[...] todos llevan en sí la marca de haber sido contruidos por la misma raza; están formados sobre un plan general idéntico, y cuando se hacen exploraciones en ellos se encuentran los mismos idolillos, los mismos trastos, las mismas armas y los mismos adornos, atestiguando que una sola raza llegó antiguamente esos extensos valles.⁸⁶

También pensaba que fue una raza agricultora que podía haber constituido una patria (que no nacionalidad), considerando que tenían un territorio y una ciudad que defender, y que sus fortalezas demostraban que habían tenido una teocracia guerrera, semejante a la de Europa Medieval. Para sostener sus argumentos, Chavero utiliza las mismas razones que Squier y Davis: construcciones de tal magnitud no podían explicarse más que por la presencia de una población agricultora, numerosa, sedentaria y practicaba la esclavitud.

El historiador también usa los mismos argumentos que los autores estadounidenses para explicar la antigüedad de los restos, la organización social de esta raza, la descripción y clasificación de los restos, y hasta su semejanza con los pueblos del sur. Sin embargo, Chavero no asume los intereses ideológicos de sus colegas ni retoma los objetivos de aquéllos. La importancia de esta raza, para Chavero, no estaba relacionada con el origen del hombre en el continente, ya sea que se tratara de uno o de diversos puntos; tampoco con su posible vínculo con las poblaciones de indios de las reservas de Estados Unidos. Chavero, por el contrario, usa esta información para sus propios intereses ideológicos, es decir, para los de la nación mexicana y su historia:

Nosotros [...] podemos decir con seguridad que la raza de los *mound-builders* es la nuestra del sur que se extendió por nuestra costa del Golfo y penetró en el valle del Mississippi.

No sería fácil fijar la época; muchos siglos debieron pasar para que la raza del sur llenase su territorio propio, se desbordara por la costa y llegara al fin hasta el Ohio y los lagos, ocupando la gran extensión del valle del Mississippi y sus afluentes, cultivándola toda y cubriéndola literalmente con sus innumerables construcciones. La raza del sur había llegado en la época de la piedra pulida y había encontrado el cobre; podemos, pues, decir que la raza de los *mound-builders* pertenece á esa edad del cobre, propia sólo de los pueblos de nuestro continente.⁸⁷

Al igual que para los autores de Estados Unidos, Chavero consideraba que hubo dos migraciones primigenias en el continente: la nahua que migró de norte a sur, y la del sur que recorrió el camino contrario, hacia el norte por toda la costa del Golfo. Ambas siguieron caminos paralelos dominando y ampliando su territorio de este a oeste. De esta manera,

⁸⁶ *Ibidem*, p. 174.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 174.

cuando la raza del sur llegó al Mississippi, las tierras ya estaban ocupadas por la raza nahoia y se emprendió una lucha por el territorio. La raza del sur fue la vencedora y logró empujar a sus enemigos hacia el otro lado de las Rocallosas.

Los *mounds* correspondían, entonces, a la primera migración de la raza del sur hacia el norte, cuando estaba en su primer estadio de civilización, hacía construcciones como terraplenes o terramares, tenía herramientas de piedra pulida y comenzaba a usar el cobre. Si aquellos pueblos del Mississippi no alcanzaron el esplendor de las poblaciones del sureste mexicano, quizás se debiera a que las migraciones desde el sur se detuvieron debido a que los pueblos bárbaros desalojados del Mississippi se establecieron en un área intermedia del Golfo, interrumpiendo el flujo migratorio desde el sur. Ello propició que, al norte, los pueblos se quedaran en el estadio de desarrollo temprano, sin contacto con el progreso que estaban alcanzando en el sur.

Y hé ahí precisamente el interés que tiene para nosotros el territorio de los *mound-builders*; que mientras en nuestra región del sur no podemos estudiar su civilización en los diversos grados en que se fue desarrollando, pues en sus monumentos y en su historia se nos presenta ya hasta con el gran progreso que le dio su enlace y mezcla con la nahoia, en el norte, por el contrario, la hallamos en distintas localidades en sus diversas formas de adelantamiento.⁸⁸

Es por esta razón que Chavero integra la descripción de los *mound builders* y a los negros en su historia. Sin embargo, para el historiador, éstos sólo constituyen un breviarío para introducir a la raza que sí tiene relevancia en la historia: la maya-quiché, que siglos después, se integraría con la nahoia para forjar las grandes ciudades del Centro de México: la *Tollan* y *Tenochtilan*. Ese era el *México a través de los siglos*.

Como también había indicado Melgar, la presencia de la Cabeza de Hueyapan y del Hacha “gigantesca”, en realidad debían interpretarse como una clara representación de sacerdotes negros, como la reliquia de un pasado tan remoto que sólo pervivía en su forma sacra.⁸⁹ Sin embargo, y a diferencia de Melgar, Chavero no quería manchar la estirpe mexicana. Por ello consideraba que la raza negra, al poco tiempo de su arribo a estas tierras, fue desalojada hacia las costas por los otomíes o quizás, conforme el continente se fue enfriando y las masas de tierra se separaron, se vio obligada a buscar climas más cálidos y acordes con su naturaleza. Es así como Chavero se libra de un plumazo de la presencia negra. Una presencia que, de acuerdo a las pruebas que observaba, no podía negar, pero que no podía integrar a la historia como un actor principal. En el desarrollo civilizador de México (a través de los siglos):

⁸⁸ *Ibidem*, p. 181.

⁸⁹ Chavero, “Capítulo X. Primera época. Historia antigua” ..., *op cit*, p. 165.

[...] aún cuando la raza negra sea la primera que se extiende en la tierra, aun cuando la admitiéramos como primitiva habitadora de nuestro continente, es, sin embargo, en él un ave de paso, y debemos buscar otra raza para llamarla autóctona.⁹⁰

Los rasgos negroides, sin duda, no eran un elemento atractivo para sostener el edificio de la evolución histórica de la nación mexicana, y Chavero estaba plenamente consciente de ello. Reconocer la antigua presencia de la raza negra no equivalía a aceptarla como un ancestro directo. Era necesario identificar un pueblo, igual de antiguo, pero con rasgos más cercanos a la idea de nación del momento. Al igual que varios de sus contemporáneos, el estudioso consideraba que en el territorio americano, además de la raza negra, habían existido tres pueblos autóctonos: el otomí en el centro; el maya-quiché en el sur; y el nahoá que emigró desde el norte. En estos tres grupos es en los que Chavero ubica el origen autóctono del territorio. Los primeros, los otomíes, eran los mismos que labraron el hueso hallado en Tequixquiac y:

Hablando Motolinía de los otomíes, los presenta como generación bárbara y de bajo metal; dice expresamente que de ellos descienden los chichimeca; y los coloca en gran parte del centro de nuestro territorio y en todo lo alto de las montañas que á México rodean. Estas pocas indicaciones nos suministran datos importantes sobre esa raza. Todas las tribus emigrantes que fundaron los últimos y más grandes centros de civilización, como México, Texcuco y Tlaxcalla, pretendían descender de los chichimeca, y éstos proceden de los otomíes, según Motolinía, que les da así el primer lugar en antigüedad.⁹¹

Esta antigüedad estaba compartida por la raza maya-quiché, la cual guardaba muchos rasgos de semejanza con los otomíes. Era muy posible que estos dos pueblos hubiesen sido uno sólo, que posteriormente se separó en dos razas monosilábicas. Lamentablemente, decía Chavero, la raza maya-quiché no podía estudiarse en su estado primitivo porque los restos que se conocían de la misma correspondían a su estado más civilizado, es decir, el que recibió la influencia del Viejo Continente. La otomí, por el contrario, sí podía observarse en esos primeros estadios de evolución. Sin embargo, explicar la historia prehispánica a partir de poblaciones nómadas y rudimentarias como la otomí, hacía imposible dotar a la nación de una grandeza de origen y, por tampoco resultaban una opción viable para la postura nacionalista de Chavero.

Serán los aztecas, los llegados del norte, los personajes principales en *México a través de los siglos*, y quienes dignamente podían representar el desarrollo culminante de las culturas del Altiplano. Toda la narrativa de Chavero está predestinada, desde el inicio, a relatar su historia, y cada uno de los capítulos de la obra tiene la finalidad de resaltar la importancia de este pueblo. Es a éste a quien el autor le dedica la mayor parte de la escritura (aproximadamente dos terceras partes de la obra) quizás por ser del que existía mayor

⁹⁰ Chavero, "Primera época. Historia antigua" ..., *op cit*, p. 64.

⁹¹ Chavero, "Primera época. Historia antigua" ..., *op cit*, p. 64.

cantidad de datos, pero también por razones de juicio histórico y político. Los aztecas fueron para Chavero, como para la mayoría de sus contemporáneos, los antecesores directos de la nación mexicana, debido a que fueron éstos los que se fusionaron con los españoles durante la conquista. Los aztecas eran los descendientes directos del pueblo tolteca y de las enseñanzas de Quetzalcóatl, es decir, de la nación que alcanzó el mayor perfeccionamiento civilizador en toda la historia prehispánica.

En estas fechas, es con este pueblo con el que se relacionaba el término “ulmeca”, con base en los escritos de Fray Bernardino de Sahagún, quien aseguraba que, desde las tierras de la costa del Golfo habían partido aquéllos que enseñaron la civilización y las artes a los pueblos del Altiplano. Sus enseñanzas fueron transmitidas a los toltecas y, a través de éstos, a los aztecas. Y ésta era la genealogía del pueblo mexicano.

Como señala O’Gorman, esta obra es fundamentalmente esencialista:

[...] es obvio que en ese enunciado el supuesto consiste en la idea de lo acontecido durante el transcurso temporal —es decir la Historia- le acontece a un ente llamado México, pero le acontece como mero accidente, o lo que es lo mismo, se supone que, pese a las mudanzas históricas que registran los testimonios, es siempre el mismo México, un ente que permanece idéntico a sí mismo, encerrado en su fortaleza entitativa. Un México, pues, que sería lo que es en virtud de una misteriosa esencia que hace que sea para todos en todo tiempo y en cualquier lugar lo que ha sido, es y para siempre será.⁹²

Aunque buena parte de las interpretaciones de Chavero sobre la historia prehispánica fueron desechadas en las siguientes décadas, la carga ideológica y esencialista de su apreciación se mantuvo intacta. Al igual que antaño, los investigadores mexicanos basarían sus estudios en estos centros, interrogando para ello a la Costa del Golfo para encontrar un origen.

3. La escritura de la historia en el siglo XIX

Las interpretaciones vertidas arriba, en general, han sido descalificadas en la historia de la arqueología por considerarse elucubraciones sin fundamento científico, elaboradas por *amateurs* y coleccionistas.⁹³ Los estudios de Melgar, Kunz, Chavero, Saville y Mena son retomados únicamente como un mero antecedente de las investigaciones en el área hoy definida como olmeca, y sus opiniones sólo son usadas si es que se pueden relacionar de alguna manera con parte de las definiciones actuales. Aunque la excepción a la

⁹² O’Gorman, Edmundo, *El arte o de la monstruosidad y otros escritos*, Planeta/Joaquín Mortiz, México, 2002, p. 13.

⁹³ Salvo los datos biográficos aportados por las investigaciones de Jaime Riverón (*Análisis de las investigaciones arqueológicas...*, *op cit*) y Almanza (*Alfredo Chavero y su idea de nacionalismo...*, *op cit*), no existen trabajos que aborden a estos personajes de manera detallada. Estos autores también consideran que las ideas de tales personajes no tienen cabida en la historia de la arqueología más que como antecedentes precientíficos. La excepción es el trabajo de Rutsch (*Entre el campo y el gabinete...*, *op cit*) quien aporta datos, desde la sociología de la ciencia, sobre el desempeño profesional de Ramón Mena.

descalificación la constituye Saville, sus posturas sólo son recordadas por la relación que estableció entre los rasgos del jaguar y las hachas votivas, pero se omiten por completo todos los vínculos que sugirió con Teotihuacán, *Tezcatlipoca* o los cultos celtas.

En gran medida lo anterior constituye una actitud de desprecio basado en un criterio de demarcación que toma como medida los valores epistémicos de la práctica arqueológica de los últimos 50 años. De esta manera, la arqueología ha trazado una clara distinción con todo aquello que le parece diferente a su imagen actual, y se ha olvidado de las preguntas y las prácticas que la definieron hasta bien entrado el siglo XX.

Sin lugar a dudas, existen cambios profundos entre las preguntas y formas de trabajo de la generación decimonónica y las que actualmente rigen a la disciplina. Sin embargo, ello no se encuentra relacionado con la calidad científica de ambos momentos, sino con las diferentes formas que adquirió la escritura de la historia prehispánica entre las dos centurias, tanto en sus aspectos ideológicos, como disciplinares.

Las formas de trabajo de estos personajes, pese a ser tan distantes de las prevalecientes en la actualidad, no carecieron de un rigor metodológico y positivo coherente con la práctica científica y con los ideales políticos del momento. A la vez, fueron estos trabajos los que, en buena parte, fundamentaron la práctica de la disciplina arqueológica a la vuelta del siglo manteniendo con ello una fuerte continuidad. El entramado histórico que los decimonónicos construyeron entorno a la pregunta del origen fue parte de la historia patria que perduró en el imaginario por varias décadas: fue el conocido y discutido por los eruditos a nivel nacional e internacional; el que se enseñó en los libros de texto; y, finalmente, el que constituyó la base para (re)construir la narrativa histórica en la centuria siguiente.

El panorama institucional y académico

La tarea de construcción histórica durante el siglo XIX no fue el empeño de personajes aislados, y para contextualizar las interpretaciones de los estudiosos referidos en este capítulo, es menester hablar sobre el panorama de su ejercicio. Durante todo el siglo, pese a todos los conflictos de gobierno, se establecieron las bases institucionales para impulsar la actividad científica en estrecha colaboración con los proyectos gubernamentales, de tal suerte que aquéllas funcionaran como una herramienta eficaz para dirigir el progreso económico y social del país. Este fue el caso de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (SMGE), institución creada en 1833 (como Instituto) con el propósito inicial de conformar la estadística nacional y la Carta General de la República, proyectos a los que se aunaron otros de corte particular, como la elaboración de las cartas geográficas e históricas, las estadísticas nacionales y de recursos, y diversos estudios sobre flora y fauna nacionales.

Además de estas tareas, la Sociedad se ocupó del desarrollo y difusión de cuestiones diversas en las que se manifiesta una concepción de la geografía en estrecha liga con la historia. Para estos momentos la geografía se concibe como un campo de confluencia de varias disciplinas sólo hoy discernibles, como astronomía, geología, ciencia política, botánica, zoología, química, historia, arqueología y etnología.⁹⁴ En palabras de uno de sus fundadores, Justo Gómez de la Cortina, la Sociedad de Geografía debería publicar las investigaciones:

Sobre nuestra población, y sobre el estado de moralidad y cultura sociales entre nosotros, sin desatender las indicaciones históricas, geográficas, etc., que considera como perfectas o cercanas a la perfección. De este modo en el transcurso de pocos años lograremos poseer un caudal de conocimientos verídicos de nuestro país, que facilitarán en sumo grado la formación de una estadística [...] la nación mexicana empezará a conocer, como hemos dicho sus propias fuerzas, sus verdaderos recursos y los medios ciertos de aumentarlos y de remediar sus necesidades.⁹⁵

Esta era la tónica general de la investigación al interior del país. La exploración sistemática del territorio se encontraba relacionada directamente con el interés por los vestigios arqueológicos y, en este sentido, la Secretaría de Fomento albergó entre sus funciones (en la Dirección Agraria) la conservación de los monumentos arqueológicos ubicados entre las fronteras con Estados Unidos y Guatemala, antes de la creación de la Dirección General de Inspección de Monumentos Arqueológicos, en 1885. Asimismo, cuando se planeó realizar el Atlas Nacional a mediados del siglo, se contemplaron comisiones tanto de geografía, astronomía y topografía, como de arqueología e historia antigua, encontrándose ésta última a cargo de José Fernando Ramírez. Si bien este proyecto no pudo llevarse a cabo debido a los conflictos bélicos por los que atravesaba el país, se llegaron a realizar otros estudios de menor envergadura que conservaron el mismo enfoque.

El amplio abanico de temas tratados por esta Sociedad se vio desfavorecido y limitado tanto por las continuas crisis económicas por las que atravesó (algunas de índole política, como el castigo juarista por la colaboración de la Sociedad con el imperio de Maximiliano), como por la paulatina tendencia a la especialización del conocimiento propiciada en las últimas décadas del siglo. La investigación geológica y naturalista fue confinada en 1868 a la Sociedad Mexicana de Historia Natural (SMHN), mientras que la creación de la Sociedad

⁹⁴ Azuela Bernal, *Tres sociedades científicas en el Porfiriato...*, 1996, *op cit*, p. 37. Un estudio interesante sobre la enseñanza de esta disciplina y los cambios por los que transitó en Gómez Rey, Patricia, *La enseñanza de la geografía en los proyectos educativos del siglo XIX en México*, Colección Temas Selectos de Geografía de México, Instituto de Geografía, UNAM, México, 2003.

⁹⁵ Gómez de la Cortina 1839, citado por Azuela Bernal, "La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística...", *op cit*, p. 30.

Científica “Antonio Alzate” (SCAA), en 1884, también restringió el campo de acción de la Sociedad de Geografía.⁹⁶

No obstante, ésta última se mantuvo en pie durante todo el porfiriato y conservó la preeminencia en los temas históricos y arqueológicos. Como señala Azuela Bernal, entre 1880 y hasta 1912, los boletines de estas instituciones dedicaron 47 artículos a temas arqueológicos y 129 a cuestiones históricas, de los cuales el 50% fueron publicados por la Sociedad de Geografía.⁹⁷ De hecho, varios de los miembros de la Sociedad fueron estudiosos del pasado prehispánico, como José Fernando Ramírez, Alfredo Chavero, Antonio García Cubas, Manuel Orozco y Berra, Francisco del Paso y Troncoso, Antonio Peñafiel, Leopoldo Batres, Luis Gonzáles Obregón, Julio Zárate, José María Vigil, Jesús Galindo y Villa y Ramón Mena.⁹⁸

La tónica unitaria de la ciencia manejada por estas instituciones, no era exclusiva de México sino que era común en el resto del mundo y, además, se encontraba profundamente entrelazada con los proyectos de dominación de los centros europeos. Quizás uno de los proyectos más ilustrativos al respecto sea el de la *Commission Scientifique du Mexique* (1864-1867).⁹⁹ Realizada por encomienda del Segundo Imperio, fue un proyecto de Michel Chevalier -antiguo diputado de Avryon y senador- y tenía el objetivo de realizar una expedición en el país, similar a la realizada antes por Napoleón Bonaparte en Egipto. Chevalier consideraba que el país se encontraba lleno de riquezas naturales que podían acrecentar el dominio imperial de Francia. Para obtener estos beneficios, las tropas francesas -opinaba el senador- deberían acompañarse por un cuerpo de científicos calificados y reconocidos que fuesen capaces de hacer los estudios necesarios en ciencias naturales, físicas e históricas.

⁹⁶ Azuela Bernal, *Tres sociedades científicas en el Porfiriato...*, 1996, *op cit*, p. 36-7. Cabe destacar que tan sólo en la década de 1880 se crearon más de 10 asociaciones e instituciones especializadas, lo que aumentaba la competencia de la Sociedad de Geografía y minimizaba sus alcances.

⁹⁷ De acuerdo a esta autora, los temas de “ciencias sociales” representan el 20% del total de artículos publicados por los boletines de estas sociedades. En este rubro la autora incluye al derecho, la antropología, la lingüística, la sociología la psicología y la educación. Destaca además, que dentro de este rubro los artículos sobre historia y arqueología son los más representativos numéricamente, y los que presentan un mayor crecimiento global en estas décadas, alcanzando el 38% y 14% respectivamente.

⁹⁸ Cabe destacar que Galindo y Villa y Mena ocuparon, respectivamente, el cuarto y séptimo lugar entre los once escritores más prolíficos de las publicaciones de la SMGE, SCAA y SMHN. Cf. Azuela Bernal, *Tres sociedades científicas en el Porfiriato...*, 1996, *op cit*, p. 188.

⁹⁹ Moncada Maya, José Omar, *El nacimiento de una disciplina: la geografía en México (siglos XVI a XIX)*, Temas Selectos de Geografía de México, Instituto de Geografía, UNAM, México, 2003; Pichardo Hernández, Hugo, “La Comisión Científica Francesa y sus exploraciones en el territorio insular mexicano, 1864-1867”, *Política y cultura*, otoño, N° 16, UAM-X, México, 2001; Azuela Bernal, *De las minas al laboratorio: la demarcación de la geología en la Escuela Nacional de ingenieros (1795-1895)*, Serie Libros de Investigación, N° 1, Facultad de Ingeniería-Instituto de Geografía, UNAM, México, 2005; Schávelzon, Daniel, “La Comisión Científica Francesa en México (1864-1967) y el inicio de la arqueología en América”, en <http://www.danielschavelzon.com.ar/?p=15>, consulta electrónica realizada el 1 de noviembre de 2005.

Previa correspondencia con los funcionarios del gobierno mexicano y con los miembros de la Sociedad de Geografía, en febrero de 1864, se estableció la *Commission Scientifique du Mexique* integrada por un amplio grupo de autoridades en diversas materias, con un presupuesto de 200 000 francos para realizar sus trabajos, y con la finalidad de hacer un conjunto de investigaciones para dar a conocer México y sus regiones limítrofes.

Entre los especialistas en arqueología (delegados franceses) que conformaron el comité de los trabajos sobre historia, etnología, lingüística y arqueología se encontraban el barón Jean-Baptiste-Louis Gros (como presidente), Longpérier, Mayry, Andrand, Viollet-le-Duc, Daly, el abate Brasseur de Bourbourg y Joseph Aubin; mientras que como corresponsales mexicanos acudieron José Fernando Ramírez (entonces ministro de Relaciones Exteriores) y varios de los miembros de la Sociedad de Geografía, como Antonio del Castillo, Francisco Pimentel, Antonio García Cubas, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta y Gabino Barrera, entre otros.

Los resultados fueron publicados en tres volúmenes, y varios de los artículos fueron dedicados a temas antropológicos y arqueológicos. Tal empresa se vio complementada, de cierta forma, con los trabajos llevados a cabo por la Comisión Científica del Valle de México, la cual tuvo como objetivo hacer estudios naturalistas, históricos y geográficos de la Cuenca de México. Si bien los objetivos básicos de ésta última no contemplaban el aspecto histórico o arqueológico, esta Comisión sí dedicó sus esfuerzos a estas materias. Con la participación de Ramón Almaráz, Francisco Jiménez y Antonio García Cubas, se realizó un estudio detallado de la zona arqueológica de Teotihuacán que incluía un plano del sitio mediante coordenadas geográficas y el mapeo de los alrededores.¹⁰⁰

Azuela Bernal, siguiendo la propuesta de Bruno Latour sobre la construcción de los centros científicos y sus periferias, considera que los trabajos de la *Commission Scientifique* favorecieron a la comunidad mexicana en general, pero que las mayores ganancias fueron obtenidas por la comunidad francesa.¹⁰¹ Para esta autora, París en el siglo XIX, como centro científico, había obtenido una “abundancia de hechos” que le favoreció la división del trabajo y la formación de especialidades, disciplinas y subdisciplinas. Para las mismas fechas, México no contaba con tales “hechos” y, por consiguiente, no había alcanzado una especialización científica, el reconocimiento entre sus pares mundiales, ni la fuerza y el poder para convertirse en un centro autónomo. Los trabajos de la *Commission Scientifique*, en este sentido, ayudaron a la comunidad mexicana a recaudar más datos sobre su propio territorio, pero sólo los franceses, al ser parte del “centro de acopio de hechos”, tenían el

¹⁰⁰ Schálvelzon (“La Comisión Científica Francesa...”, *op cit*) refiere que en estos trabajos Almaráz enfatiza la importancia de realizar una excavación estratigráfica en el sitio (siguiendo a Adrián de Longpérier con quien excavaría este sitio tiempo después), constituyéndose así como “el primer mexicano” en haber establecido tal posibilidad que no se desarrollaría sino medio siglo más tarde.

¹⁰¹ Azuela Bernal, *De las minas al laboratorio...*, 2005, *op cit*, p. 33ss.

resto de las piezas del rompecabezas necesario para insertar tales datos en el desarrollo de la ciencia mundial.

Por otro lado, para Daniel Schávelzon, este proyecto alcanza una trascendencia inigualable para la disciplina arqueológica en toda América Latina, pues si bien desde las primeras décadas del siglo existieron numerosos estudiosos y viajeros franceses interesados en las antiguas civilizaciones de México, fue hasta que la *Commission Scientifique* realizó sus investigaciones en el territorio, que se desarrolló un intercambio científico-institucional serio y formal, conformado por los mejores científicos franceses de la época y buenos investigadores locales. Con ello se dio inicio al primer proyecto en un país latinoamericano, con apoyo oficial y grandes beneficios para la arqueología: se hicieron los primeros trabajos de compilación de información, los recorridos de campo y las excavaciones; se formaron museos e instituciones y se establecieron “métodos de trabajo”; y, finalmente, se cristalizó el “americanismo” como nuevo campo del conocimiento, y la arqueología científica.

El americanismo, tal como se lo concebía hasta que surgieron las grandes excavaciones universitarias y de los museos a partir de 1900 fue francés en casi todos sus aspectos. Lo fue especialmente en su predilección por encontrar explicaciones a partir del estudio de las lenguas y los códices, más que con los restos materiales. Fue un movimiento de envergadura, significativo y moldeador de las formas del conocimiento en todo el continente.¹⁰²

La propuesta de este autor sobre el “movimiento francés” coincide con la de Azuela Bernal sobre los “centros de acopio” (arriba esbozada), al concebir a la comunidad mexicana como una periferia científica que imita los modelos del centro europeo para alcanzar su propio desarrollo. Me parece, sin embargo, que este tipo de explicaciones simplifican en sobremanera el proceso de construcción del conocimiento, al omitir los desarrollos y prácticas nacionales, y los procesos de comunicación e intercambio entre ambas comunidades (mexicana y francesa). Asimismo, dejan pendientes varias preguntas sobre el cómo y el por qué de tales trabajos, proyectos, influencias y relaciones entre disciplinas y comunidades. Considero que la comunidad mexicana –al menos en el ámbito histórico-arqueológico- contaba con gran cantidad de “hechos” (en términos de Latour) y prácticas consolidadas para la construcción del saber histórico moderno, en las cuales la lectura de fuentes era común mucho antes de la presencia de los investigadores franceses. Recuperando la metáfora de Tenorio Trillo,¹⁰³ la historia moderna (y la ciencia misma) era una especie de lengua franca en todas las naciones, y México no era la excepción. El país era parte de la modernidad occidental, de sus ideales, obsesiones y lenguajes.

¹⁰² Schávelzon, “La Comisión Científica Francesa...”, *op cit.*

¹⁰³ Tenorio, *Argucias de la historia...*, *op cit.*, p. 133ss.

Para finales del siglo XIX, los esfuerzos en la tarea de construcción de la historia en México eran ya profusos. Allende a los estudios realizados por la SMGE, la SCAA y la SMHN, los hilos de la trama de la construcción de la historia prehispánica también se tejieron en los salones del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, institución que constituía el centro de este tipo de investigaciones desde su fundación, en 1825.¹⁰⁴

En éste se empezaron a reunir las piezas necesarias para armar la historia prehispánica, tanto en la escritura de textos como en la formación de las colecciones. Como señala Mechthild Rutsch, la labor de ordenación de carácter liberal tenía una función moralizadora y de unificación del país, sobre todo a partir del porfiriato. En este ordenamiento se encontraba tanto el interés por construir un conocimiento sobre el pasado prehispánico, como el de establecer ciertas prácticas de trabajo.¹⁰⁵

El amasijo de datos con los cuales se pretendía moralizar y unificar al pueblo resultan, para los estudiosos, un completo caos. Es cierto que las diferentes historias hechas durante todo el siglo XIX guardan ciertos elementos comunes –como señalé arriba-, pero también lo es que en éstas subyace un gran desorden de datos, fechas, pueblos y piezas que no logran ajustarse en el cuadro de la historia. La tarea no era fácil pero, de manera paulatina, se establecieron las normas académicas para su resolución.

Pese a que actualmente se relaciona de manera directa el trabajo del arqueólogo con la excavación, en estos años los estudiosos no usaron esta estrategia de manera prioritaria para resolver sus preguntas. Como el lector pudo observar, los estudios hechos sobre las piezas de la costa del Golfo no partieron de este tipo de trabajos, sino que se basaron en el análisis de piezas “descontextualizadas”. Generalmente ésta era la forma de proceder de todos los estudiosos, tanto porque muchas piezas provenían de excavaciones no institucionales, como porque el contexto de procedencia de los objetos no era prioritario.¹⁰⁶ Por el contrario, la base de los estudios estaba en las fuentes escritas, pues en éstas se encontraban las cronologías necesarias para comprender la historia, los sucesos más relevantes de los pueblos y su cosmogonía.

Además, los estudiosos consideraban que, en la tarea de rescatar la historia de los pueblos del pasado, contaban con el apoyo de numerosos objetos y de las ruinas de las ciudades.

¹⁰⁴ Castro-Leal, Marcia y Dora Sierra, “Museo Nacional de Antropología”, Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 7 Las instituciones, Colección Biblioteca INAH, México, 1988, pp. 511-559. Los estudiosos del Museo –como Galindo y Villa, Gumesindo Mendoza, Jesús Sánchez, Francisco del Paso, Ramón Mena, Alfonso Chavero, etc.- eran también socios de la SMHN, SMGE y de la SCAA, lo cual muestra, en parte, la concepción de ciencia unificada que practicaban.

¹⁰⁵ Rutsch, *Entre el campo y el gabinete...*, *op cit*, p. 49ss.

¹⁰⁶ El “contexto” de las piezas arqueológicas (es decir, las relaciones espaciales y de asociación de un objeto en su lugar “original”), de hecho, sólo se vuelve importante para la investigación a partir de la segunda mitad del siglo XX, lo que constituye una nueva forma de observación y la construcción de nuevos “datos”. Prácticamente ninguno de los estudiosos referidos en esta investigación considera relevante el “contexto” para sus investigaciones.

Cada objeto y monumento podía brindar una parte de la historia. Estos últimos eran para Chavero:

[...] cifras gigantescas que las viejas razas dejan, al desaparecer, esparcidas en el suelo que ocuparon, han sido, en todos los países, elementos de primer orden para reconstruir su historia. Sirven para este objeto los monumentos, primeramente por su carácter, distinguiéndose su carácter propio y su carácter progresivo. El primero, que se forma de los elementos arquitectónicos especiales, como son los materiales, manera de construcción y forma, no solamente determina las razas en un país, sino que es marca segura del camino de las emigraciones; y la comparación de monumentos ha llegado á ser uno de los principales datos en los estudios etnográficos. El segundo, el carácter progresivo, señala las etapas de una civilización y es signo del desarrollo sucesivo de un pueblo ó raza. El interés de los monumentos crece cuando tienen inscripciones, que naturalmente en nuestras antigüedades son inscripciones jeroglíficas. Son entonces los monumentos grandiosas páginas de la historia, teniendo la ventaja de que no es discutible su autenticidad.¹⁰⁷

Cabe destacar, sin embargo, que el estudio de piezas y monumentos era limitado debido, en primera instancia, a que las exploraciones arqueológicas realizadas en esta época fueron escasas y, en segunda, a una diferente apreciación en la investigación sobre el pasado prehispánico. Si bien el Museo Nacional tenía entre sus objetivos la investigación histórica de este periodo, fue sólo hasta 1882 cuando el Departamento de Arqueología se separó del de Historia, lo que da cuenta de parte del proceso de especialización de estas materias. Dos años más tarde se creó la Inspección General de Monumentos Arqueológicos de la República, dependencia encargada de vigilar y conservar los monumentos del país. Con estas dos instituciones se centralizó la actividad de investigación sobre el México prehispánico y, en adelante, ambas instancias fueron las responsables de los sitios arqueológicos en general y sus exploraciones.

Las labores de custodia de las zonas arqueológicas eran encomendadas a conserjes contratados de entre los mismos pobladores del área para evitar los gastos de viáticos y el traslado de personal desde la capital de la República. En general, las actividades en las zonas ya identificadas, se limitaba a las visitas de custodia en el lugar (por los conserjes de zona), al mantenimiento general y a la limpieza periódica de las mismas. En tales actividades, no participaban los empleados del Museo o el inspector general, y no era necesario trasladar equipo ni materiales desde la capital. Los conserjes de zona hacían la propuesta para los trabajos de limpieza, así como el presupuesto para la compra del equipo necesario y la contratación de lugareños como peones. Por ejemplo, para la limpieza y desmonte de la zona de Chichén Itzá, en 1901, el conserje del área, Santiago Bolio, solicitó a la Secretaría de Justicia la cantidad de \$600.00 para la limpieza del área y la reparación de los derrumbes

¹⁰⁷ Chavero, "Primera época. Historia antigua"..., *op cit*, p. XVII-XVIII.

ocasionados en algunos edificios por las excavaciones que antaño hiciera Augustus Le Plongeon.¹⁰⁸

Cabe aclarar que, aún cuando la mayor parte de las labores de mantenimiento implicaban la remoción de los estratos de la superficie (al desmontar un edificio o limpiarlo), ello era considerado “limpieza” y no excavación, y esta distinción no se relaciona con la falta de recursos económicos de las instituciones. La excavación, como tal, era definida como la remoción de estratos en pozos realizados exprofeso sobre superficies planas o en calas y trincheras por medio de las cuales se perforaban los edificios. Las exploraciones de este tipo, no constituyeron una actividad prioritaria para el Museo Nacional o para la Inspección de Monumentos, pero ello no significó una deficiencia de la comunidad nacional, como argumentaré abajo.

De las exploraciones realizadas por el Museo únicamente se tiene registro de la excavación hecha, en 1878, por el profesor Jesús Sánchez en el Templo de San Francisco así como de la expedición efectuada por éste con Manuel Villada en Xico, Veracruz, tres años después. Asimismo se sabe que en 1890 se planeó la Comisión Científica de Cempoala a cargo de Francisco del Paso y Troncoso, y que en 1887 el matrimonio Seler (Eduard y Caecilie) realizó su primera excursión a Xochicalco, Morelos, en compañía de Antonio Peñafiel.¹⁰⁹ En esta última los expedicionarios únicamente hicieron un recorrido por el área tomando dibujos y notas, pero se desconocen las actividades realizadas por Villada y Sánchez. A la vuelta del siglo, también el entonces estudiante de historia del Museo Nacional, Manuel Gamio Martínez (1883-1960), realizó una exploración arqueológica en Chalchihuites, Zacatecas.

Además de estas exploraciones y de las realizadas por los extranjeros en el sureste mexicano, quizás el lugar que más atención recibió por este tipo de trabajos fue la zona de Teotihuacán, en el Estado de México. Como parte de las labores de la Comisión del Valle de México, el ingeniero Antonio García Cubas (1832-1912) realizó excavaciones en la pirámide de la Luna. Al parecer, éste fue comisionado para realizar tales trabajos en 1895, con la finalidad de presentar los resultados en el XI Congreso de Americanistas. Para ello, con la ayuda de una compañía de zapadores, quitó parte de los escombros que cubrían la pirámide de la Luna y exploró uno de los montículos de la Calle de los Muertos. El objetivo prioritario, al parecer, fue el de liberar los monumentos de los escombros que los cubrían.

¹⁰⁸ Para tener un comparativo, cabe anotar que el salario anual del conserje de Teotihuacán (uno de los mejores pagados) era de \$492.75. Todos los datos de presupuestos del Museo y la Inspección General desde 1880 y hasta 1917, fueron tomados de Rustch (*Entre el campo y el gabinete...*, *op cit*).

¹⁰⁹ La expedición en Cempoala respondía al interés por coleccionar objetos que pudiesen presentarse en la Exposición Histórico-Americana de Madrid a celebrarse en 1892, durante el cuarto centenario del descubrimiento de América. Cf. Casanova, Rosa, “La fotografía en el Museo Nacional y la expedición científica de Cempoala”, *Dimensión Antropológica*, Año 15, Vol. 42, enero-abril, 2008, pp. 55-92. Asimismo, cf. el trabajo de Rutsch (*Entre el campo y el gabinete...*, *op cit*, p. 118ss.) para los trabajos de Seler en México.

Estos trabajos muestran que las exploraciones no fueron tareas exclusivas del Museo y la Inspección General. Las comisiones geográficas –como la del Valle de México o la *Commission Scientifique*- también tuvieron entre sus objetivos la exploración arqueológica. Es posible que las expediciones pretendieran abarcar una amplia gama de intereses para aprovechar los recursos –materiales y humanos- dispuestos.

Por otro lado, tales trabajos también muestran a la historia y la geografía como saber unitario y no como disciplinas autónomas, a la arqueología como campo de competencia histórica, y a los restos del pasado como parte integral del territorio. El proceso de especialización del conocimiento ya estaba puesto en marcha en estas décadas, pero aún no existían profesiones ni disciplinas consolidadas en el ámbito histórico, arqueológico o geográfico –no en México- y los encargados de tales trabajos tuvieron formaciones en ingeniería o abogacía. Esta situación perdurará durante las tres primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, para realizar sus trabajos, las comisiones sí integraron a personal calificado, es decir, con intereses y experiencia en la escritura histórica.

Pero las exploraciones tampoco fueron exclusivas de las personas con este tipo de experiencia. A finales del siglo XIX se abrió la oportunidad a los particulares para realizar trabajos de exploración en sitios arqueológicos e históricos. Con la reglamentación publicada en el *Diario Oficial* el 6 de junio de 1896, se anunció que el Ejecutivo Federal concedería permiso para hacer exploraciones arqueológicas en el territorio nacional, con cargo pecuniario al interesado y por no más de 10 años. Las piezas resultantes de las exploraciones serían propiedad del gobierno nacional y, sólo cuando se encontraran dos originales iguales, uno de éstos podría otorgarse al concesionario, con previo aviso a la Secretaría de Justicia. El particular sólo tenía derecho a sacar copias y moldes, y de hacer fotografías y dibujos de los objetos descubiertos.¹¹⁰

Una vez abierta esta posibilidad, no tardaron en presentarse ante la Secretaría de Justicia varias solicitudes para explorar diversos puntos de la República.¹¹¹ El objetivo de la mayor parte de los interesados era el de descubrir los “tesoros” escondidos en ruinas (históricas o de la etapa prehispánica), obtener piezas completas y restos óseos, y no se apegaban a técnicas especializadas o metodologías académicas. Quizás la excepción en este aspecto, fueran las propuestas promovidas por institutos especializados y universidades, las cuales presentaron solicitudes con inquietudes académicas, como por ejemplo, la de la Universidad de Pensilvania.

En cualquiera de ambos casos, tales actividades fueron vigiladas por los trabajadores del Museo y de la Inspección. Si bien esta función era uno de los atributos especiales de la

¹¹⁰ AGN, IPBA, c. 166, e. 63.

¹¹¹ Varias de las solicitudes en AGN, IPBA, c. 166, e. 64.

Inspección de Monumentos, y es ya conocido el celo del inspector general (Leopoldo Batres), los profesores del Museo también participaron e, incluso, llegaron a incautar piezas procedentes de excavaciones clandestinas (no autorizadas).¹¹²

Es interesante destacar que las inspecciones se limitaban a impedir la destrucción del patrimonio arquitectónico y el posible hurto de objetos muebles, pero de ninguna manera se contempló la posibilidad de una pérdida de información o datos (destrucción del contexto) por las técnicas de exploración no académicas de los particulares interesados. Tampoco existió una preocupación por el registro de los datos procedentes de estas exploraciones, por lo que los particulares no se encontraban obligados a presentar ningún tipo de reporte al obtener el permiso por parte de la Secretaría. Estas inquietudes, considero, son posteriores y corresponden a una valoración diferente de la excavación arqueológica, y otra mirada hacia los restos del pasado y la construcción histórica. Para estos momentos, la excavación arqueológica no es prioritaria como una herramienta en la investigación, y los objetos procedentes de las mismas no tienen valor por el contexto en el que se encuentran, sino por sí mismas.

Por estas razones y en lo general, los resultados de las exploraciones concedidas a los particulares no fueron reportados al Museo Nacional o a la Inspección. En los casos en los que sí se presentó un informe, los datos que se brindaron fueron los concernientes a la descripción de la arquitectura, de las piezas completas y/o los restos óseos. Un ejemplo interesante al respecto lo constituye el caso de las exploraciones hechas en agosto de 1896 en la localidad de El Tepetate en Zamora, Michoacán, lugar en el que se localizaron:

[...] tres sepulcros y en cada uno de ellos un esqueleto, que por su aspecto y por el estado en que se hallaban, parecen pertenecer a la antigua raza azteca. Los restos de dichos esqueletos estaban cubiertos de trastos de barro, los brazos extendidos, la cabeza hacia el Oriente y hacia el lado derecho de la cabeza un cantarito en que probablemente acostumbraban poner algunas sustancias alimenticias, porque en uno de ellos se notaban aún huesos de la espina dorsal de pequeños pescados.¹¹³

El resto del reporte que acompaña a esta descripción se limita a señalar que, en las cercanías de este lugar, se encontraron algunos mogotes y restos de trastos y huesos regados por el suelo. Fue común, al igual que en este caso, que los particulares reportaran numerosos hallazgos y grandes áreas que prometían mayor número de piezas. Sin embargo, al parecer, ello no motivó la investigación oficial de las dependencias gubernamentales ni el estudio sistemático de las piezas procedentes.

¹¹² Cf. p. ej. lo relatado al respecto por Rustch, *Entre el campo y el gabinete...*, *op cit*; y por Guerrero Crespo, Claudia, *La historia de la arqueología mexicana a partir de los documentos del Archivo General de la Nación (1876-1920)*, tesis de licenciatura en arqueología, ENAH-INAH, México, 2003. Las inspecciones de Jesús Sánchez en AGN, IPBA, c. 165, e. 17 y 31.

¹¹³ AGN, IPBA, c. 166, e. 55, f. 2.

En otras ocasiones, fueron los profesores del Museo o el inspector de monumentos quienes reportaron a la Secretaría lo encontrado en sus visitas a las exploraciones hechas por los particulares. En estas situaciones, los reportes tampoco brindaban información adicional a la de la descripción de las piezas completas. Por ejemplo, en 1878 el profesor de zoología y botánica del Museo Nacional, Jesús Sánchez, fue comisionado para verificar si se estaban extrayendo piezas arqueológicas de unas excavaciones clandestinas practicadas por los vecinos del poblado de San Juan Teotihuacán. De ser cierto, Sánchez tenía que comprar las piezas que considerara de importancia para su custodia en el Museo. El profesor reportó, tras una visita al sitio que, en efecto, los vecinos del lugar estaban sacando la piedra labrada de los montículos para reutilizarla en sus propias construcciones. Sin embargo, señala que tales piezas no eran de importancia pues:

Las piedras que ví no tienen ninguno de los signos de la escritura mexicana, son lisas y tienen a forma de cuadrados regulares de 25 centímetros por lado y 3 ó 4 de grueso: parecen lozas propias para pavimento y creo que en Teotihuacán fueron empleadas con ese objeto.¹¹⁴

Más adelante, el profesor describe las piezas que sí llamaron su atención:

Sólo encontré ídolos de unos 60 centímetros de longitud y una máscara de esa roca verde llamada clorita que aunque fracturados por los operarios que los sacaron, podrán restaurarse y figurar dignamente en las colecciones del Museo Nacional. [... además] compré un cráneo humano deformado á mi entender artificialmente. Es el primero que yo sé haberse encontrado cerca de las pirámides y que no deja duda de su antigüedad. Su estudio no será infructuoso para la historia de aquellos monumentos.¹¹⁵

Al igual que los objetos que adquiría el Museo Nacional por compra a coleccionistas particulares, tal parece que las piezas procedentes de estas exploraciones sólo se integraban a las colecciones ya existentes en el establecimiento. Para ello, los restos sólo eran objeto del análisis necesario para colocarlos en los catálogos y ubicar su procedencia cultural y cronológica, la cual ya estaba preestablecida de acuerdo a su lugar de procedencia.¹¹⁶ En el caso de los museos modernos, varios autores han señalado la liga que existe entre estas actividades y las políticas nacionalistas, debido a que tales instituciones atesoraron en sus colecciones valores históricos y políticos, mostrando con esto las

¹¹⁴ AGN, IPBA, c. 165, e. 17, fs. 15a, 15r.

¹¹⁵ AGN, IPBA, c. 165, e. 17, fs. 15a, 15r.

¹¹⁶ Las colecciones del Museo provenían de las de la antigua Universidad Pontificia, los resultantes de las recolecciones hechas para presentar objetos en las exposiciones universales, y las que el establecimiento adquiría por compra (cf. Brambila, Rosa y Rebeca de Gortari, "Los Anales del Museo Nacional", en Mechthild Rutsch y Mette Wachter (coords.), *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*, Colección Científica 467, INAH, México, 2004, p. 261). Ésta última era una prioridad para el Museo Nacional. Como referí arriba, de acuerdo a Rutsch (*Entre el campo y el gabinete...*, *op cit*, p. 52) las piezas arqueológicas sumaban 350 en 1896.

relaciones de poder y competencia entre los países occidentales.¹¹⁷ Para el caso del Museo Nacional, me parece relevante además, destacar la elaboración de colecciones como una parte fundamental del quehacer histórico, pues la relación entre los objetos implicaba un vínculo entre pueblos aparentemente diferentes.

Los análisis detallados de cada pieza se reservaban para los casos en los que éstas mostraban jeroglíficos interesantes, como por ejemplo, la llamada Piedra del Sol o los tableros de Cruz de Palenque. La primera de ellas motivó numerosos estudiosos en estos años y, aún durante las primeras décadas del siglo XX, pues se consideraba que la piedra podía contener los símbolos básicos para comprender la cosmogonía nahua.¹¹⁸ En el caso de la Cruz de Palenque, el interés por la lectura completa del relieve, así como las diversas interpretaciones que la habían relacionado con la presencia cristiana antes de la conquista, llevó al Museo a gestionar el traslado de la parte que se encontraba en manos del *Smithsonian Institution*, en Washington, y de la que permanecía en Chiapas, con el objetivo de reunir todo el tablero en el Museo, realizar su lectura y, con ello, anunciar que constituía la “página más brillante de la escritura jeroglífica maya”.¹¹⁹ También se hicieron estudios especiales para la identificación de piezas que representaban deidades, como fue el caso de la “diosa del agua”.

Este proceder en el análisis de las piezas se encuentra relacionado a una valoración de la información contenida en las fuentes y fue una estrategia común de investigación, incluso, en las excavaciones realizadas por los especialistas. Poco tiempo después de las exploraciones de García Cubas en Teotihuacán, el entonces director del Museo, Gumesindo Mendoza también hizo lo propio en el lugar, al penetrar, por medio de un túnel, en el lado sur de la pirámide de la Luna.¹²⁰ Su estudio, publicado en los *Anales del Museo*, se acompaña de la descripción física, geográfica y de la flora del lugar, y del apoyo gráfico que le proporcionaron los grabados hechos por el pintor José María Velasco (1840-1912).

Si bien es un estudio sencillo, cabe destacar dos cosas al respecto. En primera instancia, para confirmar sus ideas, Mendoza se apoya en la excavación previamente realizada por García Cubas, a quien cita repetidamente para apoyar sus argumentos sobre el sistema constructivo de la pirámide. Mendoza alcanzó a observar que el edificio estaba construido con toba volcánica y que el sistema de construcción era exactamente igual al que había descrito García Cubas en su reporte.

¹¹⁷ Para el caso del Museo Nacional en este periodo, cf. Rutsch, *Entre el campo y el gabinete...*, *op cit.* Cabe recordar que el primer catálogo y ordenación de las piezas del Museo se realizó hasta 1907 y que, éste sólo se intentó rectificar hasta 1925. Cf. además López Hernández, *La arqueología mexicana en un periodo...*, *op cit.*

¹¹⁸ Alfredo Chavero y Enrique Juan Palacios fueron dos de los personajes más interesados al respecto.

¹¹⁹ El traslado de la pieza de Palenque se realizó en 1903, mientras que la donación de la parte localizada en el *Smithsonian Institution*, se consiguió cuatro años más tarde. AGN, IPBA; c. 167bis, e. 56, fs. 3-4, y c. 168, e. 20, f. 1.

¹²⁰ Mendoza, Gumesindo, “Las pirámides de Teotihuacán”, *Anales del Museo Nacional*, 1ª época, Tomo I, 1877a, pp. 186-195.

En segunda instancia, el director del Museo utiliza los escritos de Veytia y Torquemada para contrastar los elementos constructivos que observa en las ruinas, como el uso de aplanados de estuco y la construcción de cuartos. Con ello asegura que:

Las palabras del historiador español, son un apoyo indestructible de que los constructores y fundadores de la extensa y bellísima ciudad que nosotros queremos describir, mucho habían adelantado para aquellas remotísimas edades, en todos los ramos de la ciencia humana.¹²¹

El escrito de Mendoza se extiende, sobre todo, en la descripción de las coincidencias existentes entre los restos constructivos y los relatos brindados por las fuentes. Ello muestra parte de la forma de análisis de la época, en la que los restos materiales no tienen significado en si mismos, sino que constituyen elementos materiales para confirmar lo narrado por las fuentes escritas.

Pero el director del Museo va un poco más allá en su análisis al interpretar los depósitos que cubrían las ruinas, los cuales, habían sido considerados por García Cubas como resultado de procesos humanos intencionales. Señala que el sedimento es de origen natural, que su grosor acusa la antigüedad de la ciudad y que:

[...] al recorrer aquellas ruinas, hemos visto en algunos puntos, en donde el agua se ha abierto paso, tres pisos superpuestos que unian las habitaciones, y entre cada uno de ellos la tierra vegetal, de lo cual podremos sacar esta consecuencia: que aquella ciudad tres veces fue reconstruida.¹²²

La inferencia es muy sencilla, sobre todo, si consideramos que Mendoza, por su formación naturalista, seguramente estuvo relacionado con la datación estratigráfica de los depósitos geológicos. Sin embargo, cabe destacar que ésta no era una práctica común de la época y que sólo fue utilizada por su coetáneo, Leopoldo Batres, quien también exploró la zona de Teotihuacán. Pese a que éste solicitó autorización a la Secretaría de Justicia desde 1891 para realizar exploraciones en el sitio, con la finalidad de “descubrir alguno o algunos de los grandiosos edificios que se hallan sepultados, ya sean templos, ya habitaciones de los potentados y sacerdotes que habitaban en aquella Roma de los tolteca”, sólo pudo realizar estas labores a partir de 1905, para presentar los resultados finales en el Congreso de Americanistas, celebrado en México para conmemorar el centenario de la independencia del país en 1910. Batres concentró los esfuerzos en liberar por completo la pirámide del Sol (el cuerpo interior) y, al igual que Mendoza, reportó tres estados evolutivos y, además, realizó una correlación cronológica de estos tres eventos con los materiales cerámicos procedentes de los estratos.¹²³

¹²¹ *Ibidem*, p. 189.

¹²² *Ibidem*, p. 195.

¹²³ Cf. parte de los trabajos del Inspector de monumentos en Batres, Leopoldo, *Teotihuacán. Memoria que presenta el Inspector General y Conservador de los Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana al XV Congreso Internacional de Americanistas que deberá reunirse en Quebec el mes de septiembre de 1906, relativa a las Exploraciones que por orden*

Estas dos exploraciones fueron las únicas, de entre las que se realizaron en estos años, en las que se utilizó la relación de los estratos con las ocupaciones o edades de un sitio, aún cuando la hagiografía de la arqueología mexicana atribuya tal práctica como una innovación de las exploraciones hechas por el llamado “padre de la antropología”, Manuel Gamio, en la década de los años veinte de la siguiente centuria.

En las excavaciones en este lugar, por otro lado, se encontraba la discusión sobre la identificación de la cultura tolteca. Como señala Guevara, uno de los temas predilectos del entonces director del Museo Nacional, Gumesindo Mendoza, era la cosmogonía de los pueblos, y para indagar en ésta, el naturalista utilizaba, como ejes básicos, un enfoque lingüístico-histórico, y el estudio comparativo entre el Viejo y el Nuevo Mundo.¹²⁴ En el caso de Teotihuacán, Mendoza utilizó ambas herramientas para determinar que el sitio no había sido obra de los totonacos, pues de acuerdo a la ciencia filológica, éstos pertenecían a la misma raza tolteca. Por otro lado:

No fueron los Tultecos, porque ellos, *lo dicen las historias*, no llegaron á estas altas mesas sino a principios de la éra cristiana, y la ciudad lleva todos los signos de una antigüedad muy remota; y los Tultecos mismos, cuando vieron en peligro su nacionalidad, en lugar de hacer las fiestas religiosas en su propia ciudad para suplicar á sus dioses apartasen de ellos la tormenta que los amenazaba, determinaron venir á este lugar santo, que sin duda ya estaba en muy avanzada ruina [...].¹²⁵

Por el contrario el inspector de monumentos consideraba que la ciudad era tolteca. Esta polaridad en las interpretaciones sobre la ciudad de los dioses continuó por varias décadas más, con el apoyo de las exploraciones en campo o sin él y sólo se resolvió hasta la celebración de las Mesas Redondas de la Sociedad de Antropología ya en la década de los años cuarenta del siglo XX, cuando se decidió que la Tula de las fuentes era la que se encontraba en Hidalgo y que el centro de la civilización era la cultura olmeca.

Más allá de estos debates, sin embargo, lo que me interesa destacar aquí es que durante el siglo XIX, la excavación no fue la estrategia de investigación básica y que ello no demerita la calidad de los trabajos realizados en el país. Esta forma de trabajo era común a nivel mundial en los trabajos sobre el pasado remoto y México no fue la excepción. En esta forma de trabajo no prevalecía el interés por la ubicación precisa de los objetos en relación al estrato en el que se encontraban, aunque sí se registraba la ubicación relativa de los objetos entre sí. La ubicación exacta de los objetos es una forma de trabajo que corresponde a la segunda mitad del siglo XX y está relacionada con otra forma de construcción de los datos. En ésta el objeto en sí mismo, además de su valor como pieza, sólo tiene valor histórico a

del Gobierno Mexicano y a su expensas está llevando a cabo la Inspección de Monumentos Arqueológicos en las Pirámides de Teotihuacán, Imprenta de Fidencio S. Noria, México, 1906. En este texto pueden apreciarse las reflexiones del Inspector en torno a las etapas constructivas de la pirámide, que siguen el precepto stratigráfico.

¹²⁴ Guevara, “La danza de las disciplinas...”, ... *op cit*, p. 153.

¹²⁵ Mendoza, “Las pirámides de Teotihuacán” ..., 1877a, *op cit*, p. 190. *Cursivas mías*.

través de su contexto espacial (en relación al estrato y a los objetos aledaños), mismo que remite a su significado cronológico y cultural.

En el siglo XIX, por el contrario, los objetos sí tienen valor en sí mismos. Éstos son apreciados como piezas antiguas sujetas a un valor económico y de prestigio para ser vendidas, poseídas y/o exhibidas. Además, también contienen un valor histórico por las características que tienen en sí mismos, tanto en su manufactura, como en el tipo de material pero, sobre todo, por los elementos gráficos que contienen y que pueden vincularse a la cosmogonía de los pueblos, es decir, a su historia.

La historia nacional en los glifos

De todos los autores arriba referidos, ha sido Alfredo Chavero quien más críticas ha recibido, quizás por la importancia de la obra histórica en la que participó. Sobre todo, se le ha reprochado su forma de escritura y sus interpretaciones sobre el México prehispánico, al considerar que carecen de elementos científicos. Sin embargo, ésta es una crítica generalizada a la mayor parte de los estudiosos del siglo XIX, como José Melgar o Ramón Mena. Es por ello que aquí retomaré este ejemplo, para abordar el problema la escritura de la historia en general.

En opinión de José Ortiz, la participación de Chavero en *México a través de los siglos*:

[...] se resiente de cierto desorden, de una narración a veces deshilvanada de episodios donde no siempre es fácil distinguir lo que se sabe de cierto de lo que es especulación o francamente legendario. Ello prueba que entonces no se había formado la imagen estructurada del mundo prehispánico que hoy tenemos, en que las culturas, las regiones y especialmente la cronología están razonablemente bien establecidas. Nos parece que esta obra de Chavero pertenece enteramente a la historia, *en el sentido de covacha de trebejos viejos*, y sólo quien se interese por el proceso de construcción de nuestra idea del mundo prehispánico leerá este libro con verdadero interés y utilidad.¹²⁶

El mismo autor considera que el coordinador de *México a través de los siglos*, Vicente Riva Palacio, también desconfiaba de la certeza de los estudios en arqueología, sobre todo cuando éstos se basaban en jeroglíficos y, en particular, dudaba de la “ciencia arqueológica-hermenéutica” de Chavero. Ortiz propone que si, pese a la desconfianza de Riva Palacio, éste escogió a Chavero para emprender la tarea de la escritura de la historia prehispánica, fue porque era un buen amigo suyo, diputado y, además, porque “no había nadie más que hubiera hecho estudios del tema y que tuviera las agallas de emprender un proyecto de esa magnitud”.¹²⁷

El juicio de Ortiz, me parece, es bastante severo y cabría matizarlo brindando un contexto más amplio de la escritura de la historia en estos años. Como mencioné arriba, pese a que el

¹²⁶ Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, op cit, p. 227. *Cursivas mías.*

¹²⁷ Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, op cit, p. 232.

estudio sobre las antigüedades no se profesionalizó sino hasta bien entrado el siglo XX, al menos desde la segunda mitad del XIX se emprendieron numerosos proyectos, personales e institucionales, para abordar estos temas de manera competente. La publicación de *México a través de los siglos*, en este sentido, no fue el primer intento de escritura sobre el mundo prehispánico.

La importancia de esta obra radica, por el contrario, en que fue el primer trabajo de síntesis histórica que se planteó el reto de (re)escribir la totalidad del pasado de la nueva nación (liberal), con el objetivo de homogenizar los criterios y de establecer la historia como lección y, a la vez, como religión cívica que fomentara el nacionalismo salvando las pugnas internas. La participación de cada uno de los autores, en este sentido, no fue casual. Además de ser grandes amigos del coordinador de la obra, Riva Palacio, estos personajes (liberales todos) fueron estudiosos y políticos con una buena posición política y social, y con prestigio y reconocimiento en la época.

El resultado final de la obra, de hecho, fue bien acogido por parte de la intelectualidad, la cual consideraba que era el trabajo más completo en la materia. Con motivo de la última entrega de la obra, en 1889, Justo Sierra (1848-1912) escribía al respecto en la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*:

[...] la obra representa el estado actual de nuestros conocimientos respecto de la historia de nuestro país; marca el fin de un periodo de trabajos; en muchos años, lo repetimos, nada igual podrá intentarse siquiera. Después de un cuarto de siglo de analizar las épocas y los hombres que viven en nuestra historia, aplicando los modernos métodos de investigación y examen, después de un cuarto de siglo de monografías y biografías fundadas en documentos libre y profundamente estudiados, pudiera hacerse una obra que resultaría mejor, tal vez, pero de seguro no diferente.¹²⁸

El alcance de la obra no fue sólo nacional. También se pensó llegar a los lectores extranjeros con la intención de mostrar al mundo el ingreso de México a la modernidad universal (y su historia), así como el exotismo de la identidad nacional, elemento fundamental del cosmopolitismo de la época.¹²⁹

Si bien la obra gozó de gran prestigio, tanto por la calidad de los trabajos presentados, como por la reputación de los autores, también fue duramente criticada por tratarse de una obra impulsada por la facción liberal. En particular, los últimos tomos, dedicados a la historia contemporánea, abarcaban temas, personajes y procesos que resultaban muy

¹²⁸ Sierra, Justo, *Obras completas. Tomo IX. Ensayos y textos elementales de historia*, Edición ordenada y anotada por Agustín Yáñez, Nueva Biblioteca Mexicana N° 57, Coordinación de Humanidades-UNAM, México, 1977, p. 190.

¹²⁹ Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugos de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, FCE, México, 1998, p. 113. Como señala el autor, esta imagen fue la misma que se pretendió plasmar en las exposiciones universales en las que el país participó hasta bien entrado el siglo XX.

cercanos y polémicos a los ojos de todas las facciones políticas, por lo que establecer un consenso al respecto resultaba una tarea casi imposible.¹³⁰

De la misma forma en que no existía un acuerdo en el presente y futuro del país, no lo había en su imagen de pasado remoto. Podría parecer que lo prehispánico, por su lejanía temporal, se encontraba a salvo de los debates e intereses políticos del siglo XIX. Sin embargo, los años precortesianos también estuvieron sujetos a un debate continuo. No se ponía en discusión si estos años debían o no incluirse en el recuento histórico, sino el carácter e importancia que debían adquirir para la nueva nacionalidad. Mientras que para el proyecto conservador estos años sólo fueron un episodio más sin mayor relevancia identitaria, el liberal lo retomó como estandarte fundacional de su propuesta de reconstrucción nacional.¹³¹

Por otro lado, el éxito de *México a través de los siglos*, no evitó los cuestionamientos sobre la escritura de algunos autores. Al igual que Riva Palacio dudaba de la “ciencia arqueológica-hermenéutica” de Chavero, Sierra también reprochó algunos excesos del autor:

La intuición, el don de adivinar lo pasado, la contagiosa convicción con que nos lo presenta redivivo, fluyen de sus cualidades de poeta. Mas de allí vienen también, y este es el defecto de la cualidad, la facilidad de inferir en grande de premisas o muy vagas o muy pequeñas, de edificar hipótesis atrevidísimas sobre frágiles bases y, en suma, la tendencia de imaginar la historia allí donde falta el dato concluyente, y la tentación de tomar las simples probabilidades por hechos ciertos.¹³²

El entonces inspector de monumentos, Leopoldo Batres Huerta (1852-1926), también llegó a considerar que Chavero abusaba de la imaginación en sus explicaciones, cayendo en profundas contradicciones en su propio discurso. A finales del siglo ambos estudiosos discutieron sobre la interpretación del monolito de Coatlinchán, identificado como la deidad del agua. El inspector consideraba que se trataba de *Tláloc*, mientras que Chavero aseguraba que el ídolo, al no presentar los elementos distintivos de esa deidad (anteojeras,

¹³⁰ Así lo da a entender el propio Sierra (*Obras completas...*, *op cit*, pp. 189-190) cuando invita a historiadores (del ala conservadora) como García Icazbalceta y Roa Bárcena, a elaborar su “parte de esta misma historia, no en un folleto polémico sino en una historia orgánica y formal con base en los documentos que difícilmente podría estar a la mano de los liberales”.

¹³¹ Cabe aclarar, sin embargo, que la identificación polarizada del llamado “prehispanismo” liberal vs el “hispanismo” conservador es una visión un tanto maniquea que amerita un juicio más detallado. Estas posiciones políticas transitaron por diversos matices que por momentos se confunden o traslapan. En el caso aquí tratado, puede ofrecerse como ejemplo la postura de Chavero, quien siendo liberal defendió la cualidad civilizada del pasado prehispánico y, a la vez, a la figura de Hernán Cortés como personaje importante del panteón cívico mexicano.

Un análisis al respecto, que resulta sumamente interesante, es el trabajo de Tomás Pérez Vejo (*España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*, El Colegio de México/ENAH-INAH, México, 2008). Este autor propone que el proyecto del ala conservadora, en general, era social e históricamente más “incluyente” y flexible que el liberal. Por una parte, al proponer una continuidad desde los años virreinales, no establecía rupturas con el pasado inmediato y, por otra, rescataba el universalismo cristiano en el que no había distinciones raciales como tales. Cabe destacar sin embargo, que está pendiente el análisis de las obras sobre historia precolombina de los llamados conservadores.

¹³² Sierra, *Obras completas...*, *op cit*, p. 182.

bigotera y colmillos), no podía ser identificado como tal. Era *Chalchihuitlicue*. Las opiniones de éste último al respecto fueron publicadas en los *Anales del Museo Nacional* y, por su parte, Batres presentó un artículo en 1904 para demostrar las contradicciones y sofismas en los que incurría Chavero:

¿Y si el rostro del ídolo de Coatlinchán se halla totalmente mutilado, al grado de ser hoy una masa informe, cómo podremos encontrar esos distintivos que exige el Sr. Chavero? Sin embargo de que el Sr. Chavero asegura que “No puede decirse que se han borrado por el tiempo y el maltrato de la piedra. Como los anteojos debieron ser de alto relieve, habría quedado siquiera la huella de ellos, y no la hay.” ¿Cómo ha de haber esa huella de anteojos si el rostro en que debieron de haber estado esculpidos está, como he dicho antes, totalmente destruido, sin quedar en ese lugar el menor vestigio de que haya existido rostro?¹³³

Más adelante, además, para aclarar su posición, Batres hace gala de su característica prosa mordaz:

Hay algo más en el artículo del Sr. Chavero, que por lo notable, y no sólo notable sino extraordinario, voy á reproducir. Al describirnos el Sr. Chavero las manifestaciones que hacían ante la imagen de Chalchiuhtlicue, ó sea el gigantesco monolito de Coatlinchán, dice así: “Y de todos los labios salía inmenso clamoreo, que retumbaba en la cuenca del valle”. Esto me supongo que es una figura poética, mas no histórica. ¿Ustedes se imaginan qué pulmones y qué garganta tendrían aquellos manifestantes para que su clamoreo retumbase en la cuenca del valle?¹³⁴

Sin embargo, respecto a la interpretación de Chavero sobre el monolito de Coatlinchán, había varias posiciones. Chavero también era un personaje reconocido en la época y gozó de la simpatía de muchos de sus contemporáneos, quienes lo consideraban un experto en la materia. Es el caso de Jesús Sánchez, médico naturalista y entonces profesor del Museo Nacional, quien al ser comisionado por esta institución para verificar el estado e importancia de la colosal estatua, en agosto de 1882, reportó que este monolito era, en efecto, una representación de la diosa del agua o *Chalchiuhtlicue*. El profesor Sánchez respaldaba su posición en la “aprobación respetable” de los señores Gumesindo Mendoza (entonces director del establecimiento) y Alfredo Chavero, a quienes, previamente, les presentó las argumentaciones en las que basó su estudio.¹³⁵

Me parece posible que, aún cuando es bien conocida la animadversión de Leopoldo Batres hacia varios de sus contemporáneos y de los múltiples conflictos que tuvo con aquéllos, en este caso las críticas del inspector no fueron producto de este tipo de relaciones conflictivas, al menos, no totalmente. Batres no era un improvisado en la materia, tenía fuertes convicciones y conocimientos sobre la cosmogonía prehispánica y su historia, y no

¹³³ Batres, Leopoldo, *El Sr. Lic. Chavero y el monolito de Coatlinchán*, Imprenta de Fidencio S. Soria, México, 1904, p. 6-7.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 10-11.

¹³⁵ ANG, IPBA, c. 165, e. 31, f. 7. Este reporte fue publicado en los *Anales del Museo Nacional*. Cf. Sánchez, Jesús, “Estatua colosal de la diosa del agua”, *Anales del Museo Nacional*, 1ª época, Tomo III, México, 1886, pp. 27-30.

temía la confrontación y el debate entre pares, aunque no en pocas ocasiones llevó las discusiones académicas a diatribas personales.¹³⁶

Cabría destacar también que la narrativa de Chavero era absolutamente acorde al medio y la época y que, incluso Batres la llegó a utilizar, aunque en menor medida. El uso de la narrativa “poética” y del estilo romántico fue común durante todo el siglo XIX e, incluso, se conservó en las primeras décadas del siglo XX. En este tipo de escritura, la presencia del autor se hace palpable en cada momento y prevalece una suerte de romanticismo patriótico. Es posible que estas características den cuenta, al menos en parte, de la raíz literaria y de crónica de la que se desprendió el campo histórico antes de su profesionalización. Sin embargo, éste ha sido uno de los aspectos más criticados en la obra de Chavero y sus contemporáneos, pues actualmente y en general, el ambiente científico-académico aspira a ser despersonalizado.¹³⁷

Lo escrito por Chavero, por otro lado, seguía la pauta general de la historia prehispánica escrita hasta entonces, en la que se marcaba una evolución desde los toltecas hasta los mexicas, y el desarrollo de la cultura maya-quiché. En este sentido, Chavero se ajustaba a lo ya antes escrito por sus contemporáneos y maestros, y ello también le fue reconocido por sus pares, como en el caso de Jesús Sánchez y Gumesindo Mendoza, referido arriba. Al respecto Justo Sierra señalaba que:

[...] puede afirmarse que cuento de sustancial e importante se conoce sobre estas épocas muertas, está allí [en el texto de Chavero], y está relatado en un estilo superiormente literario y florido, elocuente con frecuencia, pocas veces retórico y declamatorio. El apasionado amor con que el eminente académico ha estudiado estas épocas que tanto cautivan por lo grandioso de sus vestigios artísticos, por el misterio de sus monumentos epigráficos; el eco lejanísimo de los dramas en que tomó forma el advenimiento, el apogeo y la muerte de los pueblos que en ellas se movieron, da a la vivaz palabra del narrador tonos apocalípticos.¹³⁸

El análisis en el que Chavero basaba sus estudios no era exclusivo de este personaje. Por el contrario, todos los estudiosos mexicanos consideraban que la lectura de fuentes era el único acceso directo al pasado. Dice Chavero al respecto:

Es verdad que no se puede conservar de modo perfecto y absoluto la historia, si no se consigna por escrito; y sabido es que nuestros primeros pueblos no tuvieron escritura propiamente dicha, sino que de la jeroglífica se valían [...] La pintura jeroglífica en lo general venía á reducirse á los anales ó efemérides. Consignaban con claridad los años y su sucesión;

¹³⁶ Algunos de sus datos biográficos y académicos en Pruneda, Elvira, “El largo quehacer de Lepoldo Batres. 1852-1903”, ponencia presentada en el *Seminario de Estudiantes de Posgrado en Historia de la Ciencia y Estudios Filosóficos y Sociales de la Ciencia* del Posgrado en Filosofía de la Ciencia, en el Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, el día 29 de enero de 2009. Texto ms, 44 pags., proporcionado por la autora.

¹³⁷ Cf. al respecto las opiniones de Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, *op cit.*

¹³⁸ Sierra, *Obras completas...*, *op cit.*, p. 182.

de modo que tenían una cronología perfecta, base muy principal para la precisión de la historia.¹³⁹

Esta forma de trabajo fue completamente común desde las primeras investigaciones sobre la historia prehispánica y, es por ello, que una de las tareas primordiales que ocupó a los estudiosos del siglo XIX fue la coleccionar y descifrar todo aquello que contuviera símbolos de escritura. En 1850, Ramírez comentaba a su amigo Isidro Gondra su opinión sobre la más reciente publicación de Kingsborough, *Antigüedades mexicanas* y, de paso le confesaba algunos de sus planes al respecto:

Pienso reunir en un cuerpo y tan metódicamente como sea posible, todas las tradiciones históricas más antiguas y genuinas que se encuentran esparcidas en los buenos historiadores de los siglos XVI y XVII, tales como Sahagún, Motolinía, Gomara, Herrera, Tezozómoc, Ixtlilxóchitl, Torquemada, Zurita, Acosta, y en los otros que o alcanzaron a ver los sucesos que refieren, o hablaron con sus testigos o tuvieron a la vista las primitivas memorias de donde sacaron sus historias, para ver si, con ayuda de sus noticias, podemos adelantar algo en la inteligencia de las pinturas jeroglíficas que debemos a la alta munificencia y cultura de *lord* Kingsborough.¹⁴⁰

El origen de la práctica de la lectura de fuentes, sin embargo, no ha sido analizado con detenimiento para el caso mexicano. Algunos autores consideran que es una tradición que la comunidad mexicana aprendió de los trabajos emprendidos por la *Commission Scientifique* o bien, de la tradición europea de historia del arte en general.¹⁴¹ Otros, en cambio, sin determinar un origen nacional, opinan que es la tradición de los bibliófilos y coleccionistas la que deriva en este tipo de investigaciones –historia diplomática en términos de Álvaro Matute- y que mantendrá influencias con la filología.¹⁴²

Allende a los orígenes de tal práctica, la confianza en el registro escrito se encuentra relacionado con la historia moderna y occidental construida durante el siglo XIX, en la cual, la civilización de los pueblos se relaciona directamente con su producción escrita, y la tradición oral con la de los pueblos primitivos. El binomio de pueblo primitivo-tradición oral no es digno de confianza pues supone espacios de olvido y transformaciones del relato en la comunicación oral entre generaciones (intencionales o no). Es decir, no existe la cualidad veritativa de la memoria. El registro escrito, por el contrario, se observa como una huella

¹³⁹ Chavero, "Primera época. Historia antigua"..., *op cit*, p. IV.

¹⁴⁰ Ramírez, José Fernando, *Obras históricas*, T. I Época prehispánica, Col. Nueva Biblioteca Mexicana, UNAM, México, 2001, p. 131.

¹⁴¹ Schálvelson, "La Comisión Científica Francesa en México...", *op cit*.

¹⁴² Brambila y de Gortari, "Los Anales del Museo Nacional", *op cit*, p. 256; Matute, Álvaro, *Pensamiento historiográfico del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, UNAM-FCE, México, 1999, p. 13ss.

fiel que tiende un lazo entre el pasado y el presente. En este sentido, el mito no adquiere la misma validez y confianza que el registro escrito.¹⁴³

En tal división se encontraba basada la distinción entre la prehistoria (como un campo de estudio para las poblaciones sin escritura o primitivas) y la arqueología (como el avocado a las sociedades con escritura o civilizaciones). Es posible que a ello respondiera la enérgica postura de los estudiosos mexicanos para incluir el estudio de las antigüedades prehispánicas en los estudios arqueológicos e históricos y no en los prehistóricos, como se designaban en Europa. Al menos para la historia liberal, hasta los pueblos prehistóricos (es decir, los más antiguos) eran civilizados.

Por otro lado, la confianza en la veracidad del documento que existió entre los estudiosos mexicanos –y en todo occidente– conllevó a equiparar el documento escrito con los registros jeroglíficos en piedra. Tal posición justificaba el carácter civilizado de los pueblos americanos, aún con la ausencia del uso del hierro. Desde esta postura, se sostenía que los pueblos precolombinos sí tenían registros escritos (históricos) aún cuando éstos estuviesen plasmados en un idioma perdido en los tiempos y completamente desconocido. Al respecto, Chavero consideraba que:

[...] la veracidad de una historia depende de las fuentes de donde se ha tomado, así como el caudal y hermosura de un río de la abundancia y claridad de sus manantiales. Bajo este aspecto, nuestra historia antigua es más digna de fe que la de la mayor parte de los pueblos primitivos del viejo mundo. En éstos, la leyenda es la única guía de los primeros tiempos [... y nosotros] *tenemos datos más precisos* de nuestros antiguos pueblos, y que no es exageración decir que en esto es superior nuestra historia á la misma historia de Grecia.¹⁴⁴

Esos “datos más precisos” de los que habla Chavero son los jeroglíficos. De ahí la insistencia por “traducir” cada uno de los signos encontrados en columnas, relieves o esculturas prehispánicas. A la vuelta del siglo, este interés se mantuvo en buena parte de los estudiosos. Justo Sierra, en *México su evolución social*, anhelaba el descubrimiento de una “piedra roseta” y de un Champolion que pudiese descifrar en ella la historia del pasado prehispánico.¹⁴⁵ En este contexto, resulta comprensible que las tareas de exploración no fueran relevantes, sino sólo como el medio por el cual podían obtenerse piezas, y que el interés de los estudiosos estuviera concentrado en los restos con escritura y la lectura de las fuentes.

También pudiera resultar un poco más clara la asociación entre la cabeza de Hueyapan y la raza negra que hicieron Melgar, Mena y Chavero. Si no existe la posibilidad de que el

¹⁴³ Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, FCE, México, 2004. Tal distinción divide hasta hoy campos diferentes del conocimiento, al consignarse como área de estudio de la antropología y la etnohistoria, los mitos y los llamados pueblos sin historia.

¹⁴⁴ Chavero, “Primera época. Historia antigua”, *op cit*, p. IV. *Cursivas mías*.

¹⁴⁵ Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, prólogo y cronología Abelardo Villegas, Biblioteca Ayacucho, 2ª edición, España, 1985, p. 8.

pasado prehispánico esté consignado en símbolos (que transitan por el código del escultor y la interpretación del observador), no quedan más elementos de lectura que los rasgos anatómicos de la pieza, al considerarla como fiel retrato en tres dimensiones de un personaje real. En este tipo de lectura, existe una analogía con los estudios de historia del arte realizados en Europa en estas mismas fechas, en los que el análisis de las piezas seguía criterios artísticos (naturalistas) y no se consideraba la posibilidad de que hubiera contenidos semánticos en las mismas.

A la vuelta del siglo, la interpretación de las piezas y la lectura de los glifos tendrán nuevos matices pero seguirán siendo una parte fundamental para la construcción del pasado prehispánico. Por su parte, la excavación obtendrá cada vez más importancia como técnica de investigación y, a la vez, la arqueología adquirirá mayor autonomía como disciplina, separándose del ámbito histórico. Sin embargo, la lectura de letras y glifos seguirá ocupando un papel prioritario, incluso en las definiciones sobre lo tolteca y lo olmeca.

El sentido de la historia

La aceptación de los juicios de Chavero entre sus contemporáneos no es suficiente para restar las críticas, ni para evaluar su postura histórica. Para comprender mejor sus análisis y las consideraciones de sus contemporáneos sobre la presencia negra en el continente o de otros posibles contactos, habría que remitirse a la práctica de la escritura de la historia en ese momento.

Los estudiosos interesados en la historia durante todo el siglo XIX no tuvieron una formación profesional. La historia como profesión en México empezó hasta bien entrado el siglo XX, con la creación de la Escuela de Altos Estudios en 1910 y, posteriormente, con la de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Nacional. Antes de ello no existía la posibilidad de formarse como historiador profesional. Si bien, en países como Alemania, Inglaterra y Estados Unidos existieron cátedras formales y hasta programas de doctorado para los estudios históricos, tal parece que los estudiosos mexicanos no estuvieron interesados en seguir programas de este tipo.¹⁴⁶

Algunos de ellos se formaron de manera autodidacta, entre las bibliotecas familiares y de amistades cercanas y los profesores particulares, como García Icazbalceta, y Roa Bárcena. Otros, tuvieron estudios y profesiones formales: Chavero, José Fernando Ramírez (Colegio de San Idelfonso) y Guillermo Prieto (Colegio de San Juan de Letrán), estudiaron leyes;

¹⁴⁶ Sobre la historia de los historiadores norteamericanos cf. Novick, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, 2 tomos, Colección itinerarios, Instituto Mora, México, 1997.

mientras que Orozco y Berra (Colegio de Minería) y García Cubas (1832-1912) se graduaron como ingenieros.¹⁴⁷

Estos personajes pertenecieron a dos generaciones. En términos de Luis González, Orozco y Berra, Prieto y Ramírez, fueron parte de la “pléyade de la Reforma” y, como tales suplieron en el poder político y social a la generación nacida en la Nueva España.¹⁴⁸ A ellos debemos las primeras narraciones que integran al México prehispánico en la historia nacional. Son ellos quienes construyen el pasado como elemento aglutinante del país, y quienes preparan la historia en el sentido moderno y la implantan como una nueva religión cívica.

Sus discípulos, la “generación de los tuxtepecanos” (nuevamente siguiendo la denominación de González), serán quienes consoliden institucionalmente el proyecto histórico y científico que aquéllos sólo vislumbraron. García Icazbalceta, Roa Bárcena, García Cubas, Francisco del Paso y Troncoso, Jesús Galindo y Villa y Chavero participaron activamente en la consolidación de numerosos espacios académicos y en la formalización del discurso histórico nacional.

Como un rasgo común, los personajes de estas dos generaciones fueron apasionados de la lectura y muchos de ellos, incluso, incursionaron en la literatura, el teatro y el periodismo. Además, todos ellos tuvieron la oportunidad de trabajar en las instituciones del Estado desde temprana edad y, en diversas ocasiones, esto los condujo a involucrarse en los proyectos políticos tendientes a la institucionalización del país. Quizás fuese esta cercanía al ambiente político, así como su interés por la lectura, lo que motivó su acercamiento a la escritura de la historia.¹⁴⁹

Todos ellos dedicaron parte de su vida a la escritura histórica, ya fuese como empresa y gusto personal, o bien, como parte de un proyecto de gobierno. Todos escribieron pedazos de la historia patria y nacional. Como ya han referido diversos autores, el nacionalismo liberal que estaba en gestación requería de elementos autóctonos para consolidarse, y se debatía entre los elementos españoles y los prehispánicos descartando toda posibilidad de elementos adicionales que coartaran la posibilidad de enraizar la nación que recién se estaba proyectando.¹⁵⁰ De ahí la necesidad de encontrar el centro de civilización más

¹⁴⁷ Las biografías de éstos y otros historiadores del siglo XIX en Pi-suñier Llorens, Antonia (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación 1848-1884*, UNAM, México, 2001.

¹⁴⁸ González y González, Luis, *La ronda de las generaciones*, SEP, México, 1984, p. 9-22.

¹⁴⁹ El interés de estos personajes hacia el ámbito histórico podría derivar del conocimiento enciclopédico de la época, en el cual el análisis del pasado tiene un papel fundamental, ya sea para comprender procesos legales o bien, para entender el ambiente geográfico y hacer construcciones. Sin embargo, ello resultaría excesivo para un análisis como éste. En este sentido, cabe destacar que, además de los datos biográficos y de obra para cada autor, aún no existe un trabajo que se enfoque a la historia de la historia en el país.

¹⁵⁰ Brading, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Ed. Era, México, 1985; Uñas Horcasitas, Beatriz, *Historia de una negación: la idea de igualdad en el pensamiento político mexicano del siglo XIX*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México, 1996.

antiguo y, también, de rechazar un origen asiático o africano aún cuando ello brindara un estrecho lazo con occidente.

Para alcanzar la identificación de un centro de civilización y un origen, se requería ordenar el pasado, cronológica, geográfica y culturalmente. Los estudiosos decimonónicos, sin cronología que seguir, intentaron ordenar el pasado de los pueblos (que tampoco definen completamente) de acuerdo a las fuentes disponibles en la época y ajustando sus lecturas a la tradición bíblica. En estas historias se mantuvo la narrativa teológica de los siglos anteriores, sin lograr la laicización que políticamente se pretendía. De esta forma, la cronología se atiene a la impuesta por los cálculos sobre el diluvio universal y se trata de ubicar este suceso en las tierras americanas. También se busca la explicación de la lengua nahuatl en la construcción de la Torre de Babel y, la cosmogonía prehispánica se transforma en una especie de cristianismo primitivo que tiene en la figura de *Quetzalcóatl* a su primer evangelizador.¹⁵¹

Esta línea de explicación fue utilizada por un “aficionado” como Melgar, pero también por casi todos los estudiosos reconocidos de la época, convirtiéndose en la historia oficial que sirvió de base para la enseñanza básica en los proyectos educativos. En 1888, Justo Sierra publicó *Elementos de historia general*, libro destinado a la enseñanza primaria de la historia general y patria, que alcanzó tres ediciones más (1899, 1905 y 1909) gracias a su carácter oficial. El objetivo de esta obra era mostrar el progreso de la civilización mexicana, la cual, estaba inserta en el cuadro universal de la evolución:

De modo que sucede con los pueblos lo que sucede con las personas: nacer, crecer y morir; [...] Pero los pueblos, como los árboles, como los hombres, como los animales, se reproducen, tienen hijos o herederos; así los egipcios, v. gr., tuvieron por herederos a los fenicios, a los helenos; éstos a los romanos, y los romanos a nosotros, y como todo el conjunto de pueblos en que nos hemos ocupado forma una humanidad, resulta que si muchos pueblos han pasado, la humanidad ha ido avanzando en cada uno de ellos; este avance quiere decir que ha nacido, crecido y desarrollándose, aún no le llega la vejez y está muy lejos su muerte. Pues bien, a este hecho o fenómeno (retengamos bien esta palabra) que resulta de muchos otros hechos o fenómenos particulares, daremos este nombre: ley, porque es muy general, porque todos los otros hechos le están sometidos, y llamaremos a esta ley de la historia, la ley del desarrollo, o con una palabra adoptada por los sabios: la evolución.¹⁵²

Ya en su siguiente libro, *Elementos de historia patria*, Sierra se extiende sobre la historia de México, desde la “historia antigua” hasta la etapa contemporánea. Al igual que el anterior, éste tuvo varias reediciones (1902, 1905, 1912 y 1922) y estuvo enfocado a la educación de los niños de tercero y cuarto años de primaria. Finalmente, Sierra publicó en 1894 un libro

¹⁵¹ Un estudio sobre algunas de las principales obras históricas del siglo XIX, en Rozat, *Los orígenes de la nación...*, op cit. Un análisis sobre los viajeros-exploradores en México y la transición de la historia teológica a la laica, en Díaz Perera, *De viajeros y coleccionistas de antigüedades...*, op cit.

¹⁵² Sierra, *Obras completas...*, op cit, p. 287.

más, dedicado a la educación básica. El *Catecismo de Historia Patria* fue hecho para los grados inferiores de la instrucción primaria y se conocen además las ediciones de 1896 y 1904 aunque, seguramente por su carácter oficial y por ser obra del propio secretario del ramo, debió tener varias ediciones más.

En todas estas obras, Sierra recupera la narrativa general de la historia prehispánica en la que se presenta un desarrollo evolutivo desde la civilización tolteca y hasta el pueblo azteca, en el momento en que se fusiona con los españoles llegados con la conquista. Aquí también se encuentran presentes las figuras (casi mesiánicas) de *Quetzalcóatl*, *Netzahualcoyotl* y *Cuauhtemoc*, ligadas a la idea de la civilización y el progreso. Si bien por su carácter didáctico, estos libros son cortos y escuetos, a la vuelta del siglo, Sierra ahondaría en estos temas con obras especializadas y extensas en las que también seguiría la narrativa de Chavero, aunque sin ahondar sobre el problema del origen del hombre en el continente.

Sin embargo, arriba señalé que tanto Sierra como Riva Palacio pusieron en duda la “arqueología-hermenéutica” de Chavero. Me parece que estas opiniones no tuvieron el objetivo de demeritar el estudio de un “buen amigo” como Chavero, tal como lo sugiere Ortiz Monasterio. La crítica de estos personajes se encontraba en un sentido más profundo, ya que cuestionaba (sarcásticamente, en el caso de Riva) la pretensión de la lectura de los jeroglíficos y, sobre todo, el supuesto sobre el que ésta descansaba: que los pueblos prehispánicos fueron civilizados, es decir, con escritura.

La discusión sobre este punto se relacionaba con un tema de mayor profundidad: el de la escritura del pasado como historia (en el sentido moderno del término), lo que, a su vez, implicaba la definición del origen de la civilización y el de la nacionalidad mexicana. Quienes aseguraban que los pueblos prehispánicos habían alcanzado este estado evolutivo, estaban lanzando el origen nacional hasta los tiempos remotos de la época prehispánica. Por el otro lado, se encontraban las posturas de quienes rechazaban la posibilidad de civilización de los pueblos prehispánicos y con ello, adjudicaban todo el valor de este hecho a la conquista. La postura de Chavero no era totalmente clara al respecto. Si bien por un lado, estuvo completamente convencido de que los pueblos prehispánicos tuvieron escritura y, por ende, alcanzaron la civilización, por el otro, también rescató (por su importancia) el evento de la conquista, como el suceso que encauzó al país en los rieles de la civilización.

La ambigüedad de Chavero no era exclusiva de este personaje. El origen (de la nación, de la humanidad, de la historia, etc.) fue el tema de todo el siglo XIX a nivel mundial y algunos de los debates que suscitó sólo alcanzaron el consenso hasta bien entrado el siglo XX. Para entonces, el problema del origen del hombre se había resuelto en términos de la postura monogenética, pero como un tema de estudio exclusivo de una nueva disciplina (la

prehistoria), mientras que el origen de la civilización se reformularía de una manera distinta a la pensada en el siglo XIX. No obstante, este fue un largo proceso de definición de temas, problemas y disciplinas en los que la historia prehispánica transitó por procesos constantes de (re)escritura.¹⁵³

En 1902 se publicó el resultado de una nueva empresa histórica que pretendía zanjar parte de estas cuestiones y fue abanderada por el campechano, Justo Sierra. Bajo el título *México, su evolución social*, se formó con las plumas de Agustín Aragón, Gilberto Crespo y Martínez, Ezequiel A. Chávez, Carlos Díaz Delfóo, Moguer S. Macedo, Pablo Macedo, Porfirio Parra, Genaro Raigosa, Bernardo Reyes, Manuel Sánchez Mármol, Jorge Vera y Julio Zárate. No esperaba alcanzar a ser un estudio sociológico completo (como demandaba la máxima positivista en la escala de las ciencias), sino tan sólo a mostrar, como señalan los autores:

[...] á grandes, pero característicos rasgos, cómo, después de una lenta y penosa gestación, esta Sociedad se desprendió del organismo colonial y FUÉ, por un acto supremo de su voluntad, y cómo, tras una existencia irregular y tumultuosa, ha llegado á normalizar una labor vital [sic] de asimilación de los elementos substanciales de la civilización general sin perder las líneas distintivas de su personalidad.¹⁵⁴

El estudio abarcaba el análisis del territorio y la población, desde los tiempos primitivos y hasta el siglo XIX, en sus aspectos de educación, economía, política, etc. Como se anunciaba en la portada, sin embargo, la obra era un “Inventario monumental que resume en trabajos magistrales los grandes progresos de la nación en el siglo XIX”.

¹⁵³ A finales del siglo XIX, el origen del hombre en Europa ganaba aceptación, en buena medida, gracias a los estudios geológicos. A la par, en México, comenzaba a gestarse una frontera entre el saber prehistórico y el arqueológico. Para la siguiente centuria, la materia de prehistoria se impartía en el Museo Nacional, junto con las clases de Arqueología, Historia, Antropología, Etnología e Idioma Mexicano. Jorge Engerrand era el encargado del curso, que se mantuvo, al parecer hasta 1914. Para estas fechas, sin embargo, parecía importante dejar en claro que los estudios prehistóricos no debían confundirse con los de historia antigua y arqueología. Al menos así lo muestra el Programa General de Arqueología presentado por Jesús Galindo y Villa en 1913. En éste, como parte de los temas del primer bloque sobre las “Nociones fundamentales de Arqueología general y comparada”, se encuentra “Confusión de esta ciencia con la Prehistoria y la Historia antigua”.

En los años siguientes no hubo apoyo que diera continuidad al proyecto de los estudios prehistóricos. Por el contrario, para 1921, el director del Museo Nacional, Luis Castillo Ledón, ofrecía al Rector de la Universidad Nacional el canje de la colección prehistórica del establecimiento por “alguna cosa que fuera útil”. En opinión de Castillo, las cerca de 100 piezas paleolíticas europeas (originales y copias) estarían mejor en el Museo de Historia Natural, porque “[...] no tienen ningún objeto, sobre todo desde que se suprimió la clase de prehistoria, la cual, por otra parte, no tenía objeto, toda vez que es cosa de sobre averiguada que la prehistoria no existió en América, puesto que sus primeros pobladores no fueron autóctonos, sino que vinieron de otras regiones”. “Programa general de Arqueología”, 29 de noviembre de 1913; y correspondencia Castillo-Universidad Nacional, 14 de mayo de 1921, documentos citados por Villarruel Mendoza, Rebeca del Carmen, *Un acercamiento a la historia de la arqueología prehistórica en México. Primera década del Departamento de Prehistoria*, tesis de Maestría en Arqueología, ENAH-INAH, México, 2009, pp. 40 y 41, respectivamente.

¹⁵⁴ Sierra, Justo, *México, su evolución social: Síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la federación mexicana; de sus adelantamientos en el orden intelectual; de su estructura territorial y del desarrollo de su población, y de los medios de comunicación nacionales; de sus conquistas en el campo industrial, agrícola, minero, mercantil, etc.*, Tomo I, Primer volumen, edición facsimilar de la de 1902, p. 5. Consulta electrónica de Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes en <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=13700>.

No obstante el indudable interés de la obra por el siglo XIX, también existe en ella una preocupación por mostrar el origen más remoto, el del hombre en el continente y el de la civilización. Por un lado, Sierra considera que no habría que tener dudas respecto del origen asiático del hombre (cuaternario) en el continente americano. El ministro es partidario de la hipótesis de un solo origen de la especie humana, pero no por ello descarta la existencia de migraciones interoceánicas. Por medio de la Atlántida, estas tierras tuvieron contacto físico con Europa y África, mientras que el Pacífico pudo ser atravesado por medio del estrecho de Bering, y estos contactos pueden explicar las semejanzas entre las poblaciones de uno y otro lado del mundo. Si bien el campechano asumía estas posturas, no mostró interés alguno por detallar similitudes entre antigüedades de uno y otro lado, sino que únicamente integró los nuevos datos aportados por las recientes posturas naturales.¹⁵⁵

El origen de la civilización, por otro lado, sólo estuvo presente en dos pueblos: el nahua y el maya-quiché. De hecho, además de los tiempos primitivos, son estos pueblos los únicos que se describen con profusión en la parte histórica de la obra e, incluso, en algunos otros capítulos en los que también se reconoce su grado de civilización. Ezequiel A. Chávez (1868-1946) escribió la parte correspondiente a la educación y señala que:

Por más que para el historiador presenten excepcional importancia todas las entidades políticas mexicanas, aun las que sólo era informe protoplasma antes de la llegada á América del gran genovés, y aun cuando para el sociólogo sean colosales signos de interrogación los monumentos arqueológicos que yacen desde los falansterios de Casas-Grandes, al Norte de nuestro territorio, hasta los historiados templos del Sur y del Sudeste, no estudiaremos otro sistema educativo que el de los pueblos por completo históricos [los nahoas], los únicos caracterizados por datos suficientes.¹⁵⁶

El grado de “civilización” reconocido en los pueblos prehispánicos se encuentra matizado pues, como todo en la evolución, hay diferentes grados de perfeccionamiento. En el capítulo dedicado al desarrollo de la ciencia, el médico Porfirio Parra (1854-1912) señala que hay algunas posturas que afirman que los aztecas, en el momento de la conquista, tenían altos conocimientos de cómputo del tiempo, herbolaria, metalurgia, cartografía, etc., cuando en realidad:

La ciencia propiamente dicha, formada por un conjunto de doctrinas bien comprobadas y expuestas con claridad y precisión, y por un método adecuado de doctrinas comprobadas y expuestas con claridad y precisión, y por un método adecuado á cada categoría de fenómenos, no fue conocida por los aztecas. Vedábalo su escritura imperfecta, casi del todo ideográfica, muy lejana aún del alfabeto [...] ¿Cómo hubiera sido posible que la rudimentaria escritura nahoa, hubiera logrado consignar las ideas abstractas del espacio, de tiempo, de divisibilidad, bases necesarias de las matemáticas, que á su vez es base de toda ciencia?¹⁵⁷

¹⁵⁵ Sierra, *México, su evolución social...*, 1902, op cit, p. 34-5.

¹⁵⁶ Chávez, en Sierra, *México, su evolución social...*, 1902, op cit, p. 469.

¹⁵⁷ Parra, en Sierra, *México, su evolución social...*, 1902, op cit, p. 424.

La ciencia llegó con España y también la civilización acabada. Es en este punto en donde la obra dirigida por Sierra toma un derrotero diferente al expuesto en *México a través de los siglos*. Los pueblos prehispánicos (el maya-quiché y el nahoa) alcanzaron cierto grado de civilización, pero ésta no era completa. La civilización acabada llegó con los españoles y, con ellos, dio comienzo también la nación:

Los mexicanos somos los hijos de los dos pueblos y de las dos razas, nacimos de la conquista; nuestras raíces están en la tierra que habitaron los pueblos aborígenes y en el suelo español. Este hecho domina toda nuestra historia; á él debemos nuestra alma.¹⁵⁸

Es claro el sentido político que se encuentra en estas líneas. Establecer el origen también implica demarcar la historia (como pasado) y, por tanto, el presente de la nación. Y en este punto se encuentra otra arista del debate. Todos los escritores de *México a través de los siglos* eran liberales. Sin embargo, el liberalismo tenía diversos matices. Ernesto Meneses identifica a estos personajes por su veneración a Juárez, como símbolo de la reforma y máximo héroe en la lucha contra la intervención francesa. Melgar, Chavero, Riva Palacio y Vigil son parte de este grupo e, incluso, colaboraron con los juaristas en el campo de batalla, o bien, en el gabinete. Por otro lado, se encontraban los liberales que admiraban a Juárez por haber iniciado la era positivista en la historia del país, pero que reclamaban un papel activo del Estado en la promoción y reglamentación social. A diferencia del “dejar hacer” del otro grupo, liberales como Sierra consideraban que la legalidad de la Constitución de 1857 no tenía utilidad real, pues se basaba en ideales que no podían llevarse a la práctica y que ocasionaban guerras civiles. Tales legislaciones sólo servían en pueblos guiados por la razón pura y no en países como México, en donde la realidad era otra. El ideal político de Sierra entonces, era el de realizar primero un estudio sociológico completo y científico de la sociedad para conocerla y, luego, elaborar leyes acordes a la realidad.¹⁵⁹

México, su evolución social responde a estas inquietudes. En esta obra, la historia (como disciplina) adquiere un papel político activo. En este nuevo discurso, se dota de cierto protagonismo al “indio” (presente) y, a la vez, esta figura se coloca en una relación estrecha e indisoluble con la del “prehispánico” (pasado). Con la construcción de este vínculo, la discusión sobre el origen adquiere mayores vuelos.

Si bien hay autores que consideran que “el indio” se encuentra presente en la narrativa de cada uno de los trabajos sobre historia prehispánica hechos en el siglo XIX, me parece que en la mayor parte de éstos no existe una liga directa entre aquél y “el prehispánico”.¹⁶⁰

¹⁵⁸ Sierra, *México, su evolución social...*, 1902, *op cit*, p. 71.

¹⁵⁹ Meneses Morales, Ernesto, *Tendencias educativas oficiales en México 1821-1911*, Centro de Estudios Educativos/Universidad Iberoamericana, México, 2001, pp. 71ss.

¹⁶⁰ Algunos de los autores que han propuesto esta relación son Rozat (*Los orígenes de la nación...*, *op cit*) y Urías (*Historia de una negación...*, *op cit*). Aquí, por el contrario, parto de considerar que ambos conceptos (“indio” y “prehispánico”) son parte del discurso científico (antropológico, arqueológico o histórico) de la época y que, por tanto, estuvieron sujetos a continuas transformaciones en el tiempo que deben considerarse.

Personajes como Chavero, por ejemplo, creían que lo precolombino pertenecía al pasado de toda la nación mexicana (mestiza). En ello radicaba la importancia de adjudicar el grado de civilización a estos pueblos, y de calificar a ese pasado como glorioso. Por el contrario, el nuevo discurso que comienza a gestarse en el cambio de siglo, y que se consolidará en el indigenismo del siglo XX, ve en el indio (y no en el mestizo) al heredero directo del pasado prehispánico, mientras que califica a la conquista como ruptura (y no como progreso en la civilización), e invade al mestizo con la culpa.

El debate al respecto fue profuso y diversos autores participaron del mismo.¹⁶¹ No es mi intención desarrollar este tema aquí. Baste señalar por el momento que durante la primera mitad del siglo XX, las políticas posrevolucionarias -indigenistas- se avocaron a la solución de tales puntos y,¹⁶² como mostraré en los capítulos restantes de este trabajo, entre ellos se encontró la definición de un nuevo origen para la nación y la historia: los restos de la costa del Golfo dejaron la negritud o cualquier vínculo con Asia, para convertirse en el símbolo de la civilización prehispánica-indígena-mexicana, en la “cultura madre”.

¹⁶¹ En los trabajos escritos por historiadores como Emilio Rabasa (*La evolución histórica de México*, Coordinación de Humanidades-Miguel Ángel Porrúa, México, 1986 [1920]) y Salvador Alvarado (*La reconstrucción de México*, Ballezá y Cía., México, 1919) por ejemplo, puede observarse los diferentes puntos que aún se estaban debatiendo en las primeras décadas del siglo XX.

¹⁶² Una lúcida crítica sobre la “antropologización” de estos tópicos en la segunda mitad del siglo XX y las “representaciones del indio” que ha generado, en Rozat Dupeyrón, Guy, “Las representaciones del Indio, una retórica de la alteridad”, *Debate feminista*, año 7, vol. 13, abril de 1996, pp. 40-66; y “Pensar derroteros historiográficos”, en Gumersindo Vera, José Pantoja, Rubén Espinoza y Guy Rozat (coords.), *Memorias del Coloquio Los historiadores y la historia para el siglo XXI*, ENAH, México, 2006, pp. 147-166.

Capítulo II

Entre la historia patria y un nuevo origen

El siglo XX trajo consigo diversas rupturas con la centuria previa. Como señala Eric Hobsbawm,¹ tras la primera Gran Guerra, “la humanidad sobrevivió, pero el gran edificio de la civilización decimonónica se derrumbó entre las llamas de la guerra al hundirse los pilares que lo sustentaban”. El universalismo decimonónico perdió vigencia ante la avanzada de los nacionalismos recalcitrantes y, en México el proceso se entremezcló con conflictos propios, los de la Revolución Mexicana.

La historia patria también se modificó. La pregunta por el origen del hombre americano fue cediendo paso, de manera paulatina, alejándose de la disciplina histórica para encontrar un nicho propio, más cercano a la naciente biología y a la geografía, en la prehistoria. Al final, los vínculos originales con Asia y África lograron instalarse de manera definitiva, sin constituir ningún peligro para el ego de los pueblos occidentales. La pregunta por el origen de la civilización, en cambio, cobró una fuerza desmedida hasta consolidar una disciplina exclusiva, sin vínculo alguno con la historia patria: la arqueología.²

Estos tiempos de guerra también trajeron consigo nuevos actores tanto en el ámbito político, como en el de la intelectualidad. Fue una consecuencia directa de la sustitución de los viejos cuadros porfirianos por una generación cronológicamente más joven que, comenzó a consolidar una nueva élite. Algunos de los miembros de esta generación fueron parte de la caracterizada por Luis González como los “revolucionarios de entonces”, es decir, los nacidos entre 1873 y 1888.³ El resto, ligeramente más jóvenes, fueron los “revolucionarios de ahora” y entre éstos se encuentran los de la “generación de 1915”. En

¹ Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Onceava impresión, Ed. Crítica, Barcelona, 2007, p. 30.

² El desplazamiento del interés de los estudiosos del pasado (antes centrado en el *origen prehistórico del hombre americano*, y luego en la *civilización arqueológica*) muestra un sentido político-ideológico sumamente interesante. En términos del cambio de siglo, los estudios prehistóricos se enfocaban a los pueblos más antiguos y, por definición en el siglo XIX, menos desarrollados. En cambio, la arqueología se interrogaban sobre las civilizaciones, es decir, el máximo esplendor de la evolución. La elección entre uno u otro análisis definiría, a la vez, el grado evolutivo del pasado de México. Este peso ideológico seguramente fue un elemento importante para que los estudiosos del siglo XX se enfocaran al estudio de las civilizaciones y no al de las llamadas sociedades cazadoras-recolectoras, y para que apoyaran la profesionalización de la arqueología y no el de la prehistoria. Un análisis histórico sobre los estudios de prehistoria en la primera mitad del siglo XX en México, en Villarruel Mendoza, Rebeca del Carmen, *Un acercamiento a la historia de la arqueología prehistórica en México. Primera década del Departamento de Prehistoria*, tesis de Maestría en Arqueología, ENAH-INAH, México, 2009.

En Europa, aunque el estudio de la prehistoria se ha mantenido vigente desde el siglo XIX, sucedió un proceso similar, pues los análisis arqueológicos e históricos se reservan para las culturas clásicas. Un análisis crítico sobre la escritura de la historia de la prehistoria europea en Moro Abadía, Oscar, *Arqueología prehistórica e historia de la ciencia. Hacia una historia crítica de la arqueología*, Prólogo de Bruce Trigger, Bellaterra, Barcelona, 2007.

³ González y González, Luis, *La ronda de las generaciones*, SEP, México, 1984.

ambos casos, estos personajes consolidaron el proyecto de la llamada “revolución institucionalizada”, forjando para ello nuevas instituciones, editoriales, publicaciones y organizaciones, siempre con base en las precedentes, las porfirianas. Acompañaron a José Vasconcelos en las cruzadas para la educación y, veinte años más tarde, colaboraron con el régimen cardenista para la forja de la “revolución institucionalizada”, así como para la (re)escritura de la historia (como pasado) del país.

Quizás una de las características distintivas de esta comunidad, sea la de su auto-identificación con su tiempo histórico: se trata de un grupo que hace patente su pertenencia a la etapa posrevolucionaria, así como al cambio y al progreso que ésta enarbola como proyecto político. Asimismo, evidencia un profundo rechazo a la etapa anterior, la del porfiriato, sus actores y presupuestos. Aún cuando estos personajes brindaron un nuevo cariz a la escritura de la historia precolombina, éste no alcanzó a transformar por completo las prácticas (metodológicas y teóricas) de sus antecesores, ni a desterrar la herencia porfiriana en su totalidad. Sin embargo, estos personajes sí marcaron una ruptura con la generación precedente en diversos aspectos que, a la postre, delinearon un diferente “deber ser” para la disciplina y, sobre todo, modificaron sustancialmente el contenido y la narrativa de la historia prehispánica.

Durante varios lustros, estos hombres discutieron la idea sobre el origen de la civilización para culminar, en 1942, con la definición de la “cultura madre”. Quienes acuñaron esta categoría eran los miembros más jóvenes de la comunidad arqueológica de aquéllos años. La mayor parte de ellos rondaban los cuarenta años, se encontraban en la cumbre de su carrera, académica y/o administrativa, y mantenían la firme convicción de (re)fundar su actividad, las instituciones, y la patria misma y su historia, ahora, posrevolucionaria.

En este capítulo abordaré, de manera general, el sentido y el “temple” de la ideología de estos hombres,⁴ para desarrollar dos de los espacios de (re)creación impulsados por su generación: el institucional, y el de las sociedades y revistas. No es posible desligar la construcción y el desarrollo de estos espacios, ya que aquéllos tuvieron un papel central en la definición de los intereses académicos e ideológicos del grupo y, por tanto, en la (re)escritura de la historia patria. A lo largo de las actividades de esta generación, la pregunta sobre el origen se mostrará en más de una faceta. Es por ello, que también hablaré aquí de las discusiones más generales sobre el origen de la civilización, reservando

⁴ Retomo aquí las palabras de Octavio Paz: “Con frecuencia dividida en grupos y facciones que profesan opiniones antagónicas, cada generación combina la guerra exterior con la intestina. Sin embargo, los temas vitales de sus miembros son semejantes; lo que distingue a una generación de otra no son tanto las ideas como la sensibilidad, las actitudes, los gustos y las antipatías, en una palabra: el *temple*.” Paz, Octavio, “Prólogo”, en Henestrosa, Andrés, *Retrato de mi madre*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1980, p. 9.

para el siguiente capítulo la exposición detallada de las principales propuestas sobre este tema.

1. Manuel Gamio y su equipo

Luego de los años armados, quizás fuera Manuel Gamio quien impulsara los mayores cambios en el panorama institucional de las dependencias que antaño se encargaron de la historia precolombina. Son varios los trabajos en los que se ha ahondado en estas transformaciones, y en los que se describe profusamente la forma en que los recintos porfirianos (el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, y la Inspección General de Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana), paulatinamente fueron reestructurados en todas sus funciones.⁵

Con la lucha revolucionaria en el país, la Inspección General de Monumentos inició su transformación radical hasta convertirse en el eje rector y centro ejecutor de las políticas de investigación académica. No sólo se centralizaron las funciones de investigación, custodia y vigilancia de los monumentos en una sola instancia sino que, paulatinamente, se restringieron las funciones del Museo Nacional a la simple curaduría y exhibición de las piezas. Éste había sido el anhelo acariciado por el viejo inspector, Leopoldo Batres Huerta (1852-1926), desde la fundación misma de la Inspección (1885), y nunca lo vio realizado. Paradójicamente, su sueño fue llevado a cabo por uno de sus viejos “enemigos”, aquél al que la memoria del gremio consideraría, décadas después, su “padre fundador”.⁶

El ingreso de Gamio al ámbito de la administración antropológica trajo consigo nuevas estructuras e intereses que comenzaron a redefinir algunas de las preguntas y respuestas sobre el origen del hombre y de las civilizaciones. En buena medida, dio continuidad al proyecto de escritura de la historia precolombina decimonónica. Los esfuerzos se enfocaron a continuar el descubrimiento de la gran *Tollan* y, también, a descifrar la estirpe de los pueblos originarios, pero sin afán alguno de establecer puentes con el Viejo Continente. Integró, sin embargo, a una nueva figura al panteón cívico mexicano: el indio como heredero directo de la más rancia civilización prehispánica. Asimismo, en un afán ideológico de imprimir la diferencia con el periodo político anterior y sus demonios, se impuso la

⁵ El trabajo de Ignacio Bernal (*Historia de la arqueología en México*, Ed. Porrúa, México, 1992) sigue constituyendo el que aborda con mayor profusión el desarrollo de los trabajos arqueológicos en México en general. Por su parte Mechthild Rutsch (*Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, INAH/IIA-UNAM, México, 2007) ha analizado con profusión y sumo detalle la vida del Museo Nacional en el periodo porfiriano, así como su antagonismo con la Inspección General. En otro lado (*La arqueología mexicana en un periodo de transición. 1917-1938*, tesis de licenciatura en arqueología, ENAH-INAH, México, 2003) he abordado el devenir administrativo de las entidades gubernamentales ocupadas de la arqueología entre 1917 y 1938.

⁶ Es ya casi una leyenda la lista que Batres realizó para clasificar a sus contemporáneos, entre sus “enemigos” y “envidiosos”. Gamio estaba en la primera lista.

pertenencia exclusiva de estas preguntas a una disciplina formal que no debía tener relación con la anterior historia patria: la arqueología.

Al iniciar su proyecto en la Dirección de Antropología, Gamio se cuidó bien de no involucrar a ninguno de sus propios mentores y/o compañeros de estudios del Museo Nacional. Por el contrario, integró en este proyecto a un grupo de personajes que, hasta ese momento, poco o nada había tenido que ver con la disciplina arqueológica. Entre sus viejos conocidos y sus ex compañeros de la Escuela de Minas, encontró a los miembros de su equipo para dar inicio al proyecto de Teotihuacán.

Fue así como el arquitecto Ignacio Marquina Barredo integró sus intereses en la historia prehispánica a su profesión en arquitectura; que Eduardo Noguera Auza cruzó el Atlántico para aprender las novedades en prehistoria y antropología; que José Reygadas Vertiz combinó sus habilidades como ingeniero en las obras de excavación de Teotihuacán con su genio administrador al lado de Gamio; y que Roque Ceballos Novelo entregó su pasión por la lectura a la investigación del México Prehispánico.

Fueron estos personajes quienes llevaron a cabo las tareas de investigación en el Valle de Teotihuacán y,⁷ con la salida de Gamio del país, fueron los que continuaron su proyecto. También fueron quienes establecieron una relación de comunicación constante con los estudiosos norteamericanos que, por aquellos años, concentraron parte de sus intereses en el territorio mexicano. Aún cuando su vida arqueológica comenzó a perfilarse al lado de Gamio, en realidad ninguno de ellos podría considerarse su discípulo teórico. Antes bien, cada uno de ellos resolvió sus propias inquietudes dando respuestas más concretas y consensuadas a las interrogantes del origen y, conformando con ello, una tradición en investigación arqueológica.

De civilizados a indígenas

Manuel Gamio Martínez (1883-1960) ha sido considerado en diversas ocasiones como el ejecutor de los cambios acaecidos tras las revueltas armadas en la antropología en general.⁸ Haciendo de lado el carácter laudatorio que ha caracterizado a estas menciones, cabría resaltar el esfuerzo de este personaje en el ámbito de la administración. Los cambios que

⁷ Además, en el Departamento de Población Contemporánea, se encontraban entre otros, Lucio Mendieta y Núñez (1895-1988) quien se encargaba de hacer las propuestas legales; Paul Siliceo Pauer (¿?), quien hacía los estudios antropológicos y antropométricos; y Pablo González Casanova (1889-1936), a quien Gamio invitó por su habilidad con las lenguas extranjeras.

⁸ Algunos de los trabajos que abordan la vida de este personaje, aunque de manera muy general, son: Bernal, *Historia de la arqueología...*, *op cit*; y Matos Moctezuma, Eduardo, *Las piedras negadas. De la Coatlicue al Templo Mayor*, CNCA, México, 1998. Mayor profusión alcanza el trabajo de Ángeles González Gamio (*Manuel Gamio: una lucha sin final*, Coordinación de Humanidades, UNAM, México, 1987) aun cuando su postura es sumamente laudatoria. Roberto Gallegos Téllez-Rojo (*Manuel Gamio y la formación de la nacionalidad: el problema de los indios y los derechos de los pueblos*, tesis de licenciatura en Historia, FFyL, UNAM, México, 1996), por su parte, ha realizado una extensa biografía de Gamio enfocándose sobre todo a sus intereses antropológicos.

desató su proyecto tuvieron una decidida trascendencia en las décadas siguientes: las actividades de investigación arqueológica se separaron definitivamente del seno del Museo Nacional; y, al mismo tiempo, se comenzó a perfilar una sólida liga ideológica entre la práctica arqueológica y las acciones indigenistas.⁹ Por otro lado, fue Gamio el que propició el ingreso de una nueva generación al campo de investigación arqueológica, los autores de la llamada “Escuela Mexicana de Arqueología”. Será este grupo el que, en décadas posteriores, lleve a cabo la tarea de profesionalizar de manera definitiva a la disciplina, y el que (re)escriba la historia prehispánica heredada del siglo XIX.

Manuel Gamio fue un hombre ambicioso (ver Ilustración 17, *Anexo I*). Se dice que desde 1916 acariciaba la idea de crear una institución que fuese la directriz de toda la actividad antropológica y arqueológica del país.¹⁰ Lo cierto es que, con el enardecimiento de la lucha armada, decidió seguir a Venustiano Carranza en su cruzada política, y así tuvo la oportunidad de acercarse al nuevo grupo en el poder político. Por estas fechas propuso la creación de una nueva dependencia que funcionaría como uno de los brazos ejecutores del Estado, en el seno de la Secretaría de Agricultura y Fomento, para conocer y estudiar a profundidad las características generales de las poblaciones indígenas, y para planear las estrategias de su transformación a la vida mexicana.¹¹

Gamio consideraba que las políticas socialistas, si bien estaban teniendo éxito en los grupos obreros de las grandes ciudades, no podían aplicarse a las poblaciones indígenas de México, debido a las características particulares de éstas últimas. Su propuesta consideraba que primero tenían que estudiarse a fondo estas últimas poblaciones, para después, poder establecer los mecanismos de cambio necesarios para su incorporación a la vida moderna y civilizada. De esta forma, propuso la creación de la Dirección de Estudios Etnográficos y Arqueológicos en 1917 (luego Dirección de Antropología), la cual se estableció en el lado oeste del edificio de la Escuela de Minas. Con aquélla se sustituyó a la Inspección de Monumentos, en la custodia y vigilancia de los monumentos; y se integró la investigación de los restos. Además, se dio inicio a la investigación antropológica de los grupos indígenas

⁹ A partir de 1917, el Museo Nacional únicamente pudo realizar dos expediciones arqueológicas: en Cacaxtla y Guerrero. Cf. López Hernández, *La arqueología mexicana en un periodo...*, *op cit*, cap. 1.

¹⁰ Julio César Olivé (“Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos de la Secretaría de Fomento (Dirección de Antropología)”, en Carlos García Mora y Mercedes Mejía Sánchez (coords.), *La historia de la antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 7 Las instituciones, Colección Biblioteca, INAH, México, 1988, pp. 63) es uno de los autores que sugiere esta posibilidad. Es muy posible que base su propuesta en la ponencia que brindó Manuel Gamio ante el Segundo Congreso Panamericano, en Washington. En ésta presentó la idea de crear en cada país una dirección de antropología, cuyas funciones se avocaran a estudiar las poblaciones y a proponer las medidas prácticas para solucionar sus problemas.

¹¹ Tales estudios fueron llamados de “antropología aplicada”. Para llevar a cabo estos trabajos, la Dirección de Antropología, estaba organizada en dos Departamentos (de Población Contemporánea; y de Población Colonial y Precolonial), que se encargaban de organizar las investigaciones antropológicas, y de historia y arqueología, respectivamente. Cf. López Hernández, *La arqueología mexicana en un periodo...*, *op cit*, cap. 1. Sin embargo, como ha referido Rutsch (*Entre el campo y el gabinete...*, *op cit*), esta propuesta había sido expuesta años atrás Andrés Molina Enríquez.

del país, con la finalidad de definir sus principales características culturales, porque “no se puede gobernar lo que no se conoce”.¹²

La dependencia propuso la realización de proyectos integrales, es decir, arqueológicos, antropológicos e históricos, en diferentes poblaciones de la República.¹³ Para ello el territorio fue dividido en diez regiones (quizás siguiendo los estudios histórico-geográficos del siglo XIX), y se escogió una población así como zona arqueológica para cada una de éstas. La Dirección inició sus trabajos en la población de San Juan Teotihuacán, en donde se encontraba la zona arqueológica del mismo nombre. Este lugar era representativo de las poblaciones de todo el Estado de México, así como de los estados de Hidalgo, Puebla y Tlaxcala. Al parecer, el área fue escogida por su cercanía a la Ciudad de México y por las facilidades de acceso que presentaba. Seguramente, el hecho de que en este poblado se encontrara la “Ciudad de los dioses” también fue una consideración de peso para tal elección.

El objetivo primordial era establecer un diagnóstico de la población indígena de la región y, posteriormente, sugerir los medios adecuados y factibles (a los gobiernos de todos los niveles) para propiciar su mejoría física, intelectual, social y económica.¹⁴ Gamio consideraba que las poblaciones indígenas del país, en general, no habían sido estudiadas de forma correcta, y que esto había agravado el retraso social y económico de los pueblos. Parte de este error, decía, se basaba en que los censos poblacionales habían ignorado la presencia de los indígenas, al contabilizarlos como “blancos” por el hecho de que hablaban español. Sin embargo, estas poblaciones, seguían manteniendo las costumbres y el *folk-lore* indígena, lo que las mantenía en el retraso y completamente alejadas de los beneficios de la civilización moderna.¹⁵

¹² La Dirección fue creada por decreto presidencial el 27 de abril de 1917, y fue insertada en esta Secretaría debido a que a ésta última se avocaba a tanto al estudio y fomento de las condiciones de posesión, producción y habilidad del territorio nacional, como del desarrollo de la población. Cf. *Decreto que forma la Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos en la Secretaría de Fomento*, en Gallegos (coord.), José Roberto Gallegos Téllez-Rojo y Miguel Pastrana Flores (comps.), *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacán*, Proyecto Historia de la Arqueología de Teotihuacán, Colección Antología, Serie Arqueología, INAH, México, 1997, p. 347. Para 1919, esta instancia cambia su nombre a Dirección de Antropología.

¹³ Cabe aclarar que, para estos momentos ya se utilizan, de forma casi generalizada, los términos “arqueología”, “historia” y “antropología” para referirse, respectivamente, a los estudios sobre la etapa prehispánica, colonial y contemporánea, y que se abandonan los términos de “historia de antigüedades”, “historia patria” o “historia prehispánica”. Respetaré el uso de estos términos en cada autor, sin por ello asumir que sea a partir de este momento que se define una total división disciplinar.

¹⁴ Gamio, Manuel, “Introducción”, *La población del Valle de Teotihuacán. El medio en que se ha desarrollado. Su evolución étnica y social. Iniciativas para procurar su mejoramiento*, T. I, Dirección de Talleres Gráficos dependiente de la SEP, México, 1922, p. XII.

¹⁵ Algunos autores sugieren que estas preocupaciones, así como el uso de términos como “cultura”, *folk-lore* sugieren el acercamiento de Gamio al relativismo cultural de Franz Boas. Sin embargo, me parece que, al menos en esta obra, no es posible considerar tales filiaciones teóricas. De hecho, en este texto Gamio aclara que no puede mostrar una clara definición sobre el “folk-lore” y que en muchos casos, éste se confunde con la “etnografía”. Para aclarar los términos, enfatiza que el primero puede definirse como la interpretación de la vida con base en criterios regionales (es decir, no

Por medio de las investigaciones integrales se pretendía establecer una línea histórica entre los antiguos pobladores y los que vivían entonces en el Valle, que pudiera dar respuesta al retraso presente en la población.¹⁶ Para Gamio:

La población del valle presenta en sus tres etapas de desarrollo, precolonial, colonial y contemporáneo, una evolución inversa o descendente. En efecto, durante el primer periodo los habitantes de la región ostentaban un floreciente desarrollo intelectual y material, según lo demuestran copiosas tradiciones y los majestuosos vestigios de todo género que no han legado. La época colonial significó la decadencia para la población, que perdió su nacionalidad, [...], los hábitos y las costumbres aborígenes se vieron destruidos u hostilizados sin cesar por la cultura de los invasores [...] apenas si se conservó la raza y la propiedad agraria, aunque bastante mermada [...]. Durante el último periodo, o sea desde principios del siglo XIX hasta la fecha, se ha acentuado de modo alarmante aquella decadencia, pues los habitantes han perdido casi en su totalidad lo único que poseían que era la propiedad agraria [...]¹⁷

Era en este sentido que los estudios arqueológicos tenían que incorporarse a los proyectos integrales. Las exploraciones realizadas en el Valle de Teotihuacán han sido profusamente elogiadas por varios historiadores de la arqueología, debido al supuesto carácter “integral” que enunciaron (es decir, la puesta en marcha de varias disciplinas en torno a un mismo sitio y problemática).¹⁸ No obstante, cabría aclarar que las labores que emprendió la Dirección en éste y otros sitios, no tuvieron cambios epistemológicos profundos en relación a la historia patria de los estudios decimonónicos, como los llevados a cabo por los profesores del Museo Nacional o Leopoldo Batres.

universales y por oposición a la ciencia moderna) y con mecanismos de transmisión orales. En este sentido, opina que la herbolaria indígena es una muestra de “folk-lore” (que puede equipararse a los remedios medievales europeos); la brujería en los indígenas y las artes adivinatorias practicadas en las ciudades; o bien, las danzas religioso-paganas, aunque estas últimas también tienen un carácter etnográfico.

Es posible que en esta distinción -entre lo “etnográfico” y lo “folk-lórico”- se base el criterio de las políticas de “conservación” de las tradiciones indígenas impulsadas por la Dirección: mientras que se impulsarán las danzas, se tratará de desterrar la práctica de brujería. Al respecto, Gamio señala que “[...] la extensión e intensidad que presenta la vida *folk-lórica* en la gran mayoría de la población, demuestra de modo elocuente el retraso cultural en que vegeta la misma. Curiosa, atractiva y original es esa vida arcaica que se desliza entre artificios, espejismos y supersticiones; mas en todos sentidos sería preferible para los habitantes estar incorporados a la civilización contemporánea de avanzadas ideas modernas que, aun cuando desprovistas de fantasía y de sugestivo ropaje tradicional, contribuyen a conquistar de manera positiva el bienestar material e intelectual a que aspira sin cesar la humanidad.” (Gamio, Manuel, “Introducción”, *La población del Valle...*, *op cit*, p. LII).

¹⁶ ATA, exp. B/023”20”(02)/1, f. 3.

¹⁷ Gamio, Manuel, “Introducción”, *La población del Valle...*, *op cit*, p. XIX. En otro lado (“Estado actual de las investigaciones antropológicas en México y sugerencias sobre su desarrollo futuro”, *Dos aportaciones de la antropología en México*, publicación con motivo del Coloquio “La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión (5-7 de julio de 1993)”, Seminario de Filosofía, Historia y Sociología de la Antropología en México, DEAS-INAH, México, 1993, p. 35.), Gamio asegura que las tradiciones que presentaban los pobladores del Valle estaban “corrompidas” por los siglos de dominación colonial, debido a que las poblaciones habían vivido en un “retraso cultural de cuatro siglos”. Aun cuando este documento no tiene fecha, me parece posible que date de 1924.

Es de notar que en esta apreciación prevalece una noción de inmutabilidad en el tiempo, al suponer que los pobladores contemporáneos necesariamente tenían que ser los descendientes directos de los antiguos teotihuacanos pero “degradados”.

¹⁸ Cf. p. ej. Bernal, Ignacio, *Historia de la arqueología...*, *op cit*; Matos, *Las piedras negadas...*, *op cit*; y Matos, “Las corrientes arqueológicas en México”, *Nueva Antropología*, Año III, N° 12, México, 1979, pp. 7-25.

En general, las labores arqueológicas de la Dirección tenían como objetivo hacer un inventario de los sitios de toda la República incluyendo su ubicación geográfica y rutas de acceso. De ser posible, también se daba una aproximación cronológica y cultural, y se proponían los medios para brindar a cada zona de vigilancia constante por medio de la contratación de un custodio. Las excavaciones profundas se enfocaban de manera exclusiva a los “proyectos integrales”. Aquí se pretendía liberar los principales edificios de las zonas, y establecer las correlaciones cronológicas y culturales de los restos para, después, como en el caso de Teotihuacán, determinar el grado de evolución o desarrollo de las poblaciones entonces actuales.

Las investigaciones arqueológicas, además de dotar de la profundidad histórica a la población y, con ello, a toda la nación, brindarían una zona que podría atraer al turismo. Con esta finalidad se exploró el complejo conocido como La Ciudadela; el Hotel de las Pirámides pasó a ser propiedad de la nación y se adaptó para ponerlo al servicio de los turistas; y se hicieron mejoras en el camino Pirámides-San Martín, y en el que conducía de la Capital al Campamento de la zona.¹⁹

Por otro lado, entre las mejoras sociales que impulsó la Dirección se encontraba la implementación de educación sanitaria, agrícola, cívica, comercial, moral y elemental (junto con la enseñanza del español), para cambiar las “costumbres” de los pobladores hacia la mexicanidad.²⁰ De esta manera, a los lugareños se les enseñaron obras de teatro, música y danza, con base en las “costumbres regionales” y para impulsar el desarrollo de un arte “genuinamente nacional”. Se introdujeron diversos talleres para instruirlos en algunas técnicas artesanales: se les enseñó a hacer tapetes (de Chinconcuac), talavera (de Puebla), talla de obsidiana y panadería, entre otras actividades. La intención era que los pobladores se integraran paulatinamente a las bondades de la vida moderna y, además, pudieran hacer artesanías para los turistas que visitaran la zona y, de esta manera, obtuvieran un beneficio económico de las labores de investigación emprendidas por la Dirección.²¹

Los trabajos en el Valle iniciaron en 1917 y los resultados fueron publicados en 1922, y esta obra le valió el reconocimiento nacional e internacional, tanto a la dependencia como a Manuel Gamio. Todas estas acciones seguramente fueron el acicate para ampliar el rango de acción de la Dirección de Antropología. En 1924 José Vasconcelos renunció a la

¹⁹ ATA, exp. B/023”21”(02)/1, f. 6 y exp. B/023”22”(02)/1, fs. 6-7.

²⁰ Este programa era muy similar al que emprendió José Vasconcelos en las Misiones Culturales a partir de 1923.

²¹ ATA, exp. B/023”22”(02)/1, fs. 5-6. Este tipo de acciones “sociales”, pese a su fracaso histórico demostrado, siguen emprendiéndose en cada uno de los sitios que son abiertos al público por el INAH.

Por otro lado, cabe enfatizar el éxito de estas acciones en el imaginario de las poblaciones del Valle, y su indiscriminado uso político e ideológico. Años atrás, cuando se proyectaba la construcción de un centro comercial en el poblado de San Juan, las asociaciones de artesanos se opuso, argumentando que era una violación al espacio sagrado y que ellos, quienes aprendieron sus artes (en la talla de obsidiana, por ejemplo) de sus ancestros teotihuacanos, eran los defensores legítimos del lugar.

Secretaría de Educación Pública, y fue el médico José Manuel Puig Casauranc (1888-1939) quien lo sustituyó, con Manuel Gamio como Subsecretario. Sin abandonar por completo el programa de la gestión anterior, la Secretaría se avocó al problema de la incorporación indígena por medio de dos nuevos departamentos: el de Escuelas Rurales de Incorporación Cultural Indígena y el de Antropología. En este último fueron reunidos el Museo Nacional, la Inspección Nacional de Monumentos Artísticos e Históricos y la Dirección de Antropología, con la finalidad de fomentar la formación de una nueva nacionalidad coherente y definida, “una verdadera patria”.²²

La nueva instancia fue denominada Departamento de Antropología y, al conjugar a todas las dependencias antes mencionadas, concentró toda la actividad antropológica, histórica y arqueológica del país por vez primera, tras los movimientos armados de 1910. El plan de acción era el mismo que venía desarrollando la anterior Dirección de Antropología, con sus dos departamentos (de Población Colonial y Precolonial; y de Población Contemporánea), al llevar a cabo estudios de antropología aplicada en poblaciones indígenas; la exploración de sitios arqueológicos y su vigilancia; y los proyectos integrales que, para este momento, ya estaba en marcha con los trabajos preliminares en Oaxaca. Además, se encargó de dirigir los trabajos de curaduría del Museo Nacional, y de llevar a cabo la inspección de los sitios coloniales y artísticos.

Pese al descontento generalizado de los profesores del Museo Nacional e, incluso la renuncia de algunos de éstos como un acto de repudio a lo que ellos consideraban una intromisión en sus espacios laborales, el proyecto se mantuvo como un éxito. Y a éste le hubiese seguido el de Monte Albán, en Oaxaca, siguiente zona que se pretendía explorar, si Gamio hubiese sabido mantener su posición encumbrada. En 1925, luego de ser nombrado Subsecretario de Educación y de haber trasladado la Dirección de Antropología a esta Secretaría, tuvo una fuerte rencilla con sus superiores, al denunciar malversación de fondos. Este incidente le valió la enemistad con el presidente Plutarco Elías Calles y su autoexilio en Estados Unidos. Con este tropiezo político en la Secretaría, todo su proyecto se vino abajo.

No obstante, la liga que Gamio estableciera entre el más remoto y majestuoso origen civilizatorio de los pueblos y los pueblos indígenas contemporáneos, sí tuvo una continuidad, aunque no necesariamente mediante una herencia directa de sus acciones emprendidas en la Dirección de Antropología. Su propuesta de relacionar el pasado prehispánico con los pueblos contemporáneos podría considerarse como una arista más del pensamiento liberal decimonónico, ya en el siglo XX, los estudios “aplicados” también

²² La Inspección de Monumentos Artísticos e Históricos fue creada durante la presidencia de Victoriano Huerta en la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, con la finalidad de atender la vigilancia y custodia de los bienes muebles e inmuebles posteriores a la conquista española. Con la creación de la SEP, esta dependencia pasó, al igual que el Museo Nacional, a tal Secretaría. El desarrollo detallado de todos los cambios institucionales entre 1917 y hasta 1939, en López Hernández, *La arqueología mexicana en un periodo..., op cit.*

fueron llevados a cabo por las Misiones Culturales impulsadas por José Vasconcelos y, años después, también fueron una guía para las políticas indigenistas de la década de los años cuarenta.²³ En la arqueología, por otro lado, por las mismas fechas se establecería un contundente lazo de mayores ambiciones. No sólo se ligaría lo indígena y lo prehispánico, sino se establecería que el pueblo mexicano, tenía una profunda y poderosa raíz prehispánica en una sola civilización: la olmeca.

La definición de los arcaicos

Es cierto que, desde el proyecto integral realizado en Teotihuacán, buena parte del esfuerzo se avocó a la apertura de la zona arqueológica en aras de ponerla al servicio del turismo. Sin embargo, cabe resaltar que estas exploraciones también pretendían avocarse a la resolución de un problema mayor: el del ordenamiento cronológico y cultural de los restos y, sobre todo, el de su origen. La historia prehispánica escrita durante el siglo XIX había delineado parte del desarrollo de los pueblos prehispánicos pero aún quedaban sin resolver varias interrogantes.²⁴

Como referí antes, durante el siglo XIX, el proceso de laicización de la historia se volcó a la identificación de dos puntos del origen: el del hombre en el continente; y el de la civilización. En el primer sentido expuesto, existían diversas posturas que, generalmente ubicaban un origen al otro lado del océano, y proponían diversas rutas migratorias hacia el continente americano, algunas veces, apelando aún a la historia bíblica.²⁵ A partir de los restos fechables conocidos entonces era muy factible considerar la poca antigüedad de las poblaciones americanas con relación a las del Viejo Continente, aún cuando esta propuesta no fuese halagadora para el nacionalismo de algunos estudiosos. Por otro lado, visto desde el proyecto de la modernidad universalista, encontrar una relación de origen con los pueblos de la Antigüedad Clásica no resultaba ofensivo en ningún sentido. Las posturas que más problemas de aceptación tuvieron fueron, evidentemente, las que relacionaban al continente con África o bien con Asia, como las descritas en el capítulo anterior.

En el segundo sentido expuesto arriba, eran las zonas del Altiplano y la maya, las que se disputaban la mayor antigüedad en el asunto del origen de la civilización. Desde el siglo XIX, por medio de los estudios que hicieron diversos viajeros (como Augustus Le Plongeon,

²³ Como he referido en otro lugar (López Hernández, *La arqueología mexicana en un periodo...*, *op cit*) es probable que, con la salida de Gamio del país, haya sido el Departamento de Cultura e Incorporación Indígena en la SEP, quien se haya hecho cargo de los trabajos antropológicos o sobre poblaciones indígenas. Sin embargo, aún está pendiente el análisis de estos estudios hasta la creación del INAH y del Instituto Nacional Indigenista.

²⁴ Durante el siglo XIX se utilizó, de manera general, la denominación de "pueblo" y, paulatinamente, fue sustituida por la de "cultura", que alcanzó su generalización en las primeras décadas de la siguiente centuria. La transición entre ambas categorías tiene que ver con el desarrollo de la historia decimonónica y el surgimiento del pensamiento antropológico, sobre todo, con relación al apogeo del culturalismo alemán. Éste, sin embargo, es un tema que no abordaré en este trabajo, por lo que me limitaré a respetar el uso preciso que dio cada uno de los autores tratados aquí.

²⁵ Díaz Perera, *De viajeros y coleccionistas de antigüedades...* *op cit*.

Edward Thompson, John Lloyd Stephens, Desiré Charnay, Frédéric Waldeck, Brasseur de Bourbourg, etc.), la élite de la capital y del mundo conocieron los restos majestuosos que ocultaba la selva del sureste mexicano y Centroamérica.²⁶ Debido a los restos arquitectónicos y escultóricos de estos sitios, se pensaba que habían sido pueblos civilizados. De hecho, fue por esta apreciación que se iniciaron el siguiente siglo las exploraciones en La Venta, Tabasco. De ello hablaré en el siguiente capítulo.

El Altiplano, por otro lado, se consideraba como un desarrollo independiente, quizás en buena medida por razones de corte ideológico y político. Este era el punto en el que tuvo cabida la civilización azteca, la que se fusionó con el pueblo español, tras la conquista en el siglo XVI. Pero los aztecas se asentaron, de acuerdo a las fuentes, sólo unos cuantos siglos antes de la llegada de los españoles. Esta fecha era demasiado tardía para reconocerla como el origen civilizatorio del pueblo mexicano. Tenía que existir, por tanto, una civilización anterior de la que el pueblo azteca se hubiese desprendido.

Éste era el tolteca. Era casi un acuerdo general considerar que el origen civilizatorio había arrancado en la *Tollan*, la ciudad referida en las fuentes del siglo XVI por Fray Bernardino de Sahagún. Se consideraba que, debido al genio y gobierno de Quetzalcóatl, en este sitio se habían desarrollado las artes, las ciencias, la arquitectura monumental y la religión monoteísta sin sacrificios humanos, es decir, la civilización.²⁷ Posteriormente, tribus norteamericanas se asentarían en la Cuenca de México, y Nezahualcóyotl las guiaría por la senda civilizatoria, aunque sin alcanzar el éxito de su predecesor en la *Tollan*.

De acuerdo a las fuentes, tal ciudad debía haberse desarrollado entre el 900 y el 1100dC, fecha que podía dotar de más raigambre a la historia del pueblo mexicano. En lo que no existía acuerdo alguno era sobre la ubicación geográfica de este lugar. Había quienes insistían en que se trataba de Tula, en el estado de Hidalgo, y quienes preferían a Teotihuacán, en la Cuenca de México.²⁸ En este último grupo se encontraba Gamio. Al igual que sus antecesores, consideraba que Teotihuacán tenía una importancia preponderante en la historia prehispánica, y estaba convencido de que el sitio era la mítica *Tollan*:

[...] confesamos que la siguiente conclusión es una hipótesis aventurada y sujeta a rectificaciones posteriores, si bien con fundamento en lo anteriormente expuesto: creemos que Teotihuacán es la primitiva, la grandiosa Tula que debe haber florecido cinco o más centurias antes de la era cristiana; esta metrópoli decayó quizá al principiar la era cristiana o

²⁶ Un estudio general sobre algunos de estos viajeros, en Brunhouse, Robert L., *En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos*, Trad. Jorge Ferreiro, FCE, México, 1989. Sobre la construcción de la narrativa histórica desde la experiencia de un viajero, cf. Díaz Perera, *De viajeros y coleccionistas de antigüedades...*, *op cit.*

²⁷ Este juicio, evidentemente, se basaba en el criterio occidental de la historia del arte para la caracterización de los pueblos de la Antigüedad Clásica.

²⁸ La disputa, de hecho, continúa hasta el día de hoy. Hace algunos años Enrique Florescano ("Quetzalcóatl. Metáforas e imágenes", *La Jornada Suplemento*, 4 de marzo de 2003, México) escribió a favor de que "Teotihuacán es la Tollan legendaria, la matriz que produjo la peculiar cosmovisión mesoamericana sobre la creación del mundo, el origen de los dioses y el principio de los reinos".

poco después. Sus habitantes, movidos por causas que ignoramos, se expatriaron y ambulaban por diversas regiones conservando los rasgos característicos de su civilización, hasta que, después de varios siglos, se establecieron en un lugar del actual estado de Hidalgo, al que, en recuerdo de su antigua metrópoli, pusieron el nombre de Tula, la ciudad que citan los cronistas, los anales y las tradiciones. Sólo así se explica la contradicción y el desconcierto en que se recae al analizar los datos relativos a Tula y Teotihuacán.²⁹

Gamio pensaba realizar excavaciones en Tula, Hidalgo, para confirmar que las manifestaciones de este último lugar, tuvieron su inicio y florecimiento previamente en Teotihuacán. Sin embargo, este proyecto no tuvo cabida en ningún sentido: al poco tiempo de dar por finalizados los trabajos en el Valle, Gamio salió del país enemistado con el presidente Calles y su proyecto terminó abruptamente. Tula sólo sería excavada casi dos décadas después, pero para demostrar la tesis contraria, bajo la dirección de un nuevo personaje que superaría con creces las habilidades de administración y de gestión mostradas por Gamio en el ámbito antropológico.

Antes de su tropiezo político, sin embargo, Gamio pudo dedicarse a la resolución de otro problema que también preocupaba a los estudiosos: el de los arcaicos. En el ordenamiento de los pueblos, se reconocía la existencia de restos de mayor antigüedad, que aún cuando no podían considerarse como el producto de un desarrollo civilizado, sí explicaban la etapa evolutiva previa a la *Tollan*. Desde las últimas décadas del siglo XIX, se habían propuesto la presencia de tres culturas para la Cuenca de México. Éstas eran, en orden de sucesión, la arcaica, la tolteca y la azteca.

Algunos autores han señalado que tales estudios carecieron de científicidad debido a que estuvieron basados en el análisis tendencioso de las fuentes coloniales, y que, en cambio, fue a partir de la Revolución que se introdujo un análisis “científico” de los restos, queriendo resaltar con ello, la introducción de nuevas metodologías en el análisis, en particular, la de la excavación estratigráfica que se llevó a cabo en el proyecto del Valle de Teotihuacán.³⁰ Es cierto que Gamio, respaldado en el prestigio que le otorgó su aprendizaje al lado de Franz Boas (1858-1942), expresó en diversas ocasiones el propósito de desechar las interpretaciones decimonónicas y transformar a la arqueología en una ciencia objetiva.³¹

²⁹ Gamio, Manuel, “Introducción”, *La población del Valle...*, *op cit*, p. LXII.

³⁰ Ha sido el trabajo de Ignacio Bernal (*Historia de la arqueología...*, *op cit*) uno de los primeros en sugerir esta idea para los trabajos realizados después de los movimientos armados de la Revolución de 1910 y hasta la década de los años cincuenta. Por su parte, Matos Moctezuma (“Las corrientes arqueológicas en México”, *Nueva Antropología*, Año III, N° 12, México, 1979, pp. 7-25; y *Las piedras negadas...*, *op cit*) recuperó esta idea para sustentar la importancia de Manuel Gamio en la arqueología y antropología de los años posrevolucionarios.

³¹ Por ejemplo, en 1922, Gamio hace un recuento de los análisis cerámicos hechos en la Cuenca de México desde el siglo XIX, pero otorga el mayor crédito a los realizados por su mentor Boas, en la Escuela Internacional. Así mismo, privilegia sus propios trabajos en esta institución al señalar que, hasta 1911 su excavación en Azcapotzalco, “fue la primera y única que se efectuaba con método científico en el Valle de México” (Gamio 1928, p. 109). En otro lugar (López Hernández 2008) he abordado la mitificación de la introducción del método estratigráfico en México. También, cf. Schavelzon, s/f.

Sin embargo, ello era más una justificación de su proyecto que verdaderos cambios en la metodología de la práctica arqueológica.

En realidad, como referí en el capítulo anterior, el principio geológico de la estratigrafía fue aplicado desde el siglo XIX para establecer la sucesión de pueblos, tanto con base en los restos arquitectónicos como en la de los cerámicos.³² En estos últimos, generalmente, fue más utilizado en relación a las figurillas, pues eran éstas las que mostraban de una manera más contundente, los cambios en los estilos. Así, tanto Leopoldo Batres y antes Williams H. Holmes, propusieron la sucesión de tres pueblos en Teotihuacán, con base en los estudios estratigráficos.³³

La denominación y caracterización de estos restos fue más profusa a partir de las primeras décadas del siglo XX, cuando además de analizar los estilos presentes en las figurillas, se definieron tipos estilísticos en los restos de vasijas que presentaban decoración. A partir de las exploraciones realizadas por la Escuela Internacional en la ladrillera de Azcapotzalco (1911), bajo la dirección de Franz Boas, se propuso una cronología general de tales culturas con base en los restos cerámicos que presentaban decoración.

³² La estratigrafía arqueológica se refiere a la aplicación de la propuesta del geólogo británico Charles Lyell (1797-1875) en el análisis de los restos culturales. Se parte del principio de que los estratos más recientes (temporalmente) se encuentran físicamente por encima de los más antiguos. A partir de esta simple inferencia es posible considerar que los restos culturales más profundos son más antiguos que los que se encuentran en los estratos superiores.

En aquél entonces (s. XIX), y prácticamente hasta mediados del siglo XX, los restos culturales eran excavados y clasificados de acuerdo a la profundidad en la que fueron hallados. Luego de ello, eran clasificados de acuerdo a las similitudes físicas que presentaban para agruparlos en “estilos”. Una vez establecidos los “estilos”, éstos eran relacionados con la profundidad en la que fueron hallados, y se establecía una secuencia cronológica relativa. Al menos en México, este principio también fue aplicado en la arquitectura, al considerar que los edificios mantenían una secuencia cronológica al igual que los estratos de la tierra.

La estratigrafía fue, en mucho, una estrategia básica para la historia cultural. A partir de la secuencias estratigráficas, aquella teoría establece rasgos culturales para la definición de culturas y áreas, considerando que los restos materiales son un reflejo de la mentalidad de los pueblos. Cabría apuntar que la metodología estratigráfica se modificó sustancialmente en la segunda mitad del siglo XX a raíz de las críticas desatadas a la teoría histórico-cultural. Cf. p. ej. Flannery, Kent, “Culture History v. Cultural Process: A debate in American Archaeology”, en Mark Leone (ed.), *Contemporary Archaeology. A guide to theory and contributions*, Southern Illinois University Press, Estados Unidos, 1977, pp. 102-107. Actualmente, el trabajo estratigráfico dista mucho del que propusieron los estudiosos de fines del siglo XIX. Cf. p. ej. la propuesta de Harris, Marvin, *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, Siglo XXI Editores, México, 1979.

³³ Vázquez y Rutsch (“México en la imagen de la ciencia y las teorías de la historia cultural alemana”, *Ludus Vitalis. Revista de filosofía de las ciencias de la vida*, Vol. V, N° 8, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano/SEP-UAM Iztapalapa-Universidad Illes Balears, México, 1997, pp. 115-178) consideran que fue Seler quien, inspirado en la geología y la prehistoria, “[...] introdujo tres asociaciones simultáneas: de los estratos geológicos pasó a los estratos culturales y de éstos al orden cronológico o histórico en que se sucedieron las civilizaciones como tipos locales o regiones culturales” (p. 124) Sin embargo, me parece que sólo el sentido historicista podría atribuirse como una innovación del germano en México, pues la relación espacial y cronológica de los estratos culturales era usada por varios autores antes de los trabajos de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas en México. Cf. p. ej. Batres, Leopoldo, *Teotihuacán... op cit*; Schavelzon, Daniel, “The origins of stratigraphy in Latin America: the same question, again, again and again”, ms., 10 pags., s/f, proporcionado por el autor; Bolaños Sánchez, Víctor Hugo, *La arqueología como ciencia en México: una mirada a la disciplina a través del conflicto Leopoldo Batres-Manuel Gamio en la historia de la arqueología*, tesis de Maestría en Filosofía de la Ciencia, FFyL-UNAM, México, 2007. No obstante, es cierto, como señalan Vázquez y Rutsch (p. 123) que la Escuela Internacional usaba la estratigrafía, bajo una concepción historicista, como base fundamental de su programa de trabajo para identificar diferencias étnicas.

Sin embargo, para la década de los años veinte, aún faltaba delinear al resto del pasado prehispánico en la República y su posición dentro de la historia. El problema, de hecho, arrancaba desde el origen mismo de esas manifestaciones que, de preferencia, tendría que ser autóctono. El universalismo de la modernidad porfiriana se puso en tela de juicio a raíz de los movimientos armados de la revolución y de la situación mundial de guerra, por lo que cada vez resultaba más urgente, a los ojos de la clase intelectual, delinear el rostro propio, el del mexicano y sus raíces prehispánicas.

Franz Boas había propuesto los tipos que definían a las tres culturas que ocuparon la Cuenca de México: la “cultura de los cerros” era la primera que ocupó las laderas y, que a ésta, le seguían los desarrollos de Teotihuacán y, posteriormente, los de la cultura azteca.³⁴ Sin embargo, se desconocía la extensión y distribución geográfica de estos primeros restos y la forma en que se relacionaban con las demás culturas. Las exploraciones que realizó la Dirección de Antropología en el Valle de Teotihuacán, de hecho, tenían como uno de sus objetivos, comprobar, al interior de la zona, la secuencia propuesta por Boas.

Gamio tenía cierta experiencia en la investigación de los monumentos arqueológicos. Había sido estudiante del Museo Nacional, y también hizo estudios en Columbia y como *fellow* de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas.³⁵ Fue esta última experiencia la que lo motivó a buscar la confirmación de la secuencia de Boas en Teotihuacán. Seguramente las actividades administrativas y de gestión del proyecto le impidieron dedicarse al trabajo de campo, por lo que convocó a uno de sus viejos amigos para cubrir sus objetivos. José Reygadas, nombrado Jefe del Departamento de Población Colonial y Precolonial de la Dirección, fue el encargado y realizó 16 pozos estratigráficos de 5m por lado distribuidos en toda la zona para recuperar los restos cerámicos presentes en cada uno de los estratos. En éstos, Reygadas logró identificar los tipos que previamente había definido Boas y, con ello, concluyó que, en efecto, los tres estaban presentes y en el orden que el alemán había definido para el resto de la Cuenca.³⁶

³⁴ Cf. Boas, Franz (selección y arreglo de colecciones), Manuel Gamio (texto) y Adolfo Best (ilustraciones), *Álbum de colecciones arqueológicas*, Publicaciones de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1921.

³⁵ Tras haber abandonado los estudios de ingeniería en la Escuela de Minas, Gamio ingresó como estudiante en el Museo Nacional en 1906. Fue así que pudo realizar su primera exploración arqueológica en el sitio de Chalchihuites, trabajo que le mereció la eterna enemistad de Leopoldo Batres (porque no se le solicitó su autorización para los mismos), y también, la recomendación y el aprecio de Zelia Nuttall quien lo recomendó ampliamente en la Universidad de Columbia para realizar estudios de maestría. A su regreso, y quizás gracias a las credenciales de las cuales se hizo acreedor en su estancia como estudiante en Estados Unidos, se integró como *fellow* en la naciente Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas. Aprendió entonces, los principios de excavación y clasificación cerámica de Franz Boas en las exploraciones que emprendió la Escuela en la ladrillera de Azcapotzalco durante 1911. Ya en 1913, y a la par de las actividades de la Escuela Internacional, fue nombrado Inspector de Monumentos, sucediendo en el puesto a Francisco Rodríguez quien a su vez, había sustituido a Leopoldo Batres. Cf. Rutsch, *Entre el campo y el gabinete... op cit.*

³⁶ Reygadas, José, “Estratigrafía y extensión cultural”, en Manuel Gamio, *La población del Valle de Teotihuacán. El medio en que se ha desarrollado. Su evolución étnica y social. Iniciativas para procurar su mejoramiento*, T. I, Dirección de Talleres Gráficos dependiente de la SEP, México, 1922, p. 221-269. El estudio estratigráfico aspiraba, además, al establecimiento de

En este mismo sentido se hicieron otras exploraciones menores en la Dirección de Antropología. Por ejemplo, desde 1918, se dio inicio a las excavaciones en San Pedro de los Pinos, en el “Cerro del Conde” en San Bartolomé Naucalpan, Cuernavaca y en el Pedregal de San Ángel, en Copilco.³⁷ En este último sitio, en 1919 se reportó el hallazgo de sepulcros ubicados bajo la lava volcánica del Pedregal, y se destacó su importancia debido a que los restos:

[...] pertenecen a la civilización más antigua del Valle de México, pero se diferencian de otras del mismo género que han aparecido en el Valle por representar a [un] tipo evolutivo más avanzado de dicha civilización asemejándose más a los tipos que se han hallado en Jalisco y Michoacán que a los que parecen en el Valle de México.³⁸

Durante el transcurso de las exploraciones Gamio aseguró a sus superiores que estos restos eran los más antiguos de México y “quizás de la América”.³⁹ Sin embargo, por tratarse de reportes técnicos a la Secretaría de Agricultura, no fue muy específico ni extenso en sus elucubraciones. Sin embargo, en 1922 presentó su tesis in extenso ante el *XX Congreso Internacional de Americanistas*, reunido en Río de Janeiro, Brasil.⁴⁰ En esta conferencia hizo un recuento de las exploraciones que se habían realizado en la Cuenca de México, concluyendo que, a partir de éstas, podía considerarse que la secuencia propuesta por Boas era correcta y que sólo estos tres tipos habían florecido en la Cuenca, pero que aún no era posible generalizar esta conclusión a toda la región.

Relataba también que inició las exploraciones en Copilco, debido a que, con la extracción de piedra en el lugar (era una zona de cantera para construcción) se había puesto en evidencia la presencia de restos de cerámica y huesos humanos debajo de la lava. Es posible que se tratara del mismo lugar en el que, décadas atrás, Mariano Bárcena reportara los restos del hombre prehistórico. Gamio escogió el lugar con mayor presencia numérica de objetos para dar inicio a sus exploraciones, bajo la vigilancia de Reygadas y junto con su hermano Gabriel, ambos trabajadores de la Dirección de Antropología. Fueron los estudiantes de esta dependencia quienes hicieron el estudio antropológico de los restos humanos, mientras que el cerámico no se realizó, al menos no hasta el momento de la presentación de esta ponencia, y se retomó la clasificación de Boas.

una cronología más precisa. Gamio pensaba que si se medía el sedimento acumulado durante cuatro siglos al pie de las iglesias (es decir, sobre su arranque), podrían establecerse correlaciones más o menos precisas en las “etapas” identificadas en la zona arqueológica, relacionando determinado grosor de capa con X número de años (Gamio, “Introducción”, *La población del Valle...*, op cit, p. LXII). Reygadas hizo el experimento y se lamentó de no haber podido obtener resultados favorables, porque, evidentemente, no había un patrón regular de sedimentación.

³⁷ ATA, exp. B/023”18”(02)/1; exp. B/023”20”(02)/1; y exp. B/023”21”(02)/1.

³⁸ ATA, exp. B/023”18”(02)/1.

³⁹ ATA, exp. B/023”21”(02)/1, f. 4.

⁴⁰ Gamio, Manuel, “Las excavaciones del pedregal de San Ángel y la cultura arcaica del Valle de México”, *Anales do XX Congresso Internacional de Americanistas realizado no Rio de Janeiro, de 20 a 30 de agosto de 1922*, Vol. II, Primera parte, Imprensa Nacional, Río de Janeiro, 1928, pp. 107-125.

De acuerdo a la cerámica encontrada, concluyó Gamio en su ponencia, los restos del Pedregal podían considerarse “arcaicos” (o “de los cerros”, de acuerdo a la clasificación de Boas) y, debido al tipo físico identificado en los restos humanos, éstos pertenecían al hombre moderno, y no al prehistórico, como Bárcena había propuesto. Al haber localizado estos restos sin mezcla alguna de materiales de otra cultura (como había ocurrido en otros sitios), proponía que ésta era la cultura más antigua del Valle de México y, quizás de la República, y que sin lugar a dudas correspondía a la civilización otomí, la que era, de acuerdo a las fuentes, la más antigua de ese lugar. También presentó sus resultados en la revista *American Anthropologist* en 1924. Aquí Gamio es más claro en su argumento a asegurar que la cultura arcaica era la “cultura madre de América”, la que dio vida a Teotihuacán y mucho más antigua que la cultura Maya.⁴¹

En realidad, aunque Gamio no lo menciona en este artículo, al tiempo que él realizó sus exploraciones en Copilco, Hermann Beyer (1880-1942) publicaba un texto al respecto, señalando que, en efecto, debajo de la lava del volcán, se encontraban restos cerámicos del tipo “arcaico”, “de los cerros” u “olmeco” como lo habían denominado otros autores. Sin embargo, Beyer no relacionaba este tipo (al que denomina “subpedregalense”) con los otomíes ni con cualquier otro grupo, porque

Esta unidad cultural extendida sobre una vasta región, naturalmente no debe ser interpretada como una comprobación de que se trate de una sola raza o familia étnica. Así puede ser, pero también es posible que eran tribus de diferente filiación racial las que habían adoptado la misma civilización [...] Probablemente nuestros hombres del Pedregal han sido los progenitores de la población más civilizada de Teotihuacán.⁴²

La propuesta de Gamio, de hecho, no fue bien recibida por sus contemporáneos. Miguel Othón de Mendizábal (1890-1945), antiguo estudiante del Museo Nacional, sugería por las mismas fechas una tesis diferente. Para este momento Mendizábal era profesor del Departamento de Etnografía Aborigen del Museo Nacional y, al igual que otros de sus colegas, consideraba que la civilización (como grado evolutivo) se localizaba en la *Tollan*, es decir, en Teotihuacán. Sobre los otomíes, pensaba que éstos no podían ser el grupo más

⁴¹ Aún cuando Gamio usó en esta ponencia el término “civilización”, no lo hizo para identificar a una “sociedad compleja”. De manera indistinta, él utilizó también “cultura”. En ambos casos, me parece que hacía referencia al grupo social, pero sin relación a su grado evolutivo, pues en realidad, consideraba que lo “arcaico” era el primer estadio del desarrollo.

Renato González Mello considera que las propuestas de Gamio sobre los arcaicos presentan cierta influencia ideológica del pensamiento boasiano. La postura política de Franz Boas frente al evolucionismo de los nacionalismos occidentales, fue bien recibida en el ambiente mexicano. Por otro lado, sin embargo, en sus conferencias en la Escuela de Altos Estudios (1911-1912), Franz Boas había expresado que la unidad biológica del hombre se encontraba presente desde los tiempos más tempranos, y que ésta era incluso mayor a la unidad lingüística y cultural (refiriéndose a los restos del Neolítico). Gamio, en cambio y sin brindar argumentos lingüísticos o culturales, tras sus investigaciones en la Cuenca de México, aseguraba que los arcaicos eran la vía para explicar los desarrollos de las civilizaciones posteriores. Cf. González Mello, “Manuel Gamio, Diego Rivera, and the politics of Mexican anthropology”, *Res*, N°45, primavera, 2004, pp. 166ss.

⁴² Beyer, Hermann, “Sobre las antigüedades del Pedregal de San Ángel”, *Memorias y Revista de la Sociedad Científica “Antonio Alzate”*, Tomo 37, N° 1, Sociedad Científica “Antonio Alzate”, México, mayo de 1918, pp. 1-16.

antiguo de la Cuenca de México. Para este autor, los primeros pobladores en el Altiplano eran los toltecas; en el Sureste los olmecas; y en Centroamérica los maya-quichés.⁴³

Años después el mismo Mendizabal, basado en otros estudios arqueológicos, declararía de manera contundente que “los otomíes no fueron los primeros pobladores del Valle de México”.⁴⁴ Sin embargo, para esas fechas, Gamio no se encontraba en México y sólo años después le rebatió de manera verbal, aduciendo que tenía más pruebas a favor de su tesis. Sin embargo, el problema sobre la ubicación del origen, para ese entonces (la década de los años treinta), era más complejo de lo que Gamio había imaginado en un inicio.

Con su salida del país, los intereses de Manuel Gamio en la arqueología y sus interrogantes se cancelaron también de manera definitiva, al menos en México. Quizás de haber continuado en el país hubiese ahondado en el problema del origen y las secuencias culturales. De hecho, el año de su salida (1924), ya habían iniciado los trabajos preliminares en la siguiente zona que sería objeto de una investigación integral: Monte Albán, Oaxaca. Sin embargo, el proyecto se canceló.

Como mencioné arriba, a raíz de su tropiezo político con el secretario Puig Casauranc y con el presidente Calles, Gamio se autoexilió en Estados Unidos y no regresó al país sino hasta la década de los años treinta, pero para dedicarse al indigenismo entonces en boga. En el vecino país, durante su autoexilio, se integró a los equipos de exploración de sus antiguos mentores de la Universidad de Columbia y realizó diversas expediciones en Centro América.⁴⁵ En México, en tanto, su equipo de trabajo heredó la responsabilidad de las tareas pendientes, y se avocó, además de las actividades de exploración y mantenimiento, a responder las interrogantes sobre el origen.

La exploración de los grandes centros de civilización

A finales de 1925, al anterior Departamento de Antropología le fue amputado el Departamento de Población Contemporánea, y todo el personal que laboraba en éste. El Museo Nacional y la Inspección Nacional de Monumentos Artísticos e Históricos y la Dirección de Antropología, también se separaron, volviendo a adquirir su independencia

⁴³ Mendizábal, Miguel Othón, “Ensayo sobre las civilizaciones aborígenes americanas”, *Obras completas*, Tomo II, México, 1946, pp. 5-173.

⁴⁴ Mendizábal, Miguel Othón, “Los otomíes no fueron los primeros pobladores del Valle de México”, *Obras completas*, Tomo II, México, 1946a, pp. 455-474.

⁴⁵ Son varios los autores que mencionan la salida de Gamio del medio antropológico en los años veinte sin que exista un análisis detallado de las razones que lo motivaron ni sobre las consecuencias de este percance político. Cf. p. ej. Gallegos, *Manuel Gamio y la formación de la nacionalidad...*, *op cit*; González Gamio, *Manuel Gamio, una lucha...*, *op cit*; Marquina, Ignacio, *Memorias*, Colección Biblioteca, INAH, México, 1994; Matos Moctezuma, *Las piedras negadas...*, *op cit*; Olivé, “Dirección de Estudios Arqueológicos...”, *op cit*, p. 68; Vázquez León, Luis, “Historia y constitución profesional de la arqueología mexicana (1884-1940)”, María Teresa Cabrero G. (comp.), *El Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*, IIA-UNAM, México, 1993, pp. 70-1; López Hernández, *La arqueología mexicana en un periodo...*, *op cit*. Marquina, por otro lado, refiere que durante 1926 Gamio realizó exploraciones en Guatemala sobre el periodo arcaico (Marquina, *Memorias*, *op cit*, p. 8-9).

fiscal y laboral. Los restos del pomposo Departamento de Antropología fueron transformados en una nueva dependencia denominada Dirección de Arqueología, como una instancia exclusivamente dedicada a la custodia, vigilancia e investigación de los restos de la etapa prehispánica, sin relación alguna con otra disciplina.

José Reygadas quedó al frente de la nueva dependencia. (Ver Ilustración 18, *Anexo I*) Nacido en 1886, era tres años menor que Gamio, y también estudió en la Escuela de Minas, graduándose como ingeniero a principios del siglo XX. Se incorporó al equipo de la Dirección de Antropología, desde el año de su fundación, en 1917. Como mencioné arriba, Reygadas, fue el Jefe del Departamento de Población Colonial y Precolonial, y en el Valle de Teotihuacán, se ocupó de realizar los pozos estratigráficos, la clasificación de la cerámica y también, al parecer, de hacer la consolidación y reconstrucción del Templo de Quetzalcóatl.⁴⁶ Además acompañó a Gamio en otras exploraciones, como en la de Copilco.

Es posible que Gamio lo haya invitado a participar en el proyecto por su experiencia como ingeniero. Explorar Teotihuacán era una gran empresa que no se comparaba a nada de lo que Gamio había realizado antes. En sus exploraciones previas (en Chalchihuites, Zacatecas; Las Escalerillas, y Azcapotzalco, D.F.) no había tenido que lidiar con la excavación de grandes edificios. En Teotihuacán, por el contrario, la liberación de monumentos era una de las prioridades y ameritaba los conocimientos especializados en ingeniería y arquitectura.

Reygadas fue entonces, quien dirigió todas las labores arqueológicas y al personal de la Dirección dedicado a este tipo de estudios. Seguramente gozaba de toda la confianza de Gamio, pues lo sucedió en la dirección cuando éste ascendió a la Subsecretaría de Educación. Con los cambios de 1925, Reygadas simplemente trasladó su puesto a la nueva dependencia y continuó dirigiendo las actividades arqueológicas del país.

Las funciones de esta nueva dependencia siguieron el proyecto ya bosquejado por su antecesora, y las tareas de la ahora Dirección de Arqueología no difirieron en mayor medida a las antes realizadas en materia de arqueológica. Allende a la cancelación de los llamados “proyectos integrales” (como el planeado en Monte Albán, Oaxaca), los cambios en la dependencia no tuvieron mayores consecuencias en cuanto a la producción académica se refiere.

Se continuó con la elaboración de la Carta Arqueológica de la República Mexicana y para ello se enviaron inspectores para la ubicación geográfica de los sitios, las rutas de acceso, y la descripción general de cada uno, así como de las poblaciones circundantes. El primer

⁴⁶ En la publicación no se refieren con precisión quién estuvo a cargo de cada una de las exploraciones de los edificios, pero Marquina (*Memorias, op cit*, p. 31) así lo señalaría años después.

avance del proyecto fue publicado en 1928 y, el segundo, en 1939, con 2016 sitios registrados.⁴⁷

También las labores de exploración continuaron en Tenayuca, Santa Cecilia, Teotihuacán (Estado de México), Cholula (Puebla), El Tajín (Veracruz), Chichén Itzá, (Yucatán), y otros sitios más. Las excavaciones en estos lugares fueron de igual magnitud y bajo los mismos lineamientos que los planeados por los proyectos integrales. Es decir, se liberaron los principales edificios de cada una de las zonas, se hizo la reconstrucción de los mismos y se les ubicó de acuerdo a su estilo arquitectónico; se llevaron a cabo exploraciones estratigráficas y se establecieron las secuencias cronológicas a partir de los restos cerámicos; y se realizaron diversos estudios basados en las fuentes coloniales o en la glífica de los restos (escultóricos o arquitectónicos).⁴⁸

Algunos autores han considerado que estos trabajos, al enfocarse a la exploración de grandes edificios, únicamente tuvieron un fin monumentalista y turístico. Es cierto que, parte de los intereses de la Dirección estuvieron centrados en estas actividades. En buena medida, y al igual que antaño, las labores de registro y mantenimiento de los sitios estaban encaminadas a la atracción del turismo. Esta función se había puesto en marcha en el país, al menos desde finales del siglo XIX. Mostrar las riquezas pretéritas brindaba beneficios económicos con el ingreso de turistas al territorio y, también y en mayor medida, acrecentaba el prestigio y raigambre histórica del pueblo. Éste último sentido ideológico se acrecentó tras los estragos ocasionados por la Primera Guerra Mundial en el mundo europeo, y tras la reconsideración de las “tradiciones”, momento en el que América se convirtió en el espacio de culturas por excelencia junto con África y Asia. El siglo XX representó la aceptación del “primitivo” antes menospreciado por el evolucionismo decimonónico, y los nacionalismos adquirieron un nuevo impulso que tendía a desligarse de la universalidad decimonónica y se acercaba, de manera paulatina, a la exaltación de las localidades en una universalidad diferente. Es por ello que, entre los propósitos de la Dirección de Arqueología, se enfatiza el cuidado e investigación de los restos arqueológicos como una obligación, y el turismo como un beneficio que redituaría directamente hacia el prestigio y el provecho económico. La dependencia, en este sentido, tenía que encaminar sus esfuerzos hacia “al sostenimiento del prestigio de la nación, haciendo patente la cultura

⁴⁷ El atlas de 1939 en IPGH, *Atlas arqueológico de la República Mexicana*, Publicación N° 41, México, 1939.

⁴⁸ Este fue el caso de, por ejemplo, los estudios llevados a cabo en Tenayuca y Cholula. En otro lugar he referido (“El proyecto de Tenayuca y la comunidad arqueológica en México 1925-1934”, Mechithild Rutsch y Mette Wachter (coords.), *Alarifes, Amanuenses y Evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*, Colección Científica 467, INAH, México, 2004, pp. 325-349) como estos estudios, también llamados “integrales”, reunieron en equipos de trabajo a personajes con diferentes inclinaciones académicas, para que cada uno de ellos se avocara a su “especialidad”. El resultado de los mismos, sin embargo, carece de unidad global, y más bien constituyen excelentes estudios individuales de cada aspecto del sitio. Cf. SEP, *Tenayuca. Estudio arqueológico de la pirámide de este lugar, hecho por el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública*, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1935.

y grandeza de los pueblos que nos precedieron”, y hacia la demostración de las contribuciones del país a la cultura universal.⁴⁹

De la mano de estos intereses, empero, también había inquietudes teóricas que motivaron la exploración de los sitios monumentales. Los lugares trabajados, de hecho, se encontraban relacionados, de una u otra forma, con el origen de la civilización. Cholula era el lugar al que, de acuerdo a las fuentes, habían migrado los pobladores de la gran *Tollan* tras su caída; mientras que Chichén Itzá presentaba tales similitudes con el Altiplano que más de un investigador había supuesto relaciones de uno a otro punto; y, finalmente, Tenayuca era uno de los centros aztecas que podían responder a las inquietudes del último pueblo de importancia antes de la Conquista.

Desde 1914 el montículo de Tenayuca en el Estado de México era reconocido como monumento arqueológico, pero no había sido explorado. Las fuentes lo señalaban como un gran centro de población chichimeca, el “pueblo de las sierpes”. Alrededor de 1923, el anterior Departamento de Antropología había realizado exploraciones en Teopanzolco, Morelos, y en Santa Cecilia, Estado de México. Las edificaciones de ambos lugares presentaban características similares al florecimiento de la cultura azteca, y la segunda de éstas se encontraba a tan sólo dos kilómetros del montículo de Tenayuca.⁵⁰ Ello, y el hecho de que los vecinos del poblado conservaban varias piezas cerámicas y esculturas sacadas de los alrededores en las tareas del arado de la tierra, convencieron a los investigadores para emprender las exploraciones en 1925.⁵¹

Los trabajos terminaron tres años después y los resultados se presentaron en una publicación como contribución de la SEP al XXVI Congreso Internacional de Americanistas reunido en Sevilla, España, en 1935. En la introducción al mismo se aclara que:

La importancia del monumento, su ubicación, la originalidad de sus caracteres arquitectónicos y arqueológicos dentro de la arquitectura nahoa, desde el principio bien definida, nos decidieron a emprender un estudio integral histórico, arqueológico, astronómico y descriptivo, hecho por especialistas.⁵²

Si bien en estos trabajos ya no se retomarían los presupuestos anteriores sobre la continuidad prehispánica y los poblados contemporáneos, las preguntas teóricas sobre las relaciones cronológicas de las principales culturas conocidas sí estuvieron presentes. Por

⁴⁹ Las tendencias de la Dirección de Arqueología descritas aquí, fueron escritas ya en los albores de la década de los años treinta cuando estas ideas se encontraban más arraigadas. Cf. Gallegos, Roberto (coord.), *Antología de documentos...*, *op cit*, p. 420-422.

⁵⁰ En estos años se considera que la cultura azteca era un desarrollo nahoa, con base en un criterio lingüístico y de acuerdo a las fuentes, en las que se relaciona a los pueblos migrantes del norte, con los chichimecas.

⁵¹ Reygadas, José, “Introducción”, en SEP, *Tenayuca. Estudio arqueológico de la pirámide de este lugar, hecho por el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública*, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1935, p. IX-X.

⁵² Reygadas, José, “Introducción”, en Varios, *Tenayuca... op cit*, X.

medio de los estudios cerámicos se estableció que el monumento fue anterior a Tenochtitlán y posterior a Culhuacán y que, además en el lugar no había existido ocupación tolteca ni relación con la cultura arcaica, pues los restos de esta última se encontraban separados por un estrato estéril.

El 30 de septiembre de 1931, se reportó la exploración de un nuevo lugar: Cholula, Puebla. Pese a la oposición inicial de los lugareños, los comisionados de la Dirección de Monumentos Prehispánicos iniciaron los trabajos en el sitio. Roque Ceballos fue el encargado de reunir la información necesaria y, una vez arrancadas las exploraciones, se iniciarían los estudios arqueológicos e históricos. El sitio era relevante porque “[...] existe la creencia de que será posible encontrar, dada la importancia del lugar una serie no interrumpida de culturas desde tiempos muy antiguos hasta la época histórica”.⁵³ Debido a ello, uno de los objetivos de la exploración fue la perforación de túneles a través del edificio principal.⁵⁴ También se realizarían pozos para conocer la estratigrafía del lugar. Ambas estrategias permitirían conocer las subestructuras de la pirámide y, a la vez, la secuencia cronológica. Adicionalmente, y debido a que el lugar era uno de los referidos por las crónicas, se esperaba obtener información necesaria para relacionarlo con el pueblo “ulmeca” y el “tolteca”, pues ambos habían tenido una residencia en esta parte del Valle poblano.

Con estos trabajos se logró bosquejar un panorama mucho más completo sobre el desarrollo y la interrelación de los pueblos prehispánicos. A la secuencia anterior de los tres estadios (“arcaico-tolteca-azteca”), se integraron otros desarrollos que conformaron un cuadro mucho más complejo sobre el desarrollo de los pueblos precolombinos.

Con el transcurso de los años, la dependencia cambió de denominación en varias ocasiones, manteniendo sin embargo, las funciones exclusivas de custodia e investigación de los vestigios arqueológicos, es decir, de los restos previos a la Conquista española, como se establecía en la definición de la Ley de 1896 y, posteriormente en la de 1934. En 1930 cambió su denominación por Departamento de Monumentos Prehispánicos y, posteriormente a Oficina de Monumentos Prehispánicos.

Sin embargo, el cambio de denominación no modificó su estructura. “Sostener el prestigio de la nación” constituyó su objetivo primordial, tanto en las funciones de promoción del turismo, como en las de investigación, pues era ello lo que animaba a la búsqueda del origen. Los encargados de la empresa, además de guiar las investigaciones en campo,

⁵³ ATA, c. 37, exp. 2706 B/021”31”/1, f. 99.

⁵⁴ En el informe de diciembre del mismo año se lee lo siguiente: “El revestimiento de la pirámide en sus últimas épocas, desapareció desde hace mucho tiempo, y estos restos pertenecen a épocas anteriores, por lo que la exploración no va a consistir en descubrirlos completamente, lo que significaría la destrucción de gran parte del monumento y producción de gran cantidad de escombros; sino en hacer calas de diferentes tamaños que den a conocer las diferentes estructuras interiores”. ATA c. 37, exp. 2706 B/021”31”/1, f. 136.

trataron de configurar un cuadro general sobre el desarrollo del pasado prehispánico, cada uno desde su propia trinchera del conocimiento. Y así lo continuaron haciendo hasta la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia, a finales de la década de los años treinta, cuando la dependencia se volvió a reunir con el ámbito histórico y el antropológico, al menos, de forma institucional.

La evolución de los monumentos

Ignacio Marquina Barredo fue quien delineó la evolución de los pueblos prehispánicos a través de su arquitectura. Nacido en el Distrito Federal, estudió en la Escuela Nacional Preparatoria. Ahí conoció a Manuel Gamio, quien realizó parte de sus estudios en tal institución. Era un poco más joven que aquél y se graduó como arquitecto en agosto de 1913. Tenía 25 años en aquél entonces. (Ver Ilustración 19, *Anexo I*)

Sin embargo, para 1917, cuando Gamio lo invitó a colaborar con él en la Dirección de Antropología, Marquina poco sabía de los monumentos prehispánicos. Había asistido a algunas conferencias dictadas por Federico Mariscal y Piña (1881-1971), quien, a instancias de su amigo Vicente Lombardo Toledano, reunió a sus ex alumnos para generarles una idea global sobre la arquitectura de México antes de la etapa colonial.⁵⁵ Pese a su ignorancia confesada, Gamio le instó a visitar a Teotihuacán para recibir su opinión sobre la arquitectura de la zona. Así lo hizo y comenzó a elaborar el plano de la ciudad resaltando las simetrías del conjunto. El trabajo que realizó llenó las expectativas de Gamio, quien le pidió que siguiera con su estudio y, de considerarlo necesario, realizara pequeñas exploraciones. De esta forma Marquina se integró a la Dirección de Arqueología como inspector, realizando en Teotihuacán las exploraciones en la Ciudadela para determinar la disposición de los edificios, sus sistemas constructivos y las superposiciones que mostraran; así como el estudio de los edificios coloniales y el de las condiciones de vida de los habitantes de acuerdo a sus construcciones.

Sus trabajos en el Templo de Quetzalcóatl fueron terminados por Reygadas, poco antes de que se publicaran los resultados del proyecto. Marquina se ausentó por algunos meses de la Dirección debido a que decidió atender su oficina de arquitecto, oficio que le redituaba más ganancias.⁵⁶ Sin embargo, el arquitecto pronto regresó a laborar a la Dirección y, con los cambios ocurridos en 1926 ocupó el cargo de subdirector de la Dirección de Arqueología. En las tareas que emprendió la oficina, se encargó de las exploraciones, pero sobre todo, de los estudios arquitectónicos de las zonas.

⁵⁵ Marquina, *Memorias*, *op cit*, p. 28.

⁵⁶ Marquina pudo haber desempeñado el puesto de “inspector de primera” o el de “profesor explorador”, en cuyo caso hubiera percibido un salario diario de \$8.50 ó \$10.00, respectivamente. Cf. SHCP, *Presupuesto de Egresos del Erario Federal para el periodo que comienza el 1° de febrero y termina el 31 de diciembre de 1921*, Dirección de Talleres Gráficos, México, 1921.

Para la celebración del *XXIII Congreso Internacional de Americanistas*, a celebrarse en New York, la Dirección comenzó a planificar la presentación de varias publicaciones para dar a conocer la dependencia y sus resultados en materia de protección e investigación de monumentos prehispánicos. Dos de estas obras estarían dedicadas a la investigación arquitectónica de los monumentos: una a cargo de Marquina y, la otra, al de su mentor en la Escuela de Arquitectura, Federico Mariscal. La razón de las obras era explicada por José Reygadas, quien puntualizaba que:

Se cuenta con relaciones de viajeros, con estudios particulares de ruinas o regiones y aun con estudios completos sobre civilizaciones, pero un estudio de conjunto y una recopilación de todo aquello que fue hecho en diferentes épocas, con distintas apreciaciones y aun expresado en lenguas extranjeras, no se había hecho hasta ahora.⁵⁷

Mariscal estudió los edificios conocidos en la zona maya, haciendo un análisis de los pórticos y puertas de los mismos, en su *Estudio arquitectónico de las ruinas mayas. Yucatán y Campeche*. Marquina, por su parte, analizó con detenimiento los elementos arquitectónicos de la mayor parte de las zonas del Altiplano Central y presentó los resultados en su *Estudio arquitectónico comparativo de los monumentos arqueológicos de México*. Las dos publicaciones eran:

[...] un análisis y una clasificación completa de las culturas que florecieron en esta región de América, basándose en las características arquitectónicas, y habiendo servido este estudio, dada la situación geográfica de las regiones arquitectónicas clasificadas como semejantes y sus situaciones relativas, para establecer hipótesis sobre corrientes de emigración hasta ahora no consideradas desde este punto de vista, con lo que se ha llegado a conclusiones concordantes en puntos esenciales, con estudios de la misma índole, pero guiados por datos etnográficos.⁵⁸

Los autores establecieron tipos arquitectónicos de acuerdo a los elementos que consideraron definitorios en cada uno de los edificios y, posteriormente, los relacionaron entre sí, para evaluar sus relaciones históricas. El principio de estos estudios se basaba en la tradición de la arquitectura desde el siglo XIX. De acuerdo a ésta, las construcciones reflejaban el “espíritu” de sus pobladores, es decir, sus costumbres, tradiciones e historia. En el caso de las casas habitación, éstas mostraban la tradición de la familia que la habitaba, mientras que, los edificios públicos (religiosos o civiles) ponían en evidencia la totalidad de un pueblo.

Es por ello que los arquitectos mexicanos, desde finales del siglo XIX, emprendieron numerosos estudios sobre las construcciones del territorio para hacer evaluaciones de la evolución del “espíritu”. También, realizaron varias propuestas para definir el “espíritu” que debía impulsarse en la nación contemporánea, por medio de sus construcciones. En este

⁵⁷ Marquina, Ignacio, *Estudio arquitectónico comparativo de los monumentos arqueológicos de México*, Contribución de México al XXIII Congreso Internacional de Americanistas, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1928, p. 1.

⁵⁸ Marquina, *Estudio arquitectónico...*, 1928, *op cit*, p. 1.

último sentido, algunos de ellos propusieron el estilo “neoprehispánico”, al considerar que era la herencia prehispánica la que debía dar forma a la nación. Otros, por el contrario, apelaban al estilo “neocolonial”, insistiendo en que era el legado hispano el que tenía que rescatarse.⁵⁹

El mismo objetivo, el de entender la evolución de los pueblos, se aplicó a los estudios arquitectónicos en arqueología. Los estudios que realizó Marquina, tanto en el Valle de Teotihuacán, como en la Dirección de Arqueología, se avocaron a determinar el “tipo” de las construcciones, es decir, el “espíritu” de los pueblos pasados. Una vez establecidos los tipos, y al igual que en los estudios sobre la cerámica, intentó relacionar, por medio de similitudes y diferencias, las construcciones, para obtener cuadros evolutivos. Para Marquina, había dos causas que influyeron en la evolución de los diferentes núcleos de población:

[...] su origen y el medio en que se desarrollaron. Es así como todas las culturas derivadas de un mismo tronco conservan semejanzas entre sí, por muy diversas que hayan sido las condiciones físicas de los lugares en que ese desarrollo se efectuó, en tanto que las diferencias son esenciales cuando el origen de los pueblos es distinto.⁶⁰

El arquitecto proponía que las migraciones de los pueblos más primitivos procedían del norte y corrían hacia el sur del continente. Eran cuatro los principales grupos primitivos: arcaicos, chichimecas, nahuas y olmecas.⁶¹ El primero de éstos no dejó como evidencias materiales más que objetos de barro y construcciones primitivas; los segundos “no nos dejaron manifestaciones materiales de cultura, ya que tenían muy escasa civilización”; y los terceros se distribuyeron prácticamente por todo el territorio, por medio de sucesivas migraciones de la familia nahua. Finalmente:

[...] la más importante de las inmigraciones, si no por su número sí por su alto grado de cultura, es la que, procedente de la cuenca del río Mississippi y Estados orientales de los Estados Unidos de América, se extendió por la parte Norte del Golfo de México. / Puesto que no es fácil decir qué denominación corresponda a estos pueblos, cuyas manifestaciones

⁵⁹ Ésta era una de las preocupaciones de Mariscal en su estudio sobre la zona maya. Consideraba que pese a todos los estudios que se habían realizado en esta zona, aún no había un estudio: “[...] de conjuntos y detalles con la amplitud, exactitud y método que son necesarios requeridas para que los arquitectos puedan establecer la génesis y evolución de la arquitectura maya [...]. Además se debe resolver de manera definitiva hasta qué punto pueden aprovecharse esas notables ruinas, en la creación de una arquitectura americana o nacional, en nuestros días”. Mariscal, Federico, *Estudio arquitectónico de las ruinas mayas. Yucatán y Campeche*, Contribución de México al XXIII Congreso de Americanistas, SEP, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1928, p. 3.

Un estudio monográfico sobre estas propuestas arquitectónicas en Anda Alanís Anda Alanís, Enrique, *La arquitectura de la revolución mexicana. Corrientes y estilos de la década de los veinte*, IIE-UNAM, México, 1990. Sobre la relación de estas propuestas y los estudios arqueológicos de las primeras décadas del siglo XX, López Hernández, *La arqueología mexicana en un periodo... op cit*, cap. 3.

⁶⁰ Marquina, *Estudio arquitectónico...*, *op cit*, p. 5.

⁶¹ Los arcaicos, debido a la falta de arquitectura, son definidos por Marquina de acuerdo a las investigaciones previas de Gamio y Boas en la Cuenca de México, basadas en la cerámica. Así, señala que “[...] los objetos arcaicos se caracterizan por su modelado tosco, el barro que forma las paredes es grueso y la decoración de una concepción muy sencilla [...]” (*Estudio arquitectónico...*, 1928, *op cit*, p. 9). Abajo ahondaré en ello.

de cultura en el territorio nacional alcanzaran su máximo desarrollo en diferentes lugares, ya sea mezclándose con los pobladores anteriores o evolucionando en forma natural con nombre muy diferente [...] hemos optado designarlos de un modo general con el de olmecas, nombre que nos parece más de acuerdo con las tradiciones recogidas por los más antiguos historiadores.⁶²

Marquina usa aquí la denominación dada por Fray Bernardino de Sahagún para el pueblo de la costa del Golfo que presuntamente alcanzó un alto grado de civilización y de las artes. Para Marquina, este grupo fue el que diseminó su cultura hacia la Cuenca de México y la península de Yucatán hasta alcanzar el desarrollo tolteca (cuya ciudad, para Marquina, se encontraba en Teotihuacán), y el esplendor maya, respectivamente. Incluso, el arquitecto consideraba, al igual que Chavero antes, que este pueblo de la Costa había migrado hacia el norte del continente dando origen con ello a los *mounds builders*. La gran relevancia de estos pueblos, era que, a diferencia de los nahuas que eran guerreros y conquistadores, los olmecas se impusieron por su civilización avanzada, pues si la “nahua fue una verdadera conquista, en la que se impuso el idioma, la olmeca fue siempre una imposición por la fuerza misma de la superioridad cultural”.⁶³

Para el autor la influencia olmeca se hizo patente y determinó su “verdadero carácter”, que podía apreciarse en la generalización del calendario, así como el culto a *Quetzalcóatl* o *Kukulcán*, que se extendía desde la Cuenca y hasta la península de Yucatán, en sitios como Teotihuacán, Cholula, Xochicalco, los de la zona mayas, de la costa del Golfo y de Oaxaca. Aunque Marquina encontró varias semejanzas en las representaciones iconográficas de los edificios de estos lugares que demostraban su postura, aclaraba que su arquitectura no tenía semejanzas tan evidentes porque éstas respondían a las particularidades derivadas del medio geográfico y de los materiales constructivos presentes en la zona. Sin embargo, todas las zonas mantenían la forma general de la distribución por medio de patios cuadrados, y los basamentos piramidales, escalonados, con talud-tablero y grandes escaleras centrales.

Observando estas similitudes, Marquina concluía su trabajo apelando a la unificación de los pueblos prehispánicos:

[..] si en todos ellos hay un sello especial que los caracteriza y distingue permitiendo clasificarlos en diferentes grupos [...], conservan la suficiente semejanza, tanto en el principio en que fueron concebidos, como en la forma en que están realizados, para considerar como un arte único el que se desarrolló en América antes de la llegada de los españoles.⁶⁴

Al final de su obra, el arquitecto expresaba estas consideraciones en un esquema que muestra la evolución de todas las culturas, partiendo de los pueblos arcaicos, que dan cabida a los tres grupos principales: nahua, tolteca y olmeca que, a su vez, darán vida a todo

⁶² Marquina, *Estudio arquitectónico...*, 1928, *op cit*, p. 7.

⁶³ *Idem*, p. 10.

⁶⁴ *Idem*, p. 86.

el espectro del mundo prehispánico, incluso abarcando los desarrollos del sur de Estados Unidos. (Ver Cuadro 1, *Anexo III*) Este cuadro resume buena parte de las ideas rectoras de la historia delineada en el siglo XIX y, como mostraré en el siguiente capítulo, la raíz que sustenta será modificada, de manera radical, en las siguientes dos décadas.

La evolución de los tiestos

En repetidas ocasiones se ha mencionado que la arqueología, como ciencia, se debe a la metodología que Franz Boas desarrolló en México a principios del siglo. Como señalé arriba, sin embargo, la estratigrafía arqueológica ya había sido aplicada antes en el país y, en realidad, la innovación boasiana radicaba en la identificación de los tipos cerámicos y no tanto en los procesos de excavación.⁶⁵ Manuel Gamio, fuera de los trabajos ya referidos en el Pedregal de San Ángel, no siguió los pasos del americanista.⁶⁶ Por el contrario, al formar la Dirección de Antropología encargó estos trabajos por algún tiempo a José Reygadas. A la

⁶⁵ Al parecer en México fue la Escuela Internacional la que realizó las primeras tipologías cerámicas con un sentido historicista y con base en la metodología estratigráfica, aunque ya previamente se realizaban tipologías de otros artefactos, como figurillas o esculturas. Una reflexión al respecto en López Hernández, "Nación y ciencia. Reflexiones en torno a las historias de la arqueología mexicana durante la posrevolución", Frida Gorbach y Carlos López Beltrán (eds.), *Saberes locales. Ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina*, México, El Colegio de Michoacán, 2008.

Las tipologías son una herramienta metodológica que observa y define las similitudes y diferencias entre un grupo de artefactos para establecer grupos y series que marcan evoluciones y cambios, así como secuencias cronológicas y distribuciones espaciales. Al parecer las secuencias tipológicas eran comunes para los estudios evolucionistas unilíneales del siglo XIX en toda Europa. Bruce Triggerr (*Historia del Pensamiento arqueológico*, Ed. Crítica, Barcelona, 1992, pp. 152ss.) señala que fueron los trabajos de Gustav Oscar Montelius (1843-1921) sobre la prehistoria europea, los que marcaron una diferencia importante en relación a los trabajos anteriores, al establecer periodos de tiempo cortos en una serie. En sus análisis Montelius partía de la idea de que la evolución de los artefactos era igual que en los organismos vivos. Por ello analizó materiales, técnicas de manufactura, forma y decoración de los artefactos para hacer una serie coherente con la que subdividió el Neolítico en cuatro periodos y la Edad del Hierro en diez.

En el caso de los estudios de historia cultural, por otro lado, se parte del supuesto de que la mentalidad de los pueblos se encuentra reflejada en sus restos materiales, de forma tal que un grupo de artefactos definido refiere una etnia, es decir, constituye una "cultura arqueológica". Las tipologías desde este punto de vista implican la clasificación de los restos de acuerdo a sus semejanzas estilísticas y/o de manufactura y a su lugar de procedencia. Así, se obtienen grupos de artefactos que son llamados "tipos" y que definen, a su vez, etnias y áreas culturales, así como las transformaciones ocurridas a lo largo del tiempo o relaciones con otros grupos.

Para Bruce Trigger (*Historia del Pensamiento... op cit*, pp. 152ss.), esta asociación (entre "cultura material" y etnia) ocurre desde la segunda mitad del siglo XIX, aunque sólo hasta la década de los años veinte de la siguiente centuria fue sistematizada por Vere Gordon Childe. En sus primeros libros Childe consideraba que "la cerámica doméstica, los ornamentos y los ritos funerarios tendían a reflejar gustos locales y se resistían bastante al cambio; por tanto, eran útiles para la identificación de grupos étnicos específicos. Por otra parte, el marcado valor utilitario de los instrumentos, armas y muchos otros ítems de la tecnología hacía que éstos gozasen de una rápida difusión, y así, ya fuese por copia o por comercio, pasasen de un grupo a otro. Este tipo de artefactos era, en consecuencia, valioso para poder asignar al mismo periodo culturas vecinas y establecer cronologías culturales antes de que se inventase el método de datación radiocarbónica". (p. 164)

Actualmente y en general, en México se sigue el sistema Tipo-Variación propuesto en la década de los años sesenta por Smith, Willey y Gifford (Smith, Robert, Gordon Willey y James Gifford, "El concepto de tipo-variedad como base para el análisis de la cerámica maya", *American Antiquity*, Vol. 25, N° 3, 1960, pp. 330-340), marcando una distinción con los trabajos anteriores.

⁶⁶ Parte de la hagiografía que se ha construido en torno a este personaje lo considera como alumno dilecto de Franz Boas y, por tanto, como el agente difusor de las teorías culturales alemanas y de la metodología estratigráfica. Cf. p. ej. Matos, *Las piedras negadas*, *op cit*; De la Peña, Guillermo, "Nacionales y extranjeros en la historia de la antropología mexicana", en Rutsch (comp.), *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión*, Universidad Iberoamericana-Plaza y Valdés-Instituto Nacional Indigenistas, México, 1996, pp. 41-82.

vez, Gamio invitó a trabajar a su lado a un joven que tenía el dominio de varias lenguas extranjeras. Se llamaba Eduardo Noguera Auza, tenía 21 años y era el más joven del equipo. (Ver Ilustración 20, *Anexo I*)

El 11 de enero de 1917, Noguera fue nombrado Auxiliar de los Inspectores y Conservadores locales de los Monumentos Arqueológicos de la República.⁶⁷ Sin embargo, al poco tiempo fue comisionado para realizar investigación antropológica en la Universidad de Harvard. La intención era que aprendiera ciertos conocimientos que, a juicio de Manuel Gamio, no se impartían en México, para que, a su regreso, pudiera realizar “investigaciones serias sobre nuestras poblaciones regionales, especialmente sobre las indígenas”.⁶⁸ Noguera permaneció en Harvard hasta mediados de 1920 pero a su regreso a la Ciudad de México no cumplió con el objetivo de su estancia en E.U., pues nunca se abocó al estudio de las poblaciones indígenas. Por el contrario, se integró a sus actividades como Auxiliar de Inspectores, explorando la zona de San Pedro de los Pinos.⁶⁹

Quizás este cambio fue impulsado por el propio Gamio, pues para 1922 envió a Noguera a estudiar en Francia, esta vez con la intención de que aprendiera los últimos adelantos en arqueología.⁷⁰ Obtuvo una beca de la *American School of Prehistoric Studies* por poco más de un año y, durante su estancia, tuvo la oportunidad de explorar en el sitio prehistórico de la Quina bajo la dirección de Charles Peabody y Henry Martin. También asistió a diversos cursos sobre Etnografía Comparada, Lingüística Prehistórica y Antropología, y tuvo ocasión de visitar y conocer las principales colecciones de América en los museos de Francia, Alemania e Inglaterra, así como de trabar una relación cercana con Paul Rivet.⁷¹

Una vez terminado su trabajo final, un análisis del *atl*, Noguera solicitó quedarse por un año más en Francia para continuar los estudios que, consideraba, le serían de mucha utilidad.⁷² Al parecer existía la posibilidad de que fuese becado nuevamente en la Universidad de Harvard, pero para continuar sus estudios sobre arqueología maya al lado de Alfred Tozzer (1877-1954). Sin embargo, este proyecto no se concretó, y tampoco su esperanza de quedarse en Francia. Para agosto de 1923 le fue informado que debía de regresar al país para integrarse a las exploraciones que la *Carnegie Institution* realizaba en Yucatán.

⁶⁷ Su nombramiento como Auxiliar de Inspectores en AHSEP, Fondo Dirección General de Educación Pública en el Distrito Federal, Sección Colección Personal Sobresaliente, Serie Noguera Auza Eduardo, Subserie Expediente Personal, exp. N1/9, f. 1.

⁶⁸ ATA, exp. B/131/608, f. 17bis.

⁶⁹ Lamentablemente no me fue posible localizar correspondencia de este periodo ni informes detallados de las actividades de la Dirección. Sin embargo, estas exploraciones iniciaron en 1921, y es Noguera quien reporta los resultados en publicaciones. Cf. ATA, exp. B/023"21"(02)/1, Informe presidencial 1921, f. 4.

⁷⁰ ATA, exp. B/131/608, fs. 1-40.

⁷¹ Los cursos a los que asistió fueron impartidos por Adrien Mortillet, Hubert, Capitan, Zaborwski, Paul Rivet y J. Vinson.

⁷² Posteriormente este fue publicado en los Anales del Museo Nacional, bajo el título “El atlatl o tiradera”. Cf. Noguera, “Al atlatl o tiradera”, *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 5ª época, T. III, Talleres Gráficos de la Editorial Stylo, México, 1945 (1945).

Su estancia en el sureste duró poco tiempo, pues para enero de 1924, ya se encontraba en la Ciudad de México atendiendo los pendientes de su puesto como Auxiliar de Inspectores en la Dirección de Antropología.⁷³ Su vocación ya estaba definida. A partir de este momento Noguera se dedicó por completo a las exploraciones estratigráficas y al análisis cerámico de casi todas las investigaciones que emprendió la Dirección.

Pese a la dedicación que tuvo en estos estudios, Noguera fue un hombre sumamente precavido y no formó conclusiones generales sobre el desarrollo de las poblaciones prehispánicas hasta varios años después. En 1930, Noguera presentó en el *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, un texto sobre la cerámica de México, en el que refería que, hasta esa fecha, no se había realizado ningún estudio serio y completo, y que las colecciones existentes no estaban debidamente clasificadas. Consideraba que ello era lamentable, porque la importancia del análisis de la cerámica en arqueología era tal que, cualquier estudio que careciera de ella tenía poco valor científico. Esta importancia se debía que el estudio de estos objetos podían brindar información acerca de la clase de objetos que usaban los hombres antiguos, pero, además:

[...] demuestra, por una parte, el adelanto relativo a que habían llegado sus fabricantes, y, por otra, la antigüedad relativa en que vivieron; es además muy importante teniendo en cuenta su dureza y de durabilidad [...], y además, demuestra el profundo conocimiento que tuvieron sus fabricantes y las huellas impresas que dejaron, las que nos hablan muy claramente de la mentalidad propia de ellos a más de las habilidades artísticas que desplegaron.⁷⁴

Para Noguera, el estudio de la decoración y la forma de las vasijas o utensilios revelaba la mentalidad y el estado de evolución de los pueblos, así como sus puntos de contacto y sus relaciones e influencias culturales, sus relaciones comerciales y hasta el medio ambiente en que vivieron. Para ubicar este tipo de relaciones, era necesario identificar los arquetipos de cada pueblo, pero Noguera no estaba seguro entonces de poder definirlos para cada una de las culturas. Lo que sí adelantó en este estudio fue la caracterización de la evolución general de la decoración en los tiestos:

Vemos que las estilizaciones de objetos o figuras que en su origen eran naturales van sufriendo una completa metamorfosis convirtiéndose poco a poco en elementos geométricos que aisladamente no significan más que una decoración geométrica, pero que un análisis más detallado nos demuestra que son derivaciones de figuras naturales, como ocurre muy especialmente con la representación de la serpiente que, desde su representación en todo naturalista, llega a convertirse en dibujo puramente geométrico.⁷⁵

⁷³ ATA, c. 36, exp. 2700 B/021/"24"/1.

⁷⁴ Noguera, Eduardo, "Algunas características de la cerámica de México", *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, Nueva Serie, Tomo XXII, 1930, p. 250.

⁷⁵ *Idem*, p. 253.

A partir de estas consideraciones, brindó con detalle la caracterización general de la cerámica zapoteca, mixteca, tarasca, tolteca (es decir, de Teotihuacán) y azteca. También, en cada uno de los sitios en los que exploró, Noguera se dedicó a armar las secuencias tipológicas y las relaciones cronológicas de los mismos y, aunque en algunas ocasiones relacionó los restos de dos o más lugares, no realizó secuencias generales como Marquina lo hiciera para el caso de los edificios.

Aún cuando el resto de sus colegas en la Dirección también hacían estudios de este tipo, Noguera era en realidad el único especializado en la materia y pocas veces discutió de estos temas con sus compañeros. Sus interlocutores se encontraban al otro lado del Atlántico y, también tras la frontera norte. Fueron éstos quienes, además de Franz Boas, se avocaron a resolver las secuencias culturales primitivas.

Desde la segunda década del siglo, Manuel Gamio había autorizado las exploraciones de investigadores de Estados Unidos en diferentes puntos de la República. A diferencia de sus mentores (los profesores del Museo Nacional), Gamio procuró una cercanía constante y profunda con las universidades de Estados Unidos. Además de procurar que parte de su equipo realizara estudios formales en el vecino país,⁷⁶ estableció fuertes lazos con las universidades de Estados Unidos permitiéndoles el acceso a la exploración, sobre todo, de la zona maya. Primero, se brindó la autorización para que la *Tulane University* recorriera la zona del sureste mexicano y, luego se hizo un contrato con la *Carnegie Institution* para que realizara exploraciones en Chichén Itzá, Yucatán. Tiempo después Gamio se referiría a estos últimos como “la interesante investigación antropológica [de ...] alto criterio científico y un noble altruismo [...] que comprenderá el estudio del ambiente físicobiológico regional y de los antecedentes históricos y arqueológicos de los habitantes”, análoga a lo realizado por la Dirección de Antropología en Teotihuacán.⁷⁷

Estas acciones, por parte de Gamio, pudieron ser una forma de crear vínculos foráneos que fundamentaran su prestigio y, a la vez, lo desligaran del trabajo de sus mentores en el Museo. En general, Gamio siempre mostró una clara predilección porque se le vinculara,

⁷⁶ Además de Eduardo Noguera, también Judith Mangino fue enviada para realizar estudios en el extranjero como parte de la Dirección de Antropología. La intención de Gamio era que ambos, a su regreso, pudieran constituir una fuerte plataforma para dar continuidad a los estudios de antropología integral y, sobre todo, a los de las poblaciones indígenas.

⁷⁷ Gamio, “Estado actual de las investigaciones antropológicas...”, *op cit*, p. 11. Un análisis al respecto sería por sí sólo un tema de investigación, pero cabe señalar que en cuanto al patrimonio arqueológico, en este caso, aún cuando se trataba de una institución extranjera, al parecer no existieron temores por posibles robos y abusos contra el patrimonio mexicano. Más bien se sostuvo que la exploración garantizaba “los intereses de la nación”, y de hecho se esperaban “incalculables beneficios a la ciencia sin menoscabo de nuestros monumentos”, ya que la Carnegie se comprometió a dejarlos en “perfecto estado de conservación” lo que quedaba garantizado por la “honorabilidad y competencia” de la institución y por las “sumas que invertirá”, además de la constante vigilancia de los inspectores de la DA. ATA, exp. B/023 “23” (02)/1, f. 5.

teórica y académicamente, con la Escuela Internacional y Franz Boas, así como con las universidades de Estados Unidos y sus investigadores.⁷⁸

Por otro lado, esta simpatía e interés las instituciones en las que años atrás realizara sus estudios, también formaban parte de la retribución de Gamio hacia la cadena que lo llevó al lugar en el que se encontraba. Cabe recordar que fue gracias a la recomendación de Zelia Nutall que Gamio obtuvo una beca para realizar sus estudios en Columbia. La misma Nutall, años después, le presentó a Frans Blom, quien como representante de la Tulane University, pretendía realizar un recorrido por la zona del sureste.

Como fuera, los vínculos con los investigadores de Estados Unidos se mantuvieron en las gestiones de las siguientes dependencias, y gracias a esto aquéllos pudieron realizar numerosas investigaciones en el territorio y formalizar sus propuestas, manteniendo una constante comunicación con la comunidad mexicana. Estos personajes fueron los principales interlocutores de Eduardo Noguera.

Quizás una de las investigaciones que tuvo mayor relevancia en estos años, fue la realizada por George Clapp Vaillant (1901-1945), quien enfocó sus intereses en la Cuenca de México. Entre 1927 y 1934 exploró los sitios de Zacatenco, Ticomán, Gualupita, El Arbolillo y Teotihuacán, como parte de un programa de investigación para el Valle de México del *Department of Anthropology* del *American Museum of Natural History*.⁷⁹ Vaillant estaba convencido de que era fundamental excavar en la Cuenca de México porque eran pocos los lugares que, como éste, presentaban una larga secuencia ocupacional. Previamente, Byron Cummings y Alfred Kroeber habían realizado estudios similares, el primero en Cuicuilco, D.F., y el segundo en la Pirámide del Sol, en Teotihuacán, y en la Sierra de Guadalupe.

Vaillant pensaba que en tales sitios podría darse respuesta al “archaic problem”. En diciembre de 1927 se había abordado este problema por dos reconocidos investigadores: Spinden y Lothrop. El primero de ellos pensaba que podía establecerse un desarrollo cultural más o menos unificado previo a las manifestaciones aztecas, toltecas, mayas o zapotecas. Por el contrario, Lothrop y el propio Vaillant pensaban que cada área debía tener una caracterización propia hasta alcanzar el desarrollo. El problema arcaico, de hecho, no podía ser resuelto de manera satisfactoria porque aún cuando ya se habían hecho excavaciones en la capital tolteca (Teotihuacán) y en los sitios aztecas, aún no se habían explorado los periodos temprano sitios de la zona maya, zapoteca y totonaca.

⁷⁸ De hecho, luego de su salida del país, Gamio se integró a las exploraciones que la Universidad de Columbia estaba realizando en Centro América.

⁷⁹ Los resultados de estas investigaciones en Vaillant, George, “Excavations at Zacatenco”, *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, Vol. XXXII, parte I, New York, 1930; Vaillant, George, “Excavations at Ticomán”, *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, Vol. XXXII, parte II, New York, 1931; Vaillant George y Suzannah B., “Excavations at Gualupita”, *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, Vol. XXXV, parte I, New York, 1934. Al parecer, sus exploraciones fueron supervisadas por el inspector Eduardo Noguera. Cf. ATA, c. 37, exp. 2710 B/021”29”/1, f. 11.

Además Vaillant consideraba que los análisis hechos por los mexicanos no eran suficientes para resolver este problema debido, principalmente, a que estaban basados en fuentes coloniales y a que las secuencias cronológicas estaban hechas a partir de la clasificación de figurillas y no de la cerámica.⁸⁰ Para Vaillant, sólo los datos provenientes de la exploración eran plenamente confiables y, en este sentido, difería de los estudiosos mexicanos, quienes sólo décadas más tarde integrarían esta convicción en su forma de trabajo.

Para el historiador de la arqueología, Ignacio Bernal,⁸¹ el objetivo de Vaillant era determinar la ubicación exacta del periodo arcaico, su división en fases y su relación con la etapa teotihuacana, debido a que este problema se había puesto en evidencia tras las excavaciones hechas por la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas y, de la secuencia de tipos que propuso Boas (de los cerros-teotihuacano-azteca). Bernal considera que fue ésta la secuencia que Vaillant trató de corroborar en sus exploraciones en diversos puntos de la Cuenca, con la finalidad de puntualizar la relación entre lo arcaico y lo teotihuacano. Sin embargo, los objetivos de Vaillant eran mucho más ambiciosos, pues además de puntualizar la ubicación cronológica del arcaico, su extensión y sus relaciones hacia otras culturas de la *Middle America*, también pretendía observar la relación de estos pueblos con las culturas del sur de Estados Unidos, pues previamente se habían realizado exploraciones en Pecos, y Vaillant considera de fundamental importancia relacionar ambos puntos del territorio americano.

Las excavaciones de Zacatenco se llevaron a cabo en dos temporadas, entre 1927 y 1929. A fines de éste último año, se iniciaron las exploraciones en Ticomán y, luego en Gualupita, Morelos (1932), El Arbolillo y Teotihuacán. Con estas exploraciones y el análisis de las colecciones cerámicas previamente formadas en otros estudios, Vaillant afinó la cronología estableciendo tipos cerámicos y fases particulares para cada sitio, desde los más tempranos (caracterizados como arcaicos) ubicados en Zacatenco, El Arbolillo y San Juanico, hasta los últimos desarrollos de la Cuenca de México (azteca). (Ver Tabla 1, *Anexo III*)

Paulatinamente, los estudiosos mexicanos integrarían estas secuencias tipológicas a sus estudios e, incluso, las precisarían. La adopción de esta certeza implicó un cambio radical en la disciplina, pues significó el establecimiento de nuevos objetos del conocimiento. La confianza en los datos obtenidos de las excavaciones y, sobre todo, de las secuencias tipológicas, sin embargo, sólo se extendió de manera generalizada en el ambiente mexicano en la segunda década del siglo XX. Autores como Manuel Gándara han interpretado este cambio como la sustitución de una práctica mexicana monumentalista y carente de teoría, por verdaderas posturas científicas. El esquema de Gándara, sin embargo, considera a

⁸⁰ Entre los estudios de figurillas, Vaillant destaca los realizados por Gamio y Zelia Nuttall. Vaillant, "Excavations at Zacatenco"..., *op cit*, p. 15.

⁸¹ Bernal, *Historia de la arqueología...*, *op cit*, p. 162.

México como una periferia que sólo imita al centro científico, y con ello omite y desprecia las prácticas de los estudiosos mexicanos, sobre todo, de la primera mitad del siglo pasado.⁸²

Para las décadas de los años veinte y treinta, en realidad, los estudios cerámicos se encontraban en un diálogo directo con los realizados en las fuentes coloniales y los epigráficos, debido a que éstos aportaban fechas claras y precisas para cada uno de los sucesos históricos. Noguera, en este sentido, tenía más interlocutores. Por ejemplo, Roque Ceballos Novelo, estaba dedicado principalmente a la lectura de los glifos y a la interpretación de las fuentes coloniales. Nacido en 1885, Ceballos se había incorporado a la Dirección de Antropología desde 1917. (Ver Ilustración 21, *Anexo I*) Además de participar en la interpretación histórica en el Proyecto del Valle de Teotihuacán, Ceballos también colaboró de manera activa en la formación de las colecciones del Museo Nacional y, posteriormente trabajó al lado de Noguera en las exploraciones estratigráficas en Tenayuca y, después en las de El Tajín.

Sus interpretaciones en gran medida, constituían una continuidad absoluta de los estudios hechos por los estudiosos del siglo XIX y, lejos de ser análisis menospreciados por sus colegas, constituían una base firme para entender la historia de los pueblos prehispánicos. En esta empresa también estaban inmersos personajes como Miguel Othón de Mendizábal y Enrique Juan Palacios, pero a ello volveré en el siguiente capítulo.

De esta manera, las secuencias cerámicas que propuso Noguera siempre mantuvieron un diálogo constante con las investigaciones de las universidades de Estados Unidos por un lado y, por el otro, con los análisis de fuentes que hacían sus connacionales. Esta mezcla a la postre, fue la que daría la base para organizar una generalización absoluta de los pueblos prehispánicos y para reconstruir su genealogía.

2. Alfonso Caso y los nuevos espacios de decisión

El ambiente institucional establecido por Gamio y su equipo delineó las políticas de investigación generales sobre los restos arqueológicos del país, dando continuidad al proyecto iniciado desde finales del siglo XIX, durante el porfiriato. El transcurso de estas instituciones vio la formalización de la investigación, la exploración y la custodia de los restos arqueológicos y, también el confinamiento de la actividad de curaduría al Museo Nacional.

En este devenir, la arqueología fue consolidándose como un saber especializado en la práctica, pese a no haber conseguido su profesionalización formalizada. Tanto la Dirección de Antropología, como su sucesora, la Dirección de Arqueología (luego Departamento de

⁸² Cf. *La arqueología oficial mexicana. Causas y efectos*, Colección Divulgación, INAH, 1992.

Monumentos), delimitaron las acciones a realizarse en una exploración arqueológica, sus objetivos y métodos, así como parte de las preguntas que la disciplina debía responder. También reguló y reglamentó las medidas que debían regir la conservación y la difusión de los monumentos arqueológicos. Todas estas atribuciones, finalmente, fueron reunidas en una instancia mayor: el Instituto Nacional de Antropología e Historia. A finales de la década de los años treinta, en éste se reunieron todas las actividades concernientes a la investigación, custodia y exhibición de los monumentos arqueológicos, junto con las disciplinas antropológica e histórica y, a la postre, también la docencia.

Sin embargo, sería un error considerar que esta historia institucional es la única pauta para comprender el periodo aquí tratado. La investigación de los restos no estaba confinada de manera exclusiva a su exploración. Es decir, el estudio del pasado prehispánico podía realizarse en el campo, pero también en el gabinete y, este último no podía regularse tan fácilmente desde el ámbito institucional. Si bien, para explorar una zona había que solicitar el permiso correspondiente, las zonas podían visitarse y generar todo tipo de estudios sin estos trámites, siempre y cuando los investigadores no realizaran exploraciones. Es así que una simple caminata por el área o bien, un estudio en las fuentes disponibles, daba pie para iniciar casi cualquier tipo de investigación.

Tampoco las publicaciones estaban limitadas a los órganos de difusión de estas dependencias. De hecho, desde finales del siglo XIX el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* y las *Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate*, publicaron diversos estudios que no necesariamente incluían trabajos de excavación, y lo siguieron haciendo durante las primeras décadas del siglo XX. También la revista *El México Antiguo*, dirigida por el alemán Hermann Beyer, dio a la luz diversos trabajos sobre el México prehispánico y constituyó un verdadero foro para el debate.

Estos espacios y otros que fueron creándose, dieron cabida a la aparición de nuevos rostros y temas. Aun cuando, en algunos casos, se encontraban fuera del ámbito institucional definido especialmente para la arqueología, no estaban alejados de las preocupaciones de aquél, y mantuvieron diálogos constantes. De hecho, si bien algunos de estos espacios comenzaron como reuniones entre amigos o tertulias, su aspiración siempre fue la de consolidar un proyecto formal, institucional. A la larga el anhelo se realizaría al incorporarse a la línea de las instituciones y al dar la pauta para la (re)escritura de la historia del México Prehispánico.

En buena medida, la consolidación de estos espacios de discusión y de gestión administrativa, fueron encabezados por un nuevo personaje que se integró tardíamente al ámbito arqueológico: Alfonso Caso. Sin duda alguna Caso ha sido un personaje de gran importancia en el devenir de la arqueología en el país y, también, para la construcción de la llamada “cultura madre”. Algunos de sus biógrafos lo han calificado como “el último

favorecido por los dioses antiguos”, y otros más, como “un príncipe del poder”. A él también se ha atribuido la definición de lo olmeca en 1942. Su carácter enérgico, arrogante y quizás agrio, le provocaron no pocos problemas a lo largo de su vida y varias enemistades. También le merecieron profundos afectos. Era un hombre que “tendía a ver las cosas en blanco y negro; no admitía los grises en temas que le excitaban o irritaban”.⁸³

Su ingreso al campo arqueológico generalmente ha sido interpretado como una especie de destino afortunado que respondió a las capacidades extraordinarias y desinteresadas del personaje. Sin embargo, la conformación de las élites en México no permite este tipo de accidentes azarosos.⁸⁴ Alfonso Caso formaba parte de este grupo privilegiado y contó con todo su apoyo para forjarse un espacio en la comunidad arqueológica.

Por otro lado, don Alfonso no fue un personaje que se dejara arrastrar por el cauce del destino. Por el contrario, todas las acciones de su vida profesional fueron conscientemente planificadas y, su ingreso a la academia arqueológica, no fue la excepción. Luego de una efímera y amarga experiencia en el servicio público, don Alfonso decidió hacer lo necesario para hacerse de un lugar privilegiado en la arqueología. La suerte estuvo de su lado, indudablemente, y lo consiguió a los pocos años. Una vez ahí, sus dotes de gestor hicieron el resto, dándole la oportunidad de dirigir buena parte de las decisiones de la arqueología en México y de la (re)escritura de la historia prehispánica.

Primeros años y tropiezos

Ignacio Bernal, en alguna ocasión, definió a Alfonso Caso como un “hombre de instituciones”.⁸⁵ Tenía razón. Caso fue, ante todo, uno de los hombres que ayudó a consolidar la revolución institucionalizada. (Ver Ilustración 22, *Anexo I*) Nacido en el Distrito Federal el 1 de febrero de 1896, Alfonso Caso y Andrade fue el sexto hijo de los ocho que tuvo el matrimonio de Antonio Caso y Morali y María Andrade y Gómez de la Fuente. Su padre, don Antonio, era ingeniero del Ferrocarril de Hidalgo y del Noroeste, y murió cuando Alfonso tenía sólo 11 años.⁸⁶ (Ver Ilustración 23, *Anexo I*)

⁸³ Easby, Dudley, “Remembranzas de Alfonso Caso”, en *Alfonso Caso*, editado por Antonio Salas Ortega, México, s/f, p. 42.

⁸⁴ Algunos análisis sobre las élites en México en Camp, Roderic, *Los intelectuales y el Estados en el México del siglo XX*, FCE, México, 1995; y Camp, Roderic, Charles A. Hale y Josefina Zoraida Vázquez (eds.), *Los intelectuales y el poder en México*, El Colegio de México/UCLA Latin American Center Publications-University of California, México, 1991.

⁸⁵ Bernal, *Historia de la arqueología...*, *op cit.*

⁸⁶ Pese a la importancia atribuida a este personaje, no existe hasta el momento, ninguna obra biográfica extensa. Únicamente han sido publicadas pequeñas reseñas sobre su vida y obra, basadas, la mayor parte de las veces en las experiencias personales de los autores quienes tuvieron la fortuna de conocer a don Alfonso. Cf. p. ej. Barba, Beatriz, “Alfonso Caso y Andrade”, en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 9, Colección Biblioteca, INAH, México, 1988, pp. 424-446. Aquí he tomado referencia de estos trabajos, tratando de complementar la información con la procedente de sus archivos laborales en la SEP y el INAH, así como de su archivo personal resguardado en la UNAM. Sus datos biográficos familiares, referidos arriba, fueron tomados de una hoja de vida procedente de este último fondo (sin catalogación), y presumiblemente fueron elaborados por él mismo pocos años antes de su muerte. La hoja está fechada en 1967.

Éste último realizó sus estudios en el Colegio de Mascarones, pero cuando en 1912, esta preparatoria dejó de funcionar, ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria, en San Ildefonso. Terminados sus estudios preparatorios, en 1915, se inscribió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, de la que se graduó con la tesis *¿Qué es el derecho?* en 1919, misma que publicó en el diario *El Universal* en junio de ese mismo año.

Quizás por la temprana muerte de su padre, la figura de su hermano Antonio (el primogénito) fue fundamental en su vida. Trece años mayor que Alfonso, Antonio Caso (1883-1946), se licenció en Derecho y fue director de la Escuela Preparatoria en 1915. Como tal, mantenía vivo el espíritu de los antiguos Ateneístas, y Alfonso fue uno más de sus discípulos. (Ilustración 24, Anexo I) Esta relación filial, hizo que Alfonso estuviera muy de cerca en los espacios intelectuales de la época desde temprana edad, además de que estas relaciones fueron favorecidas al también ser discípulo de otros miembros de *Ateneo de la Juventud*, al menos de aquéllos que permanecieron en el país tras el gobierno de Victoriano Huerta.⁸⁷

En esos años fue que conoció a Alberto Vázquez del Mercado, quien era alumno dilecto de Henríquez Ureña y, por tanto, cercano a otros ateneístas. Vázquez, junto con Manuel Toussaint y Antonio Castro Leal, habían fundado la *Sociedad Hispánica de México*, con la intención de que fuera una organización que superara los logros del *Ateneo de la Juventud*. Sin embargo, la Sociedad sólo logró llevar a la imprenta algunos de los textos de los ex ateneístas y luego de desvaneció e, incluso, sus miembros se autoexiliaron por algún tiempo.

Sin embargo, poco tiempo después, editaron algunas revistas y fundaron la editorial Cultura. En 1916, Castro y Vázquez ingresaron a la Escuela de Jurisprudencia, y retomaron la idea de fundar una organización, en este caso para, “propagar la cultura entre los estudiantes de la Universidad”. Junto con Vicente Lombardo Toledano (1894-1968), Manuel Gómez Morin (1897-1972), el morelense Teófilo Olea y Leyva (1895-1955), Alfonso Caso y Jesús Moreno Baca; y la ayuda de Antonio Caso, fundaron la “Sociedad de Conferencias y

⁸⁷ Durante los años de la lucha armada, los ateneístas paulatinamente se exiliaron y cedieron su responsabilidad a la generación siguiente, a los nacidos en la última década del siglo XIX y durante la primera de la siguiente centuria. Aunque esta nueva generación no tuvo oportunidad de conocer al *Ateneo* en activo, pues la mayor parte de sus miembros salieron del país tras el gobierno de Victoriano Huerta, durante su estancia como alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, tuvieron entre sus mentores a Pedro Henríquez Ureña y a Antonio Caso. Para Krauze, esta generación de estudiantes recibió un legado de acción, de movimiento, responsabilidad político-cultural en vez de una doctrina: proteger, mejorar y acrecentar las instituciones (escuelas, planes de estudio) que los ateneístas apenas tuvieron tiempo de fundar. Cf. Krauze, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, Colección Andanzas, Tus Quest, México, 1999, p. 64.

Conciertos” que, luego, les merecería el apodo de los “Siete Sabios”.⁸⁸ Dice Krauze al respecto:

Si las clases de Altos Estudios con Caso eran el ágora, los edificios de la calle de San Ildefonso, la academia; Antonio Caso era el nuevo Sócrates; la Universidad era la polis, y Justo Sierra un verdadero Pericles, aquellos siete conferencistas debían por fuerza convertirse en <los Siete Sabios de Grecia>.⁸⁹

Años después, Alfonso Caso recordaría esa experiencia, únicamente como un exceso de presunción. Es cierto que la “Sociedad de Conferencias y Conciertos” no tuvo mayores aportaciones en el ambiente intelectual de la época, y que sólo fue un proyecto estudiantil que se desvaneció cuando sus miembros se graduaron de la Escuela de Jurisprudencia.⁹⁰ Sin embargo, a Alfonso Caso y el resto de sus fundadores, la experiencia de juventud les tendió los lazos y las relaciones necesarias para abrirse camino en las élites políticas y académicas de entonces.

Ya desde sus años de escolares, como parte de la “Sociedad de Conferencias y Conciertos”, los Sabios experimentaron situaciones cercanas con el poder. Además, luego de su graduación, la amistad con Vázquez del Mercado les granjeó una mayor cercanía con esa elite. Vázquez tenía muy buenas relaciones con el grupo sonoreense instalado en la presidencia desde 1919. Fue por medio de las recomendaciones de este personaje que, tras la muerte de Carranza, se integraron al gobierno de Adolfo de la Huerta. En 1921 Alfonso Caso fue designado Oficial Segundo del Gobierno del Ayuntamiento del Distrito Federal, mientras que Lombardo fungió como Director del Departamento de Bibliotecas de la recién

⁸⁸ Los llamaron los “Siete sabios”, porque ese era su número y, presumiblemente, en alusión a la actitud de pedantería que compartían. Pretendían constituir un grupo que pudiera “propagar la cultura entre los estudiantes de la Universidad Nacional”. Así rezan los estatutos de la creación de la “Sociedad de Conferencias y Conciertos”, fechada el 5 de septiembre de 1916, y firmada por los integrantes de esta organización, quienes entonces cursaban el segundo año en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. El Acta Constitutiva de la Sociedad en Calderón Vega, *Los siete sabios...*, *op cit*, p. 154. Sobre los Siete Sabios, en particular, sobre Lombardo y Gómez Morín, en Krauze, *Caudillos culturales...*, *op cit*.

⁸⁹ Krauze, *Caudillos culturales...* *op cit*, p. 89.

⁹⁰ Por el contrario, para Gómez Morín, la experiencia de los *Siete Sabios* había sido de gran relevancia. En 1926 escribía que: “Los que eran estudiantes en 1915 y los que, entre el mundo militar y político de la Revolución, lo sufrían todo por tener ocasión de deslizar un ideal para el movimiento, y los que, apartados, han seguido los acontecimientos tratando de entenderlos, y los más jóvenes que nacieron ya en la Revolución, y todos los que con la dura experiencia de estos años han llegado a creer o siguen creyendo en que tanto dolor no será inútil, todos forman una nueva generación mexicana, la generación de [1]915.” (Gómez Morín, Manuel, “1915”, en Calderón Vega, Luis, *Los siete sabios de México*, Ed. Jus, México, 1972, p. 19). Gómez Morín aseguraba que sobre ellos pesaba una gran responsabilidad debido a que eran una “generación-eje”, y a que de su desempeño dependía que, tras las ruinas de la guerra, se pudiera crear una organización y un patrimonio “nuevos y mejores” en el país. Aquí, Morín seguramente estaba influenciado por la teoría de las generaciones de Ortega y Gasset. De acuerdo a Tzvi Medin (*Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, FCE, México, 1994), al tiempo de la escritura de *El tema de nuestro tiempo*, la teoría de las generaciones fue retomada por la intelectualidad mexicana, quien encontró en la “generación” una categoría idónea para explicar y justificar su papel político e ideológico en los años de la institucionalización posrevolucionaria. Si, como señalaba Ortega, las generaciones tenían una vocación histórica, los jóvenes de aquellos años (la década de los veinte) eran claros ejemplos de una época de iniciación y beligerancia constructiva que se encontraba distante de la etapa porfiriana, y los creadores de una nueva era, la de la posrevolución.

organizada Secretaría de Educación Pública. Gómez Morin, por su parte, fue secretario particular del Secretario de Hacienda.

Enrique Krauze señala que el Ministro de Educación, José Vasconcelos, congregó a varios de los ateneístas y a sus discípulos, para integrarlos en diversos puestos de gobierno. La intención era la de dar continuidad al ideal del Ateneo pero ahora con acciones dirigidas a las masas, como la de llevar la lectura de los clásicos al pueblo. En este sentido, el mismo autor señala que “La consigna parecía ser: estudiantes al poder. A la vanguardia iban los Siete Sabios, que por tanto tiempo dieron fe pública de asepsia política. La revolución los había alcanzado”.⁹¹

La experiencia en estos puestos, sin embargo, fue amarga y efímera para todos los Sabios. Se relacionaron con el poder, con sus beneficios y también con sus desplantes y caprichos. A fines de ese mismo año (1921), Vázquez del Mercado cesó a Caso y esto causó una separación definitiva entre ambos y, al poco tiempo, también la ruptura con Lombardo. De acuerdo a éste último, a partir de esta rencilla, Caso consideró a Vázquez la causa de la destrucción de su incipiente carrera política.⁹² Fue a raíz de esta experiencia que Lombardo se alió con el Partido Laborista e inició su carrera política de izquierda. Alfonso Caso lo acompañó sólo en los primeros años en esta nueva experiencia.

Quizás de entre todos los sabios, fueran Lombardo y Caso quienes tuvieron una amistad más profunda. Desde los años de estudiantes, ambos se vincularon fraternalmente e, incluso, emparentaron. Caso contrajo nupcias con María, una de las hermanas menores de Lombardo. Se casaron en 1922, en la Hacienda de Teziutlán, propiedad de la familia Lombardo Toledano. (Ver Ilustración 25, *Anexo I*) Es posible que fuese por este vínculo de afecto que la vida de ambos, al menos inicialmente, estuvo entrelazada. Con el fracaso de su incipiente vida política, se acogieron a la vida académica y de docencia. En marzo de 1922, Lombardo fue electo director de la Preparatoria por plebiscito de alumnos y maestros. Caso, para este momento, había retornado a la carrera docente en esta misma escuela. Ya desde 1917, incluso antes de graduarse como licenciado en derecho, había impartido clases de lógica y, posteriormente, de Anatomía, Fisiología e Higiene, en la Escuela Nacional Primaria para Maestras. Sin embargo renunció a estos empleos en 1919,

⁹¹ *Idem*, p. 116. Como señala Roderic Camp (*Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, FCE, México, 1995, pp. 191-2), para los intelectuales que tuvieron una participación activa en las décadas de los años veinte y treinta del siglo pasado, el servicio público se encontraba indisolublemente ligado con la vida intelectual, “como si la nación reclamara sus aportaciones”. Para este autor, ésta es una característica peculiar de la cultura política mexicana que, a diferencia de la observada en Estados Unidos, propicia el involucramiento de la clase intelectual en las funciones y acciones de gobierno e, incluso, impide su manifestación independiente. Si bien considero que el estudio de este autor contiene grandes generalizaciones que ameritan un análisis detallado, me parece que sus observaciones sobre las ligas entre el poder político y el intelectual son pertinentes para el caso de los personajes tratados en este trabajo.

⁹² Krauze, *Caudillos culturales... op cit*, p. 163.

mientras estuvo en el servicio público.⁹³ Retornó a la docencia tres años después, en 1922, pero ahora en la Facultad de Altos Estudios y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia impartiendo diversas materias del campo jurídico.⁹⁴

Sin embargo, para 1923, Lombardo se enemistó fuertemente con el Secretario de Educación, José Vasconcelos. Éste, pasando por encima de la autoridad del rector y la del director, Antonio Caso, expulsó a algunos alumnos de la escuela. Consideraba que la preparatoria se mantenía en un desorden permanente y que la autoridad era burlada de manera constante. Ante estas acciones, consideradas como una muestra del exceso de autoridad del Ministro, Lombardo mostró su inconformidad. La disputa terminó con el despido del director Lombardo y de los profesores allegados a éste, entre los que se encontraba Alfonso Caso.⁹⁵

Tras este nuevo fracaso, Lombardo se concentró de manera definitiva en su carrera política. Al siguiente año (1923) fue designado, por parte del Partido Laborista, Gobernador interino del estado de Puebla, gracias al apoyo que le brindó el presidente Álvaro Obregón. Caso lo acompañó de nuevo en esta aventura, como Procurador de Justicia del estado y, al año siguiente en el Departamento Consultivo de Gobernación. A mediados de 1924, sin embargo, y debido a razones políticas por completo ajenas a sus responsabilidades, Lombardo fue destituido de la gubernatura y, junto con él, Alfonso Caso fue removido de su puesto.

Ambos regresaron a la Capital. Lombardo como Regidor del Ayuntamiento de la Ciudad de México, y Caso se refugió de nuevo en las aulas, quizás decepcionado de tantos fracasos políticos. Continuó con sus cátedras, tanto en la Facultad de Altos Estudios, como en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y, para 1926 comenzó a impartir clases en la recién establecida Facultad de Filosofía y Letras para Graduados. A finales de 1928 fue nombrado Director de la Escuela Nacional Preparatoria, puesto al que renunció a los pocos meses (mayo de 1929) debido a que consideraba que su “permanencia en la dirección de la Escuela sería imposible después de los últimos conflictos de las autoridades universitarias con los estudiantes.”⁹⁶ Es posible que tras este incidente Caso tomara la decisión de cambiar su camino de manera definitiva, o al menos, así parecen demostrarlo las acciones que comenzó a emprender desde entonces.

⁹³ Sus datos laborales en AHSEP, Sección Colección Personal Sobresaliente, Serie Expediente Personal, Subserie Alfonso Caso Andrade, caja C2, exp. 4, legajo 1.

⁹⁴ En estos primeros años brindó diversas cátedras: Disciplinas Filosóficas, Lógica, Teoría General del Derecho, Letras y Artes, Epistemología y Problemas Selectos de Lógica, Teoría General del Derecho.

⁹⁵ Krauze, *Caudillos culturales...*, *op cit*, p. 198.

⁹⁶ Correspondencia Caso-Rector de la Universidad Nacional, 25 de mayo de 1929, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Biblioteca “Juan Comas”, Área de Fondos Documentales “Alfonso Caso”, Fondo Alfonso Caso Andrade, caja 14, exp. 15, s.n.f. La documentación de este archivo está en proceso de catalogación, por lo que en las referencias a éste no haré mención a la numeración de fojas consultadas. En adelante IIA-UNAM, FACA.

Nuevos rumbos

Fue durante estos años cuando despertó el interés de Alfonso Caso por la arqueología. En 1943, según Dudley Easby, Caso aseguró que por aquél entonces le “picó este tercer monstruo intelectual (la arqueología, siendo el primero y el segundo, la filosofía y las leyes)”.⁹⁷ Son varias las narraciones que aseguran que su interés por este campo de estudio, se dio a raíz de una excursión que hizo a Xochicalco al lado de Lombardo. Enrique Krauze afirma que:

En 1920 Lombardo Toledano [...] emprendió un viaje –jornada sentimental- a Chapala, junto con Alfonso Caso. Llevaba un pequeño cuadernito de notas, donde apuntaba todo cuanto veía. [...] Esta avidez por empaparse de todo cuanto había permanecido oculto por años, esta forma de expansión que los hacía leer cosas que por años nadie había leído, lleva a Lombardo a mostrarle a Alfonso Caso las ruinas arqueológicas de Cuetzalan, donde se inicia la inquietud de Alfonso, quien sería el primer arqueólogo de México.⁹⁸

Al parecer, este relato era parte de las memorias autobiográficas del mismo licenciado, cuando recordaba su interés por este campo de estudio.⁹⁹ Algunos otros autores han asegurado que el sitio que visitaron los dos amigos fue Xochicalco, en Morelos, y que a raíz de esta excursión, Caso quedó profundamente interesado por los vestigios arqueológicos y la historia prehispánica. La mayor parte de estas aseveraciones fueron escritas a raíz de la muerte del Lic. Caso, en 1970, durante los variados homenajes que se realizaron en su memoria durante distintos actos públicos, y en las publicaciones hechas sobre su vida y obra.¹⁰⁰ En una de estas ocasiones, su fiel discípulo, Ignacio Bernal, recordaba que:

Una excursión a Xochicalco lo convenció [a Caso] de que era necesario saber lo que las antiguas ruinas significaban, y para ello había que poder leer los jeroglíficos. Por supuesto que la visita a la bella ciudad morelense no pudo ser sino la chispa que determinó un proceso anterior de pensamiento y de efecto.¹⁰¹

También Dudley Easby mencionaba que “la brillante carrera de Caso en arqueología [...] comenzó en la última parte de los años veinte como un resultado de su impaciencia al no poder encontrar nada escrito referente a los relieves de la bien conocida estructura de Xochicalco”.¹⁰²

⁹⁷ Easby, “Remembranzas de Alfonso Caso”, *op cit*, pp. 25.

⁹⁸ Krauze, *Caudillos culturales...*, *op cit*, p. 178.

⁹⁹ Bernal, Ignacio, sin título, en *Alfonso Caso. Homenaje*, SEP, México, 1971, p. 20.

¹⁰⁰ Entre los diversos actos memoriales que mereció don Alfonso, se encuentra el que sus restos hayan sido trasladados, en enero de 1974, a la “Rotonda de los Hombres Ilustres” (hoy “Rotonda de las Personas Ilustres”) en el “Panteón Civil de Dolores”, por un acuerdo Presidencial de Luis Echeverría. En este lugar, cabe anotar, también se encuentran los restos de su hermano Antonio Caso. También se dio su nombre a la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología y al Auditorio del ya desaparecido Instituto Nacional Indigenista. El premio que el INAH otorga, de manera anual, a la mejor tesis en el área de arqueología también lleva su nombre.

¹⁰¹ Bernal, Ignacio, “Palabras de Ignacio Bernal en el Homenaje al Maestro Caso, en el Colegio Nacional”, en Antonio Salas Ortega (ed.), *Alfonso Caso*, México, s/f, p. 44.

¹⁰² Easby, “Remembranzas de Alfonso Caso”, *op cit*, p. 24.

Estos autores también consideran que la pretensión inicial de Caso no era de tipo anticuaria, sino científica. Es por ello que, desde entonces, intentó forjarse un conocimiento formal y fidedigno, e ingresó a algunos de los cursos que impartía el alemán Hermann Beyer en el Museo Nacional. De esta forma, de acuerdo a los autores referidos, Alfonso Caso tuvo un acercamiento profundo a la americanística alemana y a la tradición de Selser, seguida por Beyer. Otros autores, sin embargo, consideran que Caso no siguió los postulados teóricos de ninguna personalidad, sino que “prefirió abrirse su propio camino”.¹⁰³

No he encontrado comprobación alguna de que Caso haya sido alumno formal de Beyer. Ignoro también si el viaje referido u otro parecido fueron definitivos en su vida futura. Lo que puedo asegurar es que, a partir de su última experiencia política en Puebla, sus intereses se perfilaron, de manera decidida, meticulosa y planificada hacia un proyecto distinto: el de su ingreso al mundo arqueológico. A partir de 1925, y a la par de su reingreso a la docencia, Alfonso Caso puso en marcha diversos proyectos, todos ellos encaminados a abrirse un espacio formal en la arqueología.

En 1929, y aprovechando el nacionalismo del ambiente político hizo una propuesta al Museo Nacional para escribir un *Manual de Arqueología*.¹⁰⁴ Con ello no se refería a las cuestiones metodológicas de la práctica, sino al contenido de la narrativa de la historia prehispánica. En carta dirigida al director del establecimiento, Luis Castillo Ledón (1880-1944), el 24 de julio de 1929, Caso propuso escribir una obra de conjunto en la que “[...] el estudioso de las cuestiones mexicanas pueda informarse, aunque sea ligeramente de la vida y de la cultura indígena, según los últimos descubrimientos realizados”. De acuerdo a su juicio, no existían obras de este tipo, salvo las escritas por los extranjeros (*Ancient civilizations of Mexico and Central America*, de Herbert Spinden, y el de Joyce, por ejemplo) que no cubrían las necesidades expuestas. La falta de atención, por parte de los mexicanos, en la realización de una obra de tales características, era vergonzosa. Era necesario hacer un “resumen” de los conocimientos que se tenían sobre la materia:

[...] no sólo como un tributo que debemos pagar a los autores indígenas de la civilización americana, sino también como un libro que sería de gran utilidad para todos aquellos que necesitan conocer los antecedentes de las condiciones sociales, políticas y económicas del país, es indispensable que se edite un manual de Arqueología e Historia Antigua de México, que exponga en orden lo que actualmente sabemos, por los más recientes descubrimientos, de la vida de los aborígenes.¹⁰⁵

Su confianza en el proyecto estaba basada en la consideración de que la obra propuesta podía incorporarse al programa establecido por Ezequiel Padilla, Secretario de Educación,

¹⁰³ Benítez, Fernando, “Palabras de Fernando Benítez, en ocasión de haberse dedicado al Maestro Alfonso Caso el Auditorio del INI”, en Antonio Solís Salas (ed.), *Alfonso Caso*, México, s/f, p. 11.

¹⁰⁴ Correspondencia Caso-Castillo Ledón, 24 de julio de 1929, IIA-UNAM, FACA, caja 21, exp. 12, s.n.f.

¹⁰⁵ Correspondencia Caso-Castillo Ledón, 24 de julio de 1929, IIA-UNAM, FACA, caja 21, exp. 12, s.n.f. Caso adjuntó a este oficio el “plan de la obra”. Su transcripción completa en Documento 1-*Anexo IV*.

que consideraba la edición de obras sobre “cuestiones mexicanas”. El *Manual*, de ser aprobado el proyecto, podría presentarse y darse a conocer a los especialistas extranjeros, durante el *Congreso de Americanistas* a celebrarse en Hamburgo, en septiembre de 1930. Planeaba realizar el trabajo en un año, considerando el tiempo requerido para llevar a cabo la búsqueda de la extensa de bibliografía (nacional e internacional), y para realizar los recorridos y visitas en zonas puntuales. No solicitaba honorarios específicos por su labor, sino que dejaba esas cuestiones monetarias al criterio de Castillo Ledón, si es que éste consideraba que la “magna labor” no se encontraba fuera de sus capacidades.

Seguramente Caso tenía conocimiento de las obras que el año anterior habían sido presentadas ante el *Congreso de Americanistas* en New York. Los trabajos que hizo la Dirección de Arqueología (cf. *supra*), pretendían dar a conocer a la comunidad internacional los adelantos de México en la materia, y el estado de las investigaciones llevadas a cabo por la dependencia. También mostraban el carácter global del desarrollo de los pueblos precolombinos. Es posible que Caso quisiera aprovechar este impulso para colaborar en el mismo sentido y, a la vez, para abordar los temas que quedaron pendientes en dichas publicaciones.

Aunque no me fue posible localizar la respuesta del Museo a la propuesta de Caso, me parece que lo más probable es que ésta no fuese autorizada, porque la obra nunca fue publicada. Quizás la negativa respondió a que en ese momento tales empresas estaban por completo fuera del ámbito de acción de la institución. También cabría suponer que, de llevar a cabo una obra de ese tipo, fuesen los propios profesores del Museo quienes tuvieran la preferencia de acción y no una persona por completo ajena a la institución.

Y es que Caso, para este momento, no tenía ningún tipo de prestigio en el ámbito arqueológico como para proponerse como el autor de la compilación de la historia prehispánica. En trayectoria, cualquiera de los profesores del Museo Nacional, o bien, de los inspectores de la Dirección de Arqueología, tenía más experiencia y era más reconocido que Alfonso Caso. Éste último había iniciado su interés formal en este tipo de estudios tan sólo cuatro años atrás de su propuesta para hacer el *Manual de Arqueología*. Poco después de su salida de Puebla y de haber abandonado la carrera política (1925), publicó su primer estudio de corte arqueológico, titulado “Un antiguo juego mexicano: el patolli”. El texto daba una caracterización general sobre los atributos y las reglas del juego, así como algunas posibles representaciones del mismo localizadas en sitios arqueológicos. Fue publicado tanto en *El México Antiguo*, como en *Revista de Revistas*.¹⁰⁶

¹⁰⁶ Su bibliografía completa, así como su biografía académica, me fue amablemente proporcionada por su última secretaria, la Sra. María Teresa Guizar en entrevista personal, el día 12 de febrero de 2008.

Luego de dos años, el número de sus publicaciones sobre la historia prehispánica comenzó a incrementarse de manera paulatina. Publicó “El teocalli de la guerra sagrada”, como una *Monografía del Museo Nacional*; así como “Nota arqueológica sobre las ruinas de Tizatlán”, nuevamente en *El México Antiguo*, y un artículo más sobre el mismo tema en *Mexican Folkways*.

Así, sus primeros estudios estaban enfocados únicamente a la historia de los aztecas. En ello, algunos de sus biógrafos han visto el germen de un claro interés por el desciframiento de los glifos, e incluso, han calificado a don Alfonso como el iniciador en la investigación de este tipo.¹⁰⁷ En la década de los años veinte –dice Bernal- Caso sintió la necesidad de entender “lo que las ruinas eran y lo que los jeroglíficos significaban”.¹⁰⁸ Sin embargo, como he referido arriba, el análisis iconográfico no significaba innovación ninguna, pues era un tema de estudio bastante aceptado y acreditado desde el siglo XIX, por lo que Caso, en realidad, sólo estaba siguiendo una larga tradición de trabajo.

Este interés (por el desciframiento de los glifos), podría explicar la aparente falta de concordancia entre las temáticas que Caso abordó en estos primeros años, las cuales transitaban por diversas regiones y culturas aparentemente sin relación entre sí como se verá adelante. Sin embargo, además de este interés, considero que el licenciado albergaba un objetivo mayor, también en completa coincidencia con sus contemporáneos y antecesores: el del origen de la civilización y sus vías de propagación en el territorio. Este problema resultaba fundamental para la definición de la historia prehispánica y, por ende, para la actividad arqueológica de aquellos años, y por ello, Caso se enfocó a su estudio en diversos lugares. Como un hombre ambicioso, él no pretendía satisfacer la simple curiosidad de la mente del erudito (que sin duda llegó a ser) y realizar estudios esporádicos en su tiempo libre, siendo un *outsider* del campo arqueológico. Él pretendía, por el contrario, ser parte de la comunidad arqueológica formal y, de ser posible, uno de los que propusieran los ejes rectores de la historia.

En este sentido no resulta azarosa la elección de la historia azteca en sus primeros trabajos. Esta cultura tenía un halo de importancia no compartido por otros pueblos, pues representaba el centro y la cúspide de la civilización prehispánica. Desde el hallazgo de la Piedra del Sol y la *Coatlicue* a finales del siglo XVIII, la Ciudad de México constituía un centro de interés para cualquier erudito: la urbe de *Tenochtitlán*, entonces cubierta por la Plaza Mayor, mantenía en secreto tesoros invaluables que sólo mostraba a los ojos curiosos esporádicamente, cuando sus entrañas eran violentadas por las obras de construcción. Además, algunos de los sitios relacionados con esta cultura estaban siendo explorados en

¹⁰⁷ Pastrana Flores, Miguel, “Un prólogo a la historia antigua de la Mixteca”, en Evelia Trejo y Álvaro Matute (eds.), *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta Lecturas*, IIH-UNAM, México, 2005, p. 467.

¹⁰⁸ Bernal, sin título, *op cit*, p. 20.

aquellos años (p. ej. Tenayuca, Santa Cecilia, Teopanzolco. Cf. *supra*), y la información procedente de estas investigaciones, junto con las de las fuentes documentales del siglo XVI, testificaban la importancia del lugar.

Me parece que el tema azteca tuvo un atractivo poderoso para Caso, al menos en el siguiente año, pues la cuestión de fondo que siguió abordando en sus trabajos estaba relacionada con la línea de evolución de la cual los aztecas eran la cumbre. Con la intención de ubicar un puente geográfico que pudiera relacionar tal cultura con la maya, en 1928 propuso a la SEP un proyecto de exploración en Monte Albán. La aprobación de la Secretaría fue brindada para realizar excavaciones durante tres años, pero estaba supeditada a la inversión de no menos de \$10 000.00 en cada temporada de trabajos, cantidad que Caso no pudo conseguir.¹⁰⁹

Quizás por ello, y a la par de su propuesta para la redacción del *Manual de Arqueología*, Caso comenzó a planificar una expedición arqueológica formal en otro lugar: Xochicalco, en Morelos. Es posible que de estas fechas daten las fotografías en las que aparece frente a las ruinas de este sitio, en visitas que realizara en, por lo menos, dos ocasiones. En la primera imagen, Caso aparece solo frente al Templo de la Serpiente Emplumada. Con mirada seria, se encuentra vestido con altas botas y cazadora, con corbata oscura y un sombrero de fieltro que apenas alcanza a protegerlo de los fuertes rayos del sol de las primeras horas de la tarde. (Ver Ilustración 26, *Anexo I*) En el resto de las fotografías, Caso se encuentra en la esquina contraria del mismo Templo. Está sonriente y acompañado de Vicente Lombardo, y, también, de Sylvanus G. Morley y su segunda esposa, junto con algunos otros personajes que no he logrado identificar. (Ver Ilustraciones 27, 28 y 29, *Anexo I*) Ignoro cuál era la relación entre estos dos últimos personajes, pero Morley tenía ya varios años en la actividad arqueológica contratado por la *Carnegie Institution* y había realizado diversas excursiones a la zona maya del país.¹¹⁰

La elección de Xochicalco como sitio para explorar no era fortuita ni resultado de la casualidad. Desde principios de siglo, el lugar había sido explorado por Leopoldo Batres. También fue visitado por el americanista Edward Seler en 1887 en compañía de su esposa Caecilie y de Francisco del Paso y Troncoso. El germano consideraba que, debido a las

¹⁰⁹ Este tipo de concesiones eran comunes desde las últimas décadas del siglo XIX, de acuerdo a la Ley de Monumentos de 1896, vigente todavía en el periodo aquí tratado. (Cf. AGN, caja 166, exp. 63) También lo era que la Secretaría diera su aprobación solicitando al permisionario, a la vez, una cantidad específica anual para llevar a cabo los trabajos, pues aquélla únicamente financiaba las exploraciones realizadas en las dependencias gubernamentales y de ninguna manera las propuestas por los particulares, fuesen mexicanos o no. Además, el permisionario estaba obligado a remitir a la Secretaría todos los resultados de las exploraciones, a dejar los monumentos debidamente consolidados, y a sujetarse a la vigilancia de la entonces Dirección de Arqueología. También se aclaraba, en estos convenios, que los bienes (muebles e inmuebles) localizados serían de propiedad exclusiva de la nación. Este tipo de contrato fue firmado por Caso y la SEP en 1928. (IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 50) La transcripción completa del mismo, en Documento 2-*Anexo IV*.

¹¹⁰ Una biografía de Morley, en Brunhouse, Robert L., *Sylvanus G. Morley y el mundo de los antiguos mayas*, Trad. Carlos Gerhard, Editores Asociados, México, 1971.

terrazas y fortificaciones que presentaba el lugar, éste debía estar relacionado con la cultura azteca.

Sin embargo, había otras posturas al respecto. Desde principios de siglo, el sitio de Morelos había sido relacionado con lo tolteca, es decir, con el Altiplano, tanto por el tipo de arquitectura como por la presencia de las esculturas de sierpes que ponían de manifiesto a *Quetzalcóatl*. Por otro lado, se pensaba que podía existir una estrecha relación del lugar con la zona del sureste mexicano porque el Templo de la Serpiente Emplumada presenta en sus relieves personajes (quizás sacerdotes) del tipo maya. Estas semejanzas eran fundamentales en la discusión sobre el origen de la civilización, en donde la zona maya y lo tolteca se encontraban en continua disputa.

La intención de Caso, al visitar Xochicalco, era la de determinar si:

[...] uno de los edificios que aparece en el plano de Xochicalco, levantado por la Dirección que es a su digno cargo [de José Reygadas], era efectivamente un juego de pelota, pues aparentemente tenía esa forma. Según me hizo observar usted a mi regreso, ya que el arquitecto Ignacio Marquina había hecho notar que era posible que uno de los edificios de Xochicalco fuera un juego de pelota, y probablemente se refería al mismo edificio.¹¹¹

Antes ya habían sido identificados varios edificios de este tipo en el sureste mexicano, y algunos autores consideraban que constituían la prueba de la invasión tolteca a aquellas tierras. Sin embargo, aún no se había descubierto ninguna construcción similar en la Mesa Central, y sólo se tenía referencia de éstas en las crónicas.

El 9 de julio Caso informó al ingeniero Reygadas, jefe de la Dirección de Arqueología, el resultado de su excursión en el lugar:

Al llegar a Xochicalco y con la ayuda del Inspector de la zona, señor Verazaluce, localicé el edificio que buscaba y me dí cuenta de que se trata de un recinto cerrado, por lo que existe cierta divergencia con el Plano, y que es sin duda un tlachtli o campo de juego de pelota; pero ~~que~~ por si esto no fuera bastante, en el lado norte del mismo edificio encontré un anillo de piedra, con su espiga para empotrarlo en el muro, lo que viene a ser una demostración absoluta de que se trata efectivamente de un juego de pelota indio.¹¹²

Con este descubrimiento, Caso brindaba elementos que hablaban de la posibilidad de relaciones del Altiplano con el sureste. Sin embargo, el licenciado no consideraba que fuese posible la influencia del primero hacia el sur. Argumentaba que Franz Blom, años atrás, también había localizado este tipo de construcciones en el Antiguo Imperio (las tierras altas), y que la influencia tolteca no parecía posible en aquellas tierras. Por otro lado y antes de finalizar su reporte, también señaló que Xochicalco no podía ser de filiación azteca,

¹¹¹ Correspondencia Caso-Reygadas, 9 de julio de 1929, ms, 4 fojas, IIA-UNAM, FACA, c. 21, exp. 43, s.n.f. El informe de Caso incluía algunas fotografías del lugar que, lamentablemente, no se encontraban en el expediente.

¹¹² Correspondencia Caso-Reygadas, 9 de julio de 1929, ms, 4 fojas, IIA-UNAM, FACA, c. 21, exp. 43, s.n.f. Tachado y subrayado en el original.

“aunque es indudable que, como toda la ciudad, revela influencia de la cultura tolteca”. No dio mayores argumentaciones, pero con ello contravenía la posición emitida años atrás por Seler.

En su reporte, además dio algunas indicaciones sobre el lamentable estado de abandono del lugar, quizás para insinuar una exploración posterior que mejorara las condiciones de conservación la zona. Sin embargo, su incursión en Xochicalco terminó con este reporte. Es posible que la Dirección de Arqueología no tuviera intenciones de iniciar los trabajos en este lugar, o bien, que en realidad Caso no se encontrara tan interesado en el tema como para insistir en trabajos mayores.

Poco tiempo después, Caso se interesó en otra región: el norte de México y el sur de los Estados Unidos. A principios de octubre de ese mismo año, pidió a Eyer N. Simpson, Secretario del Comité de selección de la *John Simon Guggenheim Memorial Foundation*, los requisitos para solicitar una beca de intercambio para América Latina durante 1930. Pensaba realizar una investigación sobre “Las relaciones entre las culturas indígenas de los Estados Unidos y de México”. A fines del mismo mes, presentó su currículum y la propuesta de investigación, pero aún cuando éstos fueron de los que obtuvieron mayor puntuación, el proyecto no fue aceptado.¹¹³

Esta negativa, sin embargo, no resultó tan sombría para los planes que Caso tenía en mente, pues para ese momento ya había dado los primeros pasos que lo llevarían a la cumbre de la arqueología en el país. Pocos meses antes de que solicitara los requisitos para obtener la beca *Guggenheim*, el Secretario General de la Universidad Nacional le informaba al Director de la Facultad de Filosofía y Letras que Caso debería ser entrevistado para brindar un curso especial de arqueología en dicha Facultad.¹¹⁴ Posiblemente esta recomendación fue la que le ayudó a obtener el contrato en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional, para brindar una hora de clase, tres veces por semana, entre julio y agosto de 1929. Luego de este curso, en enero de 1930, fue nombrado Profesor Interino de Enseñanzas o Cursos Especiales en el Museo Nacional, alcanzando la definitividad en julio de ese mismo año, y el puesto de Arqueólogo del Museo al siguiente año, en enero.¹¹⁵

En este último puesto, dio inicio a su primera exploración formal. En 1930 fue comisionado por el Museo Nacional para emprender exploraciones en Michoacán. Viajó junto con Eduardo Noguera, Arqueólogo de la Dirección de Arqueología. La comisión que ambos tenían era la de realizar varios pozos estratigráficos en la zona y coleccionar restos cerámicos que sirvieran para conformar una colección que permitiera colocar, de manera adecuada,

¹¹³ Correspondencia Caso- Guggenheim, fechas diversas, 3 fojas, IIA-UNAM, FACA, c. 21, exp. 27, s.n.f.

¹¹⁴ Correspondencia Secretario General de la Universidad Nacional-Director de la Facultad de Filosofía y Letras y para Graduados, 6 de mayo de 1929, ms, 1 foja, IIA-UNAM, FACA, c. 21, exp. 2, s.n.f.

¹¹⁵ AHSEP, Fondo SEP, Sección Colección Personal Sobresaliente, Serie Expediente Personal, Subserie Alfonso Caso, caja C2, legajo 1, f. 159.

los materiales de la Sala Tarasca del Museo.¹¹⁶ Mientras Noguera exploró en Pátzcuaro y Zamora, Caso fue a Zacapu. En Potrero de la Isla, éste último hizo nueve pozos y encontró numerosos fragmentos de cerámica, pero ningún entierro, pese a los esfuerzos que hizo para ello.¹¹⁷ Al parecer, ésta fue la única expedición a la que acudió como profesor del Museo, mientras planeaba la exploración que realmente le interesaba.

El gran acierto

Alfonso Caso estaba decidido a incursionar en el ámbito arqueológico con un gran proyecto y no por medio de una comisión del Museo. Una vez canceladas las oportunidades en Xochicalco y en el norte de México, nuevamente fijó su atención en Monte Albán, Oaxaca. La zona había sido explorada por Leopoldo Batres en 1901 y, años más tarde, como referí arriba, fue seleccionada como el segundo “proyecto integral” que llevaría a cabo la Dirección de Antropología, pero durante la década de los años veinte, esta dependencia sólo realizó los trabajos de reconocimiento inicial.

Caso conocía estos antecedentes y pensaba que la zona era potencialmente redituable, porque debía haber sido la ciudad de una importante civilización y, a la vez, el puente de unión entre los pueblos del Altiplano y los de la zona maya. Es por ello que se proponía: agregar más datos y textos para el desciframiento del calendario y de la escritura zapoteca; establecer una cronología relativa entre la cultura zapoteca y las culturas maya y mexicana; y descubrir los monumentos para un estudio del arte zapoteca. De ser Monte Albán el puente entre las dos grandes culturas, las investigaciones en esta zona podrían ayudar a entretejer el desarrollo de la civilización en un territorio más amplio al que hasta entonces estaba esbozado. Además, Caso pensaba que la zona podía redituar de gran prestigio al país, incluso en un nivel internacional, debido a que:

Monte Albán ha mostrado en todas las exploraciones que se han hecho, que encierra una gran riqueza no sólo en monumentos e inscripciones, sino en tumbas de grandes jefes y sacerdotes, en donde son abundantes los objetos de oro y de jade.¹¹⁸

¹¹⁶ El ordenamiento de las colecciones del Museo fue causa de polémicas en diversas ocasiones. La primera de éstas fue realizada por Seler a principios de siglo y, luego continuada por Batres con la ayuda de Isabel Ramírez Castañeda. Cf. Rutsch, *Entre el campo y el gabinete...*, *op cit.* Posteriormente, los profesores del Museo emprendieron nuevos proyectos en la década de los años veinte que fueron agriamente criticados por los miembros del Departamento de Antropología, cuando el viejo establecimiento estuvo bajo su administración. Además de los enfrentamientos personales entre ambos grupos de estudiosos (que impedían cualquier acuerdo en la materia), el problema del ordenamiento radicaba en que buena parte de las colecciones eran producto de hallazgos de procedencia desconocida, por lo que resultaba toda una tarea de investigación su ordenamiento cronológico y cultural. Las piezas de la Sala tarasca adolecían de estos problemas, y a ello respondió la comisión que fue encomendada a Caso y Noguera en Michoacán.

¹¹⁷ En uno de los nueve pozos explorados, Caso localizó fragmentos de huesos humanos, por lo que amplió la excavación del mismo a una extensión de 10 metros por lado y 1.50m de profundidad, sin obtener mayores resultados. Cf. Caso, Alfonso, “Informe preliminar de las exploraciones realizadas en Michoacán”, *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. IV, México, 1930, pp. 446-452.

¹¹⁸ Correspondencia Caso-Puig Casauranc, 1 de junio de 1931, ms, 8 fojas, IIA-UNAM, FACA, c. 5, exp. 54, s.n.f.

Para este entonces, Caso ya había ingresado como profesor del Museo Nacional, y aunque podía obtener la autorización de la SEP para iniciar las exploraciones que tenía previstas, ello no le garantizaba el apoyo económico de la federación para realizarlas, como ya lo había constatado en 1928. Fue por ello que desde abril de 1931 comenzó a calcular los gastos que generarían cuatro meses de exploraciones. Calculó un total de \$14 672.00.¹¹⁹

Poco más de un mes después, y con estos cálculos en mano, nuevamente propuso un proyecto de exploración en Monte Albán al Secretario de Educación, José Puig Casauranc. Ésta vez tenía en sus manos \$6 000.00 proporcionados por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y \$3 000.00 más brindados por la Universidad Nacional.¹²⁰ Además, proponía la obtención de donaciones por algunos conocidos ingleses, hasta alcanzar la suma de \$1 000.00 más. Y, finalmente, basado en una conversación con el Ing. Reygadas, solicitaba que la Secretaría de Educación invirtiese \$5 000.00 más para llevar a cabo las labores. Con este último apoyo económico, opinaba Caso, la Secretaría podría anunciar las labores como una obra gubernamental, pues a diferencia de su primera solicitud en 1928, ahora Caso ostentaba el título de arqueólogo del Museo Nacional, por lo que llevaría su carácter oficial en la empresa.

Su pertenencia a la institución también aseguraba que las obras se hicieran de acuerdo y bajo la estricta vigilancia del Departamento de Monumentos Artísticos, Arqueológicos e Históricos, así como la oportuna colaboración técnica del Ing. Reygadas y del arquitecto Marquina, para todas las actividades relacionadas con la ingeniería y conservación de los monumentos. Además del apoyo solicitado a la Secretaría, Caso pedía una partida especial para cubrir su sueldo y viáticos como arqueólogo del Museo, así como las correspondientes para pagar los servicios de un dibujante, del inspector para la zona, y de dos conserjes que serían utilizados como veladores y almacenistas; así como para la compra de la herramienta y el material necesario. En opinión de Caso, estas aportaciones aseguraban que los recursos fuesen manejados por la SEP bajo los procedimientos ya establecidos para este tipo de casos.

¹¹⁹ "Proyecto de presupuesto para las exploraciones de Monte Albán, Oaxaca", 29 de abril de 1931, mecanuscrito, 7 fojas, IIA-UNAM, caja 5, exp. 54, s.n.f. Cabe señalar que sus exploraciones en este lugar han sido objeto de varias suposiciones no siempre fundamentadas. Es el caso de Déraga y Fernández ("Las exploraciones de Monte Albán", en María Teresa Cabrero (comp.), *Il Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, IIA-UNAM, México, pp. 78-86) cuando aseguran que desde 1927 Caso obtuvo un contrato con la SEP y el apoyo económico de \$40 000.00 anuales para llevar a cabo las labores, cantidad que resulta exorbitante, pues representa entre el 7 y el 9% del presupuesto total del Departamento de Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos para los años de 1931 y 1932, respectivamente.

¹²⁰ El IPGH lo ayudó por medio de su director, el Ing. Pedro Sánchez, quien, al parecer, inicialmente había ofrecido la cantidad de \$4 000.00. En septiembre del mismo año, Caso recibió \$2 000.00 como abono inicial. Cf. Correspondencia Caso-Sánchez, fechas diversas, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 21. Con la Universidad, Caso inició las conversaciones con el Rector desde enero pero únicamente le autorizaron la aportación de \$2 220.00 en el mes de julio. Cf. Correspondencia UNM-Caso, fechas diversas, mecanuscritos, IIA-UNAM, FACA, caja 4, exp. 34.

Caso también había obtenido el apoyo del gobierno del estado de Oaxaca. Éste colaboraría con la construcción del camino carretero entre la ciudad capital y Monte Albán, y posiblemente también cooperaría con el pago de mano de obra, materiales, un camión y el sueldo de un chofer. Asimismo, el Director de Instituto Panamericano de Geografía e Historia colaboraría, además de la aportación de \$6 000.00, con el servicio de un ingeniero topógrafo para hacer el levantamiento de la zona, y con los de un taquimecanógrafo para llevar a cabo las tareas de archivo y las de correspondencia.

Para conseguir estas donaciones, desde el mes de enero de ese año, Caso mantuvo largas y numerosas conversaciones con los directivos de cada una de las instituciones referidas. También inició un intenso cabildeo con algunos particulares. En esta última empresa fue ayudado por el senador Eleazar del Valle, quien lo puso en contacto con ciudadanos oaxaqueños que podían estar interesadas en una donación para el proyecto. Caso les envió, a cada uno de ellos, misivas que apelaban al orgullo del pueblo oaxaqueño, explicando los objetivos del proyecto, y enfatizando que:

[...] cabe el orgullo al Estado de Oaxaca, de haber sido la cuna de una de las más altas culturas indígenas de América, y Monte Albán es sin disputa una de las más importantes ciudades arqueológicas del Continente. En México solo Teotihuacán y Chichen-Itzá a superan en extensión aun cuando no en importancia.¹²¹

También aseguraba, en la misma tónica, que Monte Albán había sido una capital (y no un pueblo cualquiera o menor) en el que sus habitantes conocían la escritura y el calendario y, que además, conservaba tumbas de reyes o sacerdotes “en donde se han encontrado abundantes objetos de oro y de jade y urnas funerarias de un gran valor artístico”. Con ello invitaba a que se unieran como “patrones del proyecto de exploraciones” y aportaran la cantidad que consideraran oportuna.

Seguramente Caso conocía las piezas que Leopoldo Batres había encontrado en una de las tumbas del lugar y por ello se atrevía a hacer tales ofrecimientos. Al publicar los resultados de sus exploraciones en Monte Albán años atrás, Batres había reportado que:

De los derrumbes de uno de los vestíbulos de Monte Albán, [...] desenterré un vaso de cerámica finamente ejecutado y con jeroglíficos en una de sus caras, y dentro un verdadero tesoro de amuletos de jade color verde y azul [...]¹²²

Ello le brindaba la seguridad a Caso de que, como había asegurado el inspector, en Monte Albán existían restos de objetos de “finísimas piedras preciosas”.

Por otro lado, Caso obtuvo la recomendación de Alfred Kidder (1885-1963) para la *Carnegie Institution*, y gracias a ésta le fueron aportados 500.00dlls para la temporada de

¹²¹ Correspondencia Caso-Eleazar del Valle, fechas diversas, mecanuscritos, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 38, s.n.f.

¹²² Batres, Leopoldo, *Exploraciones de Monte Albán*, Casa Editorial Gante, México, 1902, p. 25. Consulta electrónica en <http://www.archive.org> el 24 de septiembre de 2009.

excavaciones. También el Senador de los E.U. y anterior embajador en el país, D. W. Morrow, le facilitó la cantidad de \$1 000.00 como una contribución para las exploraciones.¹²³

La autorización, finalmente, le fue concedida. El 8 de octubre de 1931 fue emitido el oficio que lo acreditaba para dirigir las exploraciones arqueológicas en Monte Albán.¹²⁴ El día 19 del mismo mes, Caso inició las exploraciones en el lado sur de la plataforma norte, con la ayuda de Martín Bazán, Eulalia Guzmán y Juan Valenzuela. También se encontró con los primeros problemas, tanto de administración de recursos como de exploración, pues los primeros no llegaron a tiempo, y los segundos no se hicieron esperar: Caso no conseguía entender la distribución de la escalinata y sus alfardas. Por ello solicitaba el apoyo de Reygadas o el de Marquina en el sitio. Fue éste último el que pudo trasladarse a Monte Albán para ayudar en la reconstrucción de la estructura.¹²⁵ (Ver Ilustraciones 30 y 31, *Anexo I*)

Sin embargo, la gran nota de las exploraciones no la constituyó la liberación de este edificio. A la par de la excavación de la estructura, se inició la búsqueda de las tumbas en los alrededores. Aunque, hasta el 16 de noviembre de 1931 no había encontrado ninguna, el mes siguiente informaba que ya habían localizado la tumba de una niña junto con más de 20 vasijas y, entre los escombros del montículo B, más de 70 cuentas de jade y otras piedras.¹²⁶

La exploración de las tumbas continuó junto con la liberación de los edificios, y fue hasta enero cuando localizaron los restos más impresionantes de todos los que encontrarían en las temporadas de exploración: la tumba 7. En un montículo localizado a un lado de la carretera que conectaba al Centro de Oaxaca, Juan Valenzuela se encontraba explorando los muros de lo que parecía ser un antiguo templo cuando, al quitar los escombros del techo derrumbado, vio una ofrenda compuesta por un collar y unas orejeras de jade con un caracol cortado. (Ver Ilustración 32, *Anexo I*)

Este primer hallazgo sedujo al equipo para continuar con la exploración hacia el fondo del montículo y Alfonso Caso se integró a la exploración. El 9 de enero a las cuatro de la tarde, lograron quitar las piedras que formaban el techo de lo que -ahora estaban seguros- era una

¹²³ Correspondencia Caso-Carnegie Institution, fechas diversas, IIA-UNAM, FACA, caja 26, exp. 56; Correspondencia Caso-Conway, fechas diversas, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 55. Al parecer, fueron éstos los únicos “patronos” que Caso logró conseguir para su proyecto, además del Gral. Rafael E. Melgar (del Comité General del Bloque Nacional Revolucionario de la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión –PNR-), el Sr. D. W. Morrow, el Sr. J. Velásquez Uriarte, el Lic. Eleazar del Valle, y las instituciones antes referidas, pues fue a éstas personas a quienes dirigió cada uno de los informes de la temporada de este año. Los informes en IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 21.

¹²⁴ Carta de presentación a autoridades civiles y militares, 8 de octubre de 1931, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 56, s.n.f.

¹²⁵ Correspondencia Caso-Reygadas, fechas diversas, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 22, s.n.f.

¹²⁶ Circular N° 2, 16 de noviembre de 1931, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 21; Circular N° 3, 16 de diciembre de 1931, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 21.

tumba zapoteca, dejando apenas un hueco para que Valenzuela pudiera deslizarse hacia adentro con la ayuda de una linterna. Caso esperaba afuera, pero:

[...] sus exclamaciones [de Valenzuela] de entusiasmo me decidieron a bajar, a pesar de que siendo más corpulento que Valenzuela, todavía no me explico cómo pude hacerlo.

Al observar el interior de la tumba entendí el porqué de las exclamaciones de mi ayudante. Todo lo que se podía ver en lo que abarcaba la luz de nuestras linternas, era una rampa de tierra en la que estaban esparcidos huesos humanos, pero revueltos con la tierra y brillando a la luz de las linternas, se veían innumerables cuentas de oro, de cristal de roca, de jade y las plaquitas de turquesa que formaron alguna vez los espléndidos mosaicos.

Piezas de mayor tamaño y de una belleza inimitable, también podían verse sobresaliendo de la tierra. En un lugar, todavía ensartadas en los huesos del brazo de un esqueleto, se veían 5 brazaletes de oro y otros tantos de plata. Al centro de la tumba un gran pectoral formado con placas de oro, de exquisito dibujo, lucía como si acabara de hacer del pecho de uno de los caciques, y una gran urna blanca en medio de la tumba, se volvió traslúcida cuando iluminé su interior con la linterna eléctrica, pues era de alabastro. En una esquina, una copa negra de extraordinario brillo, parecía que era de barro vidriado. En realidad era una copa de cristal de roca y el color negro se debía a que estaba lleno de tierra.

Cerca de uno de los nichos de la tumba, un cráneo humano decorado con mosaico de turquesa, tenía sobre los ojos dos discos de concha y enfrente de él, unas largas placas de hueso, esculpidas, mostraban la filigrana de sus relieves.

Pectorales, orejeras, mascarillas de oro, de jade, de obsidiana, cristal de roca y ámbar, sobresalían en parte de la tierra que las filtraciones habían ido acumulando sobre esos tesoros.¹²⁷

Los días siguientes fueron de esfuerzo constante. Ampliaron la excavación hacia los lados del montículo para localizar la entrada de la tumba y, posteriormente, Caso, su esposa María y Valenzuela, trabajaron más de 14 horas diarias para registrar la posición de cada uno de los más de 300 objetos de la tumba. (Ver Ilustración 33 y 34, *Anexo I*)

Una vez colectadas todas las joyas y los restos humanos, el 13 de enero, en un cable urgente, Caso dio aviso al Departamento de Monumentos que había sido descubierta la “tumba más importante de América”.¹²⁸ Ahí empezó a crecer el prestigio de Caso. El 22 de enero de 1932, el Ing. Reygadas Vértiz anunció a los periódicos que

La exploración de la zona arqueológica de Monte Albán, [...] ha dado el más brillante de los resultados, al descubrirse una tumba riquísima de origen zapoteca con objetos mixtecos que por su cantidad y calidad constituyen un verdadero tesoro científico y material.

El descubrimiento ha sido el resultado de un esfuerzo perfectamente orientado desde el punto de vista científico, impulsado por el entusiasmo y gobernado por la más absoluta honestidad, cualidades todas características del señor Lic. Caso, a quien este Departamento confió la dirección inmediata de las obras, sabiendo de antemano que el resultado efectivo

¹²⁷ Conferencia sobre la tumba 7, s/f, mecanuscrito, 15 fojas, IIA-UNAM, FACA, c. 37, exp. 6, snf.

¹²⁸ Telegrama de Caso- Departamento de Monumentos, 13 de enero de 1932, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 49.

no se haría esperar. Gran esfuerzo costó al investigador la localización del lugar apropiado; pero la labor fue coronada por el éxito. Puede afirmarse que los descubrimientos últimos de las tumbas egipcias son tan importantes para su arqueología, como las de Monte Albán para la arqueología mexicana. La manufactura de lo descubierto, es de primera calidad y abundante el número de objetos preciosos; no fue encontrado un solo ejemplar de cerámica, los materiales fueron oro, jade, alabastro, cristal de roca y turquesa.¹²⁹

De inmediato las piezas fueron trasladadas a la Ciudad de México y las felicitaciones no se hicieron esperar. Caso recibió invitaciones para publicar sus hallazgos en varias revistas de prestigio internacional, así como la solicitud de la *National Geographic Magazine* para publicar el hallazgo como “el más rico de América” en un artículo con 28 fotografías a color. Los patronos, por su parte, se encontraron entusiasmados para seguir aportando sus contribuciones económicas los siguientes años ante la expectativa de que se localizaran más “tesoros”, y las temporadas de exploración se extendieron durante 15 años más. Las piezas, luego de su traslado a la capital, fueron expuestas de manera exitosa en la Feria Mundial celebrada en Chicago, Illinois, en 1933 y 1934, mostrando que existían en estas tierras “una alta civilización antes de la Conquista”, como lo aseguró el Jefe del Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, Cooper Cole.¹³⁰ (Ver Ilustración 35, *Anexo I*).

Sin embargo los problemas tampoco se hicieron esperar. El estado de Oaxaca interpuso una demanda para conseguir la custodia de las piezas y el litigio duró varios años. Además, la credibilidad de Caso fue puesta en duda por un profesor del Museo Nacional. Casi dos meses después de publicitado el hallazgo, Ramón Mena, entonces Jefe del Departamento de Arqueología del Museo, acusó públicamente a Alfonso Caso de haber falsificado las joyas y de haberlas colocado él mismo en el interior de la tumba 7. Su alegato se apoyaba las supuestas declaraciones escritas de Constantine G. Rickards y C. C. James.

La nota fue publicada por el *Excélsior*, y desató la furia de Caso. En carta al director del periódico, el licenciado aseguró que “La actitud del Lic. Mena y sus secuaces, deja ya el campo de la demencia, en que hasta ahora se había mantenido, y se encamina francamente hacia el delito”. Además, anexaba las cartas firmadas de Rickards y James, quienes presuntamente habían ido hasta su domicilio para aclararle que sus nombres habían sido usados sin su autorización.¹³¹

Al día siguiente, Mena acusó a James y Rickards de haberse retractado de sus declaraciones, y se lamentó de su “pusilanimidad”.¹³² Caso, por su parte, acudió a las autoridades

¹²⁹ Reygadas-varios periódicos, 22 de enero de 1932, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 22.

¹³⁰ Cf. SEP, *Opiniones de distinguidas personas que vieron la exposición de las joyas de Monte Albán en los Estados Unidos de América*, Publicaciones del Museo Nacional, México, 1934.

¹³¹ Correspondencia Caso-Director “El Universal”, 6 de marzo de 1932, mecanuscrito, 1 foja, IIA-UNAM, FACA, caja 3, exp. 25, snf.

¹³² Correspondencia Mena-Director “El Excélsior”, 7 de marzo de 1932, mecanuscrito, 1 foja, IIA-UNAM, FACA, caja 3, exp. 25, snf.

universitarias y de educación para detener el escándalo. El 12 del mes solicitó una Comisión “formada por los arqueólogos de la Secretaría de Educación Pública y arqueólogos extranjeros que residen actualmente en México, con el objeto de que expresen su opinión sobre la autenticidad de las joyas de Monte-Albán”. Sin embargo, a fines del mes, tanto la Secretaría de Educación como la Universidad Nacional rechazaron la solicitud de formar una comisión dictaminadora alegando plena confianza en la honradez académica del licenciado. Además, era del todo necesario detener un escándalo que podría adquirir vuelos internacionales en el mundo científico, dada la importancia de los hallazgos en disputa:

[...] no parece conveniente designar la comisión que usted solicita, porque con ello se daría pábulo a discusiones de carácter poco científico y además se sentaría precedente, en sí mismo, perjudicial, en el sentido de tener que someter a la decisión de un jurado, cuestiones que o son notoriamente evidentes o versan sobre puntos de naturaleza científica que no se debe pretender resolver en esa forma.¹³³

Pese a esta muestra de confianza, Caso no quería arriesgarse a dejar cabos sueltos. Por ello, envió una solicitud a todos sus amigos y aliados:

[...] quiero sin embargo tener la opinión de usted y la de otras personas competentes en Arqueología, a propósito de la autenticidad de dichas joyas.

No doy, por supuesto, ninguna seriedad a las impugnaciones que se han hecho, tanto por la calidad de las personas como por los argumentos que han esgrimido, pero es indispensable, en mi concepto, que definitivamente se acabe con el menos resquicio de duda que pudiera haber en la conciencia pública y que definitivamente también, y por el dicho de personas competentes, se pueda demostrar en cualquier momento la falta de seriedad de los impugnadores.¹³⁴

Las muestras de apoyo, al parecer, fueron escritas tal como Caso lo solicitó y, posteriormente, publicadas. Mena no se sintió amenazado por ello y continuó con sus declaraciones en los periódicos e, incluso, invitó a Caso para ventilar la discusión por este medio. Caso, sin embargo, no aceptó el reto, pero aprovechó la ocasión de una conferencia brindada en los salones de la Sociedad Alzate, para lanzar la invitación a discutir sobre el hallazgo en una sesión posterior. Nadie respondió a la misma y, por ello, Caso informó al periódico “Excélsior” que:

Todos los diarios de esta capital publicaron con oportunidad la invitación, que renové al terminar mi conferencia, como les consta a más de 700 personas que asistieron. Pues bien, a pesar de todo, el Lic. Mena y sus técnicos, entre los que creo que se encuentra un

¹³³ Correspondencia SEP-Caso, 17 de marzo de 1932, mecanuscrito, 1 foja, IIA-UNAM, FACA, caja 3, exp. 25, snf.

¹³⁴ Correspondencia Caso-varios, 8 de abril de 1932, mecanuscrito, 1 foja, IIA-UNAM, FACA, caja 3, exp. 25, snf. Aunque este original aparece sin rúbrica, es posible que se trate del formato de la misiva. Al reverso, a aparecen los nombres y direcciones de los siguientes destinatarios: José Reygadas Vértiz, Ignacio Marquina, Eduardo Noguera, Enrique Juan Palacios, Roque Ceballos, Benalí Salas, Agustín García, Moisés Herrera, Jorge Enciso, Castillo Ledón, Porfirio Aguirre, George Vaillant, Roberto Weitlaner, Zelia Nuttall, C. C. James, Rickards, P. de Ceulener, Manuel Gamio, Francisco M. Rodríguez, Presbítero Canuto Flores y Linné.

peluquero, prudentemente no aceptaron la invitación para discutir el asunto en la Sociedad Alzate.¹³⁵

Además, Caso señalaba que las declaraciones de Mena sobre la falsificación de las joyas respondían a una venganza por un asunto previo. Años atrás, Caso fue convocado por la Sociedad Alzate para dictaminar sobre un artículo que se publicaría en la Revista de la Sociedad. El escrito era de Mena y, en opinión de Caso, éste no era más que una “copia letra a letra” del estudio de León y Gama sobre las dos piedras.

Así pues, la enemistad entre ambos personajes tenía ya una historia previa y quizás por ello el escándalo desatado aquí no culminó sino hasta varios años después. Aún cuando Caso siguió negándose a replicar los comentarios de Mena y las notas fueron cayendo en el olvido, la polémica volvió a surgir cuatro años después, cuando, estando las joyas resguardadas en el Museo Nacional, el profesor Mena cometió un error fatal: sacó las piezas del establecimiento sin autorización superior, y las llevó con especialistas para su avalúo.

Los joyeros, amigos suyos, revisaron cuidadosamente las piezas y aseguraron, por medio de un dictamen, que éstas habían sido elaboradas mediante técnicas modernas y que, por tanto, no eran prehispánicas. Sin embargo el dictamen no sirvió para los deseos del profesor. Todo lo contrario, Caso lo acusó entonces de obrar de mala fe al haber sacado las piezas del Museo, de haber dañado el patrimonio nacional y, además, de cambiar las joyas auténticas por falsificaciones.¹³⁶

De inmediato se realizó una Comisión en el Museo para que resolviera el problema de acusación mutua. Todos los profesores del establecimiento fallaron a favor de Alfonso Caso, mientras que Mena fue destituido del cargo de Jefe del Departamento de Arqueología del Museo.¹³⁷ Con ello, la carrera arqueológica de Mena se dio por terminada. Caso, por el contrario, siguió acumulando triunfos: al año siguiente (1937) fue nombrado Jefe del Departamento de Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos y, a finales de 1938, con la consolidación del INAH, ocupó la dirección de éste. Así, a veinte años de distancia, Caso consiguió su objetivo inicial e ingresó por la puerta grande al mundo de la arqueología. (Ver Ilustración 36, *Anexo I*) En tanto, el último de los profesores del Museo Nacional,

¹³⁵ Correspondencia Caso-Director “Excélsior”, 28 de abril de 1932, mecanuscrito, 1 foja, IIA-UNAM, FACA, caja 3, exp. 25, snf. Subrayado en el original.

¹³⁶ La acusación por daño al patrimonio se basaba en el hecho de que Mena raspó algunas piezas para obtener una muestra del mineral y, con ello, les quitó las marcas de inventario. Éste es un ejemplo del nivel de encono alcanzado en la polémica y lo obtuso de ésta, pues dos de los delitos imputados a Mena resultaban paradójicos: el profesor no podía haber dañado el patrimonio y, a la vez, haber sustituido las piezas originales por otras falsas.

¹³⁷ El triunfo de Caso se reflejó incluso en la designación del nuevo Jefe del Departamento: el lugar de Mena fue ocupado Juan Valenzuela, colaborador de Caso y quien originalmente encontrara la Tumba 7. La narración sobre esta polémica en 1936, en López Hernández, *La arqueología mexicana en un periodo...*, 2003, *op cit.*

defensores de las teorías de los contactos interoceánicos y de la presencia negra en el continente americano caía en la deshonra pública.

El Instituto Nacional de Antropología e Historia

El ingreso de Alfonso Caso al Museo Nacional coincidió con algunos cambios estructurales de las dependencias en general. El 20 de enero de 1930, por decreto presidencial, tanto la Dirección de Arqueología como el Museo Nacional fueron integrados como áreas dentro de una instancia mayor dependiente de la Secretaría de Educación Pública, el Departamento de Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos (luego Oficina).

A la cabeza de este Departamento, inicialmente estuvo Gerardo Murillo, pero pronto fue suplantado por Jorge Enciso en un corto interinato y, finalmente, fue el ingeniero Reygadas quien se hizo cargo de la dirección del Departamento. La dependencia estuvo integrada por tres áreas: el Museo Nacional, la Dirección de Monumentos Prehispánicos, y la Dirección de Monumentos Coloniales y de la República. Esta reorganización pretendía brindar mayor coherencia y una mejor organización a los establecimientos dedicados al estudio y a la exhibición del pasado mexicano, así como a la protección de las bellezas naturales y los “lugares pintorescos” del país.¹³⁸ De esta manera se enfatizó el carácter de curaduría del Museo Nacional; y se restringió la investigación y la custodia de los sitios a las otras dos Direcciones. En conjunto, todas éstas se encargaron de elaborar una nueva *Ley de Monumentos* en 1934, sustituyendo a la de 1889 en esta materia.

Fuera de estas modificaciones, no existieron mayores cambios en la organización y en el personal que había laborado desde antaño. En la ahora Dirección de Monumentos, se llevaron a cabo las tareas antes realizadas por la Dirección de Arqueología, es decir, todas aquellas concernientes a la custodia, exploración y estudio de las zonas y monumentos arqueológicos, los cuales quedaron definidos de manera legal como aquéllos anteriores a la Conquista española. Las tareas estuvieron inicialmente dirigidas por Reygadas, pero cuando éste ascendió a Jefe de Departamento, fue sucedido por el arquitecto Marquina, mientras que los arqueólogos Eduardo Noguera, Enrique Juan Palacios y Roque Ceballos se encargaron de las tareas cotidianas. La Dirección de Monumentos Coloniales y de la República por su parte, se encargaba de la investigación y custodia de los monumentos posteriores a la Conquista, es decir, de los coloniales, sustituyendo así a la anterior Inspección General de Monumentos Artísticos e Históricos.

Aún cuando se preveía la creación de un Departamento de Museos que integrara al Museo Nacional y a todos los establecimientos de este tipo a nivel regional, el proyecto no se

¹³⁸ SEP, *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, T. IX, N° 1-3, enero-marzo, SEP, México, 1930; y *Memoria relativa al estado que guarda el Ramo de Educación Pública el 31 de agosto de 1932*, T. I, SEP, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1932.

concretó. Por un tiempo, el Museo Nacional absorbió dentro de sus funciones la administración de las Galerías de Pintura y Escultura, del Museo de Etnología, del de Artes Populares y del Museo de Oaxaca. Al frente de esta nueva organización continuó Luis Castillo Ledón, ocupándose, como antaño, de la dirección de las mismas tareas de exhibición y curaduría de las colecciones históricas, etnográficas y arqueológicas. En el establecimiento permanecieron los viejos profesores porfirianos: Andrés Molina Enríquez, Antonio Cortés, Rubén M. Campos, Mariano Rojas, Ramón Mena y Porfirio Aguirre.

Fue entonces cuando ingresó Alfonso Caso como profesor del Departamento de Arqueología. Al poco tiempo, se le unió la profesora normalista Eulalia Guzmán como ayudante del Departamento, y algunas personalidades nuevas como Pablo González Casanova y Daniel Rubín de la Borbolla. En el ámbito arqueológico, el ingreso de Caso y sus colaboradores o discípulos (primero Guzmán y luego Valenzuela y Jorge Acosta), coincidió con el ocaso de la generación porfiriana y de su tradición de trabajo. En estos años, Ramón Mena y Porfirio Aguirre fueron destituidos deshonrosamente,¹³⁹ mientras que Othón de Mendizábal moría tempranamente y los estudios de Juan Palacios quedaban sin interlocutores. Paulatinamente, las propuestas sobre el origen trasatlántico (defendida por Mena), la lectura de las fuentes y la iconografía (practicada por todos ellos) o la ubicación de la *Tollan* en Teotihuacán (sostenida desde Batres y Gamio hasta Mendizábal y Palacios), serían abandonadas para, posteriormente, ser recordadas como una simple práctica *amateur*.

Pero la suplantación de los últimos miembros de la generación porfiriana por los personajes de la revolución institucionalizada, sería un largo proceso acompasado, sobre todo, en cuanto a la tradición se refiere. En general, la organización del Departamento se mantuvo durante prácticamente toda la década de los años treinta atendiendo las labores de antaño: la elaboración de la Carta Arqueológica, y la investigación y custodia de los sitios. De entre las exploraciones más relevantes se dio continuidad a las efectuadas en El Tajín, Cholula, Palenque, Teotihuacán, Tenayuca, Xochicalco, Malinalco y en las zonas de Yucatán. Así mismo se brindó el apoyo técnico a los trabajos de exploración que Caso inició en Monte Albán.

¹³⁹ Mena, como mencioné antes, fue destituido de su puesto en el Museo por el escándalo de las joyas de Monte Albán, al ser acusado por Alfonso Caso de daño al patrimonio nacional. Aguirre, por su parte, fue acusado por el mismo Caso de haber sustraído varios objetos del Museo. Las piezas (parte de los Códices de la Colección Boturini, piezas de jade y oro, etc.) estaban siendo estudiadas por el propio Aguirre y Mena y, aunque estaban registradas, no se encontraban en el Departamento. Además se tenía el testimonio de un librero que aseguraba que Aguirre le había vendido el *Vocabulario de Molina*, el cual era parte de la colección de Gómez de Orozco. Caso pedía el cese de Aguirre y que, en lo siguiente, no se le permitiera ingresar al servicio público, pero solicitaba que no se le consignara ante las autoridades, debido a que ello resultaría perjudicial para la imagen del Museo. Oficio de Alfonso Caso al Jefe del DMAAH, 30 de diciembre de 1933, Referencia I31, legajo I, exp. I, Porfirio Aguirre y Sendero, ACINAH.

Fue a finales de 1938 que estas instancias transitaron por una nueva modificación administrativa: se sustituyó al Departamento de Monumentos Arqueológicos e Históricos por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, y la dirección de éste último la ocupó Alfonso Caso. Tal reestructuración fue más ambiciosa que la sucedida en 1930, pues el nuevo Instituto reunió de nueva cuenta a todas las actividades de investigación en materia histórica, arqueológica y antropológica.

Como referí antes, durante el siglo XIX el Museo Nacional se encargaba de este tipo de investigaciones pero paulatinamente perdió tal atribución. Con la creación de la Dirección de Antropología, las investigaciones sobre las poblaciones indias se integraron a la administración de la Secretaría de Agricultura y Fomento y, posteriormente a la de Educación Pública. Con la salida de Manuel Gamio del país, su dependencia se desintegró y los estudios de antropología fueron confinados al Departamento de Cultura e Incorporación Indígena en la SEP. Así, al menos desde 1926 las actividades antropológicas estuvieron separadas del ámbito de investigación y custodia del patrimonio arqueológico e histórico. Cada una de estas áreas ocupó dos espacios distintos e independientes entre sí en la administración educativa del país.¹⁴⁰

Luego de la creación del Departamento de Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos, en 1932, se creó la Comisión de Investigación Indígena, y se transformó al anterior Departamento de Cultura e Incorporación Indígena en el Departamento de Enseñanza Agrícola y Normal Rural.¹⁴¹ Tanto el programa de las Misiones Culturales de José Vasconcelos, como el proyecto de antropología aplicada de Manuel Gamio, habían propuesto soluciones para el problema de la incorporación indígena a la sociedad mexicana, más no habían obtenido los resultados esperados. El nuevo Departamento, ahora bajo el ideario del secretario de educación de entonces, Narciso Bassols (1897-1959), constituía un esfuerzo más en este mismo sentido.¹⁴²

¹⁴⁰ En general, esta ruptura no es reconocida por la historia de la arqueología, la cual ha considerado que desde la creación de la Dirección de Antropología en 1917 toda la investigación histórica, arqueológica y antropológica estuvieron conjugadas en un programa teórico unitario y dentro de una misma organización administrativa. Tal suposición supone una herencia de la "visión antropológica" en los estudios de arqueología del programa de Manuel Gamio.

¹⁴¹ Meneses Morales, Ernesto, *Tendencias educativas oficiales en México 1911-1934*, Centro de Estudios Educativos-Universidad Iberoamericana, México, 1986, cap. XIII.

¹⁴² En 1948 el Departamento fue suplantado por el Instituto Nacional Indigenista, también dirigido en un inicio por Alfonso Caso Durante el sexenio de Vicente Fox, el INI fue transformado en Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CNDI) bajo la consideración de que su proyecto tampoco resolvió el llamado "problema indígena", con lo que se cumple casi un siglo de la administración fallida de un "problema".

Por otro lado, también se fundó el Instituto de Investigaciones Sociales en la Universidad Nacional, con el objetivo de resolver el "problema indígena" y bajo la dirección de Lucio Mendieta y Núñez, quien años atrás trabajara al lado de Manuel Gamio en la Dirección de Antropología. Un análisis de los primeros trabajos de fotografía etnográfica de esta dependencia en Dorotinsky Alperstein, *La vida de un archivo. "México indígena" y la fotografía etnográfica de los años cuarenta en México*, disertación doctoral en Historia del Arte, FFyL-UNAM, México, 2003.

Fue hasta la creación del INAH que la investigación antropológica fue conjuntada de nueva cuenta con las áreas que atendían el estudio del patrimonio arqueológico e histórico. De acuerdo a Julio César Olivé y Bolfy Cottom,¹⁴³ el general Lázaro Cárdenas pretendía que se obtuvieran mejores resultados tanto en la conservación del patrimonio como en el estudio de los pueblos indígenas. Fue por ello que envió una iniciativa al Congreso para transformar el Departamento de Monumentos Arqueológicos, Históricos y Artísticos en un instituto que tuviera personalidad jurídica propia y la posibilidad de obtener, mediante aportaciones de los gobiernos estatales o de particulares, mayores ingresos de los que la federación podía concederle anualmente.

Por medio de una ley fechada el 31 de diciembre de 1938 y publicada el 3 de febrero del año siguiente se creó el Instituto Nacional de Antropolneogía e Historia, con las funciones de explorar las zonas arqueológicas del país; vigilar, conservar y restaurar los monumentos y objetos artísticos e históricos; realizar investigaciones científicas y artísticas propias de los intereses de la arqueología, la historia y la antropología; y publicar obras relacionadas con su ámbito de estudio. La dirección de la organización recayó en Alfonso Caso, quien se mantuvo en este puesto hasta 1947, cuando fue nombrado secretario de Bienes Nacionales e Inspección Administrativa.

El Instituto comprendió las anteriores dependencias del Departamento de Monumentos, es decir, la Dirección de Monumentos Arqueológicos y la de Monumentos Coloniales, así como los museos dependientes de la Secretaría de Educación Pública. Las colecciones históricas del anterior Museo Nacional fueron confinadas a un nuevo museo independiente, el Museo Nacional de Historia, con sede en el Castillo de Chapultepec; mientras que las piezas restantes se quedaron en la Calle de Moneda integrando la colección del nuevo Museo Nacional de Antropología.

Al poco tiempo, además, el proyecto de profesionalización también fue incluido en el Instituto. En 1937 se había establecido un Departamento de Antropología en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, y en éste se abrió la posibilidad de estudiar profesionalmente las carreras de Arqueología, Antropología Física, Etnografía y Lingüística. Para 1942 estas carreras fueron incorporadas, como Escuela Nacional de Antropología, al INAH, cambiando su nombre por el de Escuela Nacional de Antropología e Historia en 1946 por medio de un convenio con la Universidad Nacional Autónoma de México.

La creación del Instituto enfatizaba el renovado interés de la revolución institucionalizada y su clase política e intelectual en las poblaciones indias del país. Olivé y Cottom reproducen la nota de un periódico en el que se lee lo siguiente:

¹⁴³ Olivé, Julio César y Bolfy Cottom (coords.), *INAH una historia*, Vol. I, INAH, México, 1995, p. 33ss.

Por lo que se refiere al capítulo de la antropología, el Instituto [...] ha organizado, con sus propios fondos, la primera misión de estudio antropológico a la zona Triqui de Oaxaca, cuyo primer periodo de estudio se llevó a cabo el año pasado. Este es el primer intento por estudiar científicamente al indio en su aspecto físico. El aspecto arqueológico, histórico y hasta etnográfico, bastante se ha estudiado, pero en el físico permanece desconocido. El instituto demuestra así que no sólo es materia de sus estudios el “indio muerto”, sino que le llama la atención, y de manera viva y permanente, el “indio vivo”, el indio actual, que es parte de nuestra propia nacionalidad, parte vital también de nuestra economía.¹⁴⁴

El acento sobre el estudio del “indio vivo”, sin embargo, resultaba sumamente exagerado. En realidad el Estado mexicano había estado ocupado seriamente por el llamado “problema indígena” desde el siglo XIX. Al menos desde la segunda mitad de esa centuria se habían hecho estudios acuciosos sobre los indígenas, su lengua, tipos físicos y costumbre. Manuel Orozco y Berra, Francisco Pimentel y Joaquín García Icazbalceta, publicaron estudios sobre las lenguas indígenas y su estado evolutivo. También el profesor del Museo Nacional, Nicolás León realizó un estudio exhaustivo sobre los popolocas, mientras que Andrés Molina Enríquez presentó extensas propuestas sobre la incorporación de los indígenas a la sociedad mestiza.¹⁴⁵ Luego de los movimientos armados de la Revolución Mexicana, el Museo Nacional siguió haciendo este tipo de estudios, Manuel Gamio propuso los estudios integrales desde la Dirección de Antropología y José Vasconcelos dio inicio a las Misiones Culturales. Posteriormente, como mencioné, el Departamento de Cultura e Incorporación Indígena y, luego, Departamento de Enseñanza Agrícola y Normal Rural, atendieron todas las investigaciones antropológicas del país.¹⁴⁶

¹⁴⁴ Tomado de Olivé y Cottom (coords.), *INAH...*, *op cit*, p. 35.

¹⁴⁵ Un estudio sobre los trabajos de Bárcena, Icazbalceta y Pimentel, en Cifuentes, Bárbara, “Lenguas e historia en tres obras mexicanas del siglo XIX”, en Mechthild Rutsch y Mette Wachter (coords.), *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*, Colección Científica N° 467, INAH, México, 2004, pp. 117-139. Los trabajos antropológicos del Museo Nacional desde finales del siglo XIX en Rutsch, *Entre el campo y el gabinete...*, *op cit*; y un extenso análisis sobre Molina en Basave Benítez, Agustín, *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, Prólogo de Carlos Fuentes, FCE, México, 2002.

¹⁴⁶ No pretendo sugerir que el constante interés por este “problema” desde el siglo XIX, implique su continuidad epistémica. La definición de “lo indio” siempre constituyó, en sí mismo, un problema. La noción, cual si se tratara de un caleidoscopio, ha sido observada, en diferentes momentos y por diversos autores, como sinónimo de los más variopintos conceptos (también sujetos a diferencias contextuales), tales como “pobreza”, “lengua”, “cultura”, “folklore” (como lo hizo Gamio), “raza” (como lo propuso Riva Palacio), “herencia prehispánica”, “campesino”, “rasgos somáticos”, etc. Pese a ello, hasta la fecha ha prevalecido el juicio de considerar lo “indígena” como un suceso ahistórico y casi natural.

De frente a las aspiraciones por el reconocimiento de la alteridad, se torna cada vez más urgente un análisis que, alejándose de las generalizaciones simplistas y de la compasión y el sentimiento de culpa histórica frente a tales poblaciones, considere con seriedad la complejidad de esta problemática histórica que, siendo el sustento de disciplinas tales como la antropología, no deja de ser un constructo de la modernidad.

Cabe destacar el estudio de Dorotinsky Alperstein (*La vida de un archivo...*, *op cit*), en el cual, a partir del análisis de la fotografía etnográfica del Instituto de Investigaciones Sociales, aporta una revisión sobre la construcción de la imagen del indio en la década de los años cuarenta. La autora señala que, en general, todos los estudios de corte indigenista encuentran su arraigo en los trabajos de Molina Enríquez, presentando un marcado sentido evolucionista y cierta ambigüedad en el uso de la categoría “raza”. Sin embargo, acotado por sus objetivos, su estudio únicamente se basa en el análisis de la fotografía etnográfica sin establecer mayor relación con la producción escrita.

La atención hacia el “indio vivo” no constituía una novedad con la creación del INAH. Lo novedoso era que estos intereses estuviesen de nuevo reunidos, en una sola instancia, con los de las dependencias que estudiaban al “indio muerto”. Esta reunión de intereses ha sido el fundamento para algunos autores que consideran estos momentos como fundacionales de la arqueología científica en el país, y como el punto nodal en el que esta disciplina retornó a una conciencia social y/o antropológica.¹⁴⁷

Pese a este vínculo administrativo con el área antropológica, las actividades de corte arqueológico no difirieron de las hechas en los años anteriores. La Dirección de Monumentos Prehispánicos, con Ignacio Marquina a la cabeza, siguió ocupándose de la elaboración de la Carta Arqueológica, del dictamen de colecciones y de la exploración y estudio de los monumentos y zonas arqueológicas.¹⁴⁸ Durante los primeros años se dio continuidad a las exploraciones de Calixtlahuaca, Cholula, El Tajín, Chichén Itzá, Teotihuacán, Monte Albán, los Tuxtlas y Tulum, entre otros. También se dio seguimiento puntual a las exploraciones practicadas por los exploradores extranjeros, como Karl Ruppert (en los Tuxtlas), Isabel Kelly de la Universidad de California (en Sinaloa), Gordon Ekholm del Museo Nacional de New York (en Guasave, Sinaloa) y Matthew Stirling de la *Smithsonian Institution* (en San Andrés Tuxtla).¹⁴⁹

Todas estas actividades tenían la intención de aumentar el conocimiento hasta ahora alcanzado en materia arqueológica, tanto con la exploración de sitios nuevos como con estudios puntuales que buscaban la relación entre pueblos ya estudiados. De esta forma Noguera fue comisionado para hacer un estudio de la cerámica de Cholula, Tehuacán y Tepeaca para observar su relación con Monte Albán; Ceballos para realizar uno sobre las culturas del Valle de México; Palacios para hacer lo propio con los totonacos; Eduardo García Payón para estudiar la región de Morelos y el sitio de El Tajín; y Juan Valenzuela para emprender exploraciones en los Tuxtlas y buscar su relación con Monte Albán.

La ausencia del “indio vivo” en los objetivos de los trabajos arqueológicos, empero, sí implicó un vínculo ideológico con aquella imagen, y representó una (re)construcción de la relación entre el pasado y el presente. Al igual que sucedió durante el siglo XIX, tras la Revolución se mantuvo la firme convicción de dotar a la figura del prehispánico de un pasado majestuoso y civilizado, equiparable al de Europa, y sobre el cual pudiera fincarse el orgullo nacional. Sin embargo, durante los años de la posrevolución, al mismo tiempo que se consolidó esta figura civilizada, se le dotó de una originalidad local (autóctona), y se le

¹⁴⁷ La mayor parte de las historias de la arqueología que tratan este periodo parten de tal consideración. Cf. p. ej. Bernal, *Historia de la arqueología...*, 1992, *op cit*; Lameiras, José, “La antropología en México: panorama de su desarrollo en lo que va del siglo”, *Ciencias sociales en México*, El Colegio de México, México, 1979, pp. 109-180.

¹⁴⁸ Cabe recordar que José Reygadas, la cabeza administrativa de las áreas arqueológicas en los años anteriores, muere en 1939.

¹⁴⁹ ATA, caja 37, exp. 2711 B/021”39”/1.

construyó un vínculo con la imagen idílica del indígena contemporáneo que, posteriormente fue cristalizada por el indigenismo. En la identificación de la “cultura madre” subyace este sentido ideológico, como mostraré en el último capítulo de este trabajo. La exploración de grandes zonas y el énfasis hacia la escultura monumental también tuvo este sentido ideológico.

Estas actividades, por otro lado, han suscitado fuertes críticas. Para Eduardo Matos,¹⁵⁰ estos años son los que dieron cabida al nacimiento de una nueva escuela que puede caracterizarse por una carencia en la reflexión teórica-metodológica, definida por la técnica de excavación deficiente y por su tendencia a la reconstrucción monumental. Autores posteriores, basados en esta idea, denominaron a esta generación como la “Escuela Mexicana de Arqueología” y la definieron como un fracaso teórico-académico que cedió ante los intereses ideológicos y perniciosos del Estado nacional.¹⁵¹ También se ha señalado que el único sustrato teórico que existió en los trabajos de aquellos años, manó de un intento mediocre por adoptar el modelo de la escuela culturalista alemana.¹⁵² No obstante, como mostraré en el capítulo siguiente, los estudios arqueológicos de entonces no estuvieron exentos de preguntas teóricas relevantes para la época, y no tuvieron una influencia epistémica directa de ninguna escuela foránea en particular. En este sentido, la creación del INAH y el genio administrador y gestor de Alfonso Caso colaboraron en la consolidación de una amplia comunidad de investigadores que mantuvo un espíritu de unidad institucional, y un proyecto académico-ideológico conjunto.

La Revista Mexicana de Estudios Históricos y la Sociedad Mexicana de Antropología

El proyecto personal de Alfonso Caso para la historia prehispánica no se limitó a las acciones que mencioné en los apartados anteriores. Desde 1927 el licenciado, apoyado por sus antiguos compañeros de la Escuela Preparatoria y de la Escuela de Jurisprudencia, inició el proyecto de creación de una revista. Junto con Manuel Toussaint (1890-1955), Federico Gómez de Orozco y Rafael Loera y Chávez, en 1927 fundaron la *Revista Mexicana de Estudios Históricos (RMEH)* con la intención de crear un espacio no formal para la reunión de los interesados en todas las ciencias sociales.

De acuerdo a Arechavaleta, esta revista:

¹⁵⁰ Matos, “Las corrientes arqueológicas...”, 1979, *op cit*, p. 15.

¹⁵¹ Manuel Gándara (*La arqueología oficial mexicana...*, *op cit*). Cf. también Vázquez, “Historia y constitución profesional...”, 1993, *op cit*.

¹⁵² Esta interpretación parte de considerar a México como una periferia que circula alrededor del centro europeo. Un análisis sobre la influencia de la teoría de los círculos culturales en los trabajos cerámicos de la primera mitad del siglo XX, en Vázquez, Luis y Mechthild Rutsch, “México en la imagen de la ciencia y las teorías de la historia cultural alemana”, *Ludus Vitalis. Revista de filosofía de las ciencias de la vida*, Vol. V, N° 8, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano/SEP-UAM Iztapalapa-Universidad Illes Balears, México, 1997, pp. 115-178. (1997).

[...] nace de la inquietud que estos hombres sentían por la historia de México; hacen su declaración de libertad al especificar claramente ‘... que esta publicación no es un órgano, ni de un grupo, ni de un criterio, ni de una época’. Esta inquietud sería el antecedente más directo de nuestra sociedad [SMA], y que se siente la necesidad de crear un órgano que agrupe la historia, la antropología y, en general, todas las ciencias sociales.¹⁵³

Tiene razón el autor al mencionar que en este órgano se pretendía conjugar a todas las disciplinas del ámbito social. Al menos, así se observa en los títulos de los trabajos que fueron publicados en la Revista, pero sobre todo, en los rubros de estudio en el que fueron anunciados los colaboradores de la misma. En estos últimos se menciona la arqueología, la etnología, la lingüística y folklore, la historia de Nueva España, la sociología mexicana, la bibliografía, y la historia de México Independiente.

El proyecto era bastante original si se consideran las publicaciones del momento. De este carácter era *Ethnos*, impulsada por Gamio, pero tras la salida de éste del país, el proyecto cayó en el abandono. *El México Antiguo* también tenía estos objetivos, aunque de manera limitada pues únicamente se abocaba a los estudios sobre historia prehispánica, pero su publicación era bastante errática de acuerdo a los donativos que alcanzaba a conseguir su fundador, Hermann Beyer. Por su parte, los *Anales del Museo Nacional*, que desde hacía ya varias décadas venían desarrollando estos temas, eran un foro de discusión para los profesores del establecimiento y, lo mismo podría decirse de las *Memorias de la Sociedad Científica “Antonio Alzate”* en la que publicaban los miembros de la Sociedad, y en la que además, se incluían también los temas de las ciencias naturales. Así pues, la nueva revista era la primera de carácter no institucional que estaba especializada en los temas del ámbito social.

Quizás éste fue un carácter atractivo para quienes publicaron en ella. De hecho, en el proyecto, aparentemente colaboraron numerosos estudiosos, mismos que eran anunciados en la contraportada de la revista bajo el rubro de la materia de su especialización. En el largo listado de 77 colaboradores se pueden encontrar los nombres de varios de los estudiosos de la época, del Museo Nacional, de la Dirección de Arqueología, de la Sociedad Alzate y también personajes que no trabajaban formalmente en estos temas. Sin embargo, la colaboración de estos personajes no se reflejó en la publicación de artículos en la revista, pues solo un pequeño porcentaje de éstos participaron de esta forma (17 de un total de 77). (Ver Tablas 4 y 5, *Anexo III*)

Durante el primer año de vida de la *Revista* estuvo bajo la dirección de Alfonso Caso y Toussaint, y fue editada por la Editorial Cultura. Costaba \$1.50 y era bimensual. Pese a la originalidad del tema, la *RMEH* alcanzó tan sólo la publicación de dos tomos, y ocho

¹⁵³ Arechavaleta, Enrique, “Sociedad Mexicana de Antropología”, Carlos García Mora y Mercedes Mejía (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 8. Las organizaciones y las revistas, Colección Biblioteca, INAH, México, 1988, p. 124.

números en dos años. En 1928 salió a la luz el último de los números y el proyecto se canceló.

En repetidas ocasiones, varios autores han señalado que los pocos años de esta *Revista* fueron el antecedente directo de un proyecto mayor del mismo Caso: el de la Sociedad Mexicana de Antropología. En éste, señalan los autores, Caso quería infundir a la arqueología un sentido antropológico, alejándose de la historia decimonónica, y propiciando el debate de los especialistas.¹⁵⁴ Sin embargo, habría que resaltar que la *RMEH* fue un proyecto editorial que no pretendía establecerse como grupo de ningún tipo, ni mucho menos propiciar la discusión en torno a reuniones. Al menos así fue pensado cuando anunciaron los objetivos de la revista en su fundación. Por otro lado, la revista mantuvo un sentido plenamente histórico (que abarcaba desde los tiempos prehispánicos hasta la etapa contemporánea), como puede observarse en los títulos publicados, que no fue recuperado en el siguiente proyecto.

Wigberto Jiménez Moreno recordaba estos momentos de manera distinta. De acuerdo a él, en 1937 tuvo una conversación con el alemán Paul Kirchhoff (1900-1972), quien recién había llegado al país el año anterior invitado por Luis Chávez Orozco, entonces Subsecretario de Educación. La conversación entre ambos derivó en la propuesta de creación de un nuevo grupo “[...] para cumplir el dicho de que cuando se reúnen dos alemanes fundan un club necesariamente, él sugirió la idea de fundar la Sociedad Mexicana de Antropología [SMA]”.¹⁵⁵

Rutsch ha sugerido que Kirchhoff, al llegar a México, mantuvo por varios años la idea de dar continuidad al viejo proyecto de su connacional Franz Boas, sobre la apertura de una Escuela Internacional.¹⁵⁶ Es muy posible que debido a ello, Kirchhoff participara con gran interés en la creación del Departamento de Antropología en el Instituto Politécnico Nacional, en el que se brindarían las primeras carreras formales de arqueología y antropología. En este sentido, los recuerdos de Jiménez, sobre la participación de Kirchhoff en la SMA, no me parecen fuera de lugar. Quizás haya sido por su intervención que el proyecto se enfocó a la antropología, y no, a la historia como hubiese sido de esperar de los intereses de Jiménez, o del proyecto anterior de la *RMEH*, impulsado por Caso.

Es posible que haya sido por sugerencia del mismo Jiménez que, en este nuevo proyecto, se convocara a Alfonso Caso. Ello no resultaría extraño considerando el afecto que siempre mostró hacia él, debido a que fue su mentor y protector durante varios años. Por otro lado, Caso era, para ese momento, el Director del Museo Nacional, y desde esta posición tenía un

¹⁵⁴ Un autor que sostiene esto es Arechavaleta, “Sociedad Mexicana de Antropología”, *op cit.*

¹⁵⁵ “Un autodidacta precoz. Entrevista a Wigberto Jiménez Moreno por Alicia Olivera”, en Durand, Jorge y Luis Vázquez (comps.), *Caminos de la antropología. Entrevistas a cinco antropólogos*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional Indigenista, México, 1990, p. 87.

¹⁵⁶ Rutsch, *Entre el campo y el gabinete...*, *op cit.*

amplio poder de convocatoria. Junto con él, formaron el “núcleo inicial” de la Sociedad y, posteriormente se les unió Miguel Othón de Mendizábal, Daniel Rubín de la Borbolla y Rafael García Granados.¹⁵⁷

El 26 de octubre de este mismo año, convocaron a una reunión a todos aquellos que consideraron que se habían dedicado a los problemas de la antropología física, la lingüística, la etnografía y la arqueología mexicana. 25 años después Caso recordaría que, uno de los objetivos del proyecto fue incluir a todos los antropólogos interesados en México o Centro América, sin que estos perteneciesen necesariamente a alguna institución oficial o que fueran residentes en el país.¹⁵⁸ Fue por ello que extendieron la invitación a personajes mexicanos y extranjeros por igual. De ellos, contestaron 63, mismos que fueron convocados a una reunión para el día jueves 28 de octubre de 1937, en el Salón de Actos de la Sociedad Alzate, con la finalidad de definir las bases para la fundación de la Sociedad. Los firmantes de la convocatoria eran Mendizábal, Borbolla, Caso y Jiménez Moreno.¹⁵⁹

Al parecer tenían en mente “crear una sociedad completamente independiente, pero en cooperación con las instituciones oficiales”, pues aunque los promotores del proyecto pertenecían a la Sociedad de Geografía y Estadística y/o a la “Antonio Alzate”, consideraban que necesitaban una agrupación que estuviese concentrada en los trabajos antropológicos aunque ello limitara la amplitud de sus objetivos. Pese a que poco más de 10 años atrás, Caso fuera el impulsor de la *RMEH* y el carácter histórico de la misma, en esta ocasión señalaba que:

[...] la Antropología debía entenderse como antropología física y cultural y de ahí que pensáramos que dentro de ésta última debían figurar la prehistoria y la arqueología, la etnografía, la lingüística y la antropología social teórica y práctica./ Las evidentes relaciones que tiene nuestra historia antigua con la arqueología, hicieron indispensable considerar que los historiadores, que se ocupaban de las culturas indígenas de México y Centro América, debían también ser invitados a formar parte de nuestra Sociedad.¹⁶⁰

El 4 de noviembre, en una segunda reunión, se firmó el Acta Constitutiva.¹⁶¹ Como secretarios fueron designados Rubín de la Borbolla y García Granados. Al parecer, en esta sesión, también se acordaron reuniones bimensuales para presentar trabajos innovadores y

¹⁵⁷ Lamentablemente los documentos del Archivo de la Sociedad no están, hasta la fecha, constituidos como un acervo formal y falta buena parte de la documentación de estos primeros años. La consulta de los mismos la realicé gracias a la amable disposición del Presidente actual de la SMA, el Dr. Carlos Serrano, en las instalaciones del Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM en el que se encuentran resguardados. En adelante citaré este acervo como AHSMA (Archivo Histórico de la Sociedad Mexicana de Antropología), sin catalogación.

¹⁵⁸ Caso, Alfonso, “La Sociedad Mexicana de Antropología”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Número especial en el XXV aniversario de la fundación de la Sociedad, Tomo 18, SMA, México, 1962, p. 7.

¹⁵⁹ Convocatoria para fundar la SMA, ms, 1 foja, 26 de octubre de 1937, AHSMA.

¹⁶⁰ Caso, “La Sociedad Mexicana de Antropología”, 1962, *op cit*, p. 7.

¹⁶¹ Correspondencia Caso-Lizardi, ms, 1 foja, 1 de noviembre de 1937, AHSMA.

sujetarlos a la discusión de los asistentes.¹⁶² Caso aprovechó la ocasión para proponer a los asistentes que la anterior *RMEH* fuese continuada con el nombre de *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, ahora como órgano oficial de la Sociedad de Antropología. La propuesta fue aceptada.¹⁶³

Luego de esto, se convocó a la primera reunión ordinaria que se llevaría a cabo, también en el Salón de Actos de la Sociedad Alzate, en la calle de Justo Sierra 19, en el Centro Histórico. El jueves 4 de noviembre de 1937 se presentarían los trabajos de Mendizábal, “La filiación lingüística de los chichimecas de Xólotl”, y de Alfonso Caso, “Un rito en el Códice Borbónico”.¹⁶⁴

Mendizábal, para este momento, tenía ya una trayectoria de más de 30 años de trabajo en el ámbito de la historia prehispánica de México. Su ponencia en la reunión de la Sociedad desató, al parecer, una discusión acalorada entre Jiménez Moreno, Kirchhoff y Palacios, sobre la identificación geográfica de la *Tollan* referida por las fuentes y su posible relación con el Centro de México y Yucatán.

Como señalé arriba, desde el siglo XIX, los estudiosos que se avocaron a estudiar el pasado prehispánico pretendían definir el origen de la civilización y, para ello, tuvieron dos centros posibles como respuesta: el centro de México y la zona maya en el sureste. Fueron los llamados viajeros quienes, principalmente, exploraron esta última área, mientras que los estudiosos mexicanos, basados principalmente en la lectura de las fuentes, definieron a los toltecas del Altiplano como el centro y el origen de la civilización precolombina.

Estos dos posibles centros del origen de la civilización se encontraban entrelazados y, en cierto sentido, en continua rivalidad al disputarse la mayor antigüedad en el proceso de desarrollo. Como señala Beatriz Urías¹⁶⁵ la arena del saber histórico fue uno de los campos en los que se plasmaron los proyectos igualdad política y de nación desde el siglo XIX. Sin importar las diferencias ideológicas y políticas entre los numerosos proyectos, éstos coincidieron en mantener una profunda preocupación por la recuperación del pasado prehispánico como el origen histórico y fundamento ideológico para la nueva nación

¹⁶² Así lo refieren Arechavaleta, “Sociedad Mexicana de Antropología”, *op cit*; Bernal, Ignacio, “Crónica de los primeros veinticinco años de la Sociedad Mexicana de Antropología”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Número especial en el XXV aniversario de la fundación de la Sociedad, Tomo 18, México, 1962, pp. 11-19; Caso, “La Sociedad Mexicana de Antropología”, 1962, *op cit*; Dávalos Hurtado, Eusebio, “La Sociedad Mexicana de Antropología”, *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, Vol. 11, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1949, pp. 132-133.

¹⁶³ Caso, “La Sociedad Mexicana de Antropología”, 1962, *op cit*, p. 9. Como propuesta del mismo Caso, el primer número de la *RMEA* apareció con el volumen III, para mostrar claramente la continuidad de los proyectos.

¹⁶⁴ Convocatoria a la primera reunión ordinaria de la SMA, ms, 1 foja, sin fecha, AHSMA.

¹⁶⁵ Urías Horcasitas, Beatriz, *Historia de una negación: la idea de igualdad en el pensamiento político mexicano del siglo XIX*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México, 1996.

independizada.¹⁶⁶ Cabe aclarar que en estas primeras historias, además del interés por la búsqueda de los primeros habitantes del continente, se encontraba el de la ubicación del primer pueblo civilizado, del cual, posteriormente, se retomaría la simiente nacional. Estudiosos como José María Bustamante (1774-1848), José María Roa Bárcena (1827-1908), Guillermo Prieto (1818-1897), Manuel Orozco y Berra (1818-1881) y José Fernando Ramírez (1804-1871), entre otros, identificaron a esta primera “civilización” con la historia tolteca.¹⁶⁷

La historia de los toltecas fue el hilo conductor para desarrollar toda la historia prehispánica. El eje narrativo de la misma se basó en la vida de *Quetzalcóatl*, personaje al que se le atribuyó el mérito de ser el gran civilizador de los pueblos, y cuya herencia perduró hasta el pueblo azteca (vía *Nezahualcóyotl*) y, por ende, hasta el momento de la conquista española. Si bien existieron diversas variantes y fuertes polémicas alrededor de esta narrativa, en general ésta no varió en lo fundamental, escondiendo tras de sí un sentido político y nacionalista que servía para fundamentar un origen glorioso y civilizado para la nueva nación mexicana, el cual podría equipararse al del resto de las naciones de occidente que tenían como ejemplos las ruinas de Grecia, Roma y Egipto. La peregrinación de las siete tribus y la historia de *Quetzalcóatl* (como el gran dirigente y civilizador) fueron el preámbulo para el establecimiento final del pueblo mexicana en el centro de México y, posteriormente, para lograr una fusión con los mejores atributos del pueblo español conquistador. De esta forma, se aseguraba, que las razas que formaban la nueva nacionalidad -prehispánica (nahua) y española- provenían de buenas cepas. Políticamente además, esta historia resultó muy útil para consolidar el nacionalismo, y se aprovechó en extremo durante el gobierno de Porfirio Díaz.¹⁶⁸

Explicaciones similares se dieron para las tierras mayas, en las que colaboraron las descripciones y explicaciones de los viajeros del siglo XIX y anteriores. Para estas tierras, como analogía de la historia tolteca pero sin alcanzar su valor, *Votan* será el genio civilizador y Palenque la gran ciudad.

Como he señalado, ambas posturas tuvieron una clara continuidad en pleno siglo XX. Fue así que, en la reunión de la SMA, tras la discusión motivada por el trabajo de Mendizábal, se decidió realizar una reunión en la que se discutiría, de manera amplia, el problema de la identificación de la *Tollan* referida por las fuentes. Se llevó a cabo dos años más tarde, en

¹⁶⁶ Cabría cuestionar, sin embargo, el sentido de indianidad que asume la autora en las posturas de los decimonónicos al tratar la historia prehispánica.

¹⁶⁷ Un análisis historiográfico y biográfico de estos autores en Pi-suñier Llorens, Antonia (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación 1848-1884*, UNAM, México, 2001.

¹⁶⁸ Son varios los ejemplos del uso político de la imagen prehispánica (idealizada y occidentalizada) durante las últimas décadas del siglo XIX, se erigió la estatua a *Cuauhtémoc* en el Paseo de la Reforma, se publicó la monumental obra *México a través de los siglos*, y representaron pabellón con motivos prehispánicos en las exposiciones universales en París, Francia. Cf. la historia de algunos de estos ejemplos en Ortiz Monasterio, José, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, FCE-Instituto Mora, México, 2004; Rutsch, *Entre el campo y el gabinete...*, op cit; Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugos de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, FCE, México, 1998.

1941, bajo el título “El problema de Tula”, en el Castillo de Chapultepec, en la Ciudad de México, y sus resultados fueron contundentes al definir el sitio de Tula, Hidalgo, como “la patria” de los toltecas.¹⁶⁹ Por otro lado, a raíz de esta polémica, se decidió dar inicio a las exploraciones en este mismo lugar, en 1940, y tales investigaciones confirmaron la decisión de la mesa.

La Sociedad, al parecer, fue todo un éxito. El 28 de octubre de 1938, celebró su primer año de vida con una cena de gala en el Country Club. (Ver Ilustraciones 37 y 38, *Anexo I*) Para este momento se tiene registro de 40 miembros activos, entre los que se encuentran la mayor parte de la comunidad arqueológica y antropológica de la época. Para 1942, la lista asciende a 73 incluyendo a varios de los especialistas extranjeros del momento. (Ver Tabla 6, *Anexo III*)

Desde que finalizó la primera Mesa Redonda, se acordó el tema que se abordaría en la siguiente reunión, así como su sede. Se trataría el problema de la definición de los mayas y los olmecas y se llevaría a cabo en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, al año siguiente. Como resultado de esta nueva mesa se definieron las piezas arqueológicas con rasgos de jaguar como parte de la “cultura arqueológica de la Venta” u “olmeca” y, a ésta, como la más antigua entre los desarrollos prehispánicos, como la “cultura madre”.¹⁷⁰ Una vez aclarado el centro de civilización, las mesas posteriores se destinaron a la discusión de las áreas (por regiones geográficas) de los desarrollos culturales restantes en el territorio. Al año siguiente de la mesa en Chiapas, se discutió en los salones del Castillo de Chapultepec “El norte de México y el sur de los Estados Unidos” y, para finales de la década (1948) se puso en definición “El occidente de México”. En la siguiente década se habló sobre “Huastecos, totonacos y sus vecinos” (1953) y acerca de “La cuenca de México” (1954-55).¹⁷¹

Como señalaba Caso:

Esta reunión [...] fue la primera de las organizadas por la Sociedad, y su programa y los de las otras mesas redondas que después se han celebrado, tuvieron el interés de iniciar en las reuniones antropológicas el método de agrupar las colaboraciones de los participantes alrededor de un problema o de los problemas de una región.¹⁷²

Con estas mesas de trabajo, la comunidad comenzó a establecer, definir y resolver la imagen cultural, espacial y cronológica del pasado prehispánico y, con ello, los problemas

¹⁶⁹ Los trabajos expuestos en esta Mesa, a diferencia de los de las siguientes, no fueron publicados en un volumen especial, sino como parte del volumen III de la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. Las minutas de las reuniones en “Primera sesión de la Mesa Redonda sobre Problemas antropológicos Mexicanos y Centroamericanos”, *Boletín 1-4*, SMA, ms, AHSMA.

¹⁷⁰ SMA, *Mayas y olmecas. Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre problemas antropológicos de México y Centroamérica*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1942.

¹⁷¹ Los listados de trabajos de éstas y las siguientes mesas en García Moll, Roberto, *La Sociedad Mexicana de Antropología y su contribución bibliográfica*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1973.

¹⁷² Caso, “La Sociedad Mexicana...”, 1962, *op cit*, p. 9.

capitales para la disciplina que se estaba forjando. Como mencionó Ignacio Bernal, con motivo de los 25 años de la Sociedad Mexicana de Antropología, si bien todas las mesas celebradas por ésta tuvieron aportaciones valiosas y plantearon numerosos problemas:

[...] la importancia y el éxito de las primeras ha sido una meta no siempre alcanzada en las siguientes. [...] En las reuniones iniciales se leyeron relativamente pocos trabajos y por ello pudieron discutirse ampliamente; todos fueron cuidadosamente preparados por los mejores especialistas en cada tema y no se rellenó el programa [...]. Además nuestro deseo actual y en realidad bastante ingenuo de que todas las ramas de la antropología participen cada vez en cada Mesa nos ha obligado a escoger siempre áreas y nunca problemas reales.¹⁷³

En particular, en las dos primeras reuniones, la comunidad arqueológica no sólo se enfocó a un problema específico, como señala Bernal, sino que puso sobre la mesa el tema que habían ocupado y preocupado a los estudiosos desde la segunda mitad del siglo XIX: el del origen de la civilización en la época prehispánica. El problema no sólo fue discutido por los “mejores especialistas” en las mesas de la Sociedad de Mexicana Antropología, sino que fue resuelto de manera definitiva sentando nuevas bases culturales y cronológicas para explicar el resto del desarrollo de las manifestaciones prehispánicas.

¹⁷³ Bernal, “Crónica de los primeros veinticinco años...”, 1962, *op cit*, p. 17-8.

Capítulo III

El origen mexicano

El problema del origen de la civilización representaba una de las grandes interrogantes por resolver y definir para las disciplinas sociales en la primera mitad del siglo XX en todo el mundo occidental. En México, los años de la posrevolución acrecentaron el interés por esta temática, pues era necesario salvar las pugnas entre facciones, recobrar la confianza en las decisiones tomadas y en el progreso del país.

La civilización, el proceso cumbre de la evolución humana, era Historia por definición, y éste era el punto en el que la narrativa sobre el pasado de México tenía que iniciar. Es por ello que durante estos años, además de las investigaciones referidas antes, hubo un centrado interés en la construcción de la genealogía del pasado prehispánico. Si la *Tollan* era el origen, habría que ubicar su localización geográfica. Si, por el contrario, era Palenque el centro civilizatorio más antiguo, y entonces, el Altiplano tenía que dejar el lugar privilegiado que el siglo XIX le había asignado en la historia patria, entonces se tendrían que encontrar los estados evolutivos anteriores en la zona maya. O bien, si en efecto, como había escrito Fray Bernardino de Sahagún, eran los “ulmecas” los grandes civilizadores, habría que establecer quiénes fueron y en dónde habitaron.

En los tiempos de la revolución institucionalizada no era posible mantener la incertidumbre y la diversidad de puntos de vista que acompañaron a las décadas anteriores. La disciplina arqueológica estaba formalizada en el ámbito institucional y pronto surgirían los primeros cuadros de especialistas de las aulas de la primera escuela profesionalizada. Era pues necesario, establecer un discurso unificado entre la joven comunidad de investigadores.

Asimismo, se tendría que ponderar y unificar la forma correcta de recuperar el pasado, el establecimiento de los datos y el discurso de la narrativa sobre el mundo prehispánico. Durante estos años se brindaron discusiones sobre la lectura y el valor de las fuentes coloniales, manteniendo viva la tradición decimonónica; y también se afinó el conocimiento por medio de las temporalidades y agrupaciones culturales hechas a través de los restos materiales sacados de las excavaciones (en particular cerámica y escultura).

Fue la generación de arqueólogos posrevolucionarios quien se dio a la tarea de resolver esas problemáticas. (Ver Ilustraciones 39 y 40, *Anexo I*) Como lo anhelara Alfonso Reyes alrededor de la década de los años veinte, estos momentos representaron la búsqueda del “alma nacional”. Se intentaba:

[...] interpretar y extraer la moraleja de nuestra terrible fábula histórica; buscar el pulso de la patria en todos los monumentos y en todos los hombres en que parece haberse

intensificado; pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual; descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y monumentos. Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo, cuando logra electrizarse hacia un polo, bien sea real o imaginario, porque de lo uno y lo otro está tramada la vida.¹

Durante las primeras Mesas Redondas de la Sociedad Mexicana de Antropología se dieron las respuestas a todas estas inquietudes. En 1941 y 1942, la comunidad mexicana definió el lugar de la *Tollan*, dejando a Teotihuacán y Palenque como desarrollos aparte; y ubicó a la cultural original, a la madre, en la Costa del Golfo. Con base en estas definiciones se (re)escribió la historia patria del siglo XIX, y se estableció el origen de México, colocándolo en términos de igualdad histórica (es decir, evolutiva) frente a Europa, y de superioridad ante Estados Unidos. Se fundó el origen mexicano.

1. La civilización en el Altiplano

Resolver el problema del origen de la civilización no era una tarea sencilla. La interrogante había estado presente en buena parte de los estudios del siglo XIX y, para las primeras décadas de la siguiente centuria, no había sido resuelta de manera satisfactoria. Este proceso implicaba la definición de la categoría “civilización” y, por tanto, determinar cuál o cuáles eran los elementos necesarios para este estado evolutivo: la ciudad, la escritura o la agricultura.

Manuel Gamio, como antes otros, había confiado plenamente en ubicar la gran *Tollan* en el Estado de México, y con ello, establecer el único origen civilizatorio del mundo precolombino. También había destinado buena parte de sus esfuerzos en sacar a la luz esta ciudad e, incluso, en establecer una conexión directa con los pobladores entonces actuales. Pero la confianza en esta postura se desmoronaba ante la puesta en tela de juicio del ordenamiento cronológico que también había impulsado este personaje.

Por otro lado, estos años también supusieron el reacomodo de los miembros de la comunidad arqueológica y de sus prácticas de trabajo, sobre todo, las concernientes a la toma de decisiones y al planteamiento de los problemas de su agenda. Las propuestas e intereses de los nuevos actores, como Alfonso Caso, comenzaban a adquirir cada vez mayor fuerza, y ello constituyó la base para establecer las pautas necesarias que impulsaron el (re)ordenamiento cultural y cronológico de la historia de todos los pueblos prehispánicos.

¹ Reyes, Alfonso, “Prólogo”, en Mediz Bolio, Antonio, *La tierra del faisán y del venado*, Producción Editorial Dante, S.A., México, 1996, p. 9.

La definición de la Tollan

Desde el siglo XIX, los estudiosos del pasado prehispánico habían considerado dos posibilidades para la ubicación del gran centro civilizador del Altiplano mexicano referido por Fray Bernardino de Sahagún en su *Historia de las cosas de la nueva España*. La *Tollan*, la ciudad de los grandes artesanos, había sido identificada con Tula, en Hidalgo, siguiendo los relatos de Fernando de Alva Ixtlixóchitl. Al parecer, las primeras referencias sobre este poblado databan de 1873, cuando García Cubas presentó los resultados de sus estudios a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. El ingeniero había recorrido el poblado de Tula y la región circundante, así como las ruinas prehispánicas. En éstas últimas encontró varias piezas de interés que reportó a la Sociedad: un fragmento de disco solar esculpido, varias secciones del fuste de columnas, una escultura en forma de tigre, un fragmento de un friso con relieves de guerreros, así como unas piernas de cariátide, entre otros objetos. Fue García Cubas quien entonces identificó a los pobladores del lugar con los toltecas, basándose en los escritos de Fernando de Alva Ixtlixóchitl.²

Pocos años después, un viajero francés hizo un recorrido similar: Claude-Joseph-Le-Désiré Charnay. Nacido el 2 de mayo de 1828 en el departamento de Rhône, Francia (cuya cabecera es la ciudad de Lyon), Charnay murió el 24 de octubre de 1915 en París. Provenía de una rica familia dedicada al comercio de los vinos y a la banca, y recibió una estricta educación tradicionalista, que fue continuada con estudios en el liceo de *Charlemagne*, en París, durante su adolescencia. Luego de realizar algunos viajes por Alemania e Inglaterra, se instaló en Nueva Orleans, Estados Unidos, como profesor de francés en una escuela de mujeres durante 1850. Fue en este lugar en donde encontró a dos personajes que marcarían su futuro inmediato en el estudio de las antigüedades: John Lloyd Stephens (1805-1952) y Frederick Catherwood (1799-1854).³

Stephens había encontrado en la escritura de los libros de viajes una forma de vida sumamente atractiva. Luego de la publicación de sus viajes por Arabia y Egipto, se decidió a emprender una aventura similar en América. Junto con Catherwood, quien tenía experiencia en el dibujo, emprendió un viaje por Centro América a finales de la década de los años treinta, gracias a su nombramiento como diplomático de la Confederación Centroamericana. Si bien el itinerario tuvo que ser interrumpido por la mala salud de

² Paredes Gudiño, Blanca Luz, *Unidades habitacionales en Tula, Hidalgo*, Colección Científica 210, INAH, México, 1990, p. 13.

³ Jiménez, Víctor, "Nota preliminar", en Charnay, Désiré, *Ciudades y ruinas americanas. Mitla, Palenque, Izamal, Chichén Itzá, Uxmal. Reunidas y fotografiadas por Désiré Charnay con el viaje y documentos del autor: México, 1858-1861 Recuerdos e impresiones de Viaje*, Traducción y nota introductoria de Víctor Jiménez, Banco de México, 1994, pp. 9-33.

Catherwood, pudieron reiniciarlo año y medio más tarde. El resultado fue todo un éxito editorial: *Incidents of travel to Central America, Chiapas and Yucatán*.⁴

Fue esta publicación la que inspiró a Charnay a escribir sus relatos de viaje. En 1853, una vez de regreso en Francia, concibió la idea de hacer un *tour du monde photographique* por Estados Unidos, México, América del Sur, Asia, India, Medio Oriente y Europa. Durante el trayecto tomaría fotografías de los lugares y haría “observaciones útiles para las ciencias”. Además del apoyo económico de su familia para emprender la empresa, buscó y obtuvo el del ministerio de Bellas Artes para llevar a cabo una “misión oficial de exploración artística alrededor del mundo”.

En 1857 se embarcó rumbo a América.⁵ En Estados Unidos sólo tomó algunas fotografías, pensando que, al final del recorrido, podría regresar para culminar el registro. Prefirió iniciar su camino en México, en el Puerto de Veracruz, y este país lo retuvo durante cuatro años haciéndole olvidar su proyecto inicial. De regreso a Francia, su trabajo fue publicado en la ciudad de París, en 1863, bajo el título *Cites et ruines américaines. Mitla, Palenque, Izamal, Chichen Itza, Uxmal. Recueillies et photographiées par Désiré Charnay. Avec un texte par M. Viollet-Le-Duc, Architecte du Gouvernement. Suivi du Voyage et des documents de l'auteur*.

Dedicó su obra a Napoléon III, y esto le valió cierto menosprecio en el ambiente mexicano de mediados de siglo, inmerso en los problemas de la intervención francesa. Aquí únicamente se hizo una publicación en 1866, casi como un folleto y sin el texto de Charnay. Sin embargo, el viajero francés mantuvo el interés por los sitios precolombinos de México y regresó al país para un nuevo viaje en 1880. En esta ocasión recorrió buena parte del Altiplano mexicano y, de nuevo, el sur. Los resultado de su viaje fueron presentados en 1885, bajo el título *Les Anciennnes Villes du Nouveau Monde*.⁶

Entre los lugares que visitó, se encontraban las ruinas de la ciudad de Tula, Hidalgo. Recorrió el lugar, hizo croquis y planos de algunas construcciones y de los alrededores e, incluso, llevó a cabo algunas exploraciones. Además de referir el hallazgo de varias piezas que encontró durante sus caminatas, o bien, en las excavaciones que emprendió (la parte baja de una cariátide, el disco de un juego de pelota, un fragmento de relieve en donde se observa un personaje vestido a la usanza maya), en tres de los capítulos de la obra, Charnay refería la ya larga polémica que envolvía a la antigua ciudad:

⁴ Una breve biografía de este personaje en Brunhouse, Robert, *En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos*, Trad. Jorge Ferreiro, FCE, México, 1989, cap. V.

⁵ Se hizo acompañar de los parisinos Armand Philipan, abogado, y de Eugène Camus, jurista.

⁶ Charnay, Desiré, *The Ancients cities of New World being travels and explorations in Mexico and Central America*, Trad. J. Gonino y Helen S. Conant, Ed. Chapman and Hall, London, 1887, consulta electrónica en <http://www.archive.org>, el 27 de julio de 2009. Los lugares que describe en la publicación son: Veracruz, Puebla, Ciudad de México, Tula Teotihuacán, Tenenepanco, Amecameca, Comalcalco, Palenque, Yucatán, Aké, Izamal, Chichén Itzá, Kabah, Uxmal, Campache, Tenosique, el Petén, Tasayal, Tikal, Copan, Tumbala, San Cristobal y Mitla.

Los toltecas, como antes se dijo, fueron una de las tribus nahuas, que desde el siglo VII al XIV, se esparcieron en México y Centro América. Su existencia ha sido negada por varios historiadores modernos, aún cuando todos los historiadores americanos coinciden en que los pueblos que les siguieron recibieron la civilización de aquéllos. Debemos reconocer, sin embargo, que nuestro conocimiento se basa en leyendas tradicionales llenas de anacronismos, transmitidas por los pueblos posteriores a ellos, pero es nuestro deber llenar las enormes discrepancias que se encuentran en cada página por los monumentos que nuestra buena suerte nos ha dado para traer a la luz.⁷

Charnay no dudaba en considerar que las artes y la civilización de esta ciudad fueron difundidas al resto de las poblaciones de América. Su postura fue compartida por otros autores en las décadas siguientes, como el americanista alemán Eduard Seler.

Sin embargo, los estudiosos mexicanos sostenían otra postura: pensaban que el título del centro de la civilización correspondía a Teotihuacán. Si bien durante años, los investigadores dieron argumentos a favor de una u otra posibilidad sin llegar a ningún acuerdo, desde el siglo XIX, la mayor parte de ellos se inclinaba por relacionar la mítica ciudad con el “lugar de los dioses”. Tanto Leopoldo Batres, como Manuel Gamio (en el siguiente siglo) defendieron esta tesis. También Enrique Palacios apoyaba esta idea junto con Miguel Othón de Mendizabal.

A principios de la década de los años treinta, fue publicada una obra que exponía el problema que representaba la definición de la *Tollan*. Al abordar el problema de los totonacas, Walter Krickeberg exponía, retomando la postura de Eduard Seler, que había tres interpretaciones distintas sobre los tolteca: 1. Aquélla que consideraba que las narraciones sobre los tolteca eran referencias míticas; 2. Las que sostenían que los toltecas tenían una existencia real (toltecas históricos), y que eran los habitantes de la antigua *Tollan* en el actual estado de Hidalgo, previa a los tiempos aztecas; 3. Las que aseguraban la existencia de los toltecas prehistóricos, y los consideraban como los autores de la mayor parte de los progresos culturales alcanzados por los pueblos mexicanos, y cuyos descendientes eran los pueblos de habla mexicana de la costa.⁸

Krickeberg se sumaba a la segunda propuesta, al igual que Seler, asegurando que la *Tollan* se encontraba en Tula, Hidalgo, y que:

⁷ Charnay, Desiré, *The Ancients cities of New World... op cit*, p. 76. Traducción propia. “The Toltecs, as was stated before, were one of the Nahuatl tribes, which from the seventh to the fourteenth century spread over Mexico and Central America. Their existence has been denied by various modern historians, although all American writers agree that the numerous bands which followed them in the country received their civilisation [sic] from them. It must be admitted, however, that our knowledge rests chiefly on traditional legends full of anachronisms, transmitted to us by the nations that came after them but it will be our care to fill up the enormous discrepancies to be met with at almost every page, by the monuments it has been our good fortune to bring to light”.

⁸⁸⁸ Krickeberg, Walter, *Los totonaca. Contribución a la Etnografía histórica de la América Central*, Trad. Porfirio Aguirre, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, SEP, México, 1933, p. 117. La traducción de la obra fue bastante tardía pues el trabajo fue publicado en alemán desde 1920 (*Die Totonaken. Ein Beitrag zur historischen Ethnographie Mittelamerikas*).

Según el estado actual de las exploraciones, se puede resumir diciendo, que los tolteca históricos fueron los representantes de una antigua cultura naua, limitada primitivamente a los Valles de México y Puebla, pero, la cual se extendió después hacia el Sur y a lo largo de la antigua ruta comercial hacia la costa atlántica llegando hasta Tabasco, de donde otras bifurcaciones, muy llenas de vida, se extendieron hasta el norte de Yucatán, por un lado, y por el otro hasta Guatemala, Honduras, San Salvador y Nicaragua. En esta propagación asimiló muchos elementos de otras culturas, particularmente en la costa atlántica y en el país de los maya, pero en su totalidad conservó bien su carácter naua. Por eso no es práctico ligar con ella culturas tan heterogéneas, como la de Teotihuacán como ha sucedido varias veces [...]. Pero tenemos que considerar su relación con otras culturas nauas prehistóricas de la Mesa Central.⁹

Para estos años, esta postura comienza a ser compartida por parte de la comunidad mexicana, y posiblemente por ello la obra de Krickeberg resultó de interés para ciertos estudiosos, pues fue traducida por el Museo Nacional en 1933.¹⁰ Tal pareciera que, entre los mexicanos, el *status* de la “ciudad de los dioses” estaba poniéndose en duda.

A finales de esta misma década, se iniciaron claros ejercicios de discusión tendientes a terminar la discrepancia entre ambas posturas. Dos de los principales promotores de Tula, en Hidalgo, habían ingresado a la comunidad arqueológica poco tiempo atrás: Alfonso Caso y Wigberto Jiménez Moreno. Ambos retomaron la propuesta de Cubas-Charnay-Seler, y sostuvieron que la *Tollan* se encontraba en Hidalgo.

Nacido el 29 de diciembre de 1909, Jiménez radicó prácticamente toda su juventud en su estado natal, León Guanajuato. (Ver Ilustración 41, *Anexo I*) Su familia, de los altos de Jalisco, era muy devota y, por tanto, Jiménez hizo los estudios primarios en escuelas privadas dirigidas por sacerdotes, y desde estos primeros años de su formación, recuerda haberse interesado en la historia, los idiomas y la etnología. A los nueve años leyó por completo el *Compendio de historia de México* de Nicolás León (1859-1929) y varios otros libros de historia. Asimismo, emprendió sus primeras traducciones de textos sencillos, usando sus conocimientos autodidactas en el francés y el latín, éste último aprendido de su experiencia como monaguillo. A los quince años de edad, ya había concluido el bachillerato y dominaba la traducción de varias lenguas.¹¹

Pese a sus tempranos intereses en la historia y su escritura, sus primeros empleos estuvieron fuera de ese ámbito. Fue redactor de un periódico local (*El Cóndor*), trabajó en el Juzgado Primero de lo Penal, y como agente de ventas y en la contaduría de un negocio de

⁹ Krickeberg, *Los totonaca...*, *op cit*, p. 124.

¹⁰ Es sugerente que el año de la publicación corresponda al momento en que Alfonso Caso ocupa la Jefatura del Departamento de Arqueología del Museo Nacional, por ser este personaje uno de los principales promotores de la identificación de Tula en Hidalgo.

¹¹ “Un autodidacta precoz...”, en Durand, Jorge y Luis Vázquez (comps.), *Caminos de la antropología. Entrevistas a cinco antropólogos*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional Indigenista, México, 1990, pp. 65-129.

artículos para calzado. Fue hasta la edad de 21 años cuando tuvo la oportunidad de utilizar sus conocimientos de historia, al ser nombrado profesor de historia universal y de México en la Escuela Normal Primaria y, posteriormente en la escuela secundaria y preparatoria de la localidad.

Se mantuvo como profesor por más de diez años y, quizás, hubiese seguido así, de no ser por los acontecimientos suscitados a raíz de su participación en el Congreso de Historia, celebrado en el estado de Oaxaca en 1933. Este evento era el primero en su género en el país. Previamente, no existían espacios oficiales de exposición y debate sobre temas históricos, mientras que las cuestiones de la llamada “historia antigua” (o prehispánica) eran presentados en los Congresos de Americanistas. Al celebrado en Oaxaca, le siguieron varios más en las siguientes décadas, en los que se debatieron los personajes y episodios dignos de pertenecer a la historia nacional. En cierto sentido, estos congresos fueron parte de la profesionalización de esa disciplina que, también por esas fechas, comenzaba a enseñarse de manera formal en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Como profesor de esa especialidad, Jiménez fue invitado a participar en el Primer Congreso. El joven profesor vio la oportunidad de ampliar su esfera de posibilidades en la profesión que venía practicando. Presentó, en la sección de historia antigua, un trabajo sobre su estado natal. Tal sección estaba presidida por Alfonso Caso, quien debió quedar impresionado del trabajo presentado por Jiménez, pues le ofreció trabajo y una beca para continuar sus estudios. De tal suerte, Jiménez dejó sus clases en su estado natal y se trasladó a la Ciudad de México para ocupar el puesto de “arqueólogo” del Museo Nacional a partir de enero de 1934. El director del establecimiento era Alfonso Caso, y Eulalia Guzmán Barrón (1890-1985) se encontraba en la Jefatura del Departamento de Arqueología.

Su buena estrella se fincó en la desgracia de otro. La plaza vacante que ocupó era la que, desde inicios del siglo, había pertenecido a Porfirio Aguirre, uno de los iniciadores del trabajo de campo en el Museo. Tras haber sido acusado de robo de piezas arqueológicas e históricas, Aguirre fue cesado definitivamente de su empleo como Profesor del Departamento de Arqueología.¹² Hasta el momento de su baja, había estado trabajando en la traducción de Sahagún, por lo que Jiménez continuó en esta tarea hasta septiembre de ese año, cuando se trasladó a la Universidad de Harvard para iniciar sus estudios en Antropología, gracias a una beca ofrecida por Alfred Tozzer. A su regreso, Jiménez comenzó a trabajar al lado de Mendizábal, quien como Jefe del Departamento de Etnografía Aborigen, se encontraba realizando mapas lingüísticos de la república. Posteriormente, también se integró a las investigaciones iniciadas en el Valle del Mezquital y a algunos de los trabajos emprendidos por el recién fundado Instituto Lingüístico de Verano.

¹² Ver nota 139, pag. 127. Los datos biográficos de Porfirio Aguirre en Rutsch, Mechthild, *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, INAH/IIA-UNAM, México, 2007.

Fue así, que para el año de la fundación de la Sociedad Mexicana de Antropología, Jiménez ya tenía un largo trecho avanzado en la investigación sobre el México prehispánico, y había terminado de delinear sus intereses sobre las fuentes coloniales y las lenguas, como lo mostraría en sus trabajos siguientes. En ese año, 1938, él tenía 28 años y estaba por publicar su estudio introductorio para la *Historia General de las cosas de la Nueva España* de Sahagún.

Es por ello que una de sus aportaciones más relevantes dentro de la Sociedad Mexicana de Antropología, fue su participación en la polémica sobre la identificación de la *Tollan* referida en las fuentes. Es ya conocido el debate que se originó en la primera reunión formal de la Sociedad sobre los toltecas y su identificación geográfica. En esta reunión, llevada a cabo el 4 de noviembre de 1937, Mendizábal presentó un trabajo titulado “La filiación lingüística de Xolotl” y, en torno a éste, se propició una acalorada discusión. Jiménez recuerda que:

El fondo del asunto era que la mayoría de los arqueólogos, seguía al doctor Manuel Gamio y al doctor Eduardo Seler, en la identificación que uno y otro hacían de Tula, capital de los toltecas, con Teotihuacan. [...] quizá por la gran autoridad científica que tenía uno y otro, de estos dos grandes investigadores, pues era casi un dogma que la capital de los toltecas era Teotihuacan. Como yo me había formado, en cierto modo digamos, como autodidacta y en la provincia, había escapado a esa influencia. A veces se tiene sus ventajas el no ser modelado digamos, por patrones oficiales.¹³

A favor de esos “patrones oficiales” se encontraban junto con Mendizábal, Enrique Palacios; mientras que el principal aliado de Jiménez era Alfonso Caso, quien para ese entonces ya ocupaba la dirección del INAH. A partir de este debate abierto, se decidió organizar la primera Mesa Redonda de la Sociedad, para discutir con amplitud la temática, así como iniciar las exploraciones en el sitio de Hidalgo al año siguiente, por iniciativa de Caso y con la participación de la SMA y el INAH.

La dirección de la exploración del lugar estuvo a cargo de uno de los discípulos de Caso: Jorge Acosta Ruffier. (Ver Ilustración 42, *Anexo I*) Debido al trabajo diplomático de su padre, los primeros años de vida de Acosta transitaron por diversos países. Nació en Pekin, China, el 4 de abril de 1904 ó 1908, y realizó sus estudios Inglaterra en el *Sevenoaks School* entre 1919 y 1923, y en el *St. Johns College de Cambridge* entre 1924 y 1925. En este último lugar conoció y fue compañero de estudios de Eric Thompson. Juntos compartieron, poco después, una serie de investigaciones arqueológicas y etnográficas solicitadas por la Secretaría de Educación Pública de México. Fue por estos años que Acosta ingresó como miembro de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.¹⁴

¹³ “Un autodidacta precoz...”, en Durand y Vázquez, 1990, *op cit*, p. 94.

¹⁴ Una biografía de este personaje en Matos Moctezuma, Eduardo, “Jorge R. Acosta”, en Lina Odena Güemes y Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 9. Los protagonistas (Acosta-Dávila), Colección Biblioteca, INAH, México, 1988, pp. 45-52.

Poco tiempo después, Acosta viajó a México, su última residencia hasta su muerte en 1975. Aquí conoció a Alfonso Caso y se integró a las exploraciones de éste en Monte Albán. Con la creación de la SMA, Acosta fue uno de sus socios fundadores y, posiblemente por la cercanía que tenía con Caso, fue designado como director de las exploraciones en Tula, Hidalgo, en donde realizó 13 temporadas de campo consecutivas.¹⁵

Mientras se llevaban a cabo las exploraciones, se organizaban los trabajos para la Primera Mesa Redonda de la Sociedad. Las sesiones se llevaron a cabo en los salones del Castillo de Chapultepec, en la Ciudad de México, entre el 11 y el 14 de julio de 1941. Los trabajos fueron inaugurados por el entonces Subsecretario de Educación Pública, el doctor Enrique Arreguín, y los tres primeros días fueron destinados a la presentación y discusión de los trabajos de Jiménez Moreno, Caso, Roberto Weitlaner, Kirchhoff, Noguera, Thompson y Mendizábal, así como de los de tres invitados extranjeros: Isabel Kelly, Gordon Ekholm y Jacques Soustelle.¹⁶ (Ver Ilustración 45, *Anexo I*)

De todas las presentaciones, las más enfáticas fueron las de Alfonso Caso y Jiménez Moreno. Éste último argumentó, basado en un análisis de las fechas aportadas por las fuentes, que la *Tollan* estaba ubicada en Hidalgo. Caso, por su parte, hizo un resumen sobre los recientes análisis tipológicos de Hidalgo, Monte Albán, Teotihuacán y Chichén Itzá, los cuales confirmaban que Teotihuacán era previo a Tula y, por tanto, no podía tratarse del lugar referido por las fuentes.

Algunos de los trabajos presentados en esta reunión, posteriormente fueron publicados por la *Revista Mexicana de Estudios Históricos*. En estos artículos es posible comprender mejor los argumentos expuestos. Jiménez Moreno aseguraba que el problema que los había reunido radicaba en:

[...] la identificación de la Tula histórica y de los Toltecas históricos, es decir, a qué población entre las varias llamadas "Tula" se refieren los datos de las fuentes y hasta qué punto coinciden con los datos arqueológicos, etnográficos y lingüísticos en corroborar o no esos datos de los documentos históricos.¹⁷

Las crónicas que eran base de la discusión eran los *Anales de Cuauhtitlán*, la *Historia Tolteca-Chichimeca* y la *Historia de las cosas de la Nueva España* de Sahagún. Para Jiménez estas fuentes "[...] al hablar de la Tula en que residió Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, lo hacen en forma que no deja lugar a duda de que se trata de la actual Tula del Estado de

¹⁵ La publicación de los primeros resultados de las exploraciones en Acosta, Jorge, "Los últimos descubrimientos arqueológicos en Tula, Hgo. 1941", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo V, México, 1941, pp. 239-248.

¹⁶ Los trabajos expuestos en esta Mesa, a diferencia de los de las siguientes, no fueron publicados en un volumen especial. Se conservan sin embargo, cuatro boletines que contienen la minuta y resúmenes de las sesiones en el AHSMA, sin catalogación. Además, parte de los trabajos, ya reestructurados, fueron publicados como parte del volumen III de la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*.

¹⁷ Jiménez Moreno, Wigberto, "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo V, México, 1941, p. 79.

Hidalgo y no de otra alguna”, pues los lugares que señalan como cercanos a Tula se localizan en las inmediaciones de Hidalgo.¹⁸

Por otro lado, Jiménez señalaba que los elementos escultóricos y arquitectónicos que mostraba Chichén Itzá, eran semejantes a los de Tula, Hidalgo y no a los de Teotihuacán, por lo que la influencia hacia la zona maya partió de la primera ciudad.

Por consiguiente, la cultura tolteca de Chichén Itzá deriva de Tula, Hidalgo, y no sería posible en el estado actual de nuestros conocimientos estratigráficos hacerla derivar directamente de la cultura teotihuacana porque esta cultura hacía mucho tiempo que había desaparecido del Valle de México cuando llegó la invasión Tolteca que registran las fuentes mayas.¹⁹

Finalmente, argumentaba el historiador, los recientes estudios estratigráficos demostraban que la cerámica predominante en Tula, previa al tipo Azteca II, era la del tipo Mazapan, y ésta era posterior al gran apogeo de Teotihuacán. Esto, aunado a las fechas que brindaban las fuentes para el inicio de la *Tollan* (alrededor del 900dC) favorecía a Tula, en Hidalgo, como el lugar que antecedió al apogeo azteca.

El licenciado Caso ahondó sobre estas mismas cuestiones en su trabajo, pero con un tono irónico:

El problema histórico de TULA Y LOS TOLTECAS, ha pasado por tres etapas. La primera, que podemos llamar ingenua, se caracterizó por tomar como verdaderas todas las noticias que proporcionaban las fuentes antiguas, recurriendo a veces al milagro para explicar el milagro, como cuando se trata de explicar a Quetzalcóatl por Santo Tomás.²⁰

La segunda etapa, de acuerdo al licenciado, había sido “ecléctica”, porque en ésta se había dudado de la veracidad de todas las fuentes, negando su carácter histórico y atribuyéndoles un sentido mítico y dudoso. La tercera etapa, finalmente, era la “crítica”, porque en ésta se trataba de averiguar y diferenciar con varios elementos de análisis qué era lo mítico y qué lo histórico.

Caso consideraba encontrarse en la tercera etapa. Él proponía definir lo tolteca (lo proveniente de la *Tollan*) como aquellos elementos presentes en Chichén Itzá ajenos al Antiguo Imperio y presumiblemente procedentes de la influencia “mexicana”. Al igual que Jiménez, argumentaba que en Chichén Itzá había varios elementos escultóricos semejantes a los existentes en Tula, Hidalgo. Además, señalaba que en estos sitios se habían encontrado objetos de metal, mientras que en Teotihuacán no, por lo que la *Tollan* de los “grandes orfebres” no podía corresponder con ésta última.

¹⁸ Jiménez, “Tula y los toltecas...”, *op cit*, p. 79.

¹⁹ Jiménez, “Tula y los toltecas...”, *op cit*, p. 82.

²⁰ Caso, Alfonso, “El Complejo arqueológico de Tula y las grandes culturas indígenas de México”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo V, México, 1941, p. 85.

Por último, Caso usó las clasificaciones tipológicas como su argumento central. Había tres periodos cerámicos distinguibles en el espectro conocido que mostraban la antigüedad de Teotihuacán en relación con Tula, Hidalgo: primero, los tipos Arcaico-Teotihuacán I-II y Teotihuacán III; luego el tipo Mazapan (definido por Vaillant en sus exploraciones en San Francisco Mazapan y Teotihuacán, por Linné en Xolalpan y por Acosta en Tula) correspondiente a la etapa de Monte Albán IV y Chichén Itzá Nuevo; y, finalmente, el Azteca II.²¹ (Ver Tabla 2, *Anexo III*)

De esta forma:

[...] creo que puede deducirse que la cultura llamada “tolteca” de Chichén, es aproximadamente contemporánea de la cultura que las exploraciones de Acosta han descubierto en Tula y anterior a la cultura azteca [...]; lo que está de acuerdo con la determinación tradicional de la ciudad de Tula, Hgo., como la patria de los toltecas a que se refieren los cronistas [...]²²

La periodización relativa entre los sitios podía relacionarse con la cronología más aceptada de acuerdo a las fuentes: el inicio del periodo tolteca abarcaría entre 856dC y hasta 900dC; el florecimiento de 950dC a 1100dC; y la decadencia entre 1100dC y 1250dC. En paralelo se encontraban Monte Albán en su cuarta etapa y Chichén Itzá, mientras que Teotihuacán sería previo a estas fechas y, el periodo azteca posterior inmediato a lo tolteca.

Enrique Palacios mostró su oposición a tales propuestas. Nacido en la Ciudad de México el 23 de enero de 1881, Enrique Juan Palacios Mendoza dedicó buena parte de su vida a la literatura y su enseñanza.²³ (Ver Ilustración 43, *Anexo I*) Escribió cuatro novelas (*Paisajes de México -3 series- y Destellos de medio siglo*) y fue redactor de *Savia Moderna*. Además, fue profesor de literatura en la Escuela Normal de Puebla, en la Escuela Nacional Preparatoria y, posteriormente, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Se declaraba así mismo positivista, dilecto del médico porfiriano Porfirio Parra, y su preocupación por el método y su enseñanza lo llevó a escribir sobre temas educativos en los primeros años del siglo XX, al lado de su amigo Alfonso Pruneda (1879-1957).

La arqueología y la historia también constituyeron sus pasiones, y la mayor parte de su obra escrita aborda estos temas (aproximadamente 124 títulos, entre libros y artículos). Fue profesor de historia de la Escuela Nacional Preparatoria y, durante los primeros años de la

²¹ Para estas fechas, el tipo “Arcaico” sigue considerándose como el más antiguo de la Cuenca. Por otro lado, los nombres de los tipos cerámicos generalmente hacen alusión al lugar en el que fueron localizados por vez primera. Así, en los tipos que refiere Caso aquí, se puede entender que los tipos “Teotihuacán” proceden de este sitio, mientras que “Monte Albán” y “Chichén Itzá” se refieren a las zonas de este mismo nombre y, finalmente, el “Azteca”, se refiere al periodo de Tenochtitlán en el Centro de México. Los números romanos corresponden a la antigüedad relativa del tipo, así “Teotihuacán I-II”, es previo a “Teotihuacán III”, y lo mismo aplica para el resto de los tipos.

²² Caso, “El Complejo arqueológico...”, 1941, *op cit*, p. 93.

²³ Un breve estudio de su vida y obra en López Hernández, Haydeé, *Historia y olvido. Enrique Juan Palacios Mendoza (1881-1953) y los estudios histórico-arqueológicos en México*, tesis de Maestría en Filosofía de la Ciencia, FFyL-UNAM, México, 2006.

Escuela Nacional de Antropología, en donde impartió las materias de “Arqueología maya”, “Arqueología mexicana” e “Inscripciones mayas”. Como miembro de la Sociedad Científica “Antonio Alzate”, tuvo oportunidad de escribir un amplio estudio sobre el estado de Puebla, y sus primeros artículos sobre la historia prehispánica desde la segunda década del siglo XX. Pero fue el Museo Nacional en el que Palacios encontró un nicho de acción perdurable. Ingresó como alumno de esta institución a principios del siglo y, años después (1922) obtuvo el puesto de Bibliotecario del establecimiento. En este lugar pudo realizar sus primeros recorridos de campo formales y se dedicó de lleno a la escritura de los temas prehispánicos. Con las reestructuraciones de 1925, cuando el Museo Nacional fue integrado a la administración del Departamento de Antropología, Palacios salió de la Biblioteca para convertirse en Inspector de Arqueología de la nueva Dirección de Arqueología, y se mantuvo en este puesto hasta su muerte, en 1953.

El desciframiento de los glifos y la interpretación de las fuentes fue el tema que más atrajo su atención. Quizás como parte de la herencia que recibió de sus mentores decimonónicos, Palacios consideraba que los glifos contenían la cosmovisión y la historia de los pueblos y que, en este sentido, constituían el mejor vehículo para acceder al pasado; mientras que las crónicas eran valiosas porque contenían información de primera mano.

Ideas similares mantuvo en sus estudios Miguel Othón de Mendizábal, quien fuera uno de los grandes amigos de Enrique Palacios y también, uno de quienes veían en Teotihuacán a la mítica *Tollan*. Nueve años mayor que Palacios, Mendizábal nació en el Distrito Federal y estudió en la Escuela Nacional Preparatoria y, posteriormente, cursó la clase de Historia en el Museo Nacional a cargo de Genaro García y la de Etnografía con Andrés Molina Enríquez. A lo largo de su trayectoria ocupó diversos cargos en el Museo Nacional, en la Secretaría de Educación Pública y en el Instituto Politécnico Nacional. Aún cuando desde el inicio de su carrera abordó diversas problemáticas sobre las culturas prehispánicas, la mayor parte de su investigación estuvo dedicada a los problemas de la incorporación de las poblaciones indígenas a la sociedad mestiza, así como al desarrollo de la educación técnica, hasta su temprana muerte a los 55 años de edad. En el Museo Nacional ocupó el cargo de jefe del Departamento de Etnografía Aborigen durante las décadas de los años veinte y treinta, y en 1933 fue el encargado del Departamento de Historia.²⁴ (Ver Ilustración 44, *Anexo I*)

Como parte de sus intereses en la época prehispánica, colaboró con Palacios, en varias publicaciones durante la década de los años veinte. En 1921 y, luego en 1922, juntos escribieron sobre la zona de Teotihuacán, justo cuando estaba siendo explorada por el equipo de la Dirección de Antropología bajo la dirección de Manuel Gamio. Al igual que éste último, Palacios y Mendizábal se preguntaban si este pueblo era el que se había designado

²⁴ Cf. *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía*, 4ª edición, México, 1976, p. 1310; Rutsch, *Entre el campo y el gabinete...*, *op cit*, p. 144-5.

con el nombre de tolteca. En este estudio los autores no dan pruebas contundentes pero se inclinan a considerar que la mítica *Tollan* se encuentra en Teotihuacán e, incluso dejan abierta la interrogante sobre si se trata de los legendarios olmecas.²⁵

En los siguientes años, Palacios siguió ocupándose del tema. En 1922, cuando ya estaba en circulación la obra de *El Valle de Teotihuacán*, publicó un escrito señalando que esta zona era el lugar en el que se había realizado un nuevo atado de años, es decir, en el que se había cerrado uno de los ciclos del calendario prehispánico.²⁶

Palacios siguió escribiendo sobre el tema, pero reservó las pruebas más sólidas para el último día de la Primera Mesa Redonda de la SMA, en la sesión de clausura, cuando argumentó de manera extensa sobre la localización de la *Tollan* en el Estado de México.²⁷ Posteriormente, junto con los trabajos de la Mesa publicados en la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* Palacios también publicó sus interpretaciones, externando su desconcierto, pues:

Admitida la antigüedad y la importancia de Teotihuacán, procede señalar que relaciones existen entre esta ciudad y los toltecas. En realidad, nadie lo dudaba antaño; pero en polémica reciente nótase la tendencia a desvincular la ciudad de las pirámides, respecto del pueblo que en la tradición y en la historia conócese por este nombre.²⁸

Aunque generalmente se ha interpretado la confrontación de estas opiniones (Tula vs Teotihuacán) como la oposición entre quienes argumentaban con base en los datos de campo (es decir, las tipologías cerámicas), contra quienes se basaban en la lectura de las fuentes, en realidad ambas partes usaron ambas estrategias de análisis. Aún cuando Palacios estaba, principalmente, dedicado a la lectura de los glifos y los códices, también sabía de la importancia del análisis de otro tipo de materiales. Reconocía abiertamente que las fuentes y los estudios de carácter lingüístico eran insuficientes para dar una idea precisa del pasado, por lo pensaba que en la investigación se tenían que incluir los estudios de los tipos cerámicos y escultóricos, así como de los tipos arquitectónicos y los de las formas de enterramientos.²⁹

En la discusión sobre la *Tollan*, Palacios usó argumentos basados en toda clase de materiales y, de hecho, estaba completamente de acuerdo con la tipología propuesta para

²⁵ Palacios, Enrique Juan y Miguel Othón de Mendizábal, *Quetzalcóatl y la irradiación de su cultura en el antiguo territorio mexicano*, Monografías del Museo Nacional de Arqueología, México, 1921; y *El templo de Quetzalcóatl en Teotihuacán. Significación histórica del monumento*, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, México, 1921a.

²⁶ Palacios, Enrique Juan, "La gran ciudad sagrada de Teotihuacán", *Álbum del Centenario de la Independencia*, Ediciones Salvador Betancourt y Alejandro Sodi, México, 1923, sin número de páginas.

²⁷ "Primera sesión de la Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos Mexicanos y Centroamericanos. Boletín N° 4", mecanuscrito, 28 fojas, AHSMA, sin catalogación.

²⁸ Palacios, Enrique Juan, "Teotihuacán, los toltecas y Tula", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo V, México, 1941, pp. 115-116.

²⁹ Palacios, Enrique Juan, *Arqueología de México. Culturas arcaica y tolteca*, Enciclopedia Ilustrada Mexicana, Imprenta Mundial, México, 1937; y "Teotihuacán, los toltecas y Tula", *op cit.*

los sitios (referida por Caso) y con las fechas sugeridas para Tula, en Hidalgo (alrededor del 1100dC). Para Palacios sin embargo, la solución del problema no estaba en relacionar la tipología con Tula, o en señalar que Teotihuacán era previo a aquel desarrollo, sino en establecer cuál de ambas ciudades constituía el lugar “original” del cual se irradió la civilización al resto de pueblos; la ciudad en la que los aztecas fundaron su genealogía mítica; el sitio sobre el que hablaban las fuentes.

Para este autor, el padre Sahagún dejó claro que el santuario regido por *Quetzalcóatl*, dedicado al culto de esta deidad, era el sitio de los “primeros pobladores” (se entiende, civilizados). Tula, de acuerdo a los restos cerámicos encontrados (el tipo Mazapa) era posterior a Teotihuacán y por tanto, no podía ser interpretado como el asiento de esos primeros pobladores. Además, en aquella zona de Hidalgo no existían representaciones de *Quetzalcóatl*, y en cambio, en Teotihuacán sí.

Por otro lado, Palacios pensaba que Teotihuacán era mucho más majestuosa que la ciudad de Hidalgo por lo que cabría considerar que fuera aquélla la que despertó el interés y la admiración de los aztecas (menos civilizados para el autor) quienes, incluso, cambiaron su nombre por el de “lugar de los dioses”. En este mismo sentido, es que para Palacios, el mito sobre la creación del quinto sol no podría atribuirse a una ciudad que resultaba tan reciente para el pueblo azteca, como la Tula de Hidalgo:

[...] la ciudad entera [de Teotihuacán] aparece planificada y orientada en dicha forma estrictamente matemática [... lo que] quiere decir que los moradores de este centro, reunían las condiciones de cultura, civilización y refinamientos que la leyenda adscribe a los toltecas [...]³⁰

Las fuentes señalaban que, a la caída de la *Tollan* en el Altiplano, había llegado a Chichén Itzá un caudillo tolteca llamado *Kukulcan*. Tanto Caso como Thompson habían argumentado al respecto que la ciudad maya mostraba influencias de Tula, como por ejemplo tipos de cerámica que, si bien no procedían de ninguna de estas dos ciudades, se presentaban en ambas (como el tipo “Anaranjada fina” y el “Plumbate”). Ambos lugares presentaban similitudes arquitectónicas y, en los dos se habían localizado esculturas del *chac mol*.³¹ Palacios se preguntaba:

[...] ¿cómo admitir que, tales elementos, provengan de una localidad secundaria y pequeña, sin escaleras con serpientes esculpidas, sin construcciones en talud y tablero, sin orientación ligada al paso del Sol por el zenit, y con tipos de cerámica jamás reconocidos en el emporio yucateco?³²

³⁰ Palacios, “Teotihuacán, los toltecas y Tula”, *op cit*, p. 122.

³¹ Caso, “El Complejo arqueológico...”, 1941, *op cit*; y Thompson, Eric, “A coordination of the History of Chichen Itza with ceramics sequences in Central Mexico”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo V, N° 2-3, México, 1941, pp. 97-112.

³² Palacios, “Teotihuacán, los toltecas y Tula”, *op cit*, pp. 132-3.

El epigrafista destacaba que aunque los sitios compartían algunos tipos cerámicos, el tipo original y representativo de Tula (el “Mazapa”) no se encontraba en Chichén Itzá. Además señalaba que la ciudad yucateca mostraba numerosos edificios en los que se observaba la influencia de la urbe de Teotihuacán, como por ejemplo, el uso del talud-tablero sobrepuesto y ornamental y, además, que cerca de esta ciudad también se había encontrado un *chac mol*.

Palacios también usó las fuentes procedentes de la zona maya para apoyar su postura. De acuerdo a la lectura de éstas, pensaba que la influencia proveniente de occidente debía situarse alrededor de la mitad del siglo VdC, y que esta fecha no podía coincidir con las atribuidas a Tula, en Hidalgo, que eran, por mucho, posteriores. Finalmente, argumentaba que el estilo constructivo de Teotihuacán se encontraba presente en muchos lugares distantes, como por ejemplo, en Monte Albán, Uaxactun y Tajín. Esta influencia demostraba que los toltecas, pobladores de Teotihuacán “[...] eran capaces [...] de difundir una alta civilización cuyo florecimiento pudo extenderse a través del territorio, entre uno y otro de los mares”.³³

El profesor coincidía en la periodificación brindada por sus colegas en la Mesa de la SMA, y con el reconocimiento de Teotihuacán como un desarrollo previo a Tula, Hidalgo. El punto de discusión, para Palacios, estaba dirigido en un sentido muy distinto: en la identificación del centro originario de la civilización, el mismo que durante las décadas previas había sido relacionado con la *Tollan*, por un lado y, por el otro, con Palenque.

Los argumentos de Palacios, sin embargo, no fueron apoyados por la mayor parte de sus colegas.³⁴ Las conclusiones adoptadas por la Reunión de Mesa Redonda fueron que:

Los datos sobre la Historia Tolteca en los Anales de Cuauhtitlán, la Historia Tolteca Chichimeca, Sahagún, la Relación Genealógica y el Origen de los Mexicanos, la Historia de los Mexicanos por sus Pinturas, la Leyenda de los Soles, Chimalpain Ixtlixóchtli y Torquemada, se refieren a Tula, Hidalgo.³⁵

Además se aclaró que todas las menciones a la *Tollan* presentes en las fuentes y en los glifos localizados previamente, eran referencias a Tula, Hidalgo; se estableció la tipología defendida por Caso; se especificó que los restos arqueológicos localizados en Tula Hidalgo eran iguales a los de Chichén Itzá y que no había similitudes con los de Teotihuacán; se aclaró que aún eran insuficientes las exploraciones en Hidalgo como para establecer relaciones de similitud con Chichén Itzá o Teotihuacán; y, entre otros aspectos se estableció que, Tula era contemporánea a Chichen Itzá, mientras que Teotihuacán lo era a Palenque.

³³ Palacios, “Teotihuacán, los toltecas y Tula”, *op cit*, p. 123.

³⁴ Hay algunos autores que siguen considerando que la *Tollan* referida por las fuentes es Teotihuacán (p. ej. Florescano, “Quetzalcóatl. Metáforas...”, *op cit*), mientras que las cronologías propuestas también están siendo revisadas.

³⁵ “Conclusiones adoptadas por la Reunión de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología”, “Primera Sesión de la Mesa Redonda... Boletín N° 4”, AHSMA, sin catalogación.

Con esto, el debate se dio por concluido y se propusieron nuevos temas para llevar a cabo una segunda reunión de la Sociedad. Kirchhoff propuso que se discutiera el “problema de la familia maya y su extensión”; en tanto que Palacios pedía que se afrontara el problema de los restos de Papaloapan; mientras que Mendizábal y Jiménez opinaban que debía tratarse el tema de “los viejos y los nuevos olmecas”, aludiendo con ello a los restos que, para estos momentos, ya había puesto a la luz Matthew Stirling en el Golfo. Alfonso Caso, por su parte, no creía oportuno abordar este último tema debido a que no había exploraciones suficientes en el área olmeca. En su lugar, proponía que el problema fuese la definición y la relación entre los mayas y los olmecas. Esta última propuesta fue aceptada. La sede sería en Tuxtla, Gutiérrez, el año siguiente y, en esta reunión finalmente se consensuaría el origen de la civilización.

Otras definiciones

En general, la historia de la arqueología ha recordado la definición de la *Tollan* en Hidalgo como un parteaguas para la disciplina, considerando que, a partir de este momento, ésta abandonó definitivamente las prácticas decimonónicas de lectura de las fuentes y se avocó de lleno a las estrategias de investigación novedosas y científicas del siglo XX, exclusivamente vinculadas al trabajo de campo.

Para Rosa Brambila, por ejemplo, con este evento se:

[...] se revoluciona el conocimiento al establecer una continuidad cultural que va del Arcaico a Teotihuacán y después a Tula, dejando la información de las fuentes sólo para los últimos años de la historia prehispánica. A partir de entonces, se eliminan de las interpretaciones sobre Teotihuacán los datos consignados por la escritura novohispana y queda, como único venero de información, el vestigio material. Así, tan sólo con el dato arqueológico se trató de traspasar el umbral del mito y la leyenda hacia una realidad histórica, lo cual no es tarea fácil.³⁶

En este mismo sentido, Andrés Medina ha señalado que el avance teórico y de las investigaciones específicas que se mostraron en las reuniones de la SMA, estableció una clara delimitación con el resto de los saberes. La primera de las Mesas:

[...] constituye la ocasión clave en la que se estableció la frontera entre el dominio de la historia y el de la arqueología (es decir, entre lo que podía ser el estudiado conjuntamente por la arqueología y la etnología y lo que solamente debía ser tratado por la arqueología).³⁷

En ambos casos, los autores sostienen un criterio de demarcación disciplinar tomando como referencia el aspecto metodológico. Definen a la arqueología como aquella especialidad que analiza objetos sin escritura procedentes de la excavación, mientras que a la historia la

³⁶ Brambila Paz, Rosa, “La difusión del conocimiento, la Sociedad Mexicana de Antropología y la zona arqueológica de Teotihuacán”, texto presentado para el *Volumen Conmemorativo de la SMA*, en prensa.

³⁷ Medina, Andrés, “Miguel Covarrubias”, Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 9. Los protagonistas (Acosta-Dávila), Colección Biblioteca INAH, México, 1988, p. 520.

consideran como aquella que únicamente atiende al análisis de los documentos escritos. De esta forma la primera se distancia de las interpretaciones de fuentes “míticas”, mientras se acerca a la “realidad histórica”, al establecer, como única base de investigación, un objeto de análisis nuevo: los llamados “datos arqueológicos” o “datos de campo”, es decir, los restos cerámicos procedentes de las excavaciones estratigráficas.

Sin embargo, me parece que en estas explicaciones subyace una sobrevaloración de la excavación estratigráfica y de su vínculo con la disciplina arqueológica, partiendo de la conceptualización actual de este campo de estudio. Por medio de estas interpretaciones se ha pretendido explicar el proceso de profesionalización y la autonomía de este campo de estudio, pero se ha establecido una distinción meramente artificial entre la llamada “arqueología de gabinete” (decimonónica) y la “de campo” (moderna o científica).³⁸

Como mostré arriba, el centro de la discusión llevada a cabo en 1941 no se encontraba en la periodización tipológica, pues ambas posturas partieron de la misma tipología, aceptando que, de acuerdo a los tiestos encontrados en Tula, Hidalgo, éste sitio era posterior a Teotihuacán. La aceptación generalizada de esta cronología, basada en los rasgos estilísticos de las piezas cerámicas, no es algo extraño, pues desde el siglo XIX éste era un criterio que se había usado de manera cotidiana para establecer relaciones temporales y culturales entre los sitios estudiados y, aunque no todos los estudiosos se avocaron al análisis cerámico (o de figurillas) de manera exclusiva, todos lo usaban como una fuente válida de información en sus trabajos, pero en combinación con los estudios arquitectónicos y los de fuentes y glifos.

Si bien es cierto que, a partir del siglo XX, estos últimos estudios se incrementaron en número y que, a partir de éstos y de la exploración estratigráfica, se comenzaron a construir cronologías relativas más precisas, en realidad no existen grandes diferencias entre las estrategias de exploración de uno y otro siglo como mostraré a lo largo de este capítulo. Cabría considerar también que los análisis cerámicos no fueron la única metodología usada por los estudiosos para abordar el pasado prehispánico. De hecho, la mayor parte de los investigadores mexicanos no estaban concentrados en este tipo de estudios. El único especialista en esta materia era Eduardo Noguera, y éste siempre fue muy cauteloso en la generalización de cuadros de desarrollo para todo el México Prehispánico.

³⁸ Esta sobrevaloración se basa en una aspiración de deber ser de la disciplina, pues las excavaciones estratigráficas no son la generalidad en los estudios actuales en México. La mayor parte de éstos últimos en realidad basan sus objetivos en la identificación de las tipologías cerámicas, pero no en la identificación precisa y meticulosa de los estratos durante la excavación. De hecho, uno de los requisitos indispensables para que los informes de exploración sean aprobados por el Consejo de Arqueología-INAH (máximo órgano académico) es la presentación de los estudios tipológicos sin importar el tipo de exploración por medio de la cual fueron obtenidos los materiales. Por otro lado, si bien en países como Inglaterra, existen fuertes debates sobre la construcción de los datos y acerca de los alcances epistémicos de los procesos de excavación, en México estas discusiones prácticamente no han tenido lugar.

Por otro lado, aún cuando los estudios sobre las fuentes se han relacionado de manera exclusiva al siglo XIX, como he mostrado, todos los estudiosos sin excepción hacían uso de estas estrategias de trabajo. De hecho, el problema de la Primera Mesa Redonda, la identificación de la *Tollan*, partía de las fuentes y culminaba en éstas. Es por ello que una de las primeras conclusiones (referida arriba) se destina a aclarar el significado de los textos novohispanos. En este sentido, no se descartaba la lectura de las fuentes como parte del oficio arqueológico, sino que se establecía cuál era la forma correcta de su lectura e interpretación para integrarlas como datos válidos en la historia prehispánica. Es por ello que en la discusión, ambas partes contendientes tomaron la narración de las fuentes como una sólida base para sostener tesis contrarias.

En los años siguientes, la lectura de fuentes fue una de las herramientas metodológicas que debían aprender quienes quisieran formarse como arqueólogos en la Escuela Nacional de Antropología. En ésta se impartieron varias clases destinadas a la interpretación de glifos, simbología y fuentes coloniales (con profesores como Alfonso Caso y Enrique Palacios), y éstas sólo desaparecieron de la currícula hasta la reforma del plan de estudios de 1964 cuando el oficio del arqueólogo transitó por un cambio metodológico radical ante las nuevas propuestas teóricas surgidas en Estados Unidos que provocaron una revalorización de los datos en general y de su significado.³⁹

Considerar únicamente a los restos cerámicos como “datos arqueológicos” constituye un juicio presentista hacia las investigaciones de aquel momento, pues los datos procedentes de las excavaciones no eran concebibles sin las fuentes y viceversa. De hecho, exceptuando las fuentes coloniales, todo el resto del material analizado eran “datos de campo”, pues el análisis iconográfico y arquitectónico también era resultado de las excavaciones, pero no estaba necesariamente vinculado a las relaciones estratigráficas. Por el contrario, el estudio de cada uno de estos materiales sí dependía en gran medida del análisis de los códices y de las fuentes coloniales.

Por otro lado, los datos usados por los investigadores de entonces y desde el siglo XIX pueden considerarse “arqueológicos”, provengan o no de excavaciones, en función de que sirvieron para explicar los problemas del México Prehispánico, y de que la temporalidad de este periodo de estudio era la que definía la división disciplinar. De esta manera, los datos cerámicos no fueron los únicos que pusieron el fallo final en la discusión sobre la identificación de la *Tollan* y, en las discusiones siguientes las fuentes tuvieron mucho que aportar, como se verá en el caso de la definición de la cultura madre.

³⁹ En este año, materias como *Códices mesoamericanos* e *Historia antigua de México*, se mantuvieron pero como optativas. La descripción puntual de los planes académicos a partir de esta fecha, en Rettig Hinojosa, David, *Los planes de estudio de arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y sus transformaciones (1964-2006): una reflexión sobre la nueva propuesta curricular*, tesis de Maestría en Filosofía de la Ciencia, FFyL-UNAM, México, 2008.

En el debate sobre la *Tollan*, el punto central de la discusión no se encontraba en el aspecto metodológico, sino en cuestiones de carácter teórico vinculadas a la definición del origen y la civilización.⁴⁰ El problema de la Primera Mesa Redonda radicaba en la identificación geográfica del lugar referido por las fuentes y, también, en su significado para el desarrollo de la historia prehispánica. Para Palacios, el lugar tenía que ser el origen de la civilización, el punto vinculado a los ulmecas y al desarrollo de la agricultura, y desde el cual se diseminó la cultura hacia el resto de los pueblos. Por ello, el hecho de que Teotihuacán fuese previo a Tula, en opinión de Palacios, favorecía su punto de partida: el origen civilizador tenía que estar en “el lugar de los dioses”.

Para Caso y Jiménez, por el contrario, la *Tollan* era sólo un punto más del desarrollo evolutivo, pero de ninguna manera constituía el origen. Unos años antes de la celebración de esta Mesa, Caso había impulsado algunas exploraciones en la Costa del Golfo, convencido de que en un punto de este lugar tenía que encontrarse el origen de la civilización que influyó tanto en el Altiplano, como en la zona maya, por lo que seguramente, no le preocupaba que el origen no fuese definido entre Tula y Teotihuacán.

No obstante lo anterior, las reuniones organizadas por la SMA sí tuvieron un carácter de ruptura para la disciplina. Con la fundación de esta Sociedad, Alfonso Caso aspiraba homogeneizar los criterios de investigación y, también, por supuesto, el contenido y dirección de la narrativa histórica. Como director del INAH, estaba preocupado por las cuestiones que consideraba medulares para la disciplina. No son pocos quienes recuerdan el carácter impositivo de este personaje. Sí lo son quienes han dejado su opinión de manera escrita. Uno de éstos fue Pedro Armillas (1914-1980), quien para la celebración de la Primera Mesa Redonda era, a la vez estudiante de arqueología y profesor de topografía en la recién fundada Escuela Nacional de Antropología. De esta reunión Armillas recuerda que:

[...] las mesas no eran redondas, tenían cabecera y allí estaba Caso. Yo asistí a la primera que fue sobre Teotihuacan, los toltecas y Tula, y ya percibí la ignorancia de lo que se estaba discutiendo. Cuando otras personas presentaban puntos de vista diferentes sobre la cuestión si era Teotihuacan o Tula... Caso no decía nada, pero tomaba posiciones; había discusión, pero una vez que Caso intervenía y tomaba una posición ahí se acababa la discusión. Lo que decía Caso se aceptaba, aunque fuera a regañadientes, por su posición.⁴¹

La evocación de Armillas podría ahondar en los elementos de carácter sociológico que también estuvieron presentes en la discusión y que no resultan tan evidentes como las

⁴⁰ Varios autores han identificado este periodo como la “Escuela Mexicana de Arqueología” caracterizándola por una supuesta falta de preguntas teóricas en los trabajos y por el exceso en los fines turísticos y monumentales. Cf. p. ej. Matos Moctezuma, Eduardo, “Las corrientes arqueológicas en México”, *Nueva Antropología*, Año III, N° 12, México, 1979, pp. 7-25; Vázquez León, Luis, “Historia y constitución profesional de la arqueología mexicana (1884-1940)”, María Teresa Cabrero G. (comp.), *II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*, IIA-UNAM, México, 1993, pp. 36-77.

⁴¹ “Por una antropología pedestre. Entrevista a Pedro Armillas por Jorge Durand”, en Durán y Vázquez, *Caminos de la antropología, op cit*, p. 42.

discusiones de carácter académico. Durante las sesiones de la Primera Mesa, el domingo 13 se realizó una excursión a las exploraciones que se estaban realizando en Tula, Hidalgo, pero no se propuso lo mismo para ver las ruinas de Teotihuacán.

Este aspecto podría abonar a la consideración de que, antes de la celebración de la Mesa, la resolución de esta polémica ya estaba consensuada. Poco tiempo antes de llevarla a cabo, el 5 de junio de 1941, Alfonso Caso dio algunos de los pasos necesarios para cabildear el resultado. Por medio de una carta, solicitaba a Alfred Kidder (1885-1963) que asistiera a la Mesa Redonda y, a la vez, lo instaba para que interviniera para que Eric Thompson hiciera lo mismo. Para Caso la situación era apremiante:

[...] la situación actual del problema olmeca es tal, que corremos el riesgo de que se establezca una escuela que sostenga la idea: Tula igual Teotihuacán y otra escuela que sostenga la idea: Tula igual Tula.⁴²

Caso refiere que él, junto con Jiménez Moreno, Ignacio Marquina, Eduardo Noguera y Paul Kirchhoff, estaba convencido de la ubicación de la *Tollan* estaba en Hidalgo. Además, creía que la presencia de Teotihuacán se tendría que retroceder algunos siglos, para conectarla con el Viejo Imperio Maya y con Monte Albán; mientras que Tula, en Hidalgo, podría vincularse de manera directa con Chichén Itzá.

Por estas razones Caso urgía a Kidder para presentarse en la Mesa junto con Thompson. Los conocimientos de ellos sobre la zona maya, podrían ayudar en mucho al apoyo de esta tesis. Sólo el segundo asistió a la reunión y presentó, como Caso se lo pidió, las relaciones entre Tula, Hidalgo, y Chichén Itzá.⁴³

Para Caso, la intervención de estos personajes podría salvar el peligro:

[...] me parece sumamente peligroso, y la historia de la Antropología indudablemente lo demuestra, que se origine una cosa tan artificial como es una “escuela”; es decir, una serie de investigadores que no tienen ya toda la libertad necesaria de criterio para poder juzgar, pues se sienten ligados a ciertos prejuicios que forman, por decirlo así, la espina dorsal de la escuela.⁴⁴

Sin lugar a dudas las Mesas Redondas conformaron un espacio de confluencia y debate de los principales problemas que observaba la comunidad arqueológica desde los diversos enfoques que cada uno de los personajes. Y aun cuando Caso señalaba que su preocupación se basaba en la posibilidad de que se homogenizaran los criterios bajo la formación de una “escuela”, su inquietud pudiera estar más de cerca a la posibilidad de que esa “escuela” difiriera de su punto de vista. Aunque él argumentaba que su postura era seguida por varios

⁴² Correspondencia Caso-Kidder, mecanuscrito, 5 de junio de 1941, 2 fojas, IIA-UNAM, FACA, caja 17, exp. 8, s.n.f.

⁴³ “Boletín N° 2. Primera Sesión de la Mesa Redonda sobre problemas antropológicos mexicanos y centroamericanos”, mecanuscrito, AHSMA, exp. 43, snf.

⁴⁴ Correspondencia Caso-Kidder, mecanuscrito, 5 de junio de 1941, 2 fojas, IIA-UNAM, FACA, caja 17, exp. 8, s.n.f.

de sus colegas, sólo Jiménez Moreno tuvo la posición resuelta de definir Tula en Hidalgo como la *Tollan* de las fuentes.⁴⁵

Es muy posible que la formación de una “escuela” haya sido precisamente uno de los objetivos del licenciado Caso. Sus acciones administrativas y académicas ayudaron a conformar una línea de pensamiento que no permitía el disenso. Si bien, la oralidad del gremio recuerda éstas y otras acciones del licenciado como una actitud caciquil, habría que matizar la observación. En general, las críticas en este sentido han sido emitidas por las generaciones de arqueólogos que vieron el ocaso (de vida y académico) de Caso y sus discípulos (como Ignacio Bernal, Eulalia Guzmán, etc.), es decir, por los personajes que le siguieron en el poder.⁴⁶ Con el calificativo “cacique” aluden a la particular forma en que Caso dirigió las instituciones, imponiendo su voluntad, cual si fuera la única y absoluta para gobernar.⁴⁷

Sin embargo, aceptar esta connotación es omitir el contexto del personaje. Si bien estas actitudes hablan de su carácter impositivo, también aluden al proyecto que la élite de entonces tuvo en mente en la meca de su carrera durante el cardenismo. Caso, al igual que otros miembros de su generación, fueron forjadores de instituciones.⁴⁸ Tuvieron y ejercieron el poder en los momentos en los que el último de los generales en el Ejecutivo proyectaba la imagen de un Estado poderoso, enérgico, omnipotente y, a la vez, paternal.⁴⁹ Esta imagen se extendió hacia todas las acciones gubernamentales. En la refundación de la

⁴⁵ Por ejemplo, Kirchhoff habló sobre urgencia de realizar estudios en la zona de frontera entre los pueblos chichimecas del norte y los sedentarios del Altiplano; Noguera abordó sobre las relaciones entre la cerámica de Cholula y la del Centro de México; Thompson sobre las relaciones entre Tula y Chichén Itzá; y Marquina sobre las relaciones arquitectónicas entre estas dos últimas zonas. Cf. “Boletines 1-4. Primera sesión de la Mesa Redonda sobre problemas antropológicos mexicanos y centroamericanos”, mecanuscrito, AHSMA, exp. 43, snf.

⁴⁶ En otro lugar (“La Escuela Mexicana de Arqueología... ¿fracaso de origen?”, *Memorias del Coloquio Tendencias teóricas contemporáneas en arqueología. Reflexiones críticas sobre nuestra práctica profesional*, en prensa) he sugerido que buena parte de las connotaciones negativas que la historia de la arqueología conserva para esta generación (a la que ha denominado despectivamente “piramidiotas”) tiene su origen en conflictos generacionales al interior del gremio, en los momentos durante los cuales el pensamiento occidental atravesaba por severos cambios que alcanzaron la reflexión científica.

⁴⁷ De acuerdo a la definición del *Diccionario de la Real Academia Española*, “cacique” es, en su primera y tercera acepción: “Señor de vasallos o superior en alguna provincia o pueblo de indios. [...] Por extensión, persona que en una colectividad o grupo ejerce un poder abusivo”.

⁴⁸ Caso y buena parte de sus coetáneos fueron los fundadores del: Banco de México, Banco Nacional de Crédito Agrícola, Banco Hipotecario y de Obras Públicas, Instituto de Investigaciones Estéticas, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Instituto Indigenista, Instituto de Cardiología, Instituto de Física, Instituto de Enfermedades Tropicales, El Colegio de México, Instituto Politécnico Nacional, Observatorio Nacional, Universidad Obrera, Fondo de Cultura Económica, Editorial Jus y Siglo XXI. Este recuento institucional está basado en los datos brindados por Krauze, “Los templos de la cultura”, en Camp, Roderic, Charles A. Hale y Josefina Zoraida Vázquez (eds.), *Los intelectuales y el poder en México*, El Colegio de México/UCLA Latin American Center Publications-University of California, México, 1991, p. 586.

⁴⁹ Para Ignacio Rodríguez García (“Recursos ideológicos del estado mexicano: el caso de la arqueología”, en Mechthild Rutsch, *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión*, Plaza y Valdes-Instituto Nacional Indigenista, México, 1996, pp. 83-103), gracias a las características de este gobierno, se consolidaron las bases patrimoniales y patrimonialistas del pasado y el presente de la nación.

Revolución Mexicana, la Institucionalizada, el papel de las élites estaba volcado hacia la consolidación del país, su pasado, presente y futuro. Después de los años de guerra, en este proyecto, no había cabida para ambigüedades o disensos.

Esta fue la postura de Caso. Sin duda estas actitudes frenaron en mucho el desarrollo de la disciplina, de su pluralidad y su comunidad. Armillas es un ejemplo de ello. Se debe considerar, sin embargo, que las opiniones de este último personaje fueron el resultado de una entrevista que se le hiciera varias décadas después de relizada la Mesa Redonda. Es muy posible que los recuerdos del español estuviesen profundamente vinculados al problema personal-académico que tuvo con Alfonso Caso al poco tiempo de realizada la reunión. A partir de este incidente Armillas se vio obligado a abandonar su estabilidad laboral y quizás debido a ello, sus apreciaciones posteriores sobre Caso eran negativas. Éste último había afectado su carrera directa y profundamente.

Tales anécdotas también reflejan la capacidad de acción que tuvo Caso, tanto para decidir o dirigir las líneas y la agenda de investigación, como para limitar o bloquear el desarrollo profesional de aquéllos que se mostraran en contra. En este último sentido, cabe recordar que la salida del gremio de Ramón Mena, el principal defensor de los contactos interoceánicos en el Museo Nacional, también estuvo relacionada con una afrenta directa con Caso (aunque de mayores proporciones).⁵⁰

Me atrevo a sugerir, sin embargo, que Caso no fue el único que actuó bajo estos parámetros, sino que su actitud fue compartida y apoyada por la mayor parte de la generación, aunque fuera él quien se encontraba en la posición de poder más elevada. Cabría reconocer que sus acciones sirvieron para unificar criterios y temas y, también, para consensuar la escritura de la historia prehispánica en la que intervino buena parte de la comunidad.⁵¹ A partir de las Mesas Redondas se definió no sólo lo tolteca (en Tula, Hidalgo),

⁵⁰ La trascendencia de la rencilla Caso-Mena alcanza otro episodio. A la muerte de Enrique Juan Palacios, su familia quiso dejar constancia pública de que Palacios había fallado a favor de Caso durante el litigio de las joyas de Monte Albán (cf. Marquina, "Remembranzas", en Palacios, *Prehistoria de México*, Reimpresos N° 28, febrero de 1981, sin número de página). Cabe aclarar que este personaje, pese a su larga trayectoria en el gremio arqueológico, siempre sostuvo posiciones académicas contrarias a las de Caso y que su trabajo no es reconocido en la memoria actual del gremio.

⁵¹ No pretendo indicar que no haya existido oposición o divergencia de puntos de vista (como las ya señaladas en los casos de Armillas o Palacios), ni que estas acciones hayan favorecido a la disciplina. De hecho, me parece que, en buena medida, la actitud de este personaje permeó profundamente la actividad cotidiana de la comunidad hasta la fecha, cuando, huelga decirlo, ya no existe un proyecto intelectual como el de aquella generación.

Por otro lado, cabría destacar que las categorías que forjó esta generación se han conservado hasta la fecha sin mayores modificaciones. Esto es muestra de la poca reflexividad actual del gremio y de su incapacidad de innovación y recreación epistémica, pero no puede imputarse responsabilidad alguna sobre estas actitudes y problemas a la generación de Caso. Abordar la causa del estancamiento actual de los conceptos y teorías de la disciplina, se encuentra, sin embargo, fuera de los objetivos de la presente investigación. Su estudio implicaría una puntual reflexión diacrónica acerca de, por ejemplo, las relaciones de poder al interior de la comunidad, y sobre la capacidad de innovación/estancamiento de la misma. Algunas reflexiones sumamente interesantes sobre la sociología de los arqueólogos mexicanos, en Vázquez, Luis, "Hobbes en la metáfora del arqueólogo enemigo", Ana María Crespo, Carlos Viramontes e Ignacio Rodríguez (comps.), *Arqueología, realidades, imaginaciones. Un recuento de la arqueología por quienes la practican*, Colección Debate Académico N° 1,

sino que, en los años siguientes, también se estableció lo olmeca como la “cultura madre”, y también se precisaron los límites geográficos, culturales y temporales de las áreas restantes del territorio mexicano. De esta manera, las Mesas Redondas de la Sociedad también funcionaron como la presentación explícita de las relaciones de poder que practicaba, implícitamente, la comunidad arqueológica dirigida por Alfonso Caso, que se avocó, durante estas décadas, a la (re)escritura de la historia prehispánica.

2. Corredores de civilización: entre el Centro-Norte y la costa del Sur

En competencia abierta con el Altiplano, desde el siglo XIX la zona maya se erguía como la posibilidad del origen de la civilización en toda América. Desde entonces esta área fue un fuerte punto de atracción para varios de los investigadores. Palenque había sido explorado por numerosos estudiosos y se pensaba que era una ciudad análoga a la *Tollan* del centro de México.

No había sido posible determinar la evolución de los sitios de esta zona, debido a que todos los lugares visitados y explorados pertenecían al último estadio evolutivo y a que no se había localizado alguno en un estadio menos avanzado, es decir, perteneciente a las etapas previas a la cúspide evolutiva. Además, el resto de los sitios localizados en el territorio mexicano no presentaban ninguna característica que pudiera relacionarse con las zonas del sureste, si bien parecían ciudades igual de civilizadas. Los altos relieves, la iconografía, la representación de la figura humana, y hasta la construcción de edificios de la zona maya eran completamente diferentes a los encontrados en el Centro de México.

Esta complejidad, sin embargo, no significó un obstáculo paralizante para los investigadores, quienes además se sentían animados ante la posibilidad de que esta zona pudiera explicar tanto los desarrollos del sur, como los del Altiplano y los de Norteamérica. Las crónicas, en particular los relatos de Sahagún, apuntaban en esta dirección, en concreto, a la Costa del Golfo de México, en la que vivieron los “ulmecas”.

Si éste era el lugar del origen, era necesario vincularlo con el resto de las manifestaciones culturales y, para ello, las migraciones eran explicaciones de gran utilidad. El problema adicional era determinar la dirección y el sentido de estos movimientos humanos y, también, el punto de mayor antigüedad en un nivel continental. Estaba claro que los límites geográficos entre México y Estados Unidos no podían marcar rupturas entre los pueblos desarrollados cientos de años antes de que se fundaran ambas naciones, pero ello no eliminaba la posibilidad de establecer jerarquías cronológicas y culturales entre los pueblos para salvar así el ego nacional de un país que pretendía (re)escribir su historia.

Delegación D-II-IA-1, Sección del SNTE, Académicos del INAH, México, 1996, pp. 31-46; y *El leviatán arqueológico. Antropología de una tradición en México*, segunda edición, CIESAS-Porrúa, México, 2003.

Los “ulmecas” de Sahagún

Fray Bernardino de Sahagún, en el libro X de su *Historia General de las cosas de la Nueva España*, señalaba la existencia de un pueblo, procedente de la tierra del hule, en la costa del Golfo, que era una nación civilizada. En este lugar habían tenido origen las artes, las ciencias y la religión monoteísta. Fray Bernardino de Sahagún, apuntó sobre los *olmecas*, *uixtotin* y *mextecas*:

Estos tales así llamados están hacia el nacimiento del sol, y llámanles también tenimes, porque hablan lengua bárbara, y dicen que son toltecas, que quiere decir oficiales de todos oficios, primos y suticiales en todo y que son descendientes de los toltecas de que arriba se ha hecho mención.⁵²

Era este punto y su relación con el Altiplano, y no la zona maya, el que interesaba a la mayor parte de los investigadores mexicanos desde el siglo XIX. A diferencia de los estudiosos de Estados Unidos quienes habían fijado su atención en los *mound builders*, aquéllos estaban convencidos de que los olmecas (olmecas) no tenían relación directa con la zona maya, ni con los asentamientos del Mississippi. Aunque desconocían a qué lugar geográfico se había referido Fray Bernardino, la mayor parte de ellos, relacionaba el lugar (donde quiera que se encontrara) con la mítica *Tollan*, pues consideraban que lo olmecas habían migrado hacia el Altiplano y difundido la civilización a las poblaciones nahoas, mismas que fundaron la *Tollan*. Posterior a ello y una vez que cayera el *Viejo Imperio* de Palenque, la civilización había sido llevada a las tierras bajas de la zona maya, como lo mostraba el caso de Chichén Itzá.

Como referí, Enrique Palacios era uno de los investigadores que consideraban que la *Tollan* se encontraba en Teotihuacán. Sin embargo, y pese a asegurar que desde este poblado se había difundido la civilización hacia el resto del Altiplano y otros lugares, Palacios no creía que este sitio fuese el origen del proceso civilizador. Para este estudioso, tal privilegio debía corresponder a las tierras del Golfo de México, a los pueblos “ulmecas”, pues sólo éstos podían haber irradiado sus conocimientos hacia el sureste y, también, hacia el Altiplano.

En 1937, con la intención de brindar un panorama general sobre la definición, las características y los principales problemas de las culturas arcaica y tolteca en México, ahondó sobre aquellas ideas en *Arqueología de México. Culturas arcaica y tolteca*.⁵³ Este texto, aunque contiene elementos muy débiles para relacionar la *Tollan* con Teotihuacán tiene, en cambio, argumentos que profundizan la postura del autor sobre el origen de la civilización. Define a los arcaicos como el pueblo que abarca desde el norte de México y

⁵² Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Colección Sepan Cuantos, Porrúa, México, 1975, p. 608.

⁵³ Palacios, *Arqueología de México. Culturas arcaica y tolteca*, Enciclopedia Ilustrada Mexicana, Imprenta Mundial, México, 1937. El autor considera aquí la existencia de ocho culturas principales: arcaica, tolteca, maya, mixteco-zapoteca, tarasca, totonaca, otomí y azteca; pero sólo se extiende sobre las dos primeras.

hasta Sudamérica, que fue el inventor de la agricultura en el continente, gracias a la domesticación del *teocintle* silvestre (*Zea mays* sp *mexicana*), variedad antecesora del maíz.⁵⁴ Al desarrollar la agricultura, estos pueblos inventaron también la cerámica y fueron la civilización originaria en las tierras de la Huasteca, en el Golfo de México. Basado en las investigaciones realizadas por Herbert Spinden (1879-1967) aseguraba que:

[...] corresponde a México el honor del descubrimiento del maíz realizado en el curso de los siglos de experimentación. [...] Es el suceso más importante de la economía y de la civilización americana. Su antecedente obligado, la vida sedentaria, implica un cambio del estado nómada, un progreso respecto de la existencia trashumante. Su inmediato consecuente, el complejo cerámico, viene enriquecido con otras manifestaciones del horizonte neolítico; entre ellas, la escultura en piedra, a que pertenecen los metates.⁵⁵

Con esta postura Palacios se alineaba a la teoría que proponía una relación directa entre el sedentarismo y la agricultura con el desarrollo de la civilización. La liga entre la agricultura y la civilización había sido un argumento de peso para los estudiosos, quienes sostenían que el desarrollo de las ciudades no era posible sin la vida agrícola, pues sólo ésta era capaz de sostener a las poblaciones numerosas requeridas para edificar las ciudades.

En el siglo siguiente esta tesis fue ampliada y reformulada por otros investigadores, pues los procesos de cambio en las sociedades seguían siendo una de las preguntas principales para las nascentes disciplinas sociales. Poco antes de la publicación de Palacios, Vere Gordon Childe (1892-1957) había escrito *Los orígenes de la civilización*, trabajo en el que, tomando como referencia la Revolución Industrial, aseguraba que las transformaciones importantes en las sociedades siempre habían sido ocasionadas por los cambios en la economía o en el sistema social de producción. El australiano consideraba que el progreso de la historia no difería de la evolución biológica (de acuerdo a la teoría darwiniana): en las sociedades, al igual que en las especies biológicas, sólo el más apto tenía posibilidades de reproducirse y de continuar con su estirpe. Así el crecimiento poblacional era una demostración del progreso, y las “revoluciones” podían identificarse cuando hubiera un cambio en dirección

⁵⁴ Es posible que las posteriores investigaciones de McNeish tengan un antecedente en estas propuestas.

⁵⁵ Palacios, *Arqueología de México...*, op cit, pp. 22-23.

Palacios usa aquí la palabra “horizonte” para referirse al periodo Neolítico, seguramente influido por la nueva terminología en boga. Para la Historia Cultural, una vez definidos los focos y las fases a partir de la clasificación tipológica de los materiales, las culturas se consideraban como mosaicos formativos, es decir, como unidades con límites cronológicos y espaciales definidos. Se pensaba que tanto las culturas como los tipos de artefactos, tenían un carácter persistente con poca capacidad de transformación, y que eran formadoras de tradiciones. La ampliación geográfica de una tradición creaba “horizontes culturales” y la identificación de éstos resultaba una herramienta para ordenar cronológicamente las tradiciones. Cf. Trigger, Bruce, *Historia del Pensamiento arqueológico*, Ed. Crítica, Barcelona, 1992, p. 183.

Al parecer el uso de esta palabra comienza a ser común en el lenguaje arqueológico de México y Estados Unidos alrededor de estos años (1940), aún cuando no todos los autores usaran el término en el sentido estricto propuesto por la Historia Cultural (como es el caso de Palacios en la cita de arriba). Es de llamar la atención que el curso de “Arqueología de México y Centroamérica” impartido por Alfonso Caso en 1941 en el Departamento de Antropología, integre como primer tema los “Horizontes culturales”. Cf. Departamento de Antropología, *Anuario 1941*, Escuela Nacional de Ciencias Biológicas-Instituto Politécnico Nacional-SEP, México, 1940, p. 7.

ascendente en la curva poblacional de las sociedades. La “revolución urbana”, en este sentido, fue la consecuencia de la adopción del sistema agrícola.⁵⁶

Es muy posible que Palacios, al escribir su texto, conociera la publicación de Childe. Además, es probable que tuviera conocimiento de algunas investigaciones similares, ya que en *Arqueología de México...* señala que:

[...] no se me ocultan las graves objeciones que suscita la tesis del origen huasteco de la primera cultura. Va en contra la documentada teoría de Spinden. Presupone que no es ley general la invención de la agricultura en las mesetas semiáridas, como Mesopotamia. Hace viajar el maíz, del medio semihúmedo al seco, en vez de que siga la marcha contraria, expuesta con toda lucidez por el sabio.⁵⁷

Y es que el origen de la civilización no podía ubicarse en otra región.⁵⁸ Palacios argumentaba que, tanto en *La leyenda de los soles* como en el *Popol Vuh* había claras referencias a la creación del hombre a partir del maíz, y que ambas fuentes relacionaban el lugar en el que sucedió esto, con las tierras fértiles de la *Huastecapan* o *Tonacatlalpan*.

Desde el siglo XIX esta región había sido relacionada con los “ulmecas”, en la costa del Golfo, el pueblo que, de acuerdo al padre Sahagún, había llevado la civilización y las artes al resto de las regiones. Algunos otros autores, como señalé arriba, relacionaban este pueblo, en cambio, con los *mound builders* y, luego, con la zona maya y, algunos más lo viculaban a la costa del Mediterráneo. Sin embargo para Palacios, estas últimas posiciones no tenían fundamento porque “[...] si el maíz allí tuvo su origen, no necesitamos traer a la gente civilizadora, de las orillas del Mississippi ni mucho menos de la cuenca Mediterránea”.⁵⁹

Para Palacios la palabra “ulmeca” no tenía más significado que el adjetivo “civilizado”. Estaba plenamente convencido, al igual que sus contemporáneos, de que Sahagún se había referido a la tierra del *ulli*, es decir, a la costa del Golfo. Sin embargo, consideraba que en ello radicaba “[...] el nudo prehistórico más intrincado de México, en el que numerosos investigadores se han calentado la cabeza”.⁶⁰

Usando los mismos relatos del padre franciscano, Palacios recordaba que la tierra de los toltecas también fue descrita como un lugar pródigo y fértil y, por tanto, consideraba que éste no debió distar mucho de la tierra “ulmeca”. De hecho, no descartaba la posibilidad de

⁵⁶ Childe, Gordon, *Los orígenes de la civilización*, Trad. Eli de Gortari, Brevarios, FCE, México, 1981. La traducción citada aquí corresponde a la segunda edición que hiciera Childe de su obra. La primera edición es de 1929 bajo el título *The dawn of European Civilization*, pero ignoro si en ésta Childe ya había incorporado los postulados referidos arriba. De ser así, es muy probable que Palacios conociese tal postura varios años antes de su publicación sobre la arqueología de México.

⁵⁷ Palacios, *Arqueología de México...*, 1937, *op cit*, p. 76.

⁵⁸ En estos años uno de los debates en torno al origen de la agricultura gira en torno a cuáles son las condiciones ambientales más propicias para el desarrollo de esta forma de vida, si las zonas áridas con pocas fuentes de agua, o bien, las zonas templadas. Autores como Childe o Spinden consideraban que eran las primeras las que ejercían mayor presión en los grupos sociales para desarrollar un cambio tan radical como la agricultura en su sistema de subsistencia.

⁵⁹ Palacios, *Arqueología de México...*, 1937, *op cit*, p. 42.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 41.

que ambos pueblos (tolteca y ulmeca) fuesen el mismo y que, el pueblo “ulmeca” fuera el que, por medio de continuas oleadas, difundiera la cultura hacia el Altiplano y, luego, hacia la zona maya.

Sin embargo ninguna de sus propuestas prosperó. Como referí arriba, en 1941 la balanza se inclinó hacia la identificación de Tula, Hidalgo, como la patria de los toltecas, mientras que como mostraré abajo, el origen de la civilización se ubicó en la Costa del Golfo, pero por razones muy diferentes a las señaladas por Palacios y en un punto muy distante del que éste sugirió.

El puente a la zona maya: los Tuxtlas

Como referí, el interés de los investigadores de Estados Unidos por la arqueología de las tierras mexicanas creció a partir de las primeras décadas del siglo XX. En particular, la zona maya, constituía el polo de atracción más importante para la historia antigua de aquel país. Si bien suponían que el origen de la civilización americana se encontraba en la zona del sureste mexicano y Centroamérica, también llegaron a considerar un origen civilizatorio en los pueblos del Altiplano, es decir, con los toltecas. En ambos casos –mayas y toltecas-, se creía que estos desarrollos tuvieron su origen en el norte y que, gracias a las migraciones hacia el sur del continente, ambos pueblos alcanzaron su apogeo en las tierras centrales y mexicanas. De esta suposición nacía una nueva interrogante: ¿cuál era la influencia cultural entre ambos desarrollos?, ¿y cuál la zona en que tuvo lugar?

Poco antes de que Silvanus Morley iniciara sus exploraciones en Chichén Itzá, la *Tulane University* inició una expedición para, entre otras cosas, responder a tales preguntas con el auspicio de una fundación creada en 1924 que pretendía emprender el estudio de los países centroamericanos.

En ese tiempo se decidió efectuar una investigación arqueológica y etnológica, basada en material bibliográfico y de campo, a través de expediciones enviadas a las áreas habitadas en el pasado por los indios mayas, que ha sido considerada como la más antigua en el continente americano.⁶¹

La primera expedición planeada le fue encomendada a Frans Ferdinand Blom Petersen (1893-1963) y a Oliver La Farge (1901-1963). La historia personal de Blom resulta muy similar a la de sus contemporáneos mexicanos y extranjeros, pues no tuvo estudios previos a su llegada al ámbito arqueológico. Nacido en Dinamarca, no quiso seguir los pasos de su padre en la administración de las empresas familiares, por lo que se dedicó a viajar desde temprana edad. Fue así que llegó a México por vez primera en 1919. Durante su estancia trabajó en diversas compañías (entre ellas, una petrolera) en varias partes del país. Fue en

⁶¹ Blom, Frans y Oliver La Farge, “Prefacio”, en *Tribus y templos*, Colección Clásicos de la Antropología 16, Instituto Nacional Indigenista, México, 1986, p. 9.

una de sus primeras estancias en la capital mexicana cuando conoció a Zelia Nuttall y, al parecer, esta fue la relación que le abrió las puertas al mundo arqueológico en México y Estados Unidos.

Si bien Blom no tenía experiencia en el terreno arqueológico, en cambio sí la tenía en la expedición de campo por las tierras del sureste, gracias al trabajo que había realizado antes en busca de yacimientos petroleros. Durante dos años había estado alojado en plena selva y, lejos de aborrecer el clima húmedo, sofocante y lleno de insectos, se sentía sumamente complacido de poder habitar en ese “paraíso”. Además, la arqueología era un tema que le apasionaba desde estas expediciones e, incluso, en algunas ocasiones se llegó a lamentar por carecer de tiempo para visitar las ruinas arqueológicas cercanas. Cuando la lluvia llegaba al campamento, Blom se sentaba:

[...] dentro de la choza secando mi ropa sudorosa en el piso, acompañado de una gran comida. Luego vienen las horas de paz que utilizo para remendar mis ropas y leer. Estoy leyendo una buena cantidad de libros sobre historia y mitología azteca y cosas por el estilo, entre más leo más crece mi interés por esos temas.⁶²

Quizás fue por esta experiencia, que se le encomendó realizar una expedición a Palenque, por medio de un acuerdo con la Dirección de Arqueología. Entre el 14 de diciembre de 1922 y el 14 de mayo de 1923, visitó las ruinas de Palenque, Xupá y Finca Encanto. Su reporte final, de hecho, no fue nada desfavorable. El conocimiento del terreno y lo aprendido de los ingenieros de las petroleras le fue muy útil. Realizó planos detallados de las estructuras y descripciones minuciosas de cada uno de estos espacios, siempre basado en los registros previamente realizados y publicados por A. P. Maudslay. Además, se aventuró a hacer algunas especulaciones sobre las fechas calendáricas mayas y ciertas recomendaciones para la conservación posterior de los edificios, y sobre el material y herramienta necesarios para ello. Al concluir estos trabajos, los resultados completos de la expedición fueron publicados en 1923, a manera de diario de viaje, bajo el título *Las ruinas de Palenque, Xupá y Finca Encanto*.⁶³

Al terminar la expedición, Blom permaneció en Estados Unidos pero ya insertado en el ambiente antropológico como alumno de la Universidad de Harvard. Posiblemente las relaciones hechas en la comunidad mexicana y con Zelia Nuttall, así como su experiencia en Palenque le sirvieron como cartas de recomendación ante la comunidad estadounidense, aunque desconozco por completo sus relaciones en Estados Unidos. En Harvard obtuvo el

⁶² Blom, Frans, *En el lugar de los grandes bosques*, Trads. Víctor Manuel Esponda, Charlie Cray y Eva Yul, Serie Antropología, Segunda edición, Gobierno del estado de Chiapas-Consejo Estatal a la Investigación y Difusión de la Cultura DIF, Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, México, 1993, p. 116.

⁶³ Blom, Frans, *Las ruinas de Palenque, Xupá y Finca Encanto*, Colección Biblioteca, INAH, México, 1991. Al parecer, en 1922, Blom entregó a la Dirección de Antropología un listado de los sitios localizados durante su expedición con algunas fotografías y un mapa general de la región mientras (ATA, Tomo CXX, exp. 11). Sin embargo, la información de este informe corresponde al viaje que Blom hiciera tres años después.

master in arts en la especialidad de arqueología con la tesis *Index to ruins in the maya area*. Ya en el ámbito arqueológico institucional, hizo exploraciones en Chaco Canyon y en Uaxactun, Guatemala. Fue al poco tiempo cuando fue contratado por la *Tulane University* para realizar un proyecto en la zona maya y, a partir de este momento Blom se ató emocionalmente a esta región hasta su muerte.⁶⁴

En la expedición al sureste, Blom fungió como arqueólogo en jefe, y estuvo acompañado por Oliver La Farge, como etnólogo asistente. El objetivo de la expedición era estudiar y difundir el pasado y presente de la zona maya, tan importante para “América”, es decir, Estados Unidos. Los expedicionarios sabían que este pasado era muy remoto, debido a Estatuilla de los Tuxtles (Ver Ilustraciones 73 y 74, *Anexo I*). Esta pieza tenía esgrafiada la fecha más antigua de toda América, registrada hasta entonces: 8-6-2-317 8 Kaban 0 Kankin, es decir, el año 98aC.⁶⁵ Asimismo, la *Tulane University* había recibido tiempo atrás la fotografía de una piedra grabada con “figuras parecidas a los jeroglíficos mayas” procedente de Piedra Labrada.⁶⁶

Por estas razones, la expedición iniciaría en la zona de los Tuxtles. (Ver Ilustración 2, *Anexo II*) Blom y La Farge partieron de Nueva Orleans el 19 de febrero de 1925 rumbo a Tampico y, desde este punto, salieron en tren hacia la capital del país. En esta última, mientras esperaban a que se realizaran los trámites y los permisos necesarios que los acreditarían para recorrer las tierras del sureste, visitaron las salas y colecciones del Museo Nacional. Luego, con sus cartas de presentación listas, partieron hacia Veracruz en el ferrocarril.⁶⁷

Ya en los Tuxtles, fueron al pueblo de San Andrés, pero sólo pudieron ver las piezas que los pobladores guardaban en la escuela y en el cementerio del lugar. Los lugareños también les mencionaron que en Catemaco existían montículos, por lo que los viajeros emprendieron su marcha hacia este poblado, y luego a la isla de Agaltepec La Laguna para observar tales vestigios. Luego, salieron hacia Matacanela, poblado que previamente (1906-1907) había sido visitado por Edward Seler, quien acompañado de su esposa, había estado en la región para conocer, entre otras cosas, la colosal Cabeza de Hueyapan.

⁶⁴ Esponda, Víctor Manuel, en Blom, Frans, *En el lugar de los grandes bosques,... op, cit*, pp. 19-26.

⁶⁵ Al parecer esta escultura fue localizada en los alrededores de San Andrés Tuxtla, Veracruz, alrededor de 1900 y fue llevada al Museo Nacional de Washington. Blom, Frans y Oliver La Farge, *Tribus y templos*, Trad. Bertha Adalid Carvajal, Clásicos de la Antropología 16, Instituto Nacional Indigenista, México, 1986, p. 38.

⁶⁶ La fotografía fue enviada por el ingeniero Rafael de la Cerda, quien realizaba exploraciones petroleras en la región. De acuerdo a lo narrado por Blom y La Farge, es notorio que sus recorridos por la zona maya fueron favorecidos por los ingenieros petroleros, los empresarios y los dueños de las fincas de tabaco de la región que, en buena medida, eran extranjeros avocados (norteamericanos, alemanes y japoneses). Ello muestra relaciones que pocas veces han sido estudiadas en la historia de la arqueología.

⁶⁷ El mapa que se presenta aquí, así como el recorrido que se describe, fue reconstruido a partir de los relatos de Blom en la publicación mencionada. Sin embargo, cabe aclarar, que tales relatos se tornan confusos algunas veces, sugiriendo que el sentido de los acontecimientos relatados no tiene relación con el del viaje. De hecho, es posible que los viajeros no recorrieran todos los lugares que mencionan, sino que basaran su descripción en los relatos de sus informantes. En el mapa que presento he proyectado la ruta que me pareció más lógica.

Blom recordaba que cerca del poblado de Acayucan, a tres horas de camino hacia el noroeste, había un ídolo al que los lugareños denominaban “La Piedra Colosal de Hueyapan”. Posiblemente se tratara del poblado de Hueyapan o Hueyapan de Ocampo, al sur de la laguna de Catemaco. Sin embargo, los expedicionarios no especificaron nada sobre este lugar ni acudieron a ver el monolito, quizás porque se encontraban convencidos de que “[...] no puede ser la misma cabeza descrita por Melgar y Seler. Esta se cambió de posición antes de su traslado al museo de la ciudad de México, trabajo abandonado debido a la Revolución”.⁶⁸

Luego siguieron hacia el este, pasando por los poblados de mayor importancia y con vestigios: Cozotepec, Soteapan y Macayapan; para luego seguir, por la costa, hacia Coatzacoalcos. En el trayecto pudieron localizar el poblado de Piedra Labrada y, muy cerca de éste, unas ruinas en donde localizaron la escultura de la que se les había informado. También subieron el Volcán San Martín Pajapan, en cuya cima localizaron un ídolo (ver Ilustración 10, *Anexo I*), cuya cabeza era similar a la de una pieza de jade que habían visto en el Museo Nacional.⁶⁹

En todo su recorrido fueron fotografiando las piezas de importancia con las dos cámaras que llevaban en su equipo: una *Kodak Autográfica Jr. N° 1-A*, con película de rollo y lentes anastigmáticos F.7.7 de 130mm; y una *Graphic* con lentes *Kodak* anastigmáticos F.4.5, 1¹/₂” tamaño postal. También realizaron croquis y dibujos de los sitios con grandes montículos para mostrar la distribución de éstos y la de los monumentos relevantes.

En la estación del tren Chinameca, salieron rumbo a uno de los destinos de mayor importancia para la expedición: Coatzacoalcos (Puerto México), área de la que no se tenía información arqueológica ni etnográfica. Además, bajando por el cauce del río Tonalá (la frontera entre los estados de Veracruz y Tabasco), cerca del pueblo de Blasillo, en el Municipio de Huimanguillo, se encontraban las ruinas de La Venta. De acuerdo a las crónicas de Bernal Díaz del Castillo, a su arribo a la Costa del Golfo en 1518, éste había pernoctado junto con sus hombres, en “casas de ídolos”, pues el objetivo de la expedición era localizar tales construcciones.

Blom y La Farge bajaron por el río Tonalá hasta Blasillo, para pernoctar en éste último lugar. Al siguiente día, por la mañana, caminaron entre los pantanos rumbo a las ruinas de La Venta. A una hora de camino, localizaron el primer ídolo y, luego vislumbraron “una hilera de pequeños pilares [...] formados en el suelo uno cerca del otro, formando algo parecido a una cerca” y, más hacia el fondo, una pirámide de 25m de altura aproximadamente. En

⁶⁸ Blom, Frans y Oliver La Farge, *Tribus y templos...*, *op cit*, p. 112.

⁶⁹ El ídolo de San Martín Pajapan posteriormente fue incluido por Marshall Saville en su análisis sobre las hachas, pero ignora cuál es la pieza de jade que Blom observó en el Museo. Cf. Saville, Marshall, “Votives axes from Ancient Mexico”, *Indian Notes*, Vol. VI, N° 3, s/f, pp. 266-299.

total, localizaron 4 esculturas en forma de altar, una cabeza colosal y una pirámide. Blom consideraba que, algunos de los caracteres presentes en estos restos, “eran similares a los vistos en la región de Tuxtla. Otras características tienen acentuada influencia de la cultura maya del este”, por lo que sin duda, pensaba que La Venta era “un lugar de muchas sorpresas y se tendrán que hacer muchas investigaciones para definir a qué parte de nuestras culturas pertenece esta antigua ciudad”.⁷⁰

Luego de fotografiar las esculturas, hacer los dibujos de éstas y un croquis general de su ubicación en el lugar (Ver Ilustración 3, *Anexo II*), regresaron a Blasillo por la tarde. Al día siguiente, emprendieron el camino hacia Tonalá para salir a Puerto México y tomar el vapor a Frontera. Pensaban subir por el río Grijalva para llegar a Villahermosa y continuar su viaje hacia la zona maya.

La expedición continuó en Palenque, Finca El Encanto, el valle de Ocosingo, el de Comitán y hasta Guatemala. Ésta fue, sin duda, la parte más extensa de expedición. Pero la primera parte de ésta, hasta la zona de La Venta, fue de gran relevancia para los expedicionarios. Se trataba de la primera descripción y exploración con fines arqueológicos realizadas en el sitio, a varios años de distancia de la sugerencia de Ramón Mena sobre iniciar investigaciones en las ruinas de Huimanguillo.⁷¹ Blom y La Farge consideraban que la zona entre los Tuxtlas y La Venta, además de no haber sido explorada con anterioridad, era de gran relevancia porque, pese a que no era posible aún establecer la pertenencia cultural de los restos (azteca, maya o totonaca), el área era “[...] la línea de contacto entre las civilizaciones de occidente, como la totonaca y la azteca, con el oriente, la maya, debe haber estado aquí”.⁷² Los resultados de la obra se publicaron el año siguiente de la exploración, en 1926, bajo el título *Tribus y Templos*.

De forma paralela pero de manera completamente independiente a la expedición de la *Tulane*, se realizó otro recorrido por la zona. Albert Weyerstall, dueño de plantaciones de plátano en la región de Los Tuxtlas, recorrió la zona durante 1925. Aunque, aparentemente no tenía ninguna relación con el medio académico, gustaba de coleccionar antigüedades. Esta afición lo llevó a indagar en la zona, fotografiar las piezas que localizó e, incluso, a donar su colección de antigüedades al *Department of Middle American Research* de la *Tulane University*, y a escribir un artículo para esta misma institución en 1932.

Su texto fue prologado por el mismo Blom, quien para entonces ocupaba la dirección del *Department of Middle American Research*, y consideraba que, pese a que Weyerstall era un aficionado, el escrito era de sumo interés debido a que el área se encontraba entre la

⁷⁰ Seguramente los expedicionarios se refieren a las columnas de basalto ubicadas al norte de la pirámide principal del sitio. Blom, Frans y Oliver La Farge, *Tribus y templos...*, *op cit*, p. 131 y 126, respectivamente.

⁷¹ Cf. *supra*, *Capítulo I.1. Migraciones africanas y la cabeza de Hueyapan*.

⁷² Blom, Frans y Oliver La Farge, *Tribus y templos...*, *op cit*, p. 115.

Huasteca y la zona maya, siendo de gran importancia para la historia de México y, porque además, de esta región procedía la Estatuilla de los Tuxtlas.⁷³

Al igual que años atrás hiciera el matrimonio Seler, Weyerstall contactó al señor Pedro Mimendi y éste le consiguió los caballos y los guías necesarios para ubicar la colosal Cabeza de Hueyapan. Se fotografió al lado de la escultura y, con cierto sarcasmo, señaló que ésta tenía rasgos etiípicos aún cuando lo mexicanos no lo quisieran reconocer. Asimismo, se asombró de que los lugareños no mostraran interés por las piezas:

Entusiasmados con esta pieza, preguntamos al guía sobre más ídolos de piedra y también sobre los montículos. Él estaba sorprendido de que alguien pudiera estar interesado en tan horribles cosas.⁷⁴

Pese a la sorpresa que causó su solicitud, Weyerstall convenció a los guías para que le mostraran otras piezas similares. Así, en su artículo presentado en los *Middle American Papers*, brindó la descripción y fotografías de cinco esculturas procedentes de Hueyapan, las ruinas de El Remolino y La Cañada, las piezas procedentes de Tenejapan, Tesechoacan y Arroyo Guasimal.⁷⁵ Entre las tomas se encontraba la Cabeza de Hueyapan aún enterrada.

Si bien el artículo presentado por Blom no tuvo repercusiones directas en las investigaciones de la zona, es importante destacar su interés debido a que marca una continuidad sobre los postulados que, tanto mexicanos, como estadounidenses, seguirán en los siguientes años. Como señalara Frans Blom,⁷⁶ la zona de los Tuxtlas, así como el Istmo de Tehuantepec, habían sido lugares de importancia para quienes soñaron con facilitar la comunicación entre ambos lados del continente. Fue Hernán Cortés el primero en proponer la comunicación entre el Atlántico y el Pacífico, pero el primer trazo del camino se hizo hasta 1774, y fue hasta 1842 cuando se celebró un contrato entre el gobierno mexicano y la Compañía del Ferrocarril Louisiana-Tehuantepec, para llevar una ruta de barcos desde Nueva Orleans y hasta Minatitlán, así como un servicio de trenes por el Istmo. Ésta había sido la ruta que se usó durante la fiebre del oro en California.

⁷³ Blom, Frans, "Preface", en Weyerstall, "Some observations on Indian mounds, idols and pottery in the Papaloapan basin, state of Vera Cruz, Mexico", en Beyer *et al*, *Middle american papers: studies relating to research in Mexico, the Central American republics and the West Indies*, Middle American Research, Tulane University, 1932, p. 25. Blom, en el prefacio a este escrito reconoce la importancia de las actividades de personajes como Weyerstall, quien actuara como él mismo pocos años atrás. Señala que: "The man with the hobby, be it collecting butterflies, bugs, or idols, not only has something with which to keep himself busy, but in most cases he sooner or later lends invaluable service to science. These collectors, hobby-horse riders out in the far corners of the globe, are really pioneers, and science, as well as museums, is greatly indebted to them".

⁷⁴ Weyerstall, "Some observations on Indian mounds, idols and pottery in the Papaloapan basin, state of Vera Cruz, Mexico", en Beyer *et al*, *Middle american papers: studies relating to research in Mexico, the Central American republics and the West Indies*, Middle American Research, Tulane University, 1932, p. 32. Traducción propia. "Becoming enthusiastic about this specimen, we questioned the guide about more Stone idols and also about the mounds. He was surprised that any one should take interest in such ugly things".

⁷⁵ Weyerstall, Albert, "Some observations on Indian Mounds...", *op cit*, p. 23-69.

⁷⁶ Blom, Frans y Oliver La Farge, *Tribus y templos...*, *op cit*, p. 104.

Sin embargo, fue hasta 1870 cuando se comenzaron los estudios en el terreno para ver la posibilidad de realizar un canal que atravesara el territorio de costa a costa, pero no se concretó ninguno de los proyectos. Únicamente se logró que una línea de ferrocarril transitara a lo largo del Istmo, lo que ayudó al crecimiento comercial de Coatlacoalcos. Finalmente, los movimientos armados de 1910 y, luego, los planes para la construcción del Canal de Panamá, hicieron caer en el olvido al Istmo.

Pero el abandono de los sueños de comunicación no alcanzó el terreno de las investigaciones arqueológicas. Tanto para los mexicanos, como para los estadounidenses, el Istmo seguiría constituyendo una zona de comunicación fundamental. Ésta, evidentemente, no transitaba entre los dos océanos sino entre las zonas civilizatorias más relevantes: la del altiplano y la maya.

Es por ello que, pocos años después de que Blom y La Farge terminaran su investigación en la zona, al inicio de la década de los años treinta, la *Carnegie Institution*, inició sus exploraciones en la región de los Tuxtlas, con la coparticipación del Departamento de Monumentos Arqueológicos. Al frente de la parte mexicana se encontraba Juan Valenzuela Herrera, quien ingresó al mundo arqueológico gracias a Alfonso Caso.

Cuando éste último inició sus exploraciones en Monte Albán, a finales de 1931, solicitó el apoyo económico de la Universidad Nacional de México. Además del dinero para el material, equipo y pago de peones, Caso pidió el salario y los viáticos correspondientes a tres ayudantes. Finalmente, la Universidad únicamente le favoreció con el pago de dos ayudantes y es posible que Caso haya gestionado el pago del tercero por otros medios, pues cuando inició las exploraciones tuvo el apoyo de tres personajes, hasta el momento, ajenos al ambiente institucional de la arqueología: Eulalia Guzmán Barrón, Martín Bazán y Juan Valenzuela Herrera.

La zacatecana Eulalia Guzmán (1890/1892-1985) se tituló como maestra normalista en 1910 y, desde entonces tuvo una participación activa en el ámbito educativo, siempre apoyada por José Vasconcelos. (Ver Ilustración 46, *Anexo I*) En la década de los años treinta su carrera tomó otro rumbo. Sin abandonar del todo su tarea educativa, regresó como estudiante a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. Obtuvo el título de maestra en 1933 con la tesis *Caracteres esenciales del arte antiguo mexicano*, y al año siguiente (en enero de 1934) ingresó como Jefe de Arqueólogos del Museo Nacional, sustituyendo a Eduardo Noguera en el cargo.⁷⁷ Es posible que fuera en la Facultad de Filosofía en donde conociera a Caso. Como referí, éste comenzó a dar clases en este lugar desde 1929, y para

⁷⁷ Oficio del Jefe del Departamento Administrativo al Secretario del Museo Nacional, 30 de enero de 1934, exp. G-94, legajo 1, Eulalia Guzmán, Archivo de Concentración del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

1931 se encontraba impartiendo “Arqueología mexicana y maya” y, a la vez, había ingresado como Profesor interino de enseñanzas o cursos especiales en el Museo Nacional.

En el caso de Valenzuela, éste recién se había titulado como abogado, cuando el miércoles 5 de agosto de 1931, fue convocado por Caso para integrarse a las exploraciones de Oaxaca. (Ver Ilustración 47, *Anexo I*) Lamentablemente no tengo ningún dato biográfico de Martín Bazán, pero me parece posible que, previamente, también haya sido alumno de Caso.

Los tres se integraron a las exploraciones en Monte Albán: Guzmán y Valenzuela como ayudantes pensionados por la Universidad, y Bazán como ayudante de arqueólogo.⁷⁸ Al menos los dos primeros mantuvieron una relación muy cercana con Caso, quien les favoreció su pronto ingreso al ámbito institucional de la arqueología. Al poco tiempo de que Caso ocupara la dirección de Museo Nacional en 1933, Guzmán ascendió a la Jefatura del Departamento de Arqueología. Luego, con el escándalo de falsificación de las piezas de la tumba 7, ella fue una de las defensoras de la integridad académica de Caso, y pese a que por un tiempo fue sustituida por Ramón Mena en el Departamento, pronto regresó a su empleo cuando éste salió de manera deshonrosa del Museo. En estos años, Guzmán fue un gran apoyo para Caso, y muchas de las investigaciones de éste se basaron en las pesquisas de fuentes y el trabajo de recopilación y traducción de la zacatecana.⁷⁹

Valenzuela, por su parte, fue contratado en Monte Albán como auxiliar paleógrafo, e ingresó al Museo Nacional como Profesor de Arqueología en 1934. En la primera temporada de trabajo de Monte Albán, mientras Bazán realizaba la exploración del montículo A y Guzmán se encargaba de las escaleras de la Plataforma Norte, Valenzuela exploraba la parte correspondiente a las alfardas de esta misma estructura.⁸⁰ Cuando localizaron la tumba 7,

⁷⁸ “Informe de los resultados obtenidos en la primera temporada de excavaciones en Monte Albán, Oax. 1931-1932”, sin fecha, mecanuscrito, 37 fojas, IIA-UNAM, FACA, c. 5, exp. 58, snf. De hecho, como Valenzuela adeudaba el pago de su examen profesional, al ser contratado por Caso con subsidió de la Universidad, le descontaron semanalmente \$12.50 de su sueldo para pagar los \$100.00 de su deuda. Correspondencia Caso-UNM, 13 de octubre de 1931, mecanuscrito, 1 foja; y correspondencia Caso-Valenzuela, 3 de agosto de 1931, mecanuscrito, 1 foja, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 22, snf.

⁷⁹ Guzmán sólo dirige la Jefatura de Arqueología por un año, hasta enero de 1935, aprovechando una licencia brindada por el Departamento de Enseñanza Primaria y Normal, en donde se encontraba laborando. Sin embargo, para 1940, y gracias al apoyo económico del INAH y la Rockefeller Foundation, comienza su labor de clasificación y archivo en la Biblioteca del Museo Nacional y en otros repositorios de Europa. (exp G-94, legajo 1, Eulalia Guzmán, ACINAH) Es posible que durante esta comisión haya realizado la traducción de la obra de Selser. Se encuentra pendiente un trabajo biográfico que de cuenta de la importancia de Eulalia Guzmán en la arqueología de aquéllos años. Como señalan Vázquez y Rutsch (“México en la imagen de la ciencia y las teorías de la historia cultural alemana”, *Ludus Vitalis. Revista de filosofía de las ciencias de la vida*, Vol. V, N° 8, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano/SEP-UAM Iztapalapa-Universidad Illes Balears, México, 1997, nota 3) es posible que este descuido sea resultado de la polémica en que se vio envuelta la profesora a raíz del supuesto hallazgo de los restos de Cuauhtemoc en el poblado de Ixcateopan. “Desde entonces, todo el establecimiento arqueológico la convirtió en blanco de una cultura de denigración. Hoy en día nadie se atreve a leer y citarla porque aún pesa sobre su memoria la acusación de falsificación”.

⁸⁰ Correspondencia Caso-Reygadas, 11 de noviembre de 1931, mecanuscrito, 2 fojas, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 22, snf.

fue éste quien estaba a cargo de los trabajos y fue el primero en bajar a la tumba para ver lo que ésta guardaba.⁸¹

Pese a que durante 1933, mientras Caso se encontraba en Estados Unidos por la exposición de las joyas de la tumba 7 en Chicago, Valenzuela quería abandonar los trabajos de Monte Albán debido a los problemas presupuestales por los que estaban atravesando los trabajos, pronto cesó en su intento y se mantuvo al lado de su mentor.⁸² Valenzuela siguió colaborando con Caso en Monte Albán por varias temporadas y, alrededor de 1937 fue comisionado por éste para encargarse de las exploraciones de la región de los Tuxtlas, Veracruz al lado del equipo de la *Carnegie*, dirigido por Karl Ruppert (1895-1960). Las exploraciones se iniciaron en marzo de 1939 y tenían como objetivo:

[...] obtener hasta donde sea posible todos los datos que por medio de la cerámica se puedan adquirir de esa región para ver si es posible poder llegar a establecer puntos de conexión entre la gran cultura maya, las del Valle de México y las de la región de Oaxaca. Desde hace mucho tiempo se ha pensado que en la zona de Los Tuxtlas, y en la cuenca del Papaloapan y sus afluentes, pueden llegarse a encontrar los puntos de relación de estas grandes culturas y principalmente *el inicio del florecimiento* de la gran cultura maya.⁸³

Alfonso Caso tenía un particular interés en esta zona, al igual que antes lo hizo Blom, debido a que consideraba posible que mantuviera una estrecha relación con las ciudades del sureste por un lado y, por el otro, con Monte Albán. Desde que solicitó la autorización a la Secretaría de Educación para explorar este último sitio, en 1931, Caso señaló que, además de investigar sobre la escritura, el calendario y los monumentos zapotecas, las exploraciones tendrían como objetivo tratar de establecer una cronología relativa entre la cultura zapoteca y la maya, y la del centro de México.

Considero inútil recordar a su competencia, la importancia de una exploración sistemática en Monte Albán, que ha sido durante tantos años uno de los ideales del Americanismo porque Monte Albán parece haber sido la Metrópoli de una gran civilización, importantísima para el estudio de la cultura americana y no sólo mexicana, pues fue sin duda, como lo revelan los jeroglíficos de sus monumentos, un trait d'union entre las culturas de la Altiplanicie y las de la América Central, sobre todo la gran cultura maya.⁸⁴

La relación entre Monte Albán y los restos de la zona maya no constituía ninguna novedad. Además de haber sido señalada por Blom pocos años atrás, Leopoldo Batres la había sugerido desde principios de siglo. En 1901, el inspector hizo un reconocimiento de la cima

⁸¹ Conferencia mecanuscrita, s/f, 15 fojas, IIA-UNAM, FACA, caja 37, exp. 6, snf.

⁸² A partir de septiembre de este año, Valenzuela le reporta a Caso la negativa del Departamento de Monumentos para continuar con el pago de los trabajadores en la zona, motivo por el cual había decidido dejar las exploraciones, ante la incapacidad de cuidar él sólo de las ruinas. Correspondencia Valenzuela-Ángel Caso, 14 y 16 de septiembre de 1933, mecanuscrito, 2 fojas, IIA-UNAM, FACA, c. 3, exp. 24,snf.

⁸³ Valenzuela, Juan, "Las exploraciones efectuadas en los Tuxtlas, Veracruz", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, Tomo III, 5ª época, Talleres Gráficos de la Editorial Stylo, México, 1945, p. 1. Cursivas mías.

⁸⁴ Correspondencia Caso-Puig Casauranc, 1 de junio de 1931, mecanuscrito, 6 fojas, IIA-UNAM, FACA, c. 5, exp. 54, snf. Subrayado en el original.

de Monte Albán y, al estar convencido de su importancia, solicitó al presidente Díaz su apoyo para iniciar las exploraciones. El interés del subsecretario de Educación, Ezequiel A. Chávez, lo ayudó a concretar sus planes, y las exploraciones se iniciaron el 10 de marzo del mismo año.⁸⁵

Batres recorrió las laderas del cerro desde su parte baja y hasta alcanzar la cima, identificando a su paso varias tumbas y, en la cúspide, todo un conjunto arquitectónico. Basado en los elementos glíficos encontrados en los edificios y en las tumbas, así como en ciertos elementos de la arquitectura presente en éstas últimas, el inspector proponía la existencia de fuertes relaciones entre la zona maya y la zapoteca.⁸⁶ De hecho, las piezas de jade que había encontrado en el vestíbulo de una tumba se encontraban dentro de un vaso, y Batres estaba seguro de que todos estos objetos eran de origen maya. Concluyó su estudio con una lista de los glifos que había identificado en los restos de la urbe oaxaqueña, destacando los que presentaban similitudes con los previamente identificados en el área nahua y en la maya.

Así pues, los objetivos que Caso pretendía alcanzar por medio de sus exploraciones en Oaxaca no estaban fuera del lugar y, antes bien, encontraban su apoyo en investigaciones previas, aunque no las mencionara. Sin embargo, durante la primera temporada de trabajos (1931-1932) el objetivo de establecer las relaciones con la zona maya no fue cubierto, debido a que no se realizaron pozos estratigráficos que pudieran dar información sobre la cerámica del lugar y su cronología relativa. Las labores de esta temporada únicamente se avocaron a la liberación de la Plataforma Norte y de los montículos A y B y el Cazahuate. Durante éstas, frente a la Plataforma, del lado occidental, también se exploró un pequeño montículo que presentaba en sus muros piedras labradas que, presumiblemente, habían sido reutilizadas. Éstas eran muy similares a las que Batres había localizado en el edificio llamado por él “Los danzantes”. Aunque Caso no se atrevió en ese momento a aventurar el significado de estos diseños, sugirió que pudieron tratarse de la representación de bufones o personas lisiadas y que, seguramente, correspondían a “un estado primitivo” de la cultura zapoteca, anterior al de la Plataforma Norte.

Asimismo, y como había prometido a sus patronos, dedicó buena parte de las investigaciones a la búsqueda de las tumbas. Únicamente exploraron nueve, seguramente debido a que, la designada con el número 7 absorbió la mayor parte del tiempo, presupuesto y labores del equipo de trabajo, tanto por su complejidad como por el revuelo

⁸⁵ Batres, Leopoldo, *Exploraciones de Monte Albán*, Casa Editorial Gante, México, 1902. Consulta electrónica en <http://www.archive.org> realizada el 24 de septiembre de 2009.

⁸⁶ Él mismo menciona que años antes había sostenido esta misma tesis, en su libro *Civilizaciones de las diferentes tribus que habitaron el territorio hoy mexicano en la antigüedad*. Lamentablemente, no me fue posible localizar esta publicación.

que ocasionó el hallazgo.⁸⁷ Sin embargo, éste no fue tiempo perdido. El prestigio que le brindó a Caso el hallazgo de esta última tumba, le permitió dar continuidad a sus labores por varios años más hasta cubrir con los objetivos que originalmente tenía. De hecho, utilizó la expectativa de localizar más tesoros como éste para conseguir nuevamente el financiamiento de los patronos y de otras instituciones, y poder continuar con los trabajos. Para la siguiente temporada, Caso proponía nuevamente:

[...] recoger datos para la lectura de la escritura zapoteca y para establecer las relaciones entre los zapotecos y mixtecos, con los mayas y los mexicanos.

Centenares de tumbas, algunas tan ricas probablemente como la N° 7, quedan aún sin explorar, y grandiosos edificios cubiertos de vegetación y escombros esperan la labor del arqueólogo.⁸⁸

La *Carnegie Institution* fue uno de los nuevos patronos que costearon las temporadas de trabajo durante los siguientes años. Ésta continuaba con sus labores en la zona maya, especialmente en Centro América y en Chichén Itzá y, por tanto, también se encontraba interesada en las relaciones que Caso proponía entre aquella región y Monte Albán.

Sin embargo, las exploraciones en este último lugar no arrojaron los datos esperados para establecer el puente de comunicación entre una región y otra. Es por ello que, en 1936, Caso propuso extender sus exploraciones a la zona de la Mixteca, obteniendo el permiso de la Secretaría de Educación al año siguiente.⁸⁹ En esta ocasión, también solicitó de manera puntual y directa el apoyo económico de la *Carnegie*. En carta dirigida al presidente de esta institución, John Merriam, Caso explicaba que su objetivo era hacer exploraciones estratigráficas que le permitieran relacionar los restos de la Mixteca con Cholula y Teotihuacán. Además consideraba que:

[...] las exploraciones que ha hecho la Carnegie Institution en la zona maya, podrán conectarse más tarde con las de Oaxaca, haciendo exploraciones en la parte sur de Veracruz y en Chiapas. De este modo podremos tener pronto una línea de exploraciones que irá desde el Valle de México, hasta la zona maya de Centroamérica, lo que seguramente

⁸⁷ "Informe de los resultados obtenidos en la primera temporada de excavaciones en Monte Albán, Oax. 1931-1932", s/f, mecanuscrito, 37 fojas, IIA-UNAM, FACA, c. 5, exp. 58, snf.

⁸⁸ "Informe de los resultados obtenidos en la primera temporada de excavaciones en Monte Albán, Oax. 1931-1932", s/f, mecanuscrito, 37 fojas, IIA-UNAM, FACA, c. 5, exp. 58, snf.

⁸⁹ En el contrato firmado se lee lo siguiente al respecto: "[clausula] Segunda: La zona arqueológica de Monte Albán, para las prescripciones de la presente concesión, será la comprendida en la región que queda entre los cerros de Atzompa y Cuatro Cabezas por una parte, y entre las poblaciones de Sn. Martín y Cuilapan por la otra. / Además de las exploraciones en esta zona, el permisionario podrá hacer otras accesorias que juzgue necesarias, en otros lugares del Estado de Oaxaca, pidiendo en cada caso el permiso correspondiente a la Secretaría de Educación, con el objeto de completar los estudios e investigaciones que se hagan principalmente en la zona de Monte Albán. / Se le otorga en consecuencia permiso para explorar en Nochiztlán, Tilantongo y otros lugares de la región mixteca del Estado y para hacer la exploración y reconstrucción de Mitla." Contrato celebrado entre SEP y Alfonso Caso, 25 de abril de 1937, mecanuscrito, 3 fojas, IIA-UNAM, FACA, c. 5, exp. 38, snf.

resolverá los problemas de la difusión de las culturas en esta parte del Continente Americano.⁹⁰

Esta idea también era importante para los investigadores de Estados Unidos. Es quizás por ello que, ante la solicitud de Caso -mencionada arriba-, la institución *Carnegie* aportó 2 000dls para la temporada de 1936-1937 y es muy posible que haya continuado con sus aportaciones el siguiente año, cuando se iniciaron las exploraciones en Cerro Negro con la intención de seguir aclarando la cronología de las primeras etapas de la cerámica de Monte Albán.⁹¹ Es probable también que, además, por estas mismas fechas ambas partes hubieran acordado la exploración de los Tuxtlas, pues para 1937, Valenzuela brinda el primer reporte de las mismas.

Lamentablemente, las expectativas en estas últimas exploraciones no se cubrieron totalmente. Valenzuela, en su informe, señala que, luego de hacer un recorrido por la zona y de entrevistar a la gente del lugar, decidieron hacer exploraciones en tres puntos: en los solares de la calle de Maclovio Herrera; en el barrio de Campeche; y en la antigua hacienda de Matacapan. Los dos primeros lugares no arrojaron materiales de mayor interés pues, en ambos casos, las tierras habían sido utilizadas para el cultivo por varios años, por lo que los estratos estaban sumamente removidos y sólo encontraron cerámica fragmentada.⁹² En el barrio de Campeche, sin embargo, lograron identificar tepalcates con formas y decoración al “estilo maya” y de la época II de Monte Albán, así como algunas figurillas teotihuacanas.⁹³

Los terrenos de Matacapan, por el contrario, presentaron mayor profundidad en el sedimento, y era una zona:

[...] sumamente interesante desde el punto de vista arqueológico, pues abundan en este lugar montículos de regular altura, así como terrazas y montículos muy pequeños diseminados en una gran área. Es indudable que muchos de estos lugares son de enterramiento y otros fueron destinados a ceremonias religiosas, en los que por ello se deben haber depositado interesantísimas ofrendas [...] como en Monte Albán [...].⁹⁴

Pese al optimismo de Valenzuela, en realidad no pudieron explorar en los montículos más prometedores debido a que los terrenos eran utilizados para el cultivo del plátano. Sólo pudieron excavar en los mogotes más pequeños, que resultaron ser los más destruidos. En éstos hicieron varios pozos y lograron obtener una gran cantidad de material cerámico, entre el que destacaron esculturas huecas e incensarios. No obstante, estos restos nada

⁹⁰ Correspondencia Caso-Merrian, 1 de octubre de 1936, mecanuscrito, 2 fojas, IIA-UNAM, FACA, c. 12, exp. 9, snf.

⁹¹ Correspondencia Caso-Gilbert, 27 de septiembre de 1937, mecanuscrito, 1 foja, IIA-UNAM, FACA, c. 12, exp. 9, snf.

⁹² Cabe recordar que la región de los Tuxtlas tuvo su apogeo durante el porfiriato gracias al cultivo del tabaco. Para los años en que Valenzuela realiza sus exploraciones, la zona ya había perdido su auge económico y las tierras se utilizaban para la siembra de granos (frijol, maíz, etc.) o el cultivo de plátano. Actualmente, la agricultura ha dejado paso a la cría de ganado, por lo que las fincas se han convertido en potreros, destruyendo con ello buena parte de la selva baja de la región.

⁹³ Valenzuela, “Las exploraciones efectuadas...”, *op cit*, p. 9.

⁹⁴ *Idem*.

tenían que ver con Monte Albán, pues todos sus rasgos denotaban una clara influencia teotihuacana.⁹⁵

Al final de las exploraciones, era posible determinar una relación con Oaxaca y Teotihuacán, pero no tan antigua como lo esperaba Caso. Al poco tiempo, sin embargo, Matthew Stirling iniciaría sus trabajos a sólo unos kilómetros hacia el oeste, pasando el poblado de San Andrés Tuxtla, en Tres Zapotes, buscando las relaciones entre este lugar y los *mound builders* del Mississippi. Stirling fracasó en este intento pero, en cambio y sin preverlo, encontraría los restos que, posteriormente, cumplirían plenamente las esperanzas de Caso, los que podían establecer la relación entre la zona maya y el Altiplano.

3. Las expectativas del Norte: Matthew Stirling en la Costa del Golfo

He referido antes que la zona del Golfo mexicano fue un centro de interés para los estudiosos de Estados Unidos, quienes veían en esta área el lugar propicio para establecer el origen “americano”, es decir, el propio. A esto habían respondido los estudios de Frans Blom años atrás, y para finales de la década de los años treinta, también el interés de Matthew Stirling.

Si bien Stirling estuvo guiado inicialmente por la Cabeza de Hueyapan y por el interés, sumamente ingenuo, de localizar el resto del cuerpo de tal escultura, los hallazgos que hiciera desde su primera temporada de campo superaron con creces cualquier expectativa, tanto para él como para sus colegas norteamericanos.

Sus exploraciones tan sólo se integraron a las que, desde hacía años, estaban haciendo sus pares en el sureste mexicano para definir la cultura maya y, tiempo después serían seguidas por las de Karl Ruppert en Tamaulipas. Desde el sureste y Centro América, siguiendo por toda la Costa del Golfo, los norteamericanos pretendían establecer una corriente que los llevara hasta el pasado de su territorio: a los *mound builders* en el Mississippi.

El vínculo con la zona maya: la Estela “C”

El desdén de Alfredo Chavero por los *mound builders* no fue exclusivo de este personaje. Aunque los estudiosos mexicanos albergaban esperanzas de encontrar los restos del origen de la civilización en el Golfo de México, prácticamente ninguno de ellos creyó que la relación de esta área con los asentamientos del Mississippi fuese relevante. Sólo Ignacio

⁹⁵ El sitio de Maticapan actualmente es uno de los más importantes en la región de los Tuxtlas y, en efecto, muestra una clara influencia del estilo teotihuacano. En el Museo Arqueológico, recientemente inaugurado en el centro de San Andrés, se exhiben varias de las piezas procedentes de este lugar, entre las que destacan algunas semejantes a las que Valenzuela localizó durante esta temporada de trabajos. De hecho, de acuerdo a lo narrado por éste en su informe, es posible que, al explorar los montículos, en donde únicamente vio “fragmentos destruidos”, se encontraran algunas de las ofrendas fundacionales los edificios. Sin embargo, me parece que Valenzuela no pudo observarlo de esta manera, debido a su experiencia previa en Monte Albán y a su expectativa por encontrar “tesoros similares”.

Marquina consideró estos asentamientos como antecesores directos de los “olmecas”, pero sin ninguna importancia para el desarrollo del resto de los pueblos del México Prehispánico.

El desinterés de los estudiosos mexicanos también se manifestaba en la zona maya, área que no fue explorada por las instituciones nacionales, sino hasta la segunda década del siglo XX en colaboración con la *Carnegie Institution*. Ello posiblemente se debiera a que la atención de los actores institucionales se mantuvo durante varias décadas en el centro de México.⁹⁶

Por el contrario, desde inicios del siglo XX el sureste mexicano llamó la atención de numerosos estudiosos e instituciones estadounidenses. A diferencia de las propuestas de Eduard Seler y Walter Lehmann, quienes consideraban que la zona maya tenía una clara influencia tolteca, investigadores como Morley, Spinden y Holmes pensaban que el influjo había seguido el sentido inverso. Los “griegos del Nuevo Mundo”, los mayas, la gran civilización de Centroamérica, fue quien:

[...] dio a la cultura “arcaica” , que estaba repartida igualmente sobre las altiplanicies áridas de México y que tenía una agricultura primitiva, el impulso poderoso para su ascenso productivo trasladándola a los fértiles países bajos, donde el hombre solamente podía dominar la exuberante vegetación mediante el trabajo organizado y en núcleos políticos de mayor importancia. Este factor social y el factor económico –la riqueza de una naturaleza exuberante- decidieron que numerosas fuerzas se dedicaran al desarrollo de una alta cultura espiritual, la cual llegó a ser en los campos de la Cronología y Astronomía de una importancia capital. La cuña de la alta cultura maya se encontraba a la altura de la cosa media en el Golfo, donde fue encontrado, en la jurisdicción del cantón de Tuxtla, el monumento maya más antiguo, consistente en una estatua de nefrita que representa a un dios con cabeza de ave. Los jeroglíficos que tiene esa estatua, ciertamente todavía son toscos y primitivos, pero ya demuestran el estilo maya, que no fueran así si procedieran de los tolteca. Según eso, los sabios americanos ven en los jeroglifos y en el calendario de los otros pueblos mexicanos solamente productos del genio maya, señalando con notoriedad ese desarrollo mucho más complicado y vivaz de esos puntos entre los maya, cuyos

⁹⁶ Me refiero a exploraciones sistemáticas emprendidas por las dependencias oficiales. Pese a que no existieron investigaciones de este tipo, la zona maya fue motivo de acalorados debates sobre la protección del patrimonio nacional y el hurto extranjero. Cf. p. ej. el trabajo de Rutsch (*Entre el campo y el gabinete...*, *op cit*) sobre el debate surgido por las exploraciones de Charnay en el siglo XIX. En la siguiente centuria, únicamente se realizaron tres proyectos que vale la pena destacar, pero en los que no se hicieron excavaciones: 1) el recorrido extenso realizado por Enrique Juan Palacios en 1926 como parte de una expedición científica en el sureste; 2) los trabajos de restauración de los edificios del Castillo y el Observatorio en Chichén Itzá, que fueron realizados a la par de las investigaciones de la *Carnegie Institution*; y 3) el estudio arquitectónico comparativo realizado por el arquitecto Federico Mariscal, publicado en 1928. El resto de los sitios arqueológicos conocidos sólo eran objeto de inspecciones rutinarias y trabajos de limpieza para evitar su destrucción. Cf. informes mensuales y anuales en ATA.

conocimientos matemáticos y astronómicos, de hecho, oscurecen los de muchas naciones cultas del Viejo Mundo.⁹⁷

Para los estadounidenses, las posibles relaciones entre esta zona y la de los antiguos pobladores de su territorio, tenía mucho que decir sobre el origen de la civilización y las corrientes migratorias desde la Costa del Golfo. Éste fue el objetivo que propició las exploraciones de Tabasco y Veracruz en 1939, bajo la dirección de Matthew Stirling.

Nacido el 28 de agosto de 1896 en Salinas, California, Stirling sirvió como alférez durante la Primera Guerra Mundial, y en 1920 se graduó de la Universidad de California, y obtuvo su maestría en antropología dos años después en la Universidad de George Washington.⁹⁸ (Ver Ilustración 48, *Anexo I*) Tras su graduación ocupó el puesto de conservador asistente de etnología en el Museo Nacional de Estados Unidos. Entre 1923 y 1924 realizó excavaciones en Weeden Island con el entonces jefe del *Bureau of American Ethnology*, Walter Fewkes, y en el verano de este último año, estuvo en Modridge, en el sur de Dakota, excavando los sitios históricos de Arikara. En 1924 dejó el Museo para dirigir una exploración en Nueva Guinea Holandesa entre 1925 y 1927, bajo los auspicios del *Smithsonian Institution* y del Gobierno de la Colonia Holandesa. Durante este tiempo hizo investigaciones etnológicas y de antropología física, y se dedicó a reunir colecciones de especímenes naturales. A su regreso, en 1928 fue nombrado Jefe del *Bureau of American Ethnology*, puesto que mantuvo durante 30 años. Fue presidente de la *Anthropological Society of Washington* entre 1934 y 1935, y en 1939, 1941, y 1958, recibió la *National Geographic Society's Franklyn L. Burr Award* por los méritos realizados en el trabajo geográfico.

Fue en 1924 cuando tuvo su primera experiencia en América del Sur. En la zona alta del Amazonas, en Campa, colectó textiles y, posteriormente (1931-1932) realizó un trabajo etnológico con los jívaro en Ecuador, para después regresar a América Central. Ahí visitó Copán y Quiriguá y comenzó a interesarse en las ruinas de Veracruz. Por estas fechas (1933) contrajo matrimonio con Marion Illig, quien lo acompañaría, a partir de entonces, en varias de sus investigaciones de campo. Inició sus exploraciones en México en 1939 y permanecería involucrado en éstas hasta 1946. Luego de esta larga estancia en el país, regresó a las investigaciones en Panamá, Ecuador y Costa Rica en las que se mantuvo hasta 1954.

Como apunta Rosemary Lyon, Stirling no tenía un interés específico por las culturas prehispánicas de México. Sin embargo, en 1938 estuvo en la región de Los Tuxtlas y tuvo la

⁹⁷ Krickeberg, *Los totonaca...*, op cit, p. 146. Si bien Krickeberg se encontraba sumamente influido por Selser, en este punto se aleja de su postura y se suma a la consideración de la civilización maya.

⁹⁸ Sus datos biográficos en Lyon, Rosemary Durkin, *(Re)discovering the olmec: National Geographic Society-Smithsonian Institution archaeological expeditions to Veracruz/Tabasco, 1939-1946*, tesis para optar por el grado de Master de Arte en Antropología, American University, Washington, 1997; y <http://anthropology.si.edu/olmec/espanol/archaeologists/stirlingmatthew.htm>

oportunidad de ver la Cabeza de Hueyapan, con lo que sus planes cambiaron. Es posible que quisiera por conocer la escultura por algunas lecturas previas a su viaje (como las de los recorridos que hicieron Selser, Weyerstall y Blom). Al parecer, durante su estancia en el sureste, Stirling vio la Cabeza de Hueyapan y quedó sumamente impresionado. Tomó varias fotografías y, de regreso a Estados Unidos, las presentó a sus colegas del *Smithsonian*.⁹⁹ Las imágenes y los relatos de Stirling despertaron el interés particular de Alexander Wetmore, quien entonces era miembro del Comité de Investigación y Exploración de la *National Geographic Society*. Fue éste último quien animó a Stirling para que buscara el apoyo económico de la fundación para emprender una temporada de campo. Fue así que, el 15 de octubre de 1938 se firmó un acuerdo entre el *Smithsonian Institution* y la *National Geographic* para explorar la zona de San Andrés y, aunque originalmente se planeó como una temporada de trabajo, alcanzó ocho expediciones.

Al parecer, tales acuerdos se beneficiaron también de las relaciones personales de Marion, esposa de Stirling. (Ver Ilustración 49, *Anexo I*) Ésta mantenía varios contactos con los miembros del *National Geographic* y, es posible, que ello favoreciera el acuerdo de su esposo. Por otro lado, durante el primer viaje que realizaron a México, cuando conocieron la Cabeza de Hueyapan, también estuvieron en Monte Albán, Oaxaca. Las exploraciones de este sitio estaban coordinadas por Alfonso Caso y, es probable que la visita del matrimonio sirviera para establecer los primeros contactos con el que sería la figura más importante en la administración del INAH en los próximos años.¹⁰⁰

Como haya sido, utilizando los conductos diplomáticos pertinentes, Stirling dio a conocer a las autoridades mexicanas sus intenciones de explorar en Veracruz alrededor de 1938. En una carta fechada el 23 de abril de ese año, la Embajada de Estados Unidos informó al Departamento Diplomático de México que:

El Instituto Smithsonian y el Museo Nacional de los Estados Unidos desean llevar a cabo un reconocimiento arqueológico en el Estado de Veracruz, México, con objeto de obtener, si fuese posible, datos relativos a la difusión del llamado "horizonte arcaico" en épocas remotas, particularmente por lo que se refiere a su posible relación con el problema de las culturas de los constructores de montículos en el Bajo Valle del Mississipi en los Estados Unidos. Hay muchos indicios de que la región Totonaca-Huasteca de México pueda haber sido *la cuna en donde se originara la cultura de los constructores de montículos del Norte*, y

⁹⁹ Stirling, Matthew W., "Discovering the new world's oldest dated work of man. A maya monument inscribed 291 B. C. is unearthed near a huge stone head by a Geographic-Smithsonian Expedition in Mexico", *The National Geographic Magazine*, Vol. LXXVI, N° 2, National Geographic Society, Washington D.C., August 1939, pp. 185 y 188. Lyon ((*Re*)*discovering... op cit*) señala que esta visita fue parte de su viaje de bodas.

¹⁰⁰ Al parecer Stirling mantuvo comunicación verbal con las autoridades mexicanas sobre la posibilidad de realizar el proyecto antes de mayo de 1939. Cf. Lyon, (*Re*)*discovering the olmec...*, *op cit*, p. 46.

que esta cultura viniera a los Estados Unidos desde México. Los datos relativos a este punto son de gran importancia para todos los arqueólogos norteamericanos.¹⁰¹

El gobierno de Estados Unidos se proponía realizar un estudio topográfico en la región del Río San Juan para, con base en éste, escoger un lugar propicio para las exploraciones que, desde luego, atenderían a la legislación mexicana en torno a la conservación del patrimonio arqueológico. Los trabajos estarían bajo la dirección de Stirling, Jefe de la Oficina de Etnología Americana del *Smithsonian Institution*, quien se acompañaría de un fotógrafo y un ayudante, mientras que los trabajadores de campo serían contratados en la localidad. La presencia del fotógrafo no sólo se preveía para realizar el registro gráfico de los trabajos sino para acompañar los artículos que serían publicados por el *National Geographic Magazine*.

La respuesta de las autoridades mexicanas tardó casi dos meses en presentarse. El 2 de junio, el licenciado Alfonso Toro, entonces Jefe del Departamento de Monumentos Artísticos, Arqueológicos e Históricos, comunicó que se aceptaba con gran placer la colaboración del *Smithsonian Institution*. El licenciado dejaba claro que las exploraciones no podían alterar los intereses de los investigadores mexicanos, por lo que no podrían realizarse en los sitios excavados entonces por su oficina.¹⁰² Además, acompañó el oficio con un ejemplar de la legislación mexicana, quizás para no dejar espacio para malos entendidos sobre la legalidad en torno a la protección del patrimonio.

Cabría recordar que, para este momento, estaba en vigor la ley aprobada en 1934, durante la presidencia de Abelardo Rodríguez. De acuerdo a los intereses nacionales, la *Ley sobre protección y conservación de monumentos arqueológicos e históricos, poblaciones típicas y lugares de belleza natural* pretendía alcanzar mayor rigidez en las exploraciones para evitar el saqueo de piezas arqueológicas. En su artículo 8º, establecía la prohibición para realizar cualquier exploración, remoción o restauración, a particulares o instituciones nacionales y extranjeras sin autorización expresa de la Secretaría de Educación Pública. Además, en este mismo artículo se restringía la salida de ejemplares arqueológicos, salvo autorización de la Secretaría, y siempre y cuando no se juzgara de utilidad para los museos o instituciones nacionales o de cualquier estado de la República.¹⁰³

¹⁰¹ Correspondencia traducida Secretario *Smithsonian Institution*-Secretario de Estado de EU, 23 de abril de 1938, ATA, B/311.42(S)/22-10, legajo I, snf. Cursivas mías.

¹⁰² Las zonas referidas son las situadas en los pueblos de Tancanhuitz, Tampamolón, San Antonio, Tanlajás, Tanquián, Tamuín, el Consuelo, Villa Guerrero, Tancuayalab, Xilitlilla, Cuayalab el Viejo, El Limoncillo (Aquismon) y Xilitla, en la Huasteca Potosina, y la del Tajín, Yohualichan y anexas en el Estado de Veracruz. Oficio de Alfonso Toro, Jefe de DMAAH, a Abbot, Srio. del Smithsonian Institution, 2 de junio de 1938, ATA, B/311.42(S)/22-10, legajo I, snf.

¹⁰³ Cabe recordar que la legislación de 1885 brindaba la oportunidad a los exploradores a coleccionar la mitad de los objetos procedentes de sus exploraciones. Si bien, esta ley se reformuló en el gobierno de Victoriano Huerta (1913) y, posteriormente en 1930, fue la ley de 1934 la que modificó de manera sustancial tales concesiones. La ley en Olivé y Cottom (coords.), *INAH una historia*, Vol. I, INAH, México, 1995, pp. 874ss.

Se celebró entonces un contrato entre el *Smithsonian Institution* y la SEP para acordar los términos de las exploraciones. En éste se estipuló que los salarios de los investigadores serían pagados por sus propias instituciones y que éstas, además, tenían la obligación de invertir en los trabajos un mínimo de \$15 000.00. Los exploradores, por otro lado, estaban obligados a entregar un informe mensual a las dependencias mexicanas para dar cuenta de sus avances, un informe final de la temporada de trabajos, así como 50 ejemplares de las publicaciones resultantes. Asimismo, tenían que avisar de inmediato (vía telégrafo) de cualquier “descubrimiento extraordinario” que tuviese lugar, y no podían sacar ningún tipo de material del área, sin previo aviso y permiso de la Secretaría.¹⁰⁴

Pese a que el contrato se firmó desde el mes de octubre, debido a algunos errores tipográficos, los trámites se demoraron un mes más.¹⁰⁵ En tanto se resolvían estas formalidades, Stirling arregaba su ingreso al país y planeaba su estancia. Previamente, había decidido que su asistente fuera Clarence Wolsey Weiant. En una carta dirigida a Ignacio Marquina, quien entonces era el director del Departamento de Monumentos Prehispánicos, el mismo Weiant se presenta así:

Muy estimado señor:

No sé si usted se acuerda de mí o no. Tuve el honor y el gusto de serle presentado en 1935 por nuestro muy afortunado amigo Ismael Díaz González, y después, usted me ayudó con mucha bondad, mandandome un resumen de los trabajos del departamento en aquel año.

Desde entonces he seguido fiel al estudio de la arqueología. Durante el verano pasado fui miembro de una expedición de la universidad de Columbia al estado de North Dakota, y ahora he tenido la suerte magnífica de ser nombrado por el Sr. Sterling [sic] como su co-director técnico de la expedición que va a explorar el sitio de la Cabeza Colosal de Hueyapan.¹⁰⁶

Para ese entonces Weiant tenía 40 años. Residente de New York, Weiant se hizo acompañar en las exploraciones por su esposa, Marian Webber. Sería él quien llegaría primero para iniciar los arreglos necesarios de la estancia y los trabajos. Aunque en esta misma carta le aseguró a Marquina que partiría a finales de noviembre e, inmediatamente, iría a su oficina

¹⁰⁴ Contrato celebrado entre la SEP y la *Smithsonian Institution-National Geographic*, 1 de noviembre de 1938, mecanuscrito, ATA, B/311.42(S)/22-10, legajo I, snf. Su transcripción completa en Documento 3-Anexo IV.

Lyon ((Re)discovering the olmec..., *op cit*, p. 14) menciona (con base en los documentos del *Smithsonian Institution Archives*) que la cantidad planeada para las exploraciones en la primera temporada de trabajos era de \$5 000.00. El documento referido data de abril de 1938, por lo que es posible que sólo se tratase de un plan de las autoridades del *Smithsonian* que tuvo que ser modificado ante la solicitud de las autoridades mexicanas. Otra posibilidad es que el documento referido por la autora haga alusión a dólares, mientras que el contrato mexicano se refiera a pesos. En este caso, lo planeado por las autoridades del *Smithsonian* en abril fue reducido considerablemente una vez firmado el contrato (la paridad peso-dólar era de 4.52 en 1938).

¹⁰⁵ El contrato definitivo tiene fecha del 1 de noviembre de 1938. En este se otorga el permiso por un año, a partir de esa fecha, para realizar un “reconocimiento arqueológico” en Veracruz y efectuar excavaciones en Hueyapan y los alrededores (región del Río San Juan). Cf. Contrato celebrado entre la SEP y la *Smithsonian Institution-National Geographic*, 1 de noviembre de 1938, mecanuscrito, ATA, B/311.42(S)/22-10, legajo I, snf.

¹⁰⁶ Correspondencia Weiant-Marquina, 12 de octubre de 1938, mecanuscrito, ATA, B/311.42(S)/22-10, legajo I, snf.

en la Ciudad de México, el 6 de noviembre le comunicó que llegaría directamente al sitio. Salió de New York en un vapor hacia el Puerto de Veracruz y, a partir de este punto, es posible que siguiera por autovía hacia Alvarado, y de ahí en lancha a Tlacotalpan y, luego, a Boca San Miguel. De este lugar, Tres Zapotes estaba a dos horas en caballo.¹⁰⁷ (Ver Ilustración 50, *Anexo I*; Ilustración 4, *Anexo II*)

En ese entonces San Andrés era un poblado pequeño, y en una de las casas el equipo del *Smithsonian* estableció su campamento. (Ver ilustraciones 51 y 52, *Anexo I*). Los trabajos empezaron a finales de noviembre y, durante las fechas decembrinas, fueron suspendidos mientras los investigadores se tomaban unas vacaciones en la Ciudad de México. Aunque Stirling siempre reiteró sus deseos de que los directivos mexicanos fueran a visitarlos en el campamento que instalaron en Tres Zapotes, éstos no pudieron complacerlos, aunque sí enviaron a representantes de la oficina para hacer inspecciones en cada una de las temporadas de trabajo.

Para enero del siguiente año, cumpliendo con lo acordado en el contrato, los exploradores presentaron a la oficina el primer reporte de los trabajos efectuados. (Ver Documento 4, *Anexo IV*; Ilustraciones 5 y 6, *Anexo II*) Además de explorar algunos montículos (Ver Ilustración 53, *Anexo I*), el objetivo básico de los trabajos fue excavar alrededor de la llamada Cabeza de Hueyapan, que fue la escultura que los llevó hasta el sitio. Al hacerlo, desilusionados descubrieron que la cabeza era una escultura sin restos del cuerpo correspondiente y además, lograron establecer que la pieza no fue enterrada de manera intencional, sino que se encontraba cubierta por el proceso natural de erosión. (Ver Ilustraciones 54 y 55, *Anexo I*)

Además de presentar sus dimensiones (1.70cm de altura y 5.40 de diámetro),¹⁰⁸ Stirling dio a conocer otros hallazgos que a grandes luces, resultaron más interesantes para el proyecto. Durante las exploraciones localizaron cuatro estelas: tres de ellas presentaron rostros humanos o monstruosos con las fauces abiertas, mientras que la cuarta destacaba porque mostraba numerales. Ésta última se localizó en las excavaciones llevadas a cabo en una serie de montículos:

El 16 de enero, en el sur de la base de este montículo iniciamos las excavaciones alrededor del fragmento de piedra que ha demostrado extenderse en el suelo a una profundidad de poco más de un metro./Demostró ser una sección transversal de la mitad de una gran estela

¹⁰⁷ Correspondencia Weiant-Marquina, 6 de noviembre de 1938, mecanuscrito, ATA, B/311.42(S)/22-10, legajo I, snf. Esta es la ruta "más cómoda" que, meses después, Weiant recomendaría seguir para realizarles una visita. Siguiéndola, el viaje se llevaría dos días desde Veracruz, pues una noche tendría que pernoctarse en Tlacotalpan. Correspondencia Caso-Weiant, 7 de febrero de 1939, mecanuscrito, 2 fojas, IIA-UNAM, FACA, caja 26, xp. 6, s.n.f.

Una ruta distinta fue seguida por Juan Valenzuela, cuando hizo una visita de inspección durante esta misma temporada de trabajos: del puerto de Veracruz, se trasladó a Coatzacoalcos en avioneta y, a partir de este punto, se dirigió en vehículo y mula hasta el pueblo de San Andrés Tuxtla para llegar a Tres Zapotes.

¹⁰⁸ Las mediciones fueron erróneas, pues la escultura tiene una altura de 1.47m.

que se había roto y que fue creada por un pueblo más adelantado que los que habían hecho el monumento original. A una profundidad de un metro y en contacto con el fragmento de estela había una gran piedra de contorno irregular y perfectamente plana, al parecer colocada como un altar. La superficie es lisa pero sin trabajar. La cara sur de la estela ha sido tallada en bajo relieve en toda su superficie, pero se encuentra tan intemperizada desde antes de ser colocado en su posición actual, que ningún detalle puede distinguirse. Sin embargo, tiene varios cartuchos que sugieren la existencia de glifos. Al limpiar la parte de atrás de la piedra, se encontró una serie inicial bien tallada que corre de manera transversal en a la mitad. (Y corría verticalmente hacia abajo en la parte de atrás de la estela, tal como fue tallada originalmente.) Los numerales de barra y punto con bajo relieve anguloso se pueden leer claramente. El glifo introductorio y el ciclo de lectura ha desaparecido, encontrándose en alguna de las partes rotas. Afortunadamente todos los numerales restantes incluyendo el glifo terminal están presentes, hacen fácil la lectura de la fecha que de acuerdo a nuestros cálculos es 6 Exnab 16 Yaxkin de la cronología Maya (9) -15-6-16-18. La hemos denominado Estela C.¹⁰⁹

A partir de este momento, las exploraciones del *Smithsonian* adquirieron un carácter diferente. La fecha estimada por Stirling para esta estela era más temprana que la presente en la figurilla de los Tuxtlas y, por tanto, que la pensada para la zona maya: 291aC, es decir, 31 años previa. (Ver Ilustraciones 56, 57, 58, 59 y 60, *Anexo I*) Ello desataría varias inquietudes entre sus colegas y llevaría el proyecto hacia otros derroteros.

Es muy posible que, al mismo tiempo que Stirling comunicaba sus hallazgos a las autoridades en la Ciudad de México, lo hiciera a sus superiores del *Smithsonian* y la *National Geographic*, en Washington. Y es que para fines de enero, Alexander Wetmore se comunicó con Alfred Kidder para solicitarle que invitara a Sylvanus Morley a Tres Zapotes para ver la Estela "C". Al parecer, el mismo Stirling se encontraba inquieto por la lectura que había hecho y anhelaba tener la opinión de un experto como Morley.¹¹⁰

Morley se encontraba realizando sus propias exploraciones en Yucatán y, pese a la cercanía geográfica, no pudo viajar a Tres Zapotes. En su lugar fue Karl Ruppert, también de la *Carnegie*, y, tras observar la estela, mostró su desacuerdo con la lectura hecha por Stirling. A Ruppert no le parecía que la fecha fuese tan temprana como aquél había propuesto.

¹⁰⁹ ATA, Tomo CXIX, exp. 14. Traducción propia. "On January 16, at the southern base of this mound we began excavations around a projecting fragment of stone which proved to extend into the ground to a depth of a little over a meter. / It proved to be a transverse section from the middle of a large stela that had been broken out and set up by a later people than those who had made the original complete monument. At a depth of a meter and touching the stela fragment was a large irregularly round and perfectly flat stone, apparently placed as an altar. The surface was smooth but unworked. The south front of the stela had been carved all over its surface in low relief but had been so badly weathered before being set up in its present position that no details could be made out. However, several rectangular cartouches suggested the former existence of glyphs. On clearing the earth away from the back of the stone it was found that a well carved Initial Series date ran transversely across the middle. (It had run vertically down the back of the stela as it was originally carved.) The bar and dot numerals are in sharp low relief and can be clearly read. The introductory glyph and the cycle reading are missing, having been on one of the parts broken off. Fortunately all of the remaining numerals including the terminal glyph and check number are present, making it easy to read the date which according to our calculations is 6 Exnab 16 Yaxkin of the Maya chronology (9)-15-6-16-18. We have called this Stela C."

¹¹⁰ Lyon, *(Re)discovering the olmec...*, *op cit.*

Han sido varios los autores que han reconocido que este punto marcó una ruptura entre los investigadores mayistas de Estados Unidos.¹¹¹ La posición adoptada por Stirling debatía abierta y totalmente la posición de aquéllos y, además, transfiguraba las hipótesis sobre la cultura de los *mound builders* y sus migraciones, así como la liga de éstos con la zona maya. Si el origen de la civilización se encontraba en las tierras intermedias del Golfo y no en la zona maya, como ellos lo creían, ¿de qué manera se explicaban las migraciones hacia el Norte?

Es muy posible que las motivaciones originales que llevaron a los investigadores hasta Veracruz se transformaran a partir de este momento. Si éstos habían llegado para ubicar los orígenes de los *mound builders*, la Estela “C”, sugería relaciones más interesantes para indagar. Me parece posible que a ello se debiera que, una vez terminadas las exploraciones de esta temporada en 1939, no sólo se planearan los trabajos para el siguiente año por medio de una extensión del contrato celebrado con la SEP, sino que además, por intermediación de Stirling, se solicitara el permiso del gobierno mexicano para emprender nuevas exploraciones, esta vez, en la parte norte de la costa del Golfo, en Tamaulipas.

Por otro lado, el recibimiento del descubrimiento de Tres Zapotes por la comunidad mexicana no fue homogéneo. En buena medida, ello daba cuenta de que no existía una posición unánime al respecto entre los estudiosos mexicanos, quienes se vieron sumamente sorprendidos por este hallazgo en Veracruz, lugar que hasta la fecha no habían considerado como un espacio probable para ubicar el origen.

Nuevos tesoros: jades, tumbas y estelas

A fines de febrero de 1939, Caso y Alfred Kidder, de la *Carnegie Institution*, compartían algunas opiniones sobre sus futuros y respectivos planes académicos.¹¹² El primero acababa de ser nombrado director del recién fundado Instituto Nacional de Antropología e Historia. Al estar al frente de esta nueva organización, Caso ofrecía su completo apoyo a Kidder y a la *Carnegie* para llevar a cabo futuras exploraciones, para que con ello, siguieran colaborando en la “reconstrucción del pasado indígena de México”.

Para este momento, Kidder continuaba con sus exploraciones en Kaminaljuyú, Guatemala, y anunciaba que pronto realizaría un viaje a México. Es por ello que Caso lo invitaba a participar en el próximo Congreso de Americanistas a celebrarse en el país en agosto de ese mismo año, así como en la Sociedad Mexicana de Antropología. También le ofrecía mostrarle, en su próxima visita al país, el sitio de Monte Albán y sus colecciones.

¹¹¹ Bernal, *Historia de la arqueología en México*, Ed. Porrúa, México, 1992, p. 174-5; Lyon, *(Re)discovering the olmec...*, *op cit*, p. 17; Jaime Riverón, Jaime Riverón, *Análisis de las investigaciones arqueológicas en torno a los olmecas: sus posiciones teóricas, metodologías y técnicas desde una perspectiva externalista de la historia de la ciencia*, Tesis de licenciatura en Arqueología, ENAH-INAH, México, 2000, p. 90.

¹¹² Correspondencia Caso-Kidder, febrero de 1939, manuscritos varios, IIA-UNAM, FACA, c. 17, exp. 8, snf.

Para estas fechas, recién se habían dado a conocer los hallazgos de Matthew Stirling por lo que, en esta correspondencia, Caso le menciona que:

El hallazgo hecho por el Dr. Stirling y Weiant en “Tres Zapotes”, Ver., de una estela maya, con una fecha que se remonta al Baktun 7, en mi concepto a revolucionado nuestros conocimientos sobre la arqueología Maya y hace muy interesante los hallazgos de las culturas pre-mayas en México y Centroamérica. Mr. Weiant me comunicó que la cerámica que ha encontrado es muy semejante al Monte Albán II, y como él está muy familiarizado con la cerámica de esta zona, su opinión resulta extraordinariamente interesante.¹¹³

La noticia de este hallazgo había sido comunicada tan sólo unas semanas antes. Stirling envió su reporte a la Dirección de Monumentos Arqueológicos, dirigida por el arquitecto Marquina, y éste le aseguraba que “todos los empleados de esta Oficina, han quedado muy interesados en tener mayores detalles acerca de este descubrimiento, sobre todo por conocer la época a que pertenece la inscripción [de la Estela “C”]”.¹¹⁴

Marquina también le comunicó a Stirling que el nuevo director del INAH, Alfonso Caso, estaba muy interesado en los nuevos hallazgos, sobre todo en la fecha estimada para la Estela “C”, por lo que le solicitaba el croquis de la misma a la brevedad. En respuesta, Weiant escribía desde el “Campamento de la Cabeza Colosal” en Tres Zapotes, el 7 de febrero, una carta dirigida a Alfonso Caso, en la que le ofrecía un recuento de los hallazgos y su importancia en la temporada:

Como usted ya sabe, nuestros trabajos aquí han producido algunos resultados sorprendentes de mucha importancia. El principal ha sido el descubrimiento del fragmento de una estela que lleva un “long count” del cual falta el numeral del ciclo. Lo que leímos primero (y lo que reportó el Sr. Stirling al Sr. Marquina) fue 15. 6. 16. 18 seguido por un glifo de día asociado con el numeral 6. Si se supone que el numeral del ciclo fue 9, la fecha se reduce a 6 Eznab 16 Yaxkin, o Agosto 24 de 478 en la correlación Spinden.

Sin embargo, después de un norte cuando la estela hubo sido limpiado más que fue posible primero, notamos una ligera elevación que había sido rompida y más o menos borrada por el tiempo, y también un pequeño arco de círculo que la rodea; por eso creemos ahora que el numeral de los katunes es 16 en lugar de 15. Al mirar la estela de cierto ángulo y en cierta luz no se duda que haya existido este punto adicional. En ese caso tenemos la fecha 7. 16. 6. 16. 18, una fecha 193 años anterior a la fecha de la estatuilla de Tuxtla.

Aunque más sorprendente, esta fecha es verdaderamente más probable que la primera suposición. Si los mayas habían ocupado esta región durante un periodo de cinco o seis siglos, sería casi increíble que el estilo de escritura no hubiera cambiado en todo aquel tiempo, y además sería muy difícil explicar porqué nadie hubiera descubierto una multitud de monumentos con fecha en esta región. La circunstancia que esta estela reproduce fielmente el estilo de la estatuilla de Tuxtla lo hace casi indudable que nuestra segunda lectura es la correcta. Este descubrimiento conforma la interpretación original de la

¹¹³ Correspondencia Caso-Kidder, 24 de febrero de 1939, mecanuscrito, 1 foja, IIA-UNAM, FACA, c. 17, exp. 8, snf.

¹¹⁴ Correspondencia Marquina-Stirling, 2 de febrero de 1939, ATA, B/311.42(S)/22-10, legajo I, snf.

estatuilla de Tuxtla precisamente en el momento en que aquella interpretación iba a ser abandonada.

En cuanto a la cerámica hay mucho que le va a interesar. Yo noto más afiliaciones con la segunda época de Monte Albán que con cualquier otra región o época. Hay, por ejemplo, muchísimas vasijas con una sola asa vertedera, soportes mamiformes y globulares [en nota manuscrita al margen: “más bien hemisféricos] con sonaja, cerámica negra o chocolate pulida con decoración grabada, las incisiones frecuentemente rellenas con pigmento rojo, cajetes de fondo plano y paredes rectas casi verticales. Ha habido un “calendario” (estilo Teotihuacán) y unas piernas de muñecos perforadas para hacer coyunturas movibles. Exceptuando objetos comprados no hemos visto ningún incensario, y exceptuando unos entierros superficiales hay una ausencia casi total de cerámica policromada.¹¹⁵

El croquis de la estela le sería remitido por Stirling. Éste respondió la misiva de Marquina el día siguiente, el 8 de febrero, aclarando la lectura de la estela y, adjuntando un dibujo de la misma:

Cuando fue descubierto el monumento, pensé que la lectura era 15-6-16-18 (el numeral inicial del ciclo se ha perdido). Calculando la fecha en base a esta lectura, y asumiendo que el numeral 6 opuesto al glifo final representa el número del día, tal como se observa en el caso de la estatuilla de los Tuxtla, la fecha funcionó como un noveno ciclo, 6 Eznab, 16 Yaxkin. Debido al mal tiempo, no pudimos revisar el monumento hasta varios días después. Cuando regresamos a éste y lo limpiamos bien, nos sorprendió ver que había un punto por encima de las tres barras del numeral Katun, con lo que la lectura queda 16-6-16-18. Estoy trabajando en la fecha sobre la base de esta última lectura, y estoy seguro que es (7)-16-6-16-18, o 6 Eznab 1Uo, ó 4 de noviembre del 291 aC de acuerdo a la correlación Spinden-Morley, o bien 31 aC de acuerdo a la correlación de Thompson.¹¹⁶

Con estos nuevos datos, el interés de Caso creció. El 23 de febrero le respondió directamente a Weiant, y le expresó su interés por la estela:

Estoy muy interesado en la fecha que aparece en la estela encontrada por ustedes, y los felicito por el extraordinario descubrimiento, pues si realmente existe el punto que completa el número dieciséis, se comprobaría la antigüedad de la Cultura maya en esa región, al mismo tiempo que sería posible en vista de la Cerámica encontrada, relacionarla con la segunda época de Monte Albán, Oax.¹¹⁷

Weiant en su carta del día 7 le informaba a Caso que sería invitado por Stirling para realizar una visita al sitio. Quizás en respuesta a ello, pero sobre todo, al interés de Caso, se

¹¹⁵ Correspondencia Caso-Weiant, 7 de febrero de 1939, mecanuscrito, 2 fojas, IIA- UNAM- FACA, caja 26, exp. 6, s.n.f.

¹¹⁶ Correspondencia Stirling-Marquina, 8 de febrero de 1939, mecanuscrito, 1 foja, ATA, Tomo CXX, exp. 1. Traducción propia. “When the monument was first uncovered, I thought that the reading was 15-6-16-18 (the cycle numeral being missing). Calculating the date on the basis of this reading, and assuming that the check numeral 6 opposite the terminal glyph represents the day number as is the case on the Tuxtla statuette, the date worked out as a Ninth Cycle date, 6 Eznab 16 Yaxkin. Because of bad weather, we did not revisit the monument until several days later. On returning to it and cleaning it well, we were surprised to see that there was a dot above the three bars of the Katun numeral, making the reading 16-6-16-18. Working out the date on the basis of this reading which I am sure is correct, we find it to be (7)-16-6-16-18, or 6 Eznab 1 Uo, or November 4, 291 B.C. according to the Spinden-Morley correlation or 31 B.C. according to the Thompson correlation.”

¹¹⁷ Correspondencia Caso-Weiant, 23 de febrero de 1939, mecanuscrito, 1 foja, IIA- UNAM- FACA, caja 26, exp. 6, s.n.f.

comisionó a Enrique Palacios para hacer un dictamen al respecto. Éste entregó el resultado de su informe al respecto en febrero señalando que no consideraba, al igual que Karl Ruppert, que la Estela “C” fuera tan temprana como Stirling había interpretado.¹¹⁸

Al tiempo, Caso ordenó una visita de inspección a la zona de inmediato.¹¹⁹ Fueron comisionados para ello Juan Valenzuela, para entonces Jefe de Arqueólogos de la dependencia, y el topógrafo Agustín García. Además de la confianza de Caso hacia Valenzuela, éste resultaba idóneo para la visita debido a que aún se encontraba haciendo exploraciones en los Tuxtlas.

Debido a la fecha de la Estela “C”, el sitio se relacionó de manera directa con la zona maya. En el informe mensual de la dependencia se informa que:

[...] la expedición que trabaja en la región de Hueyapan (Tuxtla, Ver), por cuenta de la Smithsonian Institution de Washington y de la National Geographic Society, bajo la dirección del Sr. M. W. Stirling, [...] encontró una estela que, al tener una fecha maya, presenta especial importancia, ya que viene a comprobar la extensión de esa cultura hasta el estado de Veracruz; la lectura de fecha ha sido hecha, pero como algunos puntos dudosos será conveniente, estudiarla más detenidamente antes de aceptar una conclusión definitiva, además se han encontrado numerosos fragmentos de cerámica que están siendo estudiados.

El Sr. K. Ruppert, nombrado por la Institution Carnegie de Washington, DC, EUA, para tomar parte con los señores Lic. Juan Valenzuela e Ing. García Vega, ha estado ya haciendo los preparativos para salir a dicha zona a continuar las exploraciones que comenzarán en los primeros días de marzo.¹²⁰

De acuerdo al reporte de Stirling ambos comisionados llegaron al sitio el 7 de marzo y pudieron observar las colecciones y los hallazgos.¹²¹ Seguramente el reporte de la inspección interesó mucho a Caso, pues a partir de esta fecha Stirling le remitió a éste todos y cada uno de sus informes, en lugar de hacerlo directamente y como venía haciéndolo, a la Dirección de Monumentos.

Las exploraciones continuaron en el sitio hasta el mes de marzo sin reportar ningún nuevo hallazgo espectacular.¹²² Sin embargo, ya se tenía decidido continuar con los trabajos el siguiente año. Para la nueva temporada y debido a que Weiant tuvo que enlistarse en el ejército norteamericano, Stirling se hizo acompañar de un nuevo ayudante de campo:

¹¹⁸ ATA, caja 37, exp. 2711 B/021”39”/1, f. 11.

¹¹⁹ Correspondencia Marquina-Stirling, 28 de febrero de 1938, ATA, B/311.42(S)/22-10, legajo I, snf.

¹²⁰ Informes mensuales 1939, ATA, c. 37, exp. 2711, B/021 ”39”/1, f. 12-13.

¹²¹ “Progress report of National Geographic Society-Smithsonian Institution Archaeological Expedition at Tres Zapotes”, 19 de marzo de 1939, mecanuscrito, 2 fojas, ATA, Smithsonian legajo 1, snf.

¹²² El último reporte corresponde a marzo, y en éste únicamente se menciona la exploración del montículo F, la localización de figurillas totonacas del tipo “laughing face”, así como la identificación de cerámica con engobe color crema y diseños en rojo, blanco y negro, así como la tipo “rojo fugitivo”, asociada a los primeros niveles. “Progress report of National Geographic Society-Smithsonian Institution Archaeological Expedition at Tres Zapotes”, 19 de marzo de 1939, mecanuscrito, 2 fojas, ATA, Smithsonian legajo 1, snf.

Phillip Drucker, quien lo antecedió algunos días antes, haciendo los arreglos necesarios en Tlacotalpan para poder dar inicio a la temporada.

Los trabajos de nuevo iniciaron a finales de año en Tres Zapotes, y los primeros resultados fueron comunicados en enero de 1940 (Ver Documento 5, *Anexo IV*).¹²³ Los objetivos eran realizar exploraciones que dieran cuenta de la estratigrafía del lugar para evaluar la secuencia de ocupación en el sitio. En la exploración de una trinchera pudieron localizar cerámica negra incisa con pigmento rojo; así como otra de color café chocolate con ranuras alrededor de las paredes, muy parecida a la que Caso había identificado en Monte Albán I. Es de suponer que esta noticia debió haber sido sumamente agradable para Caso, pues ello podría ayudar a establecer el “*trait d’union*” que años atrás había propuesto para relacionar Oaxaca y la zona maya.

Además Stirling reportaba que, cerca de este grupo de montículos, a una milla de distancia hacia el norte del sitio, habían encontrado una piedra “adoratorio”, muy similar, pero más pequeña a la que actualmente se encontraba en la Plaza de Villa Hermosa, procedente de La Venta, y aseguraba que aunque “[...] está bastante erosionada, pero parece ser una modificación del tipo *baby-face* olmeca”.¹²⁴ Quizás por esta relación de estilo, es que durante estos días, Stirling planeaba realizar un viaje a La Venta, Tabasco, junto con su esposa Marion y Richard Stewerd, el fotógrafo del *National Geographic Magazine*, con la finalidad de hacer algunos recorridos por la zona y tomar algunas fotografías.

Cabe anotar que, si bien desde el inicio de los trabajos el año anterior, Stirling consideraba que había una relación entre estos sitios y los “ulmecas” referidos por Sahagún, se había cuidado en mucho de llamar a los restos bajo esta denominación. A partir de estas fechas, sin embargo, Stirling relaciona de manera directa sus hallazgos tanto con la palabra “olmeca”, como con los rasgos de jaguar.

La temporada de trabajos del siguiente año fue, a todas luces, mucho más productiva que la previa. En esta ocasión el equipo se trasladó a Cerro de las Mesas, Veracruz, iniciando los trabajos el 8 de enero de 1941. En febrero Stirling reportaba que realizaron 20 pozos de sondeo y, posteriormente seleccionaron un sitio para realizar una trinchera que les permitiera observar la secuencia de los tipos cerámicos del lugar. Los hallazgos no se hicieron esperar, y pronto encontraron dos yugos de piedra, así como cerámica polícroma (con colores naranja, amarillo y blanco) que presentaba diseños similares a los de los yugos.¹²⁵

¹²³ Correspondencia Stirling-Caso, 22 de enero de 1940, mecanuscrito, 2 fojas, ATA, Smithsonian legajo 1, snf.

¹²⁴ *Ibidem*. Traducción propia. “[...]the features are somewhat eroded but appear to be a modified ‘olmec’ baby-face type”.

¹²⁵ Correspondencia Stirling-Marquina, 3 de febrero de 1941, mecanuscrito, 2 fojas, ATA, Smithsonian legajo 1, snf.

También localizaron varias figurillas de tipos semejantes a los de Teotihuacán, Jalapa y la Huasteca, como las que previamente habían identificado en Tres Zapotes. Sin embargo, el mayor descubrimiento de este mes de trabajos, lo constituyeron 15 estelas, ocho monumentos y cinco piedras en bruto localizadas durante la exploración de un espacio rectangular de muros de tierra cubiertos parcialmente y pintados de rojo. Lamentablemente, solo una de las estelas presentaba decoración, sobre lo que Stirling señalaba que:

Existen 3 fechas de la serie inicial en este sitio: el 1 Katun fecha que encontramos el año pasado; otro que desciframos este año, cuya lectura es 9-14-18-16-8 e indica la fecha 9 Lamat 11 zotz. La tercera serie inicial está tan intemperizada que no hemos logrado descifrarla pero podría hacerse con el conocimiento adecuado y un estudio futuro. La fecha Katum 4 se encuentra en la estela más grande localizada aquí. Al igual que todas las fechas de Veracruz, el signo del día es el glifo terminal. Sin embargo, la característica interesante de este signo es que el signo Lamat está definido en el estilo maya. Estilísticamente todas estas series iniciales son las mismas.¹²⁶

Por estos días, además, Miguel Covarrubias (1904-1957) había hecho una visita a las exploraciones, y aprovechó su estancia para realizar algunos dibujos de estos últimos descubrimientos. (Ver Ilustración 61, *Anexo I*) El pintor seguramente tuvo el tiempo para conversar lo suficiente con Stirling como para animarlo a emprender un recorrido por Chiapas para ver los monumentos y las estelas del lugar. Stirling planeaba hacerlo el 15 de marzo, para tener tiempo de recorrer el sitio y poder regresar al campamento en Cerro de las Mesas antes de concluir la temporada, en el mes de abril.¹²⁷

El 16 de marzo realizó este recorrido con su esposa y el fotógrafo. Fueron a Piedras Negras de Tapachula para ver los monumentos cercanos a Tuxtla Chico. El sitio se encontraba en el Arroyo Izapa, no lejos del pueblo de Tuxtla Chico, tal y como Covarrubias le había indicado. El sitio, de aproximadamente una milla de diámetro, presentaba varios montículos enmontados y numerosas estelas con altares circulares al frente. Las estelas mostraban diversos estilos y diseños, y algunas de éstas, una “máscara de tigre” y otras, en cambio, un cangrejo o bien, peces. Stirling también observó algunas que tenían formas humanas y árboles con frutos o aves, y se mostraba entusiasmado porque consideraba que lo que

¹²⁶ Correspondencia Stirling-Marquina, 3 de febrero de 1941, mecanuscrito, 2 fojas, ATA, Smithsonian legajo 1, snf. Traducción propia. “There are 3 Initial Series dates at the site: The Katun 1 date which we found last year; Another which we deciphered this year, Reading 9-14-18-16-8 and giving the date 9 Lamat 11 Zotz. The third Initial Series is so badly weathered that we have not succeeded in deciphering it with certainty but it may be possible to do so with proper lighting and further study. The Katum 4 date is on the largest stela here. Like all of the other Veracruz dates, the day sign alone is given as the terminal glyph. But the interesting feature to this one is that the Lamat sign is delineated in the Maya style. Stylistically all of these Initial Series are the same”.

¹²⁷ Correspondencia Stirling-Marquina, 6 de marzo de 1941, mecanuscrito, 3 fojas, ATA, Smithsonian legajo 1, snf.

observó en el recorrido era tan sólo una pequeña parte de lo que este lugar albergaba bajo la espesa vegetación.¹²⁸

Sin embargo, Stirling regresó a Cerro de las Mesas para finalizar los trabajos. En marzo, reportaba que, además del cuadrángulo excavado el mes anterior, lograron explorar un montículo ubicado a 100 yardas al noreste del sitio, en el que localizaron dos subestructuras. En la excavación de la primera construcción localizaron cerámica con pintura roja, varios ornamentos de jade y conchas; mientras que en la segunda, hallaron 3 entierros con cerámica de engobe blanco con diseños policromos, así como tiestos de estilo Teotihuacán, y varios objetos de jade, un yugo de piedra, una escultura sedente y figurillas con los ojos tipo “coffee bean”.

También exploraron otro montículo circular al noroeste del Cerro de las Mesas, uno más a 50 yardas al norte, un gran montículo en el extremo sur de la plaza y otro a kilómetro y medio al noreste. En éste último realizaron exploraciones estratigráficas que alcanzaron los 13” de profundidad, con lo que obtuvieron una larga secuencia de ocupación. Sin embargo, para la fecha en que entregaban el reporte, el análisis de la cerámica obtenida en las exploraciones aún no había sido hecho. Pero Stirling aseguraba que era evidente que los restos cerámicos eran muy diferentes a los del último montículo excavado.¹²⁹

Además de dar por terminadas las exploraciones iniciadas el mes anterior, excavaron un montículo más pequeño ubicado al sur, y sobre éste realizaron varias secuencias estratigráficas. Exploraron también una trinchera a través del montículo localizado al este de la plaza del sitio. En éste último encontraron gran cantidad de cerámica y varios entierros en mediano estado de conservación junto a los cuales localizaron varios fragmentos de códices con restos de pintura roja, verde y azul. Lamentablemente las hojas estaban sumamente deterioradas y pegadas entre sí, por lo que resultó imposible separarlas y, seguramente, conservarlas.

Sin embargo, a los pocos días, el 7 de abril Stirling volvió a escribir a Caso, para comunicarle los hallazgos de los últimos días, los cuales, sin duda, eran sumamente atractivos (Ver Documento 6, *Anexo IV*).¹³⁰ El 4 de abril, durante la excavación del último montículo encontraron algunos tiestos de incensarios junto con fragmentos de figurillas tipo “laughing face” y, debajo, una pequeña losa de “cemento” que ocultaba:

Debajo de esta cubierta estaban más de 700 objetos de jade. Estos incluyen una serie de figuras humanas que van desde 9" de longitud a cerca de 2", varias hachas, un gran número de gargantillas de diversas formas y tamaños, unas 15 cabezas de jade, y muchos otros

¹²⁸ Correspondencia Stirling-Caso, y “Archaeological report”, 1 de abril, mecanuscrito, 3 fojas ATA, Smithsonian legajo 1, snf.

¹²⁹ Correspondencia Stirling-Marquina, 6 de marzo de 1941, mecanuscrito, 3 fojas, ATA, Smithsonian legajo 1, snf.

¹³⁰ Correspondencia Stirling-Caso, 7 de abril de 1941, mecanuscrito, 5 fojas, ATA, Smithsonian legajo 1, snf.

objetos de los cuales desconozco el uso. Hay 70 orejeras, la mayoría de las cuales son de gran tamaño, alcanzando las 4-1/4" de diámetro. También había muchas cuentas grandes, tanto esféricas como tubulares. El estilo de estos objetos de jade parece muy diverso. Hay varias figurillas "baby face". Hay una figura de danzante grabada en una gargantilla y varias gargantillas y caras planas con perforación tubular con círculos como sucede con frecuencia en Oaxaca.¹³¹

Este hallazgo en particular fue considerado uno de los más relevantes de las exploraciones hechas hasta entonces. (Ver Ilustración 62, *Anexo I*) Las piezas no sólo eran magníficas desde el punto de vista escultórico, sino que debieron causar gran interés entre la comunidad mexicana, porque hasta entonces eran pocas las piezas de jade que se habían localizado en el territorio. Años antes, entre los objetos en la Tumba 7 de Monte Albán, se encontraron diversos objetos de este material: un mango de abanico en forma de serpiente, tres anillos, una cabeza de ave con los ojos de oro, una cabeza de águila con una placa de oro en el dorso, varios pendientes, orejeras, e innumerables cuentas de diversos tamaños y formas. Ante este hallazgo, Caso enfatizaba que:

“El problema del jade en México”, es uno de los que más han preocupado a los investigadores, aunque a decir verdad no se han emprendido estudios especiales para encontrarlo, de aquí que se oiga todavía de vez en cuando sostener la absurda teoría de que todo el jade que existe en México, proviene de China.¹³²

Además de algunos de los estudiosos del siglo XIX, Ramón Mena era uno de quienes habían sostenido esa “absurda teoría”. El profesor del Museo había mostrado gran interés por la colección de objetos de jade del Museo Nacional y había elaborado un catálogo minucioso con la descripción de cada pieza. Aún cuando no negaba la posibilidad de que la presencia de estas piezas comprobara las relaciones con Asia, celebró el hallazgo de vetas de jade en el estado de Hidalgo.

No obstante, Caso omitió por completo tales trabajos, y enfatizó que aún no se habían localizado yacimientos de este material en México, pero que ello no era prueba de que no existiesen. Aseguraba que en los lechos de los ríos de Oaxaca y Guerrero se habían encontrado varios guijarros de este material. Las hachas y figurillas localizadas por Stirling seguramente fueron un elemento más de apoyo para reafirmar la presencia del mineral en América de manera independiente al continente asiático.

¹³¹ Correspondencia Stirling-Caso, 7 de abril de 1941, ms, 1 foja, mecanuscrito, 3 fojas, ATA, Smithsonian legajo 1, snf. Traducción propia. “[...] Under this covering was a cache of more than 700 objects of jade. These included a number of human figures ranging from 9” in length to about 2”, several axes, a number of large gorgets of various shapes and sizes, about 15 jade heads, and many other objects than I do not know the use of. There 70 earplugs, the majority of which are of large size, ranging from 4-1/4” in diameter. There were many large beads, both spherical and tubular. The art style on these articles of jade appears to be very mixed. There are several “baby face” figurines. There is one danzante figurine engraved on a gorget and several gorgets and flat faces with tubular drilled circles such as occur frequently in Oaxaca.”

¹³² “Informe de los resultados obtenidos en la primera temporada de excavaciones en Monte Albán, Oax. 1931-1932”, sin fecha, mecanuscrito, 37 fojas, IIA- UNAM- FACA, caja 5, exp. 58, snf.

Es posible que este hallazgo motivara aún más a los exploradores, quienes a fines de año, realizaron un nuevo contrato con la SEP para continuar con los trabajos, pero ahora, en una nueva zona: La Venta, en Tabasco (Ver Documento 7, *Anexo IV*).¹³³ De esta forma, en 1942, el equipo del *Smithsonian* inició las excavaciones en esta zona con 32 pozos de sondeo por medio de los cuales pretendían definir la mejor área para excavar una trinchera y determinar la secuencia cerámica del sitio. Además de ello, sin embargo, como lo señalara Drucker “ningún monumento de piedra nuevo o de características de interés excepcional se han descubierto”.¹³⁴

La desilusión inicial, empero, pronto cambiaría, pues las exploraciones deparaban grandes hallazgos que compensarían los anhelos de los investigadores. En mayo, Drucker informaba que, al terminar los sondeos de exploración se desmontó la zona de los montículos que parecía ser una “plataforma amplia con cercos de columnas basálticas en sus lados”. En la excavación de un montículo, en el lado norte de la plataforma, se encontró un “sarcófago” de piedra arenisca con una tapa rectangular (rota) del mismo tipo de piedra. La pieza estaba muy deteriorada pero aún conservaba los restos del relieve de un jaguar. Adentro encontraron una figurita de serpentina, un objeto parecido a un cortapapel moderno de jade, dos orejeras y dos objetos parecidos a los colmillos de un jaguar de jade, y al norte del cajón se halló además, una tumba construida con paredes y techo de columnas basálticas:

Al abrir y excavar la tumba, se encontraron los bultos de huesos humanos, envueltos en pintura y barro, encima del peso de tabletas naturales de piedra caliza. Con los restos de huesos había varios objetos de jade: 4 figuritas, 2 placas rectangulares, 1 objeto en la forma de una concha de almeja, y varios objetos más.¹³⁵

Con estos trabajos, el *Smithsonian Institution* cerró sus exploraciones de este año. Los hallazgos de esculturas, estelas y objetos de jade se mantuvieron durante todas las temporadas restantes, hasta que se dio por terminado el proyecto, en 1946. Sin embargo, todas las exploraciones hasta aquí referidas fueron el acicate para llevar a cabo la Segunda Mesa Redonda convocada por la Sociedad Mexicana para definir qué significado guardaban tan majestuosas antigüedades con el resto de las manifestaciones precolombinas del país.

4. La “cultura madre”: el origen civilizatorio mexicano

Haber definido la “patria de los toltecas” y su cronología con respecto a los desarrollos de la zona maya y el Altiplano, no resolvía por completo el problema del origen. Si era de Tula de quienes hablaron los cronistas, y si ésta era la ciudad del culto a *Quetzalcóatl* y se ubicaba

¹³³ Contrato entre SEP y *Smithsonian Institution-National Geographic*, 10 de noviembre de 1941, 3 fojas, ATA, exp. Smithsonian, legajo 1, snf.

¹³⁴ Drucker-Marquina, 16 de marzo de 1942, mecanuscrito, 1 foja, ATA, exp. Smithsonian, legajo 1, snf. Traducción propia. “[...] no new Stone monuments or other features of exceptional interest have been discovered”

¹³⁵ Drucker-Marquina, 9 de mayo de 1942, manuscrito, 5 fojas, con 13 hojas de dibujos de cerámica, ATA, exp. Smithsonian, legajo 1, snf. La transcripción del informe sin los dibujos en Documento 8, *Anexo IV*.

alrededor del 1100dC, y estaba antecedita por Teotihuacán... entonces ¿cómo podía explicarse el surgimiento de la civilización a todas luces presente en “la ciudad de los dioses” y en las urbes del *Viejo Imperio* maya?

Admitir que la *Tollan* era posterior al siglo X significaba aceptar un origen civilizatorio apenas unos cuantos siglos anterior a la conquista española. Esta fecha era demasiado tardía para competir con el desarrollo histórico del resto del mundo. Teotihuacán, aún cuando pudiese reconocerse también como una urbe civilizada tampoco brindaba un pasado demasiado remoto y, antes de este desarrollo, únicamente se habían localizado los restos de la cultura arcaica, que aunque presentaban cerámica (signo inequívoco de agricultura y, por tanto, de civilización), no tenían arquitectura ni otros elementos distintivos que pudieran relacionarlos con un pueblo civilizado.

Por otro lado, ¿a quiénes se había referido Sahagún con el término “olmecas”? Los sitios conocidos de la Costa del Golfo, como por ejemplo El Tajín, eran desarrollos que ya habían sido relacionados con Tula y, por tanto, eran posteriores a Teotihuacán y sin vínculo alguno con un posible “origen”.

Era, por tanto, necesario localizar un origen que pudiera vincularse tanto con el Altiplano como con la zona maya, pero que resultase anterior a todos los sitios urbanos ya conocidos. Éste era el único camino posible para fincar la historia nacional en un verdadero “origen mexicano” que resultase ideológicamente aceptable y que respondiera a todas las inquietudes de la comunidad de estudiosos. Las excavaciones efectuadas por Stirling en el Golfo fueron el lugar ideal para ello.

Definiciones en la Segunda Mesa Redonda

Seguramente los arqueólogos mexicanos siguieron paso a paso cada uno de los hallazgos de Stirling. Las interpretaciones del norteamericano también debieron atraer poderosamente la atención de los investigadores: la fecha temprana de la Estela “C”, la relación de estos restos con los *mound builders* y su posible identificación con los “olmecas”, así como el vínculo de la iconografía con la de la zona maya y con la figura de un jaguar.

Como mencioné antes, al culminar la Primera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, se eligió abordar, en la siguiente reunión, “el problema de los olmecas”, siguiendo las sugerencias de Mendizábal y Jiménez. Con ello, estos dos profesores se referían a la definición de los olmecas referidos por Sahagún por un lado y, por el otro, a los restos que estaba encontrando Stirling en las exploraciones de la Costa del Golfo.¹³⁶

¹³⁶ “Primera sesión de la Mesa Redonda sobre Problemas antropológicos mexicanos y centroamericanos. Boletín N° 4”, AHSMA, sin catalogación.

Aunque estas últimas propuestas le parecían atractivas a Caso, éste no creía que se tuvieran las exploraciones suficientes en la zona como para abordar el tema de manera exclusiva. Por ello, propuso a la Mesa que el tema a discutir fuera “Mayas y Olmecas”. La propuesta fue aceptada y se planteó que la comisión organizadora del evento estuviese conformada por Caso, Kirckhoff, Palacios, Covarrubias y Jiménez.

A la reunión fueron invitados tanto el presidente de la República, como los secretarios de Educación de México y Guatemala, quienes únicamente enviaron sus afectuosos saludos a los congresistas. Además de los miembros de la SMA y de los alumnos de la Escuela Nacional de Antropología, a la celebración de esta Segunda Mesa asistieron varias personalidades del extranjero como delegados de sus respectivas instituciones: Douglas S. Byers del *American Antiquity* y de la *Society for American Archaeology*; Rafael Girard de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala y de la Sociedad de Geografía e Historia de Honduras; Jorge A. Lines de la Universidad de Costa Rica; George Clapp Vaillant de la *University of Pennsylvania*; y Mario Mariscal de la Universidad Nacional Autónoma de México.¹³⁷

También asistieron, como invitados especiales, Pedro Bosch Gimpera del Colegio de México; Donald Bush Cordry del *Southwest Museum*; Robert Elliot Smith y Alfred Vincent Kidder de la *Canegie Institution*; Frederick Johnson de la *Phillips Academy*; John McAndrew; Agapito Rey de la Universidad Indiana; Herbert Spinden del *Brooklyn Museum*; Charles Stevens de la Embajada de Estados Unidos en México; Richard Steward del *National Geographic Magazine*; Manuel Toussaint del Instituto de Investigaciones Estéticas; y George Vaillant del *University Museum* de Filadelfia. Claro está, también Stirling fue convocado a la reunión que abordaría la llamada civilización olmeca, la cultura más temprana conocida en el sureste de México.¹³⁸

Los organizadores del evento escogieron Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, como sede, y la reunión se llevó a cabo del 27 de abril al 1 de mayo, fecha que coincidía con la estancia de los exploradores del *Smithsonian* en La Venta. Los congresistas salieron de la capital en coche el día 23 de abril rumbo a Veracruz y, desde este punto, partieron en un coche dormitorio hacia Arriaga (vía Santa Lucrecia, Ixtepec, Juchitán y Tehuantepec) para, posteriormente, arribar a Tuxtla.

¹³⁷ SMA, Mayas y olmecas. Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre problemas antropológicos de México y Centroamérica, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1942.

¹³⁸ Así lo escribió Wetmore a Leap del *State Department*: “The Sociedad Mexicana de Antropología is holding an anthropological conference at Tuxtla Gutiérrez in the State of Chiapas from April 27-30 inclusive which will be attended by all of the leading Mexican anthropologists. The subject of the conference is to be the so-called “Olmec” civilization, the earliest know culture of southern Mexico”. Wetmore, citado por Lyon, *(Re)discovering the olmec ...*, op cit, p. 50. Traducción propia.

El día 27, ya instalados en las cercanías de Tuxtla, y tras las ceremonias de bienvenida, los congresistas se reunieron con el gobernador del estado para inaugurar el Museo Regional de Chiapas, que recientemente había sido remodelado. Posteriormente se dirigieron al Teatro Emilio Rabasa para declarar la apertura de los trabajos del Congreso con un discurso del gobernador del estado. Con estas palabras, el C. Rafael Pascacio Gamboa, resaltaba la importancia de la reunión:

Queremos manifestarles que Chiapas, Estado Alejado, poco visitado y mal comprendido por el resto de los Estados de la República, abre sus puertas hoy gracias a la gentileza de ustedes, hacia un nuevo horizonte. Tenemos la firme convicción de que ustedes nos harán favor de llevar hacia otras partes de sus lugares de origen algo que para Chiapas será importante, porque demostrará que aquí no estamos ni con mucho en la forma que se piensa, y la visita que nos hacen elementos preparados se estima en lo que vale por lo que para nosotros representa.¹³⁹

Luego, se dio inicio a la primera sesión de trabajo ese mismo día por la tarde. (Ver Ilustración 63, *Anexo I*) En total, se presentaron 13 ponencias divididas en ocho sesiones de trabajo, además de las conclusiones que fueron reservadas para el último día programado. Los trabajos presentados fueron divididos en tres temáticas generales, y pese a la reticencia inicial de Caso, estaban enfocadas únicamente a los elementos de definición de la cultura olmeca y no de la maya. De acuerdo a lo programado, primero se discutirían “Los olmecas de las tradiciones”, luego “El complejo arqueológico *olmeca*” y, finalmente “El problema de la existencia de un tipo racial *olmeca*”. La relación de todos los trabajos fueron publicados en este mismo año, bajo el patrocinio del gobierno del estado de Chiapas. Sin embargo, en esta publicación no fueron registrados los diálogos sostenidos por los asistentes, sino únicamente el resumen de las ponencias de cada uno de los congresistas y las conclusiones alcanzadas.¹⁴⁰

¹³⁹ SMA, *Mayas y olmecas. Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre problemas antropológicos de México y Centroamérica*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1942, p. 12.

¹⁴⁰ Lamentablemente en el AHSMA no se conserva ningún documento relacionado con la organización de esta reunión o la celebración de la misma. Los resúmenes de las ponencias en SMA, *Mayas y olmecas... op cit.*

La Mesa dio inicio con el trabajo de Jiménez Moreno sobre “Los olmecas históricos”. El día siguiente, en la segunda sesión, se leyeron los trabajos de Paul Kirchhoff (“Distribución de los elementos culturales a los olmecas”), Salvador Toscano (“Los olmecas de las fuentes históricas”), Jorge Vivó (“Distribución lingüística y de la organización política prehispánica de Chiapas”) y Roberto Weitlaner (sobre datos lingüísticos que probaban la relación entre la familia mazateco popoloca y la mixteca).

En la siguiente jornada (en las cuarta y quinta sesiones) se presentaron los trabajos de Norman McQuown (sobre datos que permiten relacionar la familia totonaca y la zoqueana), Alfonso Caso (“Definición y extensión del complejo arqueológico ‘olmeca’”), Miguel Covarrubias (“Origen y desarrollo del estilo artístico ‘olmeca’”), Eduardo Nogera (“El problema olmeca y la cultura arcaica”), George Vaillant (“Relación entre el complejo Q y el complejo arqueológico ‘olmeca’”), y Jorge Lines (“Un baby-face en Costa Rica”).

En las sesiones sexta y séptima, se presentaron los trabajos de Acosta (“Rasgos olmecas de Monte Albán”), Matthew Stirling (“Recientes hallazgos en ‘La Venta’”), Enrique Palacios (“Mayas y olmecas”), Gordon Ekholm (“Datos recientes sobre la Huasteca”), Alfred Kidder (“Recientes exploraciones en Kaminaljuyú y el Baúl”), Payón (“Interpretación cultural de la zona arqueológica de el Tajín”). Finalmente, en la octava y última sesión, presentaron sus trabajos Juan Comas (“El

En general, los asistentes coincidieron en la idea de que la Costa del Golfo había sido habitada por numerosos grupos durante varios siglos, sin que necesariamente tuvieran la misma filiación lingüística o étnica. Asimismo, los congresistas no tuvieron dudas en considerar que los “olmecas” a los que hacía referencia Fray Bernardino de Sahagún eran grupos que ocuparon la costa en los últimos siglos previos a la conquista española. Los puntos de divergencia entre los ponentes se enfocaban básicamente a tres aspectos: a) si los restos localizados por Stirling estaban relacionados con los “olmecas” referidos por Sahagún; b) cuál era la extensión de este grupo; y, c) cuáles habían sido sus relaciones con el resto de los pueblos ya conocidos.

En su presentación (“Los olmecas históricos”), Jiménez Moreno proponía hacer una clara diferenciación entre los pueblos que estaban mencionados en las fuentes como habitantes de la región pocos siglos antes de la llegada de los españoles, y los constructores de los sitios de La Venta y Tres Zapotes, cuyos vestigios Stirling estaba descubriendo. Los primeros eran los “olmecas históricos”, mientras que los segundos podían denominarse “olmecas arqueológicos”. Jiménez, además, relacionó ambos “grupos” con algunos otros desarrollos precolombinos. (Ver Tabla 3, *Anexo III*)

Ésta fue la ponencia inaugural de la reunión y con ello se marcaba la importancia que adquiriría la diferenciación propuesta por Jiménez y, al mismo tiempo, la tónica que tendría la discusión. La organización de las Mesas, desde su inicio, obedecía a tal diferenciación. Como señalé arriba, primero se discutiría la definición de los “olmecas de las tradiciones” y, luego, la del “complejo arqueológico olmeca”. Alfonso Caso fue uno de los más entusiastas ante tal propuesta y el único que, además de Jiménez, la utilizó en su presentación. Incluso, al resumir las ponencias de esta sesión de la Mesa, Caso ajustó cada uno de los trabajos a las denominaciones propuestas.

Sin embargo, Salvador Toscano pensaba que los “primitivos olmecas”, localizados geográficamente por sus ruinas y vestigios en el sur de Veracruz y el norte de Tabasco, eran contemporáneos de los toltecas, por lo que podían ubicarse cronológicamente entre los siglos VIII/IX y XIII. Desde la costa, este grupo había migrado en tres direcciones: al Valle poblano-tlaxcalteca; al Valle de México; y, a la América Central. Ubicados en Cholula, fueron expulsados por los toltecas en el siglo X, y regresaron a la costa. Este desplazamiento, para Toscano, había sido consecuencia del colapso de Tula a resueltas de la invasión de los cazadores nahuas venidos del norte, quienes los superaron en armas y estrategias de guerra. Además:

La caída de Tula [...] debe atribuirse a la introducción de un nuevo culto, el de la serpiente emplumada, pero no aparece en el Antiguo Imperio Maya ya que las más viejas culturas

problema de la existencia de un tipo racial ‘olmeca’), y los alumnos de la Escuela Nacional de Antropología (“Las representaciones olmecas desde el punto de vista antropológico”).

desenvolvieron el culto al jaguar, el disfraz de Tezcatlipoca, sacerdocio al que Quetzalcóatl, una especie de Lutero indígena, precisamente combatió en Tula.¹⁴¹

En este punto Toscano recuperaba la relación que años antes hiciera Marshall Saville entre los rasgos de jaguar y los atributos de *Tezcatlipoca* (cf. *supra*, Cap. II) En cambio, Paul Kirchhoff, en su intervención en la Mesa, consideraba que era *Quetzalcóatl* y no *Tezcatlipoca* la deidad que podía atribuirse al grupo. La presencia de esta deidad en las culturas más tardías mostraba la “gran continuidad cultural”, su influencia en otros pueblos, y la profunda relación que tuvieron los olmecas con las culturas del Altiplano.

El alemán pensaba que las fuentes brindaban datos sumamente relevantes para describir a los olmecas de la costa en el momento de la conquista y, también, a “los olmeca de Puebla”, varios siglos antes. Los primeros compartían su cultura con otros pueblos de la costa (como los Huastecos) y eran afines a los de la familia zoque-maya; mientras que los segundos, los que migraron hacia Cholula, llevaron consigo el culto a *Quetzalcóatl* mientras que aprendieron el uso de las armas de los pueblos del Altiplano. Ambos mantuvieron rasgos culturales que transmitieron a otros grupos:

Estos rasgos “costeños” no sólo representan, en la historia de los olmecas, una capa o capas más antiguas que los elementos adquiridos por una parte de ellos durante su estancia en la Altiplanicie, sino que parecen ser, en general, de gran antigüedad, como lo demuestran, por un lado, su amplia y al mismo tiempo característica distribución geográfica en América Media y, por otro lado, el hecho de que algunos de ellos se encuentran ya en los restos arqueológicos más antiguos de la tierra del hule (como narigueras, tatuaje, barbas, etc.).¹⁴²

Sin embargo, no eran los rasgos de los olmecas referidos en las fuentes lo que se definió durante los trabajos de la Mesa, ni mucho menos, su relación con los restos arqueológicos hallados por Stirling, o la de éstos con *Tezcatlipoca* o *Quetzalcóatl*. En realidad, la mayor parte de los trabajos de los asistentes estuvieron enfocados al establecimiento de la antigüedad del “complejo arqueológico olmeca” y su relación con los restos más antiguos de otras zonas. Fue Noguera quien señaló con puntualidad el objetivo de la reunión:

Para cumplir con la tarea que se nos encomendó, consistente en ver las analogías que presenta el complejo “olmeca” con la cultura arcaica, podemos concluir que hasta hoy sí tenemos pruebas de su contemporaneidad y de que hubo relaciones entre una y otra.¹⁴³

La encomienda seguramente partía de las dudas que habían desatado los resultados de Stirling en sus excavaciones. La polémica fecha identificada en la Estela “C”, que acusaba una gran antigüedad de los restos, era parte de la inquietud. Pero más importante aún era la secuencia tipológica que había propuesto Stirling. En la Mesa, el investigador del

¹⁴¹ Toscano, “Los olmecas de las fuentes históricas”, en SMA, *Mayas y olmecas... op cit*, p. 31.

¹⁴² Kirchhoff, “Distribución de los elementos culturales a los olmecas”, en SMA, *Mayas y olmecas... op cit*, p. 26. La postura de Kirchhoff tiene varias similitudes con lo publicado por Krickeberg años antes. Cf. Krickeberg, *Los totocanca... op cit*.

¹⁴³ Noguera, “El problema olmeca y la cultura arcaica”, en SMA, *Mayas y olmecas... op cit*, p. 51.

Smithsonian Institution resumía sus hallazgos en Tres Zapotes.¹⁴⁴ De acuerdo a los análisis estratigráficos, se habían establecido cinco periodos: Tres Zapotes Inferior I y II; y Tres Zapotes Superior I, II y III. El primero estaba definido por la presencia de cerámica monocroma y figurillas sólidas; mientras que el segundo presentaba cerámica policroma y figurillas hechas en molde. Éste último también mostraba otros artefactos que tenían mayor semejanza con el Valle de México que con la región del sureste; mientras que los primeros dos periodos eran similares con los niveles más bajos del Valle de México, los de Monte Albán, y sobre todo con los horizontes más antiguos mayas y pre-mayas de Guatemala.

Fue por estas relaciones que varios de los asistentes presentaron estudios de cada una de las zonas o sitios con restos “olmeca”. Noguera, en su intervención, consideraba que los rasgos “olmecas”, como el “baby face” y la “boca de tigre”, se encontraban en los periodos más antiguos del arcaico. De acuerdo a la asociación de estos rasgos y los tipos definidos años antes por George Vaillant en la Cuenca de México, Noguera estableció relaciones con los sitios del Altiplano, y concluyó que los restos “olmecas” se habían extendido por una buena porción de Puebla, del Valle de México, y algunas partes de Michoacán y Guerrero. De acuerdo a esta distribución, podía pensarse que las áreas intermedias también mostraran esta presencia y, por tanto, considerarse que la cultura arcaica de tales lugares era contemporánea a la olmeca.

En el otro extremo, también se establecieron las relaciones entre lo “olmeca” y los restos más antiguos de la zona maya. Años antes, Vaillant había definido ciertas formas cerámicas muy antiguas presentes en el sureste, como un complejo que no se presentaba en los periodos medios ni tempranos del Valle de México. Lo había llamado Complejo Q. Las figurillas y la cerámica de este complejo se encontraban en los niveles más bajos de los sitios excavados en la costa, pero las secuencias, frecuentemente, se encontraban interrumpidas, y no había sido posible relacionar las formas del complejo. Sin embargo, Vaillant pensaba que sí era posible establecer relaciones con la región maya, la zapoteca y la del Valle de México con la de la costa de Golfo. A estas relaciones también apuntaban tanto la placa de jadeíta encontrada por Jorge Lines en Costa Rica, como la cerámica reportada por Jorge Acosta en Monte Albán, la cual presentaba el tipo “boca de tigre” en los motivos decorativos.¹⁴⁵

Si bien Vaillant, Lines, Stirling y Noguera sugirieron similitudes entre la zona del Golfo y el resto de los pueblos, ninguno de ellos calificó este tipo de relaciones. Fue Acosta, en cambio, el que definió con contundencia el significado de los rasgos olmecas en Monte Albán:

¹⁴⁴ Stirling, “Recientes hallazgos en La Venta”, en SMA, *Mayas y olmecas... op cit*, pp. 56-7.

¹⁴⁵ Lines, “Un baby-face en Costa Rica”, en SMA, *Mayas y olmecas... op cit*, p. 54; Acosta, “Rasgos olmecas de Monte Albán”, en SMA, *Mayas y olmecas... op cit*, p. 55.

Los rasgos culturales olmecas que aparecen en Monte Albán I no deben ser considerados como influencias eternas, sino como rasgos fundamentales de la cultura. Son muy comunes y homogéneos y esto hace pensar que Monte Albán I fue, si no el centro, sí uno de los grandes centros de difusión de la cultura o estilo olmeca.¹⁴⁶

De hecho, fueron los rasgos denominados como “baby face” o tipo olmeca (labios superior e inferior doblados hacia abajo), los que prevalecieron en la definición de los restos de la Costa. Y fueron estos rasgos los que sirvieron como base para establecer la antigüedad y la importancia de los restos.

El estilo de la “cultura madre”

Fue Alfonso Caso quien brindó la “Definición y extensión del complejo arqueológico olmeca”, abriendo con ello las presentaciones dedicadas a este tema. Su estudio se basaba en el que a su vez hiciera Miguel Covarrubias. Fue éste último quien integró a las discusiones de la Mesa la categoría de “estilo”, en la que se basaría buena parte de la definición sobre la “cultura madre”.

Hijo mayor de José Covarrubias y Elena Duclaud, Miguel Covarrubias nació en la Ciudad de México el 22 de noviembre de 1904. Su padre tuvo varios cargos durante el gobierno de Porfirio Díaz y conservó su posición política y económica tras los movimientos armados, como director de Correos y, luego, como asesor de Venustiano Carranza. De esta manera Miguel Covarrubias nació y vivió hasta la adolescencia dentro del ambiente de elite porfiriano y revolucionario, aunque, a diferencia de varios de sus contemporáneos, los duros años de guerra sólo fueron para él lejanos recuerdos de infancia. Debido a que la escuela no era de su agrado, dejó su educación en las aulas a los 14 años y se ocupó de visitar los teatros de la Ciudad y de frecuentar el café “Los Monotes”, propiedad del pintor José Clemente Orozco. En este lugar conoció a buena parte de los artistas e intelectuales de la época, como a Best Maugard (1891-1964) y también a José Juan Tablada (1871-1945).

El ambiente político del gobierno de Obregón fue muy propicio para el desarrollo de estos artistas, pues incentivó numerosos proyectos en los que aquéllos tuvieron una participación activa. Por ejemplo, el centenario de la independencia se realizó por segunda vez durante este mandato –cuando se festejó su culminación en 1921-, pero con un cariz completamente distinto del que tuvieron los primeros festejos durante el gobierno de Díaz. En lugar de realizar exclusivos banquetes y ceremonias para la elite de la sociedad nacional e internacional, se proyectaron diversas fiestas populares que pretendían ensalzar el carácter revolucionario del nuevo gobierno. Adolfo Best Maugard fue el encargado de organizar uno de estos espectáculos y, para ello, convocó a Covarrubias. Juntos produjeron

¹⁴⁶ Acosta, “Rasgos olmecas de Monte Albán”, en SMA, *Mayas y olmecas... op cit*, p. 56.

y montaron una noche mexicana con un ballet de 200 bailarines que escenificaron un jarabe tapatío.¹⁴⁷

En este mismo ambiente de exaltación del espíritu artístico y revolucionario de México se organizaron una exposición de artesanías y cultura mexicana para presentarse en Los Ángeles, Argentina y Brasil, y una exposición de arte folclórico mexicano. En la primera colaboraron el Dr. Atl (1875-1964), Roberto Montenegro (1885-1968), Rufino Tamayo (1899-1991) y Miguel Covarrubias; mientras que en la segunda éste último participó con Alfonso Caso. Las redes tejidas por los intelectuales y artistas de la época eran amplias y, tal parece que fueron la base para numerosos proyectos realizados en estos años. En estos momentos se estableció una fuerte liga entre las artes, la antropología-arqueología y el ambiente de la educación.¹⁴⁸

Adriana Williams, biógrafa de Covarrubias, asegura que para este momento Caso, siendo sólo ocho años mayor que aquél, “[...] ya era entonces modelo de conducta para el joven [Miguel]. Caso ya era un consumado lingüista y etnólogo; habría de llegar a ser uno de los más respetados arqueólogos y famosos descubridores de México.”¹⁴⁹ Es cierto que ambos personajes mantuvieron cierta cercanía, sobre todo, a partir de la década de 1940. No obstante, en los años veinte sus encuentros fueron sumamente esporádicos como para suponer una influencia tan temprana como la que la autora asegura. Por otro lado, como he mostrado antes, para estos años Alfonso Caso no tenía experiencia arqueológica y se encontraba enfocado al ámbito jurídico y de la administración pública. Por otro lado, si bien es cierto que el folclor mexicano era uno de los puntos de coincidencia de los artistas mexicanos y arqueólogos y antropólogos del momento, éste no era uno de los motores para la creatividad de Miguel Covarrubias en esta década. Su interés arqueológico sería muy posterior y es muy poco probable que haya sido influenciado por Alfonso Caso.

En la década de los años veinte, Covarrubias centraba su interés en las artes gráficas, en específico, en la caricatura. Sus primeras obras publicadas datan de estas fechas y fueron realizadas para revistas universitarias de protesta. Además, gustaba de realizar caricaturas de todos los asistentes al café “Los Monotes”, mismas que no fueron publicadas. Con estas

¹⁴⁷ Williams, *Covarrubias, op cit*, p. 35. Parte de los festejos y las intenciones de los mismo, cf. en Betancourt, Salvador y Sodi, Alejandro, *Álbum histórico mexicano*, México, 1921; Guerrero Crespo, Claudia, “Los concursos que generaron la celebración de un centenario que la posrevolución no quería”, mecanuscrito, 25pp., proporcionado por la autora.

Por estas fechas, Maugard tendría oportunidad de vincularse al ambiente arqueológico, pues colaboró con Manuel Gamio como pintor durante la preparación de la publicación de los resultados de las exploraciones hechas por la Escuela Internacional. En ésta, Boas definió los tipos localizados, Gamio elaboró el texto del trabajo, y Maugard realizó los dibujos de las piezas. Por otro lado, la obra de Maugard, *Método de dibujo, tradición, resurgimiento y evolución del arte mexicano*, fue la publicación que Manuel Gamio usó para enseñar a los niños del campamento de Teotihuacán los diseños y dibujos de estilo mexicano.

¹⁴⁸ Si bien este tipo de relaciones resultan fundamentales para comprender parte de el tema aquí presentado, como antecedí en la parte intrductoria del trabajo, por cuestiones de delimitación, éstas no serán abordadas con detalle.

¹⁴⁹ Williams, *Covarrubias, op cit*, p. 36.

aficiones Covarrubias anhelaba, al igual que otros artistas del momento, residir en Nueva York, centro cosmopolita de los años veinte. Lo logró gracias a las gestiones de Tablada, quien le aseguró un patrocinio del gobierno mexicano por seis meses para desarrollar su talento como caricaturista (por recomendación obtenida del General José Álvarez y Genaro Estrada), y al mismo Maugard, con quien compartió departamento en la ciudad. Durante su estancia en Nueva York, alcanzó gran fama y fortuna por sus caricaturas. Publicó en diversos periódicos y revistas de sociales como *Vanity Fair* y *The New Yorker*, y realizó sus primeras exposiciones, montajes escenográficos y publicaciones que alcanzaron gran reconocimiento entre la intelectualidad de la época. De estas fechas datan sus libros *The prince of wales and other famous americans* (1925) y *Negro Darwings* (1927).

Además de este gran desarrollo profesional, la estancia en Nueva York, le sirvió para asegurar excelentes relaciones y amistades estrechas con buena parte de la clase intelectual, artística e, incluso, económica del momento, no sólo de Estados Unidos, sino de México y Europa.¹⁵⁰ Fue en este espacio en el que conoció a Rosemonde Cowan (Rose Roland/Rosa Covarrubias/1895-1970), bailarina exitosa con quien contrajo nupcias en 1930. Con Rose, Covarrubias viajó por vez primera a Bali como parte de su luna de miel. A su regreso a Nueva York (enero de 1932), Covarrubias presentó con gran éxito en la *Valentine Gallery* varias de las pinturas –guaches y óleos- que realizó durante su viaje. Esta experiencia lo animó a considerar la escritura de un libro sobre la isla y, con ello en mente, solicitó la beca *Guggenheim*, que le fue otorgada de agosto de 1933 a agosto de 1934, tiempo durante el cual regresó a Bali para recopilar la información necesaria. El material que trajo consigo le sirvió para la publicación de *Island of Bali* en 1937, y éste fue su primer acercamiento a un mundo ajeno al ambiente artístico, constituyendo el inicio del cambio en su carrera. Aun cuando este trabajo se ha llegado a considerar -por sus biógrafos, principalmente- un estudio antropológico, como él mismo aseguraba en la introducción del mismo, éste no era un estudio sistemático de antropología o religiones. Antes bien:

[...] el único propósito de este libro es reunir en un volumen todo lo que la experiencia personal de un artista no especializado pudo obtener acerca de una cultura viva que está destinada a desaparecer bajo la despiadada embestida del mercantilismo y la uniformación modernos.¹⁵¹

Su escritura era similar a la de los diarios de viaje de esta misma época, y posiblemente estuviese cercana o influida por el africanismo que comenzaba a inundar los ambientes intelectuales del mundo. Bali le causó una profunda fascinación. Covarrubias consideraba

¹⁵⁰ Gracias a estas relaciones pudo realizar numerosos trabajos y proyectos. Por ejemplo, y al igual que muchos otros artistas del momento (entre otros, Langston Hughes, Zora Neale Hurston, Alain Locke, Aaron Duoglas), Covarrubias fue apoyado económicamente por Charlotte Osgood Mason, mecenas acaudalada de Park Avenue. El matrimonio Covarrubias, además, mantuvo relaciones cercanas con Nelson Rockefeller, quien incluso los visitó en repetidas ocasiones en su casa de Tizapán, Ciudad de México, y los apoyó económicamente en diversos proyectos y necesidades.

¹⁵¹ Covarrubias, Miguel, *La isla de Bali*, Trad. Eugenia Doniz, Universidad Veracruzana/UNAM, México, 2004, p. xxvii.

que la vida en la isla era sencilla, natural, espiritual, creativa y estética y, que en este sentido, era un remanente de la sociedad ideal perdida por el mundo occidental.¹⁵²

Este mismo sentimiento de recuperación del pasado idílico fue el que lo había motivado años atrás a participar en el montaje de la exposición “Artes Aplicadas” (inaugurada en 1928 para el *New York Art Center*) y en la exposición itinerante de “Artes de México” (para la *American Federations of Arts*, inaugurada en 1930 en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York).¹⁵³ Quizás fue ésta la motivación que lo guió también a adentrarse en los pueblos presentes y pasados de México.

Con los borradores de *Island of Bali* bajo el brazo, en 1935 el matrimonio Covarrubias mudó su residencia de manera definitiva a la Ciudad de México, al Pueblo de Tizapán. Con la gran depresión, Nueva York dejó de tener sentido como centro cosmopolita de América.¹⁵⁴ El cambio de domicilio para el matrimonio no implicó la pérdida de las relaciones y contactos con la sociedad estadounidense. Covarrubias, además de preparar la publicación sobre Bali, siguió colaborando para diversas revistas y diarios, ilustrando libros y participando en varias exposiciones.

Su residencia en México complementó su carrera de ilustrador con nuevos intereses. Junto con el pintor Diego Rivera (1886-1957) se aficionó a realizar excursiones dominicales a San Luis Tlatilco, San Bartolo Naucalpan, Estado de México, para buscar piezas arqueológicas en la ladrillera del lugar. Las piezas obtenidas por los jornaleros durante sus excavaciones para sacar arcilla eran compradas y apreciadas por los visitantes, entre los que se encontraban estos dos pintores.

Picados por la curiosidad, fuimos a la ladrillera para decidir si los hallazgos eran auténticos, porque coleccionar estatuillas e implementos ‘arcaicos’ ha sido una inveterada afición nuestra. Asombrados por la belleza de los objetos y reconociendo su autenticidad, enseguida nos dimos cuenta de que para este objeto no había mejor terreno de caza que los grandes hoyos de las fábricas de ladrillos.¹⁵⁵

Los pintores iban cada semana a solicitar piezas o bien, a pedir a los jornaleros que excavarán el terreno para buscar nuevas, actividad que era sumamente atractiva porque las figurillas eran mejor pagadas que los ladrillos. Los trabajadores, incluso, los visitaban en sus casas para llevarles las mejores piezas encontradas durante la semana. Rivera y Covarrubias continuaron saqueando éste y otros sitios y comprando piezas de manera clandestina durante toda su vida. El coleccionismo de piezas, al parecer, era una actividad común pese a

¹⁵² Williams, *Covarrubias, op cit*, p. 108.

¹⁵³ *Idem*, pp. 93-101.

¹⁵⁴ Renato González Mello (comunicación personal, diciembre de 2009) sugiere que la salida del matrimonio de Estados Unidos pudo estar más relacionada con la simpatía comunista de Covarrubias que con la caída de la bolsa.

¹⁵⁵ Covarrubias, citado por Williams, *Covarrubias, op cit*, p. 152.

las restricciones legales que existían.¹⁵⁶ Los pintores llegaron a coleccionar varios centenares de piezas arqueológicas. En el caso de Covarrubias, tras su muerte, su colección fue comprada por el Museo Nacional de Antropología.¹⁵⁷

A esta afición coleccionista se aunó la de recorrer los pueblos tradicionales de México. Desde su llegada al país en 1935, Covarrubias visitó Tehuantepec y dos años después realizó otra excursión junto con el Dr. Atl, Montenegro, Narciso Bassols (1897-1959) y Salvador Novo (1904-1974). El lugar había sido una de las fascinaciones para parte de la clase política y artística de la época.

El interés por el folclor prehispánico y contemporáneo mostrado por estos personajes era una actitud generalizada entre los intelectuales del momento, que respondía, en cierta medida, a la tendencia mundial del primitivismo en las escuelas pictóricas durante el cambio de siglo. De tal forma, el folclor era uno de los intereses fundamentales no sólo para la antropología y la arqueología, sino también para la plástica e, incluso, para la educación.¹⁵⁸ Esta tendencia fue mostrada claramente por Covarrubias en los murales sobre el Pacífico que preparó para la *Golden Gate International Exposition*, celebrada en San Francisco entre 1939 y 1940.¹⁵⁹

En 1922 José Vasconcelos había comisionado a Diego Rivera para una estancia en Tehuantepec. A su regreso realizó el fresco *Tehuantepec* para la Secretaría de Educación Pública. Es posible que Covarrubias conociera el lugar gracias a este fresco o por su cercana amistad con Rivera, y que durante los viajes emprendidos juntos, tomara la decisión de escribir sobre el lugar. El plan fue apoyado por su viejo amigo y editor Alfred Knopf, con quien Covarrubias firmó un contrato para la publicación de *Mexico South*. La obra se planeaba con un formato igual al que tuvo *Island of Bali*, y los recursos nuevamente serían aportados por la *Guggenheim Foundation*. Al parecer, Tehuantepec se convirtió en el Bali

¹⁵⁶ Wolfgang Palen, Jean Charlot y André Bretón también visitaban la ladrillera.

¹⁵⁷ El litigio por las piezas duró diez años, pues Covarrubias murió intestado y con fuertes conflictos personales con Rose Rolando. Por otra parte, la colección de Rivera permanece en el Museo Anahuacalli. Cabe destacar, por otro lado, que existe una diferencia en el tratamiento histórico brindado a nacionales y extranjeros en el tema del saqueo arqueológico, práctica muy extendida en esos años. Por mencionar un ejemplo, Thomson y Charnay han sido definidos como saqueadores arqueológicos e incluso como ejemplos de la soberbia extranjera sobre los países periféricos. En el caso de Covarrubias y Rivera, por el contrario, sus actividades se han considerado como aficiones que formaron colecciones valiosas para la ciencia. Cf. p. ej. Solís, Felipe, "La colección arqueológica de Miguel Covarrubias en el Museo Nacional de Antropología", en INAH, *Miguel Covarrubias en México y San Francisco*, INAH, 2007, México, pp. 45-54.

¹⁵⁸ Varios de los principales exponentes de la plástica mexicana se educaron en Europa durante el porfiriato y los movimientos armados (Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Dr. Atl, etc.). A su regreso al país, impulsaron el desarrollo de lo aprendido, ayudados por el nacionalismo mestizo de los gobiernos posrevolucionarios, y tomando como base de su ejercicio el "primitivismo" de su propio país. La presencia de varios artistas extranjeros (Eduard Weston, André Bretón, Jean Charlot, etc.) también ayudó en este sentido. Cabe mencionar también que esta fascinación por lo primitivo recuerda en mucho el ideal platónico señalado por Isaiah Berlin en el *Fuste torcido de la humanidad*.

¹⁵⁹ Los murales fueron expuestos recientemente en varios museos mexicanos. Cf. p. ej. las publicaciones de las exposiciones en INAH, *Miguel Covarrubias en México y San Francisco... op cit*; CONACULTA, *Covarrubias. Esplendor del Pacífico*, CONACULTA, México, 2006.

americano para Covarrubias. Para éste, el rescate de este lugar era preciso porque Tehuantepec había sido el centro estratégico en el cual el hombre de América inició su evolución del nomadismo bárbaro a la agricultura y al sedentarismo civilizado y, además, su arte se incluía entre los clásicos del mundo.¹⁶⁰

La publicación sobre Tehuantepec tardaría varios años más, durante los cuales Covarrubias se acercó paulatinamente al medio arqueológico y antropológico de México, posiblemente aprovechando las relaciones sociales que tenía. De acuerdo a Williams:

Durante toda la década de 1940, los Covarrubias fueron la pareja a la que era obligado visitar cuando alguien viajaba a México, y unos amigos daban a otros cartas de presentación para Rosa y Miguel, seguros de su inquebrantable hospitalidad. El número cinco de la calle Reforma llegó a ser para la intelectualidad de la ciudad de México lo que el hogar de Virginia Wolf era para la pandilla londinense, lo que el de Gertrude Stein era para París, con la diferencia de que la comida, sin la menor discusión, era mejor en Tizapán.¹⁶¹

Entre los visitantes asiduos a la casa se encontraban, además de sus amigos artistas, Alfonso Caso, Ignacio Bernal y Jorge Enciso, entre otros. Posiblemente Covarrubias vio en estas relaciones la oportunidad de recabar más información sobre su investigación en el sur. Con esta finalidad pidió la asesoría de Daniel Rubín de la Borbolla (1907-¿?), entonces director del Museo Nacional y quien se convertiría en uno de los amigos más cercanos del caricaturista.¹⁶² A raíz de estas entrevistas, Borbolla lo animó a dar clases de arte primitivo y precolombino en la recién fundada Escuela de Antropología, cursos que Covarrubias mantuvo casi hasta su muerte. También a instancias de Borbolla, Covarrubias participó en la creación del plan de estudios para etnología y un curso de ciencia y administración de museos en la misma escuela.

Con las mismas intenciones (las de publicar sobre el sur de México), por estas fechas (entre fines de 1940 y principios de 1941) Covarrubias pudo visitar, junto con su esposa Rosa, las excavaciones de Matthew Stirling en el Golfo.¹⁶³ Es posible que esta experiencia haya sido la

¹⁶⁰ Covarrubias, Miguel, *El sur de México*, Colección Clásicos de la historiografía mexicana del siglo XX, edición facsimilar de la de 1980, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 2004a, pp. 18-19.

¹⁶¹ Williams, *Covarrubias, op cit*, p. 216.

¹⁶² Gracias a la cercanía entre estos personajes, parte de las obras de Covarrubias (todas escritas en inglés) fueron traducidas al español. La esposa de Borbolla, Sol Arguedas, se encargó de esta tarea tras la muerte del pintor, como un homenaje a su trayectoria y a la amistad que tuvo con su marido.

¹⁶³ Williams (*Covarrubias, op cit*, pp. 192ss) asegura que Stirling permitió que Covarrubias dirigiera un equipo de excavación en el depósito en el que se obtuvieron las 782 piezas de jade referidas en el apartado anterior. No obstante, no hay registro de tales excavaciones en los reportes de los trabajos. Asimismo, la autora menciona que esta situación se repitió en Oaxaca, siguiente punto de interés para el matrimonio durante su viaje. Williams asegura que los Covarrubias visitaron las excavaciones de Alfonso Caso en Monte Albán y que estuvieron presentes durante el descubrimiento de la Tumba 7 y que, incluso, Miguel realizó dibujos de la misma mientras que Rosa hizo algunas fotografías. Es posible que el matrimonio haya visitado las excavaciones de Monte Albán, las cuales se prolongaron hasta casi la mitad de la década de los años cuarenta. Sin embargo, es prácticamente imposible que hayan presenciado el descubrimiento de la Tumba 7, el cual se realizó casi 10 años atrás de su visita a Tabasco, justo cuando aquéllos se encontraban en Bali. Para el momento en que el matrimonio estuvo en Oaxaca, las piezas de la tumba ya se encontraban en el Museo Nacional de la Ciudad de México, pese a la constante objeción del gobierno oaxaqueño.

primera de este tipo para Covarrubias, pues aunque desde sus visitas a Tlatilco había tenido la oportunidad de conocer los yacimientos arqueológicos, excavarlos y registrarlos, tales actividades las había realizado de manera informal y clandestina. Esta situación cambió radicalmente, cuando solicitó al Instituto Nacional de Antropología que emprendiera una exploración formal en Tlatilco. Irónicamente y pese a ser parte del saqueo constante de piezas en el sitio, Covarrubias se encontraba inquieto por la “erosión” del lugar en manos de los coleccionistas. Su solicitud fue aceptada y el INAH lo nombró codirector de las exploraciones junto con Hugo Moedano Koer (1917-1955), uno de los más jóvenes miembros del recién creado Instituto.¹⁶⁴

En un reporte bastante informal, Moedano envió sus resultados al Departamento de Monumentos Prehispánicos. Junto con Covarrubias practicó nueve calas de diferentes perímetros, alcanzado una profundidad promedio de 3m. También excavaron algunas ofrendas y entierros que salieron “incidentalmente” durante las faenas de los ladrilleros.¹⁶⁵ De entre éstos, quizás el más relevante fue el entierro que localizaron en la Cala 8, en donde:

Se encontraron dos entierros de adultos, sin ofrenda, el primero se encontró a una profundidad media de 70cm y el segundo a 1.60 de profundidad, siendo este último el más interesante por tener el cráneo deformado a la manera OLMECA, idéntico al encontrado por Sterling [sic] en el Cerro de las Mesas. Intermedio a los dos entierros humanos a 1.40 de profundidad apareció un entierro múltiple primario de perros. En este mismo pozo se encontró otro entierro múltiple de perros asociado a una ofrenda, consistente en dos perritos de barro (vasijas vertederas), un ídolo hueco y un garrafoncito.¹⁶⁶

La cerámica encontrada les llevó a considerar que Tlatilco presentaba dos etapas de población, ambas correspondientes al periodo Arcaico, con presencia de los tipos identificados por Vaillant en el sitio de Gualupita. Por otro lado, los entierros y la presencia de figuras de perros, mostraban que la etapa más antigua del lugar mostraba “gente venida del NW de la República”, mientras que “[...] la época II tiene un marcado sabor de las cosas del Estado de Veracruz, en especial de la cultura que en la actualidad se denomina Cerros de las Mesas”.¹⁶⁷

Las aseveraciones de Williams son recurrentes en los hallazgos arqueológicos de grandes magnitudes, y muestran el caris anticuario que aún envuelve la historia de la disciplina arqueológica.

¹⁶⁴ Williams, *Covarrubias, op cit*, p. 228.

¹⁶⁵ Al igual que la mayor parte de las excavaciones de la época, ésta se hizo de acuerdo a niveles métricos. Sobre los trabajos de la Cala 5, Moedano señala que: “Previo trazo de una estratigrafía convencional, (ya que no conocíamos [sic] el terreno bien a bien), de 20 en 20 centímetros, exceptuando la primera superficial, que fue de 30cm, y la tercera que fue de 25cm hasta una profundidad de 2.55mts.” Cf. “Informe Tlatilco”, ms, s/f, ATA, Tomo LXVI, 499.-18, s.n.f.

¹⁶⁶ “Informe Tlatilco”, ms, s/f, ATA, Tomo LXVI, 499.-18, s.n.f.

¹⁶⁷ *Ibidem*. Si bien el informe no tiene fecha, es posible que Williams (*Covarrubias, op cit*, p. 228) tenga razón al considerar que estas exploraciones se realizaron entre 1940 y 1941, pues de haber ocurrido después de la celebración de la Mesa Redonda de Tuxtla, es muy probable que Moedano hubiese usado el término “cultura madre”/“cultura de La Venta”, y no “Cerro de las Mesas”.

La importancia que adquirió este sitio, de hecho, fue sobresaliente en los años siguientes. Entre 1947 y 1949, la *Viking Foudation* patrocinó nuevas exploraciones arqueológicas, esta vez dirigidas por Covarrubias y Daniel Rubín de la Borbolla, y con la colaboración de algunos de los miembros de la nueva generación de arqueólogos y antropólogos físicos que recién se encontraban egresando de sus estudios en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.¹⁶⁸ El objetivo, para este momento ya era muy claro:

La tesis de trabajo fue en rasgos generales el estudio de uno nuevo foco de la cultura llamada Arcaica del Valle de México; sus conexiones pre y post arcaicas, sus interrelaciones con otros centros del Horizonte Arcaico de Mesoamérica, y sobre todo la posibilidad de establecer de una manera científica, la contemporaneidad de la llamada "Cultura Olmeca" y la "Arcaica".¹⁶⁹

La seguridad en la que se basaba esta tesis fue configurada años antes, y fue consensuada durante los la celebración de la Segunda Mesa de Antropología. Covarrubias había tenido oportunidad de conocer los hallazgos de Stirling de manera directa al menos en dos ocasiones. En febrero de 1941 estuvo de visita y aconsejó a Stirling realizar un recorrido por algunos poblados de Chiapas, para ver estelas similares a las que estaba encontrado en sus exploraciones. Luego, un mes antes de encontrarse en la Mesa Redonda, fue comisionado, junto con Valenzuela para realizar una inspección a las exploraciones en La Venta, durante la cual, además de tomar fotografías y hacer dibujos de las piezas, hizo varias excavaciones menores y aparentemente sin mayores resultados.¹⁷⁰

En la Mesa, como su primera presentación formal en el ámbito arqueológico mexicano, Covarrubias mostró las conclusiones de su estudio sobre la definición del estilo olmeca. A diferencia del resto de los ponentes (y con excepción de Caso), el pintor definió a los restos de la Costa como arte, y desde esta consideración basó su análisis. Pensaba que no se trataba de un arte primitivo, ni local. Por el contrario, creía que:

El arte olmeca es fuerte y simple, pero sabio y vehemente, libre del barroquismo decorativo de culturas prehispánicas más recientes. Es interesante que mientras otros complejos culturales participan de características "olmecas", este estilo no posee rasgos o elementos de otras culturas, salvo de las llamadas arcaicas.¹⁷¹

Para Covarrubias el arte olmeca presentaba formas realistas, de alta sensibilidad y libres de detalles rituales. Los dibujos eran lisos, sin decoración y sólo con algunos tatuajes o adornos sencillos y sobrios, que eran casi geométricos, con curvas suaves y ángulos esgrafiados. Pensaba, al igual que los decimonónicos lo hicieron antes, que los artistas olmecas habían

¹⁶⁸ "Informe sintético provisional de las exploraciones arqueológicas en Tlatilco, Estado de México, con el Patrocinio de The Viking Fund Inc. 1947-1949", ms, 7 pags, s/f, ATA, Tomo LXVI, 510.-29, s.n.f.

¹⁶⁹ *Ibidem*.

¹⁷⁰ "Informe de un segunda visita a la zona arqueológica de La Venta, del estado de Tabasco", ms, 8 pags, 18 de bril de 1942, ATA, Smithsonian reportes, tomo CVI, exp. 12.

¹⁷¹ Covarrubias, "Origen y desarrollo del Estilo artístico "olmeca"", SMA, *Mayas y olmecas...*, op cit, pp. 47-8.

hecho representaciones de sí mismos, como “retratos idealizados”, que mostraban a seres rechonchos, de baja estatura, con anchas mandíbulas y caras redondeadas, chatas y con deformación craneana, de labios gruesos, y ojos del tipo mongoloide.

Además de estas características generales, el pintor pensaba que era importante destacar dos motivos básicos del estilo. El primero era el tipo más característico del complejo, basado en la representación de un niño o enano de cabeza bulbosa, ventrudo, piernas cortas y brazos sobre el pecho en puño: los *chaneques*, quienes estaban relacionados con la deidad de la lluvia y del rayo, creencia que aún estaba presente entre los zoques, mazatecos y popolocas de Veracruz. El segundo motivo, y principal en todas las representaciones del estilo, era el del tigre, por lo que resultaba muy probable que éste fuera el animal totémico de tales pueblos:

Esta obsesión felina debe haber tenido un motivo esencialmente religioso, ya totémico, o bien relacionado con el culto de dioses tigres, de la tierra o de la lluvia, con los que el tigre está íntimamente relacionado, no solamente en su significado religioso, sino también en su evolución estilística.¹⁷²

La relación de los rasgos felinos con la deidad de la lluvia fue la base de la propuesta de Covarrubias y desterró por completo cualquier relación con *Quetzalcóatl* o *Tezcatlipoca*. A partir de los rasgos básicos abstraídos de este estilo (la hendidura en V, las cejas flamígeras, los ojos oblicuos y la boca abierta con las comisuras hacia abajo), Covarrubias estableció una evolución hacia todas las representaciones del dios de la lluvia conocidas, desde las presentes en Centro América y en la zona maya del sureste mexicano, como las de Oaxaca y el Centro de México. (Ver Ilustración 64, *Anexo I*)

Pese a su reciente ingreso al medio arqueológico, su propuesta fue la que definió la discusión de la Mesa. La evolución del estilo planteada por Covarrubias, explicaba fácilmente el por qué restos con tales características habían sido localizados en diversos lugares, desde Michoacán en el occidente, hasta Oaxaca y Guerrero en el sur, así como en el centro de México y toda la zona maya hasta Honduras y Costa Rica.

Asímismo, fortalecía la convicción de identificar una civilización remota, que vinculara a todo el espectro prehispánico y que, además, podía ser autóctona. Recuperando de manera íntegra la propuesta de Covarrubias, Alfonso Caso definió que:

La cultura “olmeca” no es en ningún sentido primitiva. Más bien debe llamársele una cultura clásica, de gran finura, que implica siglos de preparación o formación y que influye esencialmente en las culturas posteriores.¹⁷³

Sin brindar mayores argumentaciones, Caso aseguraba que:

¹⁷² *Ibidem*, p. 47.

¹⁷³ Caso, “Definición y extensión del complejo “olmeca””, SMA, *Mayas y olmecas...*, *op cit*, p. 43.

Esta gran cultura que encontramos en niveles más antiguos, es sin duda **madre de otras culturas**, como la maya, la teotihuacana, la del El Tajín, y otras. Para reconstruir esta **cultura madre**, debemos seguir un método semejante al que usan los lingüistas para la reconstrucción de las lenguas madres. Partiendo de semejanzas entre las culturas diferentes, llegar a la conclusión del rasgo original del que derivan sus semejanzas.¹⁷⁴

Si bien estas dos últimas presentaciones fueron las que abrieron el segundo tema planeado por la Mesa, en realidad constituyeron la conclusión de la reunión. La sesión de conclusiones inició en la tarde del 1 de mayo y terminó a media noche de ese mismo día con la propuesta del tema para la siguiente mesa y la de sus organizadores. Antes de su regreso a la capital, los congresistas visitaron a Las Casas (el 2 de mayo), y (el 3 de mayo) el mercado en donde tomaron fotografías de los indios tzotziles y tzetzales y compraron trajes típicos para las colecciones del Museo Nacional. También visitaron San Juan Chamula. Luego emprendieron el regreso a través de la misma ruta de su llegada.

Las conclusiones de la Mesa en el aspecto arqueológico fueron las siguientes:

1. Se propone que a la cultura que se había llamado provisionalmente con el nombre de “olmeca”, se le designe con el de Cultura de la Venta, por ser este sitio donde se ha encontrado la mayor cantidad de rasgos pertenecientes a dicha cultura.
2. Por las exploraciones realizadas hasta ahora en el Valle de México, Michoacán, Morelos, Oaxaca, Veracruz, norte y sur, Tabasco, El Petén, los Altos de Guatemala y Copán, podemos concluir que hay un horizonte cultural que hemos llamado arcaico, el más antiguo de los encontrados, con el que está asociada la cultura de La Venta.¹⁷⁵

Además se concluyó que, de los horizontes identificados hasta ese momento (el más antiguo, el arcaico; el designado como Tzakol-Teotihuacán II-II; el Tepeu o Teotihuacán IV-V; y el Mixteca Puebla), la cultura de La Venta quedaba comprendida en el primero de ellos, el más antiguo, y que los rasgos de esta cultura habían perdurado en las culturas posteriores. Estas conclusiones, en buena medida, reafirmaban lo que Caso y Covarrubias habían señalado en sus presentaciones. Si bien en estas conclusiones no se recuperó literalmente la denominación de Caso (“la madre de otras culturas”), el sentido de las mismas sí apuntaba a éste, al definir la llamada Cultura de La Venta como el origen del resto de las culturas civilizadas.¹⁷⁶

Son varios los autores que consideran que la definición de una “cultura madre” es un derivado teórico de los “círculos culturales” propuestos por la americanística alemana.

¹⁷⁴ Caso, “Definición y extensión del complejo “olmeca””, SMA, *Mayas y olmecas...*, *op cit*, p. 46. Subrayado mío.

¹⁷⁵ SMA, *Mayas y olmecas...*, *op cit*, p. 77. No deja de sorprender que entre las conclusiones se asuma el nombre de “Cultura de La Venta” para todos los restos, cuando, en realidad, las exploraciones en este sitio se estaban realizando en paralelo a la reunión de la Mesa. En estos momentos aún no podían conocerse los resultados de las exploraciones, por lo que no podría asegurarse que en ese sitio se hubiesen “encontrado la mayor cantidad de rasgos pertenecientes a dicha cultura” como señalaron los congresistas.

¹⁷⁶ Este mismo sentido es recuperado por la literatura posterior al referirse a lo olmeca como la “madre del resto de las culturas”, o simplemente como la “cultura madre”.

Vázquez y Rutsch, por ejemplo, piensan que la ubicación de una “cultura madre” en la costa del Golfo mexicano ya había sido esbozada varios años antes de la celebración de la Mesa Redonda de 1942 por autores como Beyer, Krickeberg y Lehmann, pero sin que éstos hubiesen tenido oportunidad de comprobar arqueológicamente su cronología.¹⁷⁷ Señalan, además que Hermann Beyer fue un discípulo dilecto de Eduard Seler y, a la vez, mentor de Alfonso Caso. De esta manera sugieren que éste último fue heredero directo de las posturas de los americanistas, que fueron retomadas y reformuladas de acuerdo a los intereses del nacionalismo mexicano.

Sin duda, la definición de una “cultura madre” recuerda en mucho los postulados graebnianos, pero sería un tanto difícil atribuir una genealogía tan directa como los autores proponen. Como he tratado de mostrar en este trabajo, el problema sobre la ubicación del origen de la civilización y/o del hombre (trasatlántico o autóctono) estaba presente desde el siglo XIX en autores muy diversos. La idea de asociar este origen con la zona maya o con el Altiplano no era reciente, como tampoco lo eran los problemas de vincular uno u otro origen con el resto de los desarrollos prehispánicos.¹⁷⁸

Los temas tratados por los congresistas englobaban dos de las preocupaciones centrales, no sólo de los asistentes a la Mesa o de la americanística alemana, sino de la época: el concerniente a la forma de recuperar el pasado prehispánico, y el de la genealogía de ese pasado. En el primero de ellos se encontraban tanto la reconsideración de la lectura de las fuentes coloniales, como la discusión sobre las temporalidades y agrupaciones culturales hechas por medio de los restos materiales sacados de las excavaciones (en particular cerámica y escultura). En el segundo, se trató de poner en claro cuál era el origen (geográfico y temporal) y el desarrollo de la civilización. Además, se incluyó en la agenda un nuevo problema: la definición del arte prehispánico.

Las primeras dos preocupaciones no fueron exclusivas de las discusiones presentadas en Tuxtla, sino que constituyeron problemas capitales que se habían discutido desde hacía varios años.¹⁷⁹ De hecho, la reunión convocada por la SMA no representó un espacio para la discusión como tal. Los temas presentados ya estaban acordados de manera previa entre los investigadores mexicanos y, en Tuxtla, únicamente se presentaron las conclusiones (a manera de ponencias) desde diferentes estudios y puntos de vista.

¹⁷⁷ Vázquez y Rutsch, “México en la imagen de la ciencia...”, *op cit*, pp. 139-145. Los autores destacan que los resultados de la Mesa Redonda de 1942 sólo ameritaron “una pequeña cita” en las páginas del *México Antiguo*, debido a que ésta era una propuesta que previamente había sido expuesta en la Revista.

¹⁷⁸ Cabría destacar aquí que autores como Krickeberg (*Los totonaca...*, *op cit*) relacionaban la costa del Golfo con la zona maya y su esplendor posterior, y que para éste tampoco quedaban claras cuáles eran las relaciones culturales y cronológicas entre la zona maya y los desarrollos del Altiplano.

¹⁷⁹ Un análisis claro al respecto resulta el texto de Brambila (“La difusión del conocimiento...”, *op cit*) en el que muestra la forma en que se discutió el problema de la interpretación de las fuentes en la primera Mesa celebrada por la SMA, en donde se definió que Tula, en Hidalgo, era la *Tollan* referida por las fuentes coloniales.

Tales conclusiones sin embargo, no estuvieron precedidas de enfrentamientos entre las posturas de los asistentes durante la reunión. De acuerdo a los textos publicados como resultado de la Mesa, pareciera que casi todos los ponentes, desde un inicio, aludieron a las conclusiones y prepararon el terreno para el consenso. Si existieron posiciones diferentes y encontradas, o no fueron expresadas o no trascendieron a la versión publicada del evento. La Segunda Mesa de la SMA, en este sentido, fue el escenario que formalizó, por acuerdo mayoritario, el nacimiento de la “cultura madre”.

Esta categoría no constituyó el establecimiento de un objeto natural. En gran medida, las conclusiones fueron alcanzadas debido a que la “cultura madre” respondía de manera satisfactoria a diversas inquietudes de la comunidad mexicana, en el terreno epistémico y también en el sentido ideológico.

En primera instancia, los restos presentes en las costas de Tabasco y Veracruz tenían escritura glífica. Al menos desde el siglo XIX, la presencia de escritura estaba relacionada con el desarrollo de la civilización y estas ideas se encontraban presentes aún en el siglo XX. Gracias a estos registros, era posible constatar la antigüedad de los restos, y también su historicidad, es decir, su pertenencia al espectro de la Historia y de la civilización (y no al ámbito prehistórico).

La fecha tan temprana estimada para la Estela “C” cancelaba toda posibilidad de que los *mound builders* del Mississippi fueran anteriores. Por otro lado, la particularidad del estilo de este complejo (asociado al jaguar, animal endémico de la región de los bosques tropicales) también permitía rechazar las posibles influencias transoceánicas. Por medio de estas consideraciones se podía refutar a todas aquellas propuestas que habían relacionado el origen fuera del territorio nacional.

De acuerdo a este fechamiento, lo olmeca no sólo se presentaba como un desarrollo previo al maya, sino que además, la similitud de los caracteres glíficos presentes en ambos lugares establecía una relación jerárquica y temporal entre ambos lugares. Es decir, que lo maya era posterior a lo olmeca y que había recibido una influencia de aquél. Con ello, se resolvía el problema de la civilización previa al *Antiguo Imperio* maya.

También podían establecerse relaciones estilísticas entre los tipos escultóricos encontrados en Tabasco y Veracruz y las piezas arcaicas halladas en el Altiplano. Si bien éstas últimas habían sido localizadas desde varias décadas atrás, no había sido posible relacionarlas con la arquitectura monumental (propia de toda civilización) ni con desarrollos localizados fuera de la Cuenca. Este problema quedaba resuelto al establecer que el arcaico tenía correspondencia directa con la cultura de La Venta.

De esta forma, lo olmeca podría ser el puente que daba origen a los desarrollos de uno y otro lado del territorio (la zona maya y el Altiplano). Sin embargo, esto apoyaba más que

rechazar, el origen centralista de la civilización: considerando la relación directa de lo olmeca con lo arcaico, era posible vincular también la *Tollan* y las migraciones nortteñas, mediante la integración de tales desarrollos a la civilización originaria para, luego, fundar el poderoso centro del Altiplano, logrando así una continuidad hasta la Colonia. También era posible establecer el *trait d'union* que desde hacía unos años suponía Alfonso Caso, entre los valles de Oaxaca y la zona maya. Lo olmeca significó el lazo que unía a ambas regiones.

Finalmente, y en el terreno ideológico, la “cultura madre” no sólo era el punto que anudaba las relaciones entre los centros de civilización conocidos en el momento (la zona maya, Oaxaca y el Altiplano), sino que a la postre, también serviría de base para sostener otro de los conceptos fundamentales para la arqueología en México: el de Mesoamérica. Al no presentar antecedente, la “cultura madre” era la respuesta perfecta para el origen civilizado y remoto que el nacionalismo posrevolucionario necesitaba al fundar su historia.

Capítulo IV

Itinerarios: los significados de la “cultura madre”

La historia narrada hasta aquí fue un recorrido a través de los múltiples significados que ciñeron a las antigüedades de la Costa del Golfo, mismos que no culminaron con la celebración de la Segunda Mesa Redonda. Desde que las monolíticas esculturas fueron sacadas y mostradas al público especializado, su existencia ha sido valorada una y otra vez por los ojos de una modernidad empeñada en descubrir en ellas sus propios referentes. Su itinerario de significados no terminó cuando esa modernidad decidió fundamentarse en lo autóctono y cuando las piezas fueron llamadas la madre de todas las culturas.

La multiplicidad de significados que han envuelto a estas piezas está presente en todas las narrativas del discurso arqueológico que han intentado objetivar, asir, definir y desentrañar los secretos que celosamente guardan las pétreas esculturas. Los estudiosos las arrancaron de su morada de sedimentos y las limpiaron pensando que, junto con ellas, saldría a la luz su verdad. Encontraron que también era necesario describirlas y medirlas, como si por medio de la palabra y los instrumentos las pudieran poseer. Las dibujaron y fotografiaron, esperando que al reproducir su imagen, quedara develado su significado oculto. También las hicieron viajar desde su lugar de origen, y montaron escenarios especiales para mostrarlas a los ojos incrédulos de su existencia.

En todos estos caminos, sin embargo, no lograron asir tales objetos. Tras su definición como “cultura madre”, incluso, no fue sencillo incluirlos en el panteón y en la retórica nacionales. Estas piezas parecen escapar incesantemente de cualquier definición que pretenda encarcelarlas. Se niegan a ser poseídas por un solo significado y encaran a cada una de las narrativas que pretenda hacerlo. Majestuosas, enfrentan en silencio a la modernidad que, al desterrarlas, les insufló la vida.

Las salas de exhibición, el arte, las miradas y las narrativas insertas en esta historia, que pretendieron definir las piezas de la Costa, y que con ello construyeron nuevos objetos incluso después de la Mesa Redonda celebrada en 1942, son algunos de los itinerarios sin salida que presento a continuación. No sin antes advertir que, cual si fuera un juego de espejos, lo que sigue no es más que una serie de reflexiones que aspiran a abrir el espacio y la oportunidad para (re)pensar y (re)significar, de nuevo, lo olmeca.

1. Exhibir

Las exhibiciones en los museos públicos develan una parte fundamental de la construcción de la narrativa moderna sobre la otredad. En el campo científico la exhibición museográfica de los objetos pretende ser la reproducción del orden natural y social, aunque sólo se trate de una representación más. En los capelos los objetos adquieren su reconocimiento como realidad, como pasado y significado relevante para la narrativa científica y totalizante. En el campo artístico, rechazando el orden natural y científico, los mismos objetos conquistan un reconocimiento igualmente universalista: se convierten en el testimonio del genio sensible de los pueblos, del espíritu compartido por la humanidad.

Las piezas procedentes de la Costa del Golfo, ya fuesen interpretadas como evidencia de la presencia negra en el continente, como referentes de *Tezcatlipoca*, o bien como una muestra de los contactos con el continente negro o Asia, fueron elementos fundamentales para sostener la universalidad de la historia patria. Sin embargo, tales objetos no ingresaron al discurso museográfico de los salones del Museo Nacional, en la capital del país, sino hasta que fueron reconocidos como realidades autóctonas, como la “cultura madre”.

En el momento en que Occidente se empeñaba por encontrar la universalidad en la diferencia, en el arte y en lo exótico, la simpleza y antigüedad de las piezas prehispánicas resultó un arma valiosa para su ingreso parcial a los espacios de exhibición. Gracias a este contexto, las antigüedades de la Costa del Golfo fueron mostradas en el Museo Nacional aunque, al final, resultaron demasiado “primitivas”, o quizás demasiado ajenas y diferentes al resto de la historia prehispánica, como para obtener una posición encumbrada frente a la historia maya y mexicana.

No obstante, si en el orden del mundo científico tales piezas no podían ocupar el espacio central de la narrativa, en el del universo sensible del espíritu humano sí tendrían una esfera propia y prioritaria, sobre todo en las localidades que apelaban por su reconocimiento en la orquesta universal.

Lo universal

El coleccionismo de las naciones modernas está profundamente vinculado con las ambiciones colonialistas de las potencias, y bajo esta perspectiva se fundaron las mayores colecciones de objetos no occidentales en Europa. México no fue ajeno a estas inquietudes y, en los acervos mexicanos, además, la cuestión colonialista se entretejió con la de la construcción y la fundamentación de la historia patria. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, el discurso científico retomó la preocupación sobre el papel de América en el pasado de la humanidad, integrando el continente a la narrativa histórica y natural.

El tránsito de las colecciones de curiosidades de las monarquías a los museos públicos era parte del programa que buscaba la laicización del conocimiento por un lado y, por el otro, la

construcción del nuevo hombre, el ciudadano.¹ Así los museos se convirtieron en una recreación de la naturaleza y del pasado, mostrando el nuevo orden científico. Exponían en sus vitrinas una muestra representativa del orden natural por medio de taxonomías que, a la postre, se extendieron al resto de las colecciones. La construcción de este ideal estético e histórico arrancó desde el siglo XVIII y sus transformaciones nos acompañan incluso hasta hoy.

Los primeros museos públicos del Viejo Continente se esforzaron por instaurar un discurso de reordenamiento y clasificación del mundo, tanto de la esfera natural como de la del arte. En este segundo ámbito no estaban consideradas las culturas prehistóricas europeas, las cuales, sólo décadas más tarde adquirieron un espacio propio gracias al nuevo discurso antropológico. El prototipo por excelencia de los museos fue el *Musée Louvre* y, en éste, se reordenaron y estandarizaron los esquemas visuales, y se instauraron nuevos valores estéticos y de clasificación, colocando en la cima a las obras del arte clásico de Italia, de Inglaterra y, por supuesto, de Francia.²

En México, fueron los salones del Museo Nacional los encargados de tal tarea.³ Al parecer, uno de los primeros intentos de ordenamiento de las colecciones arqueológicas lo realizó Fernando Ramírez al hacer la descripción de 43 piezas para su publicación en *México y sus alrededores*, bajo la solicitud del presidente Ignacio Comonfort.⁴ Años después con la apertura de la Sala de Monolitos, las piezas del pasado precolombino adquirieron un lugar privilegiado en el Museo Nacional.

¹ Fue en este marco que tuvo cabida la creación de los Congresos de Americanistas. Cf. p. ej. *Congrés International des Américanistes, Compte-rendu de la Première Session, Nancy-1875*, T. I, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968; *Congrés International des Américanistes, Compte-rendu de la Première Session, Nancy-1875*, T. II, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968.

² Un análisis sobre las primeras colecciones del *Musée Louvre* en Duncan, Carol, "From de princely gallery to the public art museum: the Louvre Museum and the National Gallery, London", en David Boswell and Jessica Evans, *Representing the Nation: a reader. Histories, heritage and museums*, Routledge, London, 1999, pp. 304-331. Robert Rydell ("The Chicago World's Columbian Exposition of 1893: 'and was Jerusalem builded here?'" en David Boswell and Jessica Evans, *Representing the Nation: a reader. Histories, heritage and museums*, Routledge, London, 1999, pp. 273-303), por su parte, muestra el tránsito entre las ferias y los espacios museográficos y de exhibición nacionales.

³ Son varios los autores que han analizado la vida del Museo Nacional. Cf. por ejemplo, algunos estudios que resaltan el carácter nacionalista del Museo, en Castro-Leal, Marcia y Dora Sierra, "Museo Nacional de Antropología", Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 7 Las instituciones, Colección Biblioteca INAH, México, 1988, pp. 511-559; y Morales Moreno, Luis Gerardo, *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional 1780-1940*, Universidad Iberoamericana, México, 1994; Pérez Montfort, Ricardo, "El Museo Nacional como expresión del nacionalismo mexicano", en *Alquimia*, Año 4, N° 12, Sistema Nacional de Fototecas, CONACULTA-INAH, México, p. 27-31. Rico Mansard (*Exhibir para educar. Objetos, colecciones y museos de la ciudad de México (1790-1910)*, Ediciones Pomares, Barcelona, 2004) y Rutsch (*Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, INAH/IIA-UNAM, México, 2007) abordan además, el carácter educativo de tal institución.

⁴ Rico Mansard, *Exhibir para educar...*, op cit, p. 118.

Una de las pocas instantáneas que perviven de estos momentos nos la ofrece la descripción de la visita que hicieron al Museo Nacional los participantes del Congreso Internacional de Americanistas celebrado en la Ciudad de México:

En ese lugar se hallan como principales, la gran piedra llamada *Calendario Azteca ó Piedra del Sol*; la cabeza colosal de diorita que representa, en el sentir del Sr. Chavero, el dios Totec; la gran estatua encontrada en las ruinas de Chiehen-Itza por el Dr. Le Plongeon, y que lleva el nombre de Chac-Mool; la colosal de la diosa Coatlicue, descubierta en la Plaza mayor de México a fines del pasado siglo; la gran piedra de Tizoc; las dos cabezas colosales de serpiente desenterradas en el atrio de la Catedral de México en 1881 por el Sr. Garcia Cubas; las grandes columnas toltecas, en fragmentos; la estatua conocida por del *Indio triste*; [...] y el colosal monolito traído de Teotihuacán por el Sr. D. Leopoldo Batres, Inspector de los monumentos de la República.⁵

Los congresistas pudieron observar 354 esculturas y, luego, las piezas de la sección de cerámica, localizada en una de las alas de la planta baja del edificio de Moneda. México, al igual que el resto de las naciones que aspiraban el establecimiento del ideal moderno y universalista, adaptó su historia patria al devenir occidental -universal y bíblico-. Sin embargo, a diferencia de Europa que no integró la prehistoria en la exhibición de sus culturas clásicas, los estudiosos mexicanos incluyeron las piezas del pasado prehispánico en el discurso del orden de la naturaleza y de la historia dentro del Museo Nacional desde su inicio, en 1825. Es cierto que el reconocimiento de estas piezas fue ambivalente respecto a su posible valor estético, al menos durante todo el siglo XIX, pero los estudiosos siempre se esforzaron por fundamentar el valor histórico de las piezas más remotas.

Varios autores han destacado que durante todo el siglo XIX prevaleció el desorden de las colecciones arqueológicas en el Museo Nacional.⁶ Partiendo del criterio actual sobre el orden histórico, en las pocas imágenes que se conservan de aquél entonces, las piezas aparecen como una amalgama informe en salas completamente abarrotadas y carentes de orden. Sin embargo, lejos de mostrar una falta de información, ello podría develar cierto interés por enfatizar la gran cantidad de piezas, la complejidad del espectro del pasado y un diferente criterio sobre el ordenamiento científico. Por otro lado, el acomodo de las piezas no era de ninguna manera una tarea natural que resultara evidente a los ojos de los encargados de su estudio. Cada una de éstas fue dispuesta y recolocada en diversas ocasiones, siguiendo el ritmo siempre cambiante de la historia nacional y de los criterios científicos y museográficos.⁷

⁵ s/a, "Visita al Museo Nacional", *Actas de la XI Reunión del Congreso Internacional de Americanistas, México, 1895*, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, p. 37.

⁶ Por ejemplo, Pérez Montfort ("El Museo Nacional como expresión del nacionalismo mexicano"..., *op cit*, p. 27) señala que, al menos hasta 1867, el establecimiento era "un museo-depósito de objetos diversos", cuando se transformó en el "baluarte del nacionalismo cívico y patriótico".

⁷ Son varios los estudios que abordan las colecciones del Museo Nacional. Por ejemplo, Pérez Montfort ("El Museo Nacional...", *op cit*) y Morales Moreno (*Los orígenes de la museografía...*, *op cit*) abordan el carácter nacionalista del

Los estudiosos pretendían resaltar el significado de las piezas echando mano de su orden y su disposición en cada una de las vitrinas. Esta tarea sin duda fue más sencilla para las antigüedades de los pueblos más estudiados, como el azteca, por ejemplo. Las que procedían de la Costa del Golfo, por el contrario, no podían tener un lugar preciso en el Museo Nacional, como no lo tuvieron en la narrativa histórica. Mientras algunos de los museos extranjeros conservaron algunas de las hachas localizadas en la Costa y la Figurilla de los Tuxtlas, por ejemplo, ninguna pieza similar fue trasladada al Museo Nacional.⁸

Algunas de estas piezas sólo se integraron a las colecciones nacionales hasta el siglo XX, pero no fueron identificadas con ningún pueblo en particular. Su importancia no se basaba en su procedencia cultural, sino en su material de manufactura: el jade.⁹ Al menos esto se desprende del *Catálogo de la colección de objetos de jade* elaborado por Ramón Mena. Fue publicado en 1927 para dar a conocer las piezas de jade que guardaba celosamente el Museo Nacional en sus gabinetes.¹⁰ Las piezas del catálogo, de escultura y lapidaria en su mayoría, estaban fabricadas en jade y procedían de diversas exploraciones. Constituían una “colección” dentro del Museo y, en parte, ello respondía a la importancia que, desde el siglo XIX, se atribuía a tal material entre los pueblos antiguos más importantes de Asia y el Viejo Mundo.¹¹

discurso de las colecciones y Mechthild Rutsch (*Entre el campo y el gabinete...*, *op cit*) además analiza parte de la complejidad que representó el reordenamiento de aquéllas por parte de un extranjero como Edward Seler; mientras que Rico Mansard (*Exhibir para educar...*, *op cit*) aborda el papel educativo de la institución.

Aún queda pendiente observar las colecciones como parte del discurso científico, es decir, como objetos del conocimiento que continuamente están (re)configurándose. Cabe aclarar al respecto que, hasta bien entrado el siglo XIX, únicamente se consideraban las esculturas y las figurillas –y no los tiestos de cerámica– como datos de valor científico y, por tanto, exhibibles. A partir de este criterio, las piezas se agrupaban de acuerdo a su semejanza estilística. De esta forma, piezas procedentes de la Costa del Golfo podían encontrarse al lado de objetos de Teotihuacán, porque ambas, a los ojos de los investigadores, tenían los mismos rasgos. Un criterio totalmente diferente usó, por ejemplo, Eduard Seler cuando se encargó de ordenar las colecciones del Museo Nacional, bajo un “criterio histórico contextual”, de acuerdo a Rutsch, es decir, de acuerdo a su procedencia geográfica. Sobre la clasificación de Seler cf. Rutsch, *Entre el campo y el gabinete...*, *op cit*, p. 118ss. Años después George Vaillant también mostraría su desacuerdo con las clasificaciones de los estudiosos mexicanos para definir el “archaic problema”. Cf. al respecto Vaillant, “Excavations at Zacatenco”, *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, Vol. XXXII, parte I, New York, 1930, p. 15ss; *supra*, Cap. II.2.

⁸ En 1929, Saville (“Votives axes from Ancient Mexico”, *Indian Notes*, Vol. VI, N° 3, s/f, pp. 266-299; “Votive axes from Ancient Mexico II”, *Indian Notes*, Vol. VI, N° 4, octubre, 1929, pp. 335-342) ubica cuatro hachas en el *American Museum of Natural History*, una en el *British Museum*, una en el *Peabody Museum*, una en una colección privada, y una en el *Berlin Ethnographical Museum*. Aún cuando varios autores han considerado que este estudio es precursor en la identificación de lo olmeca, cabría resaltar que Saville agrupa estos objetos y otros resaltando su similitud con los rasgos de un tigre y, por tanto, por su posible relación con *Tezcatlipoca*. Por otro lado, cabría analizar cuál fue el lugar y el significado que tenían cada una de estas piezas en las colecciones de tales museos.

⁹ Saville (*ibidem*) también identifica tres piezas de jade en el Museo Nacional: la máscara de jade descrita por Mena (cf. *infra*) en su catálogo de 1927 con el número 1, la placa designada con el número 6 y un hacha. La primera de estas piezas actualmente se encuentra exhibida en la “Sala Culturas de la Costa del Golfo” del Museo Nacional de Antropología.

¹⁰ Mena, Ramón, *Catálogo de la colección de objetos de jade*, INAH, edición facsimilar, México, 1990 [1927].

¹¹ Las piezas en jade generalmente eran consideradas como amuletos y muestras de la cosmogonía de los pueblos. Entre las piezas del *Catálogo de la colección de objetos de Jade*, se encontraban, por ejemplo, las piezas encontradas en Monte Albán por Leopoldo Batres a inicios del siglo. El inspector consideraba que todos los amuletos que se habían encontrado en Egipto, “[...] se encuentran muy aumentados entre las antiguas tribus de México, que los hicieron también de finísimas piedras preciosas, como son la verdadera esmeralda, la turquesa, las ágatas, la coralina, el cristal de roca, la ematita, la

Todas estas piezas adquirieron un nuevo valor dentro del catálogo. Como el mismo Mena aseguraba, hasta hacía pocos años se pensaba que el jade sólo procedía de Asia.¹² Sin embargo, en 1910 William Niven había localizado un yacimiento en Guerrero, en el Río del Oro. Este tipo de vetas se siguieron encontrando en los siguientes años y la importancia de estos hallazgos hicieron que el director del Museo, Luis Castillo Ledón, ordenara la realización del catálogo. En la publicación de éste, Mena adjuntó la nota de periódico que fue publicada con relación al hallazgo de los yacimientos por el *Excélsior* el 8 de enero de 1927:

LA QUE SE CREÍA ROCA EXCLUSIVA DE CHINA, EL JAPÓN Y LA INDIA, LA HAY TAMBIÉN AQUÍ.- HERMOSOS YACIMIENTOS.- MINAS RIQUÍSIMAS HAN SIDO DESCUBIERTAS EN LA BARRANCA DE TOLIMÁN, EN ZIMAPÁN.

El descubrimiento de vetas de jade en México es un acontecimiento en a historia de la mineralogía y de la arqueología de América y se ha logrado después de arduas investigaciones que culminaron con todo éxito [...]

Una gran preocupación de mineralogistas y arqueólogos del Continente americano venía siendo la de que el jade era absolutamente chino y que su existencia en América se debía a contactos con el Celeste Imperio en épocas remontísimas; pero al formarse el Catálogo de Jades en el Museo Nacional de Arqueología, el profesor de la materia, bien conocido en el mundo americanista, licenciado Ramón Mena, consagró tiempo a estudiar la calidad y procedencia y trabajo de cada pieza, y son casi 600 [...]¹³

Al parecer, había sido el propio Mena el que solicitó al ingeniero de minas Rafael de la Cerda la búsqueda de jade en las minas de Zimapán, Hidalgo. La empresa resultó exitosa al encontrar hilos del mineral entre la pizarra de la Barranca de Tolimán.

En el catálogo el profesor integró los datos de 555 piezas, dos de las cuales pertenecían a colecciones particulares. Además de brindar la descripción general de cada objeto, Mena agregó su procedencia, ya fuera geográfica o cultural. En el primer caso, la mayor parte de las piezas fueron colectadas en Morelos, Guerrero, Oaxaca y el Centro de México, lo que coincidía con los yacimientos del mineral que se tenían identificados hasta ese momento. En el segundo, los objetos fueron designados como nahuas o mixtecos.

La apreciación de las piezas manufacturadas en este mineral cambió radicalmente cuando la Costa del Golfo se consideró el origen de la narrativa prehispánica. También en estos momentos surgieron claros intereses por trasladar al centro del país las esculturas localizadas en la zona, fuesen de jade o no. Poco antes de que se celebrara la reunión de la

serpentina, la turquesa, la obsidiana de cuatro colores, la concha nácar, el hueso, el jade oriental de procedencia asiática que no hay en los terrenos de Europa y les fue desconocido á los Egipcios, y muchas otras piedras que sería difícil enumerar". Cf. Batres, *Exploraciones de Monte Albán...*, *op cit*, p. 24. Actualmente estas piezas se encuentran en exhibición en la "Sala Culturas de Oaxaca" del MNA.

¹² El profesor, sin embargo no perdió oportunidad de sugerir relaciones con Asia. Señala, por ejemplo, que "[...] el nombre actual, JADE pronunciado *yéid* ¿será relación con la palabra china *yú?* (pronunciado *yi*)." Mena, Ramón, *Catálogo de la colección...* *op cit.*, p. 7.

¹³ Mena, *Catálogo de la colección...*, *op cit*, pp. 76ss.

Segunda Mesa Redonda, Miguel Covarrubias y Juan Valenzuela fueron comisionados a La Venta para inspeccionar los trabajos llevados a cabo por la *Smithsonian Institution*. En su reporte, Valenzuela señaló que, pese a que únicamente se pudieron hacer algunas excavaciones menores sin descubrimientos de mayor importancia, estaba claro que el INAH debería iniciar lo más pronto posible sus propias exploraciones en la zona pues ésta resultaba de gran importancia. Además, refería que el traslado de las esculturas a la capital sería "relativamente fácil".

Sugería llevar una de las cabezas mejor conservadas, misma que alcanzaba los 2.5m de altura. De acuerdo a su informante, el sr. Sánchez, era posible prolongar un canal hasta la tierra firme de la isla y colocar la cabeza en un guayín doble que sería arrastrado por un tractor. Estos vehículos eran capaces de arrastrar un guayín hasta con cuatro calderas con un peso de 7 toneladas cada una. Luego, los chalanes podrían hacer llegar la escultura hasta el Puerto de Veracruz (presumiblemente arrastrándola por la corriente del río Tonalá), maniobra que tendría que realizarse durante los meses de mayo a junio, tiempo en el que los nortes disminuían. Una vez en el muelle, la escultura podría ser colocada en el ferrocarril.¹⁴

Pese a la facilidad prometida, ninguna pieza fue trasladada en esos momentos. Ignoro por completo cual fue la razón de ello, pero me parece que no se debió a una falta de interés, pues al poco tiempo hubo una nueva tentativa al respecto. En julio de 1945, Daniel Rubín de la Borbolla fue comisionado para inspeccionar los monumentos de La Venta y para evaluar su posible traslado a la Ciudad de México.¹⁵

Durante su expedición, Borbolla tomó las medidas de cada escultura para poder calcular su volumen y peso (ya que aquéllas variaban de las reportadas por Matthew Stirling). Con base en esto, estimó que su traslado a la capital sería fácil, pero costoso, y que para ello sería necesario contar con la ayuda de Petróleos Mexicanos, quien podría facilitar el equipo, el transporte y los gastos que generarían los trabajos.

Es posible que el reporte de Borbolla haya sido demasiado optimista, pues como él mismo refiere, la ruta para llegar a la zona requería del uso de varios medios de transporte, así como de numerosas horas de viaje:

La forma más fácil y rápida de hacer el viaje es la siguiente: por carretera de Minatitlán a Coatzacoalcos (cerca de 38k. Petróleos proporcionó camioneta pero hay servicio regular de camiones cada hora); Se cruza el Río Coatzacoalcos en lanchas de servicio público, pasaje \$0.20. En la rivera Sur del río se toma el tren en la Es. El tren sale a las 14:00hs. y llega al Plan hacia las 17hs. De la Estación El Plan al campo petrolero "Las Coapas" n camión unos 15 minutos. De las Coapas en lancha por el Río Tonalá bajando hacia el Este hasta llegar a La

¹⁴ Valenzuela, "Informe de un segunda visita a la zona arqueológica de La Venta, del estado de Tabasco", ms, 8 pags, 18 de abril de 1942, ATA, Smithsonian reportes, tomo CVI, exp. 12.

¹⁵ "Informe La Venta Tabasco", ms, 2 pags, 14 de julio de 1945, ATA, Smithsonian reportes, tomo CLXXII, exp. 32.

Venta (Petróleos proporcionó la lancha PEMEX 352 de 3 pies de calado y 16 millas náuticas) El viaje por el río toma cerca de 3 horas. En el Muelle del Canal de La Venta hay una caseta de teléfonos para comunicarse con el campamento, de este modo se obtiene un camión para llegar al campamento, que está en la loma de la zona, cerca de 3km del muelle.¹⁶

Pese a estos planes, las grandes esculturas de basalto no salieron del estado.¹⁷ Es posible que las maniobras de traslado dificultaran la tarea, pues los objetos de jade, de menor peso y tamaño, sí fueron llevados a la Ciudad al poco tiempo de ser descubiertos.¹⁸ Sin embargo, me parece factible que, además de los problemas ocasionados por el tamaño de los grandes monolitos, existiera cierto conflicto entre los intereses federales y centralistas del Museo Nacional en la capital, y los de cada una de las entidades federativas, en torno a la preservación y custodia del patrimonio. Esta situación ya se había presentado años atrás en el caso de las joyas de la Tumba 7 de Monte Albán y, luego de largos litigios, el estado de Oaxaca logró obtener la custodia de las piezas.

Como fuera, al parecer el Museo Nacional prescindió de las grandes esculturas de la Costa para la integración de la “cultura madre” en su discurso. Lamentablemente, desconozco si existen representaciones gráficas o descripciones de las salas del Museo para las décadas de los años cuarenta y cincuenta, pero me parece posible que las pocas piezas de la “cultura olmeca” que conservaban las colecciones del Museo (como algunas de las descritas en el *Catálogo de la colección de objetos de Jade*) hayan sido integradas junto con la cultura arcaica.

Las cosas cambiaron cuando, durante el sexenio de Adolfo López Mateos se dio una nueva sede al Museo Nacional, y se reservó una sala de exposición exclusiva para la “cultura madre”. Con la nueva sede, se pretendía brindar de instalaciones modernas y adecuadas a todas las colecciones que por varias décadas habían permanecido en la calle de Moneda del Centro Histórico. El monumental edificio revestido de mármol se ubicaría en el Bosque de Chapultepec, a un costado de la Avenida Reforma. Para ello, las colecciones existentes resultaban insuficientes, por lo que los investigadores se dieron a la tarea de coleccionar nuevos ejemplares: se llevaron a cabo 70 expediciones de estudio y el acopio de materiales

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ Stirling (“Discovering the New World’s...”, *op cit*, p. 217) refiere que la Estela “C” sí fue trasladada a la Ciudad de México luego de su descubrimiento, pero no me fue posible localizar los reportes al respecto. Actualmente, el fragmento inferior de la pieza se encuentra en el Museo Nacional de Antropología, en la Sala Culturas de la Costa del Golfo, y el superior en el Museo de Tres Zapotes, Santiago Tuxtla, Tabasco.

¹⁸ Por ejemplo, en 1943, se reporta la lista de objetos de jade que fueron entregados al Museo Nacional, mismos que habían sido localizados en las tumbas descubiertas dos años antes. “Lista de jades y objetos arqueológicos entregados por el Dr. Matthew W. Stirling a este Museo y que proceden de las exploraciones practicadas en La Venta, Municipio de Huimanguillo Edo. de Tabasco, patrocinadas por el Geographic Magazine y el Instituto Smithsonian de Washington, D.C.”, ms, 7 pags, 29 de mayo de 1943, ATA, Smithsonian, Legajo 2, s.n.f.

de etnografía nacional; varias exploraciones arqueológicas en diversos sitios; recuperación de estelas y monolitos de zonas alejadas; y adquisiciones por donación o compra.¹⁹

Entre los materiales recabados, sin embargo, tampoco se incluyeron las esculturas monumentales de la Costa del Golfo. Parte de las piezas que fueron colectadas en estas misiones pueden conocerse gracias una publicación especial que se hiciera para celebrar la apertura del Museo. Para la fecha de inauguración del flamante Museo Nacional de Antropología, el 17 de septiembre de 1964, se tiraron 2000 ejemplares de un catálogo en papel couché, que mostraba 130 piezas en fotografías a color, organizadas de acuerdo a la cultura de procedencia, y con una breve descripción técnica prevista para cualquier lector no especializado.²⁰ Las piezas arcaicas, entre las que se encontraban las olmecas, eran dos vasijas de barro antropomorfas y una figura femenina de barro de Tlatilco, así como cuatro piezas de filiación olmeca: un vaso que presenta una cara felina esgrafiada ("monstruo olmeca"); una vasija zoomorfa que representaba al "monstruo olmeca"; un fragmento de una mascarilla olmeca; y el fragmento de torso y cabeza de una escultura hueca de barro del dios *Xipe* con rasgos olmecas.²¹

El encargado de las expediciones en el área, así como de la planificación de la sala fue Román Piña Chan (1920-2001). Para la elaboración de ésta última proponía mostrar:

[...] el problema olmeca, planteando una hipótesis de trabajo que se base en los datos arqueológicos que poseemos; debiendo procederse a la estructuración de un mapa en donde se coloquen todos los sitios que presentan rasgos Olmecas; luego realizar un estudio de la temporalidad y cronología de dichos sitios; establecer periodos y características generales de ellos; y en último término, expresar las implicaciones y el panorama general de la cultura.²²

Piña proponía que se abordaran varios tópicos en la descripción de la cultura, abarcando desde las hipótesis sobre la cultura y la ecología de su medio, hasta sus rasgos sociales básicos, como la economía, indumentaria y adorno, tecnología, vivienda, organización socio-económica, conocimientos y estética. Asimismo, para el arqueólogo campechano

¹⁹ La adquisición de piezas de colecciones particulares alcanzó los 3000 ejemplares.

²⁰ Este catálogo sólo presentaba las piezas más representativas que fueron colectadas, por compra o expedición, en una primera etapa. Fue en este momento cuando Rosa Cowan vendió la colección de Covarrubias consistente en "976 piezas arqueológicas de distintas culturas y procedencias considerada, por las obras maestras que contiene, como uno de los conjuntos de arte precolombino más notables que se han reunido en forma particular." Cf. Avelayra Arroyo de Anda, Luis, *Obras selectas del arte prehispánico (adquisiciones recientes)*, fotografías de Irmgard Groth-Kimball, Consejo Nacional para la Planeación e Instalación del Museo Nacional de Antropología, SEP, México, 1964.

²¹ Sólo las dos últimas fueron colectadas en Veracruz (en El Ocotil y El Faisán), mientras que las otras cinco fueron donadas por George Pepper y su esposa.

²² Piña Chan, "Guión de la Sala de la cultura olmeca. Planeación e instalación del Museo Nacional de Antropología", ms, INAH-CAPFCE, 29 de junio de 1961, p. 2.

Agradezco profundamente la gentileza de la Dra. Beatriz Barba, quien hace ya varios años, me facilitó el material utilizado para la planeación del Museo Nacional en 1961. Al ser parte de su archivo personal, este material no tiene clasificación alguna.

resultaba sumamente importante destacar que la cultura no era primitiva en ningún sentido, sino que, por el contrario:

[...] la cultura Olmeca alcanzó desde El Opeño hasta El Salvador; fue factor importante en el desarrollo e culturas como la Maya, Totonaca y Teotihuacana; a la vez que dio nacimiento a la Zapoteca, que floreció en la región Oaxaqueña. Por esta razón se le ha llamado una cultura madre.²³

Esta afirmación estaba en absoluta consonancia con el objetivo del nuevo edificio del Museo, porque atrás estaba la “[...] época en la cual, en museos y galerías del extranjero, [al arte prehispánico] se le almacenaba junto con antiguallas y curiosidades etnográficas de los llamados pueblos primitivos”. Los restos precolombinos, ahora se reconocía plenamente, eran parte de las “[...] creaciones destacadas de las grandes civilizaciones de la antigüedad” y, como tales, merecían un lugar privilegiado.²⁴

Algunos autores han destacado que la apertura del Museo Nacional de Antropología fue la continuación del proyecto de legitimización de la hegemonía modernizadora, con el que los bienes históricos y tradicionales pasaron a formar parte de una narrativa general y común.²⁵ El MNA, como un escenario, representa, a la vez que ritualiza, el patrimonialismo mexicano, histórico y antropológico, desde su más remoto origen.

En tal escenografía la narrativa iniciaba con los primeros pobladores mexicanos, y acentuaba el surgimiento de las grandes culturas, entre las que se encontraba la olmeca. La inclusión de las antes consideradas culturas “primitivas”, sin embargo, no transformó la universalidad de la narrativa general propuesta desde el siglo XIX. El recorrido propuesto para el visitante al nuevo Museo, iniciaba en el ala derecha del edificio para, luego de traspasar la sala introductoria de antropología, recorrer el sendero de la civilización, desde

²³ *Idem*, p. 20.

²⁴ Aveleyra Arroyo de Anda, Luis, “Presentación”, *Obras selectas del arte prehispánico (adquisiciones recientes)*, fotografías de Irmgard Groth-Kimball, Consejo Nacional para la Planeación e Instalación del Museo Nacional de Antropología, SEP, México, 1964, sin número de página.

²⁵ Para Néstor García Canclini (*Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, CONACULTA-Grijalvo, México, 1989, p. 151), por ejemplo, el Museo Nacional “[...] generó reactivamente una visión metafísica, ahistórica, del “ser nacional”, cuyas manifestaciones superiores, procedentes de un origen mítico, sólo existirían hoy en los objetos que los rememoran. La conservación de esos bienes arcaicos tendría poco que ver con su utilidad actual. Preservar un sitio histórico, ciertos muebles y costumbres, es una tarea sin otro fin que el de guardar modelos estéticos y simbólicos. Su conservación inalterada atestiguaría que la esencia de ese pasado glorioso sobrevive a los cambios”.

Cabe destacar que este autor considera que tal actitud prevalece, sobre todo, en la segunda mitad del siglo XX, mientras que en las primeras décadas del siglo “[...] la documentación y difusión del patrimonio se hizo a través de exposiciones temporales e itinerantes las misiones culturales y el muralismo. Hubo estudios sobre las tradiciones y se formaron colecciones de objetos, pero sin el ademán consagratorio de larga duración que implica la exhibición en museos de una cultura nacional definitivamente establecida. La política educativa primaba sobre la de conservación, la resonancia pública y masiva sobre la concentración de bienes en edificios” (p. 161). Me parece que esta diferenciación no es, como propone el autor, una consecuencia de los gobiernos de la revolución institucionalizada. Por el contrario, el sentido nacionalista y universalista del Museo Nacional está presente desde sus primeros trabajos y exhibiciones “permanentes”. Sobre la vida del Museo Nacional desde sus primeros años y hasta la primera mitad del siglo XX, cf. p. ej. Rutsch, *Entre el campo y el gabinete...*, *op cit*; Morales Moreno, Luis Gerardo, *Orígenes de la museología mexicana...*, *op cit*.

la “cultura madre” hasta encontrarse, al fondo del recinto, con la “Piedra del Sol”, que mantenía su lugar privilegiado como la máxima creación de la antigüedad prehispánica.²⁶

En los últimos años, no obstante, el lugar museográfico de la cultura olmeca se ha tornado ambiguo. Durante la remodelación del Museo Nacional, la llamada “cultura madre” fue desplazada del lugar originario que ocupaba, a otro de menor importancia en relación a las culturas del centro del país. Actualmente, al recorrer sus salas, el visitante atento puede observar la influencia olmeca en diversas culturas, como la del Preclásico del Altiplano o la de las Culturas de Oaxaca. Pero lo “olmeca” ya no se encuentra al inicio del recorrido. Éste lugar lo ocupan las culturas del “Poblamiento americano”, y es seguido de los desarrollos de la Cuenca de México (desde el preclásico hasta el posclásico).²⁷

Sólo luego del desarrollo mexicana y de las culturas de Oaxaca, el visitante accede por medio de un pasillo a la Sala de las Culturas de la Costa del Golfo, como un mero preludeo del esplendor maya. Aquí se pueden observar diversas esculturas monolíticas y de jade, así como algunas piezas cerámicas en nada comparables a las de las salas anteriores. En este espacio, lo “olmeca” ya no es designado bajo el nombre de la “cultura madre”.²⁸ En una ambigüedad incomprensible, sin embargo, se enuncia que es:

[...] la primera civilización mesoamericana con características originales como centros arquitectónicos planificados –La Venta, Tabasco, Tres Zapotes, San Lorenzo y Veracruz-, religión compleja y estructurada.

Las primeras esculturas monumentales en piedra y pequeñas figuras en piedra verde; organización social y política con una clara jerarquización; agricultura intensiva; inicio de la escritura y del calendario; técnicas de construcción tanto arquitectónica como escultórica, y el establecimiento de rutas comerciales.²⁹

Los acuerdos que tomara la Segunda Mesa Redonda en 1942 son así, retomados sólo parcialmente. Incluso, al inicio de la Sala se recurre al libro X de la *Historia General de las Cosas de la Nueva España* del padre Sahagún para presentar a esta cultura:

²⁶ En una lectura un tanto diferente, García Canclini (*Culturas híbridas... op cit*, p. 173.) considera que la propuesta museográfica de recorrido tiene dos sentidos: el inicio por el ala derecha que recorre los fundamentos de la ciencia antropológica y desemboca en las culturas áridas del Norte; o bien, el inicio contrario, por el ala izquierda, que concluye con el fundamento científico. En cualquiera de ambas, el centro de las salas y del discurso, lo constituye la sala mexicana, que representa la “unificación establecida por el nacionalismo político en el México contemporáneo” y la “sede del poder”. Una interpretación similar que, además aborda el interés histórico del Museo por constituir el recinto del discurso nacional, en Gorbach, Frida, “El Museo Nacional: visita a un monumento”, ms, 55 pags., mayo de 1995, proporcionado por la autora.

²⁷ El orden de las salas es el siguiente (de derecha a izquierda): Culturas indígenas de México; Introducción a la Antropología; Poblamiento americano; Preclásico del Altiplano Central; Teotihuacán; Los toltecas y su época; Mexicas; Culturas de Oaxaca; Culturas de la Costa del Golfo; Maya; Culturas de Occidente; y Culturas del Norte.

²⁸ Entre las piezas monumentales se encuentran dos cabezas colosales (Monumentos 2 y 17) provenientes de San Lorenzo, así como réplicas de la Figurilla de los Tuxtles, de la Cabeza de Hueyapan y de la Tumba de Columnas de basalto encontrada por Stirling en La Venta.

²⁹ Cédula museográfica, Sala Culturas de la Costa del Golfo, Museo Nacional de Antropología.

De los olmecas:

“tierra cierto fertilísima, por lo cual la llamaron los antiguos Tlalocan que quiere decir, tierra de riquezas y paraíso terrenal.”³⁰

En esta ambigüedad, la presencia de lo “olmeca” se diluye en el discurso que presenta el Museo. Al tiempo, el centralismo de la narrativa se acentúa: como antaño, como siempre, el centro del recinto sigue ocupado por la cultura mexicana. Desde el umbral de la puerta central del recinto, los ojos del visitante quedan presos ante la grandeza de la Piedra del Sol que, elevada al fondo de la sala, corona todo el espacio y la historia.³¹

El arte

En buena medida, la (re)valoración de las piezas de la Costa del Golfo y su inclusión en la narrativa nacional alrededor de la primera mitad del siglo XX, respondió a los cambios ocurridos en la apreciación universal sobre lo primitivo. Para el momento en que el *National Geographic Magazine* publicaba los resultados de las exploraciones de Matthew Stirling en Tabasco y Veracruz, y se llevaban a cabo las reuniones de la Segunda Mesa Redonda, el mundo entero participaba de una transformación en la apreciación estética del arte que influyó no sólo en la revaloración de las piezas olmecas, sino en todo el espectro de lo prehispánico.

Los intelectuales mexicanos, al menos desde la segunda mitad del siglo XIX, se habían cuestionado acerca de la calidad artística de los restos prehispánicos y, a la vuelta del siglo, aún no existía un consenso sobre el tema. No obstante, el nuevo siglo, la desconfiguración de Occidente tras la Gran Guerra y el rechazo a los valores de evolución y progreso del siglo XIX, la institucionalización de la antropología relativista y las nuevas miradas desde la estética, trajeron consigo nuevos parámetros que modificaron el ideal de universalidad.

Con la apreciación de las realidades americanas, africanas y de Oceanía se modificó el valor asignado al pasado y al presente no occidental. A partir de las expediciones antropológicas francesas al continente negro y de la búsqueda de “culturas” (en plural) propiciada por la nueva subjetividad etnográfica impulsada por Bronislaw Malinowski y Frans Boas, los objetos no occidentales (exóticos) comenzaron a considerarse como piezas únicas que, más allá de su valía histórica como parte de la vida social cotidiana, poseían elementos estéticos dignos de admiración y de reconocimiento universal. Lo exótico se convirtió entonces en la afrenta directa a la racionalidad, a la belleza y a la normalidad de Occidente.

³⁰ Cédula museográfica inicial de la Sala Culturas de la Costa del Golfo, Museo Nacional de Antropología.

³¹ Debajo de esta pieza se encuentra la fotografía que se tomara Porfirio Díaz al lado de la Piedra del Sol. Ello no deja de constituir un detalle revelador del centralismo y presidencialismo que supera, incluso, las tendencias antiporfiristas de nuestra historia patria oficial.

Al tiempo, las nuevas propuestas artísticas pugnaron por elevar las nociones antes rechazadas por el Romanticismo pictórico, enaltecendo la cotidianeidad, la vulgaridad, lo común, lo grotesco, la fealdad. En este proceso, las piezas arqueológicas americanas transitaron por una revaloración en la mirada occidental, al menos, desde la década de los años veinte, cuando además de ser apreciadas por su grado de civilización, fueron admiradas como "piezas de arte".³²

En México, a partir de la segunda década del siglo, parece impulsarse la valoración de la "estética prehispánica" para confrontar los parámetros occidentales. Por ejemplo, en *Forjando Patria*, Manuel Gamio escribía que, pese a que no era común aceptarlo, la calidad artística se había desarrollado en todas las latitudes y en todos los tiempos históricos. Sin embargo, aducía Gamio, la sociedad occidental partía de los parámetros clásicos de Occidente para establecer sus juicios estéticos y las obras que generalmente eran aceptadas como arte eran aquellas que:

[...] despiertan emoción estética en los observadores, por su semejanza morfológica, que en casos llega a ser identidad, con las representaciones del arte occidental, arte que les es familiar, que están habituados a juzgar, a estimar, a producir y a sentir.³³

Gamio consideraba que estas valoraciones eran erróneas porque partían del desconocimiento absoluto de las culturas productoras del arte. Para poder apreciar cada una de estas manifestaciones y lograr una comprensión verdadera y legítima, era indispensable la correcta ubicación y el entendimiento de los parámetros históricos, sociales y artísticos de cada pueblo. Sólo de esta manera se podría encontrar la armonía entre la belleza de la forma material y la comprensión de la idea que expresaba cada pieza. En sociedades como la mexicana, lamentablemente, existía un fuerte desconocimiento sobre el pasado precolombino que dificultaba su correcta valoración estética.

³² Un análisis sumamente interesante sobre los cambios ocurridos en el arte y la antropología a partir de los años veinte, en Clifford, James, *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Trad. Carlos Reynoso, Gedisa, Barcelona, 1995. De acuerdo a este autor, este cambio de apreciación puede observarse claramente en la primera exhibición de arte precolombino en Francia encabezada por Georges-Henri Rivière antes de la apertura del *Musée de l'Homme* en 1937. Lamentablemente no me fue posible localizar información sobre tal exposición.

Para Roger Bartra (*El salvaje artificial*, UNAM -Ediciones Era, México, 1997, en particular cap. IX y Epílogo), la evolución del primitivismo en el arte europeo moderno constituye una resignificación más del mito del salvaje. Como un rechazo a occidente, se buscó la ruta de escape hacia el pasado, la infancia, la locura o el mundo onírico. "El mundo primitivo se hallaba en el interior y no en el exterior de la cultura occidental; y el arte primitivista moderno aparecía como una búsqueda de la simplicidad y, sobre todo, de la totalidad no fragmentada del hombre" (p. 235).

Eric Hobsbawm (*Historia del siglo XX...*, *op cit*, en particular cap. VI) brinda también un erudito análisis sobre la reconfiguración de las artes en el espacio entre guerras, que anunció "con varios años de anticipación el hundimiento de la sociedad burguesa liberal" (p. 182).

³³ Gamio, Manuel, *Forjando Patria*, Colección Sepan Cuantos... N° 368, Editorial Porrúa, México, 1992, p. 44. Para Claudia Ovando Shelley ("Arte precolombino: entre la belleza y la monstruosidad", en Evelia Trejo y Álvaro Matute (eds.), *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas*, UNAM, México, 2005, p. 148-9) las apreciaciones de Gamio, aún cuando no logran abandonar del todo el positivismo, recuperan la visión espiritualista y esencialista de la historia introducida en México por los miembros del Ateneo.

En general, las apreciaciones de Gamio, aunque no fueron discutidas de manera puntal en los siguientes años, fueron integrándose paulatinamente en la (re)valoración del pasado prehispánico y, para cuando se discutió el lugar y el valor de la cultura olmeca en la narrativa prehispánica, ya constituían una base de aceptación común para el medio arqueológico.³⁴

No obstante, la generalización y aceptación de estas propuestas no fue un proceso inmediato, sencillo ni natural. Mucho antes de que fuese propuesta la existencia de una “cultura madre”, parte de los estudiosos mexicanos sujetaron a las culturas más representativas de pasado prehispánico a la medición de los nuevos parámetros estéticos y, sobre todo, promovieron su nueva imagen, como verdaderas obras de arte, ante la comunidad nacional e internacional.

Quizás una de las primeras muestras al respecto la constituya la exposición en diversas exhibiciones nacionales e internacionales de las joyas procedentes de la Tumba 7 de Monte Albán. Luego de su descubrimiento, y de que éste fuera notificado a los medios académicos nacionales e internacionales, la noticia cundió como pólvora. Este mismo año (1932), se hizo una exhibición de las joyas en Oaxaca, para luego trasladar la colección a la Ciudad de México.

El año siguiente (1933), en ocasión a la Feria Mundial llevada a cabo en Chicago, se montó una exposición con las joyas. La Feria, llamada *A century of progress*, tenía como objetivo conmemorar el centenario de la ciudad y mostrar los logros científicos e industriales de este momento. Se montó sobre dos lagunas artificiales y en Northerly Island, a la orilla del Lago Michigan, al sur de la *Navy Pier*. Se abrió al público del 27 de mayo al 12 de noviembre de 1933 y, posteriormente del 1 de junio al 31 de octubre del año siguiente.³⁵

En las 112ha que ocupó, México presentó una reconstrucción de un templo maya y la exposición de las joyas de Monte Albán. La elección de estos sitios no fue inocua en absoluto. De todas las excavaciones realizadas en los últimos lustros, sólo las realizadas en el sureste y en Oaxaca podían igualar la fama que alcanzaron años atrás las ruinas de la

³⁴ No pretendo sugerir que Manuel Gamio haya sido el generador de tales propuestas. Como se verá en adelante, fueron varios los autores que, al menos desde el ámbito arqueológico, hicieron propuestas similares. Por otro lado, los cambios en la apreciación artística también estuvieron acompañados de modificaciones en la narrativa y en la construcción de los objetos epistémicos.

³⁵ De acuerdo a Cheryl Ganz (*The 1933 Chicago World's Fair. A century of progress*, University of Illinois Press, Chicago, 2008. Cf. en particular, capítulo 7) los organizadores de la Feria pretendían impulsar la idea de multiétnicidad y unión de Estados Unidos, enfatizando con ello su historia de migraciones. Pero en esta revaloración, únicamente se consideraron a las poblaciones blancas y sobre todo, a las provenientes de Europa del norte. Con estos grupos se organizaron pabellones y eventos de cada una de sus naciones de origen para mostrar los aspectos de la cultura que habían aportado a la gran nación norteamericana. Un trato distinto tuvieron, en cambio, los migrantes africanos, de Sudamérica y mexicanos, quienes en los últimos años habían cruzado la frontera en mayor número y no fueron invitados a participar en este tipo de demostraciones.

"ciudad de los dioses".³⁶ De esta forma, los sitios llevados al extranjero mostraban los puntos de origen civilizatorio más remotos que el ego nacional podía exhibir y presumir para estas fechas.

Se realizó así una réplica de parte del Cuadrángulo de las Monjas de Uxmal. Su elaboración corrió a cargo de Frans Blom, como parte de la *Tulane University*, quien viajó al sureste para tomar las medidas y hacer los dibujos necesarios para replicar las máscaras del dios *Chac* y las de las serpientes que corren sobre los muros del edificio. El montaje, finalmente, fue anunciado como la muestra del genio artístico y de ingeniería de la perdida civilización de América.

Se presentó también la colección de Monte Albán que, sin lugar a dudas, era impresionante. Eran más de 300 objetos manufacturados en oro, jade, plata, cobre y concha, valuados en \$212, 346.00.³⁷ El mensaje resultaba claro: no se estaban presentando objetos etnográficos (propios de la vida cotidiana de los pueblos primitivos), sino verdaderas joyas, es decir, tesoros excepcionales que mostraban el refinamiento, la elegancia y la alta cultura de una de las civilizaciones más importantes del desarrollo de la historia precolombina.

Para mostrar este tesoro, se escogió una estrategia muy diferente a las antes ensayadas, que se encontraba enfocada a mostrar la modernización del país de la mano de su majestuosa historia. Para ello, las joyas fueron exhibidas en el tren presidencial (Ver Ilustración 35, *Anexo I*):

La intención fue la de anunciar a la República como una nación de progreso científico y económicamente exitosa. Situado al aire libre en la exhibición, cerca del *Travel and Transport Building*, el tren promovía el turismo por muchos sitios históricos de México. Los carros palaciegos, construidos por *Chicago' Pullman Company*, brindaban la imagen de un estado industrial moderno, unido por la última tecnología en la red ferroviaria; las joyas de oro, plata, jade, turquesa y perlas insinuaron parte de los tesoros que se hallan en el sur.³⁸

³⁶ De hecho, las ruinas mayas ya habían sido mostradas como imagen del pasado mexicano en varias de las exposiciones universales celebradas con anterioridad. Las exploraciones llevadas a cabo en el sureste, principalmente por extranjeros, habían sido difundidas desde sus primeros momentos, enfatizando la grandeza de la civilización que la creó y constituyendo un tema central en la discusión sobre el pasado de América en general.

³⁷ Es posible que esta cantidad haya sido estimada para trasladar las piezas al extranjero.

En el salón que previamente había sido destinado para la exhibición de la colección en el Museo Nacional de la Ciudad de México, el 10 de junio de 1933, se reunió la comisión designada para verificar el embalaje de las piezas que serían trasladadas a Chicago: Ignacio Marquina, Director de Monumentos Prehispánicos; Jorge Enciso, Director de Monumentos Coloniales; José R. Benítez, investigador de Monumentos Coloniales; y Enrique Juan Palacios, arqueólogo de Monumentos Prehispánicos. Se cotejaron más de 300 piezas con la lista que ofrecía el catálogo realizado para tal efecto. "Inventario de la colección de las joyas de la Tumba 7 de monte Albán, Oax. (Exploraciones 1932)", mecanuscrito, 44 fojas, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 1, s.n.f; Acta de cotejo, mecanuscrito, 1 foja; "Catálogo de las joyas de Monte Albán, 1933", mecanuscrito, 34 fojas, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 1, s.n.f.

³⁸ Ganz, *The 1933 Chicago World's Fair... op cit*, p. 132. Traducción propia. "The new Republic of Mexico provided another by dispatching its presidential train carrying recently excavated jewels from Monte Alban, Oaxaca. The intent was to announce the republic as a scientifically progressive and economically successful nation. Positioned in the outdoor railroad exhibit near the Travel and Transport Building, the train promoted tourism by trail to Mexico's many historical sites. The palatial coaches, built by Chicago' Pullman Company, advanced the image of a modern industrial state linked by the latest

Seguramente por el éxito alcanzado, tras la exhibición en Chicago, las piezas de nuevo fueron trasladadas para otra muestra, esta vez en la Feria de San Diego California. En esta ciudad, en 1935 y 1936, se realizó nuevamente una feria mundial con la intención de impulsar la economía en tiempos de depresión.³⁹

Las estrategias discursivas utilizadas cayeron en terreno fértil, pues el mundo arqueológico se encontraba plenamente receptivo para aceptar y asumir (al menos hasta cierto punto), la grandeza de los centros de civilización prehispánica. Una vez finalizadas las exposiciones, el Museo Nacional publicó las opiniones de diversas personalidades que observaron la muestra. La mayor parte de estos personajes expresaron su fascinación ante los “tesoros” de Monte Albán y su reconocimiento frente a la grandeza de la civilización que los creó. Hermann Beyer, entonces investigador de la *Tulane University*, señalaba que:

El tesoro de Monte Albán prueba que el historiador Prescott no exageró en su descripción de la suntuosa corte de Moctezuma, como lo han querido demostrar algunos etnólogos y sociólogos. Los hechos valen más que los argumentos.⁴⁰

El largo trecho recorrido por los eruditos del siglo XIX, sin lugar a dudas, estaba rindiendo frutos, pues el nivel “civilizador” de las culturas precolombinas difícilmente podía cuestionarse y, en este sentido, la calidad artística, como nuevo juicio de valor, reafirmaba la importancia del pasado prehispánico.⁴¹ John Merrian, presidente de la *Carnegie Institution*, refería que:

Deseo felicitar al pueblo de México por poseer este maravilloso tesoro de Monte Albán. Es uno de los verdaderos tesoros del pasado de vuestro país. Es una contribución de primer orden para la ciencia y el arte.⁴²

Opiniones similares tuvieron personajes como J. C. Simms, Director del Museo de Historia Natural de Chicago, W. E. Hopper, Wm. Duncan Strong del *Bureau of American Ethnology*, y Herbert Spinden, arqueólogo del Museo de Brooklyn. La muestra también fue observada por el pintor mexicano Diego Rivera, quien opinaba:

rail network technology; the jewels of gold, silver, jade, turquoise, and pearl on display hinted of the treasures to be found to the south”.

³⁹ <http://www.balboapark.org/es/en-el-parque>, consulta electrónica realizada el 3 de junio de 2009.

En México, nuevamente, en el salón del Museo Nacional destinado para la exhibición de las joyas, el 7 de junio de 1935, se reunió la comisión encargada de verificar las piezas que se expondrían: Luis Castillo Ledón, Director del Museo Nacional; José de J. Núñez y Domínguez, Secretario del Museo; y Miguel Othón de Mendizábal, Jefe del Departamento de Arqueología del Museo. También verificaron la operación Eduardo Noguera, Eulogio R. Valdivieso y Agustín Villa Gordo, quienes serían los encargados de llevar las joyas a la Feria. En esta ocasión, únicamente se llevaron 40 piezas que serían exhibidas en cuatro vitrinas con soportes de terciopelo. Cf. Acta de cotejo, manuscrito, 1 foja; “Inventario de los objetos procedentes de la Tumba 7 de monte Albán, Oax., que se destinan para ser exhibidos en la exposición de San Diego, Cal.”, manuscrito, 4 fojas, IIA-UNAM, FACA, caja 5, exp. 1, s.n.f.

⁴⁰ SEP, *Opiniones de distinguidas personas que vieron la exposición de las joyas de Monte Albán en los Estados Unidos de América*, Publicaciones del Museo Nacional, México, 1934, p. 9.

⁴¹ Un análisis sumamente interesante al respecto y con relación a la participación de México en las exposiciones internacionales en Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugos de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, FCE, México, 1998.

⁴² SEP, *Opiniones de distinguidas personas...*, op cit, p. 9.

El descubrimiento de los maravillosos objetos de Monte Albán es importantísimo para la arqueología y el arte del mundo entero; pero para los intereses particulares de México, es de tal importancia, que ninguna palabra puede ponderarlo suficientemente.

Para la base histórica del desarrollo del pueblo mexicano, y en consecuencia, para su futuro, en teoría y acción, los descubrimientos dan extensísimas posibilidades, y es preciso que México reconozca y recompense a Alfonso Caso por el don, sin precio, que le ha hecho con su trabajo; creo que la recompensa mejor será darle todos los elementos necesarios para continuar su trabajo, mientras tenga fuerzas para ello, si no todos los hombres con inteligencia científica y sensibilidad estética en el mundo entero lo demandarán, porque a ninguno puede dejar de maravillar y de serle enormemente útil el trabajo realizado en Monte Albán.⁴³

La publicación de las opiniones de tales personajes, autoridades en el medio antropológico y artístico a nivel internacional, por otro lado, muestra el interés de la comunidad mexicana por fundamentar y certificar la nueva percepción sobre el pasado, y por difundirla a un público no necesariamente especializado. A esta estrategia también respondió una publicación realizada poco después de las muestras internacionales, destinada a mostrar algunas de las mejores piezas del "arte prehispánico". Fue escrita por Alfonso Caso y presentada en un formato de 28.5cm por 20.5cm, en papel couché, con la descripción detallada de 11 piezas que se encontraban en el Museo Nacional y dos procedentes de Monte Albán, localizadas en el Museo de Oaxaca. La descripción de cada pieza se acompañaba de una fotografía en color.

El título, en inglés, indicaba con claridad el contenido de la obra: *Thirteen masterpieces of mexican archeology*. En primer lugar se presentó el Calendario Azteca, y fue seguido de tres esculturas más de la misma cultura: la *Coyolyauhqui*, *Xochipilli* y el Caballero Águila. Aparece luego un vaso de jade encontrado en el Estado de México; otro de tecali adquirido por el Museo desde 1827, procedente de la zona totonaca; una vasija de obsidiana de Texcoco y una mixteca; una palma totonaca; una figurilla maya obtenida por el Museo en 1934; un escudo con mosaico de turquesas extraída del interior de la pirámide del Castillo de Chichén Itzá; y dos piezas de oro procedentes de la Tumba 7: el pectoral y la máscara de oro.

⁴³ *Idem*, pp. 16-7. De hecho, buena parte de las opiniones recabadas en la publicación giran sobre el mismo tópico, al resaltar la calidad artística de las piezas. En opinión del, J. C. Simms, Director del Museo de Historia Natural de Chicago, la colección de joyas mostraba una civilización de muy alta calidad: "Creo que esto lo indica claramente la diversidad de objetos, contruidos de muy variados materiales, y muy artísticamente concebidos"; W. E. Hopper, antiguo miembro de la Sociedad Antropológica de Alabama pensaba que: "Una de las exposiciones del "Siglo del Progreso", más interesantes y que más hacen pensar. La colección incita a la actual generación a interesarse más por el arte"; Dr. Wm. Duncan Strong, antropólogo del *Bureau of American Ethnology*, Washington, DC., consideraba que la muestra era "una encantadora colección de, desde el punto de vista científico y, tal vez más, desde el artístico. Ha sido un privilegio examinarla bajo excelentes guías"; mientras que Herbert Spinde, arqueólogo del Museo de Brooklyn, NY, creía que se trataba de "Una colección típica de la época más rica de la historia precolombina de México, que será de mayor importancia para la historia definitiva del arte y de la religión del Nuevo Mundo". (pp. 5, 9 y 13, respectivamente).

El texto que acompañaba a estas imágenes se presentaba en inglés, como una atención al público extranjero al que estaba dirigida la obra, y como una muestra preferencial al sector del mundo que entonces estaba encumbrándose en la cima del mundo.⁴⁴ Además, en una segunda parte, se presentaba la traducción al castellano, la cual fue realizada por Jorge Acosta y revisada por George Vaillant.⁴⁵

En *Thirteen masterpieces of mexican archeology*, Caso hacía énfasis en el error que implicaba seguir considerando las piezas prehispánicas, como muchos habían hecho, como figuras simbólicas decorativas o como objetos de terribles significados. Advertía al lector que la mayor parte de las obras “de arte indígena” estaban inspiradas en el sentimiento religioso del pueblo. Para entender estas piezas era menester conocer su significado, porque:

Aun cuando la obra de arte tiene un valor estético independiente del simbolismo que encierra, es indudable que no podremos gustar plenamente de ella si no estamos compenetrados de la idea que inspiró su creación porque el artista, que es plásticamente libre al pensar su obra, está sin embargo, condicionado cuando expresa al través de su temperamento, ideas y sentimientos colectivos, formas sociales de pensar y sentir.

En presencia de un arte exótico, para un hombre de cultura europea, se corre el riesgo de quedar limitado puramente al goce sensible de la forma, el color o el ritmo, pero incapacitado para gustar intelectualmente de la obra de arte y, como no podemos sentir, sin atribuir una intención a lo que sentimos, llenamos con nuestras propias ideas la incompreensión de lo que el artista quiso expresar y, como decía Leonardo de Vinci, nos sucede lo que con la música de las campanas: que dice lo que cada quien le parece decir.⁴⁶

Al tiempo en que estas obras intentaban convencer al público no especializado sobre la calidad artística del pasado precolombino, los especialistas se enfocaron en el armado del edificio argumentativo que sostendría tales criterios. El recién fundado Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM impulsó la publicación de obras que pretendían abarcar todo el espectro del arte mexicano: la primera, la correspondiente al arte de la época prehispánica fue encomendada a Salvador Toscano; la segunda, sobre el arte virreinal, a Manuel Toussaint; y finalmente, la de arte contemporáneo, a Justino Fernández.

Fue el primero de estos volúmenes, *Arte precolombino de México y de la América Central*, publicado en 1944, el que representó mayores problemas, pues si bien las experiencias anteriores ya habían fundamentado la misma idea, ahora el objetivo era integrar a todo el

⁴⁴ Renato González Mello (comunicación personal, diciembre de 2009) considera que la preferencia al público estadounidense, es una muestra del activo papel que tiene la política cultural en las estrategias de política exterior, en este caso, para la negociación de la deuda y la explotación del petróleo.

⁴⁵ Caso, Alfonso, *Thirteen masterpieces of Mexican Archaeology*, Editoriales Cultura y Polis, México, 1938, p. 85.

⁴⁶ Caso, Alfonso, *Thirteen masterpieces ..., op cit*, p. 85.

espectro del pasado prehispánico y no sólo a las piezas más representativas.⁴⁷ Toscano explicaba al inicio de su obra que:

El estilo artístico es la fisonomía, la forma por la cual se expresa una cultura, su expresión psicológica peculiar; no existe, por lo mismo, un criterio de validez universal que nos permita juzgar el arte de los diversos pueblos en su desarrollo histórico, pues ni siquiera el ideal clásico de los griegos –tradicionalmente señalado como el momento más alto de la humanidad en el arte- puede reclamar tal título. No existen artes bárbaras o inferiores, pues los estilos artísticos no son mejores ni peores, sino diferentes: son el resultado ‘dirección’ –dice Worringer- de una voluntad artística.⁴⁸

En la obra, Toscano lleva al extremo lo antes considerado por Gamio, al asegurar que el desdén hacia el arte indígena era producto de un hispanismo mal entendido que había juzgado el pasado a partir de criterios erróneos (occidentales) y basado en el desconocimiento de tales pueblos. La belleza, de acuerdo a su juicio, no era el único criterio para el arte. También lo terrible era arte:

En la cultura arcaica, una cultura primitiva que se encuentra en los estratos más antiguos de las culturas teotihuacana, zapoteca o maya, el carácter predominante es su nota tremenda. La vía emocional a que recurre el artesano arcaico es a la de lo monstruoso y no pocas veces a lo siniestro; tomemos al zar sus idolillos o penates tan terriblemente enérgicos y evocadores. Más de una vez el juego de luces y de sombras acentúa vigorosamente los rasgos de fiera de la más primitiva estatuaria y súbitamente, con arrebatos, se nos presentan los ídolos arcaizantes con su fuerza tremenda envolviéndonos en un ambiente mágico lleno de misterios casi brujescos.⁴⁹

La belleza de los objetos, señalaba, tenía que comprenderse de acuerdo a su nivel evolutivo, pues cuanto más primitivas eran las culturas, su vida y arte se encontraban bajo un dominio religioso mayor. Tanto las esculturas de los Cristos ensangrentados del siglo XVI, como las piezas aztecas que emulaban el sacrificio, eran obras que sumían al observador en una “embriaguez demoniaca”, y le despertaban sentimientos de solemnidad, grandeza y fascinación, en una comunión entre la repulsión y la atracción.

Cualquier ídolo arcaico nos produce un sentimiento negativo –nacido de un asco profundo de esencia religiosa-, pero por otra parte este sentimiento se subordina a otro nuevo, una

⁴⁷ Para Claudia Ovando Shelley (“Arte precolombino: entre la belleza y la monstruosidad”..., *op cit*, p. 145) Toscano “[...] se enfrentó al problema de volver inteligible a un amplio público las expresiones artísticas del México antiguo, lo que en última instancia implicaba la difícil tarea de fundamentar la existencia de la belleza de éstas”.

Si bien el objetivo de las obras era alcanzar a un público no necesariamente especializado, la narrativa usada por Toscano también está dirigida a sus pares. Me parece que parte de las dificultades que enfrenta el autor encuentra su razón de ser en que la tesis propuesta aún no estaba plenamente aceptada entre la propia comunidad de estudiosos. Toscano no está “traduciendo” parte del conocimiento aceptado, sino justificando una serie de argumentaciones desde el punto de vista científico, histórico y estético. En este sentido, su obra intenta ser parte de la consolidación formal de tales ideas dentro de la comunidad científica.

⁴⁸ Toscano, Salvador, *Arte precolombino de México y de la América Central*, Prólogo del Dr. Miguel León Portilla, IIE-UNAM, México, 1970, p. 13.

⁴⁹ *Ídem*, p. 15. Toscano usa aquí como sinónimos “arte indígena” y “arte prehispánico”. Esto no es una particularidad de este autor, sino una tendencia general en el medio que acusa una transformación en la apreciación sobre el pasado precolonial y su liga con el llamado “problema indígena”.

atracción fascinante: queremos no mirar y clavamos terriblemente nuestra mirada expresando los caracteres profundos de aquel arte.⁵⁰

El arte indígena, decía el autor, como cualquier otro del mundo, había transitado por un proceso evolutivo. Siguiendo al filósofo alemán Oswald Spengler (1880-1936), Toscano consideraba a la evolución de los estilos artísticos como el proceso de un ser vivo (y de la sociedad misma) que nace y se desarrolla hasta alcanzar su *climax* para luego fenecer. De esta forma, proponía que los estilos prehispánicos transitaban de lo terrible a lo sublime, y de éste a lo bello, para culminar en el barroco. Así, el terrible arte de lo arcaico, alcanzaba la arquitectura sublime de Teotihuacán y, finalmente, la decadencia del barroco maya. Con ello, Toscano intentaba insertar lo tremendo/monstruoso en los cánones universales de la estética.⁵¹

Su interés nacido en el campo del arte, también era compartido por la comunidad arqueológica, sobre todo, al momento de definir el origen y la cuna de las civilizaciones prehispánicas. Poco antes de que aparecieran estos compendios sobre el arte mexicano, la Sociedad Mexicana de Antropología hizo patente su interés por integrar aquél discurso y, al celebrarse la Segunda Mesa Redonda, fueron invitados dos miembros de la comunidad artística: Salvador Toscano y Miguel Covarrubias.⁵²

El arte maya o el de Monte Albán y Teotihuacán ya habían sido acordados y difundidos, pero ahora, la definición del origen requería también la fundamentación estética.⁵³ Lo olmeca no era bello, ni sensual, ni barroco, ni ordenado o florido. Por el contrario, era simple, monstruoso quizás, primitivo o bárbaro, pero era civilizado y, por tanto, también era artístico.

Durante la Mesa fue Covarrubias quien se encargó de la fundamentación, utilizando la sencillez como un valor estético. El pintor aseguró que:

⁵⁰ *Idem*, p. 16.

⁵¹ Para Ovando Shelley la obra de Toscano, como otras escritas en aquéllos años –como la de Tablada y O’Gorman–, marcaron un parteaguas frente a las posturas que, desde el siglo XVI, definían al arte prehispánico como monstruoso. Para la autora, esta ruptura fue consecuencia tanto del nacionalismo cultural resultado de la Revolución Mexicana, como de la consolidación del relativismo cultural y su apreciación de las artes no occidentales, así como del quiebre en el gusto estético resultado de los movimientos artísticos vanguardistas de inicios del siglo XX. Asimismo, las críticas al racionalismo de la herencia ilustrada de autores como Nietzsche y Spengler, y la desilusión ante los resultados de la Primera Guerra Mundial, constituyeron fuertes elementos para la revaloración estética de las piezas prehispánicas.

La autora considera que el análisis de Toscano, basado en Wilhelm Worringer, retoma la polaridad dionisiaca/apolínea propuesta por Nietzsche y difundida en México por José Vasconcelos. Éste último, frente a las críticas sobre la cultura occidental: “[...] propuso como salida la creación de la raza cósmica, fruto de la fusión de Europa y América. El aporte de esta última radicaba en su vitalidad, intuición y, en cierto sentido, pureza, componentes que se inyectarían a la tradición europea entonces en crisis. La postura vitalista de Vasconcelos se aprecia en el concepto de la estética bárbara, entendida como visión del mundo articulada a partir de lo dionisiaco/tremendo.” (Ovando, “Arte precolombino: entre la belleza y la monstruosidad”, *op cit*, p. 158).

⁵² Como antecedí al inicio de este trabajo, aquí no brindaré un análisis de las relaciones entre la comunidad de artistas y la de arqueólogos, pues ello es un tema de estudio en sí mismo.

⁵³ Cabe destacar que ésta fue a la única Mesa Redonda a la que se convocaron a personalidades del medio artístico, al menos en las primeras celebraciones llevadas a cabo.

El arte olmeca es fuerte y simple, pero sabio y vehemente, [...] no tiene nada del sensualismo necrófilo azteca, ni relaciones con el simbolismo **flamboyant** de los mayas, o con el arte ordenado y florido del Teotihuacán de fin de época. Tampoco tiene relación con el simplismo candoroso y burdo del arte llamado "tarasco". Pero sí está conectado, lejana pero palpablemente, con el arte teotihuacano más antiguo, con el estilo llamado "totonaco", con las formas más viejas del arte maya y con los objetos zapotecas, los cuales mientras más antiguos tienden a ser más "olmecas".⁵⁴

Toscano, por el contrario participó de la discusión general sobre la antigüedad de los restos, y sólo al momento de la publicación de su *Arte precolombino de México y de la América Central* ahondó sobre la complejidad que suponían los restos de la Costa.⁵⁵ Si a lo largo de la obra había justificado la "monstruosidad" del arte, tal parece que no podía hacer lo mismo con la sencillez de lo olmeca propuesta por Covarrubias. Consideraba que los restos cerámicos de la cultura arcaica no presentaban mayor relevancia, salvo por las figurillas de cerámica que, sin embargo, eran toscas, bárbaras, sin pulimento ni pintura, trabajadas por pastillaje o torpes incisiones. Reconocía que los restos del área de Veracruz y Tabasco habían sido relacionados con un estadio evolutivo avanzado, pero consideraba que la:

[...] arquitectura de La Venta [...] es sumamente primitiva: montículos piramidales del tipo de los *cuecillos* arcaicos y un recinto cuadrangular cercado por columnas basálticas no labradas –del tipo llamado, geológicamente, pentagonal-, en uno de cuyos extremos se encontraba un pequeño montículo con una cámara sepulcral, a manera de santuario, de muros y de techumbre columnaria pentagonal; sin embargo, a una arquitectura tan impresionantemente megalítica corresponden esculturas de un estilo evolucionado refinadísimo, como las figurillas de jade del estilo olmeca encontradas en la tumba –una de ellas pintada de rojo e incrustada con un disco de pirita-, que en modo alguno pueden calificarse de arcaicas.⁵⁶

Para no minimizar su valor, sin embargo, Toscano prefería considerar a los olmecas, como una "cultura, ante todo, de escultores".⁵⁷ Y es que si bien la propuesta de Covarrubias fue integrada al discurso arqueológico en las décadas posteriores, y la dimensión artística de las piezas no fue un tema que estuviera sujeto a debate,⁵⁸ se mantuvo la dificultad de su

⁵⁴ Covarrubias, "Origen y desarrollo del estilo artístico "olmeca"", SMA, *Mayas y olmecas. Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre problemas antropológicos de México y Centroamérica*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1942, p. 46.

Años después, el pintor reafirmaría su postura general, al señalar que "Nuestro conocimiento de las culturas antiguas de estos pueblos está creciendo constantemente, a la vez que los valores modernos del arte nos han ayudado a comprender mejor un arte que, hasta recientemente, habíamos desconocido y menospreciado. Actualmente discernimos valores universales y eternos de arte en nuestras culturas indígenas, las cuales han sido elevadas a un nivel relativo de importancia frente a las de los egipcios, griegos e indios orientales, como parte de nuestro legado artístico universal". Cf. Covarrubias, *El sur de México...*, *op cit*, pp. 21-22.

⁵⁵ SMA, *Mayas y olmecas...*, *op cit*, pp. 41-2.

⁵⁶ Toscano, *Arte precolombino de México...*, *op cit*, p. 44.

⁵⁷ Este criterio permanece actualmente. En la Sala de Culturas del Golfo del Museo Nacional de Antropología las esculturas rebasan por mucho el número de las vasijas expuestas. También se aclara al visitante que la cerámica del área no alcanza el "refinamiento" de las piezas de otros lugares que, incluso, retomaron elementos del estilo olmeca.

⁵⁸ El éxito de estas propuestas fue generalizado: ha alcanzado tanto el discurso oficial de la disciplina arqueológica, como el de algunas de las posturas más críticas sobre el autoritarismo y patrimonialismo del nacionalismo mexicano.

justificación. La universalidad intrínseca en la categoría “arte” tornaba imposible el ingreso de cualquier manifestación ajena a los parámetros de Occidente.⁵⁹

En general, las apreciaciones sobre la calidad artística del pasado prehispánico no pueden escapar a los criterios universales y occidentales provenientes de la modernidad, su arte y ciencia.⁶⁰ Como señala James Clifford, las posturas derivadas del relativismo no lograron escapar de la totalidad universal heredada del evolucionismo y,⁶¹ en el caso del arte prehispánico, quizás fuera por ello que nunca pudieron salir de la paradoja creada al igualar la belleza y la monstruosidad como elementos de definición.

Por otro lado, la definición arqueológica de lo olmeca se complejizó aún más, al incluir dentro de sus parámetros, una categoría como el “estilo artístico” que, por definición, se mantiene ajena al orden científico, moderno y racional al que aspiraba la disciplina. Si parte del valor estético se encuentra en su unicidad y en su carácter extraordinario (fuera de lo común), ¿cómo podría el arte significar un parámetro de observación y de interpretación válido para generalizar y caracterizar una cultura o un pueblo? Y ¿cómo, además, podría justificar la autenticidad de un pueblo si en sí mismo es un parámetro universal?

En el primer caso, por ejemplo, Alfonso Caso llegó a considerar que “[...] el libro de Toscano marca un punto de partida para una serie de investigaciones sobre el arte indígena del México prehispánico, cubriendo un campo poco menos que inexplorado, el estudio de los objetos arqueológicos mexicanos, desde el punto de vista estético... Estamos en presencia de una documentación amplia, sólida y perfectamente al día, lo que es bastante raro cuando se trata de libros sobre arte mexicano antiguo [...]” (citado por León Portilla, Miguel “Prólogo”, en Toscano, *Arte precolombino...*, *op cit*, p. 8).

En este mismo sentido discursivo, actualmente el Museo Antropológico de Xalapa señala que los olmecas: “Produjeron algunas de las obras más tempranas y perfectas, estéticamente hablando, del mundo precolombino”. (Cédula introductoria, Museo Antropológico de Xalapa)

En el segundo sentido, la postura de García Canclini (*Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, CONACULTA-Grijalvo, México, 1989, p. 164) resulta sumamente interesante. Si bien el autor considera que la apreciación artística del arte prehispánico (como la mostrada en el Museo de Arte Prehispánico Rufino Tamayo) crea un ritual que elimina el sentido social de las piezas y privilegia la mirada culta, considera que los museos que lo exhiben “[...] ha contribuido a acercar a las culturas, hacerlas conocer entre sí y darnos pruebas visuales de una historia universal común. Al hacer patente que nuestro pueblo y nuestros antiguos artistas tienen una historia creativa, pero a la vez no son los únicos que crean, les debemos el haber hecho tambalear las mezquinas certezas del etnocentrismo mucho antes de que los medios de comunicación masiva”.

⁵⁹ Por ejemplo, De la Fuente, en *Los hombres de piedra (op cit)*, hizo un análisis de 15 de las cabezas colosales, en un intento por explicar la “armonía de sus proporciones”. En su estudio, la autora pretendía demostrar que las esculturas están regidas por un patrón matemático que les brinda la impresión de equilibrio, la armonía de sus partes y la belleza exacta de sus ritmos: la sección áurea: “[...] esta medida ideal simboliza el orden perfecto en la naturaleza y en el cosmos [...] No es de extrañar que los olmecas, al igual que otros pueblos creadores, hayan basado el ritmo constructivo de sus obras de arte en tal proporción.” (p. 347)

Tomando como base el rectángulo áureo ideal para una cabeza humana, De la Fuente hizo una clasificación de las cabezas colosales. De las 15, sin embargo, únicamente dos seguían el canon del “oro perfecto”. Por ello la autora hizo algunas modificaciones al rectángulo áureo y así, logró formar grupos y subgrupos que le permitieron encajar 11 de las cabezas restantes, mientras que las dos últimas (entre las que se encuentra la de Hueyapan) no pudieron ser encuadradas en ningún parámetro áureo. Ello implicaba, para la autora, que tales piezas fueron realizadas por personas ajenas a la cultura olmeca.

⁶⁰ En este mismo sentido, Ovando (“Arte precolombino: entre la belleza y la monstruosidad”, *op cit*, p. 150) asegura que “Resulta imposible juzgar el arte precolombino desde sus supuestos creadores si de entrada partimos del concepto de arte surgido en el seno de la cultura occidental en un punto específico en el tiempo –el Renacimiento–, para aprehender una serie de objetos que desde nuestra perspectiva consideramos como artísticos.”

⁶¹ Clifford, *Dilemas de la cultura...*, *op cit*.

Quizás sea en los últimos años, cuando este tipo de preguntas adquieren mayor peso y relevancia en el ámbito arqueológico. Entre el "estilo" y la "cultura", los estudiosos no consiguen escapar de la paradoja. Recientemente, por ejemplo, De la Fuente señalaba que:

El arte nos permite reconocer a los pueblos del pasado tanto en su singularidad como en su universalidad. No en vano podemos identificar a los grupos sociales, periodos y lugares de origen mediante sus obras artísticas. De esta manera, resulta fácil distinguir el estilo pictórico pompeyano del estilo pictórico de Bonampak. Y acaso estamos ciertos sobre "el arte y el estilo olmecas", pero únicamente por lo que toca a la identificación de un modo de expresión que remite a los periodos Preclásico medio y tardío. Estos términos no implican la definición de un pueblo, de una región específica de origen ni de una cultura.⁶²

Si el arte constituyó una herramienta conceptual fundamental para exhibir lo olmeca como el centro y el origen de todo el pasado civilizado precolombino, a la postre, también se convertiría en uno de los mayores frenos en la disciplina para explicar la singularidad del mosaico cultural precolombino.

Lo local

Ramón Mena había reportado, en 1916, la existencia de dos esculturas procedentes de Huimanguillo que se encontraban resguardadas en el Instituto Juárez de Tabasco. Una de éstas tenía rasgos negroides, mientras que la otra parecía de procedencia nahua. El profesor recomendaba iniciar las exploraciones en los alrededores y, a la vez, trasladar las piezas al Museo Nacional. Pese al interés de Mena, las esculturas, al igual que la Cabeza de Hueyapan, nunca recorrieron el camino hacia la capital, y el sitio de La Venta no fue explorado, sino hasta la llegada de Matthew Stirling.

Sólo las piezas de jade fueron exhibidas en las primeras décadas del siglo XX, incluso en el extranjero, mientras que las esculturas de granito se quedaron en sus contextos originales sin pisar el centro cultural del país. Esta segregación muestra parte del mecanismo centralista que rige el discurso de la disciplina arqueológica, el cual crea, en su interior, espacios centrales y periféricos. Este trato diferenciado representó el aislamiento de las esculturas en el discurso que se construía alrededor de la calidad artística y la superioridad evolutiva de la "cultura madre". No obstante, esta apreciación se modifica si se considera que la producción de significados también se encuentra en las localidades, las cuales sólo miradas desde el centro se muestran como zonas periféricas.⁶³

⁶² De la Fuente, "¿Puede un estilo definir una cultura?", en Uriarte, María Teresa y Rebeca González Lauck (eds.), *Olmeca. Balance y perspectivas. Memoria de la Primera Mesa Redonda*, 2 tomos, IIE-UNAM/CONACULTA-INAH/Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo-Universidad Grigham Young, México, 2008, p. 27.

⁶³ Una reflexión sumamente interesante sobre el centro y la periferia en los análisis sobre la ciencia, en López Beltrán, Carlos, "Ciencia en los márgenes: una reconstrucción de la asimetría centro-periferia", en Mechthild Rutsch y Carlos Serrano, *Ciencia en los márgenes. Ensayos de historia de las ciencias en México*, UNAM, México, pp. 19-32.

Mucho antes de que se iniciara la planeación para remodelar el Museo Nacional de la Ciudad de México, los monolitos de la Costa adquirieron espacios y significados localizados. Fue en los poblados en los que se hallaron las esculturas, en donde éstas tuvieron relevancia y notoriedad, sobre todo, a mediados del siglo, cuando parte de la comunidad intelectual y artística se dio a la tarea de infundir un localismo nacional que (re)significó por completo algunas de las piezas de la llamada “cultura madre” en la entidad tabasqueña.

La pieza que antes reportara Ramón Mena en el Instituto Juárez, al parecer, fue trasladada a este lugar en 1896 por don Policarpo Valenzuela, quien era concesionario de la industria maderera del lugar y había sido gobernador por varias ocasiones. Dio la escultura como un regalo para el entonces gobernador del estado, y fue éste último quien la mandó a colocar en el Instituto Juárez, junto con el monolito de varios rostros que también fuera reportado por Mena.⁶⁴

El Instituto era uno de los lugares de orgullo para la élite de la población. En 1860, el gobernador del estado de Tabasco, Victorio Dueñas, había solicitado \$50 000.00 para el establecimiento de un instituto de enseñanza secundaria, media y superior. Aunque su solicitud fue atendida favorablemente por el entonces presidente Juárez desde 1861, el proyecto se consolidó hasta enero de 1879. Casi un siglo después (en 1958) se transformó en Universidad, y actualmente tiene nueve campus universitarios en Villahermosa y Conduacan.⁶⁵

La escultura donada por don Policarpo fue puesta en el patio del Instituto, y en 1910 se colocó sobre un pedestal. En este lugar se encontraba cuando fue observada y descrita por Ramón Mena durante su expedición y, cuando Frans Blom la fotografió en su viaje por los Tuxtlas (Ver ilustraciones 67, 69 y 70, *Anexo I*). Varias décadas después, Beatriz de la Fuente la describiría (Ver Ilustración 71, *Anexo I*), desde la historia del arte, como una pieza que:

Rebasa la Monumentalidad hasta alcanzar el gigantismo, es de recordar que se trata de un figura sentada de 1.73 metros de altura, y revela en su conformación, una vez más, la más pura composición geométrica. El cuerpo es una pirámide de planta cuadrada y vértice trunco, en donde encaja la gran cabeza rectangular. Los brazos son a la vez columnas diagonales y contornos limítrofes del espacio que recogen en su interior. Estructura configurada de acuerdo con los patrones olmecas ciñéndose a la más estricta economía de formas y de elementos. Hay, sin embargo, un ritmo interno de superficies curvas que le imprime un orgánico movimiento formal [...].

La figura se sienta conforme a la postura ritual: las piernas cruzadas, los brazos rectos extendidos hacia el frente y las manos apoyadas sosteniendo una barra contra el suelo. La enorme cabeza va coronada por un tocado que se ajusta sobre los ojos con una banda

⁶⁴ Colorado, Belisario, *Juchimán. Biografía de un ídolo viviente*, Dirección de Difusión Cultural y Extensión Uiversitaria-Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, México, 1991, p. 28. Agradezco las facilidades brindadas por el Dr. Miguel Ángel Díaz Perera para la obtención de este material.

⁶⁵ http://www.ujat.mx/conocenos/instituto_juarez/index.html, consulta electrónica realizada el 29 de mayo de 2009.

realzada, y que se ciñe por arriba a la extraña silueta del cráneo intencionalmente deforme con un abultamiento al frente y la parte superior alargada. El rostro, casi bestial, es ancho y de toscos rasgos. Los ojos profundamente rehundidos, están enmarcados, por arriba, por el grueso reborde de la nada del tocado; tienen forma de comas o ganchos en posición horizontal con las comisuras externas vueltas hacia dentro y hacia abajo. Los iris están perforados. La nariz es muy ancha y aplastada, y se apoya directamente sobre la boca cerrada de labios gruesos y carnosos ligeramente vueltos hacia afuera y con las comisuras hacia arriba.

Los pómulos son salientes y las mejillas hundidas, las orejas, angostas, largas y acanaladas. El cuello es, como se acostumbra representarlo, corto y grueso. El pesado y macizo cuerpo se inclina hacia adelante, describiendo un contorno curvo cuya contraparte es el eje diagonal marcado por los brazos. Al brazo izquierdo, en parte reconstruido, le falta la mano; en el contrario se conserva, y se ve cómo sostiene una barra gruesa situada a un nivel más bajo y por enfrente de las piernas. Es difícil precisar, debido a la erosión, si se trata de una mano o de una garra; el pulgar, al parecer echado hacia atrás, no es del todo visible.

El Monumento 9 [sic] es una peculiar combinación de formas humanas vitalizadas por un principio animal. Pero hay en él no sólo algo de humano y de bestial, sino también de divino. Es como un ser poseído de un espíritu extraterrenal; en última instancia, es una magistral figura de piedra dotada por los maestros que la tallaron de profunda y misteriosa vida interior.⁶⁶

Sin embargo, en el Instituto Juárez, la escultura tenía otros significados. De acuerdo a uno de los directores del establecimiento, el tabasqueño Belisario Colorado, con el paso de los años la pieza se convirtió en parte de la cotidianidad de la vida estudiantil del recinto. Los estudiantes mostraban cariño por la escultura e, incluso, la utilizaban como testigo de sus travesuras al convertirla en sillón de peluquería para trasquilar a los novatos que ingresaban cada año.

La llamaron *Juchimán* y hasta la fecha se le conoce con este nombre. Cuenta la leyenda que adquirió esta denominación gracias al ingenio bromista de un estudiante de apellido Zapata, quien degenerando el anglicismo *watchman*, bautizó a la escultura pétreo sedente en el patio como *Juchimán* haciendo alusión, a la vez, a los guardianes que en Tabasco se les conoce como *guachimones*.⁶⁷

Cierta o no la leyenda, *Juchimán* se convirtió en el centro de identidad del Instituto a mediados del siglo pasado. De acuerdo a Colorado, este reconocimiento fue en gran medida propiciado por él. En 1948, siendo director del establecimiento, usó el nombre de *Juchimán* para designar al equipo de *voleyball* y *basquetball*, así como a la revista de la institución.

⁶⁶ De la Fuente, *Los hombres de piedra...*, *op cit*, p. 189-190.

⁶⁷ La anécdota es relatada por Colorado, *Juchimán...*, *op cit*, p. 29ss. El mismo autor, con un claro orgullo y amor por la escultura y su estado natal, señala que el nombre de *Juchimán* actualmente, "[...] es tan conocido como grato al oído tabasqueño, porque evoca el sordo rumor de las selvas, el llanto de los monos, el estentóreo grito del pájaro vaquero, el agudo chillido del pistoqué y el tristísimo y grave zurear de la paloma real: ¡Juuchi-mannn!".

También realizó el primer escudo para la escuela usando la silueta del personaje, y propició la venta de banderines, ropa deportiva y reproducciones del ídolo.

El uso de la imagen de la escultura tenía un significado sumamente profundo para el profesor, más allá de que los estudiantes lo consideraran un *guachimón* del instituto y sus travesuras. *Juchimán* se encontraba, en el patio, a un lado de un monumento a Benito Juárez, patrono del instituto y, Colorado vio en esta cercanía una oportunidad de creación simbólica. En 1949, para la celebración del aniversario del natalicio del Benemérito, el Instituto preparó un carro alegórico que soportaba una pirámide que, a su vez, servía como base para mostrar una réplica del monumento a Juárez y, además, una a escala natural del “centinela Juchimán”. Los ídolos fueron custodiados por alumnas del instituto disfrazadas de indígenas y, para Colorado, el carro alegórico “fue el mejor y más admirado y aplaudido del homenaje a Juárez aquel 21 de marzo de 1949”.

La representación montada por Colorado no era la simple ocurrencia de reunir las esculturas resguardadas en el patio del Instituto. Por el contrario, el profesor quería crear la base simbólica de la comunidad tabasqueña en la institución:

“Juchimán”, el autóctono monolito tabasqueño, búdicamente sentado al pie del monumento del gran Benemérito de las Américas, parece marcar el alfa de nuestras razas indígenas, cuya omega es Juárez; por eso tenía que figurar en el Escudo este enigmático y popular personaje del Instituto.⁶⁸

El carro alegórico condensaba así el más antiguo esplendor “indígena” con el mayor logro alcanzado varios cientos de años después por la misma raza (Juárez). En un intento por salvar la tensión existente entre la universalidad y la localidad, los dos extremos de la historia recorrían, en el carro alegórico, las calles de aquel lugar en el que toda la civilización americana había iniciado: Tabasco.

Ignoro en qué proporción fue aceptada y continuada la alegoría creada por Colorado y si ésta trascendió con tal fuerza en el resto de la comunidad del instituto. Sin embargo, me parece posible considerar un éxito notable debido a que actualmente la escultura mantiene un lugar central para la institución. Hoy en día *Juchimán* es, para los tabasqueños, la representación de *Ixtlitón*, el “rey de las aguas negras”. Ocupa la parte central del escudo de la ahora Universidad de Tabasco, diseñado por la Lic. Carmen Sosa Viuda de Velásquez. En el emblema, con un águila bicéfala como fondo, *Juchimán* se encuentra sosteniendo el blasón oficial del estado de Tabasco y, a sus pies, está el lema de la universidad: *Estudio en la duda, acción en la fe*. (Ver Ilustración 72, Anexo I)

La escultura sigue colocada sobre un pedestal y se encuentra enmarcada por uno de los arcos del Instituto Juárez, en el Centro de Villahermosa; los universitarios se consideran

⁶⁸ Colorado, *Juchimán...*, *op cit*, p. 48-9.

"juchimanes" e, incluso, existe un premio con su nombre: "Juchimán de plata", presea que otorga el Consejo Directivo de Juchimanes de Plata, A.C. y la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco a quienes hayan contribuido a enriquecer el legado cultural y social de Tabasco y del país.⁶⁹

Pese a que en gran medida podría considerarse que esta resignificación nació de un criterio personal, no podría asegurarse que su consolidación fuese gratuita. En buena medida la creación y aceptación de *Juchimán* como símbolo tabasqueño responde a la ideología impulsada por el grupo de élite del estado de mediados de siglo.

Poco después de que *Juchimán* acompañara al Benemérito por las calles tabasqueñas, Colorado, en su calidad de diputado local, facilitó el recorrido de Carlos Pellicer Cámara (1897-1977) por las ruinas de La Venta, Tabasco. Como uno de los jóvenes intelectuales favorecidos por el régimen, Pellicer había sido becado en 1925 por Puig Cassauranc para realizar sus estudios en París. Viajó por Europa hasta 1929 y, posteriormente regresó al país. En 1941 se integró como Jefe del Departamento de Bellas Artes y, al año siguiente y hasta 1946, trabajó como Subdirector General de la Educación Extra-Escolar y Estética del Palacio de Bellas Artes.⁷⁰ Además de su exitosa carrera literaria y en la administración de la cultura y las artes, Pellicer tuvo aficiones que lo ligaron al pasado prehispánico y, gracias a ello se convirtió en uno de los más grandes coleccionistas de antigüedades de la época, junto con Diego Rivera y Miguel Covarrubias.

En 1951, junto con Colorado y el entonces gobernador del estado, Francisco Javier Santamaría (1866-1963), el presidente municipal de Huimanguillo, Ignacio Flores, y algunos otros funcionarios locales, Pellicer recorrió la zona arqueológica de La Venta. Salieron de Villahermosa en una vieja avioneta y continuaron el recorrido en un *jeep* desechado de la II Guerra Mundial y, luego, en una lancha de motor. Los últimos kilómetros los recorrieron a pie, bajo el sol quemante y las nubes de insectos:

[...] al llegar al claro del bosque donde yacía la Cabeza Sonriente, Pellicer, se quedó estático como otra piedra, hasta que cobró a liento y lanzó un grito estentóreo que toda la selva repitió; luego quiso correr hasta el monolito, pero se enredó en los bejucos y maleza y cayó de rodillas como en adoración, se levantó de un salto felino ¡y la tocó! Después, sin importar la amenaza de víboras ni insectos, se dio a correr y gritar alrededor de la mole aquella [...] Cuando se detuvo por falta de aliento, Pellicer se dirigió a nosotros acesando y desencajado,

⁶⁹ Entre los galardonados con este premio se encuentran figuras como: Lucio Mendieta y Núñez, Luis Cardoza y Aragón, Carlos Quijano, Leopoldo Zea Aguilar, Jaime García Terrés, Eduardo Nicol, Ramón Xirau, Fernando Tola de Habich, Miguel León Portilla, Beatriz de la Fuente Ramírez, Federico Reyes Heróles, Luis Villoro y Rubén Bonifaz Nuño. http://www.dgi.unam.mx/boletin/bdboletin/2005_012.html, consulta electrónica realizada el 29 de mayo de 2009.

⁷⁰ Sus datos biográficos en Pellicer, Carlos y Alfonso Reyes, *Correspondencia 1925-1959*, Zaitzeff, Serge I. (ed.), Ediciones El Equilibrista, CNCA, México, 1997.

con los ojos llameantes y, a manera de un juramento, exclamó: ¡Señores, esta piedrecita me la llevo yo!⁷¹

El paseo por la selva fue el inicio de la planeación para la reorganización del Museo de Tabasco que llevó el nombre del poeta. El proyecto le fue encomendado por el maestro Santamaría, quien durante toda su gestión como gobernador, impulsó el desarrollo de los espacios culturales en el estado. Se pensaba establecer el Museo en Los Portales de Villahermosa, pero ante la pequeñez del local, Pellicer solicitó el edificio construido durante la gestión anterior en la Plaza de Armas. Si bien el espacio había sido erigido años atrás para funcionar como Escuela Tecnológica, la carencia de hasta los equipos más básicos impidió su funcionamiento, por lo que no fue difícil que las autoridades lo destinaran para el uso que proponía Pellicer. Lo que sí resultó difícil fue convencer al instituto Juárez para ceder a *Juchimán* al Museo. Colorado recuerda que:

Cuando Pellicer instaló a la entrada del flamante museo la Sala de La Venta, ya le había echado el ojo terco y perspicaz a Juchimán. Y empezó a quererme convencer, como director del instituto para que lo cediera al Museo. Una vez me invitó a conocer aquella Sala de La Venta [...]. De repente se detuvo teatralmente frente a una base o pedestal vacío y, como dirigiéndose a un auditorio juzgador, con voz solemne me dijo: “Aquí va Juchimán; pero si usted no lo entrega quedará como un ripio, un reproche contra usted”.⁷²

La amenaza, sin embargo, no surtió efecto y Colorado no autorizó el traslado de la escultura. Pero Pellicer no cedería ni olvidaría su capricho tan fácilmente. Una vez que Colorado fue sustituido en la dirección de Instituto por Julián A. Manzur Ocaña, el poeta volvió a hacer su solicitud, extendiendo su petición a una instancia superior: la gubernatura del estado. Sólo así consiguió la donación de *Juchimán* para el Museo. Aprovechando los días de vacaciones en la institución, Pellicer fue armado con un camión de plataforma para sacar la escultura del recinto. Sin embargo, los estudiantes, al enterarse de sus intenciones, acudieron amenazantes para impedir el acto. Pese al enfado de Pellicer, la escultura no se trasladó y el Museo se inauguró sin *Juchimán* el 19 de noviembre de 1952.

Este episodio no sólo responde a las actitudes o caprichos personales (de Pellicer por su ideal histórico-museográfico, o de la comunidad vinculada afectivamente a la escultura), sino que constituye una faceta del proceso de apropiación de los bienes arqueológicos y de su (re)valoración histórica y estética, por parte de las localidades.

Las localidades de la Costa del Golfo no estaban exentas de los intereses de conservación por parte de las entidades centrales. En la inspección que hiciera Rubín de la Borbolla a La Venta en 1945, se observan este tipo de preocupaciones. El antropólogo reportó que muchos de los monumentos habían sido objeto de constante vandalismo por los visitantes de los alrededores (Agua Dulce, Las Choapas e incluso los trabajadores de La Venta). Los

⁷¹ Colorado, *Juchimán...*, *op cit*, p. 23-4.

⁷² *Idem*, p. 52.

monumentos presentaban huellas de golpes, rayaduras de letras y nombres y numerosas despostilladuras. La situación era grave, pues pese a que el guardián de la zona había puesto letreros prohibiendo la destrucción de las piezas, sólo consiguió que estos avisos también fueran destruidos.⁷³

Esta situación, se complejizó ante el saqueo de la zona, probablemente motivada por la publicidad que recibieron los hallazgos hechos durante las excavaciones de Matthew Stirling. Casi una década después de la visita de Borbolla, Juan Valenzuela remitió al Departamento de Monumentos una enérgica queja sobre la destrucción del patrimonio. Su visita al lugar había ocurrido a casi un año de que "el famoso tesoro artístico [las 782 piezas de jade]" estuviera recorriendo los principales países de Europa. De acuerdo a Valenzuela, los restos eran destruidos por numerosos "desmanes que hemos calificado de actos bochornosos". Siempre hablando de los restos en general, Valenzuela argumentaba que numerosos artículos de la ley protegían ese patrimonio, pero que esto resultaba insuficiente y que, por ello, era necesario brindar mayor vigilancia a los monumentos:

A mayor abundamiento sabemos que los mejores ejemplares de tipo olmeca de jade de la mayor calidad y en abundancia, han salido precisamente en su mayoría de esos montículos de tierra, pobres si se quiere en lo que se refiere a la arquitectura, pero riquísimos en otros aspectos y son esas construcciones de tierra los que más tienden a desaparecer.⁷⁴

La inquietud por proteger los restos patrimoniales por medio de su custodia y exhibición, no fue exclusiva de los inspectores de la Ciudad de México. Al poco tiempo de que se abriera el Museo de Tabasco, en la capital veracruzana también se comenzó la planeación de un nuevo recinto que albergaría parte de las colecciones que hasta ese momento se encontraban en la Universidad Veracruzana. El Museo de Antropología de Xalapa, construido en 1960, actualmente custodia siete cabezas colosales, así como numerosas piezas tanto de la cultura olmeca, como de otros importantes desarrollos del estado.⁷⁵

De igual manera y al poco tiempo (1974), se erigió un Museo en la localidad de Tres Zapotes, Veracruz, con "el propósito de resguardar el valioso legado escultórico que nos dejaron los antiguos habitantes de esta región".⁷⁶ De esta forma, el visitante puede observar buena parte de las esculturas que fueron localizadas por Stirling durante sus exploraciones, así como la Cabeza de Hueyapan. En este espacio también se exhiben varias

⁷³ Borbolla, "Informe La Venta Tabasco", ms, 2 pags, 14 de julio de 1945, ATA, Smithsonian reportes, tomo CLXXII, exp. 32.

⁷⁴ Correspondencia Valenzuela-Director de Monumentos Prehispánicos, ms, 5 pags., 27 de febrero de 1953, ATA, Smithsonian reportes, tomo CLXXII, exp. 33.

⁷⁵ La información sobre el Museo de Antropología de Xalapa, en Ladrón de Guevara, Sandra, "El Museo de Antropología de Xalapa", Arqueología Mexicana. Edición Especial. Museo de Antropología de Xalapa, N° 22, 2006, México, pp. 10-11; y Gobierno del Estado de Veracruz-Universidad Veracruzana (eds.), *Guía Oficial Museo de Antropología de Xalapa*, Editoria del Gobierno del Estado de Veracruz, México, 2004, pp. 10ss.

⁷⁶ Cédula Museográfica, Museo de Tres Zapotes, Santiago Tuxtla, Veracruz.

de las fotografías de la misma expedición, las cuales recuperan el imaginario del explorador incansable que no se vence ante la adversidad de tierras desconocidas.⁷⁷

Es cierto que la apertura de cada uno de estos museos responde a la preocupación de las entidades centrales sobre la protección del patrimonio pero, también lo es que cada uno de estos espacios se vio favorecido por el interés de cada localidad por apropiarse y (re)significar un fragmento de la historia patria y nacional. En esta tarea, las acciones federales se vieron complementadas y fortalecidas por el entusiasmo de los grupos intelectuales y políticos de cada estado, y fue éste último el que hizo posible la edificación de sitios que, si bien, mantienen el discurso general sobre la historia nacional, enfatizan cierto chauvinismo localizado.

Al poco tiempo de inaugurar el Museo Pellicer, el poeta tabasqueño se enfrascó en un nuevo reto que manifiesta en buena medida este orgullo nacional-localizado. En 1952 fue nombrado Director de los Museos de Tabasco y, por estas fechas, inició lo que quizás fuera su proyecto más ambicioso en el terreno de la museografía arqueológica: pensaba recrear el paisaje que creyó, podían haber ocupado los olmecas en su tiempo. Para ello trasladaría los monolitos desde La Venta y ejemplares de flora y fauna a un espacio de 7h destinado para tal fin en la capital del estado. A su amigo Alfonso Reyes, en septiembre de 1957, le comentaba lo siguiente:

Quando yo regrese a la capital iré a verte y te platicaré de la cosa en que ando metido: aquí ando moviendo y trasladando milenios hasta de 38 toneladas. ¿Oyeras cómo crujen! Y cuando se acomodan sobre la plataforma del “Mack”, el que sigue crujiendo soy yo. Figúrate que cuando moví la Gran Piedra Triunfal –ésa de 38 toneladas- pasé la noche sentado pensando que la formidable escultura venía por la carretera a razón de 20 kilómetros por hora y desde una lejanía de más de 150 kilómetros. Ya he trasladado 15 monumentos. Me faltan aún 5 esculturas –mudé dellas de cerca de 50 toneladas- ociosidades del volumen- más de un sepulcro megalítico y un gran sarcófago –atascado de siglos-. He tenido que ponerme a régimen para envejecer lo suficiente y estar a tono con estas piedras maravillosas que por ser casi desconocidas, cuando yo dé por terminada la *mise en public* [sic] asombrarán a los mundos.

Pero hombre: Figúrate un poema de siete hectáreas con versos milenarios y encuadernados en misterio. Naturalmente a orillas de un lago con algunos errores llamados cocodrilos. La Setimana [sic] ventura soltaré allí mismo catorce venados que le darán rápida puntuación a tan magnífico texto. Aquí en Tabasco ya sabes que se hila muy delgado. Cuando vas a cortar una flor, se te va pues resultó ser mariposa, y viceversa. No somos culpables. ¡Allá el sol! En el mismo predio estoy organizando un zoológico con las solas especies tabasqueñas.

⁷⁷ Las fotografías que se exhiben en las salas fueron recuperadas de la publicación del *National Geographic Magazine*.

Cabe mencionar, por otro lado, que en el Museo Tuxteco de Santiago Tuxtla también se exhiben dos cabezas colosales y otras piezas de basalto. De acuerdo a la información procedente del Sistema Nacional de Fototecas, alrededor de la década de 1950 había dos cabezas en los jardines de San Andrés Tuxtla y Santiago Tuxtla (fotografías N° inventario: 300189 y 309531). Sin embargo, me parece que la identificación es errónea y ambas piezas en realidad se ubicaron en Santiago (y no en San Andrés) en donde permanecen hasta la actualidad.

Tenemos un pájaro que es como la paleta olvidada de un pintor muy joven. También el tapir que es un proyecto descalificado de rinoceronte. Con muy poco esfuerzo completaré lo botánico y desamano los tres reinos estarán en mí y te digo en mí porque ya toda esta negocia [sic] es parte de mi cuerpo.

Todo este manoseo de siglos a la luz del día me ha confirmado que hay que pasar la vida jugando. Claro, jugando y conjugando, y nada de participios: a darle que es gerundio. Pobres de los que se empeñan en jugar en serio, porque... están Xodidos. Porque mira Alfonsito: Cuando yo hace cinco años pensé en la chingamusa ésta, me dije: ¡a ver qué sale! Y claro, lo que ha salido es una cosa tremenda, pero deliciosa Y es la obra de mi vida. Estoy haciendo un poema con los tres reinos y mucho Hombre. En pequeños refugios de jahuacate y huano –caña y palmera- contra la lluvia o el calor habrá libros de madera con techos brevísimos sobre la Naturaleza y el alma. Cuando quieras escíbeme algunas –frases, bien entendido- que haré incidir sobre planchas delgadas de maderas preciosas. Así, el visitante bueno o malo, tendrá que fregarse y encontrará su sitio. Como ves, a lo mejor todo esto va a resultar bien sabroso. Claro, habrá aguas frescas de frutas tropicantables y a escondidas venderemos Coca-Colas con mentadas de madre. Dentro de un mes regresaré –Dios mediante- a Las Lomas y llamaré por teléfono para ir un día a detallarte más esta información. ¡Aunque te duermas! Y el Parque Museo-Poema de La Venta, en esta fea Villahermosa no lo podré terminar sino hasta junio venidero. Pero ya está muy adelantado.⁷⁸

Lo terminó, en efecto, el siguiente año y fue inaugurado el 4 de marzo de 1958 por el presidente Adolfo Ruiz Cortines. Se llamó Parque Arqueológico La Venta, y se ubicó a las orillas de la laguna de Las Ilusiones, en Villahermosa. Todas las esculturas localizadas por Stirling, incluyendo las tumbas de mosaicos de jade y las columnas de basalto, fueron reubicadas en el Parque de La Venta, dejando en la zona arqueológica únicamente réplicas manufacturadas en fibra de vidrio de algunos de los monolitos originales.⁷⁹

A lo largo de un camino serpenteante, el visitante puede observar, a un lado y al otro, las esculturas de fija mirada inmersas en un nuevo significado. El poeta no sólo concibió un espacio que resaltara la localidad del inicio de la historia prehispánica, sino que trató de escapar del orden tradicional, científico y nacional. Mientras que los museos cerrados, pretendían *develar* el orden que subyacía a las piezas, Pellicer quería *replicar* el orden natural evidente para los sentidos. En la recreación de la selva y el sitio, la naturaleza y lo humano se hacen presentes, mas, cual si fuera una obra teatral, tras bambalinas se oculta la imposición artificial del montaje localizado tramado por Pellicer.

⁷⁸ Pellicer, Carlos y Alfonso Reyes, *Correspondencia 1925-1959*, Zaitzeff, Serge I. (ed.), Ediciones El Equilibrista, CNCA, México, 1997, pp. 60-61.

⁷⁹ Se inauguró como una institución dependiente del Gobierno del Estado de Tabasco, y desde 1984 forma parte del Instituto de Cultura. Beauregard Solís, Graciela, "Datos históricos sobre el Parque-Museo de La Venta", *Kuxulkab' Revista de Divulgación*, Vol. VII, N° 14, División Académica de Ciencias Biológicas-UJAT, México, julio 2002, pp. 61-67.

Si bien uno de los objetivos básicos de Pellicer fue resguardar las piezas que estaban en constante peligro de destrucción por el crecimiento de la industria petrolera, sus acciones tuvieron un efecto perjudicial para la zona arqueológica. Ésta última ha sufrido un paulatino abandono, explicable si se considera que se encuentra sin mayores atractivos visuales (además de la pirámide de tierra que difícilmente es comprendida por el público lego), con réplicas destruidas y descuidadas, rodeada por la urbanización y sin transporte que facilite el acceso desde otros puntos del estado.

2. Mirar

Las imágenes son, en palabras de algunos autores, nuevos caminos que se abren al historiador. Por excelencia, constituyen ventanas hacia las concepciones del mundo pasado. En el campo científico, algunas veces acompañan a los textos. En otras ocasiones, son en sí mismas textos en solitario. En ambos casos, constituyen discursos que evidencian parte de la actividad científica, de su quehacer y, también, de su ideal sobre el mundo y la ciencia misma. Son un intento por reproducir la realidad, pero entre su gama de colores y su juego de luces, casi como una traición, siempre muestran la mano y los secretos de su alquimista, sea éste un dibujante, científico, fotógrafo o artista.

Casi todos los estudiosos del pasado las utilizaron para ilustrar sus ideas, y recrear los ayer. También las usaron como testimonios, verdaderos testigos de su actividad y verdad, que pudieran brindar un apoyo sólido a la voz del expedicionario que no siempre puede llevar consigo y de regreso a casa los tesoros “descubiertos”.

En numerosas ocasiones, las piezas de la Costa del Golfo sirvieron de modelo para la creación de testigos que pudiesen verificar el relato de los expedicionarios, fuera éste sobre la existencia de los negros, o acerca de la “cultura madre”. Estas imágenes muestran el tránsito por las diversas resignificaciones que adquirió el discurso autorizado para describir lo otro, lo ajeno, lo primitivo.

He escogido una pequeña muestra de estos testimonios para tratar, en lo que sigue, de develar a sus creadores y las historias que testifican. La intención colonialista y de poder que ofrecen estos trazos al evocar, definir y apoderarse del otro, tienen una multiplicidad de facetas. La complejización del estatuto de la imagen como testigo, como objeto; el turismo, como la continuación masificada de los relatos de viaje antes limitados a la élite, que intentan adentrarse en los remotos confines de la contraparte del mundo civilizado; y la inquisitiva mirada que busca encontrar en la imagen del primitivo una propia. Aquí, al igual que en el resto de lo escrito en este trabajo, pero quizás de una forma más explícita, tan sólo brindo una aproximación a la compleja tarea que representa el pensar y montar un discurso sobre los que hablaron de los otros.

Lo humano y lo primitivo

La mirada occidental buscó afanosamente, al menos desde sus primeros encuentros con América, su propio reconocimiento y definición. En la figura del hombre “salvaje y primitivo”, Occidente pretendió observar, fuera de sus fronteras, los primeros pasos de la humanidad en el camino del progreso, así como sus miedos más profundos.⁸⁰

⁸⁰ Sobre el mito del “salvaje” y su continuidad y transformación hasta el siglo XX, cf. Bartra, Roger, *El salvaje artificial...*, op cit, y *El salvaje en el espejo*, UNAM-Ediciones Era, México, 1992.

La intelectualidad mexicana no estuvo exenta de esta fascinación por lo primitivo, sino que, en buena medida, buscó la solución a estas interrogantes, sobre todo a partir del siglo XIX. La búsqueda, en este caso, estaba acotada por las fronteras nacionales o, incluso, americanas. Varios autores han sugerido que este afán desató sentimientos casi esquizofrénicos entre la comunidad de estudiosos, quienes preocupados por el *status* de una nación que quería proyectarse a la modernidad, crearon discursos defensivos y poco afortunados para desterrar las imágenes de menosprecio que acompañaban a lo "primitivo".⁸¹

Se ha dicho también que, como parte de esta misma estrategia defensiva, los estudiosos mexicanos imitaron los parámetros occidentales de valoración y representación del pasado, instaurando con ello cierta tradición que aspiraba equiparar las antigüedades mexicanas con los prototipos de las culturas clásicas de Occidente (estilos clásico y neoclásico).⁸²

El ambiente cosmopolita de la Ciudad de México en las últimas décadas del siglo XIX, y su referente ideal en Francia, sin duda alcanzó las representaciones del mundo prehispánico. Los anhelos de esta modernidad puedan observarse con claridad en las propuestas artísticas que pretendieron impulsar la integración de lo prehispánico en la vida moderna, su urbe y arte. En este tenor, la historia, como un punto de anclaje para proyectar el futuro de la nación, también se esforzó por emular a Occidente y su civilización.

No obstante, cabría considerar que estas nociones fueron ideales compartidos por todo el mundo, incluyendo a París, y no realidades concretas localizadas en un centro. La representación del arte y del pasado clásico en Europa también fue un largo proceso de construcción que sólo a la distancia se observa como una idealización totalizante que el mundo periférico se esforzaba por alcanzar. Desde este punto de vista, tanto París como México, trataron de concretar el ideal de occidente y su modernidad y ciencia, y de la humanidad, su pasado e historia.⁸³

⁸¹ Cf. p. ej. Tenorio Trillo (*Artifugios de la nación...*, *op cit*) brinda un análisis sumamente interesante y detallado sobre los afanes del gobierno mexicano por mostrar una imagen civilizada del pasado de la nación en el contexto de las ferias mundiales. Gorbach (*El monstruo, objeto imposible. Un estudio sobre teratología mexicana, siglo XIX*, Itaca-UAM Xochimilco, 2008) por su parte, lleva la propuesta al extremo, al sugerir que parte de los estudios del siglo XIX mantenían una profunda preocupación por el posible origen teratológico de las razas americanas.

⁸² Rico Mansard (*Exhibir para educar...*, *op cit*, p. 120), por ejemplo, sugiere que los estudiosos decimonónicos, al ordenar las piezas prehispánicas y representarlas, querían ajustar la realidad mexicana y su pasado a los estándares estéticos del otro lado del océano. Señala que la forma en que Fernando Ramírez, en *México y sus alrededores*, dibujó las piezas prehispánicas era: "[...] fantástica y muy estilizada del mundo prehispánico, al estilo de cómo se presentaban en Europa en muchas de las antigüedades griegas y romanas, pues se seleccionaron distintos ejemplares, muchos de los cuales ni siquiera estaban en el Museo Nacional, para ordenarlos en una especie de *miscellanea* de objetos atractivos en la que, para beneplácito de cualquier observador, se suavizaban los rasgos prehispánicos rígidos, cambiándolos por rostros sonrientes".

⁸³ Es cierto que los decimonónicos intentaron en más de una ocasión equiparar su pasado con el de Europa, pero la universalidad que pretendían alcanzar no se manifiesta en una simple imitación del estilo clásico. La "suavidad" que identifica Rico en las representaciones del catálogo de Ramírez, podría responder más a la tradición pictórica del momento que a un intento por imitar la estética de Occidente.

Las piezas procedentes de la Costa del Golfo, fueron representadas para probar parte de este ideal. Los estudiosos que creyeron encontrar en estas piezas un valor histórico profundo y original, se esforzaron por presentar tales pruebas a sus pares para ganar así, una posición en el discurso histórico universal.

Las representaciones más antiguas con las que contamos proceden de los escritos de Melgar, mismas que posteriormente fueron publicadas por Alfredo Chavero en *México a través de los siglos*. El primero representó la Cabeza de Hueyapan en dos grabados: en uno de éstos, la pieza se encuentra sola, sobre una base; mientras que en el segundo, la escultura aparece junto a otras, presumiblemente localizadas en la misma región, y sobre una mesa, elemento que disminuye considerablemente su tamaño (Ver Ilustraciones 1 y 2, *Anexo I*).⁸⁴ Pese a la diferencia de proporción que ofrecen los grabados, ambos muestran una representación similar de la cabeza. Fue la primera de estas imágenes la que Chavero retomó para mostrar la posibilidad de la ocurrencia de la raza negra en el continente.

La figura, en *México a través de los siglos*, fue denominada como “Cabeza gigantesca de Hueyapan”. Es un grabado que, sin duda, difiere de las representaciones que actualmente conocemos de esta pieza. (Ver Ilustraciones 1, 65 y 66, *Anexo I*) La cabeza, de casi metro y medio de altura, se presenta de tres cuartos; el contorno redondeado le resta presencia al rostro y lo torna más alargado dando la impresión de una coronilla más pronunciada; el contorno de las cejas, más inclinado y los ojos almendrados y simétricos le restan sobriedad y dureza; las sombras que caen sobre el maxilar ocultan el adorno que cubre desde la sien hasta la oreja; y los labios más delgados y simétricos, así como la aparente flacidez de las mejillas le confieren una expresión contrita.

Una representación similar es la que presentó varios años después Ramón Mena. Cuando el profesor viaja a Huimanguillo, Tabasco, en 1916, regresó a la capital con un reporte sobre la existencia en este lugar de esculturas “tipo negroide”. A su reporte, anexó el dibujo de una de estas piezas. Dice el profesor que “Este coloso [...] mide 1’35 ctms, de altura, teniendo una cabeza de 0’65 ctms de long, y un ancho de espaldas de 1’00 mtro.”⁸⁵

Me parece que, de hecho, son pocos los casos en los que esta emulación de Occidente (o incluso de Oriente) queda manifiesta en la finura de los trazos. Ejemplos clásicos, son los dibujos realizados por Waldeck sobre los murales de Palenque.

Ramírez, por otro lado, fue uno de los principales promotores de los contactos entre las poblaciones prehispánicas y las del otro lado del mundo. Para sostener su tesis, no utilizó los referentes clásicos de Occidente, sino las piezas que tampoco en Europa tuvieron un lugar en las galerías de arte: las prehistóricas. El contacto que proponía Ramírez datada de los primeros años de la humanidad y, por ende, se encontraba completamente alejado de la mirada construida alrededor del mundo clásico. Este origen, el de la humanidad, era una idea de mayor trascendencia para demostrar, con hechos, el vínculo existente entre ambos continentes, así como la valía de las poblaciones americanas.

⁸⁴ De acuerdo al nombre que aparece en la base agregada a la pieza en el grabado, es posible que éste último haya sido realizado por T. de la Peña G.

⁸⁵ ATA, tomo CVI, exp. 825, snf. Es posible que exista un error tipográfico en las medidas reportadas por Mena, pues la escultura mide 1.70m de altura.

El dibujo es por demás esquemático y carente de simetría. Destaca los rasgos del rostro por encima de los del cuerpo. (Ver Ilustración 67, Anexo I) Se muestra una figura humana masculina sedente con las piernas cruzadas al frente (en flor de loto), los hombros se muestran caídos y los brazos se encuentran extendidos al frente, de tal manera que, la palma de la mano derecha sujeta el tobillo de la pierna izquierda. El brazo izquierdo guarda la posición inversa, pero la pieza está rota a la altura del antebrazo, por lo cual no se observa la mano de este lado. Es una figura robusta, que se muestra de forma erguida, pero el dibujo carece de detalles (en manos y pies, por ejemplo), salvo cuando sugiere la posición de los pectorales. El rostro, en cambio, está mejor definido por el trazo. Éste mira al frente, pero sin mostrar el cuello. La cabeza es alargada y casi rectangular. La nariz es abultada y chata, y deja a la vista las cavidades nasales; las mejillas se muestran flácidas y las arrugas alrededor de las comisuras de los labios gruesos sugieren una sonrisa. Las cuencas de los ojos están oscurecidas y se revelan arrugas debajo de éstos y en la frente apuntando la ubicación de los parietales. A cada lado del cráneo, se muestran unas salientes, refiriendo unas orejas largas y gruesas.

En conjunto, Mena nos presenta una figura humanizada. A ello ayuda lo esquemático del dibujo. Es posible que la sencillez en el trazo se debiera a las limitaciones impuestas por el estado de deterioro y de erosión de la pieza, o por el poco tiempo del que disponía el inspector para realizar su visita. Un primer acercamiento al dibujo podría sugerir que quizás por ello Mena se abstuvo de delinear la cavidad de los ojos y los detalles que debieron acompañar al cuerpo.

La escultura, que actualmente se encuentra en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, sin duda se encuentra erosionada. Empero su deterioro, es posible observar en ésta muchos rasgos que el profesor del Museo Nacional omitió en su dibujo. La escultura, en efecto, está en posición sedente con las piernas cruzadas al frente y tiene una faja a la altura de la cintura que apenas se alcanza a distinguir. Es perfectamente simétrica y de aspecto cuadrangular. El torso, sin embargo, está inclinado hacia adelante, y extiende los brazos frente a las piernas, sosteniendo con el puño derecho una barra, de la que sólo queda el extremo de este mismo lado. La pieza está rota en el brazo izquierdo y le falta la mano. La barra, sobre el piso, es paralela a las piernas del personaje, y las oculta. De hecho, es posible observar que la pieza carece de detalles en los pies, pues originalmente la barra cubría por completo esta área.

La cabeza mira, en efecto, hacia el frente; el cuello tan sólo es un poco más estrecho que el ancho de la cabeza, por lo que resulta casi imperceptible. El cráneo es grueso pero no rectangular, pues su aparente alargamiento es consecuencia de un casco que le cubre la totalidad de la coronilla y hasta la frente, con dos prolongaciones que le envuelven los pómulos y los parietales hasta la base del cráneo, dejando descubiertas las orejas. El casco

tiene, al frente, una gruesa cinta protuberante con un nudo al centro que oculta la parte superior de las cuencas. Es por ello que los ojos se ven oscurecidos, pero éstos se alcanzan a observar en el fondo: son pequeños, almendrados y se encuentran muy cerca de la nariz. La mandíbula es fuerte, pero se nota más endurecida por el grosor del casco. La nariz es protuberante y chata y permite observar las fosas; mientras que los labios son gruesos, anchos y abultados. (Ver ilustraciones 69, 70 y 71, *Anexo I*)

El rictus de la boca confiere una actitud adusta al personaje, mientras que la expresión, la fuerza y el rigor del cuerpo son casi amenazantes. Ello contrasta ostensiblemente con la representación de Mena. Él presenta una figura que, pese a su grosor, resulta amable. La posición de los brazos es de relajamiento pues mantiene los hombros caídos, y el torso, descentrado y asimétrico, vence el rigor de lo estático, confiriendo una agradable sensación de movimiento. Esta “relajación” lo desprende de su composición pétreo y lo humaniza.

Tanto el dibujo presentado por Mena, como los grabados de Melgar, no intentan copiar los estándares del estilo clásico occidental. Las imágenes no suavizan las esculturas ni elaboran una visión “fantástica” de éstas. Por el contrario, subrayan su dureza y calidad pétreo, al mismo tiempo que la “humanizan”. Los autores representaron las cabezas de los personajes “alargadas”, cuando, en general, las esculturas de esta zona no presentan esos rasgos, y ello pudo responder a sus posturas monogenistas. Todos ellos (Ramón Mena, Alfredo Chavero y José M. Melgar) abrazaron la idea de un origen único para la humanidad y propusieron la presencia de la raza negra en el continente así como sus vínculos con las poblaciones indias, pero sin que ello implicara simpatizar con la inferioridad racial sostenida por el eurocentrismo dominante.⁸⁶

En este punto, cabe destacar que las propuestas mexicanas sobre los restos de la Costa, difirieron fundamentalmente de los realizados por los norteamericanos. Las investigaciones somáticas realizadas por Morton en las excavaciones llevadas a cabo por Ephraim Squier y Edwin H. Davis en Chillicothe, en el Mississippi a mediados del siglo XIX, justificaban la superioridad de la raza blanca por encima de las restantes y, por tanto, argumentaban en

⁸⁶ Cabe recordar que los estudios craneométricos desde el siglo XIX, sin embargo, consideraban que los cráneos anchos y cortos (braquicéfalos) eran una clara señal biológica de primitivismo e, incluso, de un cerebro más pequeño. Desde una postura claramente eurocentrista, los antropólogos consideraban que, por el contrario, las cabezas alargadas (dollicocéfalos), propias de las razas europeas, tenían una mayor capacidad craneana y, por ende, eran más evolucionadas que el resto.

Estos argumentos, provenientes de la craneometría, se usaron en diversas ocasiones para sostener, con elementos científicos, la inferioridad racial de las poblaciones indias y africanas, y eran parte de la tradición de los estudios antropológicos del siglo XIX, en los que se impulsó el estudio somático de los grupos no occidentales, de sus relaciones filiales y consanguíneas, así como de las mezclas raciales. Tales posturas impulsaron el estudio de la aclimatación de las poblaciones europeas en tierras tropicales (consideradas nocivas para la evolución humana), y las mediciones somáticas con las que se apoyaron las explicaciones sobre la diferencia natural entre el progreso de las diversas razas en el mundo.

Estos estudios también fueron usados para explicar la criminalidad y/o perversidad de los individuos, así como para realizar las políticas sanitarias y judiciales tendientes al control y homogeneización de la ciudadanía. Un ejemplo del uso de estos criterios somáticos lo constituye el estudio de Julio Guerrero, *La génesis del crimen en México*, publicado en 1901.

favor del exterminio de las antiguas poblaciones, y del confinamiento de las poblaciones indias sobrevivientes en reservaciones. Aunque únicamente localizaron un cráneo, éste constituyó evidencia suficiente para que Morton confirmara su postura: era más pequeño que los cráneos de la raza blanca, y ello probaba que los *mounds* eran semi-civilizados, muy antiguos y que no tenían relación alguna con Europa o Asia, como sostenía la postura bíblica sobre la creación y la unidad de la humanidad.⁸⁷

Aún cuando en diversas ocasiones se ha referido que los autores mexicanos también estuvieron influidos por el eurocentrismo de tales posturas, sobre todo, en sus apreciaciones sobre las poblaciones indígenas, habría que destacar que muchos de los estudiosos de esta época, aún basados en los estudios de medición somática, se esforzaron por justificar un juicio contrario que no denigrara el pasado prehispánico de México.⁸⁸ La demostración de la no inferioridad racial de las poblaciones aborígenes y prehispánicas era, a la vez, la defensa del futuro de un país que se perfilaba hacia el mestizaje en el universalismo occidental.⁸⁹ Son estas las consideraciones que parecen estar en las representaciones gráficas de la Cabeza de Hueyapan y de *Juchimán*: sus cráneos alargados reclaman el origen de una sola humanidad, así como la igualdad a ambos lados del océano.

En otro sentido, el énfasis en la humanización de las piezas de la Costa del Golfo presentado por Melgar, Chavero y Mena, omite cualquier presencia iconográfica. Como referí en el primer capítulo de este trabajo, tales representaciones aspiraban a la demostración de cierto naturalismo que justificara la existencia de un tipo racial y, con ello, se limitó la posibilidad de relacionar los elementos de las piezas con características simbólicas o míticas.

⁸⁷ Las opiniones de Morton estaban sustentadas por los estudios que había realizado en diversas colecciones de cráneos, y en su rechazo a cualquier determinismo geográfico que sugiriera que las diferencias eran el resultado de afectaciones del medio. Cf. Squier, Ephraim y Edwin H. Davis, *Ancient monuments of the Mississippi Valley*, edición y estudio introductorio de David J. Meltzer, edición facsimilar de la edición original de 1848, Smithsonian Classics of Anthropology, Smithsonian Institution, Washington, 1998, cap. XVII.

⁸⁸ México tuvo una fuerte influencia de la agenda de investigación de la escuela francesa, en particular de la *Société d'Anthropologie* de París y del *ethos* de Paul Broca, su fundador. Por ello, los mexicanos asumieron los matices racistas derivados del eurocentrismo y se avocaron al estudio de los grupos indígenas y del pasado prehispánico. La agenda de la *Société d'Anthropologie* consideraba la investigación de las diferentes regiones del mundo para obtener datos sobre las características físicas de los grupos indígenas, la mezcla racial, la endogamia y consanguinidad, así como la aclimatación de los europeos a regiones tropicales, y los referentes a los restos óseos de pueblos antiguos. Villanueva, María *et al*, "Esbozo histórico", *Cien años de antropología en México. Inventario bibliográfico*, IIA-UNAM, México, 1999, pp. 97-99.

⁸⁹ En *Indígena y Criminal. Interpretaciones del derecho y la antropología en México. 1871-1921*, (Universidad Iberoamericana, 2000), Beatriz Urías Horcasitas sugiere que la tradición antropológica ayudó a la construcción de la figura del "criminal" así como a su relación directa con la noción "indígena". Si bien su propuesta es sumamente interesante, me parece que, la generalización que realiza omite la diversidad de los estudiosos e intereses contrarios a su tesis. Un análisis que muestra, por ejemplo, la diversidad de posturas en torno a la capacidad evolutiva del indígena en el siglo XIX, lo constituye el trabajo de Bárbara Cifuentes, "Lenguas e historia en tres obras mexicanas del siglo XIX", en Mechthild Rutsch y Mette Marie Wacher (coords.), *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*, Colección Científica 467, INAH, México, 2004, pp. 117-139.

Tal postura constituía una excepción en los estudios de la época, en los cuales se enfatizaban las relaciones con el espacio sagrado y cosmogónico, sobre todo tratándose de los pueblos del Centro de México y de la zona maya. Sin embargo, los restos de la Costa diferían completamente de aquéllos. Si constituían una muestra de la presencia de la raza negra en el territorio y de los contactos interoceánicos, tenían una gran antigüedad y eran representantes de los estadios más primitivos del género humano. Como tales, no podían manifestar una práctica religiosa sólida, como sí lo demostraban las sociedades civilizadas (mexica o la maya, por ejemplo) que tenían un cuerpo religioso institucionalizado y formalizado que era poseedor de un código de escritura manifiesto en los códices, esculturas y relieves. En los tiempos primitivos, por el contrario, no era posible encontrar tales características.

Esta apreciación también dominó la representación de las hachas de jade localizadas en aquellos momentos. Por ejemplo, el hacha mostrada en *México a través de los siglos* fue descrita por Chavero como un “hacha gigantesca de granito”, de 55.5cm de altura, procedente de la costa de Veracruz. (Ver Ilustración 8, *Anexo I*) A diferencia de las piezas descritas arriba, me parece que el grabado de esta hacha no modificó sustancialmente los rasgos de la pieza. Por el contrario, la representación manifiesta la dureza de los rasgos faciales: ojos almendrados ligeramente elevados hacia los parietales; la nariz tosca y ancha que deja observar claramente las cavidades nasales; y la boca abierta con las comisuras hacia abajo que permite observar el grosor de los bellos y dos colmillos largos y curvados.⁹⁰

Chavero no identificó “símbolo” alguno en la pieza, sino que la relacionó con los rasgos somáticos de la Cabeza de Hueyapan. Refiere que:

Viendo su tamaño y su peso, se comprende difícilmente cómo podían utilizarla. La parte superior del hacha es una cabeza de hombre parecida á la de Hueyapan; el tocado es semejante; en la parte posterior tiene la incisión cuneiforme; pero el tipo negro es más marcado, más claro lo chato de la nariz y más pronunciados los salientes bellos.⁹¹

En buena medida, sus apreciaciones coinciden con las hechas antes por Melgar y, posteriormente por Mena, ya que ninguno de estos autores hizo un análisis icónico de las piezas ni trató de aislar sus elementos comunes. Sólo años más tarde, Saville se encontraría sumamente interesado en demostrar el carácter ritual de las mismas piezas y, por ello, las identificaría con el jaguar y con el culto mexica a *Tezcatlipoca*.⁹²

Sin embargo, ninguna de estas apreciaciones tuvo éxito en los siguientes años. La identificación de las piezas de la Costa con elementos de carácter simbólico propios de una

⁹⁰ El grabado está firmado por “El Fuste”.

⁹¹ Chavero, “Primera época. Historia antigua”, en Riva Palacio, *México a través de los siglos...*, T. I, *op cit*, pp. 64-5.

⁹² Cf. *supra*, Cap. II.

civilización y con rasgos netamente humanos, sólo tuvo cabida varias décadas después, cuando la cultura de lo "primitivo" sobrepasó incluso, los cánones de la estética y las esculturas de la Costa del Golfo fueron denominadas como la "cultura madre".

Testimonios y viajes

La comparación de las representaciones descritas arriba y las realizadas en los siguientes años, brinda una excelente oportunidad para destacar parte de los cambios ocurridos en la construcción de los datos y de los testimonios al interior del discurso arqueológico. En general, los registros de estos años muestran una transformación paulatina en el ideal de objetividad que acompaña una nueva forma de escritura.

Quizás unos de los trabajos que muestran de forma más clara este cambio, sean los realizados por la expedición comandada por Frans Blom a mediados de la década de los años veinte y, posteriormente, los del *Smithsonian Institution*. Poco a poco, la narrativa colorida y romántica del explorador decimonónico dejó paso al nuevo lenguaje de una disciplina que cada vez adquirió mayor independencia. En este tránsito, ganaron terreno los tecnicismos formales en la descripción; el uso de las medidas estandarizadas y de equipos de mayor precisión; los registros con escala; la ubicación geográfica precisa de los monumentos; etc.⁹³

Por ejemplo, en el prefacio de *Tribus y Templos*, Blom y La Farge aclaran a sus lectores su forma de registrar:

Para medir los edificios, se empleó una cinta métrica de 25 metros, y las distancias más grandes se midieron por pasos. Todos los planos de las ruinas se hicieron a escala. Descripciones más amplias de distribuciones y dimensiones de edificios son cansadas y no dan al lector una imagen de su esquema. Quienes deseen estudiar los dibujos con más detalle, fácilmente pueden comprobar las dimensiones con una regla graduada. Los hodómetros no son confiables, por lo tanto, al medir con pasos, cada cinco se marcaba en el registro.⁹⁴

Con estos parámetros, nuevos objetos del conocimiento ingresaron al campo de la arqueología. La artificialidad de los instrumentos científicos, lejos de ser objetos independientes al sujeto científico, constituyen una extensión de su razonamiento y de su práctica, es decir, una realidad artificial.⁹⁵ En el campo arqueológico, la dimensión exacta de los espacios se tornó de capital importancia, al igual que la distribución métrica de los edificios en el conjunto, o la comparación (igualmente métrica) de sus componentes

⁹³ Estos cambios de hecho, pueden observarse en general en todos los reportes realizados a partir de las primeras décadas del siglo, incluidas las de los mexicanos. Sin embargo, aquí me limitaré a las exploraciones realizadas en la Costa del Golfo.

⁹⁴ Blom, Frans y Oliver La Farge, *Tribus y templos*, Trad. Bertha Adalid Carvajal, Clásicos de la Antropología 16, Instituto Nacional Indigenista, México, 1986, p. 23.

⁹⁵ Un análisis por demás interesante sobre la construcción de los objetos epistémicos en Golinski, *Making natural knowledge. Constructivism and the history of science*, Cambridge University Press, 1998. En particular, cap. 5.

arquitectónicos, el grosor de los estratos, las medidas de cada uno de los objetos obtenidos en las exploraciones, el color exacto de las piezas cerámicas y sus motivos, etc.⁹⁶

En estos años, por ejemplo, los tiestos cerámicos adquirieron una relevancia cada vez más contundente. En cada una de las exploraciones emprendidas se hicieron pozos para coleccionar el material cerámico, aún cuando no se tratara de piezas completas o figurillas, como antaño. Los tiestos se estudiaban minuciosamente para establecer cuadros tipológicos y, con ello, cronologías relativas que pudieran definir “culturas”.⁹⁷ En buena medida, en estos nuevos objetos se basaron las polémicas sobre la ubicación de la *Tollan* y, después, las de los restos del Golfo.

La aparición y construcción de nuevos objetos en los campos científicos han sido temas comunes en el debate sobre el estatuto de las ciencias naturales. Tal campo, sin duda, ha sido tradicionalmente el centro de las polémicas sobre la veracidad y la objetividad del conocimiento. Por el contrario, las llamadas ciencias sociales no suelen abordarse desde tales posturas. Pareciera que, al llevar desde su origen como disciplinas profesionales la “subjetividad”, hubiesen escapado a la reflexión sobre su quehacer, amparadas en una evidente carga ideológica que no amerita discusión.⁹⁸

No obstante, en las últimas décadas, las nociones básicas que sostuvieron el andamiaje de los estudios sociales, como “cultura” por citar una de las primordiales, han propiciado extensas reflexiones. En el caso de la arqueología, empero, la discusión sobre la

⁹⁶ Estos parámetros adquirieron mayor relevancia entre la comunidad de Estados Unidos y sólo de manera tardía dominaron el campo mexicano. Éste último, si bien también integró eficientemente estos nuevos objetos, en general, mantuvo una tradición más enciclopédica, decimonónica, iconográfica y paisajística. Sólo a partir de las últimas décadas se integraron como parte de los criterios básicos que rigen a la disciplina. Por ejemplo, actualmente se espera que cada una de las piezas completas que son localizadas en cualquier exploración sea medida milimétricamente y también pesada para su completa y correcta descripción. Incluso, no son pocos los estudios que, con base en estos datos, proponen nuevas clasificaciones de tipos de objetos, aún cuando pocas veces se aclare cuál es la relevancia de establecer el tamaño y peso exacto de un conjunto de metates, cuencos o puntas de flecha. Una situación similar ocurre con la diferenciación de los tipos cerámicos por formas o colores específicos, o bien, con la identificación de los estratos por su color de acuerdo a la tabla Münsell.

⁹⁷ Los exploradores de la *Smithsonian Institution*, luego de un análisis general de los tiestos en campo, realizaban una selección de piezas para llevarla consigo (en calidad de préstamo) una vez finalizada la temporada de campo y así, poder afinar los estudios. Las listas de materiales trasladados y los permisos, cf. ATA, exp. Smithsonian, 2 legajos, snf.

Por otro lado, Vázquez y Rutsch (“México en la imagen de la ciencia y las teorías de la historia cultural alemana”, *Ludus Vitalis. Revista de filosofía de las ciencias de la vida*, Vol. V, N° 8, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano/SEP-UAM Iztapalapa-Universidad Illes Balears, México, 1997, pp. 115-178) presentan un análisis sumamente interesante sobre la influencia teórica alemana en los estudios tipológicos en México, y acerca de la relación entre los tipos cerámicos y las “culturas arqueológicas”.

⁹⁸ Al menos este no es un campo de estudio común en la Historia de la Ciencia. En ello quizás también se encuentra cierto menosprecio hacia la calidad científica de las disciplinas sociales. Cabe destacar que estas reflexiones sí se encuentran en el seno de la Historia y la Historiografía, por ejemplo, pero sin utilizar las categorías de los análisis de la Historia de la Ciencia.

construcción de sus datos y objetividad no ha sido aún un tema de análisis, al menos, no en el caso mexicano.⁹⁹

Los registros gráficos de la primera mitad del siglo XX, pueden ofrecer una ventana para tal análisis pues imponen un orden artificial a los objetos, en un intento por mostrar, de manera ideal, la realidad.¹⁰⁰ En todas las exploraciones realizadas a partir de la década de los años veinte se hicieron numerosos registros gráficos de las zonas, de los viajes y, sobre todo, de las esculturas en piedra y jade.

La mayor parte de estos registros son fotográficos. Para este momento, en el ámbito arqueológico, esta técnica prácticamente había sustituido al dibujo como el mejor registro para "capturar" la realidad. Pareciera que en estos años, comienza a abandonarse la confianza en la fidelidad de los dibujos, pues éstos quedaron cada vez más limitados al espacio cartográfico y al epigráfico. Así, se continuaron haciendo planos y mapas de ubicación, y también dibujos y pinturas de los motivos decorativos o de los glifos presentes en murales o cerámica, pero las esculturas pocas veces serían dibujadas.

En pleno siglo XX, a varias décadas de distancia del surgimiento de la fotografía, es difícil establecer las razones que motivaron este cambio (del registro gráfico al fotográfico), pero es posible que éste haya sido favorecido por las innovaciones en la tecnología fotográfica durante las primeras décadas del siglo.¹⁰¹ Tal transformación también pudo estar relacionada con la especialización de los saberes, la cual incidió en una separación cada vez más contundente entre el campo científico y el artístico. Con el tiempo, ambos aspectos incidieron en el establecimiento de un criterio de observación y registro radicalmente diferente al del siglo XIX: si las piezas precolombinas habían de ser dibujadas, sólo sería por la mano de artistas especializados quienes harían de sus registros "obras de arte", y no "datos científicos".¹⁰²

⁹⁹ Un estudio interesante sobre los vacíos epistémicos que toda postura teórica genera en Wylie, Alison, "Mapping ignorance in Archaeology: the advantages of historical hindsight", en Robert N. Prctor y Londa Schiebinger (eds.), *Agnology. The making and unmaking of ignorance*, Stanford University Press, California, 2008, pp. 183-205. La autora, en su estudio, utiliza como ejemplo de su tesis los estudios arqueológicos de los restos del Mississippi.

¹⁰⁰ Sobre la construcción de las imágenes fotográficas, Golinsky (*Making natural knowledge...*, *op cit*, p. 161), señala que: "Aún cuando presumiblemente la fotografía constituye un medio completamente transparente de representación, debemos preguntarnos sobre cómo fueron creados sus significados por quienes produjeron tales imágenes y por quienes las ven. [...] Las tecnologías de representación deben de ser consideradas opacas y analizadas como parte del juego en la humana labor de la construcción del conocimiento". Traducción propia. "Rather than presuming that photography serves as an entirely transparent médium of representation, we should ask how its meanings are created by those who produce the images and by those who view them. [...] The technologies of representation involved have to be rendered opaque and scrutinized for the part the play in the human labor of making meaning".

¹⁰¹ La entonces naciente empresa *Kodak* eliminó, en buena medida, las complicaciones de esta tecnología, por medio del lanzamiento al mercado (a principios de siglo) de las cámaras *pocket* y de los rollos de película fotosensible, que prácticamente podían ser usadas por cualquier persona sin necesidad de tener conocimientos en química y óptica.

¹⁰² En el caso de las piezas de la Costa del Golfo, destacan los registros hechos por Covarrubias. Parte de éstos pueden consultarse electrónicamente en http://catarina.udlap.mx/u_dl_a/acervos/covarrubias/expedientes.html

Pese a los anhelos de objetividad de los registros, éstos muestran resquicios por los que se cuele el autor y revelan la imaginería que comienza a construirse alrededor de las piezas del Golfo a partir de la década de los años veinte. En su expedición por los Tuxtlas, Frans Blom y Oliver La Farge llevaron consigo dos cámaras fotográficas poco voluminosas para facilitar su traslado en caballo o mula por la selva tropical. Eligieron para el trabajo pesado (es decir, para cuando se encontraban en movimiento, o bien, cuando no tenían oportunidad de montar el trípode o bajar del caballo) una Kodak Autográfica Jr. N° 1-A, con película en rollo y lentes anastigmáticos F. 7.7 de 130mm, con aditamento para retrato. Con este equipo también realizaron las tomas de objetos a distancia y, pese a que señalaban que les dio buenos resultados, confesaban que la película en rollo resultaba problemática en la humedad de la selva pues podía pegarse por estar fuertemente enrollada. Para las tomas especializadas, usaron una cámara Graphix, de placas sueltas tamaño postal (3 ¼ x 5 ½), con lentes Kodak anastigmáticos F. 4.5, 1 ½".¹⁰³ Aunque este equipo no contaba con altas velocidades y en ocasiones tuvieron que usar un trípode para sostenerla, les dio muy buenos resultados con los registros de monumentos y edificios.

Seguramente el registro de varios de los monumentos no fue una tarea sencilla. Los expedicionarios, incluso consideraron que era mucho mejor usar los equipos pequeños, pues aún cuando se sacrificara el tamaño del negativo, permitían mejores ángulos de toma y mayor versatilidad en los trayectos a través de la selva:

Fue muy valioso llevar un instrumento fabricado por Kodak, con el cual se puede inclinar la cámara para obtener el ángulo deseado. Es especialmente útil para fotografiar monumentos muy planos, al ras del suelo, difíciles de levantar.¹⁰⁴

Y es que, al menos respecto a los objetos que aquí nos interesan, Blom y La Farge prefirieron fotografiar las esculturas y no los edificios. Estaban sumamente interesados en mostrar las grandes dimensiones de las cabezas, y ello era sustancialmente más fácil de conseguir con las cámaras ligeras.

Este interés difiere sustancialmente del que rigió en los registros que previamente había realizado Melgar, y que luego Chavero reprodujera. En aquellos grabados el tamaño de las piezas no constituía un elemento de relevancia: en uno la cabeza aparece sola, y no hay ningún referente métrico que revele su tamaño; mientras que en el otro, la escultura se

¹⁰³ Los lentes anastigmáticos son aquellos que eliminan la distorsión dióptrica, es decir, las aberraciones provocadas por el aumento en la lente.

¹⁰⁴ Blom y la Farge, *Tribus y Templos...*, *op cit*, 1986, p. 23-24. Las cámaras de gran o medio formato dificultan la inclinación del ángulo de la toma porque requieren de mayores tiempos de exposición y, por tanto, del soporte de un trípode, y el manejo de éste resulta mucho menos versátil que el soporte manual. En algunos casos, además, en las cámaras de formato medio no réflex (en las que la placa fotográfica se encuentra paralela al visor), la posición del visor obliga al fotógrafo a colocar el aparato a la altura de su estómago o torso, lo que complica aún más la versatilidad de la toma. Es por ello que en el caso de las esculturas que se encontraban sobre el nivel del suelo, resultaba prácticamente imposible hacer acercamientos en diversos ángulos con este tipo de cámaras, y era más sencillo usar una cámara ligera en cualquier posición que eligiera el fotógrafo.

encuentra sobre una mesa compartiendo la escena con otras piezas que, en realidad, son de menores dimensiones, como hachas y máscaras. Esta última composición, incluso, minimiza al extremo el tamaño de la cabeza. (Ver Ilustraciones 1 y 2, *Anexo I*)

Si bien, Blom y La Farge no tuvieron oportunidad de ver la Cabeza de Hueyapan a su paso por La Venta, localizaron una escultura similar que, aún cuando no la desenterraron, la describieron como el:

[...] monumento más asombroso de todos [...], una enorme peña en forma de campana. Al principio nos confundió mucho, pero al excavar un poco, para nuestro beneplácito, vimos que teníamos enfrente la parte superior de una cabeza colosal. [...] La parte visible medía 6 metros de circunferencia y sobresalía 1.35 m del suelo.¹⁰⁵

En la fotografía, colocaron al lado de la escultura, con la mano recargada sobre ésta, a uno de los lugareños. La toma, sin embargo es cerrada y no tiene aire. En el margen derecho se observa el individuo hasta el pecho, ocupando una quinta parte del cuadro. En el resto, la cabeza emerge del suelo y constata sus grandes dimensiones. (Ver Ilustración 75, *Anexo I*)

Una toma similar hizo Albert Weyerstall, cuando tuvo la oportunidad de conocer la Cabeza de Hueyapan.¹⁰⁶ (Ver Ilustración 76, *Anexo I*) Se fotografió a su lado, sentado con las piernas cruzadas al frente, tomando su sombrero con la mano izquierda y posando la derecha sobre la escultura. Si bien la toma está hecha en picada, la pieza se distingue de forma colosal, gracias a que apenas sobresale del sedimento que la cubre y el rostro sólo se alcanza a distinguir desde la altura de la nariz y los pómulos.¹⁰⁷ Además, ocupa $\frac{3}{4}$ partes de la fotografía y, a su lado, la figura vestida de blanco de Weyerstall se antoja minúscula.

Durante su expedición Blom y La Farge también pudieron observar una escultura que, desde tiempo atrás había sido trasladada a la ciudad de Villahermosa. Los lugareños no pudieron informarles con precisión sobre su procedencia, pues algunos consideraban que provenía de Blasillo, mientras que otros pensaban que era de La Venta. Contaban que, dos décadas atrás, un tal Policarpo Valenzuela, se encontraba cortando madera en el río Tonalá, cuando se topó con la escultura. La trasladó de la misma forma que hacía con la madera: por el cauce del río y con la ayuda de unos bueyes. Para cuando Blom pasó por Villahermosa, la pieza se encontraba en el patio del Instituto Juárez, junto con una escultura de menores dimensiones que tenía varias caras. Eran las esculturas que, años atrás, el profesor Ramón Mena dibujara.

¹⁰⁵ Blom, Frans y Oliver La Farge, *Tribus y templos...*, *op cit*, p. 126.

¹⁰⁶ Weyerstall, "Some observations on Indian Mounds, idols, and pottery in the Lower Papaloapan Basin, State of Vera Cruz, Mexico", en Beyer *et al*, *Middle American papers: studies relating to research in Mexico, the Central American republics and the West Indies*, Middle American Research, Tulane University, 1932, pp. 23-70.

¹⁰⁷ Las tomas en picada (la cámara colocada por encima del sujeto) tienden a empequeñecer a los objetos fotografiados, mientras que las contrarias (contrapicada, la cámara por debajo del punto medio del sujeto) los hacen ver más grandes.

Blom se limitó a describirla como un “ídolo” que representa “una figura sentada, con ambas manos sobre sus pies”. Además aclaraba que el monumento estaba labrado en piedra porosa, “como la mayoría de los que se encuentran en La Venta”.¹⁰⁸ A diferencia de Mena, quien no manifestó interés alguno por las dimensiones de las piezas, Blom presentó dos fotografías que la hacen patente: en la primera de éstas, la escultura aparece de perfil y, en el fondo, a cada uno de sus lados, se encuentra parado un lugareño que no logra sobrepasar la altura de la pieza. En la segunda, el monolito se encuentra de frente, ocupando el extremo derecho del cuadro, mientras que la pieza de varias caras ocupa el extremo contrario -a la izquierda en la parte inferior-. (Ver Ilustraciones 69 y 70, *Anexo I*)

El objetivo de resaltar la monumentalidad de las piezas fue continuado por los expedicionarios de la *Smithsonian Institution* durante sus exploraciones, pese a que las fotografías tomadas por el *National Geographic Magazine* tuvieron un objetivo diferente al del resto de representaciones aquí abordadas, por su carácter no especializado. En general, las fotografías de la revista se enfocaron a mostrar cada una de las piezas desde su ángulo más espectacular y, además, intentaron dejar en claro la proporción de la pieza usando un modelo humano como comparativo. Se muestra así a Stirling a un lado de la Cabeza de Hueyapan con una cinta métrica en la mano para constatar el tamaño de la pieza; o un pequeño niño dentro de una zanja que apenas asoma por debajo de una gran estela. (Ver Ilustraciones 54 y 79, *Anexo I*)

Por otro lado, las imágenes, a la vez que destacan la belleza, el valor y la magnitud de las piezas, insisten en la emoción y el esfuerzo de la expedición. El fotógrafo de la expedición, Richard H. Stewart, estuvo encargado de hacer las tomas necesarias para la revista. (Ver Ilustración 77, *Anexo I*) Al registrar la Cabeza de Hueyapan, por ejemplo, la muestra *in situ*, rodeada de un nutrido grupo de gente (presumiblemente los trabajadores y lugareños) para constatar la ubicación del hallazgo y el gran esfuerzo que éste supuso. (Ver Ilustración 55, *Anexo I*)

La mayor parte de las piezas fueron fotografiadas en el lugar del hallazgo y, en general, las imágenes muestran el esfuerzo que significó la exploración. Las tomas son abiertas para incluir en la composición al gran número de trabajadores que intervinieron en la faena; las herramientas de trabajo también se presentan en el cuadro; y se procura abarcar el contorno y la profundidad de la exploración para mostrar su complejidad. Estas características están enfocadas a resaltar el trabajo, el valor, la fuerza, la aventura en la selva, el sudor, el cansancio, lo loable de la empresa, etc. Así, varias fotografías muestran las maniobras usadas para remover las grandes estelas y esculturas, y las notas que las acompañan en la publicación hacen énfasis en la dificultad de las labores, como en el caso

¹⁰⁸ Blom, Frans y Oliver La Farge, *Tribus y templos...*, *op cit*, p. 129-130.

de la Estela D, cuando se advierte que "se necesitó el poder de veinte hombres para levantar la Estela D".¹⁰⁹ (Ver Ilustraciones 80, 81, 82 y 83, *Anexo I*)

Otro tipo de tomas son las que muestran piezas de menor tamaño. Algunas de éstas se presentan fuera de su contexto, sin referentes métricos, sobre una superficie plana, de color claro y fondo oscuro. Son tomas abiertas que dejan aire alrededor de la pieza. La iluminación es artificial y dura, proveniente de una sola fuente. Como si se tratara de un escaparate de joyas, casi siempre se enfoca la pieza de tres cuartos, resaltando sus rasgos por medio de la iluminación y, además, marcando una sombra dura en el fondo lo que provoca que la pieza se observe con mayor atención (por el contraste) y que aparezca con un halo de soberbia, de magnificencia. (Ver Ilustraciones 84, 85, 86 y 87, *Anexo I*)

Las imágenes estaban dirigidas principalmente al público lego. En los tiempos en los que la devastación de la Gran Guerra constituía la noticia de mayor trascendencia, el *National Geographic Magazine* ofrecía a sus lectores experiencias del pasado y presente que, por momentos, lograban suavizar las atrocidades de la guerra y la terrible naturaleza humana.¹¹⁰ En un sentido claramente político, el discurso construido por estas imágenes presenta a la arqueología como una actividad que, en medio de la aventura y el exotismo, rescata desinteresadamente un patrimonio común: el pasado. El ayer se presenta idílico y majestuoso (fuera de toda dimensión, elegante, refinado), como un legado de América, de la humanidad entera y sin facciones.

El discurso de tales imágenes no estaba limitado al espacio de divulgación. A la par que eran presentadas en la revista, se utilizaban en el discurso netamente académico. Aquí las mismas fotografías conformaban parte del registro científico: eran "datos" de investigación. Además de las fotografías de registro de lotes de piezas de menor tamaño (figurillas o tiestos de cerámica),¹¹¹ las tomas de Steward fueron usadas por los expedicionarios para presentar sus reportes científicos ante las autoridades mexicanas y para ilustrar sus publicaciones especializadas.¹¹²

¹⁰⁹ Stirling, "Discovering the New World...", *op cit*, p. 198. Traducción propia. "Twenty man power was needed to raise Stela D".

¹¹⁰ En cada uno de los números en los que se presentaron los reportajes de las expediciones en la Costa del Golfo mexicano, se encuentran algunos artículos que abordan la situación bélica, sobre todo, a raíz de que Estados Unidos ingresara al conflicto. Generalmente, las noticias (sobre las ricas regiones Centroamericanas que estaban aportando insumos para la guerra, o las "amenas" actividades del ejército, por ejemplo) y la publicidad (soldados sonrientes y frescos que sostiene una botella de *Coca-Cola*) relacionada con este tema mantienen un cariz optimista y, sobre todo, un profundo nacionalismo bélico.

¹¹¹ Éstas generalmente eran tomadas en grupos y sobre mesas, organizadas de acuerdo al tipo de material o a su forma o tipo. Cf. por ej. "Lista del material arqueológico de la Venta Tab. que el Dr. Phillip Drucker solicita al Museo Nacional de Antropología, para el Smithsonian Institution Washington, D.C.", ATA, exp. Smithsonian, legajo 2, mes, 2 pags, 12 fotografías b/n, snf.

¹¹² P. ej. cf. ATA, Smithsonian reportes, Tomo CLXXII, exp. 31; Stirling, Matthew, *Stone monuments of Southern Mexico*, Bureau of American Ethnology Bulletin, N° 138, Smithsonian Institution, Washington, 1943.

En estos últimos espacios, las imágenes se suman a una gran cantidad de datos descriptivos (como medidas, características de tipos cerámicos y de sedimentos, distribuciones espaciales, etc.) y a un discurso seco y sin colorido que aspira a la objetividad científica. Sin embargo, si al público lego se le brindó una imagen majestuosa y exótica de las piezas, la selva y sus habitantes, fue porque esa era la imagen que los expedicionarios construyeron sobre su objeto de estudio.

Lo exótico, lo indígena

La ruptura a la que he hecho alusión, sobre las nuevas estrategias de registro, tan sólo constituye una de las aristas de esta historia y, por lo tanto, es parcial. Si tomamos como punto de referencia la mirada de los Estados Unidos, la historia también nos muestra una fuerte continuidad en el proyecto de representación del pasado “americano”. Asimismo, si consideramos las representaciones elaboradas por los estudiosos mexicanos, es posible observar una continuidad parcial en la mirada sobre los pobladores de la Costa.

Cuando los vecinos del norte arribaron a la Costa del Golfo para realizar las exploraciones en Tres Zapotes, mantenían la intención de encontrar parte del corredor que ligara los restos de los Lagos en el norte, y los de la zona maya. Este último punto era fundamental para su propia historia debido a su reconocida calidad civilizatoria.

Es cierto que algunos de los autores de aquél país sostuvieron la inferioridad de los pueblos antiguos americanos frente a las civilizaciones de Europa, pero muchos otros también argumentaron lo contrario. Personajes como William Prescott (*History of conquest of Mexico* -1843), John Lloyd Stephens (*Incidents of travel in Central America*), Benjamín Norman (*Rambles in Yucatán*, 1843) y Brantz Mayer (*México, lo que fue y lo que es* -1844-, *El México azteca, español y republicano* -1853- y *Observaciones acerca de la historia y arqueología mexicanas* -1856) apostaron por la antigüedad y originalidad de los pueblos americanos, así como su alto grado de civilización y desarrollo artístico.¹¹³ En este discurso, los restos que serían denominados “olmecas”, eran parte de su propio origen civilizado,

¹¹³ A decir de Ortega y Medina (“Las culturas prehispánicas en la historiografía anglosajona”, en Álvaro Matute (ed.), *Historiografía española y norteamericana sobre México*, UNAM, México, 1992, p. 119), la apreciación de la zona maya como civilización y de sus restos como arte, no se alcanzó sino hasta que se dieron a conocer los viajes de Stephens y Catherwood. Ambos autores fueron quienes propusieron por vez primera que los restos del sureste eran un “arte” que podía ser comparado con el clásico de occidente. Además de reconocer la civilización de estos pueblos, Ortega y Medina señala que, desde las publicaciones de Stephens, se observa el interés por fundamentar el valor artístico de tales restos como la única salida para fundamentar un origen immaculado: “Resucitando, por lo tanto, un pasado histórico-arqueológico que por muerto era aprovechable y, por lo mismo, no peligroso y digno además de inspiradora imitación; y reivindicando el pasado artístico maya y el del resto del continente, la función directora que deseaba angustiada y perentoriamente asumir Norteamérica, así como la compensación substancial de que estaba tan ayuna serían logradas con creces. Aceptar como suyo el pasado y tomar conciencia artística de él significaba para los Estados Unidos henchir estéticamente su vacío americano [...]”.

artístico y con escritura.¹¹⁴ Este interés fue el que propició que la mayor parte de las expediciones que emprendieron los estadounidenses en la primera mitad del siglo XX, estuvieran enfocadas, primero, a la zona maya y, luego, a recorrer toda la costa del Golfo mexicano.¹¹⁵

A partir de la segunda mitad del siglo XX, las exploraciones estadounidenses en territorio mexicano se multiplicaron con gran rapidez. A la par de las investigaciones estratigráficas realizadas en el Altiplano, tanto la *Tulane University* como la *Carnegie Institution* iniciaron recorridos y excavaciones en la zona de los Tuxtlas, con la intención de ubicar la zona de confluencia entre las culturas del centro de México y las de la zona maya. Luego, Stirling iniciaría sus trabajos en Tres Zapotes, y Karl Ruppert en Tamaulipas para ubicar la ruta migratoria de las culturas desde el Mississippi.

Como señalaran Blom y La Farge, su expedición por el sureste mexicano era relevante porque:

Se conoce algo acerca de los indígenas norteamericanos, pero pocos saben que hace mil quinientos o dos mil años floreció en el continente americano la civilización maya, que puede ser comparada con las del Viejo Mundo, e incluso superarlas en algunos aspectos.[...]

La historia de Egipto, Grecia y Roma ya ha sido difundida. Pero el pasado de la más notable civilización de la antigua América aún no se escribe, pero pronto llegará el día en que a historia de una raza americana, tan artística, científica y humana como las del Viejo Mundo, se ponga al alcance de quienes se fascinan con los tiempos pasados.¹¹⁶

Esta fascinación también dominó, en buena medida, las investigaciones llevadas a cabo por el *Smithsonian Institution* y, a la vez, las tomas realizadas por el *National Geographic Magazine*. Considerando que uno de los objetivos de esta última publicación estaba concentrado en la promoción del turismo, no resulta extraño que las fotografías y los relatos que incluía aludieran a la calidad artística de las piezas y, a la vez, a su exotismo. Durante las primeras décadas del siglo XX existe un marcado interés por la difusión de la actividad arqueológica que favorecía la naciente empresa del turismo masivo. En una

¹¹⁴ Durante el siglo XIX se consideraba que la zona maya era la única que tenía restos con escritura, signo indiscutible de alta civilización de acuerdo a esta tradición. Quizás fuera por ello que, además de escribir sobre la calidad artística de los restos, los estudiosos de Estados Unidos se enfocaron con ahínco a la epigrafía.

¹¹⁵ Aunado a estos intereses, también existían los de carácter político y de dominio y extensión territorial. La intención del país del norte por extender su poderío hasta la América Central se hizo más patente con las guerras mundiales. En este periodo se incrementó el interés económico por las tierras del sureste mexicano y Centro América, tanto por las comunicaciones como por las materias primas que éstas ofrecían. Algunos autores han enfatizado las razones políticas y económicas que albergaron buena parte de los estudios de la zona maya. El espionaje militar fue uno de los objetivos que tuvieron buena parte de estos proyectos estadounidenses, tanto antropológicos como arqueológicos.

Sobre las exploraciones de Morley en Centro América y su relación con el espionaje durante la Primera Guerra Mundial, cf. Brunhouse, *Sylvanus G. Morley y el mundo de los antiguos mayas*, Trad. Carlos Gerhard, Editores Asociados, México, 1971. Un análisis por demás interesante y más detallado sobre el espionaje y los proyectos arqueológicos, en Castañeda, Quetzil E., "They only export facts": Gamio, Boas, Kidder, Merriam and archaeological espionage during WWI", manuscrito, 20 pags., proporcionado por el autor.

¹¹⁶ Blom, Frans, y Oliver La Farge, *Tribus y templos...*, op cit, p. 19 y 20.

imagen idílica de la profesión, se incentiva la imaginación de la exploración en lugares ignotos, desconocidos, impresionantes, pintorescos y fuera de los confines del mundo moderno.

El *National Geographic Magazine* compartía en buena medida tales objetivos. Los títulos de los trabajos, la narrativa de la escritura y la de las imágenes que la acompañan, pretenden despertar en el espectador la curiosidad por lugares exóticos, alejados del mundo conocido y moderno, e invitarlos a su “descubrimiento”. Es por ello que, además de mostrar a los expedicionarios, sus trabajos y los hallazgos realizados, se retrata a la población de todas las edades y sus costumbres; los paisajes, la flora y la fauna exótica; las construcciones del centro de los poblados (de la etapa colonial), y también las casas comunes; los medios de transporte y los animales de carga; los caminos, los ríos y la selva en general. (Ver Ilustraciones 50, 51, 78, 88-93, *Anexo I*)

Este tipo de imágenes no constituyen ninguna novedad. Ya antes, los viajeros, por ejemplo, habían registrado la vida cotidiana de las poblaciones por las que cruzaban y también describieron sus tradiciones. Los registros que hiciera el *National Geographic Magazine* constituyen una continuidad de aquéllos libros de viajes del siglo XIX, pero con ciertos matices producidos por la especialización de los saberes. Los viajeros presentan testimonios destinados a los patronos de la expedición (gobiernos o particulares) y, luego, a un público de élite reducido, letrado y, hasta cierto punto, especializado en los temas sobre antigüedades y costumbres. Por el contrario, los reportajes de revistas como el *National Geographic*, pretenden abarcar el mayor número de lectores, con la finalidad de mostrar fragmentos de la realidad que han sido captados por profesionales y, a la vez, de promocionar el turismo a gran escala.¹¹⁷

Uno y otro trabajo, sin embargo, comparten una fascinación por los tesoros arqueológicos y el exotismo de las tierras selváticas y sus habitantes, de la que no estuvieron exentos de los investigadores del *Smithsonian Institution*. En el *National Geographic Magazine* es posible observar parte del imaginario que acompañó a los expedicionarios. Son cinco las fotografías que, en particular, llaman mi atención. Fueron publicadas entre 1940 y 1941 como resultado de las dos primeras temporadas de campo realizadas por Stirling en Tres Zapotes, Cerro de las Mesas y La Venta.¹¹⁸ En todas ellas, un lugareño aparece junto a una pieza

¹¹⁷ Para Hobsbawm (*Historia del siglo XX...*, *op cit*, p. 196ss.), tras los años de la Gran Guerra, el reportaje fotográfico adquirió una importancia desmedida entre la población. La creencia ilusoria en la “verdad” captada por la cámara fotográfica, fue apoyada por la confianza que generaron las imágenes de celuloide, ante el crecimiento de la industria cinematográfica y su predominio universal, pues “[t]odo el mundo aprendió a ver la realidad a través del objetivo de la cámara”. Las consecuencias producidas por la difusión de la *National Geographic*, sin embargo, quedan fuera de los objetivos del presente estudio.

¹¹⁸ Stewart, Richard, “Treasure-trove of Old Mexican Jade”, *The National Geographic Magazine*, Vol. LXXX, N° 3, National Geographic Society, Washington, D. C., septiembre, 1941, pp. I-XVI; Stirling, Matthew W., “Great stone faces of Mexico”, *The National Geographic Magazine*, Vol. LXXVIII, N° 3, National Geographic Society, Washington D.C., septiembre, 1940,

arqueológica, sin que pueda distinguirse con claridad cuál de los dos personajes constituye el tema central de la composición.

En una primera impresión pareciera que el lugareño fotografiado cumple la función de representar una escala. Esta estrategia no tiene nada fuera de lo común: responde a la necesidad de brindar al lector un referente de comparación métrica que revele el tamaño real de la pieza, utilizando para ello la figura humana. Sin embargo, observando con mayor cuidado, tal pareciera que la elección de los modelos que acompañan a cada una de las piezas no fue azarosa y que, por el contrario, son parte fundamental del discurso que los expedicionarios querían mostrar sobre sus descubrimientos.

En las dos primeras aparecen dos lugareños: Dulce y Emilio. (Ver Ilustraciones 94 y 95, *Anexo I*) A diferencia de la mayor parte de las fotografías que he descrito arriba, éstas no fueron hechas en el sitio de exploración, sino en el pueblo. Al fondo de las escenas se alcanza a percibir parte de los tejados de las casas y, en una de ellas, quizás las cajas de embalaje de las piezas en el campamento. Pero el escenario no es importante. El fotógrafo lo borró de manera intencional, al abrir el diafragma y con ello reducir la profundidad de campo en la toma, para enfocar la atención en los personajes.

Pero, en realidad, los lugareños no son los únicos personajes de las tomas. En la primera, Emilio, un hombre maduro, con sombrero de palma y arrugas pronunciadas alrededor de los ojos, fue retratado de frente, sosteniendo con sus manos, a la altura del pecho, pero sin cubrirlo, una máscara presuntamente mexicana. La segunda, es una toma similar: Dulce, con su colorido vestido, fue fotografiada hasta la cintura con el rostro casi de perfil, y sostiene frente a sí, casi a la altura del rostro, una máscara también de perfil del dios *Xipe*.

Ambas fotografías son equilibradas. En cada una el personaje ocupa la mitad del espacio, y la máscara otro tanto, al quedar enmarcada por un vacío visual. Sin embargo, ninguna de las dos piezas requería de la presencia del personaje para presentarse, ni para evidenciar su tamaño. Como señalé arriba, los objetos de tamaño menor casi siempre fueron fotografiados aislados, sobre superficies planas y con iluminación artificial, desprendidos de su contexto de hallazgo.

Estas dos fotografías, sin embargo, requieren del personaje para estar completas, y éste de aquéllas. Como un reflejo imperfecto, cada lugareño se muestra como la continuidad de la pieza, como su extremo extendido hasta el presente. El hombre, con su mirada adusta y las gruesas arrugas bajo los ojos, evoca la mirada de la máscara. Más evidente aún resulta el juego que establecen Dulce y la escultura de *Xipe*: se encuentran frente a frente, Dulce con la mirada entornada hacia abajo para encontrarse con los ojos del dios, contiene una risa

pp. 309-334; Stitling, Matthew, "Expedition unearths buried masterpieces", *The National Geographic Magazine*, Vol. LXXX, N° 3, National Geographic Society, Washington, D. C., septiembre, 1941, p. 277-327.

juguetona en un intento por mantener arqueadas las cejas e imitar aquella expresión pétrea.

En otra fotografía, un niño, de quizás 12 años, posa al lado de una escultura “baby face”. (Ver Ilustración 96, *Anexo I*) Con el cabello revuelto, el muchacho trata de mantener atenta la mirada ante el objetivo de la cámara, arrugando el entrecejo para evitar que lo lastimen los fuertes rayos del sol. Al igual que la escultura, se encuentra arrodillado, mirando de frente al aparato fotográfico. En esta posición, resulta casi de la misma altura que la escultura y, seguramente, por ello Steward lo colocó arrodillado y no de pie.

Unas páginas después en la publicación, aparece la imagen de una cabeza colosal. Fue fotografiada luego de haber sido liberada del sedimento que la cubría, y a su lado se encuentra un hombre de mediana edad, cuya mirada queda oculta por la dura sombra proyectada por su sombrero. La ancha nariz resalta de los rostros de ambos personajes: la del hombre se encuentra en una zona luminosa y altamente contrastada por la sombra del sombrero; mientras que la escultura presenta manchas de humedad en la coronilla y en los ojos, y ello confiere mayor claridad a la parte inferior. La toma, en picada, se concentra en ambos rostros, construyendo una similitud adicional: con la mirada cabizbaja u oculta, ambos personajes parecen observar el suelo. (Ver Ilustración 97, *Anexo I*)

En la última fotografía, de nuevo una cabeza colosal se presenta al lado de un hombre. Es un joven, quizás un adolescente, que desenfadado, recarga el cuerpo sobre la escultura. Los pies cruzados y las manos en los bolsillos, el cabello alborotado y una ligera sonrisa en los labios. Mira de frente a la cámara, al igual que el monolito. El fotógrafo, en este caso, tuvo que colocarse de frente y a la misma altura de la escultura, con el cuerpo ligeramente agachado para conseguir la toma. Fue necesario, porque de otro modo no hubiera podido remarcar la redondez de los rostros de sus personajes, ni las sonrisas juguetonas y juveniles que se dibujan en sus labios. (Ver Ilustración 98, *Anexo I*)

Las imágenes confrontan los rostros del pasado con el presente. En cada una de ellas, el fotógrafo escogió entre los pobladores a quienes tuvieran un mayor parecido con las esculturas, y construyó composiciones equilibradas para enfatizar la similitud de sus personajes. En la publicación, al pie de la última foto descrita, se deja claro, en palabras, la razón de estas analogías:

Feliz, este guerrero dentado, fue desenterrado de La Venta. Representa un tipo físico que se encontraba en el sur de México en los tiempos antiguos, e incluso hoy en día.¹¹⁹

¹¹⁹ Stirling, Matthew W., “Great stone faces of Mexico”, *The National Geographic Magazine*, Vol. LXXVIII, N° 3, National Geographic Society, Washington D.C., septiembre de 1940, pie de foto, p. 331. Traducción propia. “This happy, buck-toothed warrior was a dug up at La Venta. It represents a physical type found in southern Mexico during ancient times, and even today”.

En parte, tales asociaciones son una muestra del menosprecio hacia el pasado prehispánico y a los pobladores mexicanos, propia del centro económico del que provenían los expedicionarios estadounidenses. Desde la cumbre de la ciencia, los estudiosos estaban buscando el origen remoto y el estado primitivo de las sociedades en el pasado, con la convicción de que el proceso evolutivo se había estancado en esas tierras selváticas, y que los pobladores habían permanecido inmutables en el tiempo, conservando su condición original, inalterada, exótica.

Sin embargo, esta actitud no era un producto exclusivo del centro estadounidense. La fascinación por el "primitivo" era una constante desde hacía varios siglos y fue compartida por todo el mundo occidental e, incluso, por los saberes científicos construidos a partir de la modernidad.¹²⁰ En la búsqueda de la "otredad", la antropología configuró los rostros y delineó las historias de aquellas poblaciones que, a sus ojos, se encontraban más distantes de Occidente. Con estos estudios se pretendía subrayar y validar la pluralidad de desarrollos en la humanidad, rompiendo a la vez, la terrible línea de progreso que antes había trazado el evolucionismo decimonónico para explicar la civilización.

El afán por demostrar la pluralidad de desarrollos, sin embargo, no pudo escapar de la fascinación por el "primitivo" y su contraste-relación con el mundo moderno. La arqueología, en este sentido, constituyó una de las herramientas básicas para extender la explicación hasta el más oscuro pasado, para remontar, sostener y validar la antigüedad y el valor de tales culturas.¹²¹

La concepción de las sociedades no occidentales como entidades cerradas e inmutables en el tiempo se integró como fundamento de la arqueología y de la antropología en general. Los estudios antropológicos buscaron afanosamente la existencia de poblaciones alejadas de la modernidad, estancadas en su propio tiempo-espacio. La pureza de las sociedades primitivas, la ausencia de occidente, era uno de sus mayores valores, sobre todo si podía comprobarse una raíz histórica remota. Tales posturas fueron reforzadas, además, por el creciente interés esteticista de las manifestaciones de las poblaciones exóticas o primitivas, y con ello se estableció una nueva universalidad que debía esforzarse en (de)mostrar los matices locales.

¹²⁰ Como señala Roger Bartra (*El salvaje artificial...*, *op cit*, p. 231): "Los europeos, a lo largo del siglo XIX, todavía buscaban en todos los rincones del mundo los testimonios de seres malignos ubicados a medio camino entre el hombre y la bestia. [...] Los antropólogos del siglo XX no están tan lejos como quisieran de este tipo de construcciones imaginarias, especialmente sobre la existencia de una entidad única denominada "sociedad primitiva" o "salvaje".

¹²¹ Al respecto, James Clifford (*Dilemas de la cultura...*, *op cit*, p. 323) considera que la antropología relativista se basó en los mismos principios que el evolucionismo del siglo XIX "Rechazando tanto al evolucionismo como a las entidades excesivamente amplias de raza y civilización, la idea de cultura postuló la existencia de unidades locales, funcionalmente integradas. Para este supuesto relativismo, empero, el modelo totalizador del concepto, de estructura básicamente orgánica, no era distinto del concepto del siglo XIX al que reemplazaba. Sólo su pluralidad era nueva."

Tales ideales no fueron ajenos a la comunidad mexicana. Como antes mencioné (cf. *supra* Cap. II), al menos desde los estudios de Manuel Gamio en el Valle de Teotihuacán, se estableció una estrecha liga entre los restos precolombinos y los indígenas, así como con las poblaciones habitadas por éstos últimos. Los indios se consideraban los descendientes directos de los prehispánicos y, por ello, sus vidas y costumbres constituían culturas estimadas y dignas de “conservación”.

De esta forma se creaba una liga indisoluble entre la arqueología y la antropología: cada una de ellas se enfocaba a uno de los dos extremos de la historia de los pueblos y, con ello, se reforzaba la idea de inmutabilidad histórica y de preservación de la diversidad cultural. Tal postura se mantuvo e, incluso, se incrementó, con las políticas indigenistas de las décadas de los años treinta y cuarenta, las cuales procuraron mantener la diversidad cultural fuera del alcance de los embates de la modernidad.¹²²

En este sentido, al proponer la existencia de la “cultura madre” se establecía la raíz genealógica de todos los pueblos prehispánicos y de sus descendientes, fuesen éstos indígenas o mestizos. Pero los estudiosos mexicanos no fueron proclives a las representaciones gráficas que usaron los estadounidenses.¹²³ El lazo que unía al presente con el pasado prehispánico se simbolizaba haciendo uso de las antigüedades, pero sin relacionar las características físicas de los pobladores, indígenas o mestizos.¹²⁴ Con estas

¹²² En algunos casos, incluso, se impulsó la recreación de “costumbres” y artesanías para enfatizar la pluralidad de los poblados indígenas.

Por otro lado, el ideal sobre la inmutabilidad de los pueblos no fue un parámetro exclusivo para las poblaciones indígenas, sino que también incluyó la imagen del mestizo. Un ejemplo al respecto puede observarse en uno de los pabellones expuestos en la Feria de Chicago en 1933, en la que algunos empresarios montaron un “Mexican Village”. En ésta podían observarse, además de las artesanías e industrias de la nación, a los charros y chinas poblanas, a los burros, y hasta a las mujeres elaborando tortillas sobre comales, sin faltar las bandas de música y los bailarines que mostraban las tradicionales fiestas mexicanas. (Ganz, *The 1933 Chicago World's Fair... op cit*, p. 131) Tales imágenes también fueron ampliamente difundidas por el cine, la literatura y la música mexicanas de estas décadas.

¹²³ Además de las asociaciones referidas arriba, cabe destacar las propuestas por Morley. En sus trabajos sobre la zona maya, por ejemplo, presentó algunas recreaciones somáticas de los antiguos mayas (realizadas por Luis Marden), seguramente tomando como base los rasgos físicos de los pobladores indígenas y las representaciones arqueológicas. Cf. p. ej. Morley, Sylvanus, “Yucatán, home of the girted maya. Two thousand years of history reach back to early American Temple Builders, corn cultivators and pioneers in Mathematics”, en *The National Geographic Magazine*, Vol. LXX, N° 5, National Geographic Society, Washington D.C., noviembre, 1936, pp. XVII-XXIV.

¹²⁴ Desde el siglo XIX era común presentar pobladores indígenas al lado de las construcciones prehispánicas, estableciendo con ello un lazo de continuidad histórica. En su estudio sobre el acervo fotográfico del Archivo “México Indígena” (1946), Deborah Dorotinsky sostiene que “[...] los viajeros que concentraron su trabajo en describir las ruinas y hacer un récord visual de las mismas utilizaron la figura india dentro de sus trabajos básicamente para dos cosas; por un lado para establecer una escala humana, por otro para hacer hincapié en la semejanza de los rasgos físicos de los antiguos indios con los indios vivos del siglo XIX”. Cf. Dorotinsky Alperstein, Deborah, *La vida de un archivo. “México indígena” y la fotografía etnográfica de los años cuarenta en México*, disertación doctoral en Historia del Arte, FFyL-UNAM, México, 2003, p. 125ss. Cabe destacar, sin embargo, que la semejanza establecida por los viajeros -descritas por Dorotinsky- no tiene como base las características somáticas de los indígenas (como sí lo hiciera el fotógrafo de la expedición del Smithsonian en la Costa del Golfo), sino la asociación espacial de edificios e indígenas. La misma situación se presenta en la exposición “México indígena” (1946) (descrita por la autora), en la que el México prehispánico únicamente aparece al inicio del recorrido museográfico y por medio de fotografías de monumentos y esculturas. (cf. Dorotinsky, *La vida de un archivo... op cit*, Lámina I-7).

representaciones se quería enfatizar una línea cultural y no biológica. Allende a las discusiones sobre el mestizaje, tal pareciera que los mexicanos querían evitar que la historia nacional se vinculase con los rasgos somáticos presentes en las cabezas colosales que, seguramente, resultaban poco atractivos o, incluso, repulsivos para la estética del momento.

El archivo de Alfonso Caso, sin embargo, guardaba una imagen, casi como una provocación al cuidadoso y políticamente correcto discurso de la comunidad arqueológica. No fue publicada; se resguardaba entre diversas notas de investigación sobre la "cultura madre", dibujos de glifos sobre el jaguar y fotografías de piezas olmecas. Sobre una hoja blanca de papel sin fecha, centrado, se encuentra pegado el recorte de un periódico en el que se publicaba la fotografía de la cantante Elvira Ríos.¹²⁵ (Ver Ilustración 99, *Anexo I*) La toma es de tres cuartos con iluminación suave. Es un retrato que alcanza a registrar el rostro y hasta la parte superior del torso. Ella sostiene un cigarro en la mano derecha, mientras ligeramente apoya su mentón sobre esta misma mano. Tiene el cabello recogido por detrás, lo que enmarca y resalta el rostro. Se observan los labios -gruesos de por sí- resaltados por el maquillaje; la nariz también es gruesa y esto se acentúa por la sombra que cae debajo de ésta; los ojos están ocultos por las sombras del maquillaje y las largas pestañas. Al margen de la fotografía aparece, en la caligrafía pequeña y angulosa de Caso, una nota: "cara olmeca". Elvira Ríos era una intérprete del compositor Agustín Lara y, como tal, era la imagen viva de la tradición mexicana citadina que se construyó a partir de la década de los años treinta. Quizás para Alfonso Caso, interiormente, también representaba el posible rostro -femenino- de la "cultura madre".

3. Narrar

La "cultura madre" se integraba a la historia nacional, al tiempo que los parámetros de la universalidad decimonónica se desmoronaban, y en tanto se sentaban las bases de una nueva universalidad localizada. Fue el momento en el que, por medio de la cultura (en

Actualmente, cuando la reconstrucción facial escultórica de cráneos es un estudio común en el campo de la antropología física (los primeros trabajos datan de la década de los años setenta del siglo pasado), no deja de sorprender que las investigaciones mexicanas prescindan casi por completo de estas estrategias. Las primeras y, al parecer únicas, investigaciones realizadas datan del año 2000, cuando el Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM, como parte del proyecto de antropología forense "La cara del mexicano", realizó la reconstrucción de seis cráneos prehispánicos (dos de San Juan Teotihuacán, dos procedentes de Yucatán -uno de éstos del Cenote Sagrado de San Antonio-, dos de Nativitas, Tlaxcala, y el de la "Mujer del Peñón"). En el caso de los restos de San Juan Teotihuacán y de Yucatán, se usaron como referencia los datos somáticos de pobladores actuales. Cf. Villanueva Sagrado, María, "Reconstrucción facial escultórica de cráneos prehispánicos", en *Arqueología Mexicana*, Vol. XI, N° 65, enero-febrero 2004, México, pp. 48-53; Manzanilla, Linda y Edgar Gaytán, "La cara del teotihuacano", en *Actualidades Arqueológicas. Pasado y presente*, revista electrónica consultada el día 19 de enero de 2010, en <http://www.morgan.ia.unam.mx/usr/Actualidades/proytras.html>.

¹²⁵ Cantante reconocida en la época, cuyo verdadero nombre era Elvira Gallegos Cerda, nació el 16 de noviembre de 1913 en la Ciudad de México. Sus interpretaciones de las composiciones de Agustín Lara le valieron el éxito en el medio radiofónico y filmico.

sentido antropológico) y el arte, se intentó brindar un reconocimiento y una valoración universal de lo “primitivo”. En este sentido, lo olmeca constituyó el centro del nuevo andamiaje histórico para un país mestizo que enarbolaba su calidad autóctona como un valor universal y que, sin embargo, no podía abandonar del todo sus más profundas tradiciones decimonónicas.

Esta última oposición (entre lo autóctono y la universalidad) se sumó a las ya existentes en torno a las piezas del Golfo: éstas no ocuparon un papel central en el Museo Nacional, pero sí fueron centrales para la historia universal y humanista de las localidades; fueron definidas como arte pero como uno “tremendo” y “simple”; eran la “cultura madre”, pero el centro de la historia seguía siendo la cultura mexicana.

A la postre, esta serie de ambigüedades no pudieron ser resueltas. Al problema de definición de lo olmeca, en los siguientes años se sumaron nuevas categorías del análisis social (civilización, surgimiento de la agricultura, estado, etc.) que complejizaron y cuestionaron la idea de un origen civilizado, cultural y artístico para todo el espectro prehispánico. Las piezas del Golfo, desde que fueron asumidas como el centro y el origen del mundo prehispánico, y quizás como ningunas otras, parecen escapar de cualquier esquema, develando en cada paso las inquietudes más profundas de la escritura sobre los otros.

Las grandes historias

Quizás uno de los campos privilegiados para observar, de manera muy clara, los diversos intereses que forman parte de la construcción del conocimiento científico sea el arqueológico. En éste, los componentes sociales de la actividad científica e histórica no sólo son patentes, sino indispensables, aún cuando no sean completamente explícitos ni aceptados por su comunidad. Al tener como objetivo básico la construcción de una narrativa sobre los “otros” (sociedades extintas), su carga de poder es prácticamente insalvable. Asimismo, al constituir parte del eje definitorio (e imaginario) de un territorio nacional, resulta un claro objeto de disputa entre las naciones pares, mientras que al interior de las fronteras y al estar directamente involucrada con el poder político, constituye uno de los brazos ejecutores de éste último. Hace algunas décadas el historiador Bernard Lewis sentenciaba que:

Las naciones, los pueblos y las fuerzas en el poder tienen por lo regular un origen muy humilde, y es por ello que una vez que han logrado sobresalir se esfuerzan por mejorar su imagen u ocultar su baja estirpe identificándose con algo más antiguo y de mayor valía.¹²⁶

La construcción histórica sobre las antigüedades de la Costa del Golfo difícilmente puede escapar de esta sentencia, y quizás constituye uno de los objetos ideales para mostrar tales

¹²⁶ Lewis, Bernard, *La historia recordada, rescatada, inventada*, Breviarios N° 282, FCE, México, 1979.

temas. Ya fuesen interpretadas como el contacto con el Viejo Continente o como el germen de una civilización autóctona, estas piezas fueron parte de la narrativa imaginaria general del pasado trazada desde el siglo XIX. Sin embargo, su inclusión en ésta última no ha sido sencilla. La estimación cultural de estos objetos y su inserción en el trazado general de la historia, luego de su reconocimiento como "cultura madre", fue sumamente ambigua. Pese a la monumentalidad de los restos, éstos parecieran escaparse persistentemente del escaparate de la historia.

El trazado de la narrativa sobre la "cultura madre" respondía al imaginario nacional y continuaba con ello la tradición del siglo XIX, empero, cabría aclarar algunos matices generales ocurridos en el siglo XX. Fue durante el periodo de entre guerras cuando se le brindó el reconocimiento pleno al discurso arqueológico, y cuando se definió una clara línea de continuidad desde el más remoto origen hasta la población mexicana-indígena. La narrativa de la historia prehispánica respondió a las necesidades de revaloración ideológica del país en las décadas de la posrevolución, cuando el rechazo al universalismo decimonónico era más apremiante y se tornaba un ejercicio urgente para todas las naciones volver la mirada hacia lo propio. Al menos, para México así lo fue.

Parte de estas preocupaciones quedaron manifiestas en los Congresos de Historia. En 1933 fue organizado, en la ciudad de Oaxaca, el primero de éstos. Era un paso necesario para consolidar la formación profesional y el reconocimiento institucional de la historia. Los congresos integraron en sus discusiones todo el espectro de la historia mexicana, incluyendo a la etapa prehispánica que, hasta ese momento, había sido tema exclusivo de los Congresos de Americanistas.¹²⁷

Los debates vertidos en estos espacios, tenían como finalidad redefinir el curso de la narrativa sobre México, aspecto de fundamental relevancia tomando en consideración que la lucha armada trajo consigo un reacomodo de las figuras en el poder y en los proyectos de gobierno. Había nuevos héroes, figuras y hechos que tenían que ser integrados a la historia para reconocer su participación e importancia en la gesta por la libertad del pueblo mexicano. También tenían que señalarse los sucesos y personajes que obstruyeron tal proceso.

No se trataba de que la historia, antes de estos congresos, no hubiese estado sujeta a intentos de reformulación. Desde la aparición de *México a través de los siglos*, grupos de estudiosos habían propuesto, en diversas ocasiones, tendencias diferentes y nuevas guías

¹²⁷ Como señalé arriba (cf. *supra* Cap. III) fue en uno de los Congresos de Historia en donde Alfonso Caso tuvo oportunidad de conocer a Wigberto Jiménez Moreno, cuando éste presentó un trabajo sobre la historia de su estado natal, Guanajuato. A partir de ese momento, Jiménez apoyaría incondicionalmente a Caso en todos los proyectos de reformulación de la narrativa de la historia prehispánica, pero dentro del ámbito profesional de la arqueología.

para encaminar el discurso.¹²⁸ Lo novedoso de los Congresos de Historia era la intención de propiciar reuniones especializadas y nacionales para ventilar las diferentes posturas y, además, el propósito de alcanzar consensos que pudieran ser difundidos a la población general por medio de la educación básica.¹²⁹

A partir de 1933, los Congresos de Historia se celebraron en distintas ciudades de la República por espacio de dos años. Desde el primero, José de J. Núñez y Domínguez –según lo recordaría más tarde- propuso reformar la enseñanza de la historia y adaptarla a nuevos contenidos, pero la propuesta no prosperó. Fue hasta 1943, un año después de que se definiera la “cultura madre”, cuando se recuperó la preocupación señalada por Núñez años atrás. Durante la celebración del Sexto Congreso reunido en la ciudad de Jalapa, Veracruz, se discutió la necesidad de orientar la enseñanza de la materia histórica ante la patente desunión de los diferentes sectores del pueblo.

Si la “unidad nacional” como objetivo prioritario había comenzado a bosquejarse durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, el ambiente internacional anunciaba tiempos contrarios. Los cambios vertiginosos, y sin duda alguna aterradores, que estaba viviendo el mundo con la Segunda Guerra, seguramente cimbraron las certezas más profundas. Para estos momentos, tras cuatro años de intensa guerra, Estados Unidos se había integrado al conflicto y México, en apoyo a los Aliados, había mandado al Escuadrón 201. La Guerra no parecía terminar.

Parecía que la ciencia y sus triunfos en la modernidad habían agotado sus recursos como un motor viable y deseable, frente a una sociedad que ahora se encontraba envuelta en llamas. Volver la mirada a los valores, las tradiciones y la historia, parecía uno de los pocos recursos que quedaban para vislumbrar la paz. En el Congreso de Historia estos temas merecieron grandes discusiones porque:

En la construcción que se necesita emprender, después de los acontecimientos que están cambiando la faz del mundo, precisa no sólo difundir la ciencia y educar el carácter, sino enseñar a respetar y amar la vida. La ciencia no ha bastado para encauzar a esta humanidad llena de contradicciones. El carácter, puesto al servicio de una determinación unilateral, sólo despierta recelos y temores.

¹²⁸ Un ejemplo lo constituye la narrativa construida por un grupo de estudiosos publicada con pretexto de la celebración del centenario de la culminación de la Independencia. En ésta, se propone rescatar la figura de Iturbide como uno de los héroes de la patria. Cf. Betancourt, Salvador y Sodi, Alejandro, *Álbum histórico mexicano*, México, 1921.

¹²⁹ La aspiración de consenso no era exclusiva de este Congreso. Acompasado con el movimiento de consolidación institucional que en gran medida estuvo impulsado durante el cardenismo, parece existir una tendencia general a consolidar centros de reunión especializados para la discusión de los temas capitales del espectro social, que integrados o de la mano de las incipientes instituciones, darían cabida a políticas de acción gubernamental. En este interés se circunscriben los Congresos de Historia que congregaron tanto a historiadores como educadores para marcar las políticas educativas en la materia; las Mesas Redondas de la Sociedad Mexicana de Antropología que delinearon la narrativa del ámbito prehispánico; y los Congresos Indigenistas (el primero de éstos celebrado en 1940), que posteriormente incidirían en la creación del Instituto Indigenista Interamericano y del Instituto Nacional Indigenista, encargados de brindar soluciones al llamado “problema indígena”.

Por eso, el hombre que mejor conviene a partir de la presente conflagración, el hombre que debe actuar desde estos momentos, ha de tener la mentalidad más noble, la más alta, la mejor orientada.¹³⁰

La historia debía colaborar a tan nobles anhelos. Como materia de enseñanza básica y preparatoria estaba obligada a terminar con las mentiras y los prejuicios sobre el pasado que afectaban notablemente el crecimiento en el presente, así como a marcar el rumbo de la sociedad. Mediante la correcta enseñanza de la historia, podría infundirse la organización social y "poner en juego los mejores recursos emotivos y espirituales a favor de la integración del país".

Esta fue la motivación que condujo a que se convocara, tanto a educadores de gran experiencia, como a historiadores reconocidos, a la *Primera Conferencia de Mesa Redonda para el estudio de los problemas de la enseñanza de la Historia en México* en 1944. La Comisión Organizadora del evento estuvo presidida por José Núñez y Domínguez, y acudieron como ponentes los historiadores: Alfonso Teja Zabre, Luis Chávez Orozco, Isidro Castillo, Alberto María Carreño, Joaquín Ramírez Cabañas, Paula Gómez Alonzo, Rafael García Granados, Arturo Arnaiz y Freg, Germán Parra, Ismael Rodríguez Aragón y Agustín Cue Canovas. Además, del ámbito arqueológico, fueron invitados dos personalidades: el entonces director del INAH, Alfonso Caso, y el profesor del Museo Nacional, Wigberto Jiménez Moreno.

Los temas abordados por los congresistas fueron muy variados, pero mantuvieron en común el interés por la conformación del campo histórico profesional. Fue el Secretario de Educación, Jaime Torres Bodet, quien dio por inaugurados los trabajos e introdujo en la discusión dos de los problemas más serios para el campo histórico en estos momentos: el uso político e ideológico de la historia, y la objetividad. Sobre el primer punto, Torres Bodet consideraba que:

Por el camino de este simplismo [determinismo totalitario] llegan los geopolíticos a proclamar que toda nación que no es digna de ser martillo es el yunque obligado de las demás, en tanto que los partidarios de Spengler se gozan en la definición de una decadencia que permitiría la consolidación de los dictadores y los secuaces de Rosenberg clasifican a los países en pueblos-amos y pueblos-siervos, abominando del mestizaje y procurando por la opresión sistemática, apresurar el triunfo del "herrenvolk".¹³¹

México, como país mestizo, no podía permitir la permanencia de estos presupuestos, y su historia tenía la obligación moral de combatir tales tendencias porque afectaban la integridad y la unión de su pueblo. En este aspecto la arqueología debía cumplir un papel

¹³⁰ "Editorial", en *Educación Nacional*, Año I, N° 5, mensual, Secretaría de Educación Pública, México, junio, 1944, p. 385.

¹³¹ Torres Bodet, Jaime, "Ideas y doctrinas. Discurso del C. Secretario de Educación", en *Educación Nacional*, Año I, N° 5, mensual, Secretaría de Educación Pública, México, junio, 1944, p. 387.

fundamental demostrando la unidad del pasado y estableciendo un único origen para lo que erróneamente se observaba como poblaciones diversas.¹³²

Además del interés por incentivar la cohesión nacional, se encontraba el de brindar reconocimiento al país frente al mundo. Si bien México, desde el siglo XIX estuvo sumamente preocupado por mostrarse en pie de igualdad frente a las naciones civilizadas de Europa, no existía un consenso sobre cuál era la imagen que tenía que proyectarse: la española o la india. Como nación independiente, México se construyó a partir del rechazo a la dominación extranjera y, sobre todo, de la española, pero le resultaba imposible negar por completo la herencia dejada por tres siglos de virreinato. Así mismo, como nación, en buena medida marcó su diferencia, particularidad y derecho de libertad, en la construcción de un pasado prehispánico glorioso que, sin embargo, no lograba superar el prejuicio del evolucionismo predominante.¹³³

La aceptación de una u otra imagen implicaba el reconocimiento explícito de la supremacía de una parte de la herencia del pasado sobre la otra, y esto no fue resuelto sino hasta la segunda y tercera década del siglo XX, cuando el discurso intentó conciliar las dos herencias, y la imagen de México se refugió en el mestizaje, pero privilegiando la raíz prehispánica y la presencia indígena.¹³⁴

Es en este sentido que, en las décadas de los años treinta y cuarenta, existía cierta urgencia por adaptar el discurso histórico al reconocimiento de las dos herencias que forjaban un

¹³² Al menos desde la campaña vasconceliana de las Misiones Culturales, el gobierno había mostrado una seria preocupación por la integración de las poblaciones indígenas, y por el reconocimiento e impulso de la mestización del pueblo mexicano como elemento distintivo. Estas inquietudes se mantuvieron en los gobiernos de las décadas posteriores mediante diversas acciones gubernamentales.

Este interés, por mostrar un orgullo indio y mestizo, fue creciente desde la década de los años veinte en diversos sectores, incluidos, los particulares. Por ejemplo, con motivo del festejo del Centenario de la Culminación de la Independencia, se impulsó el concurso de la "india bonita", que a la postre fue transformado en el de "la flor más bella del ejido" que se realiza hasta la actualidad en Xochimilco. Las producciones cinematográficas también impulsaron la imagen mestiza del mexicano, así como la música ranchera y la definición del mariachi como imagen representativa de México. Así mismo, la recuperación de los bailes populares y el establecimiento de uno de éstos como representativo de una región o estado de la república fueron un elemento que pretendía brindar cohesión nacional a la vez que orgullo e identidad en cada una de las poblaciones.

¹³³ Esta ambivalencia se mostró claramente en los pabellones mexicanos que fueron llevados al otro lado del océano con ocasión de las ferias mundiales. Alternativamente, los organizadores optaron por presentar proyectos de influencia colonial o bien, prehispánica. En las exposiciones mundiales de Nueva Orleans (1884), París (1900), San Luis (1904), Búfalo (1901), Río de Janeiro (1922) y Sevilla (1929) México presentó un pabellón colonial, mientras que a las muestras de París (1889), Chicago (1893) y Sevilla (1929) exhibió uno de tipo prehispánico. El prejuicio de la prensa europea frente a estas últimas ocasiones no se hizo esperar cuando aseguraban alarmados que los pueblos prehispánicos cometían sacrificios humanos en templos "similares" a los que el gobierno mexicano presentaba. Cf. p. ej. Tenorio Trillo, *Artifugios de la nación...*, op cit, 1998; Ganz, *The 1933 Chicago World's Fair... op cit*, cap. 7.

Por otro lado, la arquitectura, al menos hasta la década de los años treinta, también estuvo acorralada entre estas dos opciones: el estilo neocolonial o el neoprehispánico.

¹³⁴ Cabe destacar que la construcción de este imaginario es un proceso mucho más complejo que el que nuestro aquí para los fines del trabajo. A partir del cardenismo, se integraron nuevos íconos provenientes de la lucha socialista en la narrativa. Un ejemplo de ello lo constituye el pabellón que presentó México en la exposición mundial celebrada en París en 1937, el cual, olvidado de la polémica anterior, presenta una construcción moderna *art déco* en la que resaltan las imágenes alegóricas de la revolución socialista y la clase obrera.

pueblo mestizo como México. Durante el Congreso de Historia de 1944, Núñez y Domínguez manifestaba su preocupación al respecto:

En órbitas superiores, en establecimientos universitarios, los alumnos se ven en la actualidad sumergidos en un mar de confusiones. Un profesor de primer año que es un indigenista rabioso que predica su doctrina con todo ardor y deja en el alma del educando convicciones profundas. El profesor del año siguiente, resulta, por el contrario, un hispanófilo intransigente, para quien el contenido indígena se presenta como nulo en los fenómenos históricos. El alumno, ante ambas posiciones, cae en la estupefacción, vacila y se descontrola espiritualmente, engendrándose en él la duda, nefasta en la edad escolar.¹³⁵

La solución era establecer la continuidad histórica sin evadir ninguno de los hechos ocurridos, pues todos ellos tenían relevancia en el proceso de desarrollo de México como nación libre. Fue Alfonso Caso quien se extendió con mayor contundencia en este respecto. En su presentación mencionó que:

Un país no es distinto de su historia, es su historia. México, no es este momento, no es el año de 1944. México es una sucesión en el tiempo, es un proceso. De aquí la primerísima importancia de la enseñanza de la historia. Sólo entendiendo la historia de México, podemos entender qué es México; sólo sintiendo la Historia de México, podemos sentir qué es realmente México.¹³⁶

La finalidad de esta inclusión y del reconocimiento de cada una de las etapas y de los actores presentes en el devenir histórico era ideológica: México requería de unidad nacional y ésta sólo podía conseguirse por medio de la inclusión y del reconocimiento histórico. Era necesario integrar a la narrativa de la historia tanto a los héroes como a aquellos personajes que no compartieron el ideal de aquéllos, sin odios ni rencores. También debían incluirse las poblaciones indígenas, porque sólo así, éstas sentirían un compromiso arraigado con el resto de la población. Como señalara Caso:

La primera condición para poder crear la Unidad Nacional es mostrar que la patria persiste en el tiempo. Diversidad de lugares, de épocas, de partidos; pero hay algo fundamental que no podemos definir en una palabra porque es un proceso, porque México no es el México prehispánico, no es el México colonial, no es el México Independiente, no es el México revolucionario. México es todo eso, es su trayectoria en el tiempo.¹³⁷

La atemporalidad de México como unidad era, en buena medida, lo que dotaba al país de valor frente al universalismo y al imperialismo de las naciones poderosas que amenazaban con eliminar la diversidad del planeta. Fue en este contexto que se planeó, luego del Congreso, un estudio que se ocuparía de delinear los rasgos fundamentales de este imaginario. *México y la cultura*, publicado en 1946, fue pensado como un compendio que

¹³⁵ Núñez y Domínguez, "Panorama actual de la enseñanza de la historia en México", en *Educación Nacional*, Año I, N° 5, mensual, Secretaría de Educación Pública, México, junio, 1944, p. 393.

¹³⁶ Caso, Alfonso, "Tendencias y objetivos de la enseñanza de la historia de México en relación con la política de unidad nacional", en *Educación Nacional*, Año I, N° 5, mensual, Secretaría de Educación Pública, México, junio, 1944, p. 396.

¹³⁷ *Ibidem*.

abrazara todas las manifestaciones culturales con las que México, como entidad atemporal, había contribuido a la cultura universal y estaba dirigido a los no especialistas para que ahondaran en el significado del país, en su devenir y pasado, para:

[...] continuar entendiendo México, amando, descubriendo y haciendo a México, en la concordancia de dos responsabilidades indeclinables: la revelación de los nuestro y la solidaridad con lo universal.¹³⁸

A diferencia de aquella obra que planeara Justo Sierra a inicios del siglo (*México, su evolución social*), ésta no posaba sus ojos en el progreso científico de la modernidad, sino en las humanidades. Es por ello que para su elaboración fueron llamados a colaborar los principales “representantes del pensamiento del país”: Alfonso Caso escribió el tema referente a la historia prehispánica; Justino Fernández, Manuel Toussaint y Salvador Toscano el del arte; Carlos Chávez el de la música; Francisco Larroyo el de la educación; Samuel Ramos el de la filosofía; y Alfonso Reyes y José Luis Martínez el de las letras. Todas estas aportaciones fueron precedidas por una síntesis de la historia del pueblo mexicano elaborada por Silvio Zavala, y por la introducción del Secretario de Educación, Jaime Torres Bodet.

Había dos razones para restringir la obra a este tipo de aportaciones. La primera se basaba en la consideración de que México, en el terreno de las ciencias y el conocimiento erudito, había estado demasiado permeable a las influencias extranjeras y, por tanto, aquellos conocimientos no reflejaban la esencia del país. Quizás como una influencia mal entendida de las nuevas corrientes historiográficas, se afirmaba que, por el contrario, la naturaleza del pueblo mexicano estaba en la “cultura viva del pueblo”, porque a lo largo del tiempo sólo habían perdurado las obras que habían logrado captar el verdadero “sentir del pueblo”, como la música, la danza, las artes, los sueños, los juegos, etc.¹³⁹

La segunda razón por la que esta obra no abordó el pensamiento científico, sólo alcanza a vislumbrarse entre las líneas de la casi poética introducción de Torres Bodet. Los tiempos de guerra aún no habían terminado y el enfrentamiento entre naciones amenazaba a todo el

¹³⁸ Torres Bodet, “Introducción”, en Caso, Alfonso, Carlos Chávez, Justino Fernández, *et al*, *México y la cultura*, edición facsimilar a la de 1946, Serie Juana de Asbaje, Colección Letras, Gobierno del Estado de México, 1981, p. XX. Torres Bodet aclara que “En las épocas vigorosas, de positiva salud social, la cultura se presenta siempre a los hombres como función: manifestación orgánica y generosa que lleva en su cumplimiento su propio adorno y que sólo precisa, para ser bella, resolver sus dificultades sinceramente, con originalidad, con franqueza, con plenitud. /En las épocas de desquiciamiento moral, la cultura pierde el sentido de su función. Y, en los edificios, como en los libros, como en las ciencias, se vuelve lujo, aparato decorativo, lepra que roe, con adjetivos declamatorios, la blanda prosa que el sustantivo y el verbo ya no sostienen; urticaria de encajes que irrita el cuerpo de los muros endeblés y mal fincados; disfraz que esconde, tras de pórticos opulentos, patios en ruinas y, tras de andamios de metáforas ilusorias, el trabajo de un pensamiento que no consigue, por más que hace, disimular su vacío, su soledad...”. (pp. XIV-XV)

¹³⁹ Me parece que en este sentido el pensamiento arqueológico y antropológico en general, muestran cierta receptividad (aunque no suficiente) a las críticas hechas a la “historia de los grandes hombres”. Es precisamente en este contexto que se suscitarán las críticas de O’Gorman hacia la historia política nacional. Un análisis al respecto en Moctezuma Franco, Abraham, *La historiografía en disputa*, Colección Obra Diversa, INAH, México, 2005.

mundo, incluido México. Al igual que lo habían manifestado los convocados al Congreso de Historia, si había algo que pudiese rescatar la paz y el equilibrio en el mundo, sería el humanismo y el reconocimiento de la diversidad sin abanderar nacionalismos pueriles.

Era urgente que los pueblos, en espera de la paz, brindaran al resto de las naciones el "máximo de sí mismos" y, para ello, era necesario conocer lo que genuinamente era cada uno. Por ello resultaba urgente encontrar la esencia del país a lo largo de su historia, porque cultura e historia iban de la mano en el tiempo, dirigiéndose ineludiblemente hacia lo auténtico:

Una y otra van ascendiendo, con interrupciones y con caídas, hacia lo auténtico. Y entiéndase que lo auténtico no lo concebimos aquí restrictivamente, como lo tradicional o lo folklórico, sino como aquello que seremos cuando seamos lo que sólo nosotros podemos ser, sin que pongamos vanidad en lo que logremos ni sintamos envidia de la fragancia —más penetrante tal vez o tal vez más suave— que otras ramas del árbol de la cultura den a aspirar a la humanidad.¹⁴⁰

Alfonso Caso, en su aportación, afirmaba que pese a que se pensaba que México, como uno de los pueblos jóvenes de América, debía toda su cultura a las viejas naciones europeas, en realidad aquél, a la llegada de los españoles, ya era un "pueblo milenario" con una gran herencia cultural. Estas palabras estaban dirigidas a aquéllos que mantenían los intereses y presupuestos de la historia patria decimonónica, y pensaban que la civilización se había originado en el otro lado del océano. El licenciado, años atrás, ya había manifestado estas mismas ideas. El último tema de su "Manual de Arqueología Mexicana" (que propusiera en 1929 y nunca se publicara), estaba dedicado a demostrar la inutilidad de las comparaciones entre continentes porque la cultura americana no provenía del Viejo Mundo (Ver Documento 1, *Anexo IV*). Una década después y ya como director del INAH, en la inauguración del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en la Ciudad de México, Caso exponía sus ideas con mayor claridad y contundencia:

El hombre americano ha creado su cultura y su personalidad propia. No sólo es injusto sino anticientífico tratar de colocarlo dentro de los moldes asiáticos o europeos. Tenemos que acercarnos a las culturas americanas con humildad científica, sin tratar de imponer métodos, teorías y sistemas extraños [...] si los dos océanos no han sido camino sino obstáculo, es conveniente estudiar qué es lo que ha hecho el hombre en este continente con sus propios recursos, porque sólo así entenderemos de lo que es capaz ya no el hombre americano, sino el hombre en general. Y el hombre en este continente ha creado grandes cosas, y se ha elevado del medrozo cazador salvaje, acosado constantemente por el hambre, hasta llegar a ser el constructor de los grandes imperios aztecas, mayas e incas.¹⁴¹

¹⁴⁰ *Idem*, p. XVIII.

¹⁴¹ Caso, "Discurso inaugural de los trabajos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas", citado en Vázquez, Luis y Mechthild Rutsch, "México en la imagen de la ciencia y las teorías de la historia cultural alemana", *Ludus Vitalis. Revista de filosofía de las ciencias de la vida*, Vol. V, N° 8, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo

En *México y la cultura*, Caso argumentaba además que las culturas de la América Media eran las que presentaban mayores adelantos civilizatorios y, por tanto, habían brindado enormes aportes a la cultura universal. Fue esta la razón, de hecho, por la cual tanto en Perú como en el Centro de México se instalaron los virreinos, y por lo que en estas regiones, a diferencia de lo ocurrido en los extremos norte y sur del continente, las poblaciones originarias no fueron exterminadas, porque “la gran riqueza de la América tropical era el hombre. El hombre y su cultura”.¹⁴²

Pese a lo enérgico de los argumentos, en general *México y la cultura* no expuso aportes majestuosos ni exclusivos de América. Por el contrario, Caso describió con puntualidad cada uno de los cultivos originarios de estas tierras (chile, maíz, etc.), así como la domesticación de algunos animales. Si bien ambos procesos (con especies diferentes) también habían ocurrido en otros puntos del mundo, el centro del argumento de Caso se basaba en que, tanto el cultivo de las plantas, como la domesticación de los animales -ambos procesos indispensables en el desarrollo de la civilización- habían ocurrido sin influencia externa, eran autóctonos y habían brindado al mundo entero de especies domesticadas exclusivas de las tierras americanas.

Además, pensaba Caso, existían otros grandes aportes de los pueblos prehispánicos, pero éstos fueron abordados por Salvador Toscano y Alfonso Reyes en otros apartados de la obra. El primero de ellos destacó la presencia del arte prehispánico:

El arte de Mesoamérica surge a la vida como algo construido, ya hecho. En realidad desconocemos los balbuceos de las primeras culturas. Sin embargo, un hecho parece confirmado a la luz de nuestros conocimientos: si el hombre no es originario de América, su cultura sí es autóctona.¹⁴³

Sin embargo, para describir el arte inicial, el olmeca, de nuevo tropezó con lo “tremendo”. El autor pensaba que en general los olmecas, a quienes los arqueólogos se habían empeñado en relacionar con el origen de todos los desarrollos posteriores de la América Media, tenían un arte basado en la escultura:

[...] quizá ninguna otra cultura aparece a nuestros ojos tan poderosamente impresionada por los valores de la forma y de los volúmenes [...] la piedra es el idioma de las granes culturas; pero no sólo como expresión de lo tenebroso -que es uno de los caracteres de la

Toledano/SEP-UAM Iztapalapa-Universidad Illes Balears, México, 1997, p. 125. Vázquez y Rutsch consideran que Caso únicamente retomó la idea de “una cultura propia” años atrás manifestada por Eduard Seler (“debe valer la Doctrina Monroe para las culturas del México antiguo: ‘América para los americanos’”, *ibidem*, p. 122). Sin duda el razonamiento del autor germano precede en varios años a los trabajos de los mexicanos presentados en este apartado, pero me parece que no es posible establecer una relación de herencia directa entre ambas posturas. Para las décadas de los años treinta y cuarenta la idea del desarrollo americano independiente era un tema común en variopintos campos de estudio y autores, y resta conocer a profundidad cuál es el papel de la americanística alemana y de otras posturas teóricas en este proceso.

¹⁴² Caso, “Contribuciones de las culturas indígenas de México a la cultura mundial”, en Caso, Chávez, Fernández, *et al*, *México... op cit*, p. 49-80.

¹⁴³ Toscano, “El arte antiguo”, en Varios, *México... op cit*, p. 84.

escultura olmeca-, sino en su doble significado en relación con el tiempo como expresión de lo inanimado, de lo muerto, pero también de lo que es permanente, de lo que es eterno.¹⁴⁴

Más fácil resultó para Alfonso Reyes argumentar sobre los aportes literarios. En su escrito introdujo las dos corrientes de la poesía indígena (es decir, prehispánica): la nahua y la maya. La segunda de éstas fue la que Reyes consideró como fruto de "la civilización materna o medioamericana", la olmeca, representada por el *Popol-Vuh* y los libros del *Chilam Balam*.¹⁴⁵

Sin embargo, tras una breve descripción del mundo "literario" prehispánico, el autor continuó su escrito con el devenir histórico de la literatura novohispana. Este último momento histórico, el hispánico, fue el que finalmente abarcó la mayor parte de la obra en todos sus temas. Tal parecía que la rama que representaba la cultura prehispánica en el gran árbol de la humanidad –retomando la analogía de Torres Bodet-, no resultaba tan gruesa, majestuosa ni fragante como se anunciara en la introducción del libro. Y no lo podía ser. La dificultad radicaba en la imposibilidad de testimoniar el ideal de continuidad histórica impuesto por la obra. Establecer una sola línea de desarrollo para todo el pasado, que arrancara desde la Costa de Tabasco y culminara varios siglos después en la población mexicana, era una tarea que rebasaba todos los límites del imaginario.

Si bien resultaba sumamente atractivo establecer un origen ancestral que dotara de raigambre y genealogía a una nación que realmente era muy joven, no era sencillo encontrar los hilos de la historia que fuesen capaces de enlazar los dos extremos. Por un lado, la imposición de características plenamente modernas como parámetros de juicio para el análisis de las culturas del pasado, enfrentaba a los estudiosos a la búsqueda e invención de aspectos que, siendo prehispánicos, también parecieran modernos. De esta forma, el arte más antiguo, el olmeca, el origen del resto de las manifestaciones culturales, seguía siendo demasiado "tremendo", ajeno, misterioso, y casi inasible para encabezar la historia del pueblo mexicano.

Por otro lado, el pueblo, aquél que Torres Bodet enunciaba como el poseedor de la cultura, no tenía liga alguna con aquellas manifestaciones del pasado que se encontraban petrificadas, e incluso olvidadas en los museos y las zonas arqueológicas. Por el contrario, lejos del anhelo de los intelectuales, las poblaciones indígenas y mestizas se habían transformado al igual que el mundo, dejando ese pasado atrás y sin imaginar que necesitaban de un origen prehispánico, único y nacional –o al menos no el imaginado por la intelectualidad.¹⁴⁶ Quizás, al final, aquélla herencia occidental de tres siglos de virreinato

¹⁴⁴ *Idem*, p. 85.

¹⁴⁵ Reyes aquí destaca la relación con la zona maya.

¹⁴⁶ Un aspecto sumamente interesante que brinda el *National Geographic Magazine* son las instantáneas de la vida cotidiana de la población. Por ejemplo, en las temporadas de campo del *Smithsonian Institution* en Tres Zapotes los expedicionarios sintieron curiosidad por las muñecas de trapo que llevaban consigo las niñas de la localidad. Al año

que la historia se había esforzado por borrar, resultaba lo más palpable y asible de la cultura de México.

El problema olmeca

El mismo año en que se celebrara la Segunda Mesa Redonda, Wigberto Jiménez Moreno publicaba orgulloso un texto en el que trataba de extender sus consideraciones sobre los olmecas “históricos” y los “arqueológicos”. Decía que los últimos descubrimientos efectuados en la Costa del Golfo manifestaban la presencia de una cultura que mostraba cierto parecido con el resto de pueblos conocidos, pero que no admitía su identificación con ninguno. Tales hallazgos, para Jiménez, habían planteado serios problemas para los investigadores reunidos en Tuxtla quienes, finalmente resolvieron definir a la “cultura madre”.¹⁴⁷

La definición de lo olmeca en la Segunda Mesa Redonda, sin lugar a dudas, fue fundamental para la disciplina y su memoria, pues marcó buena parte de sus fundamentos. Recientemente, para conmemorar la celebración de aquella reunión en 1942, los especialistas sobre lo olmeca se congregaron para discutir los problemas capitales de esta ya añeja categoría. A diferencia de aquella ocasión en Tuxtla, los congresistas eligieron para reunirse un lugar de indiscutible raigambre histórica e ideológica: el Museo Nacional de Antropología, en la Ciudad de México.

“La Mesa Redonda Olmeca: Balance y perspectivas” fue organizada por Beatriz de la Fuente, María Teresa Uriarte, Rebeca González Lauck y Moisés Rosas Silva, como la primera de varias reuniones más, de las que aún no se estima su periodicidad. Congregó tanto al Instituto Nacional de Antropología, como a la Universidad Nacional Autónoma de México y a la Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo. Juntas, estas instituciones publicaron los resultados en una monumental obra compuesta de dos volúmenes y dos discos compactos.¹⁴⁸

En las reuniones llevadas a cabo del 10 al 12 de marzo de 2005, participaron más de una treintena de investigadores de varias instituciones nacionales y extranjeras, abordando principalmente seis temáticas de discusión: “Cultura y estilo”, “Ideología y religión”, “Iconografía”, “Investigaciones arqueológicas”, “Territorio”, y “Lengua y escritura”.

siguiente, las mujeres del poblado estaban preparadas con una canasta repleta de muñecas para venderlas a los extranjeros. (Cf. Ilustración 89, *Anexo I*) ¿No es ésta una muestra de la rápida capacidad de adaptación al mercado y al turismo por parte de las poblaciones tradicionalmente consideradas aisladas de la modernidad?

¹⁴⁷ Jiménez Moreno, Wigberto, “El enigma de los olmecas”, *Cuadernos Americanos*, Año I, N° 5, 1942, pp. 113-145.

¹⁴⁸ Uriarte, María Teresa y Rebeca González Lauck (eds.), *Olmeca. Balance y perspectivas. Memoria de la Primera Mesa Redonda*, 2 tomos, IIE-UNAM/CONACULTA-INAH/Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo-Universidad Grigham Young, México, 2008.

A más de sesenta años de que se acuñara lo olmeca como la “cultura madre”, y a diferencia de aquél momento, en esta ocasión los estudiosos no alcanzaron ningún acuerdo definitivo. Para las editoras de la publicación, ello fue ocasionado por la falta de una concordancia disciplinaria, de la diversidad de enfoques y de la dificultad para romper con las tradiciones impuestas.¹⁴⁹ Sin embargo, la falta de nuevos consensos podría revelar mucho más de los problemas de la disciplina en general, que del tema olmeca en particular.

Los restos de la “cultura madre” han escapado desde su definición, quizás como ningunos otros, a cada una de las definiciones impuestas, enfrentando a los estudiosos a las paradojas y a los dilemas que subyacen en la interpretación del pasado. En sus afanes por develar la otredad y pese al reconocimiento de la igualdad humana de todas las culturas del orbe, la antropología no puede desembarazarse de las nociones y los prejuicios de la modernidad.

Es cierto que, en general, a partir de 1942 la mayor parte de los estudiosos aceptaron la existencia de lo olmeca, y que la nueva narrativa propuesta no tuvo problemas para implantarse, quizás porque la tradición del siglo XIX –unilineal y evolucionista- estaba sumamente arraigada. Incluso, con el tiempo, nuevas categorías se sumaron a la “cultura madre” convirtiéndola en el origen de toda Mesoamérica. Sin embargo, esta posición no fue generalizada. La aceptación de lo olmeca como cultura, así como su ubicación, caracterización y materialización en la historia general fue una tarea difícil. Al poco tiempo de que se definiera la “cultura madre”, la nueva categoría comenzó a convertirse en un “problema” capital para la disciplina.

Un ejemplo notable lo constituye la presencia de este tópico en una de las publicaciones de historia general hecha al poco tiempo de la celebración de la Mesa Redonda de 1942. Como resultado del Congreso de Historia de 1944 fue programada la publicación de *México. Historia de su evolución constructiva*. La obra fue dirigida por Félix Palavicini e impresa en 1945 y, al igual que otras del mismo carácter escritas atrás, presentaba un recorrido desde los tiempos prehistóricos y hasta la etapa contemporánea.¹⁵⁰ Palavicini resumió todos los hallazgos de la presencia del hombre prehistórico, así como las principales culturas prehispánicas, pero entre éstas últimas no incluyó a la olmeca. Para el autor, los primeros pobladores (arcaicos) estuvieron presentes en la mayor parte del territorio y sobre sus asentamientos, posteriormente, se desarrollaron grandes centros de civilización. Fue éste el caso de la Huasteca, centro al que consideraba el único origen cultural de todo el pasado,

¹⁴⁹ Uriarte, María Teresa y Rebeca González Lauck (eds.), “Introducción”, *Olmeca. Balance y perspectivas...*, p. 20.

¹⁵⁰ Palavicini, Félix (dir.), *México. Historia de su evolución constructiva*, tres tomos, Distribuidora Editorial “Libro S. de R. L”, México, 1945.

del cultivo del maíz, y el lugar de contacto con extranjeros que trajeron el uso de los metales.¹⁵¹

Años atrás Enrique Juan Palacios había sostenido la misma tesis sobre el *Totonocapan*, pero sin que su postura consiguiera mayor adherencia por parte de sus colegas. Pareciera entonces que la discusión sobre el origen de la agricultura se encontraba de regreso, o bien, que no había desaparecido. Palavicini presentaba el cultivo del principal cereal americano como el motor del proceso civilizatorio, sin considerar siquiera el extendido “estilo olmeca”. Las propuestas sobre el origen de la agricultura en las zonas tórridas o las áridas se presentaban de nuevo en el escenario del entramado histórico mexicano. También hacían su aparición los postulados de Gordon Childe sobre la revolución urbana y las tesis que proponían el origen de la agricultura en Mesopotamia.

Estas inquietudes se mantuvieron durante los siguientes lustros. En 1968, Ignacio Bernal iniciaba el proyecto de escribir la historia completa de Mesoamérica, que abarcara “desde los inicios como mundo civilizado hasta su fin en 1521”. Sumándose a la propuesta de Arnold Toynbee (1889-1975), Bernal asumía que la civilización respondía a la presión ejercida por el medio (social o natural) y al surgimiento de la agricultura. Sólo alcanzó a escribir el primer volumen de su obra, sobre los olmecas, como “un prólogo al drama de la civilización cuyo primer acto empieza hacia 800aC”.¹⁵²

Sin embargo, por estas mismas fechas, se habían integrado otros componentes a la discusión. El problema comenzó a trasladarse: ya no radicaba en la definición de un origen, sino en su explicación y justificación de acuerdo a los postulados que, además, se mezclaban con las simpatías político-ideológicas de corte marxista. Las nuevas propuestas develaban que la definición de la civilización era, de hecho, una de las aristas del “problema olmeca” y de cualquier punto de inicio que pudiera proponerse. Definir un origen podía resultar ideal para el sustento ideológico de la historia, pero no eliminaba la complejidad inmersa en la discusión sobre la civilización.¹⁵³

¹⁵¹ Palavicini, *México...*, *op cit*, p. 83ss. El autor señala que: “[...] los más recientes descubrimientos arqueológicos, hacen lícito pensar que todos los pueblos de nuestro territorio tienen el mismo origen y que la cultura es única, aun cuando ha tenido mejores manifestaciones en determinados lugares; que se formó con el descubrimiento del maíz en la Huasteca y los conocimientos que trajeron los extranjeros que desembarcaron en el Río Pánuco”. (p. 88)

¹⁵² Bernal, Ignacio, *El mundo olmeca*, Ed. Porrúa, México, 1968, p. 5. Bernal sigue aquí la propuesta de Toynbee desarrollada en *A study of history*, escrita entre 1934 y 1961.

Por otro lado, la concepción de Bernal sobre la arqueología es sumamente explícita en esta obra. Destaca (sin argumentar), por ejemplo, que Mesoamérica es una civilización y que, bajo esta premisa, “... tenemos también que aceptar en nuestro estudio y nuestro enfoque las consecuencias de este punto de vista. La primera consecuencia es que ya no podremos estudiar a Mesoamérica sólo con las técnicas del antropólogo que estudia a los pueblos primitivos, sino con la perspectiva y la problemática con las que se estudia a las otras civilizaciones del mundo. [Por ello] ... nosotros no seremos antropólogos dedicados a los pueblos primitivos, sino mesoamericanistas.” (Ídem, p. 7)

¹⁵³ Cf. *supra*, Cap. III.

Tal panorama provocó que los acuerdos alcanzados en 1942 se cuestionaran. Si se definía el origen por el estilo y la extensión territorial y temporal de sus manifestaciones escultóricas, ¿cómo explicar que los primeros cultivos del maíz estuviesen en otro punto (la Huasteca)?, ¿no era el cultivo de los cereales el motor de la historia?, entonces ¿de qué manera se formó la civilización? Estas preguntas fueron el fundamento para una nueva generación que se insertó en el campo arqueológico mexicano, como Pedro Armillas.¹⁵⁴ Como refugiado español, llegó a México alrededor de 1939, y luego de realizar trabajos topográficos para la Comisión Agraria Mixta de Chiapas, ingresó a la recién fundada Escuela Nacional de Antropología como profesor de topografía, al mismo tiempo que cursaba algunas materias de la carrera de arqueología. Desde el primer momento tuvo oportunidad de trabajar en las exploraciones de Teotihuacán y también fue ayudante de la clase de Alfonso Caso, sustituyéndolo posteriormente en la cátedra.

Armillas recuerda que fue alrededor de 1944 cuando fue comisionado, junto con Miguel Covarrubias y Fernando Gamboa, para actualizar una de las salas del Museo Nacional. Aquí, Gamboa le clavó la duda: ¿era posible considerar que Teotihuacán fuera una urbe, y no sólo un centro ceremonial? Sin ser marxista como aquél, Armillas llegó a pensar que la pregunta podía tener sentido, y esta apreciación se consolidó cuando, años después, tuvo oportunidad de leer a Gordon Childe.¹⁵⁵

Las memorias de Armillas sugieren que nuevos temas, procedentes del materialismo histórico, avisaban el campo de lo social y que éstos adquirieron mayor fuerza en los años siguientes. En 1953 se celebró en la ciudad de Jalapa, la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología para definir un punto de acuerdo sobre los totonacas de la Huasteca y sus vecinos. Armillas reconoce que él mismo asesoró al entonces joven William T. Sanders (1937-2009) para que presentara su trabajo sobre las diferencias socioculturales y demográficas en la Costa del Golfo y el Altiplano, tema que suscitó fuertes discusiones entre los congresistas:

[...] Sanders lee este trabajo –en cierto modo era una especie de manifiesto sin pretenderlo conscientemente, pero que yo, [Ángel] Palerm y demás del grupo, lo presentábamos como una especie de manifiesto. De manera que lee el trabajo, no sé si hubo algún comentario

¹⁵⁴ Durand y Vázquez (comps.), "Entrevista a Pedro Armillas. Por una arqueología pedestre", *Caminos de la antropología. Entrevistas a cinco antropólogos*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional Indigenista, México, 1990, pp. 17-62. Cabe resaltar que para Armillas, éste fue un momento fundamental en su vida personal, pues marcó su salida del gremio arqueológico mexicano.

¹⁵⁵ Las reflexiones de Armillas en este aspecto son sumamente interesantes pues muestran el posible ingreso de nuevos objetos del conocimiento. Si Teotihuacán era una urbe, era indispensable que tuviera un centro mercantil, así como viviendas además de los templos. Armillas recordaba que en las excavaciones de aquéllos años, sin embargo, no se consideraba relevante coleccionar las piedras de molienda aunque éstas, vistas desde las nuevas posturas, podrían significar la presencia de zonas habitacionales. Por otro lado, fueron estas propuestas las que llevaron a Millon a proponer la existencia del mercado teotihuacano. Un análisis por demás interesante sobre los cambios conceptuales en las investigaciones de Teotihuacán, en Brambila, "La difusión del conocimiento, la Sociedad Mexicana de Antropología y la zona arqueológica de Teotihuacán", Volumen Conmemorativo de la SMA, en prensa.

pero se levanta Caso y dice: “bueno, todo eso estará muy bien, pero es muy teórico, la realidad es que la civilización mesoamericana comenzó en la costa del golfo con la olmeca”. Silencio... ya se iba a levantar la sesión, y pido la palabra: “Un momento, en primer lugar la discusión de la cronología de los sitios olmecas de la costa del golfo viene en la siguiente sesión. Discutamos este asunto por sus propios méritos”. Caso respondió violentamente, yo respondí [...] quizás violentamente y nos enzarzamos... Al terminar, entre otras cosas, un colega, Gordon Willey, que estaba sentado junto a mí, me decía: “es que no entiende cuál es la cuestión, que lo que él entiende por civilización...”¹⁵⁶

En efecto, es posible que el problema de la discusión fuese el concepto mismo de civilización, el cual, de frente a las nuevas propuestas teóricas, ya no podía sostenerse con los argumentos de antaño. El tránsito de una sociedad simple (antes primitiva) a una compleja (civilizada) comenzaba a perfilarse como uno de los pendientes cruciales para los estudios sociales, un tema que poco a poco fue dominando la agenda de la arqueología de México y del mundo.

Para 1964, al celebrarse el XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, los asistentes discutieron la pertinencia de definir a las civilizaciones mesoamericanas como *imperios*. Para este momento Alfonso Caso pensaba que no era posible seguir rechazando las nuevas propuestas, sino que éstas tenían que integrarse a las categorías anteriores. Durante su presentación, se enfocó a desentrañar si lo olmeca podía considerarse o no un imperio. El licenciado coincidía en que el problema no era la identificación de las sociedades igualitarias aldeanas, si no, su transformación en civilizaciones urbanas con diferencias de clase.¹⁵⁷ Siendo la olmeca, la madre de los desarrollos futuros, era menester definir a qué tipo de organización social correspondía.¹⁵⁸

Antes, ya Román Piña Chan y Miguel Covarrubias habían propuesto que el núcleo original de la cultura estaba entre Guerrero, Puebla y Morelos y que de este punto se difundió, por medio de migraciones, a Tres Zapotes, Chalcatzinco, Tlatilco, Monte Albán y La Venta. Caso por el contrario, pensaba que el foco se encontraba en la Costa del Golfo y que varias de las

¹⁵⁶ Durand y Vázquez (comps.), “Entrevista a Pedro Armillas...”, op cit, p. 42. Sanders, con el tiempo, se convirtió en uno de los arqueólogos principales para la arqueología de la Cuenca de México. En la década de los años sesenta realizó un proyecto de registro de los sitios arqueológicos de la Cuenca de México, publicando sus resultados en el ahora clásico *The basin of Mexico*.

Por otro lado, Gordon Willey publicaría en 1974, junto con Jeremy A. Sabloff, su *A history of American Archaeology*, libro canónico de la historia de la arqueología de Estados Unidos que, en buena medida, ha servido de punto de anclaje para sostener (tanto para mexicanos como extranjeros) la falta de cientificidad de la arqueología mexicana de la primera mitad del siglo XX.

¹⁵⁷ Caso, Alfonso, “¿Existió un imperio olmeca?”, en *Homenaje a Alfonso Caso. Obras escogidas*, Patronato para el Fomento de las Actividades Culturales y de Asistencia Social a las Comunidades Indígenas, A.C., México, 1996, pp. 173-203.

¹⁵⁸ Para Caso un imperio es una “organización social en la que están reguladas las relaciones entre los estamentos y las clases sociales, entre los componentes de una sociedad diferenciados, por la lengua, la raza, la religión o la clase económica, es decir una organización en la que están regulados los diferentes factores que intervienen en la producción y la apropiación de los factores de la producción.” A diferencia de los estados, los imperios además integran bajo sus dominios a territorios semiautónomos, y controlan tanto los bienes de comercio como sus rutas. Además mantienen una diversidad étnica y lingüística, así como una unificación política haciendo uso de la fuerza militar para mantener la cohesión.

manifestaciones presentes en otros sitios tenían que ser consideradas *olmecoides* (es decir, inspirados en los olmecas) y no propiamente olmecas. Para Caso:

Cuando un estilo se manifiesta constante en regiones muy separadas y sin que aparezca como esporádico en una cultura, sino como la expresión característica de ella, nos parece que estamos autorizados a suponer que esta gran similitud en el estilo depende de una extensión demográfica y política, económica y militar, y no solamente de préstamos culturales debidos al comercio o a influencias religiosas o ideológicas.¹⁵⁹

Para el licenciado, la distribución extensa de los rasgos olmecas y olmecoides demostraba la presencia de un imperio que extendió sus dominios a regiones tan remotas como Morelos y El Salvador. La geografía de los principales asentamientos olmecas en Tabasco y Veracruz, entre dos ríos, además, resultaba ideal para la agricultura constante y, por ende, para el crecimiento demográfico, al igual que había ocurrido en Mesopotamia.¹⁶⁰ Y, finalmente, si aún no se habían encontrado representaciones de un ejército (necesario para mantener la cohesión en un imperio), esto no implicaba que no hubiera existido. Después de todo, tampoco había imágenes de este tipo entre los mayas o en Monte Albán, y no había duda de que ambos lugares habían sido imperios. La propuesta de Caso, sin embargo no fue aceptada totalmente.

Lejos de resolverse el *problema olmeca*, con el paso de los años, los cuestionamientos se fueron incrementando. A la par de las nuevas excavaciones que se realizaron desde la década de 1950, surgían nuevas posturas para interpretar a la "cultura madre".¹⁶¹ Algunos autores han considerado que los restos de la Costa y los asentamientos de la Cuenca, en realidad son ciudades independientes que controlaban los recursos del Altiplano hacia el Golfo; y otros más sugieren que los sitios de Centro América son puestos fronterizos con influencia olmeca. Algunos más consideran que la presencia extendida del estilo olmeca muestra la difusión de un culto, pero no necesariamente el dominio de un centro político; y hay quien ha llegado a proponer que, en realidad, los olmecas eran nahuas.¹⁶²

¹⁵⁹ Caso, Alfonso, "¿Existió un imperio olmeca?", en *Homenaje...*, *op cit*, p. 186-7.

¹⁶⁰ A diferencia de la agricultura por roza y quema que agota el suelo y exige el movimiento poblacional constante, los aluviones renuevan el suelo para la agricultura año tras año.

¹⁶¹ Cabe destacar que la mayor parte de estas investigaciones fueron realizadas por miembros de la comunidad de Estados Unidos, y que un objetivo prioritario fue el fechamiento de los restos por radiocarbono, lo que implicó una nueva (re)configuración de los datos en la arqueología en general.

Un recuento general de las investigaciones, en González Lauck, Rebeca, "La zona del Golfo en el Preclásico: la etapa olmeca", en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, *Historia antigua de México*, Vol. I El México Antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte preclásico, segunda edición, INAH/Coordinación de Humanidades-UNAM/Ed. Porrúa, México, 2000, pp. 363-406.

¹⁶² Piña Chan, Román, *El lenguaje de las piedras: glífica olmeca y zapoteca*, FCE México, 1993. Un recuento somero sobre las interpretaciones sobre la extensión del estilo olmeca en González Lauck, "La zona del Golfo en el Preclásico...", *op cit*, pp. 393ss. Sobre la propuesta de la nahuatización, cf. Duverger, Christian, *Mesoamérica. Arte y antropología*, CONALCULTA-Americo Editores, Francia, 2000. La postura de este autor, cabe destacar, ha sido duramente criticada, entre otras cosas, por el profundo centralismo que sostiene.

Por otro lado, fue esta la diversidad de posturas que se manifestó en "La Mesa Redonda Olmeca: Balance y perspectivas" realizada hace unos años. Como señalara Beatriz de la Fuente ("¿Puede un estilo definir una cultura?", en Uriarte y

Pese a la divergencia de posturas teóricas, todas estas propuestas comparten dos categorías básicas de vieja raigambre: “cultura” y “estilo”. Al igual que se hiciera en la Mesa Redonda de 1942, a partir de la identificación de un estilo, definen una cultura/pueblo en el tiempo y el espacio. Lejos de ser postulados exclusivos del espectro olmeca, “estilo” y “cultura” constituyen elementos básicos del discurso arqueológico. Ambas categorías surgieron como un rechazo al determinismo biológico de la raza y a la evolución, y como el reconocimiento de la diversidad de los pueblos y su valía universal.

Pero la diferencia que construyen no está exenta de los fundamentos y las paradojas de la modernidad que las vio nacer. Si bien son la base para la identificación y definición de los pueblos pasados, también encaran y trastocan todas las certezas de la narrativa sobre el otro: ¿Es válido imponer una categoría occidental (como arte) a los pueblos pasados?, ¿un estilo define la identidad cultural de un pueblo?, ¿la aparente homogeneidad de un estilo podría explicar los multifacéticos componentes de un pueblo?, ¿de qué manera?, ¿la extensión geográfica de un estilo implica influencia cultural?, ¿su permanencia temporal significa continuidad cultural?, ¿hasta qué punto?, ¿es posible definir un sólo origen cultural para todas las manifestaciones de un pueblo o, aún más, de una nación?

Como constructos de la mirada occidental, la cultura y el arte (desde la arqueología y la antropología) intentaron definir al otro, al primitivo, al diferente, destacando su historicidad y unicidad, usando categorías ajenas e imponiendo un origen (como el de la “cultura madre”). Al traer de vuelta al pasado, lo convirtieron en testimonio pétreo de pueblos estáticos que, en medio de su diferencia, conservaban la universalidad, única, omnipresente, insalvable. La misma universalidad que ya no encuentra resonancia –o quizás nunca la tuvo- en las voces de pluralidad que se avecinan.

González, *Olmeca...*, *op cit*, p. 33) en aquella ocasión: “No obstante todo lo aquí dicho, es mi parecer que desde las reuniones de la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología [...] y de Dumbarton Opaks Conference on the Olmec [...], los aportes han sido trascendentales, pero limitados, por lo que seguimos repitiendo algunas afirmaciones de las cuales cabría dudar profundamente, por ejemplo, que los olmecas son “el pueblo del jaguar” o que constituyen la “cultura madre” de Mesoamérica. Sin cuestionar su validez, resulta claro que no logran explicar el fenómeno olmeca”.

Consideraciones finales

A lo largo de este trabajo mostré algunos bosquejos sobre la mirada de los estudios arqueológicos en torno al origen y los restos de la Costa del Golfo mexicano. Las facetas que incluí son múltiples y, sin duda alguna, inacabadas. Tan sólo he presentado un estudio de caso en el que se puede observar la construcción de objetos conceptuales en el discurso científico. En este sentido, esta investigación muestra tanto el final de una discusión que giraba en torno al origen en México como, a la vez, la pauta que dio inicio a nuevas inquietudes que se fueron construyendo a lo largo del fin de siglo.

Desde que se hallara la Cabeza de Hueyapan en el actual poblado de San Andrés Tuxtla, y ello se hiciera público, tracé diversas trayectorias que derivaron en la definición de esta escultura y otras piezas, como lo olmeca, la “cultura madre”. En la narrativa que construí, de un punto al otro, sin embargo, disgregué por numerosas temáticas, tratando siempre de buscar un punto de anclaje en las antigüedades de la Costa del Golfo. En este sitio, traté de congregar cuatro aspectos de análisis en la narrativa: las ideas sobre el origen; la (re)construcción de la historia precolombina y los objetos del conocimiento; la comunidad de estudiosos, vista como grupos generacionales y sus prácticas académicas; y las instituciones que fueron, al mismo tiempo, causa y resultado de la trama.

Tratando de alejarme de la idea de una construcción acumulativa y progresiva del conocimiento, indagué en las razones, las justificaciones y los contextos generales y particulares que tuvo cada personaje o grupo para dotar a las antigüedades de un nuevo significado. La historia trazada muestra así la complejidad que presenta la continua (re)construcción de significados de los objetos usados por la ciencia para definir su conocimiento. La aparente objetividad que les brinda su condición material, se diluye ante las preguntas de los estudiosos, quienes constantemente las dotan de nuevos significados.

El interés generalizado en el siglo XIX por obtener datos científicos que pudieran comprobar el origen de las poblaciones americanas, significó al pasado prehispánico con las relaciones transoceánicas de chinos, caldeos, asirios y africanos. En un momento en el que América constituía el único laboratorio en el mundo para encontrar los primeros pasos de la humanidad, las piezas de la Costa fueron los eslabones necesarios para integrar la historia a Europa y, por tanto, para reafirmar la unicidad del género humano.

De la misma forma en que fueron ordenadas el resto de las antigüedades, las que provenían del Golfo, fueron integradas al bosquejo general que desde hacía varias décadas se había escrito: el de la historia del centro de México. El peso ideológico de esta añeja tradición de

escritura hizo que, incluso cuando las piezas obtuvieron su categoría como “cultura madre”, éstas no pudieran ocupar la cima del discurso nacional.

La siguiente centuria trajo consigo nuevos significados que, sin embargo, no escaparon a la interrogante sobre el origen. Al derrumbarse el universalismo decimonónico, se dio paso a la exaltación de las localidades nacionales y regionales, que sin embargo, seguían ancladas en la universalidad decimonónica. Las piezas del Golfo entonces, fueron una de entre varias opciones que dotaban de un origen al México posrevolucionario.

El campo ganado por la antropología relativista, hizo que nuevos parámetros definieran el pasado. Lo primitivo adquirió un lugar preferencial en el imaginario intelectual de las primeras décadas del siglo, mientras que la nacionalidad posrevolucionaria buscaba la forma de distanciarse de su pasado inmediato y, a la vez, de mantener un origen majestuoso para la nacionalidad que estaba construyendo. Estos momentos también fueron el escenario de la consolidación de la arqueología como disciplina social, proceso resultado del aparato institucional que sostiene las construcciones epistémicas (como la “cultura madre”), y de las prácticas de las comunidades epistémicas.

Desde los estudios constructivistas de la ciencia, intenté cuestionar tanto las resignificaciones de los datos, como las de las herramientas metodológicas y epistemológicas, entendidas como cuerpos sociales y contextuales. Cada uno de los significados con los que fueron revestidos los restos del Golfo fueron sostenidos por diferentes prácticas y juicios teóricos y metodológicos, que a su vez, pretendían configurar la agenda de una disciplina diferente.

Los estudiosos, aunque que no siempre estuvieron dedicadas de tiempo completo a esta tarea, estaban guiados por los más altos estándares de la ciencia histórica. Al igual que el resto del pasado de toda la humanidad, escrito en cualquier latitud del pensamiento occidental, las hachas de jade y las monolíticas esculturas del Golfo, fueron observadas e interpretadas a la luz de las sagradas escrituras, de la literatura del mundo clásico europeo, de las evidencias geológicas, de los flujos de las corrientes marinas, y también de los estándares que intentaba imponer el campo antropológico, con sus mediciones craneométricas y su modelización de razas.

Al instalarse como discurso dominante la antropología cultural, nuevos parámetros de objetividad de establecieron. La diversidad fue entonces el parámetro para guiar las exploraciones y para identificar a un mayor número de pueblos en el espectro precolombino. Con la confianza en el registro histórico, se trataron de buscar otros tipos de testimonios que pudieran complementar la mirada sobre las sociedades primitivas del pasado remoto. La cultura y el juicio estético, fueron entonces el rasero usado para escribir la historia.

Las nuevas formas de “testificar” el pasado acompañaron la definición de un campo de saber autónomo. Si el pasado prehispánico, durante el siglo XIX, había sido parte de la historia patria decimonónica, en la siguiente centuria los nuevos parámetros de definición lo acercaron al campo antropológico, aún cuando nunca abandonara la trama universal y centralista escrita por los decimonónicos.

Si estas narrativas fueron posibles, fue gracias a los constantes proyectos que aspiraban convertirlas en la agenda de una ciencia formal. Para ello fueron creados espacios institucionales cada vez más especializados en los que tuvieran cabida estudiosos de tiempo completo, dedicados única y especialmente al análisis de una parte del espectro social. Los primeros pasos en esta materia fueron dados durante el porfiriato, y reorganizados tras los años de la revolución. Sólo décadas más tarde lograron formalizar e institucionalizar tanto la formación de profesionales, como los discursos, estrategias y métodos que definirían al quehacer arqueológico.

Los hombres que organizaron tal entramado, eran parte de la élite del país y, como tales, se encontraban cerca del poder político. Sus proyectos, la mayor parte de las veces, fueron parte del plan intelectual que asumió como objetivo la consolidación de México, primero en la modernidad universal y, luego, en la posrevolucionaria. Cada uno de estos personajes vislumbró su ejercicio como disciplina independiente, como saber especializado y, también como narrativa fundadora.

Fue en el régimen de la revolución institucionalizada, y en el espacio de entre guerras, en donde la narrativa prehispánica alcanzó su más reciente (re)significación general. La idea de (re)fundación que trajeron consigo los regímenes posteriores a la guerra también fue parte del discurso profesional sobre el México prehispánico, y en ésta tuvo cabida la construcción de lo olmeca como “cultura madre”.

Alfonso Caso y Andrade fue la cabeza de lanza de gran parte de estos proyectos. Al igual que años atrás hiciera Manuel Gamio Martínez, a su llegada al gremio arqueológico quería revolucionar el espacio que lo acogía. Lo consiguió sabiendo conjugar los intereses de sus contemporáneos, rodeándose de un nuevo equipo de colaboradores-discípulos, estrechando los lazos de amistad con sus pares extranjeros, aprovechando su linaje intelectual y también sus amistades políticas y, finalmente, desarrollando con gran habilidad sus dotes de gestor.

La personalidad y las acciones de Caso en el ambiente arqueológico, muestran parte de la complejidad que entrañan las prácticas sociales de las comunidades académicas. Como líder, trató de dotar a sus proyectos personales de un cariz generacional y, en este sentido, histórico, en el que todos sus contemporáneos cooperaron. Los consensos alcanzados por esta comunidad en torno a la “cultura madre”, así como su forma de cabildearlos,

planearlos y escenificarlos en espacios especializados como las Mesas Redondas de la Sociedad Mexicana de Antropología, son una muestra del componente social de la ciencia.

Tales consensos no fueron absolutos del todo. Los acuerdos iniciales, en el fondo, no eran más que el anhelo de una generación por alcanzar verdades acabadas que revelaran el “alma nacional”. Aún cuando lo olmeca -como estilo, cultura, origen y cuna de la civilización prehispánica- sigue siendo uno de los fundamentos del discurso arqueológico, con el correr del tiempo, sus fundamentos se han convertido en el germen de las nuevas interrogantes que trae consigo la posmodernidad.

Bibliografía citada

- Acosta, Jorge, "Los últimos descubrimientos arqueológicos en Tula, Hgo. 1941", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo V, México, 1941, pp. 239-248.
- Almanza Montañez, Rosa Evelia, *Alfredo Chavero y su idea de nacionalismo en la obra México a través de los siglos*, tesis de licenciatura en Historia, FFyL-UNAM, México, 2002.
- Alvarado, Salvador, *La reconstrucción de México*, Ballestá y Cía., México, 1919.
- Anda Alanís, Enrique, *La arquitectura de la revolución mexicana. Corrientes y estilos de la década de los veintes*, IIE-UNAM, México, 1990.
- Arechavaleta, Enrique, "Sociedad Mexicana de Antropología", Carlos García Mora y Mercedes Mejía (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 8. Las organizaciones y las revistas, Colección Biblioteca, INAH, México, 1988, pp. 124-140.
- Aveleyra Arroyo de Anda, Luis, *Obras selectas del arte prehispánico (adquisiciones recientes)*, fotografías de Irmgard Groth-Kimball, Consejo Nacional para la Planeación e Instalación del Museo Nacional de Antropología, SEP, México, 1964.
- Azuela Bernal, Luz Fernanda, *Tres sociedades científicas en el Porfiriato. Las disciplinas, las instituciones y las relaciones entre ciencia y poder*, Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología-Universidad Tecnológica de Nezahualcóyotl-Instituto de Geografía UNAM, México, 1996.
- , "La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la Geografía y la construcción del país en el siglo XIX", *Investigaciones Geográficas. Boletín del Instituto de Geografía*, N° 52, UNAM, México, 2003, pp. 153-166.
- , *De las minas al laboratorio: la demarcación de la geología en la Escuela Nacional de ingenieros (1795-1895)*, Serie Libros de Investigación, N° 1, Facultad de Ingeniería-Instituto de Geografía, UNAM, México, 2005.
- y Rafael Guevara Fefer, "La ciencia en México en el siglo XIX: una aproximación historiográfica", *Asclepio*, Vol. L-2, fasc. 2, Centro de Estudios Históricos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1998, pp. 77-105.
- Baranda, Joaquín, "Discurso inaugural", *Actas de la XI Reunión del Congreso Internacional de Americanistas, México, 1895*, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, pp. 32-33.
- Barba, Beatriz, "Alfonso Caso y Andrade", en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 9, Colección Biblioteca, INAH, México, 1988, pp. 424-446.

- Bárcena, Mariano, "El hombre prehistórico en México", *Actas de la XI Reunión del Congreso Internacional de Americanistas, México, 1895*, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, pp. 72-78.
- Bartra, Roger, *El salvaje en el espejo*, UNAM-Ediciones Era, México, 1992.
- , *El salvaje artificial*, UNAM -Ediciones Era, México, 1997.
- Basave Benítez, Agustín, *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, Prólogo de Carlos Fuentes, FCE, México, 2002.
- Batres, Leopoldo, *Exploraciones de Monte Albán*, Casa Editorial Gante, México, 1902.
- , *El Sr. Lic. Chavero y el monolito de Coatlinchán*, Imprenta de Fidencio S. Soria, México, 1904.
- , *Teotihuacán. Memoria que presenta el Inspector General y Conservador de los Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana al XV Congreso Internacional de Americanistas que deberá reunirse en Quebec el mes de septiembre de 1906, relativa a las Exploraciones que por orden del Gobierno Mexicano y a su expensas está llevando a cabo la Inspección de Monumentos Arqueológicos en las Pirámides de Teotihuacán*, Imprenta de Fidencio S. Noria, México, 1906.
- Beauregard Solís, Graciela, "Datos históricos sobre el Parque-Museo de La Venta", *Kuxulkab' Revista de Divulgación*, Vol. VII, N° 14, División Académica de Ciencias Biológicas-UJAT, México, julio 2002, pp. 61-67.
- Benítez, Fernando, "Palabras de Fernando Benítez, en ocasión de haberse dedicado al Maestro Alfonso Caso el Auditorio del INI", en Antonio Solís Salas (ed.), *Alfonso Caso*, México, s/f, pp. 9-17.
- Benjamín, Thomas, *La revolución mexicana. Memoria, mito e historia*, Trad. María Elena Madrigal Rodríguez, Ed. Taurus, México, 2003.
- Bernal, Ignacio, "Crónica de los primeros veinticinco años de la Sociedad Mexicana de Antropología", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Número especial en el XXV aniversario de la fundación de la Sociedad, Tomo 18, México, 1962, pp. 11-19.
- , *El mundo olmeca*, Ed. Porrúa, México, 1968.
- , sin título, en *Alfonso Caso. Homenaje*, SEP, México, 1971, pp. 19-25.
- , *Historia de la arqueología en México*, Ed. Porrúa, México, 1992.
- , "Palabras de Ignacio Bernal en el Homenaje al Maestro Caso, en el Colegio Nacional", en Antonio Salas Ortega (ed.), *Alfonso Caso*, México, s/f, pp. 39-48.
- Berlin, Isaiah, *El fuste torcido de la humanidad*. Capítulos de historia de las ideas, Ediciones Península, Barcelona, 2002.
- Betancourt, Salvador y Sodi, Alejandro, *Álbum histórico mexicano*, México, 1921.

- Beyer, Hermann, "Sobre las antigüedades del Pedregal de San Ángel", *Memorias y Revista de la Sociedad Científica "Antonio Alzate"*, Tomo 37, N° 1, Sociedad Científica "Antonio Alzate", México, mayo de 1918, pp. 1-16.
- Blom, Frans, "Preface", en Beyer *et al*, *Middle american papers: studies relating to research in Mexico, the Central American republics and the West Indies*, Middle American Research, Tulane University, 1932, sin número de páginas.
- , *Las ruinas de Palenque, Xupá y Finca Encanto*, Colección Biblioteca, INAH, México, 1991.
- , *En el lugar de los grandes bosques*, Trads. Víctor Manuel Esponda, Charlie Cray y Eva Yul, Serie Antropología, Segunda edición, Gobierno del estado de Chiapas-Consejo Estatal a la Investigación y Difusión de la Cultura DIF, Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, México, 1993.
- y Oliver La Farge, *Tribus y templos*, Trad. Bertha Adalid Carvajal, Clásicos de la Antropología 16, Instituto Nacional Indigenista, México, 1986.
- Boas, Franz, *et al*, "Second anual meeting of The American Folk-lore Society", *The Journal of American Folk-lore*, Vol. IV, N° 12, enero-marzo, 1891, pp. 1-5.
- (selección y arreglo de colecciones), Manuel Gamio (texto) y Adolfo Best (ilustraciones), *Álbum de colecciones arqueológicas*, Publicaciones de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1921.
- Bolaños Sánchez, Víctor Hugo, *La arqueología como ciencia en México: una mirada a la disciplina a través del conflicto Leopoldo Batres-Manuel Gamio en la historia de la arqueología*, tesis de Maestría en Filosofía de la Ciencia, FFyL-UNAM, México, 2007.
- Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Prólogo de Alicia B. Gutiérrez, Ed. Eudeba, Argentina, 1999.
- Brading, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Ed. Era, México, 1985.
- Brambila Paz, Rosa, "La difusión del conocimiento, la Sociedad Mexicana de Antropología y la zona arqueológica de Teotihuacán", Volumen Conmemorativo de la SMA, en prensa.
- y Rebeca de Gortari, "Los Anales del Museo Nacional", en Mechthild Rutsch y Mette Wachter (coords.), *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*, Colección Científica 467, INAH, México, 2004, pp. 243-274.
- Brunhouse, Robert L., *Sylvanus G. Morley y el mundo de los antiguos mayas*, Trad. Carlos Gerhard, Editores Asociados, México, 1971.
- , *En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos*, Trad. Jorge Ferreiro, FCE, México, 1989.
- Calderón Vega, Luis, *Los siete sabios de México*, Editorial Jus, México, 1972.

- Camp, Roderic, *Los intelectuales y el Estados en el México del siglo XX*, FCE, México, 1995.
- , Charles A. Hale y Josefina Zoraida Vázquez (eds.), *Los intelectuales y el poder en México*, El Colegio de México/UCLA Latin American Center Publications-University of California, México, 1991.
- Casanova, Rosa, "La fotografía en el Museo Nacional y la expedición científica de Cempoala", *Dimensión Antropológica*, Año 15, Vol. 42, enero-abril, 2008, pp. 55-92.
- Casellas Cañellas, Elisabeth, *El contexto arqueológico de la cabeza colosal olmeca número 7 de San Lorenzo, Veracruz, México*, Tesis doctoral, Departamento de Prehistoria/Facultad de Letras/Universidad Autónoma de Barcelona, España, 2004.
- Caso, Alfonso, "Informe preliminar de las exploraciones realizadas en Michoacán", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4ª época, T. IV, México, 1930, pp. 446-452.
- , *Thirteen masterpieces of Mexican Archaeology*, Editoriales Cultura y Polis, México, 1938.
- , "El Complejo arqueológico de Tula y las grandes culturas indígenas de México", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo V, México, 1941, pp. 85-95.
- , "Tendencias y objetivos de la enseñanza de la historia de México en relación con la política de unidad nacional", en *Educación Nacional*, Año I, N° 5, mensual, Secretaría de Educación Pública, México, junio, 1944, pp. 394-398.
- , "La Sociedad Mexicana de Antropología", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Número especial en el XXV aniversario de la fundación de la Sociedad, Tomo 18, SMA, México, 1962, pp. 7-9.
- , *Homenaje a Alfonso Caso. Obras escogidas*, Patronato para el Fomento de Actividades Culturales y de Asistencia Social a las Comunidades Indígenas, A.C., México, 1996.
- , Carlos Chávez, Justino Fernández, et al, *México y la cultura*, edición facsimilar a la de 1946, Serie Juana de Asbaje, Colección Letras, Gobierno del Estado de México, 1981.
- Castañeda, Quetzil E., "'The only export facts': Gamio, Boas, Kidder, Merriam and archaeological espionage during WWI", mecanuscrito, 20 pags., proporcionado por el autor.
- Castro-Leal, Marcia y Dora Sierra, "Museo Nacional de Antropología", Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 7 Las instituciones, Colección Biblioteca INAH, México, 1988, pp. 511-559.
- Cifuentes, Bárbara, "Lenguas e historia en tres obras mexicanas del siglo XIX", en Mechthild Rutsch y Mette Wachter (coords.), *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*, Colección Científica N° 467, INAH, México, 2004, pp. 117-139.
- Clifford, James, *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Trad. Carlos Reynoso, Gedisa, Barcelona, 1995.

- , *Itinerarios transculturales*, Trad. Mireya Reilly de Fayard, Gedisa, Barcelona, 1999.
- Colorado, Belisario, *Juchimán. Biografía de un ídolo viviente*, Dirección de Difusión Cultural y Extensión Uiversitaria-Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, México, 1991.
- Comas, Juan, *Cien años de Congresos Internacionales de Americanistas*, IIH-IIA-UNAM, México, 1974.
- CONACULTA, *Covarrubias. Esplendor del Pacífico*, CONACULTA, México, 2006.
- Congrés International des Américanistes, Compte-rendu de la Première Session, Nancy-1875*, T. I, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968.
- Congrés International des Américanistes, Compte-rendu de la Première Session, Nancy-1875*, T. II, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968.
- Covarrubias, Miguel, *La isla de Bali*, Trad. Eugenia Doniz, Universidad Veracruzana/UNAM, México, 2004.
- , *El sur de México*, Colección Clásicos de la historiografía mexicana del siglo XX, edición facsimilar de la de 1980, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 2004a.
- Charnay, Désiré, *The Ancients cities of New World being travels and explorations in Mexico and Central America*, Trad. J. Gonino y Helen S. Conant, Ed. Chapman and Hall, London, 1887.
- , *Ciudades y ruinas americanas. Mitla, Palenque, Izamal, Chichén Itzá, Uxmal. Reunidas y fotografiadas por Désiré Charnay con el viaje y documentos del autor: México, 1858-1861 Recuerdos e impresiones de Viaje*, Traducción y nota introductoria de Víctor Jiménez, Banco de México, 1994, pp. 9-33.
- Chartier, Roger, *El presente del pasado. Escritura de la historia*, historia de lo escrito, Departamento de Historia-Universidad Iberoamericana, México, 2005.
- , *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Gedisa, Barcelona, 2005a.
- , *La historia o la lectura del tiempo*, Gedisa, Barcelona, 2007.
- Chavero, Alfredo, "Primera época. Historia antigua", en Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, Tomos I y II, edición facsimilar, Editorial Cumbre, México, 1981 [1889].
- Childe, Gordon, *Los orígenes de la civilización*, Trad. Eli de Gortari, Brevarios, FCE, México, 1981.
- Dávalos Hurtado, Eusebio, "La Sociedad Mexicana de Antropología", *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, Vol. 11, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1949, pp. 132-133.

- Departamento de Antropología, *Anuario 1941*, Escuela Nacional de Ciencias Biológicas-Instituto Politécnico Nacional-SEP, México, 1940.
- Déraga, Daría y Rodolfo Fernández, “Las exploraciones de Monte Albán”, en María Teresa Cabrero (comp.), *II Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, IIA-UNAM, México, pp. 78-86.
- De Certeau, Michel, *La escritura de la historia*, Trad. Jorge López Moctezuma, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México, 1999.
- De la Fuente, Beatriz, *Los hombres de piedra. Escultura olmeca*, UNAM, México, 1984.
- De la Peña, Guillermo, “Nacionales y extranjeros en la historia de la antropología mexicana”, en Mechthild Rutsch (comp.), *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión*, Universidad Iberoamericana-Plaza y Valdés-Instituto Nacional Indigenistas, México, 1996, pp. 41-82.
- Díaz Perera, Miguel Ángel, *De viajeros y coleccionistas de antigüedades. Frédéric Waldeck en México. Historia, origen y naturaleza del hombre americano en los albores de la modernidad*, disertación doctoral en Historia, Centro de Estudios Históricos-El Colegio de Michoacán AC, México, 2008.
- Dorotinsky Alperstein, Deborah, *La vida de un archivo. “México indígena” y la fotografía etnográfica de los años cuarenta en México*, disertación doctoral en Historia del Arte, FFyL-UNAM, México, 2003.
- Duncan, Carol, “From de princely gallery to the public art museum: the Louvre Museum and the National Gallery, London”, en David Boswell and Jessica Evans, *Representing the Nation: a reader. Histories, heritage and museums*, Routledge, London, 1999, pp. 304-331.
- Durand, Jorge y Luis Vázquez (comps.), *Caminos de la antropología. Entrevistas a cinco antropólogos*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional Indigenista, México, 1990.
- Du Solier, Wilfrido, “Recopilación y conclusiones sobre los problemas arqueológicos de Tula, Hgo.”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo V, México, 1941, pp. 185-192.
- Duverger, Christian, *Mesoamérica. Arte y antropología*, CONALCULTA-Americo Arte Editores, Francia, 2000.
- Easby, Dudley, “Remembranzas de Alfonso Caso”, en *Alfonso Caso*, editado por Antonio Salas Ortega, México, s/f, pp. 21-28.
- Flannery, Kent, “Culture History v. Cultural Process: A debate in American Archaeology”, en Mark Leone (ed.), *Contemporary Archaeology. A guide to theory and contributions*, Southern Illinois University Press, Estados Unidos, 1977, pp. 102-107.
- Florescano, Enrique, “Quetzalcóatl. Metáforas e imágenes”, *La Jornada Suplemento*, 4 de marzo de 2003, México.

- Foucault, Michel, *La arqueología del saber*, Siglo XXI Editores, México, 2001.
- Gaddis, John Lewis, *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, Trad. Marco Aurelio Galmarini, Col. Argumentos, Anagrama, Barcelona, 2002.
- Gallegos Téllez-Rojo, José Roberto, *Manuel Gamio y la formación de la nacionalidad: el problema de los indios y los derechos de los pueblos*, tesis de licenciatura en Historia, FFyL, UNAM, México, 1996.
- Gallegos, Roberto (coord.), José Roberto Gallegos Téllez-Rojo y Miguel Pastrana Flores (comps.), *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacán*, Proyecto Historia de la Arqueología de Teotihuacán, Colección Antología, Serie Arqueología, INAH, México, 1997.
- Gamio, Manuel, *La población del Valle de Teotihuacán. El medio en que se ha desarrollado. Su evolución étnica y social. Iniciativas para procurar su mejoramiento*, T. I, Dirección de Talleres Gráficos dependiente de la SEP, México, 1922.
- , "Las excavaciones del pedregal de San Ángel y la cultura arcaica del Valle de México", *Annaes do XX Congresso Internacional de Americanistas realizado no Rio de Janeiro, de 20 a 30 de agosto de 1922*, Vol. II, Primera parte, Imprensa Nacional, Río de Janeiro, 1928, pp. 107-125.
- , *Forjando Patria*, Colección Sepan Cuantos... N° 368, Editorial Porrúa, México, 1992.
- , "Estado actual de las investigaciones antropológicas en México y sugerencias sobre su desarrollo futuro", *Dos aportaciones de la antropología en México*, publicación con motivo del Coloquio "La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión (5-7 de julio de 1993)", Seminario de Filosofía, Historia y Sociología de la Antropología en México, DEAS-INAH, México, 1993.
- Gándara, Manuel, *La arqueología oficial mexicana. Causas y efectos*, Colección Divulgación, INAH, 1992.
- Ganz, Cheryl, *The 1933 Chicago World's Fair. A century of progress*, University of Illinois Press, Chicago, 2008.
- García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, CONACULTA-Grijalvo, México, 1989.
- García Moll, Roberto, *La Sociedad Mexicana de Antropología y su contribución bibliográfica*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1973.
- Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Océano, México, 1997.
- , *Mitos, emblemas, indicios. Morfología de la historia*, Gedisa, Barcelona, 1999.
- Gobierno del Estado de Veracruz-Universidad Veracruzana (eds.), *Guía Oficial Museo de Antropología de Xalapa*, Editoria del Gobierno del Estado de Veracruz, México, 2004.

- Golinski, Jan, *Making natural knowledge. Constructivism and the history of science*, Cambridge University Press, 1998.
- Gómez Rey, Patricia, *La enseñanza de la geografía en los proyectos educativos del siglo XIX en México*, Colección Temas Selectos de Geografía de México, Instituto de Geografía, UNAM, México, 2003.
- González Gamio, Ángeles, *Manuel Gamio: una lucha sin final*, Coordinación de Humanidades, UNAM, México, 1987.
- González y González, Luis, *La ronda de las generaciones*, SEP, México, 1984.
- González Lauck, Rebeca, “La zona del Golfo en el Preclásico: la etapa olmeca”, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, *Historia antigua de México*, Vol. I El México Antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte preclásico, segunda edición, INAH/Coordinación de Humanidades-UNAM/Ed. Porrúa, México, 2000, pp. 363-406.
- González Mello, Renato, “Manuel Gamio, Diego Rivera, and the politics of Mexican anthropology”, *Res*, N°45, primavera, 2004, pp. 161-186.
- Gorbach, Frida, “El Museo Nacional: visita a un monumento”, ms, 55 pags., mayo de 1995, proporcionado por la autora.
- , *El monstruo, objeto imposible. Un estudio sobre teratología mexicana, siglo XIX*, Itaca-UAM Xochimilco, 2008.
- Guerra, François Javier, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 tomos, FCE, México, 2003
- Guerrero Crespo, Claudia, *La historia de la arqueología mexicana a partir de los documentos del Archivo General de la Nación (1876-1920)*, tesis de licenciatura en arqueología, ENAH-INAH, México, 2003.
- , “Los concursos que generaron la celebración de un centenario que la posrevolución no quería”, mecanuscrito, 25pp., proporcionado por la autora.
- Guevara Fefer, Rafael, “La danza de las disciplinas. El Museo Nacional a través de los trabajos y los días de Gumesindo Mendoza”, en Mechthild Rutsch y Mette Wachter (coords.), *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*, Colección Científica 467, INAH, México, 2004, pp. 141-156.
- Harris, Marvin *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, Siglo XXI Editores, México, 1979.
- Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Ed. Crítica, Barcelona, 2007.
- , *La era del imperio. 1875-1914*, Col. Libros de Historia, Crítica, Barcelona, 2001.
- INAH, *Miguel Covarrubias en México y San Francisco*, INAH, México, 2007.
- IPGH, *Atlas arqueológico de la República Mexicana*, Publicación N° 41, México, 1939.

- Jaime Riverón, Olaf, *Análisis de las investigaciones arqueológicas en torno a los olmecas: sus posiciones teóricas, metodologías y técnicas desde una perspectiva externalista de la historia de la ciencia*, Tesis de licenciatura en Arqueología, ENAH-INAH, México, 2000.
- Jiménez Moreno, Wigberto, "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo V, México, 1941, pp. 79-83.
- , "El enigma de los olmecas", *Cuadernos Americanos*, Año I, N° 5, 1942, pp. 113-145.
- Keen, Benjamin, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, Trad. Juan José Utrilla, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- Kerr, Paul F., "Memorial of George Kunz", *The American Mineralogist*, Vol. 18, N° 3, marzo, 1933, pp. 91-94.
- Kirchhoff, Paul, *Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y características culturales*, Suplemento de la Revista Tlatoani, ENAH, México, s/f.
- Krauze, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, Colección Andanzas, Tusquets Editores, México, 1999.
- Krickeberg, Walter, *Los totonaca. Contribución a la Etnografía histórica de la América Central*, Trad. Porfirio Aguirre, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, SEP, México, 1933.
- Kuhn, Thomas, "Las ciencias naturales y humanas", en *Revista Acta Sociológica* (versión electrónica), N° 19, enero-abril, 1997.
- Kunz, George, "Exhibition of gems used as amulets", *The Journal of American Folk-lore*, Vol. IV, N° 12, enero-marzo, 1891, pp. 29-31.
- Ladrón de Guevara, Sandra, "El Museo de Antropología de Xalapa", *Arqueología Mexicana. Edición Especial. Museo de Antropología de Xalapa*, N° 22, 2006, México, pp. 10-11.
- Lameiras, José, "La antropología en México: panorama de su desarrollo en lo que va del siglo", *Ciencias sociales en México*, El Colegio de México, México, 1979, pp. 109-180.
- Lewis, Bernard, *La historia recordada, rescatada, inventada*, FCE, México, 1979.
- López Beltrán, Carlos, "Ciencia en los márgenes: una reconstrucción de la asimetría centro-periferia", en Mechthild Rutsch y Carlos Serrano, *Ciencia en los márgenes. Ensayos de historia de las ciencias en México*, UNAM, México, pp. 19-32.
- López Hernández, Haydeé, *La arqueología mexicana en un periodo de transición. 1917-1938*, tesis de licenciatura en arqueología, ENAH-INAH, México, 2003.
- , "El proyecto de Tenayuca y la comunidad arqueológica en México 1925-1934", Mechthild Rutsch y Mette Wachter (coords.), *Alarifes, Amanuenses y Evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*, Colección Científica 467, INAH, México, 2004, pp. 325-349.

- , *Historia y olvido. Enrique Juan Palacios Mendoza (1881-1953) y los estudios histórico-arqueológicos en México*, tesis de Maestría en Filosofía de la Ciencia, FFyL-UNAM, México, 2006.
- , "Nación y ciencia. Reflexiones en torno a las historias de la arqueología mexicana durante la posrevolución", Frida Gorbach y Carlos López Beltrán (eds.), *Saberes locales. Ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina*, El Colegio de Michoacán, México, 2008.
- , "La Escuela Mexicana de Arqueología... ¿fracaso de origen?", *Memorias del Coloquio Tendencias teóricas contemporáneas en arqueología. Reflexiones críticas sobre nuestra práctica profesional*, en prensa.
- Loyo, Engracia, "La lectura en México, 1920-1040", en Seminario de Historia de la Educación en México, *Historia de la Lectura en México*, El Colegio de México, México, 2005, pp. 243-298.
- Luhmann, Niklas, *La ciencia de la sociedad*, Anthropos-Universidad Iberoamericana-Iteso, México, 1996.
- Lyon, Rosemary Durkin, *(Re)discovering the olmec: Nacional Geographic Society-Smithsonian Institution archaeological expeditions to Veracruz/Tabasco, 1939-1946*, tesis para optar por el grado de Master de Arte en Antropología, American University, Washington, 1997.
- Llobera, José, *Hacia una historia de las ciencias sociales. El caso del materialismo histórico*, Ed. Anagrama, España, 1980.
- Manzanilla, Linda y Edgar Gaytán, "La cara del teotihuacano", en *Actualidades Arqueológicas. Pasado y presente*, revista electrónica consultada el día 19 de enero de 2010, en <http://www.morgan.iaa.unam.mx/usr/Actualidades/proytras.html>
- Mariscal, Federico, *Estudio arquitectónico de las ruinas mayas. Yucatán y Campeche*, Contribución de México al XXIII Congreso de Americanistas, SEP, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1928.
- Marquina, Ignacio, *Estudio arquitectónico comparativo de los monumentos arqueológicos de México*, Contribución de México al XXIII Congreso Internacional de Americanistas, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1928.
- , "Relaciones entre los monumentos del norte de Yucatán y los del centro de México", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo V, México, 1941, pp. 135-150.
- , *Memorias*, Colección Biblioteca, INAH, México, 1994.
- Matos Moctezuma, Eduardo, "Las corrientes arqueológicas en México", *Nueva Antropología*, Año III, N° 12, México, 1979, pp. 7-25.
- , "Jorge R. Acosta", en Lina Odena Güemes y Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 9. Los protagonistas (Acosta-Dávila), Colección Biblioteca, INAH, México, 1988, pp. 45-52.

- , *Las piedras negadas. De la Coatlicue al Templo Mayor*, CNCA, México, 1998.
- , *Los comienzos de la arqueología mexicana. En respuesta a Carlos Navarrete*, El Colegio Nacional, México, 2002.
- Matute, Álvaro, "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", *Estudios historiográficos*, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, México, 1997, pp. 25-70.
- , *Pensamiento historiográfico del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, UNAM-FCE, México, 1999.
- , "La historiografía positivista y su herencia", en Conrado Hernández (coord.), *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*, El Colegio de Michoacán-UNAM, México, 2003, pp. 33-46.
- Medin, Tzvi, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, FCE, México, 1994.
- Medina, Andrés, "Miguel Covarrubias", Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 9. Los protagonistas (Acosta-Dávila), Colección Biblioteca INAH, México, 1988, pp. 518-532.
- Melgar y Serrano, José María, "Antigüedades mexicanas", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, segunda época, tomo I, Imprenta del Gobierno en Palacio a cargo de José María Sandoval, México, 1869, pp. 292-297.
- , "Estudio sobre la antigüedad y el origen de la cabeza colosal de tipo etiopito que existen en hueyapam, del Canton de los Tuxtles, por el C. José M. Melgar", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, segunda época, tomo III, Imprenta del Gobierno en Palacio a cargo de José María Sandoval, México, 1871, pp. 104-118.
- , *Juicio sobre lo que sirvió de base a las primeras teogonías. Traducción del manuscrito mayo perteneciente al Señor Miró. Observaciones sobre algunos otros datos encontrados en los monumentos y manuscritos mejicanos, que prueban las comunicaciones antiquísimas que existieron entre el viejo y nuevo mundo*, Imprenta de R. de Zayas, Veracruz, México, 1873.
- Mendizábal, Miguel Othón, "Ensayo sobre las civilizaciones aborígenes americanas", *Obras completas*, Tomo II, México, 1946, pp. 5-173.
- , "Los otomíes no fueron los primeros pobladores del Valle de México", *Obras completas*, Tomo II, México, 1946a, pp. 455-474.
- Mena, Ramón, *Catálogo de objetos de jade*, INAH, edición facsimilar, México, 1990 [1927].
- Mendoza, Gumesindo, "Ídolo azteca de tipo japonés", *Anales del Museo Nacional*, 1ª época, Tomo I, México, 1877, pp. 91.
- , "Las pirámides de Teotihuacán", *Anales del Museo Nacional*, 1ª época, Tomo I, 1877a, pp. 186-195.

-----, "Ídolo azteca de tipo chino", *Anales del Museo Nacional*, 1ª época, Tomo I, 1877b, pp. 39-42.

Meneses Morales, Ernesto, *Tendencias educativas oficiales en México 1821-1911*, Centro de Estudios Educativos/Universidad Iberoamericana, México, 2001.

-----, *Tendencias educativas oficiales en México 1911-1934*, Centro de Estudios Educativos/Universidad Iberoamericana, México, 1986.

Moncada Maya, José Omar, *El nacimiento de una disciplina: la geografía en México (siglos XVI a XIX)*, Temas Selectos de Geografía de México, Instituto de Geografía, UNAM, México, 2003.

Moctezuma Franco, Abraham, *La historiografía en disputa*, Colección Obra Diversa, INAH, México, 2005.

Morales Moreno, Luis Gerardo, *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional 1780-1940*, Universidad Iberoamericana, México, 1994.

Moreno, Roberto, *La polémica del darwinismo en México, siglo XIX*, UNAM, México, 1989.

Morley, Sylvanus G., "Yucatán, home of the girted maya. Two thousand years of history reach back to early American Temple Builders, corn cultivators and pioneers in Mathematics", en *The National Geographic Magazine*, Vol. LXX, N° 5, National Geographic Society, Washington D.C., noviembre, 1936, pp. 591-644+XVII-XXIV.

-----, *La civilización maya*, edición revisada por George W. Brainerd, Sección de Obras de Antropología, FCE, 1994.

Moro Abadía, Oscar, *Arqueología prehistórica e historia de la ciencia. Hacia una historia crítica de la arqueología*, Prólogo de Bruce Trigger, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2007.

Navarrete, Carlos, *Palenque, 1784: el inicio de la aventura arqueológica maya*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM, México, 2000.

Navarrete, Federico, "La historia y la antropología: tras las huellas de los hombres-dioses", en Evelia Trejo y Álvaro Matute (eds.), *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta Lecturas*, IIH-UNAM, México, 2005, pp. 403-418.

Neurath, Otho, "The lost wanderers of Descartes and the auxiliary motives", *Philosophical papers 1913-1946*, D. Reidel Publishing Company, 1983, p. 1-12.

Noguera, Eduardo, "Algunas características de la cerámica de México", *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, Nueva Serie, Tomo XXII, 1930, pp. 249-310.

-----, "Al átlatl o tiradera", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 5ª época, T. III, Talleres Gráficos de la Editorial Stylo, México, 1945.

Novick, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, 2 tomos, Colección Itinerarios, Instituto Mora, México, 1997.

- Núñez y Domínguez, "Panorama actual de la enseñanza de la historia en México", en *Educación Nacional*, Año I, N° 5, mensual, Secretaría de Educación Pública, México, junio, 1944, pp. 391-393.
- O'Gorman, Edmundo, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*, Col. Lecturas Mexicanas N° 63, FCE, México, 1984.
- , *El arte o de la monstruosidad y otros escritos*, Planeta/Joaquín Mortiz, México, 2002.
- Olivé, Julio César, "Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos de la Secretaría de Fomento (Dirección de Antropología)", en Carlos García Mora y Mercedes Mejía Sánchez (coords.), *La historia de la antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 7 Las instituciones, Colección Biblioteca, INAH, México, 1988, pp. 57-70.
- y Bolfy Cottom (coords.), *INAH una historia*, Vol. I, INAH, México, 1995.
- Ortega y Medina, Juan, "Las culturas prehispánicas en la historiografía anglosajona", en Álvaro Matute (ed.), *Historiografía española y norteamericana sobre México*, UNAM, México, 1992, pp. 107-120.
- Ortiz Monasterio, José, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, FCE-Instituto Mora, México, 2004.
- Ovando Shelley, Claudia, "Arte precolombino: entre la belleza y la monstruosidad", en Evelia Trejo y Álvaro Matute (eds.), *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas*, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 2005, pp. 145-159.
- Palacios, Enrique Juan, "La gran ciudad sagrada de Teotihuacán", *Álbum del Centenario de la Independencia*, Ediciones Salvador Betancourt y Alejandro Sodi, México, 1923, sin número de páginas.
- , *Arqueología de México. Culturas arcaica y tolteca*, Enciclopedia Ilustrada Mexicana, Imprenta Mundial, México, 1937.
- , "Teotihuacán, los toltecas y Tula", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo V, México, 1941, pp. 113-134.
- , *Prehistoria de México*, Reimpresos N° 28, IIA, UNAM, México, 1981.
- , y Miguel Othón de Mendizábal, *Quetzalcóatl y la irradiación de su cultura en el antiguo territorio mexicano*, Monografías del Museo Nacional de Arqueología, México, 1921.
- , y Miguel Othón de Mendizábal, *El templo de Quetzalcóatl en Teotihuacán. Significación histórica del monumento*, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, México, 1921a.
- Paredes Gudiño, Blanca Luz, *Unidades habitacionales en Tula, Hidalgo*, Colección Científica 210, INAH, México, 1990

- Pastrana Flores, Miguel, "Un prólogo a la historia antigua de la Mixteca", en Evelia Trejo y Álvaro Matute (eds.), *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta Lecturas*, IIH-UNAM, México, 2005, pp. 465-480.
- Paz, Octavio, "Prólogo", en Henestrosa, Andrés, *Retrato de mi madre*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1980.
- , *Obras completas*, Vol. 8. El peregrino en su patria. Historia y política en México, FCE, México, 2006.
- Pellicer, Carlos y Alfonso Reyes, *Correspondencia 1925-1959*, Zaitzeff, Serge I. (ed.), Ediciones El Equilibrista, CNCA, México, 1997.
- Pérez de Aranda, Conrado, "Inmigraciones a la América en general y cuáles hayan llegado al actual territorio mexicano", *Actas de la XI Reunión del Congreso Internacional de Americanistas, México, 1895*, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, pp. 324-356.
- Pérez Montfort, Ricardo, "El Museo Nacional como expresión del nacionalismo mexicano", *Alquimia*, Año 4, N° 12, Sistema Nacional de Fototecas, CONACULTA-INAH, México, pp. 27-31.
- Pérez Vejo, Tomás, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*, El Colegio de México/ENAH-INAH, México, 2008.
- Pichardo Hernández, Hugo, "La Comisión Científica Francesa y sus exploraciones en el territorio insular mexicano, 1864-1867", *Política y cultura*, otoño, N° 16, UAM-X, México, 2001.
- Piña Chan, Román, *El lenguaje de las piedras: glífica olmeca y zapoteca*, FCE México, 1993.
- Pi-suñier Llorens, Antonia (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación 1848-1884*, UNAM, México, 2001.
- Pohorilenko, Anatole, "Cultura y estilo en el arte olmeca: ¿un estilo, muchas culturas?", en Uriarte, María Teresa y Rebeca González Lauck (eds.), *Olmeca. Balance y perspectivas. Memoria de la Primera Mesa Redonda*, 2 tomos, IIE-UNAM/CONACULTA-INAH/Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo-Universidad Grigham Young, México, 2008, pp. 65-88.
- Poniatowska, Elena, *Miguel Covarrubias. Vida y mundos*, Ed. Era, México, 2004.
- Pruneda, Elvira, "El largo quehacer de Lepoldo Batres. 1852-1903", ponencia presentada en el *Seminario de Estudiantes de Posgrado en Historia de la Ciencia y Estudios Filosóficos y Sociales de la Ciencia* del Posgrado en Filosofía de la Ciencia, en el Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, el día 29 de enero de 2009. Texto ms, 44 pags., proporcionado por la autora.
- Rabasa, Emilio, *La evolución histórica de México*, Coordinación de Humanidades-Miguel Ángel Porrúa, México, 1986 [1920].

- Ramírez, José, "Las leyes biológicas permiten asegurar que las razas primitivas de América son Autóctonas", *Actas de la XI Reunión del Congreso Internacional de Americanistas, México, 1895*, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, pp. 360-363.
- Ramírez, José Fernando, *Obras históricas*, T. I Época prehispánica, Col. Nueva Biblioteca Mexicana, UNAM, México, 2001.
- Rettig Hinojosa, David, *Los planes de estudio de arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y sus transformaciones (1964-2006): una reflexión sobre la nueva propuesta curricular*, tesis de Maestría en Filosofía de la Ciencia, FFyL-UNAM, México, 2008.
- Reyes, Alfonso, "Prólogo", en Mediz Bolio, Antonio, *La tierra del faisán y del venado*, Producción Editorial Dante, S.A., México, 1996.
- Rico Mansard, Luisa Fernanda, *Exhibir para educar. Objetos, colecciones y museos de la ciudad de México (1790-1910)*, Ediciones Pomares, Barcelona, 2004.
- Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, FCE, México, 2004.
- Riva Palacio, Vicente, "Capítulo II. Estado de la colonia al terminarse el siglo XVI. Las razas indígenas", *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, Tomo IV, edición facsimilar, Editorial Cumbre, México, 1981 [1889], pp. 15-25.
- Rodríguez García, Ignacio, "Recursos ideológicos del estado mexicano: el caso de la arqueología", en Mechthild Rutsch, *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión*, Plaza y Valdes-Instituto Nacional Indigenista, México, 1996, pp. 83-103.
- Rozat Dupeyrón, Guy, *Los orígenes de la nación. Pasado indígena e historia nacional*, Universidad Iberoamericana, México, 2001.
- , "Las representaciones del Indio, una retórica de la alteridad", *Debate feminista*, año 7, vol. 13, abril de 1996, pp. 40-66.
- , "Pensar derroteros historiográficos", en Gumersindo Vera, José Pantoja, Rubén Espinoza y Guy Rozat (coord.), *Memorias del Coloquio Los historiadores y la historia para el siglo XXI*, ENAH, México, 2006, pp. 147-166.
- Ruiz Olavarrieta, Alejandro, "Disertación sobre el origen de los pobladores de América", *Actas de la XI Reunión del Congreso Internacional de Americanistas, México, 1895*, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, pp. 278-287.
- Rutsch, Mechthild, *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, INAH/IIA-UNAM, México, 2007.

- Rydell, Robert W., "The Chicago World's Columbian Exposition of 1893: 'and was Jerusalem builded here?'" , en David Boswell and Jessica Evans, *Representing the Nation: a reader. Histories, heritage and museums*, Routledge, London, 1999, pp. 273-303.
- s/a, "Visita al Museo Nacional", *Actas de la XI Reunión del Congreso Internacional de Americanistas, México, 1895*, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1968, p. 37.
- Sánchez, Jesús, "Estatua colosal de la diosa del agua", *Anales del Museo Nacional*, 1ª época, Tomo III, México, 1886, pp. 27-30.
- Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Colección Sepan Cuantos..., N° 300, Porrúa, México, 1975.
- Saville, Marshall, "Alfredo Chavero", *American Anthropologist*, New Series, Vol. 8, 1906, New York, 1906, pp. 700-703.
- , "Monolithic axes and their distribution in Ancient America", *Contributions from the Museum of the American Indian*, Vol. II, Museum of the American Indian, New York, 1915-16, pp. 1-13.
- , "Votive axes from Ancient Mexico", *Indian Notes*, Vol. VI, N° 3, s/f, pp. 266-299.
- , "Votive axes from Ancient Mexico II", *Indian Notes*, Vol. VI, N° 4, octubre, 1929, pp. 335-342.
- Schavelzon, Daniel, "The origins of stratigraphy in Latin America: the same question, again, again and again", ms., 10 pags., s/f, proporcionado por el autor.
- , "La Comisión Científica Francesa en México (1864-1967) y el inicio de la arqueología en América", en <http://www.danielschavelzon.com.ar/?p=15>, consulta realizada el 1 de noviembre de 2005.
- SEP, *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, T. IX, N° 1-3, enero-marzo, SEP, México, 1930.
- , *Memoria relativa al estado que guarda el Ramo de Educación Pública el 31 de agosto de 1932*, T. I, SEP, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1932.
- , *Opiniones de distinguidas personas que vieron la exposición de las joyas de Monte Albán en los Estados Unidos de América*, Publicaciones del Museo Nacional, México, 1934.
- , *Tenayuca. Estudio arqueológico de la pirámide de este lugar, hecho por el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública*, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1935.
- SHCP, *Presupuesto de Egresos del Erario Federal para el periodo que comienza el 1° de febrero y termina el 31 de diciembre de 1921*, Dirección de Talleres Gráficos, México, 1921.
- Sierra, Justo, *México, su evolución social: Síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la federación mexicana; de sus adelantos en el orden intelectual; de su estructura territorial y del desarrollo*

- de su población, y de los medios de comunicación nacionales; de sus conquistas en el campo industrial, agrícola, minero, mercantil, etc.*, Tomo I, Primer volumen, edición facsimilar de la de 1902.
- , *Obras completas. Tomo IX. Ensayos y textos elementales de historia*, Edición ordenada y anotada por Agustín Yáñez, Nueva Biblioteca Mexicana N° 57, Coordinación de Humanidades-UNAM, México, 1977.
- , *Evolución política del pueblo mexicano*, prólogo y cronología Abelardo Villegas, Biblioteca Ayacucho, 2ª edición, España, 1985.
- SMA, *Mayas y olmecas. Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre problemas antropológicos de México y Centroamérica*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1942.
- Smith, Robert, Gordon Willey y James Gifford, "El concepto de tipo-variedad como base para el análisis de la cerámica maya", *American Antiquity*, Vol. 25, N° 3, 1960, pp. 330-340.
- Squier, Ephraim y Edwin H. Davis, *Ancient monuments of the Mississippi Valley*, edición y estudio introductorio de David J. Meltzer, edición facsimilar de la edición original de 1848, Smithsonian Classics of Anthropology, Smithsonian Institution, Washington, 1998.
- Stewart, Richard, "Treasure-trove of Old Mexican Jade", *The National Geographic Magazine*, Vol. LXXX, N° 3, National Geographic Society, Washington, D. C., septiembre, 1941, pp. I-XVI.
- Stirling, Matthew W., "Discovering the new world's oldest dated work of man. A maya monument inscribed 291 B. C. is unearthed near a huge stone head by a Geographic-Smithsonian Expedition in Mexico", *The National Geographic Magazine*, Vol. LXXVI, N° 2, National Geographic Society, Washington D.C., agosto, 1939, pp. 183-218.
- , "Great stone faces of Mexico", *The National Geographic Magazine*, Vol. LXXVIII, N° 3, National Geographic Society, Washington D.C., septiembre, 1940, pp. 309-334.
- , "Expedition unearths buried masterpieces", *The National Geographic Magazine*, Vol. LXXX, N° 3, National Geographic Society, Washington, D. C., septiembre, 1941, p. 277-327.
- , *Stone monuments of Southern Mexico*, Bureau of American Ethnology Bulletin, N° 138, Smithsonian Institution, Washington, 1943.
- y Marion Stirling, "Finding Jewels of Jade in a Mexican Swamp", *The National Geographic Magazine*, Vol. LXXXII, N° 5, National Geographic Society, Washington D.C., November 1942.
- Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugios de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, FCE, México, 1998.
- , *Argucias de la historia. Siglo XIX, cultura y "América Latina"*, Col. Inicios de las Ciencias Sociales, Paidós, México, 1999.

- y Aurora Gómez Galvarriato, *El Porfiriato*, Col. Herramientas para la historia, CIDE-FCE, México, 2006.
- Thompson, Eric, "A coordination of the History of Chichen Itza with ceramics sequences in Central Mexico", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo V, N° 2-3, México, 1941, pp. 97-112.
- Torres Bodet, Jaime, "Ideas y doctrinas. Discurso del C. Secretario de Educación", en *Educación Nacional*, Año I, N° 5, mensual, Secretaría de Educación Pública, México, junio, 1944, p. 387-389.
- Toscano, Salvador, *Arte precolombino de México y de la América Central*, Prólogo del Dr. Miguel León Portilla, IIE-UNAM, México, 1970.
- Trejo, Evelia y Álvaro Matute (eds.), *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas*, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 2005.
- Trigger, Bruce, *Historia del pensamiento arqueológico*, Trad. Isabel García Trócoli, Ed. Crítica, Barcelona, 1992.
- Uriarte, María Teresa y Rebeca González Lauck (eds.), *Olmeca. Balance y perspectivas. Memoria de la Primera Mesa Redonda*, 2 tomos, IIE-UNAM/CONACULTA- INAH/Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo-Universidad Grigham Young, México, 2008.
- Urías Horcasitas, Beatriz, *Historia de una negación: la idea de igualdad en el pensamiento político mexicano del siglo XIX*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México, 1996.
- , *Indígena y Criminal. Interpretaciones del derecho y la antropología en México. 1871-1921*, Universidad Iberoamericana, 2000.
- Vaillant, George, "Excavations at Zacatenco", *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, Vol. XXXII, parte I, New York, 1930.
- , "Excavations at Ticomán", *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, Vol. XXXII, parte II, New York, 1931.
- y Suzannah B., "Excavations at Gualupita", *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, Vol. XXXV, parte I, New York, 1934.
- Valenzuela, Juan, "Las exploraciones efectuadas en los Tuxtles, Veracruz", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, Tomo III, 5ª época, Talleres Gráficos de la Editorial Stylo, México, 1945, pp. 1-25.
- Vázquez León, Luis, "Historia y constitución profesional de la arqueología mexicana (1884-1940)", María Teresa Cabrero G. (comp.), *II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*, IIA-UNAM, México, 1993, pp. 36-77.
- , "Hobbes en la metáfora del arqueólogo enemigo", Ana María Crespo, Carlos Viramontes e Ignacio Rodríguez (comps.), *Arqueología, realidades, imaginaciones. Un recuento de la arqueología por quienes la practican*, Colección Debate Académico

- N° 1, Delegación D-II-IA-1, Sección del SNTE, Académicos del INAH, México, 1996, pp. 31-46.
- , *El leviatán arqueológico. Antropología de una tradición en México*, segunda edición, CIESAS-Porrúa, México, 2003.
- y Mechthild Rutsch, "México en la imagen de la ciencia y las teorías de la historia cultural alemana", *Ludus Vitalis. Revista de filosofía de las ciencias de la vida*, Vol. V, N° 8, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano/SEP-UAM Iztapalapa-Universidad Illes Balears, México, 1997, pp. 115-178.
- Velasco Gómez, Ambrosio, "Toward a political philosophy of science", *Philosophy Today*, Vol. 48, N° 5/5, Suplemento, 2004, pp. 116-121.
- Villanueva Sagrado, María, "Reconstrucción facial escultórica de cráneos prehispánicos", en *Arqueología Mexicana*, Vol. XI, N° 65, enero-febrero 2004, México, pp. 48-53.
- Villanueva, María, Carlos Serrano y José Luis Vera, *Cien años de antropología en México. Inventario bibliográfico*, IIA-UNAM, México, 1999.
- Villarruel Mendoza, Rebeca del Carmen, *Un acercamiento a la historia de la arqueología prehistórica en México. Primera década del Departamento de Prehistoria*, tesis de Maestría en Arqueología, ENAH-INAH, México, 2009.
- Weyerstall, Albert, "Some observations on Indian mounds, idols and pottery in the Papaloapan basin, state of Vera Cruz, Mexico", Beyer *et al*, *Middle american papers: studies relating to research in Mexico, the Central American republics and the West Indies*, Middle American Research, Tulane University, 1932, pp. 23-70.
- Williams, Adriana, *Covarrubias*, Trad. Julio Colón Gómez, FCE, México, 1999.
- White, Hyden, *Metahistoria. La imaginación histórica de la Europa del siglo XIX*, Trad. Stella Mastrangelo, FCE, México, 1992.
- Wylie, Alison, "Mapping ignorance in Archaeology: the advantages of historical hindsight", en Robert N. Prctor y Londa Schiebinger (eds.), *Agnology. The making and unmaking of ignorance*, Stanford University Press, California, 2008, pp. 183-205.

Archivos consultados

ACINAH

Archivo de Concentración del Instituto Nacional de Antropología e Historia

AHENAH

Archivo Histórico de la Escuela Nacional de Antropología e Historia

AGN

Archivo General de la Nación

AHMNA

Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología

AHSEP

Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública

AHSMA

Archivo Histórico de la Sociedad Mexicana de Antropología

ATA

Archivo Técnico de Arqueología, Coordinación Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia

FDAC

Fondos Documentales “Alfonso Caso”, Biblioteca “Juan Comas”, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México

SINAFO

Sistema Nacional de Fototecas

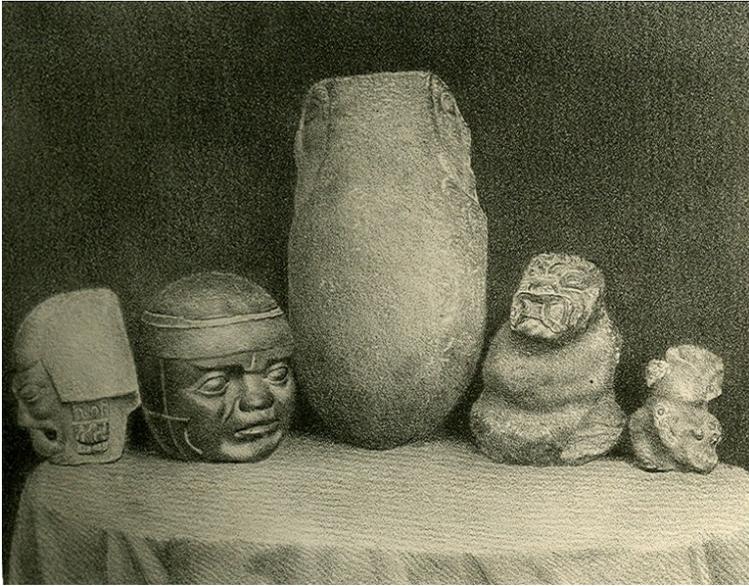


Anexo I

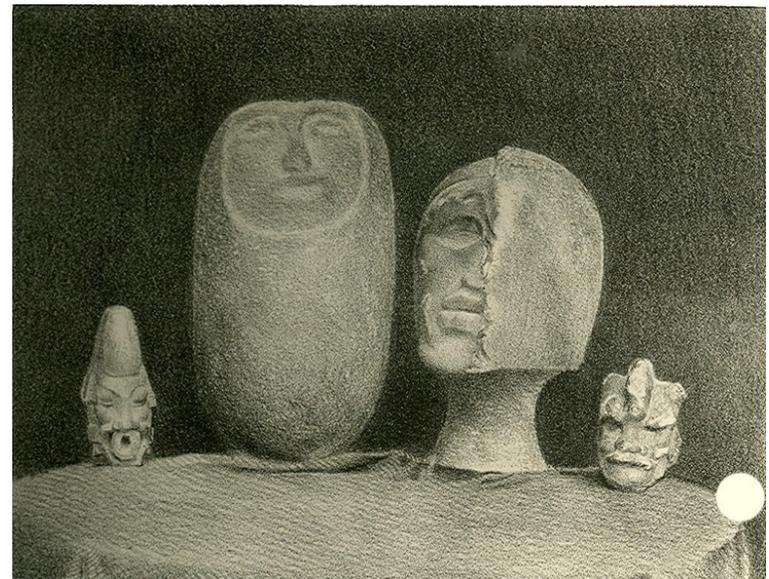
-fotografías, dibujos y grabados-



Ilustración 1. Cabeza de Hueyapan. Grabado.
Fuente: Melgar, 1869.



*Ilustración 2. Ídolos de tipo etiópico y quinames. Grabado.
Fuente: Melgar, 1869.*



*Ilustración 3. Ídolos de tipo etiópico y quinames. Grabado.
Fuente: Melgar, 1869.*



Ilustración 4. Ramón Mena Issassi (1874-1957), s/f.
Fuente: Rutsch, 2007, p.140.

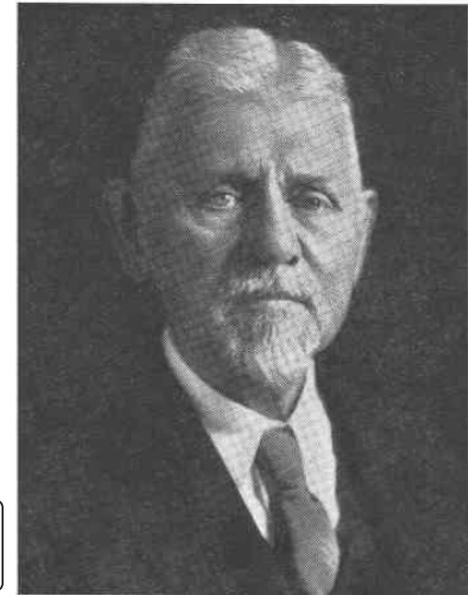


Ilustración 5. George Kunz (1856-1932).
Fuente: Keer, 1933, p. 91.



Ilustración 6. Marshall Saville (1867-1935), s/f.
Fuente: IIA, UNAM, FJC, caja 518.



Ilustración 7. Alfredo Chavero.
Fuente: Saville, 1906, p. 700.



Ilustración 8. "Hacha Chavero". Grabado, ca. 1889.
Fuente: Chavero 1989[1889], p. 63.



Ilustración 9. "Hacha Kunz". Fotografía, sf.
Fuente: Saville, s/f, p. 267.



Ilustración 10. "Ídolo de San Martín Pajapan".
Fuente: Saville, s/f, p. 279.



Ilustración 11. "Ídolo de Piedra Verde"
colectado por Beyer.
Fuente: Saville, s/f, p. 280.



Ilustración 12. "Schistose idol" procedente de México.
Fuente: Saville, s/f, p. 282.



Ilustración 13. "Ídolo de Piedra Verde", procedente de Oaxaca, resguardada en el Museo Nacional.
Fuente: Saville, s/f, p. 284.



Ilustración 14. Pectoral de jadeíta procedente de Oaxaca.
Fuente: Saville, s/f, p. 283.



*Ilustración 15. Cabeza humana de jadeíta
procedente de Tabasco, resguardada en el
Berlin Ethnographical Museum.
Fuente: Saville, s/f, p. 285.*



*Ilustración 16. Escultura de piedra de
Tezcatlipoca, resguardada en el Museo
Nacional.
Fuente: Saville, s/f, p. 288.*



*Ilustración 17. Manuel Gamio Martínez (1883-1960), s/f.
Fuente: Matos, 1998, p. 99.*



*Ilustración 18. José Reygadas Vértiz (1886-1939), ca. 1931.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Archivo fotográfico, caja 4, foto 7
(fragmento seleccionado).*



*Ilustración 19. Ignacio Marquina Barredo (1888-1981),
ca. 1940.
Fuente: ATA, hoja de servicio sin catalogación.*



Ilustración 20. Eduardo Noguera Auza (1896-1977),
ca. 1940.
Fuente: ATA, hoja de servicio sin catalogación.



Ilustración 21. Roque Ceballos Novelo (1885-¿?),
ca. 1940.
Fuente: ATA, hoja de servicio sin catalogación.



Ilustración 22. Alfonso Caso y Andrade (1896-1970), s/f.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Inventario fotográfico, caja 2, foto 1.



Ilustración 23. Familia Caso y Andrade, s/f. Alfonso Caso infante sentado en la fila de abajo. Su hermano Antonio, de pie a la izquierda del padre. Fuente: IIA-UNAM, FACA, Inventario fotográfico, caja 34.

Ilustración 24. Alfonso Caso y María Lombardo en la casa de la familia Lombardo Toledano, en Teziutlán, Puebla, ca. 1920. Fuente: IIA-UNAM, FACA, Inventario fotográfico, caja 34, foto 2.



Ilustración 25. Grupo de la Escuela Nacional Preparatoria, s/f. Alfonso Caso (sentado) al margen derecho, en la tercera fila (de abajo hacia arriba), y su hermano Antonio, en el centro derecho de esta misma fila. Fuente: IIA-UNAM, FACA, Inventario fotográfico, caja 4, foto 10.



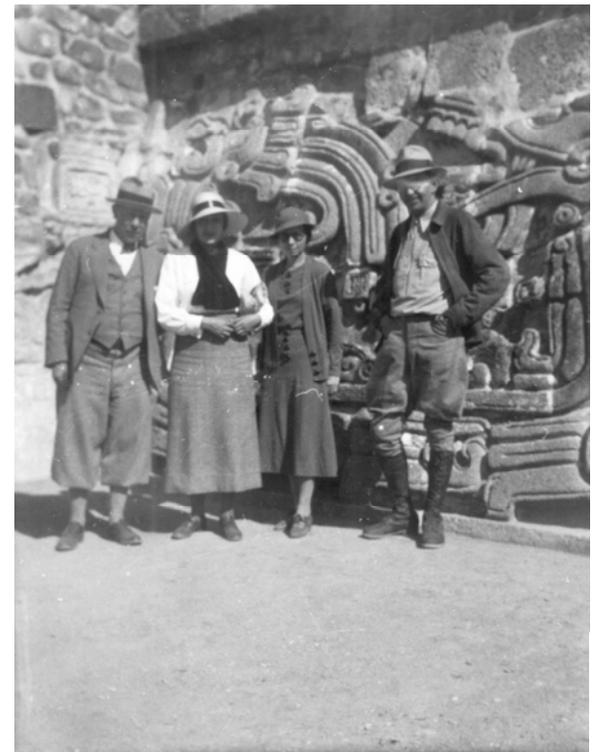
Ilustración 26. Alfonso Caso frente al Templo de la Serpiente Emplumada, en Xochicalco, Morelos, s/f.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Inventario Fotográfico, caja 1.



Ilustración 27. Alfonso Caso en el Templo de la Serpiente Emplumada, en Xochicalco, Morelos, s/f.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Inventario Fotográfico, caja 28, sobre 5, foto 6.



*Ilustración 28. Vicente Lombardo Toledano (derecha), frente al Templo de la Serpiente Emplumada, en Xochicalco, Morelos, s/f.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Inventario Fotográfico, caja 28, sobre 5, foto 1.*



*Ilustración 29. Sylvanus Morley, su esposa, ¿? y Alfonso Caso (de izquierda a derecha) frente al Templo de la Serpiente Emplumada, en Xochicalco, Morelos, s/f.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Inventario Fotográfico, caja 28, sobre 5, foto 2.*



Ilustración 30. Exploración de la Plataforma Norte, Monte Albán, Oaxaca, s/f.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Archivo Fotográfico, caja 6, foto 2.



Ilustración 31. Vista general de la Plataforma Norte, Monte Albán, Oaxaca, luego de los trabajos de exploración, s/f.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Archivo Fotográfico, caja 6, foto 5.



Ilustración 32. Vista general de la tumba 7, Monte Albán, Oaxaca, s/f.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Archivo Fotográfico, caja 6, foto 5.

Ilustración 33. Ornamentos diversos de hueso y oro procedentes de la Tumba 7, Monte Albán, Oaxaca.
Fuente: National Geographic Magazine, Vol. LXII, N° 4, octubre 1932.

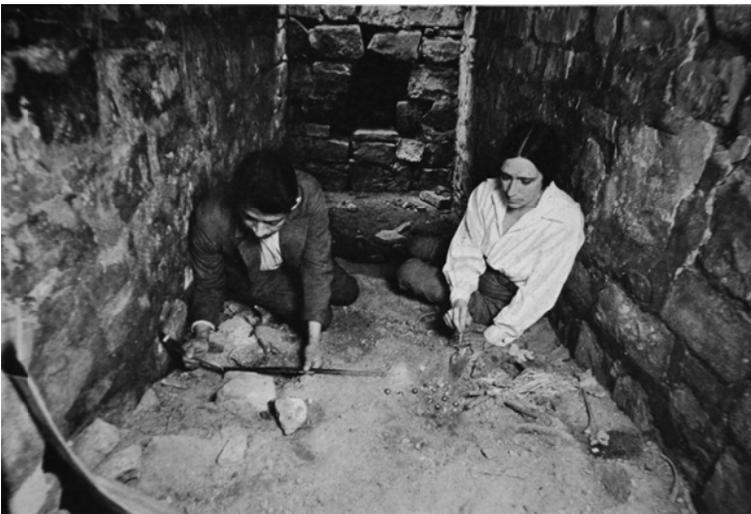
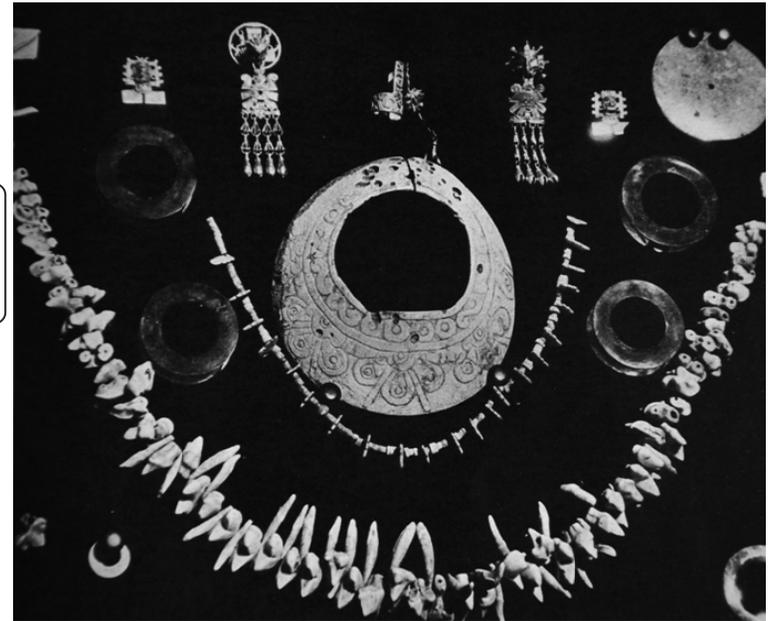


Ilustración 34. Juan Valenzuela y María Lombardo en la exploración de la Tumba 7, Monte Albán, Oaxaca, ca. 1932.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Archivo Fotográfico, caja 6, foto 3.



Ilustración 35. Acceso a la exposición de las joyas procedentes de la Tumba 7, en la Feria Mundial de Chicago, ca. 1933.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Archivo fotográfico, caja 28, sobre 7, foto 25.



Ilustración 36. El presidente Lázaro Cárdenas durante la visita a las exploraciones de Monte Albán, Oaxaca. Alfonso Caso a su derecha. s/f.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Archivo fotográfico, foto N.I.01.

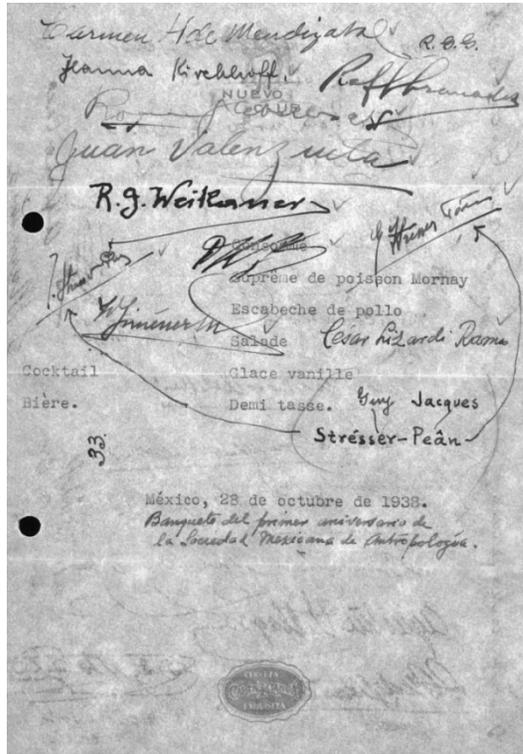
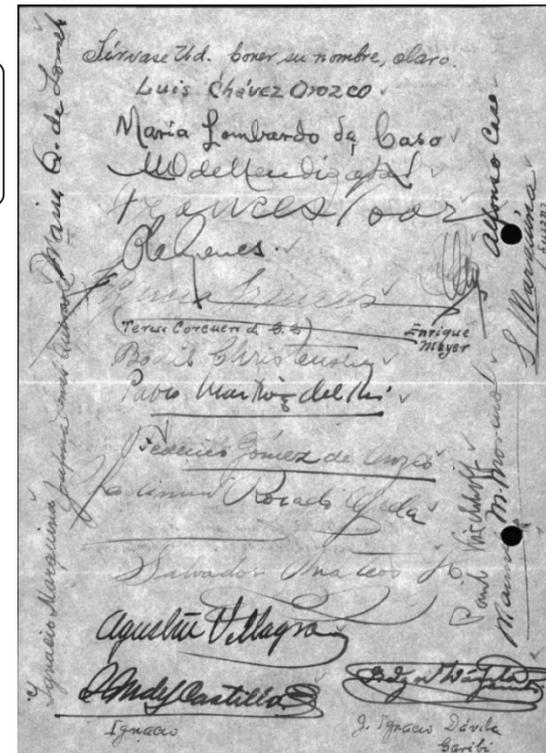


Ilustración 37. Invitación a la cena de gala del primer aniversario de la Sociedad Mexicana de Antropología, firmada por varios de los asistentes. Anverso y reverso. Fuente: AHSMA, sin catalogación.



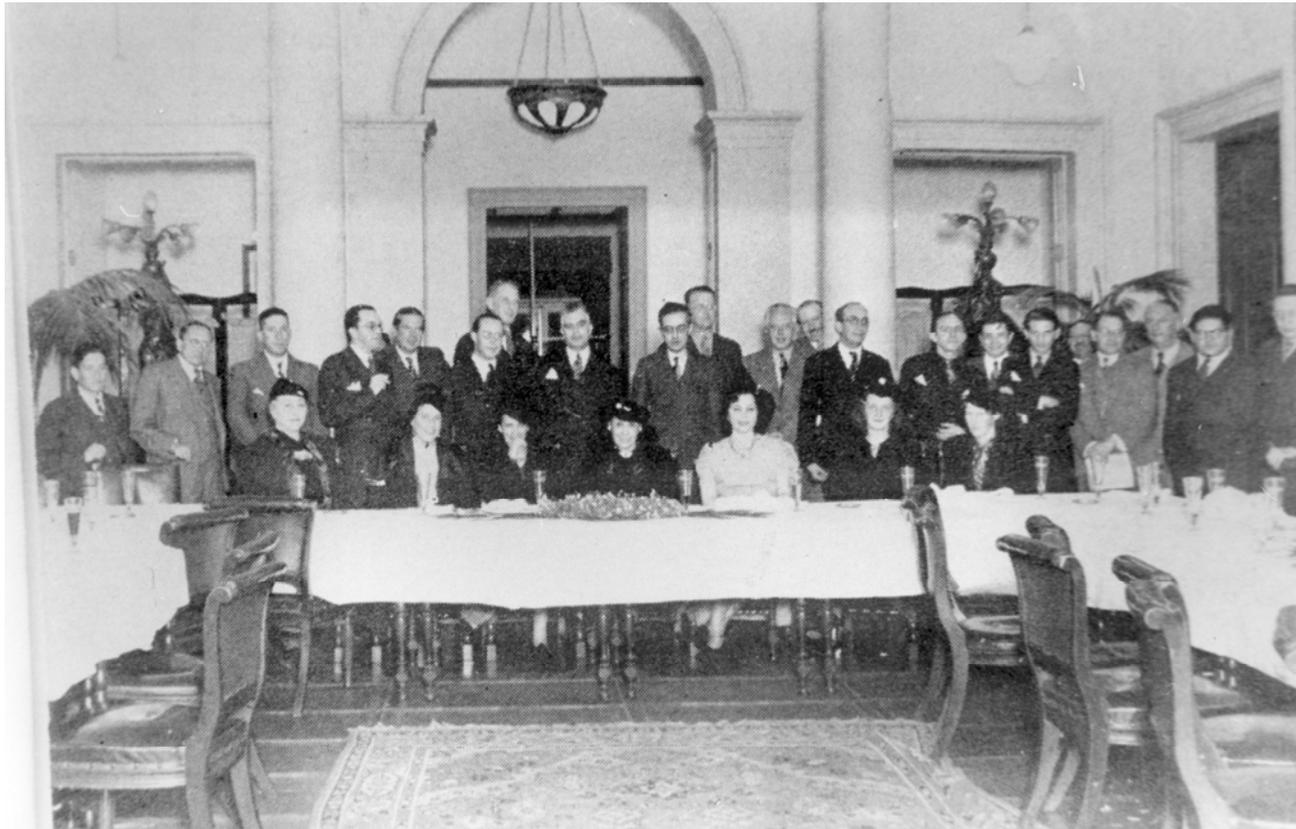
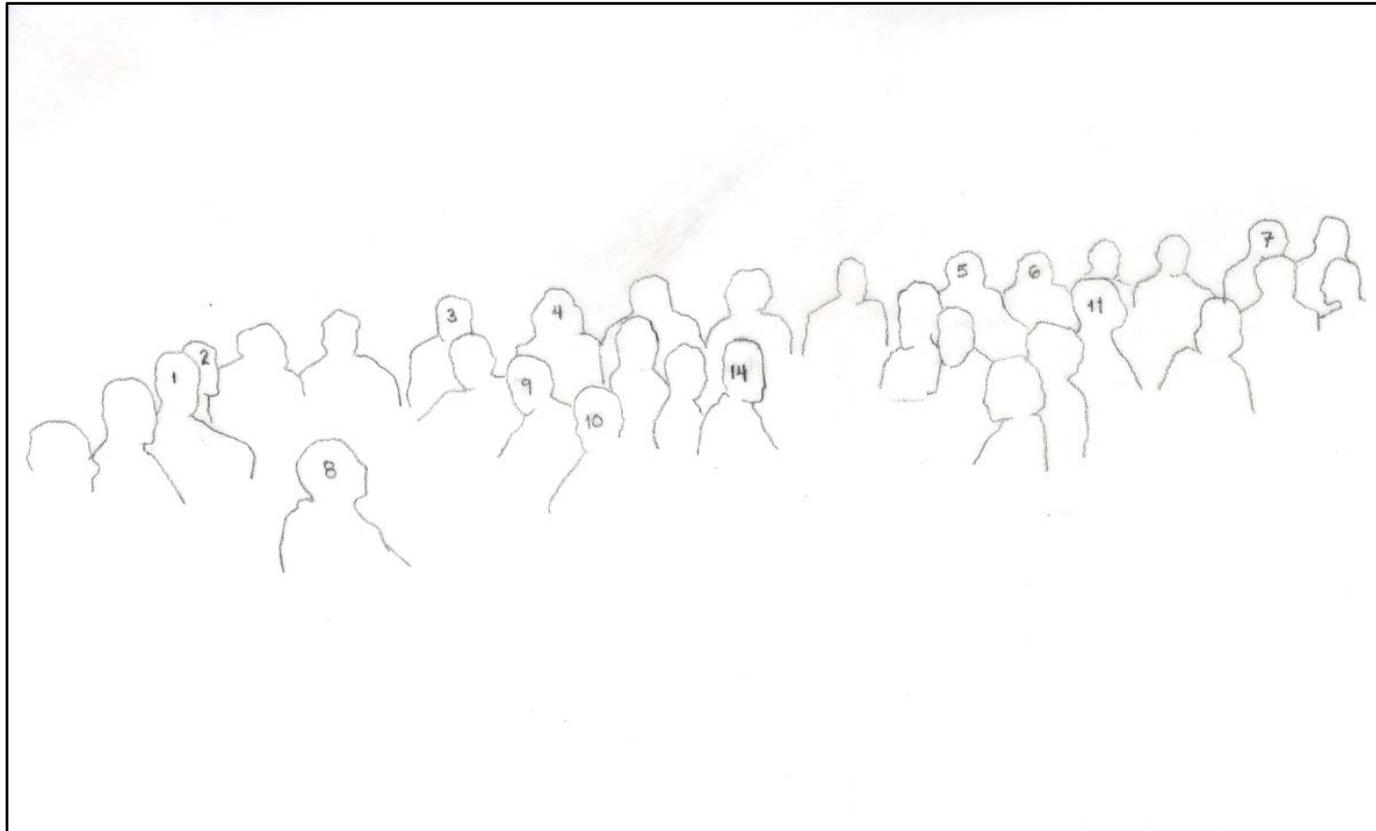


Ilustración 38. Banquete de la Sociedad Mexicana de Antropología en el Country Club, el 28 de octubre de 1938, para conmemorar el aniversario de su fundación.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Archivo fotográfico, foto 1.



*Ilustración 39. Banquete de la Sociedad Mexicana de Antropología, s/f.
Fuente: IIA-UNAM, FJC, foto 2.*



Identificación de personajes Ilustración 39. 1. Ignacio Bernal; 2. Jorge A. Vivó; 3. Miguel Covarrubias; 4. Rosa de Covarrubias; 5. Alfonso Caso; 6. María Lombardo; 7. Pablo Martínez del Río, 8. Roque Ceballos Novelo; 9. Wigberto Jiménez Moreno; 10. Javier Romero Molina; 11. Ignacio Marquina.



*Ilustración 40. Banquete de la Sociedad Mexicana de Antropología, s/f.
Fuente: IIA-UNAM, FJC, foto 1.*



Identificación de personajes Ilustración 40: 5. Alfonso Caso; 6. María Lombardo; 7. Pablo Martínez del Río; 11. Ignacio Marquina; 12. Eduardo Noguera; 13. Eulalia Guzmán.



Ilustración 41. Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985)
Fuente: IIA-UNAM, FACA, FJC, foto 1 (fragmento seleccionado).

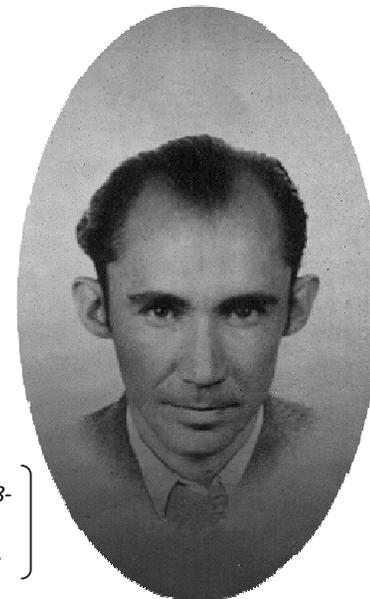


Ilustración 42. Jorge Acosta Ruffier (1904/1908-1975)
Fuente: ATA, hoja de servicio, sin catalogación.



Ilustración 43. Enrique Juan Palacios Mendoza (1881-1953)
Fuente: ATA, hoja de servicio, sin catalogación.



Ilustración 44. Miguel Othón de Mendizábal (1890-1945)
Fuente: Apunte de Gabriel García Maroto en Mendizábal, 1946.

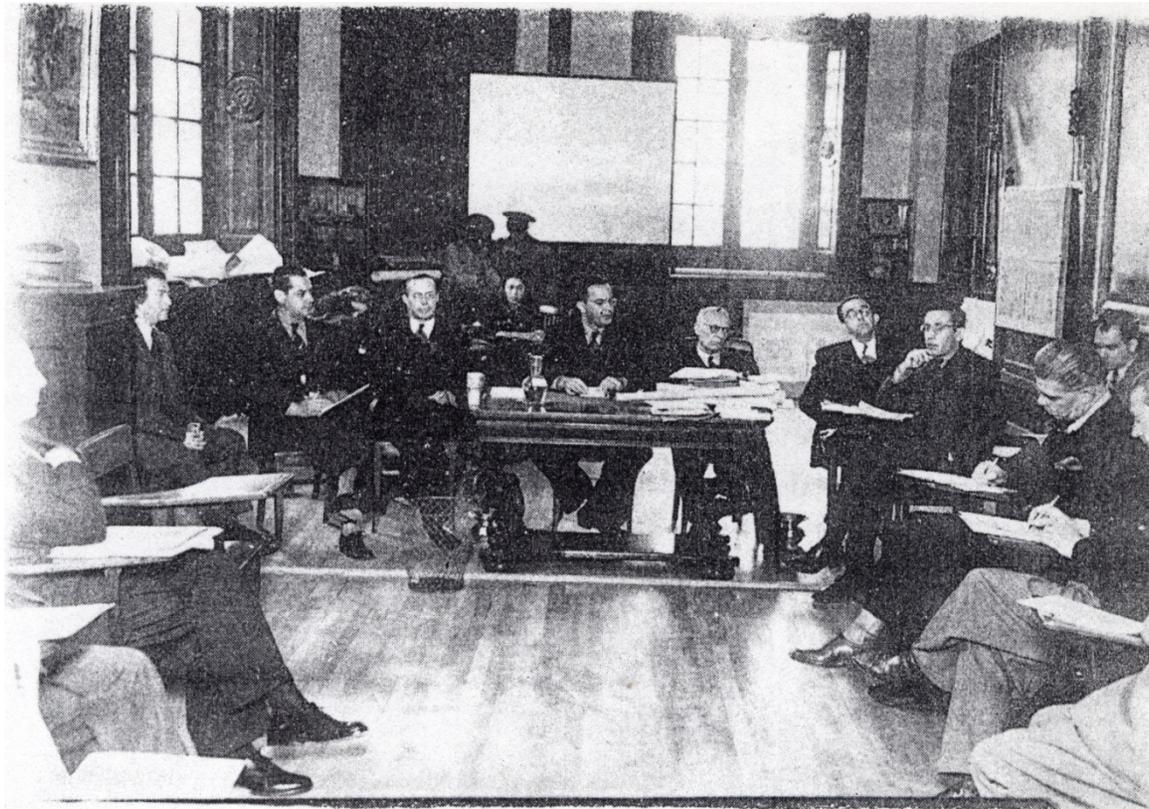


Ilustración 45. Primera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, 11 de julio de 1941, Chapultepec, México. Alfonso Caso en la fila derecha al fondo, antecedido por Jiménez Moreno e Ignacio Marquina. Fuente: Caso 1962.



Ilustración 46. Eulalia Guzmán Barrón 1890-1982/1985)
Fuente: ATA, hoja de servicio, sin catalogación.



Ilustración 47. Juan Valenzuela Herrera (¿?)
Fuente: ATA, hoja de servicio, sin

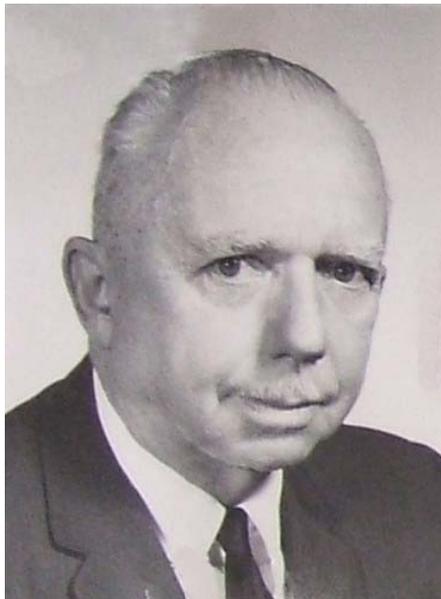


Ilustración 48. Matthew Stirling (1896-1975), 1967.
Fuente: ATA, exp. Smithsonian Institution, legajo 2, snf.

Ilustración 49. Marion Stirling (¿?), ca. 1939-40.
Fuente: Stirling, 1939, p. 196 (fragmento seleccionado)





Ilustración 50. Vista general de Pedro Alvarado, ca. 1939.
Fuente: Stirling, 1939, p. 189.



Ilustración 51. Poblado de Tres Zapotes, ca. 1939-40.
Fuente: Stirling, 1939, p. 189.



*Ilustración 52. Campamento y el equipo de trabajo del Smithsonian Institution en el poblado de Tres Zapotes, ca. 1939-40. En el extremo derecho Marion Stirling, Matthew Stirling, Marian Weiant, Alexander Wetmore y Clarence Wolsey Weiant (de derecha a izquierda)
Fuente: Stirling, 1939, p. 190.*



Ilustración 53. Trinchera de exploración en el montículo B, Tres Zapotes, ca. 1939-40.
Fuente: Stirling, 1939, p. 202.

Ilustración 54. Matthew Stirling tomando medidas de la Cabeza de Hueyapan, Tres Zapotes, ca. 1940.
Fuente: Stirling, 1939, p. 185.

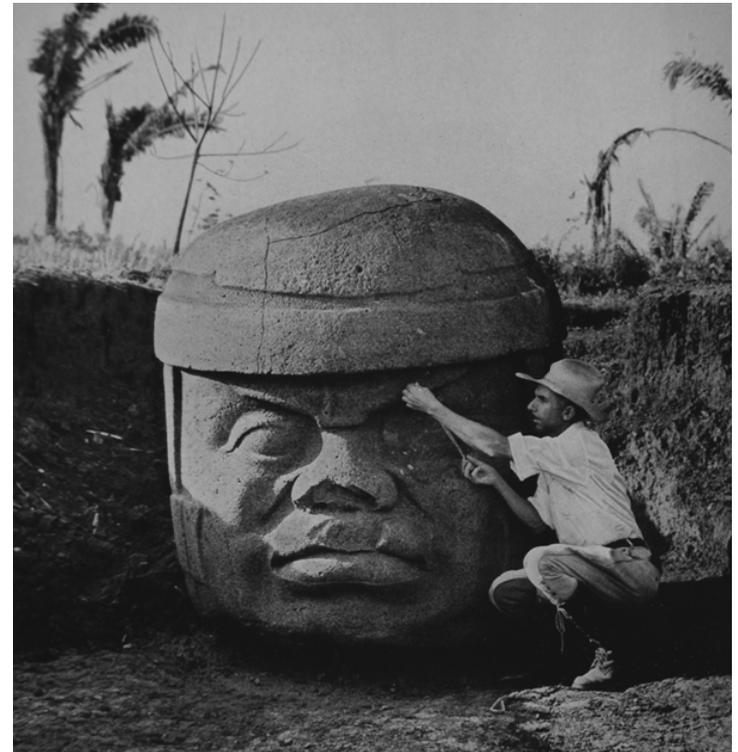


Ilustración 55. La Cabeza de Hueyapan completamente descubierta, Tres Zapotes, ca. 1940.
Fuente: Stirling, 1939, p. 187.



Ilustración 56. Lugar del hallazgo de la Estela "C", Tres Zapotes, ca. 1939-40.
Fuente: Stirling, 1939, p. 203.

Ilustración 57. Parte frontal de la Estela "C" y E. G. Casedy señalando los
numerales, ca. 1939.
Fuente: Stirling, 1939, p. 202.



Ilustración 58. Parte posterior de la Estela "C", ca. 1939-40.
Fuente: Stirling, 1939, p. 202.

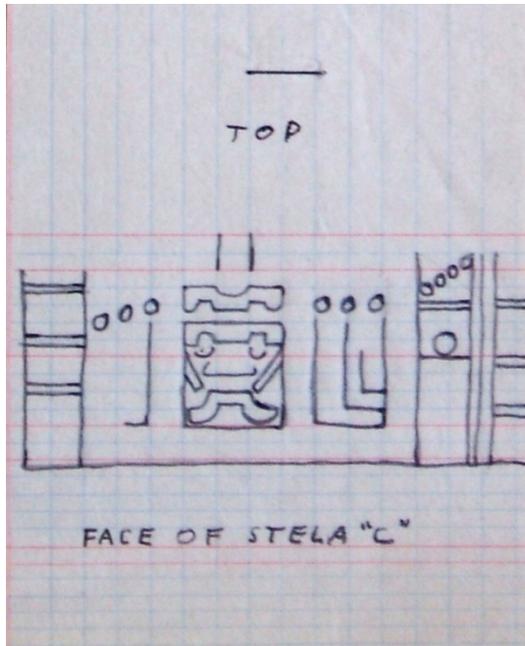


Ilustración 59. Estela C en su cara frontal. Dibujo a lápiz elaborado por Matthew Stirling, 1939.
Fuente: ATA, exp. B/311.42(s)22.10, legajo 1, snf.

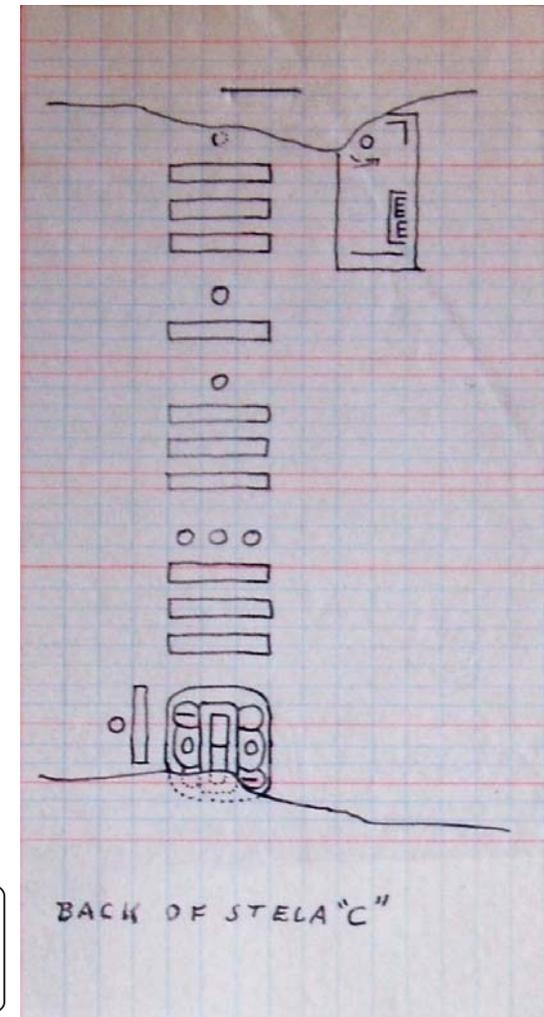


Ilustración 60. Estela C en su cara posterior. Dibujo a lápiz elaborado por Matthew Stirling, 1939.
Fuente: ATA, exp. B/311.42(s)22.10, legajo 1, snf.



*Ilustración 61. Miguel Covarrubias en Cerro de las Mesas. Detrás de él, su esposa Rosa y, entre ambos, Alfonso Caso (?).
Fuente: Stirling, 1941, p. 323.*



*Ilustración 62. Las 782 piezas de jade localizadas en Cerro de las Mesas.
Fuente: Stirling, 1941, p. 301 (original en color)*



Ilustración 63. Segunda Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, abril de 1942, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Enrique Palacios al frente de pie; sentados, de izquierda a derecha, Matthew Stirling, Alfonso Caso, ¿?, ¿?, ¿?, y Paul Kirchoff
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Archivo fotográfico, foto 2.

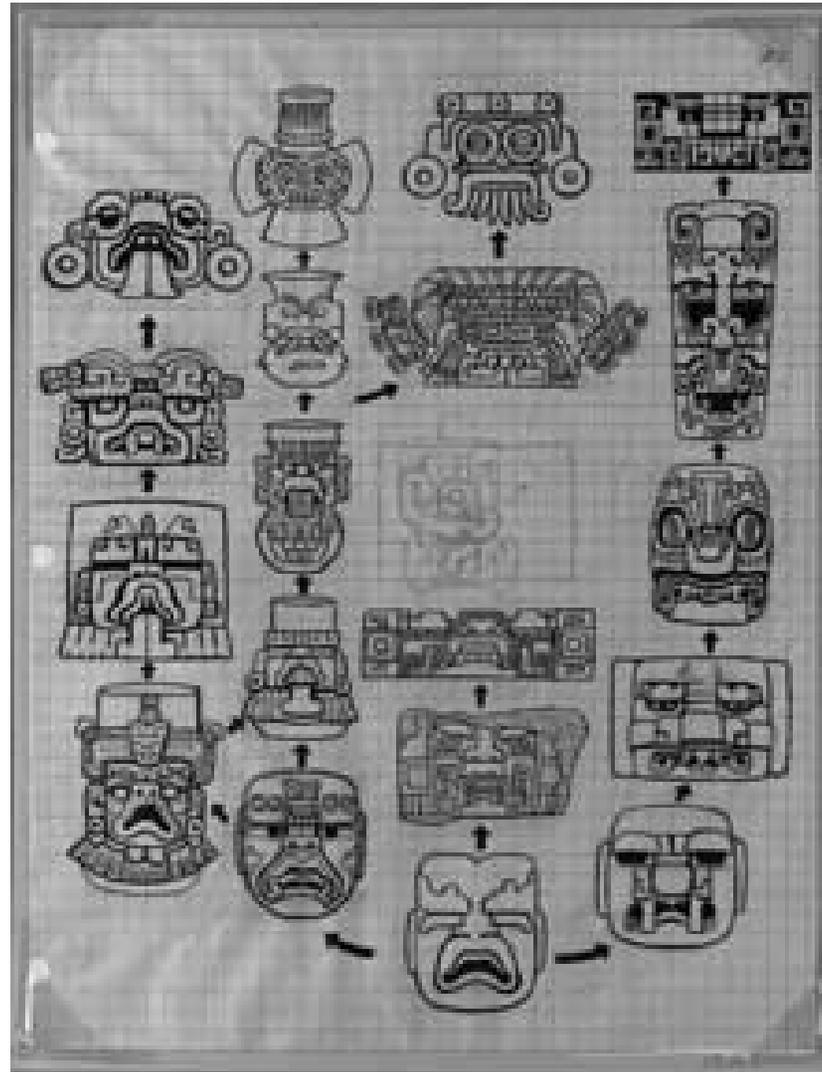


Ilustración 64. Evolución del dios de la lluvia, dibujo de Miguel Covarrubias.
Fuente:
http://catarina.udlap.mx/u_dl_a/acerivos/covarrubias/elemento.jsp?nombre=olmecas_dibujos_fotografias_y_recortes&clave=24840



Ilustración 65. Monumento A (Cabeza de Hueyapan).



Ilustración 66. Cabeza de Hueyapan.
Fotografía de la autora, Museo Arqueológico Tres Zapotes, enero 2008.



Ilustración 67. Escultura sedente localizada en La Venta, Tabasco. Dibujo a lápiz de Ramón Mena, 1916. Fuente: ATA, Tomo CVI, exp. 1, snf.



Ilustración 68. Escultura tricéfala localizada en La Venta, Tabasco. Dibujo a lápiz de Ramón Mena, 1916. Fuente: ATA, Tomo CVI, exp. 1, snf.



Ilustración 69. "Dos ídolos" en el Instituto Juárez,
fotografía de Blom, 1925.
Fuente: Blom, 1986, figura 80.



Ilustración 70. "Gran ídolo" en Instituto Juárez, fotografía
de Blom, 1925.
Fuente: Blom, 1986, figura 79.

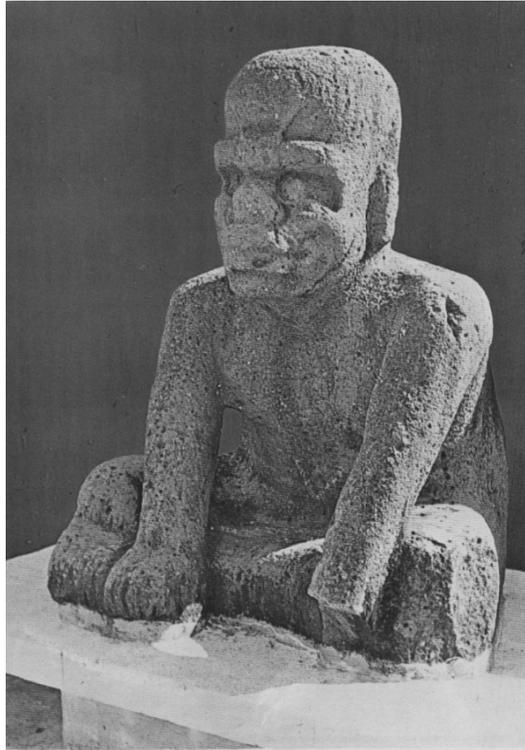


Ilustración 71. Juchimán.
Fuente: De la Fuente, 1984, s.n.p. (original en color)



Ilustración 72. Escudo de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.
Fuente: www.ujat.mx



Ilustración 73. Estatuilla de los Tuxtlas
Fuente: Stirling, 1939: 188.

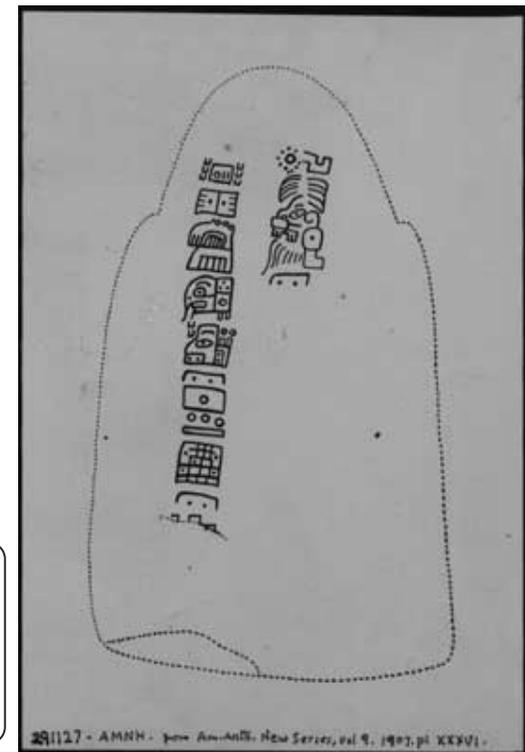


Ilustración 74. Glifos en la parte posterior de la Estatuilla de los Tuxtlas, dibujo de Miguel Covarrubias.
Fuente:
http://catarina.udlap.mx/u_dl_a/acerros/covarrubias/elemento.jsp?nombre=olmecas_dibujos_fotografias_y_recortes&clave=24840



*Ilustración 75. Cabeza colosal, La Venta, Tabasco.
Fotografía de Blom, 1925.
Fuente: Blom, 1986, figura 76.*



*Ilustración 76. Albert Weyerstall al lado de la cabeza colosal de Hueyapan, San Andrés Tuxtla, Veracruz, ca. 1920.
Fuente:
http://www.nmnh.si.edu/test/anthro/sol/html_es/introduccion/weyerstall.html*



Ilustración 77. Richard H. Steward en el laboratorio fotográfico en el campamento del Smithsonian Institution en Tres Zapotes, ca. 1939.
Fuente: Stirling, 1939, p. 209.



Ilustración 78. Recorrido a caballo de la expedición del Smithsonian Institution de Boca San Miguel a Tres Zapotes, ca. 1939-49.
Fuente: Stirling, 1940, p. 318.



Ilustración 79. "Stone Priest", La Venta.
Fuente: Stirling, 1940, p. 320.



Ilustración 80. Exploración de tumba de las columnas de basalto, La Venta.
Fuente: Stirling, 1942, p. 636.



Ilustración 81. Maniobras para levantar un monumento en La Venta.
Fuente: Stirling, 1940, p. 324.



Ilustración 82. Maniobras para remover la Estela "D".
Fuente: Stirling, 1939, p. 198.



Ilustración 83. Exploración de la Estela "A", en Tres Zapotes.
Fuente: Stirling, 1939, p. 200.



Ilustración 84. Máscara de barro posiblemente relacionada con la muerte, Tres Zapotes.
Fuente: Stirling, 1939, p. 208.



Ilustración 85. Escultura en barro que representa un hombre viejo, localizada en el Montículo F, Tres Zapotes.
Fuente: Stirling, 1939, p. 216.

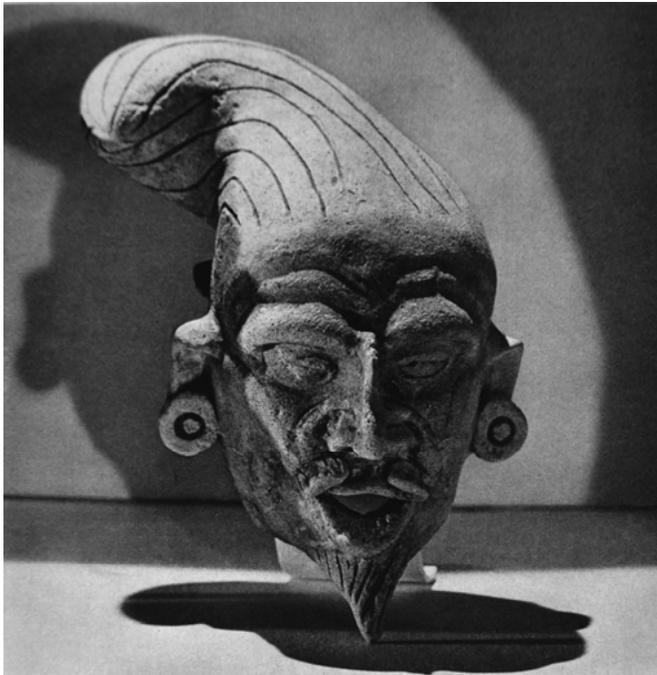


Ilustración 86. Máscara de barro encontrada cerca de Tres Zapotes.
Fuente: Stirling, 1940, p. 317.



Ilustración 87. Figurillas zoomorfas móviles localizadas en Tres Zapotes.
Fuente: Stirling, 1940, p. 314.



*Ilustración 88. Vendedor de alimentos en Tres Zapotes.
Fuente: Stirling, 1940, p. 324.*



*Ilustración 89. Mujeres de Tres Zapotes vendiendo muñecas de trapo, motivadas por el interés que despertaron sus juguetes comunes a los expedicionarios del Smithsonian, ca. 1940.
Fuente: Stirling, 1940, p. 319.*



*Ilustración 90. Baile de huapangos, Veracruz, ca. 1941.
Fuente: Steward, 1942, p. XV (original en color).*



*Ilustración 91. Grupo de niños comiendo caña de azúcar, Tres Zapotes, ca. 1941.
Fuente: Stirling, 1939, p. 208.*



*Ilustración 92. Cristina preparando tamales, ca. 1941.
Fuente: Stirling, 1942, p. 304.*



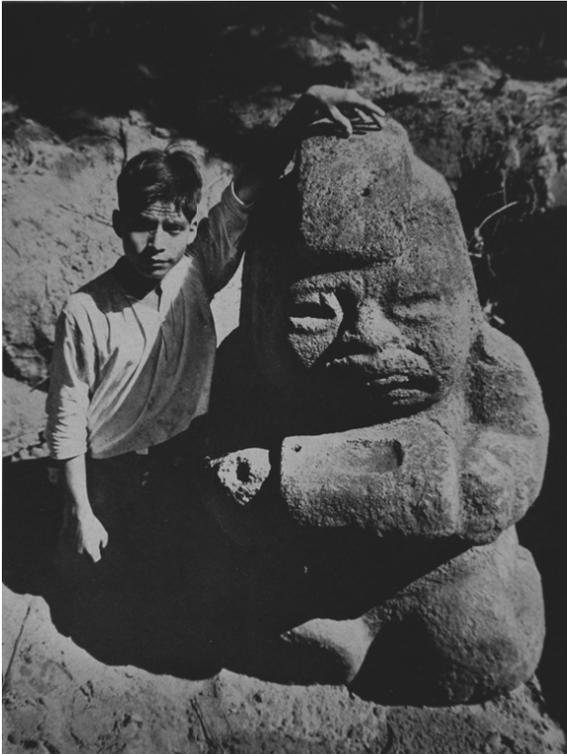
*Ilustración 93. Puente de madera para cruzar hacia La Venta, Tabasco, ca. 1940.
Fuente: Stirling, 1940, p. 322.*



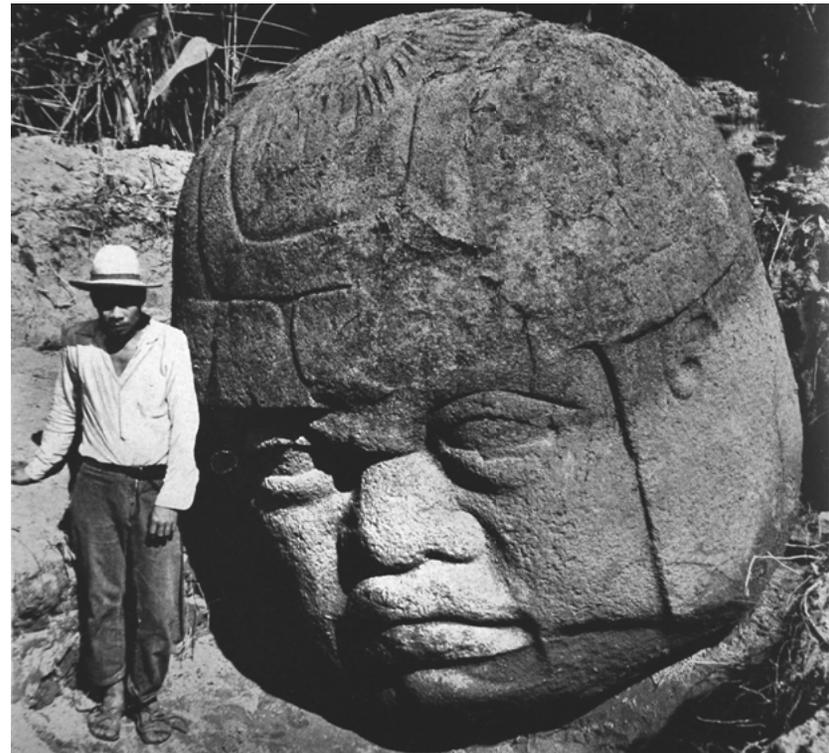
Ilustración 94. Emilio con una máscara "mexica"
Fuente: Stirling, 1941, p. 286



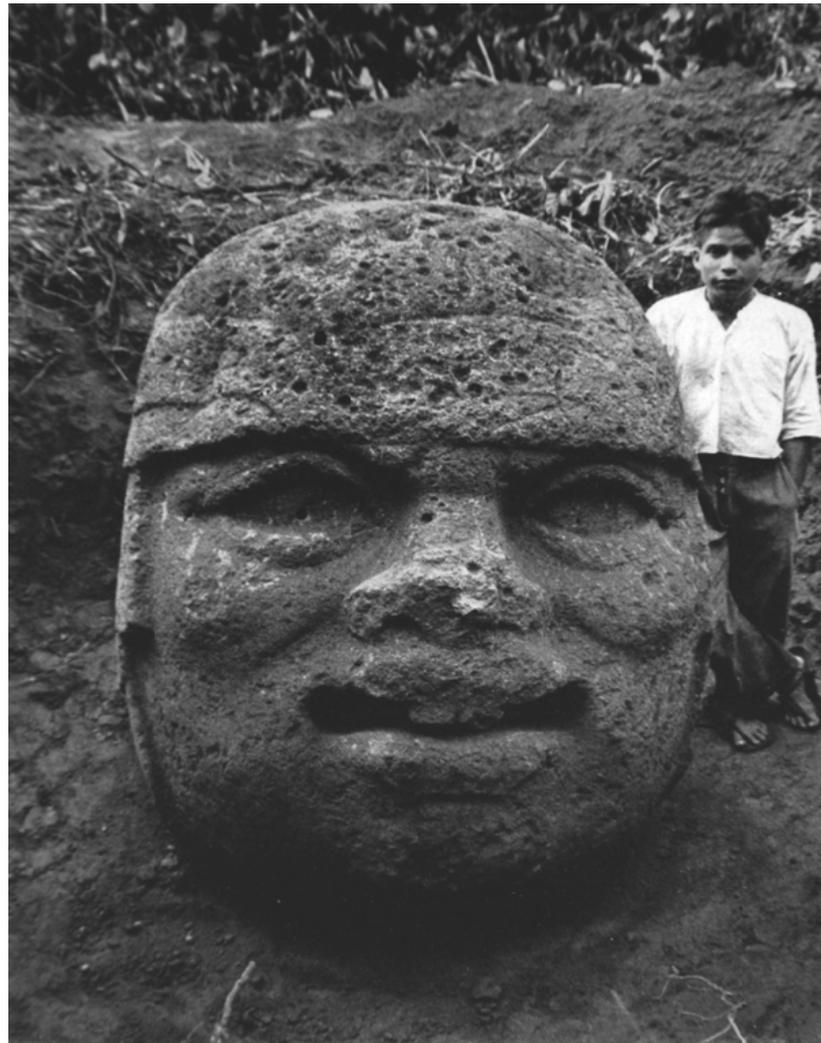
Ilustración 95. Dulce frente a una máscara de Xipe.
Fuente: Stewart, 1941, p. V (original en color).



*Ilustración 96. Escultura "baby face" encontrada en La Venta.
Fuente: Stirling, 1940, p. 326.*



*Ilustración 97. Cabeza colosal encontrada en La Venta, Tabasco.
Fuente: Stirling, 1940, p. 310.*



*Ilustración 98. Cabeza colosal encontrada en La Venta.
Fuente: Stirling, 1940, p. 331.*



*Ilustración 99. Elvira Ríos, recorte de periódico, s/f.
Fuente: IIA-UNAM, FACA, Inventario fotográfico, caja 19, exp. 6.*



Anexo II

“mapas y croquis”



Ilustración 1. Ubicación geográfica de Tres Zapotes, Veracruz, México.
Fuente: www.maps.google.com

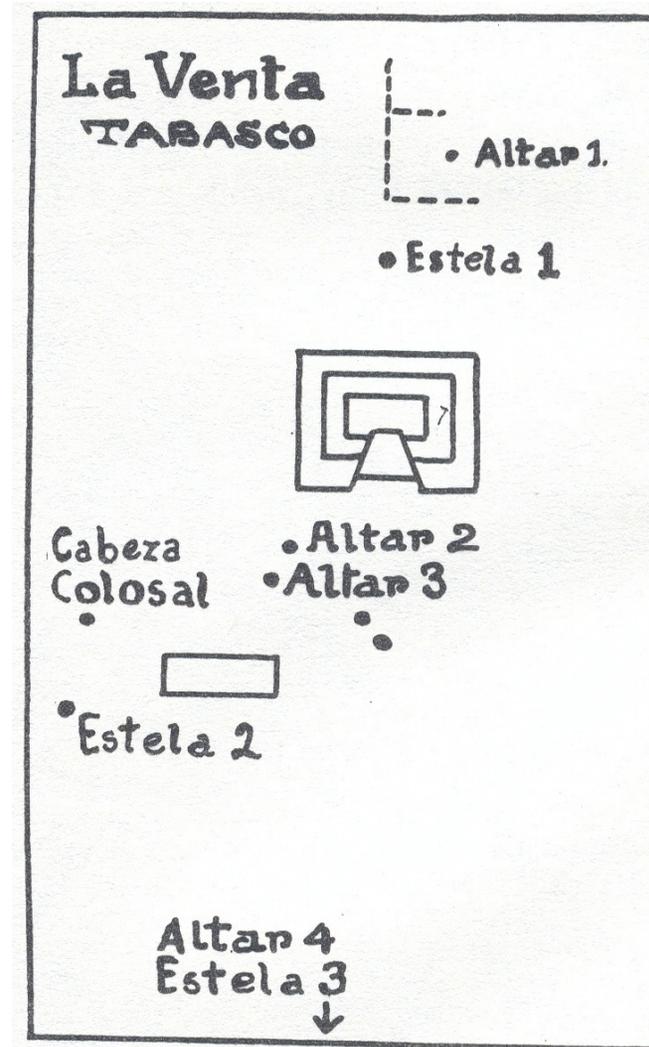


Ilustración 3. Croquis de las Ruinas de La Venta, elaborado por Blom y La Farge.
Fuente: Blom, 198, fig. 68.

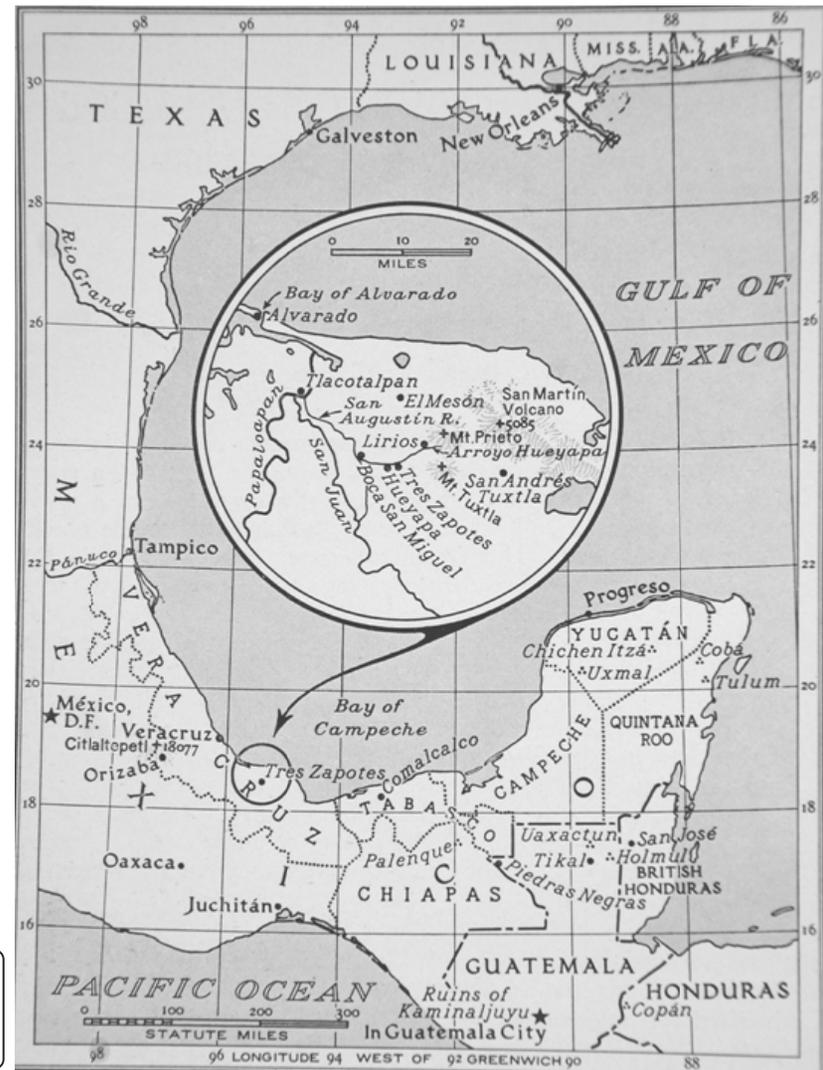


Ilustración 4. Ubicación geográfica de Pedro de Alvarado y Tres Zapotes, México.
Fuente: Stirling, 1939, p. 184.

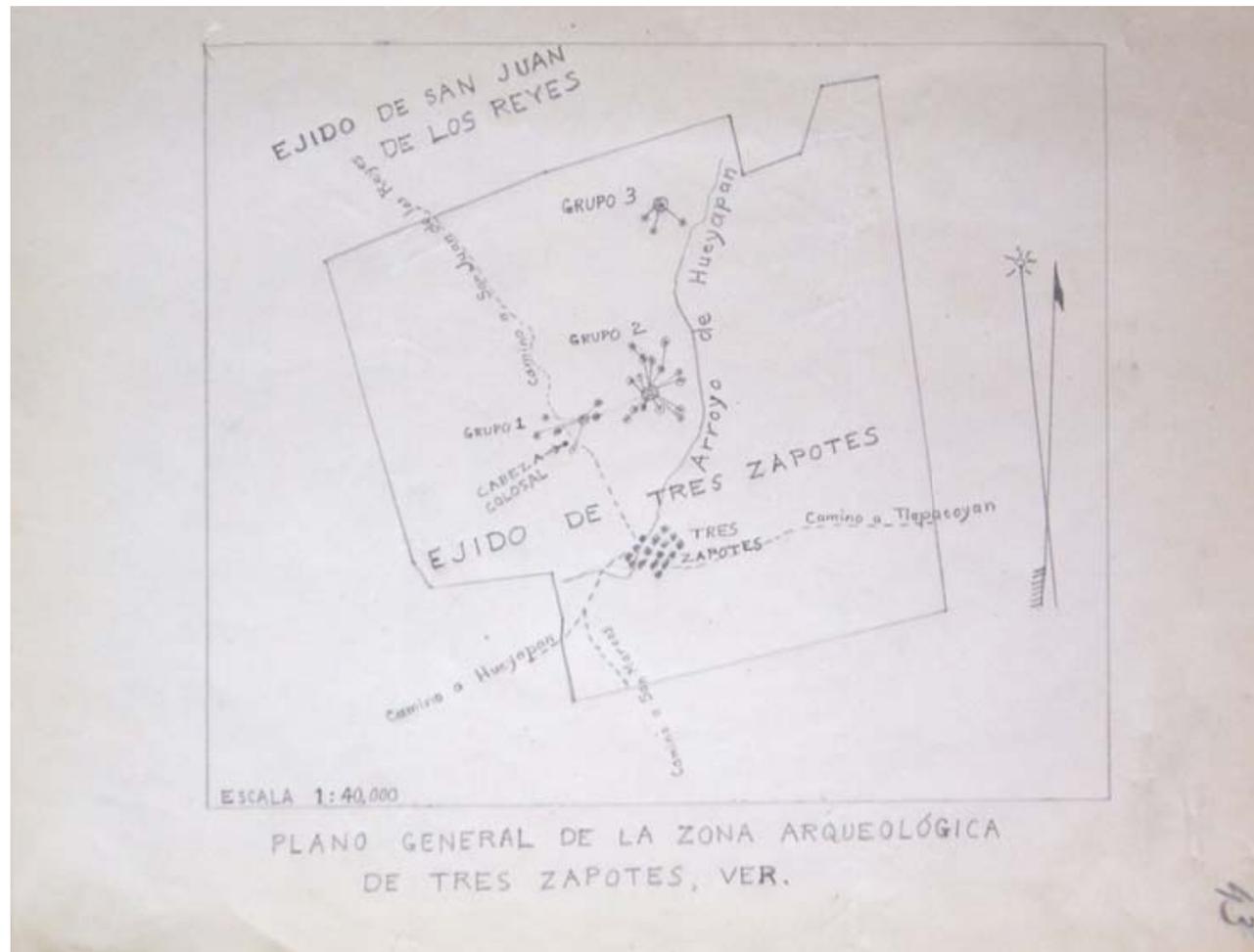


Ilustración 5. Plano general de la zona de Tres Zapotes. Dibujo a lápiz elaborado por Matthew Stirling, 1939. Fuente: ATA, exp. B/311.42(s)22.10, legajo 1, snf.

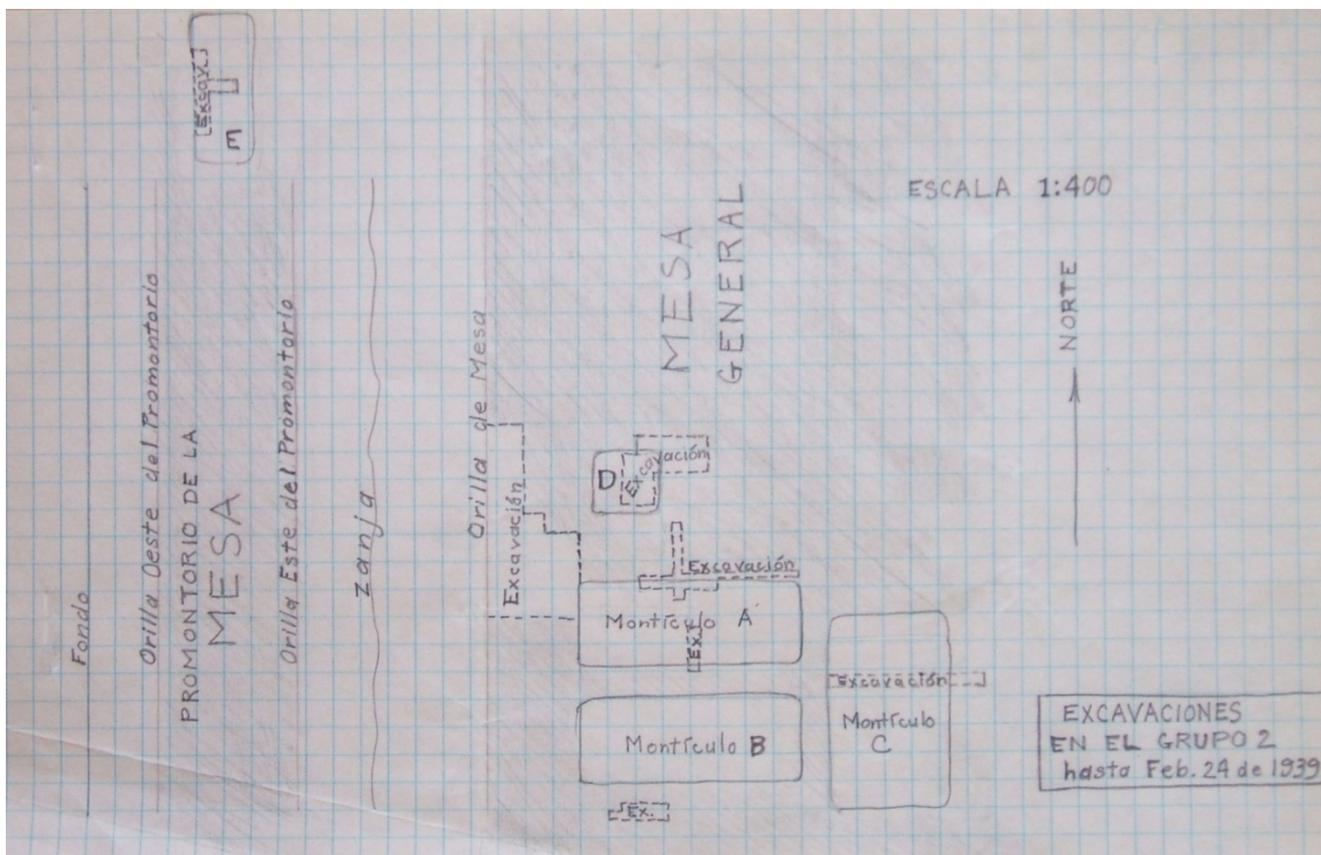
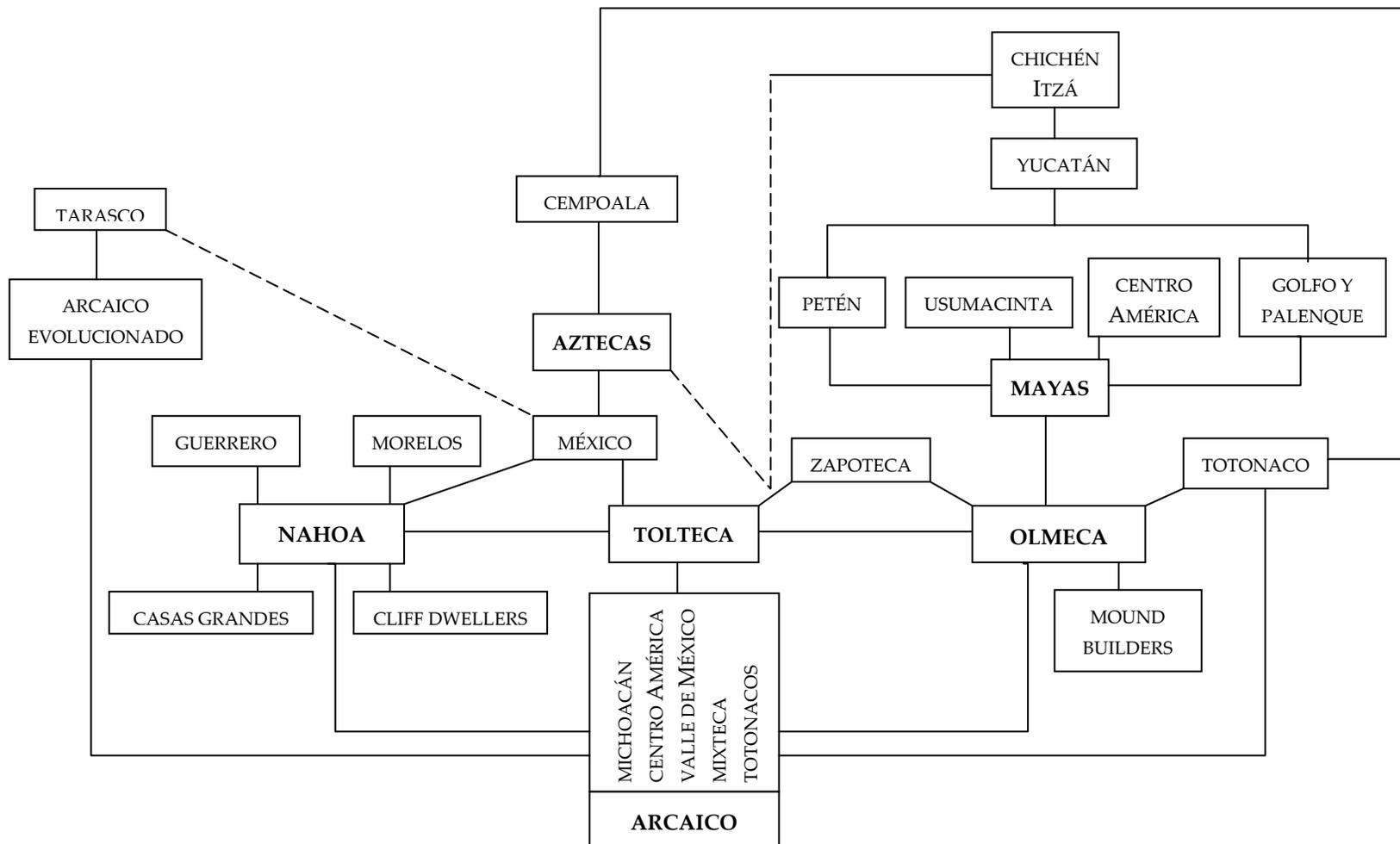


Ilustración 6. Plano de las excavaciones realizadas en el grupo 2, zona de Tres Zapotes. Dibujo a lápiz elaborado por Matthew Stirling, 1939.
Fuente: ATA, exp. B/311.42(s)22.10, legajo 1, snf.



Anexo III

-cuadros y tablas-



Cuadro 1. Relación entre las principales culturas de México, según Ignacio Marquina.
 Fuente: Marquina 1928, p. 86.

Tabla 1.
Secuencia de culturas en el Centro de México de acuerdo a la evidencia arqueológica de 1932, según Vaillant, 1934, p. 127ss.

PERIODO	VALLE DE MÉXICO		MORELOS
VII	PERIODO DE DOMINACIÓN AZTECA		TEOPANZALCO
	TENAYUCA I-TENOCHTITLÁN-TEXCOCO		
VI	PERIODO DE MIGRACIONES TARDÍAS MAZAPAN		GUALUPITA III (TLAHUICA)
	TENAYUCA II		
V	PERIODO TEOTIHUACAN (TOLTECA)		
	TENAYUCA I-COYOTLATELCO=TEOTIHUACÁN IV		
IV	PERIODO TARDÍO DE CULTURAS TEMPRANAS (ARCAICO)	TEOTIHUACÁN III	XOCHICALCO (¿)
	TICOMÁN TARDÍO	TEOTIHUACÁN II	TEOTIHUACÁN II
	TICOMÁN INTERMEDIO TICOMÁN TEMPRANO-ZACATENCO TARDÍO	TEOTIHUACÁN I	GUALUPITA II
III	PERIODO MEDIO DE CULTURAS TEMPRANAS (ARCAICO)		GUALUPITA I
	TICOMÁN TARDÍO-CUICUILCO-TICOMÁN INTERMEDIO-TICOMÁN TEMPRANO-ZACATENCO TARDÍO		
II	PERIODO TEMPRANO DE CULTURAS TEMPRANAS (ARCAICO)		
	ZACATENCO TEMPRANO-COPILCO-EL ARBOLILLO II-SAN JUANICO II		
I	ETAPAS FORMATIVAS POR DESCUBRIR EQUIVALENTES A LOS TIPOS BASKET MAKER I-PUEBLO III		

Tabla 2.
Secuencia de culturas, según Caso, 1941, p. 87ss.

PERIODO	ALTIPLANO	OAXACA	ZONA MAYA
PERIODO AZTECA	AZTECA	MIXTECA	---
PERIODO MAZAPA	MAZAPAN	MONTE ALBÁN IV-	CHICHÉN NUEVO-SAN JOSÉ V-CHIPAL 2
	PLUMBATE-FINE ORANGE		
TERCER PERIODO	TEOTIHUACÁN III	MONTE ALBÁN III- YUCUÑDAHUI	TZACOL-KAMINAL JUYU-SAN JOSÉ III-CHAMA III (MÁS TARDE: SAN JOSÉ IV-UAXACTUN)
SEGUNDO PERIODO	TEOTIHUACÁN I Y II	MONTE ALBÁN II-TLILTEPEC	UAXACTUN II-COMPLEJO Q SAN JOSÉ II-CHAMA I- II-HOMUL I-III
PRIMER PERIODO	ARCAICO	MONTE ALBÁN I-MONTE NEGRO	MAMON-UAXACTUN I, SAN JOSÉ I, CHICANEL

Tabla 3.
Secuencia de culturas, según Jiménez Moreno, en SMA, 1942, p. 23.

HIPÓTESIS DE TRABAJO SOBRE LOS SUCESIVOS PORTADORES DE LAS CULTURAS DEL ÁREA OLMECA				
ÉPOCAS	NOMENCLATURA	PORTADORES DE LA CULTURA	CERÁMICA	
HISTORIA POST-CORTESIANA	POST-OLMECAS	NAHUAS		
HISTORIA PRECORTESIANA	NEO-OLMECAS	NAHUA-MIXTECAS	MIXTECA-AZTECA I-CHOLULTECA I (ALTAR DE LOS CRÁNEOS) CERRO MONTOSO (DESDE 1000AD)	
	PALEO-OLMECAS	POPOLOCAS (PRINCIPALMENTE MAZATECOS) AL FINAL, TAMBIÉN NAHUATIZADOS	TEOTIHUACÁN III-IV-V (DESDE 600AD?)	CULTURA DE TEOTIHUACÁN Y DE EL TAJÍN OLMECAS POR EXCELENCIA
PREHISTORIA	PROTO-OLMECAS	TOTONACA-ZOQUEANOS	TEOTIHUACÁN II-III	
	PRE-OLMECAS	MAYANCES (PRINCIPALMENTE HUAXTECOS) QUIZÁ JUNTO CON ELLOS EXISTIRÍAN OTRAS GENTES DE DISTINTA FILIACIÓN	LA VENTA	

Tabla 4.
Colaboradores de la Revista Mexicana de Estudios Históricos por rubro de especialización.
 (*) colaboradores con artículos publicados en la Revista

ETNOLOGÍA	HISTORIA DEL MÉXICO INDEPENDIENTE
Nicolás León	Luis Castillo Ledón
Miguel Othón de Mendizábal*	Ricardo García Granados
Paul Silicio Pauer	José F. Godoy
Frances Toor	J. García Pimentel
BIBLIOGRAFÍA	Rafael Heliodoro Valle
G. R. Conway	Carlos R. Menéndez
Dorothy Shons*	Manuel Mestre Ghigliaza
Lotta S. Spell	Carlos Pereyra
Felipe Texidor	Enrique Santibañez
HISTORIA DE NUEVA ESPAÑA	V. Salado Álvarez
Alfonso Toro	R. Zayas Enríquez
Alberto M. Carreño	Alfonso Teja Zabre
A. del Valle Arizpe	SOCIOLOGÍA MEXICANA
A. Loera y Chávez	Antonio Caso*
Dr. Alcocer	Daniel Cosío Villegas
Ed. H. Priestley	Luis Chico Goern
F. Fernández del Castillo	Vicente Lombardo Toledano
Luis González Obregón	Andrés Molina Enríquez
F. del Villar Villamil	Eduardo Villaseñor
Fulgencio Vargas	José M. Puig Casauranc
Francisco Pérez Salazar	LINGÜÍSTICA Y FOLKLORE
F. Molina Solís	Dr. Atl*
Federico Gómez de Orozco*	Marcos E. Becerra
F. Ramírez Aguilar	Francisco Belmar
Federico Mariscal	Pablo González Casanova*
Enrique A. Cervantes	Mariano Rojas
Genaro Estrada	Francisco Santamaría
Jesús Galindo y Villa	Francis Thor
J. Romero Flores	ARQUEOLOGÍA
José de J. Núñez y Domínguez*	Porfirio Aguirre*
Marqués de San Francisco	German Beyer*
Manuel Toussaint*	Alfonso Caso*
Miguel Salinas	Augusto Genin
Nicolás Rangel	Ramón Mena*
Primo Feliciano Velázquez	Sylvanus G. Morley
Mariano Cuevas S. J.	Roque Ceballos Novelo
Jesús García Gutiérrez	Zelia Nuttall*
José Lorenzo Cossío	Enrique Juan Palacios
José G. Heredia	José Reygadas Vértiz
Joaquín Ramírez Cabañas	Francisco Rodríguez
	H. Kunike
	Augusto Genin

Tabla 5.
Artículos publicados en la Revista Mexicana de Estudios Históricos, por tomo y número.

TOMO I, ENERO-FEBRERO DE 1927	
German Beyer	"La cifra diez en el simbolismo maya"
Alfonso Caso	"El vaso de jade de la Colección Plancarte"
Pablo González Casanova	"El tapachueca N°2, sin relación conocida"
Manuel Toussaint	"Pintura colonial; Notas sobre Andrés de la Concha"
Federico Gómez de Orozco	"Monasterios de la orden de San Agustín en Nueva España en el siglo XVI"
Notas históricas y bibliográficas:	- Apéndice: "Descripción de la Ciudad de México, antes y después de la llegada de los conquistadores", por Antonio de León y Gama
TOMO I, N° 2, MARZO-ABRIL DE 1927	
Ramón Mena y Porfirio Aguirre	"La nueva zona arqueológica (Chupícuaro, Gto.)"
Antonio Caso	"La solidaridad política"
Victoriano Salado Álvarez	"El diario de un amigo de México (John Quiney Adams)"
Manuel Toussaint	"Folk-lore histórico (La canción de Mambrú"
Notas históricas y bibliográficas:	- Apéndice: "Descripción de la Ciudad de México, antes y después de la llegada de los conquistadores", por Antonio de León y Gama - "Descripción del Lienzo de Tlaxcala", por Nicolás Faustino Mazihcatzin
TOMO I, N° 3, MAYO-JUNIO DE 1927	
German Beyer	"Dos fechas del Palacio de Palenque"
Miguel Othón de Mendizábal	"Los otomíes no fueron los primeros pobladores del Valle de México"
Joaquín Fernández de Lizardi	"Despedida y Testamento" (reimpresión)
Notas históricas y bibliográficas:	- "Descripción del Lienzo de Tlaxcala", por Nicolás Faustino Mazihcatzin (continuación y conclusión) - "Descripción del obispado de Michoacán", por don Antonio de León y Gama

Tabla 5
-segunda parte-
Artículos publicados en la Revista Mexicana de Estudios Históricos, por tomo y número.

TOMO I, N° 4, JULIO-AGOSTO DE 1927	
Alfonso Caso	"Las ruinas de Tizatlán (Tlax.)"
Manuel Toussaint	"Un templo cristiano sobre el palacio de Xicotencatl"
	"Una disertación de Hidalgo"
Joaquín Fernández de Lizardi	"Despedida y testamento político" (segunda parte y conclusiones)
Apéndice:	"El libro perdido de las pláticas o coloquios de los doce primeros misioneros de México", por Fr. Bernardino de Sahagún (Prólogo y notas de Zelia Nuttall)
TOMO I, N° 5, SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 1927	
Nicolás León	"La Relación de Michoacán" (Nota bibliográfica y crítica)
Carlos Díez Sollano	"Cuadros de costumbre" (Las fiestas de San Miguel)
Nota bibliográfica:	Apéndice: "El libro perdido de las pláticas o coloquios de los doce primeros misioneros de México", por Fr. Bernardino de Sahagún (Prólogo y notas de Zelia Nuttall)
TOMO I, N°6, NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1927	
José de J. Núñez y Domínguez	"Los métodos modernos en la enseñanza de la historia"
Federico K. G. Müllerried	"El llamado planchón de las figuras, en el estado de Chiapas"
Alfonso Caso	"Una pintura desconocida de Mitla"
Dorothy Schons	"Dos documentos inéditos relativos a Sigüenza"
Enrique A. Cervantes	"Carta de examen de un maestro herrero"
Apéndice:	- "El libro perdido de las pláticas o coloquios de los doce primeros misioneros de México", Conclusión) - "Relaciones de Cholula, Culhuacán, Teotzacualco y Amoltepeque"
TOMO II, N°2, MARZO-ABRIL DE 1928	
Pablo González Casanova	"El ciclo legendario del Tepoztecatl" (Conclusión)
Eduardo Noguera	"El ladrillo como material de construcción entre los pueblos nahuas"
Notas históricas y bibliográficas:	Apéndice: "Miscelánea histórica", por Francisco A. de Icaza (Continuación)

Tabla 6.

Miembros registrados como socios de la Sociedad Mexicana de Antropología, 1938 y 1942.

Fuente: Libretas de registro, sin catalogación, AHSMA.

1938	1942
Jorge Acosta	Jorge Acosta
Alfredo Barrera	Alfredo Barrera
Carlos Basauri	Carlos Basauri
Bodil Christensen	Bodil Christensen
Alfonso Caso	Alfonso Caso
Ignacio Castillo	Ignacio Castillo
Roque Ceballos Novelo	Roque Ceballos Novelo
Luis Chávez Orozco	Luis Chávez Orozco
Ignacio Dávila Garibi	Ignacio Dávila Garibi
Wilfrido Du Solier	Wilfrido Du Solier
José García Payón	José García Payón
Agustín García Vega	Agustín García Vega
Federico Gómez Orozco	Federico Gómez Orozco
Eulalia Guzmán	Eulalia Guzmán
Wigberto Jiménez Moreno	Wigberto Jiménez Moreno
Irmigard Johnson	Irmigard Johnson
Paul Kirchhoff	Paul Kirchhoff
César Lizardi Ramos	César Lizardi Ramos
Josefina Lomelí Quirarte de Correa	Josefina Lomelí Quirarte de Correa
Federico Mariscal	Federico Mariscal
Mario Mariscal	Mario Mariscal
Amelia Martínez del Río	Amelia Martínez del Río
Pablo Martínez del Río	Pablo Martínez del Río
Salvador Mateos	Salvador Mateos
Antonio Mediz Bolio	Antonio Mediz Bolio
Vicente Mendoza	Vicente Mendoza
Enrique Meyer	Enrique Meyer
Eduardo Noguera	Eduardo Noguera
Vladimiro Ojeda Rosado	Vladimiro Ojeda Rosado
Enrique Palacios	Enrique Palacios
Javier Romero Molina	Javier Romero Molina
Daniel Rubín de la Borbolla	Daniel Rubín de la Borbolla
Mateo Saldaña	Mateo Saldaña
Frances Toor	Frances Toor
Juan Valenzuela	Juan Valenzuela
Heliodoro Valle	Heliodoro Valle
Alfonso Villa Rojas	Alfonso Villa Rojas
Agustín Villagra Caleti	Agustín Villagra Caleti
Roberto Weitlaner	Roberto Weitlaner

Tabla 6.*Miembros registrados como socios de la Sociedad Mexicana de Antropología, 1938 y 1942.**Fuente: Libretas de registro, sin catalogación, AHSMA.*

1938	1942
	Carlos Margáin
	Joaquín Meade
	José de J. Núñez Domínguez
	Alfonso Martínez Ortega
	Josefina Ortiz Rubio
	Bernardo Reyes
	Linton Jr. Satterhwaite
	Edwin Shook
	Felipe Teixidor
	Eric Thompson
	Pedro Armillas
	Heinrich Berlin
	Juan Comas
	Miguel Covarrubias
	José Cossío
	Cresson
	Ada D'Aloja
	Charles Dibble
	Gordon Ekholm
	Julio de la Fuente
	Hanna Faulhaber
	Raúl Guerrero
	Pedro Hendrichs
	Wilhelm von Humboldt
	Isabel Kelly
	Carlos Linga
	Juan Larrea
	Jorge Linés
	Norman Mc Quown
	Manuel Maldonado K.
	Alden Mason



Anexo IV

-documentos-

Documento 1

Mecanuscrito, con rúbrica, 7 fojas.

Fuente: Correspondencia Alfonso Caso-Luis Castillo Ledón, 24 de julio de 1929, IIA-UNAM, FACA, caja 21, exp. 12, s.n.f.

Señor Don

Luis Castillo Ledón

Director del Museo Nacional de Arqueología

PRESENTE

Desde que a partir de 1914 se empezó a buscar en México una expresión adecuada de nuestro modo de ser; social, artística y políticamente, los problemas y las cuestiones mexicanas fueron vistos cada vez con mayor interés, y todos los que estudian problemas económicos y sociales, así como aquellos que se dedican a crear formas autóctonas en las artes, sintieron la necesidad de conocer, aun cuando sólo fuera superficialmente, la vida y la cultura de los pueblos aborígenes.

Actualmente, la mayor parte de la población de México está constituida por los descendientes de aquellas razas y de muchas de sus costumbres y características tienen su origen en las antiguas costumbres de sus antepasados. Es más, su mismo espíritu guarda todavía en gran parte el sello del pensamiento de los indígenas precolombinos, por lo que, si queremos no deformarlo, al ponerlo en contacto con nuestra civilización, debemos ante todo conocerlo.

Ahora bien, es sorprendente y doloroso, pero es la verdad, que actualmente no existe una obra de conjunto en español, en que el estudioso de las cuestiones mexicanas pueda informarse, aunque sea ligeramente de la vida y de la cultura indígena, según los últimos descubrimientos realizados.

Existen en inglés dos Manuales de Arqueología Mexicana: el de Joyce y del Spinden. El primero, que es el mejor, es ya un libro anticuado y está hecho por una persona que no conoce nuestro país; el de Spinden es demasiado sucinto y sólo útil para las personas que no desean enterarse de la materia sino a título de curiosidad.

En francés hay un Manual de Arqueología Americana, el de Beauchat, que tiene algunos capítulos dedicados a México, pero adolece de los mismos defectos que el de Joyce. Los manuales en inglés no han sido traducidos hasta ahora.

Creo que no sólo como un tributo que debemos pagar a los autores indígenas de la civilización americana, sino también como un libro que sería de gran utilidad para todos aquellos que necesitan conocer los antecedentes de las condiciones sociales, políticas y económicas del país, es indispensable que se edite un manual de Arqueología e Historia Antigua de México, que exponga en orden lo que actualmente sabemos, por los más recientes descubrimientos, de la vida de los aborígenes.

Es una vergüenza para México que sus restos arqueológicos sean descubiertos y estudiados por extranjeros y que para conocer nuestra propia historia tengamos necesidad de saber alemán, inglés y francés, pues en estas lenguas se escriben actualmente los libros que tratan de Arqueología Mexicana.

Muchas veces sucede que las personas a quienes llama la atención un objeto arqueológico, se preocupa por estudiarlo, pero como falta un libro de conjunto que pudiera guiarlos, se conforman con el primero que les viene a las manos y que trata del asunto, y en la mayoría de los casos, el libro carece de valor científico o bien expone teorías que son actualmente insostenibles, y entonces, el que quiere ilustrarse no hace más que aprender errores, que se repiten desde hace años, en los libros que existen en español y que son todos anticuados.

Para remediar estos inconvenientes he pensado que sería preciso hacer un Manual de Arqueología Mexicana, que fuera un resumen de lo que se sabe actualmente sobre esta materia, y aprovechar el Congreso de Americanistas, que deberá celebrarse en Hamburgo, en Septiembre de 1930, para dar a conocer el libro a los investigadores extranjeros.

Como un anexo al presente oficio, remito a usted el plan de la obra, que aproximadamente saldría unas 500 páginas, y podría estar listo en el plazo de un año; es decir, para el mes de julio de 1930, si dedicara yo todo mi tiempo a la redacción de este libro.

Las dificultades para su redacción son varias; se necesitaría encargar libros y revistas que no hay en México, hacer viajes a diversas regiones del país y, además de redactar la obra, hacer los dibujos que debieran ilustrarla. Entre esta labor intensa, estaría la formación de una bibliografía sistemática que permitiría una amplia documentación a aquel que se interesara particularmente por algún punto, y esta bibliografía creo que tendría un valor educativo.

Por lo que se refiere a honorarios por la redacción del libro, lo dejo al criterio de usted y también la forma en que habría de hacerse: por comisión, por contrato o por nombramiento.

Como creo que el Manual de Arqueología Mexicana está dentro del programa que tienen el Lic. Ezequiel Padilla, Secretario de Educación Pública, de editar preferentemente libros que traten de cuestiones mexicanas, suplico a usted que se sirva a someter a su consideración este proyecto, en el caso que usted juzgue que la magna labor que pretendo realizar, no está muy por encima de mis capacidades.

Protesto a usted las seguridades de mi consideración y respeto.

México 24 de julio de 1929.

[rúbrica]

Manual de Arqueología Mexicana

Prólogo. Método que debe seguirse al estudiar arqueología.

I.- El medio físico. Configuración oro-hidrográfica. Climas Productos. Influencia del medio físico en las culturas indígenas.

II.- La cultura arcaica. Su extensión. Sus características. El hombre del Pedregal. Cerámica arcaica. Sus rasgos distintivos.

III.- La cultura teotihuacana.- Características.- La “cuestión tolteca”.

IV.- Cultura azteca. Extensión de ella. Los aztecas heredaron de otros pueblos las ideas fundamentales de su cultura.

V.- Historia de la nación azteca. Sus peregrinaciones. Fundación de Tenochtitlán. La triple alianza. Su importancia política. La expansión azteca. La caída de Tenochtitlán el 13 de agosto de 1521.

VI.- La religión de los aztecas. Dioses, mitos, sacerdocio, el calmecac, ritual, fiestas.

VII.- Organización social y política. La familia. El cultivo de la tierra. Clases sociales. LA esclavitud. Organización política. EL derecho azteca, Modo de hacer la guerra. Comerciantes. Conquistas. Tributos. La transformación de la organización política azteca de Itzcoatl a Motecuhzoma.

VIII.- El calendario. Conocimientos astronómicos. El Tonalamatl. Supersticiones y agüeros. La escritura. La medicina.

IX.- El arte mexicano. La cerámica. LA orfebrería. Tejidos y Mosaicos de pluma. El arte de labrar madera. La escultura. La arquitectura. Ruinas del Templo Mayor. El Tepozteco Malinalco. Castillo de Teayo.

X.- Los tarascos. Historia. Religión, calendario, sacerdocio, ritual y fiestas. Organización política y social. Cerámica y arquitectura. Semejanza de las cerámicas tarasca y arcaica.

XI.- Los Mayas, Historia. Los libros de Chilam-Balaam. Leyendas de sus migraciones. El Popol-Vuh. Localización de las diferentes tribus en la región maya.

XII.- Organización social y política. Matrimonio, etc.

XIII.- La religión. Dioses. Nomenclatura de Schellehas. Jeroglíficos de los dioses. Identificación de algunos de ellos. Sacerdocio. Ritual. Fiestas del año nuevo. El “cetro de maniquí”, el monstruo de dos cabezas. La barra ceremonial.

XIV.- El arte maya. Alfarería. Escultura. Arquitectura. Ciudades mayas. Elementos del templo o palacio maya. Lapidarios. La pintura. Los frescos de Chichén Itzá de Tulum y de Sta. Rita. Los códices.

XV.- La ciencia maya. Escritura. Códices e Inscripciones. Aritmética y sistemas de numeración. Forma normal y “forma de cabeza”.

XVI.- Los días del calendario.- El Tzolkin o Tonalamatl. Nombres y jeroglíficos de ellas. Los periodos de tiempo: kin, iunal, tun, katún, baktun. Sus valores y jeroglíficos en sus dos formas. EL calendario cíclico. El cómputo largo.

XVII.- Series iniciales y suplementarias. Ejemplos.

XVIII.- Otros modos de computar el tiempo. Las fechas de fin de periodo. El u kahlay Katunob.

XIX.- El mes de 29 o 30 días. Series Secundarias. Cómputo de las revoluciones de Venus y Marte. Jeroglíficos de los planetas. Jeroglíficos de los puntos cardinales y colores. Eclipses.

XX.- La correlación entre las fechas mayas y cristianas.- Ensayos de Goodman, Martínez Hernández, Morley y Spinden.

XXI.- Los Totonacos, y Los Huastecos. ¿Deben considerarse como mayas? Restos de mitos y leyendas. Arquitectura. EL Tajín. Cempoala etc. Su admirable destreza como escultores.

XXII.- Cultura mixteco-zapoteca. Historia Ausencia de mitos migratorios. Dioses. Ceremonias. Funerales. Agüeros y supersticiones. Calendario y escritura.

XXIII.- EL arte zapoteca. Cerámica. Escultura. Arquitectura. Mitla, Monte Albán, Quiengola etc. ¿Xochicalco recibió influencia zapoteca? El arte de labrar el jade.

XXIV.- Conclusiones. Peligro de tratar con los datos actuales el problema de las migraciones o de la prioridad de la cultura. Inutilidad de pretender comparar las civilizaciones americanas con las del Viejo Continente. Error de juzgar a los americanos con un criterio que ellos nunca tuvieron. Demostración de que la cultura americana no vino del otro continente.

APÉNDICES

Índice por capítulos.

Índice alfabético.

Bibliografía.

Los días del tonalamatl en los diversos calendarios. Los meses en los diversos calendarios.

Los 52 años del siglo mexicano y maya.

El Tonalamatl, los 260 días.

Los períodos mayas y su reducción a días.

Tabla del siglo9.

Tabla de distancia al día ahua.

MAPAS

Mapa oro-hidrográfico de México y América Central

Mapa lingüístico según Thomas y Swanton.

Mapa de la expansión azteca.

Mapa de la región maya con las ciudades más importantes.

Mapa de México y Centro América en 1521.

Documento 2

Mecanuscrito, copia al carbón, s/ rúbricas, 4 fojas. Con sello al margen superior izquierdo de "Dirección de Arqueología".

Fuente: Contrato celebrado entre la SEP y Caso-Toussaint-Loera para exploración de Monte Albán, s/f, IIA-UNAM, FACA, Caja 5, exp. 50, s.n.f.

"Definitivo con las modificaciones ordenadas por el C. Secretario de Educación Pública.

PROYECTO DE

CONTRATO celebrado entre el C. José María Puig Casauranc, Secretario de Educación Pública, en representación del Ejecutivo de la Unión, y los Señores Alfonso Caso, Manuel Toussaint y Rafael Loera Chávez, Directores de la Revista Mexicana de Estudios Históricos, para la exploración, excavación y trabajos de conservación de las Ruinas Arqueológicas de Monte Albán, del Estado de Oaxaca.

Art.- 1/°.- Conforme a los Decretos de 3 de junio de 1989 y 11 de mayo de 1897, se concede permiso a los señores Directores de la Revista Mexicana de Estudios Históricos (que para los efectos de este contrato se denominarán el permisionario), para verificar exploraciones, excavaciones y los trabajos consiguientes de conservación en la zona arqueológica de Monte Albán, del Estado de Oaxaca.

Art. 2/°.- El permiso se otorga por un plazo de tres años, que deberá contarse a partir del 1° de noviembre de 1928 verificándose los trabajos en los meses de noviembre, diciembre, enero, febrero y marzo, dejando las obras en tal estado, que durante el receso de los trabajos no se perjudique de manera alguna la conservación de las ruinas por los efectos de la lluvia y por la intemperie.

Art. 3/°.- Las obras serán dirigidas por el permisionario bajo la vigilancia de la Dirección de Arqueología de esta Secretaría de Educación, con quien previamente y con un mes de anticipación se discutirá el plan de trabajos para cada temporada.

Art. 4/°.- Los fondos necesarios para efectuar las obras serán por cuenta exclusiva del permisionario, y la Secretaría de Educación Pública colaborará en dichos trabajos, nombrando un ingeniero o arquitecto, y un dibujante, conforme se vayan necesitando los servicios de estos empleados técnicos, y proporcionando los servicios continuos del inspector en Oaxaca, quien ejercerá la vigilancia directa y ayudará al permisionario en las labores de oficina que le encomiende.

Art. 5/°.- La Secretaría de Educación Pública, proporcionará al permisionario útiles y herramientas, tales como carretillas de mano, palas, zapapicos, vía portátil, etc., siempre que éstos útiles no están siendo utilizados por la Dirección de Arqueología: comprometiéndose el permisionario a devolverlos en el mismo estado que se le entreguen conforme a inventario, siendo por cuenta del permisionario los fletes.

Art. 6/°.- Los elementos arquitectónicos que formen parte de un edificio o conjunto de edificios, quedarán en su lugar de origen, y los objetos menores (estatuas, vasijas, joyas, etc.) que aparezcan en las exploraciones, siendo propiedad nacional, se conservarán en un museo que se establezca en la ciudad de Oaxaca, debidamente inventariados y clasificados.

En caso de que haya dos objetos de la misma especie, se destinará el duplicado al Museo Nacional de Arqueología de México y cuando se trate de varios objetos iguales, éstos serán distribuidos entre las Instituciones Científicas Nacionales, y si aún quedan objetos disponibles, la Secretaría de Educación Pública podrá aceptar el canje de algunos de ellos por objetos arqueológicos mexicanos o duplicaciones que se refieran precisamente a la arqueología o etnología de México. Las publicaciones o ejemplares obtenidos así, en canje, se destinarán al Museo de Oaxaca y al Museo Nacional de México.

Art. 7/°.- EL permisionario tendrá derecho para reproducir en las monografías que edite, dibujos, planos, fotografías, etc., de los edificios y objetos descubiertos, pero la Secretaría de Educación Pública tendrá también derecho para dar una noticia simplemente informativa del resultado de los trabajos en su Boletín mensual aún antes de que el permisionario lo haya hecho en sus monografías. En esta noticia no podrán incluirse fotografías y dibujos que el permisionario destine para sus monografías.

Art. 8/° Al final de cada temporada de trabajos el permisionario presentará a la Secretaría de Educación Pública un informe detallado de lo hecho en esa temporada y de los resultados obtenidos, con las ilustraciones correspondientes. Estos informes no serán publicados por la Secretaría antes de que el permisionario publique sus monografías.

Art. 9/°.- El permisionario tendrá la obligación de mostrar en todo tiempo a la Secretaría de Educación, los apuntes, esquemas, diagramas, planos, etc., relacionados con los trabajos, y de las publicaciones que de ellas haga entregara 50 ejemplares a la Secretaría de Educación Pública.

Art. 10/°.- El permisionario se compromete a no dar por concluida la exploración de un edificio, sin ejecutar antes de que termine la temporada de trabajos, las obras necesarias para la conservación del mismo.

Art. 11/° La Secretaría de Educación Pública prestará todo su apoyo al permisionario para que este impida que los visitantes tomen fotografías, dibujos y vaciados de los edificios y objetos descubiertos que no hayan sido publicados por el permisionario.

Art. 12/° El permisionario empleará en cada temporada de trabajos la cantidad de \$10,000.00 –DIEZ MIL PESOS- como mínimo.

Art. 13/°.- La falta de cumplimiento por parte del permisionario, de las leyes vigentes sobre monumentos arqueológicos o de alguna de las obligaciones que le impone las anteriores bases, será motivo para declarar administrativamente cancelados los permisos a que este Contrato se refiere.

Documento 3

Mecanuscrito, copia al carbón, c/ rúbricas, 3 fojas. Con sello al margen superior izquierdo de "Secretaría de Educación Pública".

Fuente: Contrato celebrado entre la SEP y la *Smithsonian Institution-National Geographic*, 1 de noviembre de 1938, ATA, B/311.42(S)/22-10, legajo I, s.n.f.

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

DEPENDENCIA: MONUMENTOS PREHISPÁNICOS

El Gobierno de la República Mexicana, por conducto de la Secretaría de Educación Pública, otorga al señor Matthew W. Stirling, como representante de México de la Smithsonian Institution y de la National Geographic Society de Washington, E.U.A., la presente concesión, de acuerdo con la Ley de Monumentos vigente, para llevar a cabo un reconocimiento arqueológico en el Estado de Veracruz y efectuar excavaciones en lugar apropiado, en la región del Río San Juan, de conformidad con las cláusulas siguientes:

CLÁUSULAS

Primera:- Se otorga permiso al señor Matthew W. Stirling, representante en México de la Smithsonian Institution y de la National Geographic Society de Washington, E.U.A., que en lo sucesivo se denominará el permisionario para hacer una exploración en Hueyapan, cerca del Río San Juan, del Estado de Veracruz y lugares adyacentes.

Segunda:- El permiso se sujeta expresamente a las leyes mexicanas sobre protección y conservación de Monumentos Arqueológicos, actualmente en vigor, así como a las modificaciones que sufre dicha legislación.

Tercera:- El permiso se otorga por un plazo de un año, que deberá contarse a partir del día primero de noviembre de mil novecientos treinta y ocho.

Cuarta:- La Secretaría de Educación Pública, podrá nombrar inspectores con amplias facultades para vigilar los trabajos del permisionario y éste se obliga a proporcionarles todos los informes que soliciten.

Quinta:- El permisionario se obliga estrictamente a no hacer ningunas obras que puedan destruir los monumentos y a dejarlos al terminar la temporada convenientemente consolidados y limpios para que quede definitivamente asegurada su conservación.

Sexta:- El plan general de los trabajos a que se sujetará el permisionario consistirá en una investigación de carácter general y en la exploración por medio de excavaciones de un grupo de cuatro montículos determinados y de los lugares adyacentes.

Séptima:- Los trabajadores del permisionario deberán ser mexicanos, con excepción de los directores técnicos y especialistas que podrán ser extranjeros.

Octava:- Todos los inmuebles y muebles arqueológicos que se encuentren o descubran durante los trabajos del permisionario, son propiedad de la Nación Mexicana y no podrán salir del país sin el permiso correspondiente que otorga la Secretaría de Educación Pública de acuerdo con las disposiciones de la Ley de Protección de Monumentos.

Novena:- Cuando se emprendan trabajos en lugares distintos del indicado, antes de comenzarlos se dará aviso al Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública, para que los autorice en cada caso.

Décima:- El permisionario deberá enviar a la Secretaría de Educación Pública, un informe mensual de los trabajos desarrollados y de los resultados obtenidos durante el mes anterior.

Décima primera:- Al finalizar la presente concesión, el permisionario presentará a la Secretaría de Educación, un informe detallado de los trabajos desarrollados y de los resultados obtenidos hasta ese momento, y las debidas ilustraciones de planos, fotografías, etc.

Décima segunda:- Cuando se hagan descubrimientos extraordinarios, el permisionario deberá dar aviso telegráfico, y a la mayor [sic] brevedad posible enviar un informe especial con todo género de detalles, a la Secretaría de Educación Pública.

Décima tercera:- La Secretaría de Educación Pública podrá dar publicidad en cualquier momento, a los informes que reciba del permisionario o a los que le rindan los inspectores que designe. La misma Secretaría podrá traducir al español, o publicar, cuando lo juzgue conveniente, cualquier publicación o informe del permisionario, relativos a los trabajos objeto de esa concesión.

Décima cuarta:- El permisionario entregará a la Secretaría de Educación Pública, cincuenta ejemplares de cada una de las publicaciones que haga respecto a sus trabajos.

Décima quinta:- El permisionario invertirá directa y exclusivamente en los trabajos científicos, la cantidad de \$15,000.00 QUINCE MIL PESOS, como mínimo, sin que en esta cantidad se incluyan los sueldos de los directores y sus gastos consiguientes, presentando al fin de la concesión la comprobación del gasto efectivo, de la suma convenida.

Décima sexta:- El Gobierno Federal podrá efectuar las investigaciones que crea conveniente, en los mismos lugares en que en este contrato se mencionan, y simultáneamente con los trabajos del permisionario.

Décima séptima: El presente contrato se rescindirá administrativamente:

a).- En el caso de que el permisionario no cumpla cualquiera de las obligaciones que contrae.

b).- En el caso de que el permisionario infrinja las leyes o reglamentos de la República Mexicana sobre materia arqueológica.

Antes de decretar administrativamente la rescisión, se señalará un plazo al permisionario para que alegue lo que a su defensa convenga y aporte las pruebas que estime necesarias.

Se redactó por cuadruplicado en idioma español en la ciudad de México, a primero de noviembre de mil novecientos treinta y ocho.

En representación de la Smithsonian Institution y de la National Geographic de Washington, E.U.A., que se comprueba con la certificación legalizada que se anexa, firma el señor Matthew W. Stirling.

En representación del Gobierno de la República Mexicana, firma el señor Licenciado Gonzalo Vásquez Vela, Secretario de Educación Pública, en la ciudad de México, el día primero de noviembre de mil novecientos treinta y ocho.

EL SECRETARIO DE EDUCACIÓN PÚBLICA

[rúbrica]

Lic. Gonzalo Vásquez Vela

POR LA SMITHSONIAN INSTITUTION Y LA NATIONAL
GEOGRAPHIC SOCIETY DE WASHINGTON, E.U.A.

[rúbrica]

Matthew W. Stirling

Documento 4

Mecanuscrito, c/ rúbricas, 3 fojas. Con sello del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Fuente: Reporte de los trabajos del Smithsonian Institution correspondientes a enero de 1939, 19 de enero de 1939, ATA, Tomo CXIX, exp. 14, s.n.f.

PROGRESS REPORT OF NATIONAL GEOGRAPHIC SOCIETY-SMITHSONIAN INSTITUTION
ARCHAEOLOGICAL EXPEDITION AT TRES ZAPOTES

January 19, 1939

During the latter half of December, Dr. C. W. Weiant was sent to Tres Zapotes to establish camp and to make necessary advance preparations for the archaeological work. On December 30, he began the work of excavation around the "Cabeza Colosal" and at the same time started an exploratory trench through Mound A, the eastern mound of the group in which the "Cabeza" is located. But one day of excavation was necessary to establish the fact that the "Cabeza" consists of a head only and that it rests on a foundation of unworked slabs of stone. Later excavations, clearing a considerable area around the head, revealed a hard pecked earth floor at the level of the base and demonstrated that the head had been buried as a result of erosional activities and that it had not sunk as many had supposed. Scattered potsherds were found throughout the excavation in the vicinity of the head but none were recovered after a distance of 5 meters in the direction in which the head is looking, which is almost exactly due magnetic North. The sherds consisted of a coarse ware of a terra cotta red color in considerable abundance and a lesser number of finer polished black ware. Parts of one red ware vessels with hollow spherical rattle legs were found and also fragments of a small shallow plate of black ware. No other objects apart from sherds were found in the excavation. The principal dimensions of the head are as follows:

Height	1m. 70cm.
Maximun circumference	5m. 40cm.
Width of back	1m. 70cm.
Width of eye	30cm.
Height of eye	14.50cm.
Width of nose	37cm.
Length of mouth	65cm.

On January 3 the writer arrived to take charge of the operations. The work of clearing around the head was completed without finding any evidences of further structures. The trench in Mound A was continued completely through the mound. At a distance of about 10 meters from the western edge of the mound, a crude stairway of flagstones laid on clay was encountered. A transverse trench was then run in a North-South direction to follow out these stairs which proved to run in a slight curve and were about 10 meters in width. Five flights of steps carried to the top of a primary mound of hard red clay. This primary mound

was somewhat rounded on top, not forming a perfectly flat surface. No signs of a structure other than the stairway have been located. A secondary mound was then erected over the primary mound above the plaza level is 4 meters 71 centimeters, it being the highest mound of the group around the head. Potsherds occurred throughout the trench consisting of red ware and black ware and an occasional sherd painted with a fugitive red. Some of the black polished sherds have simple incised designs. Several figurine heads of solid terra cotta red ware were discovered. These are quite uniform in type, all wearing turban-like headdresses, and no two being exactly alike.

On January 9, we found a stone stela a little more than a meter in length lying on its back in a mud hole by an outlying group of small mounds just to the north of our camp. It is in the form of a grotesque head (Earth Monster?) with wide open mouth. On the flat area forming the back of the mouth three human figures are carved in low relief. The figure on the left is kneeling, facing to the right. Standing and facing to the left are two other figures, the second of which carries a long slender staff. All wear headdresses and are costumed. On the sides of the stela (the cheeks of the Monster), are a series of ornamental scroll-like carvings. Until the weather becomes more dry it will not be practicable to set it up and obtain good photographs. We have called this Stela D.

Northeast of our camp at the southern edge of a mound, we found a very large stela 5 meters long which had fallen on its back, breaking into two pieces which are too heavy to be moved. Unfortunately the monument fell with its face up so that it has been very badly weathered. It also appears to be in the form of the head of the same grotesque monster which in this instance is wearing a high head-dress. In the open mouth is standing a human figure carved in almost full relief but badly mutilated. In his right hand he carries a baton-like staff. The flat areas on either side of the figure have been covered with carvings in low relief, very few details of which can now be seen. As it originally stood, the figure faced West. Excavations were begun clearing the earth from around the monument, revealing that it had an average thickness of about 40cm. Both edges of the stela have been covered with carved designs but most of the edges had been mutilated and about two-thirds were missing. Two human figures can be partially made out on the south edge, while on the north edge can be seen part of a jaguar and a death's head. A broad tunnel was run under the middle part of the stela revealing that the back is smooth and undecorated. On digging the tunnel, at a depth of 1 ½ meters a polished stucco floor was encountered. A second exploratory tunnel was begun near the fallen head and the floor was again encountered, but at a level 30cm. higher than where first encountered. A deep trench was then run from the base of the monument in a West direction and the floor was again encountered but this time 30cm. lower than in the first instance. It would appear that steps must exist in the unexcavated intervals between as each floor area seems perfectly level. It is planned to

continue these excavations so as follow out this stucco floor. This monument we have designated Stela A.

The northeastern limit of the archeological zone consists of a group of 5 principal mounds with several smaller outlying mounds grouped more or less irregularly about a plaza. In the middle of this plaza is a group of 5 large boulders weighing from about 100 to 300 lbs. each. This group of mounds is on an elevated piece of land which gives a commanding view of the entire zone. The northern mound we highest of all. On January 16, at the southern base of this mound we began excavations around a projecting fragment of stone which proved to extend into the ground to a depth of a little over a meter.

It proved to be a transverse section from the middle of a large stela that had been broken out set up a later people than those who and made the original complete monuments. At a depth of a meter and touching the stela fragment was a large irregularly round and perfectly flat stone, apparently placed as an altar. The surface was smooth but unworked. The south front of the stela had been carved all over its surface in low relief but had been so badly weathered before being set up in its present position that no details could be made out. However, several rectangular cartouches suggested the former existence of glyphs. On clearing the earth away from the back of the stone it was found that a well carved Initial Series date ran transversely across the middle. (It had run vertically down the back of the stela as it was originally carved.) The bar and dot numerals are in sharp low relief and can be clearly read. The introductory glyph and the cycle reading are missing, having been on one of the parts broken off. Fortunately all of the remaining numerals including the terminal glyph and check number are present, making it easy to read the date which according to our calculations is 6 Eznab 16 Yaxkin of the Maya chronology (9)-15-6-16-18. We have called this Stela C.

We then turned over another flat stone which appeared to have been a stela in front of another mound of this group. This proved to be smooth on both sides and entirely undecorated. It had formerly stood on a foundation of rough stones. This we called Stela B.

In a flat area in the middle of the second group of mounds and not directly associated with any mound of the group, the broken edges of a large stone box were seen projecting. This was completely excavated. It proved to be about 1 meter 50cm. in length by 1 meter 20cm. in width and 20cm. in thickness. As all of the top had been broken away, the height could not be determined. One side of the box was almost entirely missing but the other side appeared to be nearly complete. The entire outer surface of the box is covered with elaborate carving in relief. Most of the design consists of scroll like figures and on the side remaining, the upper part consists of scroll like figures and on the side remaining, the upper part consists of a large grotesque face below which two human figures can be distinguished

among the scroll designs. There is also a human figure on either end. The inside and the bottom of the box are plain.

We engaged Ing. E. Revilla of the Agrarian office at San Andres Tuxtla to survey and map the archeological zone. This work was completed on January 16. The survey shows that the archeological zone consists of 30 principal mounds with a number of minor outlying mounds interspersed at irregular intervals. The highest mound is 10 meters 36cm. in altitude. The mounds can be roughly divided into three groups which run in a NE-SW direction.

[rubrica]

M.W. Stirling, Chief
Bureau of American Ethnology
Smithsonian Institution
Washington, D.C., E.U.A.

Documento 5

Mecanuscrito, 2 fojas. En hojas membretadas del *Bureau of American Ethnology del Smithsonian Institution*.

Fuente: Correspondencia Stirling-Caso, 22 de enero de 1940, mecanuscrito, 2 fojas, ATA, Smithsonian legajo 1, snf.

Hidalgo 55
Tlacotalpan
Veracruz, México
January 22, 1940

Dear Dr. Caso:

We have now been in campo for two weeks and the work of excavation is well started. We are making a statistical stratigraphic study of the deepest midden deposit we have been able to find on the site, hoping that this kind of study will demonstrate some sort of change for the longest period of occupancy here. Our trench is now down to a depth of 84". At a depth of 56" we encountered an unbroken plaza or floor level and from general observation in the field it appears as though several of the characteristic wares found above this level are absent below the floor. At the lowest depth, we find polished black ware, incised and with red pigment in the incisions, flat bottoms and modified cylindrical shapes are characteristic. We also find a chocolate brown ware with flat rims, having grooves around them in the manner of Monte Alban I. Vessels with fugitive red decoration are also common at this level as are large spherical ollas with comparatively narrow necks and slightly out flaring rims. The bodies of these ollas are roughened as though by paddle marking. Another type of ware from the deepest level consists of bowl shaped vessels fired in such a way as to leave the body black and the rims white. Cream slipped wares which are abundant above the floor apparently do not occur at all below it.

Near a group of mounds about a mile north of the main site we located another stone "offeratory" basin in connection with a seated stone figure about 4' high, which is quite similar in style, although smaller, than the one from La Venta which is now in the plaza at Villa Hermosa. The features are somewhat eroded but appear to be a modified "Olmec" baby-face type.

When I arrived at Tlacotalpan, Dr. Drucker was awaiting me there as a result of the difficulties encountered with the village authorities here. One individual, Marcus Prieto, the Ejido President, was the instigator of the troubles, as he was making various demands which would have made it virtually impossible us to work.

Mr. Carrker, the ornithologist, and Mr. Stewart, the National Geographic Society photographer, followed us to Tres Zapotes a few days later and were accompanied by a lieutenant and 5 soldiers, who were sent by General Mánge of Veracruz as an escort.

Lieutenant Patiño called a conference with the ejido president, the municipal president, Mr. Carriker and myself and in a tactful though emphatic manner smoothed out all of the difficulties and now everything appears to be in appreciate this efficient handling of a rather delicate situation.

I expect shortly to leave for La Venta where I will probably remain for about 3 weeks. Mr. Stewart and Mrs. Stirling will accompany me, while Dr. Drucker continues the work here.

If at any time you find that you need a vacation from your office work, we would be more than pleased to have a visit from you in our camp.

With best wishes to my friends in the department, I am

Sincerely yours,

[rubrica]

Chief.

Lic. Alfonso Caso
Zacatecas 218
Dept. Antropología e historia
México, D.F.

Documento 6

Mecanuscrito, c/ rúbricas, 5 fojas. En hoja membretada del la Dirección de Museo Nacional de Antropología e Historia.

Fuente: Correspondencia Stirling-Caso y Reporte de trabajos, 7 de abril de 1941, 5 fojas, ATA, Smithsonian legajo 1, snf.

SMITHSONIAN INSTITUTION
BUREAU OF AMERICAN ETHNOLOGY
WASHINGTON, D. C.

El Cocuite
Veracruz, Mexico
April 7, 1941

Dear Dr. Caso:

Since my letter of April 1, we have made a very interesting find, which is worth a special notice. On April 4, in our excavation in the mound lying east of the monument plaza, we encountered some heavy incensario sherds, half of a "laughing face" figurine, and a small rough slab of cement.

Under this covering was a cache of more than 700 objects of jade. These included a number of human figures ranging from 9" in length to about 2", several axes, a number of large gorgets of various shapes and sizes, about 15 jade heads, and many other objects tan I do not know the use of. There 70 earplugs, the majority of which are of large size, ranging from 4-1/4" in diameter. There were many large beads, both spherical and tubular. The art style on these articles of jade appears to be very mixed. There are several "baby face" figurines. There is one danzante figurine engraved on a gorget and several gorgets and flat faces with tubular drilled circles such as occur frequently in Oaxaca.

One very fine specimen, 8" in length, is the replica of a canoe with a classic baby face engraved on each end.

Because of this being Holy Week, we can not work the latter part of the week so we have decided to leave camp on Friday, April 11. Therefore, I will probably see you next Monday in Mexico.

Sincerely yours,

[rúbrica]

Chief

Lic. Alfonso Caso, Director
Instituto Nacional de Antropología e Historia
Zacatecas 218
Mexico, D.F.

SMITHSONIAN INSTITUTION
BUREAU OF AMERICAN ETHNOLOGY
WASHINGTON, D. C.

El Cocuite
Veracruz, Mexico
April 7, 1941

Dear Dr. Caso:

I have just returned to Cerro de las Mesas after an interesting trip to the site of Izapa near Tuxtla Chico in Chiapas. With this letter, I am enclosing a brief report of the trip.

I received a letter a short while ago from Miguel Covarrubias saying that he understood your department would be willing to take care of the railroad transportation of some the stones from Cerro de las Mesas. We could take care of the expenses of transporting them from the site and getting them aboard the train. The railroad agent al Piedras Negras tells us that they will not take them on the railroad without cash being paid in advance unless we can present a Government shipping order. If you would care to have some of the stones on this basis, I would urge that you send us the order as soon as possible in view of the shortness of time. We plan to close camp April 15 and it will take in little time to have the stones moved from the site into town and to make arrangements with the agent for a car.

There are two stones in particular that I think would be well to have in a safe place. One is the dated stone that we photographed last year and the other is the head.

We now have about 100 boxes of material and expect to start shipping some next week.

I will be interested in hearing the results of you work this season at Monte Alban and am looking forward to seeing you.

Sincerely yours,

[rúbrica]

Chief

Lic. Alfonso Caso, Director
Instituto Nacional de Antropología e Historia
Zacatecas 218
Mexico, D.F.

Sr. Arq. Ignacio Marquina
Depto. de Monumentos Prehispánicos
Instituto de Antropología e Historia

ARCHAEOLOGICAL REPORT

April 1, 1941

Since my report of March 6, we have completed the excavation on the low flat-topped mound one and one-half kilometers northeast of our camp on which work was progressing at that time. Underneath the group of 26 pottery vessels containing skulls were two cement floors separated by the same distance as the first two (one foot). Between these lower floors was another group of identical pots containing skulls, 23 in number. Although were found pots are monochrome, a great many polychrome sherds were found throughout the excavations.

About 40 yards south of this mound was another much smaller round mound, the excavation of which we have now completed. This consisted of four rectangular earth structures with rounded corners superimposed one above the other and each covered with a heavy coating of cement. The entire structure had apparently then been covered over with earth so that none of the cement structure was visible until excavation revealed it. At the base of the inner mound was a large deposit of fragments of heavy incensarios painted white and pink and ornamented with large conical protuberances. This mound contained no burials or particular features otherwise but a considerable collection of polychrome potsherds was recovered.

The base of the mound rested on what appeared to be a sherd laden occupation level which ran entirely beneath the mound. We continued our excavations through this level for a depth of 14 feet more, and we have obtained a very interesting vertical stratigraphy. The polychrome pottery characterizes the upper occupation level and the mound which were built over it but disappears completely after a depth of about 4 feet. We have not yet had time to work out the sequence of the non-polychrome ware but it seems certain that a considerable time range is covered by the stratigraphy represented in this excavation.

Simultaneous with this work we have been running a cross section trench 20 feet wide through the fairly large mound lying directly to the east of the monument plaza. This mound appears to have grown as the result of a continuous accretion of successive floors and stairways and presents a very complex cross section. Many burials have been encountered in this trench, some in a medium state of preservation. We found one burial of a child not more than 2 years old with the incisor teeth filed. These skulls do not have the deformation occurring in those found in the pots described above. At frequent intervals throughout the excavation occur cylindrical vessels, usually of fairly large size. Some constricted at the waist and some have bulbous tripod feet. These are usually covered with a lid consisting of a pottery bowl. Without exception they contain a collection of marine shells, coral, usually a

fossil from the beach, and single jade bead. These are similar to the one example described from another mound in the report of March 6. The trench reveals that the west side of the mound was approached by a stairway which was rebuilt many times as the mound accumulated and increased in height. The upper stairways were covered with a thin coating of cement while the lower ones are of clay.

Resting on the lowest cement stairway at the eastern edge of the mound but at the top of the stairway, an interesting find was made. The excavations first revealed a considerable pile of arms and legs and a few face fragments of figurines about a quarter life size. When these were removed, it was found that directly below them was a circular corral 2-1/2 feet in circumference, composed of the hollow arms and legs of a life-sized clay figurine. In the middle of this was a large hollow pottery pedestal a foot high. It was in the form of a short truncated cone 24 inches in diameter at the upper surface. The top was closed over except for a circular hole in the middle one foot in diameter. The sides of the pedestal were decorated in appliqué with a series of five crosses, each with a circle in the middle and each cross separated by two vertical appliquéd lines. The crosses were painted a bright fugitive red. Inside the pedestal was placed the life-size pottery figure of a crouching pregnant female, but with the head missing. Inside this body were the bones of an infant. Underneath and apparently attached to the body as though emerging in birth was a very fine life-size head of a bearded man. The female figure wore a red belt with a red bow in front over emerging head. The head was wearing large circular earplugs painted in the same red color. About 3 feet to one side was one-half of a much smaller rectangular pedestal inverted. Underneath this was found a clay mask of a humanized tiger face.

At a depth of about 9 feet near the center of the trench was found a burial which had evidently had placed with it several painted codices. As might be expected, these were in bad condition as the result of being buried in the open earth and the earth having apparently been considerably disturbed about them. The colors however in the fragments which remain are as bright as new, being red, green and blue primarily. Several fair-sized sections of design remain and we have made natural color photographs of them. The paintings are in many layers; since only the white sizing and the colored paints remain, the many pages are amalgamated together so that it is practically impossible to separate them. This mound is very productive but unfortunately it will be impossible to carry the work to the bottom, on account of the short length of time remaining.

On March 16, accompanied by Mrs. Stirling and Mr. Stewart, the photographer, I left Piedras Negras for Tapachula in order to look for the stone monuments near Tuxtla Chico. The site was located on the Arroyo Izapa not far from the town of Tuxtla Chico as Miguel

Covarrubias had indicated. The site proved to be even more interesting than expected and we spent a week cleaning and photographing the monuments.

The site consists of a number of quite large earth mounds covering an area approximately a mile in diameter. In general the mounds are placed in the form of quadrangles so as to make courts and the stone monuments for the most part are in groups connected with various of these in front of them. During the time we were at Izapa, we located 23 carved stones. In all we photographed 20 stelas, 18 altars and 4 others monuments.

There is a considerable diversity of style represented in the different groups and probably a considerable time range is indicated. Two of the stelas, are decorated with what appear to be large highly conventionalized tiger mask faces, the entire decoration consisting of this motive. One of these stelas has an altar in front of it in the form of a very realistically carved crab. Other stelas have rather elaborate pictorial compositions. One of the best preserved has a base panel representing water with fish swimming in it. On this is standing a figure in human form but with feet in the form of snakes heads. He is leaning over a decorated bowl placed on a pedestal and carries a pottery vessel on his back. At least two other stelas show trees bearing fruit with numerous human figures and other forms included in the composition. Several of them have the forms of large birds in the upper panel and are remotely suggestive of Santa Lucia Cosamahualpa in Guatemala. Seated human figures apparently in conference or conversation are a common motive. One group of stelas are perfectly plain.

Since the photographs are self explanatory I will not attempt to go into a detailed description at this time.

A large part of the Izapa site is heavily overgrown and I feel reasonably certain that many more monuments remain undiscovered as yet. Locating them through native information is difficult since, unlike Tres Zapotes and Cerro de las Mesas, the entire site of Izapa is filled with large stones of all descriptions and the people only recognize those on which the decorations are plainly showing.

[rúbrica]

M. W. Stirling

Documento 7

Mecanuscrito, copia al carbón, c/ rúbricas, 3 fojas. En hoja membretada de la Dirección de Museo Nacional de Antropología e Historia.

Fuente: Contrato celebrado entre SEP y *Smithsonian Institution-National Geographic Society de Washington*, 10 de noviembre de 1941, mecanuscrito, 3 fojas, ATA, exp. Smithsonian Legajo 1, s.n.f.

El Gobierno de la República Mexicana, por conducto de la Secretaría de Educación Pública de esta ciudad, otorga al señor Matthew W. Stirling, representante de la Smithsonian Institution y de la National Geographic Society de Washington D.C., E.U.A., la presente concesión de acuerdo con la Ley de Monumentos vigente, para llevar a cabo trabajos de exploración en la zona arqueológica de “La Venta” y lugares cercanos del Estado de Tabasco, de conformidad con las cláusulas siguientes:

CLAUSULAS.

PRIMERA.- Se otorga permiso al señor Matthew W. Stirling, representante de la Smithsonian Institution y de la National Geographic Society de Washington D.C., E.U.A., que en lo sucesivo se denominará el permisionario para hacer trabajos de exploración de carácter arqueológico en la zona de “La Venta” y lugares cercanos del Estado de Tabasco.

SEGUNDA.- El permisionario se sujeta expresamente a las Leyes Mexicanas sobre protección y conservación de Monumentos Arqueológicos actualmente en vigor, así como a las modificaciones que sufre dicha legislación.

TERCERA.- El permiso se otorga por un plazo de un año, que deberá contarse a partir del día primero de enero al treinta y uno de diciembre de mil novecientos cuarenta y dos.

CUARTA.- La Secretaría de Educación Pública, podrá nombrar inspectores con amplias facultades para vigilar los trabajos del permisionario y éste se obliga a proporcionarles los informes que soliciten.

QUINTA.- Las exploraciones de carácter arqueológico a que se refiere esta concesión consistirán en reconocimientos generales, exploraciones de los monumentos, excavaciones estratigráficas y estudios comparativos de la cerámica de la región.

SEXTA.- El permisionario se obliga estrictamente a no hacer ningunas obras que puedan destruir los monumentos y a dejarlos al terminar la temporada convenientemente consolidados y limpios para que queda definitivamente asegurada su conservación.

SÉPTIMA.- Los trabajadores del permisionario deberán ser mexicanos, con excepción de los directores técnicos y especialistas que podrán ser extranjeros.

OCTAVA.- Todos los inmuebles y muebles arqueológicos que se encuentran o descubran durante los trabajos del permisionario, son propiedad de la Nación Mexicana y no podrán

salir del país sin el permiso correspondiente que otorga la Secretaría de Educación Pública de acuerdo con las disposiciones de la Ley de Protección de Monumentos.

NOVENA.- El permisionario dará aviso al Instituto Nacional de Antropología e Historia, de los lugares en que vaya efectuando sus exploraciones.

DÉCIMA.- Cuando se emprendan trabajos en lugares distintos del indicado, antes de comenzarlos se dará aviso al Instituto Nacional de Antropología e Historia de la Secretaría de Educación Pública, para que los autorice en cada caso.

DÉCIMA PRIMERA.- El permisionario deberá enviar a la Secretaría de Educación Pública, un informe mensual de los trabajos desarrollados y los resultados obtenidos durante el mes anterior.

DÉCIMA SEGUNDA.- Al finalizar la presente concesión, el permisionario presentará a la Secretaría de Educación, un informe detallado de los trabajos desarrollados y de los resultados obtenidos hasta ese momento y las debidas ilustraciones de planos, fotografías, etc.

DÉCIMA ERCERA.- Cuando se hagan descubrimientos extraordinarios, el permisionario deberá dar aviso telegráfico, y a la mayor brevedad posible enviar un informe especial con todo género de detalles, a la Secretaría de Educación Pública.

DÉCIMA CUARTA.- La Secretaría de Educación Pública podrá dar publicidad en cualquier momento, a los informes que reciba del permisionario o a los que le rindan los inspectores que designe. La misma Secretaría podrá traducir al español, o publicar, cuando lo juzgue conveniente, cualquier publicación o informa del permisionario, relativos a los trabajos objetos de esta concesión.

DÉCIMA QUINTA.- El permisionario entregará a la Secretaría de Educación Pública, cincuenta ejemplares de cada una de las publicaciones que haga respecto a sus trabajos.

DÉCIMA SEXTA.- El permisionario invertirá directa y exclusivamente en los trabajos científicos, la cantidad de \$5,000.00 (CINCO MIL PESOS) como mínimo, sin que en esta cantidad se incluyan los sueldos de los directores y sus gastos consiguientes, presentando al fin de la concesión la comprobación del gasto efectivo, de la suma convenida.

DÉCIMA SÉPTIMA.- El Gobierno Federal podrá efectuar las investigaciones que crea conveniente, en los mismos lugares en que este contrato se mencionan, y simultáneamente con los trabajos del permisionario.

DÉCIMA OCTAVA.- El presente contrato se rescindiré administrativamente:

a).- En el caso de que el permisionario no cumpla con cualquiera de las obligaciones que contrae.

b).- En el caso de que el permisionario infrinja las Leyes o reglamentos de la República Mexicana sobre materia arqueológica.

Antes de decretar administrativamente la rescisión se señalará un plazo al permisionario para que alegue lo que a su defensa convenga y aporte las pruebas que estime necesarias.

Se redactó por cuadruplicado en idioma español en la ciudad de México, a diez de noviembre de mil novecientos cuarenta y uno.

En representación de la Smithsonian Institution y de la National Geographic de Washington, D.C., E.U.A., que se comprueba con la certificación legalizada que se anexa, firma el señor Matthew W. Stirling.

En representación del Gobierno de la República Mexicana, firma el señor General y Licenciado Roberto T. Bonilla, Subsecretario de Educación Pública, en la ciudad de México a los diez días del mes de noviembre de mil novecientos cuarenta y uno.

EL SECRETARIO DE EDUCACIÓN PÚBLICA

[rúbrica]

Gral. y Lic. Roberto T. Bonilla

POR LA SMITHSONIAN INSTITUTION Y LA NATIONAL
GEOGRAPHIC SOCIETY DE WASHINGTON, D.C., E.U.A.

[rúbrica]

Matthew W. Stirling

Documento 8

Manuscrito [¿en borrador?], 5 fojas.

Fuente: Correspondencia Drucker-Marquina, 9 de mayo de 1942, manuscrito, 5 fojas, ATA, exp. Smithsonian legajo 1, snf.

México, D.F.

Muy estimado señor:

Ruégole su permiso para entregar este informe sobre el segundo periodo de investigaciones de la expedición de la Smithsonian Institution-National Geographic Society, en La Venta, Tabasco, ó sea de mediados de marzo hasta primeros de mayo.

Durante este periodo la excavación de “pruebas” llegó a su fin, con un total de 40 excavaciones de este tipo, distribuidas por todas las localidades principales de habitación antigua de la zona. Con las indicaciones de estas pruebas, fue posible escoger lugares para dos excavaciones estratigráficas.

Al terminar esta parte de las excavaciones se limpió un lugar dentro de la zona de los cerros artificiales y los monumentos de piedra, ya que al principio parecía ser una plataforma amplia con cercos de columnas basálticas en sus lados. Excavación de un montículo al lado norte de la plataforma descubrió un “sarcófago” de piedra arenisca, muy desmoronada pero con los restos de un relieve representado un jaguar, con una tapa rectangular de la misma clase de piedra. La tapa estaba rota, pero en su lugar original. Dentro de la caja se encontraron: 1 figurita de serpentina (¿), 1 objeto parecido a un cortapapel moderno de jade, 2 orejeras y 2 objetos parecidos a los colmillos de un jaguar, también de jade.

Al norte del cajón se encontró una tumba construida de columnas basálticas con techo de columnas horizontales. Al abrir y excavar la tumba, se encontraron los bultos de huesos humanos, envueltos en pintura y barro, encima del peso de tabletas naturales de piedra caliza. Con los restos de huesos había varios objetos de jade: 4 figuritas, 2 placas rectangulares, 1 objeto en la forma de una concha de almeja, y varios objetos más. Todos estos objetos y los de la caja entregó al Museo Nacional el Dr. M.W Stirling Director de la expedición.

Al sur del cajón en una profundidad de cerca de 4 metros, se halló una ofrenda de 37 hachas, la mayoría de jade. Tres de las hachas tiene dibujos, posiblemente jeroglíficos en un lado.

Otras excavaciones se llevaron a cabo para investigar la “plataforma” que resultó ser no una plataforma sino un patio o plaza con alto cerco de barro y columnas basálticas.

Al terminar la temporada de las investigaciones, todas las excavaciones se taparon menos la de la tumba, etc. Que se dejó abierta pendiente instrucciones del Depto. de Monumentos.

Atentamente
Philip Drucker
Archaeologist in charge
Smithsonian Inst-Nat. Geographic
Expedition to La Venta, Tab.
México, D F.
9 de mayo de 1942.

Me permito ofrecer unas sugerencias para la conservación de la tumba y la caja de piedra. Provisionalmente mientras que sea posible reforzar y subir las columnas rotas del techo de la tumba, y recomponer la pata rajada de la caja, bastaría excavar un drenaje para que no se llene de agua la excavación en que están las cosas, y construir una especie de ramada o techo sobre la caja. El drenaje se puede excavar en la esquina nordeste de la excavación muy fácilmente con unos canalitos al pie de las [paredes?] desembocando en ello. La parte sur de la excavación se secará por medio de semejantes canalitos conduciéndose a la prueba de profundidad en la cabecera de la trinchera.

Precisa mucho el techo sobre la caja, porque ésta aunque algo endurecida ya por el aire y el sol se [derritirá?/derribará?] completamente si la llenan las lluvias. El techo debe tajarla bien en el lado norte. La ramada puede hacerse de materiales locales –palos y palma- sin gastos excesivos.

El lado sur de la caja está rajada y se quedó con unos troncos apretados con cuñas a manera de contrafuerte. Éstas deben ser revisados, hasta que se ponga un contrafuerte de cemento.

Atentamente,
[sin rúbrica]